

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.  
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA.  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA.**

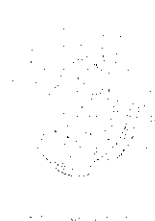


\* 5 3 0 9 8 5 2 0 2 0 \*  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

X-53-376789-9

**ALCALA GALIANO Y LA CONSTRUCCION DEL  
LIBERALISMO EN ESPAÑA.**

**TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR: RAQUEL SANCHEZ GARCIA.  
DIRECTOR: D.JESUS A. MARTINEZ MARTIN**



# **ALCALÁ GALIANO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL LIBERALISMO EN ESPAÑA.**

<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>1. La formación de un liberal (1789-1819).....</b>	<b>12</b>
-El hijo del héroe. Entre la vieja y la nueva sociedad. -Los debates ideológicos. -Formación intelectual. -En busca de un porvenir. -Las Cortes en Cádiz. Ilusiones y decepciones. -El diplomático. -Años difíciles.	
<b>2. El orador de las tribunas (1820-1823).....</b>	<b>66</b>
-El conspirador: intrigas políticas en Cádiz (1819-1820). -Nuevas ideas: la formación del espíritu público. -El agitador popular. -El intendente. -En la sociedad landaburiana. -El diputado.	
<b>3. Desde la perspectiva del exilio (1824-1834).....</b>	<b>122</b>
-El liberalismo británico: pragmatismo y laicismo. -Las aportaciones de José M <sup>a</sup> Blanco. -Liberales en el exilio. -La experiencia británica de Alcalá Galiano: profesor y articulista. -Escritos de la emigración: estrategias del liberalismo. -Alcalá Galiano en el mundo intelectual inglés. -El estímulo de la revolución en Francia. -Consecuencias de la emigración.	
<b>4. Remodelación de posiciones en la configuración del liberalismo (1834-1837). Del progresismo al moderantismo.....</b>	<b>170</b>
-El regreso a España. -Galiano en el mundo del periodismo. -En la oposición progresista. -Mendizábal en el gobierno sin Alcalá Galiano. -El debate sobre el sistema electoral. -Al fin ministro, aunque de Marina. -El hombre de combate del moderantismo. -De nuevo, el exilio. El camino de la moderación.	
<b>5. Alcalá Galiano en la moderación (1837-1843).....</b>	<b>220</b>
-Reincorporación a la vida política. -Colaboraciones políticas y periodísticas. Orden y moderantismo templado: <i>El Piloto</i> . -Diferencias en el partido moderado. Alcalá y la versión más conservadora. -El debate sobre la ley de ayuntamientos de 1840 y la centralización del moderantismo. -La regencia de Espartero y el tercer exilio. -Actividades intelectuales. Orador en el Ateneo de Madrid. -Influencias y temática de las <i>Lecciones</i> . -Constant en las <i>Lecciones</i> . -Individuo y libertad. -Las <i>Lecciones de derecho político</i> y el partido moderado. El liberalismo elitista.	
<b>6. Un hombre de partido (1844-1854).....</b>	<b>283</b>
-Profesor en Cádiz. -Configuración política del estado moderado. El teórico Alcalá Galiano: apuntalar la Corona. -Senador vitalicio. El aislamiento político de Alcalá Galiano. -Tareas intelectuales. El "talento desaprovechado". -En la sociedad de su tiempo. Alcalá Galiano: gobierno fuerte y respeto a las instituciones. -España y la revolución de 1848. La interpretación de Galiano. -Embajador en Portugal.	
<b>7. El fin de una época agotada (1854-1865).....</b>	<b>341</b>
-Crisis de ideas en los proyectos liberales. -Reconocimientos de la Corona y sociedad cortesana. El capital simbólico. -En la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. -La defensa del libre comercio. -En la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. -Alcalá Galiano como historiador. -El método en la historia: "Son las buenas historias obras de arte". -La revolución: "...la época más importante de la historia del mundo". -La síntesis de los tiempos: "La España moderna... ha sucedido a la antigua". -Último paso por la política: el Ministerio de Fomento. Las contradicciones entre pensamiento y práctica política.	
<b>Conclusión.....</b>	<b>408</b>

<b>Fuentes</b> .....	420
1) Fuentes archivísticas (impresas y manuscritas).	
2) Fuentes hemerográficas.	
<b>Bibliografía</b> .....	425
1) Obras de Antonio Alcalá Galiano.	
2) Obras impresas contemporáneas.	
3) Bibliografía general.	
<b>Apéndices</b> .....	461
1º- Cronología.	
2º- Sesión de las Cortes de 11 de junio de 1823 (declaración de incapacidad de Fernando VII).	
3º- Proyecto constitucional del gobierno Istúriz (1836).	
4º- A. Alcalá Galiano: "De la libertad", <i>La América</i> (27-IV-1864)..	
5º- Principales artículos periodísticos de Alcalá Galiano.	

### **Abreviaturas utilizadas:**

A.G.A.: Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).

A.G.P.: Archivo General de Palacio (Madrid).

P.R.: Papeles Reservados de Fernando VII.

R.Fdo. VII: Reinado de Fernando VII.

A.G.S.: Archivo General de Simancas.

A.H.N.: *Archivo Histórico Nacional (Madrid)*.

A.N.F.: Archives Nationales de France.

B.L.: *British Library*.

P.P.: Periodical Papers.

B.C.: *Biblioteca del Congreso (Madrid)*.

B.N.M.: Biblioteca Nacional (Madrid).

B.N.L.: Biblioteca Nacional de Lisboa.

B.P.R.: Biblioteca del Palacio Real (Madrid).

H.M.M.: Hemeroteca Municipal de Madrid.

P.R.O.: Public Record Office.

C.O.: *Consular Office*.

F.O.: *Foreing Office*.

H.O.: *Home Office*.

T.P.: Treasury Papers.

R.A.E.: Real Academia Española.

R.A.H.: Real Academia de la Historia.



## INTRODUCCIÓN.

No podía imaginar Leopoldo Alas la fuerza con la que el tiempo difumina los perfiles de los hombres del pasado. En aquel tren que le transportaba de Oviedo a Madrid, sólo pensaba en la conferencia que iba a dar en el Ateneo. Segismundo Moret, presidente de la institución, había organizado una serie de charlas acerca de la historia reciente de nuestro país, cuyo título era *La España del siglo XIX*. Durante el curso 1885-1886 pasaron por las salas del Ateneo los más conocidos escritores, políticos e intelectuales de la Restauración: desde el anciano Andrés Borrego hasta Angel María Dacarrete, muchos fueron los participantes. A Clarín le correspondió el Trienio Liberal y su disertación (que hacía el número veinticuatro) llevaba el prolongado título de "Alcalá Galiano. -El periodo constitucional de 1820 a 1823. - Causas de la caída del sistema constitucional. -La emigración española hasta 1833"<sup>1</sup>. Creía don Leopoldo que había acertado presentando al ya fallecido Galiano como el fogoso orador de los cafés, como el trasunto de una época plena de contradicciones y de ilusiones. Pese a su inicial reticencia a aceptar hablar sobre aquel Alcalá Galiano que había quedado para la posteridad como el gran renegado del liberalismo, Clarín se entusiasmó con aquel otro Galiano: el de la Fontana de Oro, el de la masonería, el de las heroicas resoluciones en las Cortes del Trienio. Y así dibujó en su conferencia un personaje idealista y desengañado, a medio camino entre el romanticismo y el escepticismo. Sin embargo, el éxito no le acompañó: los adustos ateneístas, hombres de una época pragmática, no reconocían a ese exaltado orador de las tribunas. Alcalá Galiano era para ellos el ministro de Narváez, el moderado a ultranza, amigo de Donoso Cortés, autor de las *Lecciones de derecho político* que habían sido pronunciadas casi cincuenta años antes. Clarín se vio obligado a regresar a Oviedo sin el gran reconocimiento que esperaba por su labor. La circunstancia fue aprovechada sin dilación por sus enemigos, quienes se lanzaron sobre él al instante. Famoso por sus acerbos críticas literarias, algunos agraviados se sirvieron de la ocasión que se les presentaba para devolverle la moneda. José Fernández Bremón, víctima frecuente de los paliques, publicó un artículo en *La Ilustración Española y Americana* burlándose con ensañamiento del poco aventurado orador el Ateneo: "...Celebraremos que se reponga en la próxima del fracaso del estreno. De todos modos, creemos que debe continuar dedicándose a la especialidad propia de su

---

<sup>1</sup> *La España del siglo XIX*, Madrid 1886, vol. II, pp. 469-520.

genio; esto es, a la sátira en pequeño, la caza de ripios y de incorrecciones, las personalidades y las acusaciones de ignorancia. Y más celebraríamos que aprovecharse esta lección, añadiéndola a los vastos conocimientos de que con frecuencia se envanece”<sup>2</sup>.

Esta anécdota nos pone de manifiesto la existencia de dos imágenes de Alcalá Galiano: la del radical y la del conservador. La mayor parte de los acercamientos que hacia su persona se han llevado a cabo, lo han hecho desde una de estas dos vías. Contempladas ambas perspectivas de forma aislada, parece que nos encontráramos ante dos personas totalmente diferentes, o, en el peor de los casos, ante un caso censurable de apostasía política. Sin embargo, en Alcalá Galiano no hay que buscar ni lo uno ni lo otro de forma claramente definida. No hay nada nítido en su persona: ni fue un exaltado corriente (pues siempre tuvo miedo al desorden) ni fue un autoritario a ultranza (ya que detestó la concentración del poder). Su trayectoria personal es un ejemplo claro de cómo las circunstancias modelaron un carácter. Tuvo momentos particularmente brillantes en los que su atrevimiento sobrepasó al de otros afamados liberales: aquella propuesta de declarar incapaz a Fernando VII fue obra suya. La entereza con la que afrontó el exilio, negándose a aceptar subsidios y trabajando desde el primer momento para lograr el escaso sustento, le hizo destacarse sobre otros emigrados. Sin embargo, y como dijera Jover en cierta ocasión: “...esto es, a nuestro juicio, lo que proyectaba una sombra dramática sobre toda la biografía de don Antonio Alcalá Galiano: la ausencia de un gran ideal, trascendente a su propia carrera política, que diera sentido a las cambiantes peripecias de su vida”<sup>3</sup>. Y es que Alcalá Galiano era alguien demasiado complejo para constituirse en héroe. Figura del romanticismo sí, pero no en el sentido de un Riego o un Torrijos, sino en el del Constant que se autoexplora dolorosamente en *Adolphe*. Las obras autobiográficas de nuestro protagonista responden a esa llamada del autoconocimiento, a esa justificación de las propias decisiones, a la consciencia de las flaquezas y las ambiciones frustradas. Alcalá Galiano fue el primero que proyectó sobre si mismo la acusación de traidor a los ideales sostenidos en su juventud, y a la vez procuró hacer entender al mundo las razones que le habían llevado a semejante retractación. El componente personal es clave para comprender

---

<sup>2</sup> *La Ilustración Española y Americana*, 28-II-1886. La documentación sobre este episodio se encuentra en la R.A.H., Archivo de Natalio Rivas Santiago, legajo 11/8930. De forma sucinta descrito por el mismo Rivas en su *Miscelánea de episodios históricos*, Madrid 1950, pp. 159-162.

<sup>3</sup> J.Mª JOVER ZAMORA, reseña al libro de F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL *Antonio Alcalá Galiano, el hombre que no llegó, en Hispania*, (1948), pp. 327-330.

no sólo su atribulada vida, sino la evolución de su pensamiento. En este trabajo se hará un especial hincapié en dichas cuestiones: la frustración profesional y el aislamiento político que le conducirán a un escepticismo capaz de justificar casi cualquier cosa en aras de facilitar la convivencia evitando el desorden. No llegó Galiano al escepticismo por decepción de sus grandes ideales juveniles, pues, como veremos, nunca los tuvo. José María Jover nos le presentaba en su ya clásico trabajo "Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea" como un joven receloso del levantamiento del dos de mayo "temeroso y disgustado de la traza y de los ademanes, poco acordes con sus modales y su educación de chico de buena familia, de los revueltos combatientes de la Puerta del Sol y del Parque"<sup>4</sup>. El mismo Alcalá Galiano, con su recia sinceridad, reconoce en sus obras autobiográficas, su escasísimo valor en los levantamientos colectivos: tenía pavor a la masa, a los tumultos. Era capaz de lanzarse él solo contra aquel Fernando VII ansioso de venganza, pero nunca encabezó o alentó movimientos populares. Alcalá Galiano no confiaba en el pueblo, sino en los hombres concretos.

### Estado de la cuestión.

Su figura ha sido frecuente objeto de atención entre los estudiosos del mundo de la literatura pues, si bien no escribió importantes obras en este terreno, contribuyó a sentar las bases teóricas del romanticismo en España. Su famoso prólogo a *El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo XI* del Duque de Rivas es texto de referencia obligada para todo aquél que pretenda acercarse al ámbito de las ideas estéticas. Alcalá Galiano hablaba con fluidez varios idiomas, y durante su exilio en Inglaterra tuvo oportunidad de relacionarse con los más innovadores círculos literarios de la época, por lo que sus escritos son, sobre todo, una vía de entrada en España de las modernas teorías literarias acerca del gusto estético y de la polémica entre forma y fondo. Vicente Llorens le dedicó un estudio desde esta perspectiva literaria, analizando las aportaciones que hizo con los artículos publicados en la revista *The Athenaeum* (1834). Sus lecciones en el Ateneo tituladas *Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII* (1845), además de otra multitud de artículos periodísticos al respecto, han sido estudiados por Carlos García Barrón.

---

<sup>4</sup> J.Mª JOVER ZAMORA, "Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea", en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid 1976, p. 52.

El mismo tipo de enfoque fue realizado por E.A. Peers, A. Morandi, R.P. Sebold, entre otros<sup>5</sup>.

Desde un punto de vista biográfico ha tratado su figura Felipe Ximénez de Sandoval con su *Antonio Alcalá Galiano, el hombre que no llegó* (Madrid 1948). Es ésta una obra entretenida, aunque sin grandes pretensiones, y con los agravantes de que repite abundantes tópicos sin someterlos a la crítica y apenas analiza al personaje en su contexto, sino que simplemente se limita a glosar sus obras autobiográficas introduciendo alguna que otra referencia anecdótica. Más consistencia tienen las observaciones de Julián Marías en *Meditaciones sobre la sociedad española* ("Antonio Alcalá Galiano"), que reproducen su colaboración en la celebración del centenario de la muerte de Alcalá Galiano, Angel Saavedra y Ventura de la Vega<sup>6</sup>. Marías nos presenta a un personaje en continua evolución, a un observador de su tiempo, y a un hombre apasionado por las polémicas políticas del siglo. Un interés similar tiene la introducción que en 1955 hizo Jorge Campos para las *Obras escogidas* de nuestro autor<sup>7</sup>.

Más abundantes han sido los análisis desde el punto de vista de la teoría política. Sus *Lecciones de derecho político* han sido profusamente estudiadas como fundamento de la España moderada, junto a las de Donoso Cortés y las de Juan Francisco Pacheco. Aquí habría que mencionar la obra de A. Garrorena *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal, 1836-1847* (Madrid 1974) y su introducción a la edición de las *Lecciones* preparada por el Centro de Estudios Constitucionales (Madrid 1984, pp. VII-LIX); resultan de suma utilidad, igualmente, las páginas que dedicó a nuestro hombre Luis Díez del Corral en *El liberalismo doctrinario* (Madrid 1984, pp. 521-547). No hay que olvidar las aportaciones de D. Negro al tomo XXXV,

---

<sup>5</sup> Los libros y artículos a los que se hace referencia son los siguientes: C. GARCIA BARRON, *La obra crítica y literaria de don Antonio Alcalá Galiano*, Madrid 1970; E.A. PEERS, *Historia del movimiento romántico español*, 2 vols. Madrid 1973; A. MORANDI, "Alcalá Galiano nel romanticismo spagnolo", en *Miscelanea di Studi Ispanici* (Pisa 1964), pp. 5-37; R.P. SEBOLD, "Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y 'visión filosófica'", en J. Amor y A. Kossof, *Homenaje a Juan López Morillas*, Madrid 1982, pp. 383-404; H. JURETSCHKE "El problema de los orígenes del romanticismo español", en *La España del romanticismo (1808-1874). Orígenes. Religión. Filosofía. Ciencia*, tomo XXXV, vol. 1º de la *Historia de España*, Madrid 1989, pp. 5-209; V. LLORENS *Liberales y románticos*, Madrid 1968, *El romanticismo español. Ideas literarias. Literatura e historia*, Madrid 1979, y su "Introducción" a A. Alcalá Galiano, *Literatura española: siglo XIX*, Madrid 1969, pp. 7-17.

<sup>6</sup> J. MARIAS, "Homenaje a Galiano", *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 45, cuaderno CLXXVI, (1965), pp. 407-421.

<sup>7</sup> J. CAMPOS, "Introducción. Alcalá Galiano y sus memorias", en el volumen 1º de las *Obras escogidas* de Alcalá Galiano, Madrid 1955, pp. VII-XXXIV.

vol.1º, de la *Historia de España de Menéndez Pidal*, así como las de Irene Castells, Joaquín Varela Suanzes, Francisco Cánovas Sánchez, etc.....<sup>8</sup>.

### Objeto y método.

Pero, pese a esta variedad de enfoques, la contribución de un historiador también tiene su lugar. Es justamente la dimensión temporal el elemento que se echa a faltar en las perspectivas mencionadas. El joven y el anciano Alcalá Galiano son una misma persona, y explicar el camino que ha llevado a un individuo desde unas posiciones a otras es tarea ineludible de los profesionales de la historia. Esta labor va más allá del mero estudio psicológico del personaje, pues en su trayectoria se entremezclan la personalidad, el contexto social, la propia transformación del contexto, las respuestas que el individuo da ante esos cambios, las interacciones del protagonista con quienes le rodean... Todo un conjunto de factores que, introducidos en una coctelera y pasados por el tamiz del investigador (a su vez, agente y producto de otro ambiente y otra época, y por tanto, con interpretaciones subjetivas), da como resultado una visión global susceptible de objeciones, pero que como mínimo se postula honesta. En el proceso de continua interacción entre el individuo y su entorno, de creación cotidiana de los actores<sup>9</sup>, el historiador ha de saber filtrar lo permanente y las huellas que con mayor o menor intensidad deja el tiempo (y los acontecimientos en cuanto que sus concreciones factuales). Sobre este asunto, y hablando de Cromwell, François Guizot explicaba con suma claridad ese devenir que es cada individuo: "Los hombres se forman moralmente como físicamente, cambian todos los días y su ser se modifica sin cesar. El Cromwell de 1650 no era del Cromwell de 1660. Hay siempre, sí, un fondo de individualidad, el mismo hombre que persiste; pero ¡cuántas ideas, cuántos sentimientos, cuántas voluntades han cambiado en él!. ¡Cuántas cosas se han perdido y adquirido!. En cualquier momento que consideremos la vida del hombre, no hay ninguno que haya sido tal como lo

---

<sup>8</sup> D. NEGRO, "El pensamiento político. La configuración del estado monárquico", en *La época del romanticismo (1808-1874). Orígenes Religión. Filosofía. Ciencia*, tomo XXXV, vol. 1º, de la *Historia de España*, Madrid 1989, pp. 581-625. J. VARELA SUANZES "Tres cursos de Derecho Político en la primera mitad del siglo XIX: las lecciones de Donoso Cortés, Alcalá Galiano y Pacheco", en *Revista de las Cortes Generales*, 2º, nº 8, (1986), pp. 95-131; F. CANOVAS SANCHEZ, *El partido moderado*, Madrid 1982; Irene Castells, "Antonio Alcalá Galiano", en J. ANTON MELLON y M. CAMINAL (coords.) *Pensamiento político en la España contemporánea (1800-1950)*, Barcelona 1992, pp. 167-182. Ha escrito también sobre las Lecciones: F. TORRES, "Antonio Alcalá Galiano o el conservadurismo liberal", en JJ. GIL CREMADES y otros (coords.), *La configuración jurídico-política del estado liberal en España*, Huesca 1997, pp. 349-358, y "Alcalá Galiano, conservador", en *Razón Española*, nº 84, (julio de 1997), pp. 37-50.

<sup>9</sup> Mª C. IGLESIAS, "Los hombres detrás de las ideas", en *Historia y pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*, Madrid 1987, vol. II, p. 90.

conocemos cuando ha tocado a su término”<sup>10</sup>. Desde este punto de vista, el papel del historiador a la hora de trazar la biografía de una persona es precisamente el de convertirse en vehículo de expresión de la continuidad y el cambio, ser capaz de percibir lo que se transforma y lo que permanece, hacer comprender a otros espectadores una forma de sentir y de vivir. En definitiva, el biógrafo debe traducir los esquemas de pensamiento de una época al lenguaje de su tiempo.

En esta lectura temporal, en cuanto que biográfica, del personaje es inevitable otorgar una importancia similar al mencionado contexto cercano. Y aquí se establece una selección. La trayectoria de Alcalá Galiano puede ser leída exclusivamente en función de su tarea como periodista, o tal vez, según su desacorde carrera diplomática; también es posible abordarlo como ministro o consejero de estado. Pero sobre cualquiera de ellas (pues en cierto modo las contiene), aquí ha primado la del Alcalá Galiano político. Esta forma de contemplar su proyección vital nos permite estudiar más detenidamente la interacción entre el personaje y su contexto, y su contexto político cercano es el desarrollo del liberalismo en la España de la primera mitad del siglo XIX. Se trata, en última instancia, de intentar aclarar a través de un individuo una serie de problemas en los que él participa como protagonista o como espectador. El más simple vistazo a su biografía conduce a contemplar la figura de Galiano como un trasunto del liberalismo español, con sus vaivenes ideológicos, su dependencia de las circunstancias políticas, sus frustraciones, sus temores y sus anhelos. Y, justamente, ése será el objetivo principal del trabajo: analizar el proceso de nacimiento y desarrollo del liberalismo español a través de un protagonista de primera fila como fue don Antonio Alcalá Galiano.

### **Hipótesis.**

Para llevar a cabo esta tarea, que no pretende ser más que una forma particular de enfrentarse a un objeto de análisis (y que por tanto no agota otras posibilidades), se hace necesario partir de unas hipótesis generales acerca del desarrollo del liberalismo en España, pues ello condicionará en gran medida la perspectiva desde la que se aborden determinadas controversias. A ellas se hará referencia en diversas ocasiones, explicándose su significado en el momento oportuno. Por ahora únicamente las mencionaremos:

---

<sup>10</sup> F. GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa*, Madrid 1972, p. 151.

- Se caracterizó el liberalismo español por un desarrollo irregular en el que unas propuestas vagas y abstractas fueron siendo definidas por la práctica (deformando, por tanto, su contenido inicial). Entre estas propuestas destacaron las apelaciones a la libertad y a la reforma política y social, el sistema político inglés como modelo, y la creación de una opinión pública sólida.

- Son causa primordial de la inestabilidad de ese desarrollo las fracturas y discontinuidades en el proceso de secularización de la sociedad española en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, elementos éstos que condujeron a una vivencia religiosa de lo político (con las consecuencias que de ello se derivan: fanatismo, exclusivismo, intolerancia...).

- Existe en el desarrollo del liberalismo español en los dos primeros tercios del siglo XIX un fuerte carácter personalista, lo que tratará de ser analizado a través de dos caminos: la importancia de las circunstancias personales a la hora de tomar posturas políticas (frustración de expectativas profesionales, amistades, redes clientelares) y la organización de las tendencias políticas no tanto en función de las ideas como de las personas.

- En relación a sus posibilidades de control del poder, el liberalismo español se vio obligado a optar por el pacto con los detentadores tradicionales del mismo en los niveles locales y provinciales, hipotecando gran parte de sus principios ideológicos y provocando la ruptura del propio movimiento. Esta estrategia será el resultado de la amenaza carlista y, años después, del miedo al peligro social.

La proyección temporal de nuestro objeto de estudio, incardinada en la figura de Antonio Alcalá Galiano, nos lleva a considerar la biografía (política en este caso) como el mejor camino para introducirnos en los senderos del siglo XIX. Muchas han sido las biografías realizadas sobre otros personajes que vivieron en aquellos años: Jovellanos, Argüelles, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Pascual Madoz, Alonso Martínez..., y cada una de ellas tiene un interés propio, pues si bien el investigador interpreta el conjunto de los datos disponibles, es el personaje quien llena de contenidos el discurso<sup>11</sup>. Entre estos condicionantes el más obvio es, desde

---

<sup>11</sup> Citaremos, a modo de ejemplo, algunas de las biografías más solventes: C. LLORCA, *Castelar. Precursor de la democracia cristiana*, Madrid 1966; P. PEGENAUTE, *Trayectoria y testimonio de José Manuel del Regato*, Pamplona

luego, la cronología. De este modo, los límites cronológicos de este trabajo son los de la vida de nuestro protagonista, el cual nos conducirá con mayor o menor rapidez en función de la actividad desplegada en cada periodo. Se pretende decir con esto que no se ha de esperar una sucesión temporal proporcionada, pues lo que marca el tiempo no son los 365 días de cada año, sino los contenidos que los ocupan y la forma en que éstos son vividos. Así, el primer capítulo y los dos últimos abarcarán periodos más amplios, en los que priman la formación, el estudio y la reflexión, de la misma forma que estas etapas se corresponden con ciclos más o menos estables en la situación política del país. Sin embargo, la intensidad con que Galiano vivió los años intermedios de su existencia, ha obligado a analizar éstos con más detalle. Nuestro protagonista fue un hombre para el que la política lo constituía casi todo, de ahí que su biografía sea tan paralela a la evolución política de España. Formaba parte Galiano de una generación de políticos que, nacidos en la época del liberalismo mítico, abstracto y difuso, recalaron con los años en un escéptico pragmatismo, no sin antes pasar las duras pruebas del exilio y la persecución política. A ese mismo grupo de hombres pertenecieron también Mendizábal, Martínez de la Rosa, Javier Istúriz, Eugenio Aviraneta y tantos otros de los que Juan Valera escribiera que "Cruel fue, por tanto, el destino con aquellos hombres arrojados de su nación por revolucionarios, anarquistas y sobrado progresivos, y que a poco de volver a su nación fueron perseguidos de nuevo por poco liberales y hasta por retrógrados y fanáticos"<sup>12</sup>.

La biografía ha sido, pues, la forma de articular el estudio, pero no de manera autónoma, sino formando parte de la historia de las ideas y de la práctica política. Aquella no se ha planteado como un conjunto de formulaciones doctrinales inmutables para todo tiempo y lugar, sino como planteamientos moldeados en un tiempo histórico como fue el de la trayectoria del liberalismo español. Pero la historia política puede ser atravesada también por otros niveles de análisis que la relacionan con una historia social que recupera a los individuos, sus percepciones, inquietudes, universo mental y, en suma, su contexto vital. Biografía, individuo, narración, pero en un marco interpretativo que va más allá de los personajes para plantear el trasunto del liberalismo español en sus ideas, configuración, prácticas y contradicciones.

---

1978; C. de CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política*; Andrés Borrego, Madrid 1975; J. VARELA, *Jovellanos*, Madrid 1988; R. MARRAST, *José de Espronceda*, Barcelona 1989; A. RAMOS ARGÜELLES, *Agustín de Argüelles. Padre del constitucionalismo español*, Madrid 1990; C. ROGEL y C. VATTIER (dirs.) *Manuel Alonso Martínez. Vida y obra*, Madrid 1991; F. SUAREZ, *Vida y obra de Donoso Cortés*, Pamplona 1997; M. MORENO ALONSO, *Blanco-White, la obsesión de España*, Sevilla 1998.



## Fuentes documentales.

Para llevar adelante la tarea propuesta, muchas y muy diversas han sido las fuentes consultadas. La misma flexibilidad que impone la labor del historiador como traductor del tiempo, ha obligado a buscar en todo tipo materiales los difusos rasgos que, tomados en conjunto y como un cuadro impresionista, nos ofrecieran una ventana al movimiento de las ideas de la España decimonónica. Se describen aquí en líneas generales:

- La literatura ha sido fuente importante, y dentro de ella lo que podríamos llamar las percepciones de los contemporáneos, es decir, toda aquella información que ofreciera pinceladas, visiones distintas de un personaje o de una situación. Hago mención a las memorias, recolecciones de recuerdos, etc., que nos presentan facetas de los distintos protagonistas de los que se habla. El objetivo es caracterizar, conocer más cercanamente a los personajes, pues al fin y al cabo, la realidad la construyen personas, individuos con intereses, con deseos y ambiciones. Por supuesto, no se pretende menospreciar la importancia de los elementos estructurales, pero éstos han sido lo suficientemente analizados por la historiografía como para insistir más en ellos. Por literatura, estoy haciendo referencia tanto a lo que puede ser considerado más propiamente literario (pongamos por caso los *Episodios nacionales* de Galdós), como a toda aquella producción contemporánea a los hechos que haya sido escrita bajo criterios subjetivos: las *Memorias* y los *Recuerdos* de nuestro protagonista son tal vez el mejor ejemplo.

- La prensa ha desempeñado un papel fundamental en la investigación, en especial en algunos capítulos, aunque su utilización ha sido diversa. En ocasiones he tratado de captar por medio de las publicaciones periódicas el ambiente político del momento, en especial el deseo de crear un espíritu favorable al liberalismo. Las páginas dedicadas al Trienio Liberal son tal vez la muestra más evidente de ese uso que podríamos llamar sociológico de la prensa. Para momentos posteriores, cuando la opinión pública alcanzó una mayor estructuración interna, el análisis de la prensa ha sido puramente político: organización de tendencias ideológicas (la polémica entre *El Piloto* y *El Español* en el seno del partido moderado), difusión de consignas (la *Revista Española* en la época del Estatuto Real), disputas teóricas (como la mantenida sobre el libre cambio entre la *Revista Universal de la Administración* y el

---

<sup>12</sup> C. BRAVO-VILLASANTE, *Biografía de don Juan Valera*, Barcelona 1959, p. 76.

*Semanario de la industria*), etc... Aunque han predominado los periódicos de tendencia conservadora y moderada, pues al fin y al cabo ésa fue la filiación política de nuestro protagonista, se ha procurado no perder la perspectiva que nos ofrecía la prensa de otras corrientes. De este modo, la consulta de periódicos como *El Eco del Comercio* o *El Castellano* ha sido paralela a la de *El Herald* o *El Español*.

- Los diarios de sesiones de las Cortes y los textos constitucionales y legislativos han sido especialmente tenidos en cuenta, pues, en última instancia, las concreciones administrativas y los debates que las preceden son la verdadera política, la política real. Lejos de las vacuas declaraciones de intenciones que solían aparecer en la prensa, los debates parlamentarios (cuyo ambiente se caldeaba, si bien es cierto, desde las redacciones) contienen la esencia de los programas políticos, allí están las cuestiones claves que definen una u otra forma de entender el estado liberal: las leyes electorales, la legislación sobre administración local y provincial, etc...

- Las fuentes archivísticas, por último, han venido a representar un complemento de primer orden para aquellas etapas de la vida de Alcalá Galiano que quedaban en una cierta oscuridad, así como para aclararnos visiones particulares sobre los asuntos políticos. Tal es el caso de las cartas de la reina María Cristina (consultadas en la Real Academia de la Historia y en el Archivo del Palacio Real), o los movimientos de los liberales exiliados, e incluso la obtención de informaciones significativas en un contexto general como el interés de Galiano en los últimos años de su vida por preparar un estudio sobre Burke (según consta en su expediente personal de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas). El Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas, el Public Record Office y los Archives Nationales de France han tenido especial importancia para reconstruir la trayectoria de Alcalá Galiano en sus exilios, sobre todo en lo que respecta al primero, y más prolongado, en Gran Bretaña y Francia. El Archivo Histórico-Diplomático del Ministerio dos Negocios Estrangeiros (Lisboa) y el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid) fueron fundamentales para reconstruir la etapa del Galiano diplomático. La faceta de Alcalá Galiano como político pudo completarse (junto al resto de fuentes) en los archivos del Congreso y del Senado. Por último, ciertas dudas iniciales pudieron despejarse gracias a documentación muy concreta encontrada en el Archivo del Ministerio de Justicia (procesos a los liberales), Archivo General de la

Administración (expediente de Alcalá Galiano como funcionario y actuaciones ministeriales), Archivo Histórico Nacional (Salamanca), etc.

En definitiva, el objetivo de este trabajo será tratar la figura del imparcialmente conocido Antonio Alcalá Galiano como una especie de árbol de cuyas ramas surgen *problemas e intereses que se plantean en el desarrollo de una trayectoria personal*. Problemas e intereses públicos, pues nuestro hombre tiene una proyección en la actividad política, no se trata de un observador pasivo de la realidad española, sino de un activo participante, y por tanto, sus posiciones siempre tienen implicaciones que van más allá de la mera reflexión. Por supuesto, ésta también será estimada, y nos mostrará a Galiano como un profundo conocedor de los debates intelectuales de su siglo. Su evolución personal y política se debió sobre todo a los estímulos del exterior, a los fracasos personales, a los pequeños éxitos, a las decepciones políticas. Y ahí radica precisamente el interés de su vida: en el carácter verdadera y profundamente humano (para lo bueno y lo malo) de su personalidad.

\*\*\*\*\*

La presente tesis doctoral ha podido ser llevada a cabo gracias a la beca de Formación de Profesorado Universitario concedida por el Ministerio de Educación y Cultura para este proyecto y a la financiación ofrecida por la Universidad Complutense para los desplazamientos a centros de investigación extranjeros. Igualmente, deseo agradecer las indicaciones y sugerencias de Jesús A. Martínez Martín y F. Negredo.

## 1. La formación de un liberal, 1789-1819.

### El hijo del héroe. Entre la vieja y la nueva sociedad.

Pasada una semana desde la toma de la Bastilla, toda Europa comenzaba a convulsionarse ante las noticias que de Francia llegaban. Ningún espíritu quedó exento de un impacto semejante. Unos a favor, otros en contra, todo el mundo permanecía a la expectativa anhelando más informes de aquella gran conmoción. Pero éstos no circulaban con gran rapidez a finales del siglo XVIII, y en muchos lugares *ni siquiera se tenía conocimiento de los hechos aunque, desde luego, un acontecimiento de tal magnitud no había de tardar en saberse*. España, que iba a estar especialmente preocupada por el asunto, vivía en su mayoría al margen de los sucesos que se avecinaban: la atención se centraba en el recién ascendido al trono Carlos IV. Floridablanca, confirmado en su cargo por el nuevo rey, no había sido atacado aún por su famoso pánico y el joven Francisco de Goya acababa de acceder al puesto de pintor oficial. Los españoles tenían bastantes razones para mirar por sus propios asuntos. En estos años, y en un país que aún ignoraba el papel que le iba a tocar en suerte en la nueva composición que de Europa estaban escribiendo los revolucionarios franceses, va a tener lugar el primer acto de la vida de uno de los más ambiguos políticos españoles del siglo XIX. Un soleado 22 de julio de 1789 nacia el gaditano don Antonio María Alcalá Galiano y Villavicencio, hijo mayor de una familia en la que sólo vería la luz una hermana más, pues los restantes murieron apenas iniciadas sus vidas. De reputación ilustre, pero sin títulos nobiliarios, las familias Alcalá Galiano y Villavicencio habían destacado por su asistencia a la Corona en varios de sus ramos. Desde la administración a la milicia, los Alcalá Galiano habían servido a los Borbones si no con devoción en todos sus miembros, al menos con la suficiente fidelidad como para ser reconocidos por ello. La rama paterna se encontraba especialmente relacionada con la gestión de los asuntos públicos, sobre todo por dos de los tíos de Alcalá, don Vicente y don Antonio, los cuales fueron *buenos ejemplos del funcionario con preocupaciones políticas. Entre el reformismo y el deseo de transformaciones más radicales, el desarrollo de la revolución en Francia condicionó en gran medida sus ideas políticas; al igual que otros contemporáneos, ambos se vieron empujados hacia posiciones más conservadoras tras la ejecución del rey Luis XVI, lo que en última instancia fue un enorme lastre para la evolución de nuestro país*. Las dos familias, los Alcalá Galiano y los Villavicencio, se mantuvieron en parecida ambivalencia en lo que al terreno social se refiere: conscientes del valor

del conocimiento individual y poseedores de una mentalidad preburguesa, no pudieron evitar, sin embargo, ciertas veleidades aristocráticas, como se verá más adelante. Este contexto familiar, trazado a grandes rasgos, será el que determine la concepción del mundo de nuestro protagonista<sup>1</sup>. A medio camino entre el orgullo y la defensa personal, Alcalá escribía: "No tengo yo la honra de llevar de los nombres o dígame apellidos señalados en la historia antigua de mi patria, y contados entre los principales de estos reinos. Pero tampoco soy un aventurero elevado por la revolución, como se figuran muchos, que sólo saben de mí que hablaba en la Fontana de Oro de 1820, suponiendo que fue la tribuna de aquel café la base del edificio de mi fortuna y fama"<sup>2</sup>. Orgullo por haber elevado el apellido familiar a conocimiento público; defensa personal al presentar unos orígenes de honradez, instrucción y sentido del deber que no le hagan aparecer ante este mismo público como un advenedizo de la política. En esa dualidad de sentimientos entre la tradición y el individualismo se moverá toda su vida quien ha sido considerado el teórico español del liberalismo aristocrático<sup>3</sup>.

Dionisio Alcalá Galiano, padre de nuestro protagonista, fue tal vez único miembro de su familia más vinculado a la ciencia que a la administración. Nació en Cabra (Córdoba) en 1762. Entró como guardamarina en 1775 y desde entonces toda su vida estuvo inmersa en la Real Armada y en particular en las expediciones geográficas organizadas por ésta. Formó parte del proyecto hidrográfico de Vicente Tofiño, y más tarde de la expedición de Antonio de Córdoba que exploró en la "Santa María de la Cabeza" el Estrecho de Magallanes y la costa patagónica. Su tarea científica más descolante la llevó a cabo con la expedición Malaspina, el cual había pensado en él por sus grandes conocimientos astronómicos. Don Dionisio era uno de los pocos marinos que tenía la suficiente experiencia en trabajos cartográficos y en cálculo astronómico como para realizar las tareas que se proponía Malaspina, y entre las que destacaba la confección de un atlas marítimo de América septentrional<sup>4</sup>. Las principales observaciones astronómicas de la expedición se realizaron en México por

---

<sup>1</sup> Para obtener más datos acerca de la carrera administrativa de Antonio y Vicente Alcalá Galiano, pueden consultarse en el A.H.N., sección de Estado, los legajos 6379 (para Antonio) y 3549, 6400 y 6401 (para Vicente).

<sup>2</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias de un anciano*, en *Obras escogidas*, Madrid 1955, vol. 1, p. 262 (en adelante *Memorias*, salvo que se especifique lo contrario).

<sup>3</sup> A. GARRORENA, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal (1836-1847)*, Madrid 1974, p. 365.

<sup>4</sup> A. ORTE LLEDÓ, "El posicionamiento astronómico en las costas de América en la Expedición Malaspina", en *La Expedición Malaspina (1789-1794). Bicentenario de la salida de Cádiz*, (Cádiz 1994) pp. 83-96; A. LAFUENTE y M. SELLÉS, *El Observatorio de Cádiz, 1753-1831*, Madrid 1988, capítulo primero: "Astronomía y náutica en el siglo XVIII".

las corbetas “Descubierta” y “Atrevida”, entre cuya dotación figuraba don Dionisio<sup>5</sup>. Antes de la llegada de la expedición a México, el padre de nuestro protagonista se encontraba haciendo mediciones en Acapulco, labor que cesó al incorporarse junto con Cayetano Valdés al equipo español, al mando de las goletas “Sutil” y “Mexicana”, con las cuales realizaron exploraciones en el estrecho de Juan de Fuca y la costa del noroeste de América. Posteriormente, don Dionisio escribiría una narración de su periplo: *Relación del viaje hecho por las goletas “Sutil” y “Mexicana” en el año de 1792, para reconocer el estrecho de Fuca con una introducción en que se da noticia de las expediciones executadas anteriormente por los españoles en busca del paso del N.E. de la América* (Madrid 1802). Explicar que el estrecho de Juan de Fuca no ofrecía paso al Atlántico y que sus tierras no tenían el menor interés económico fue el objetivo de su detallado escrito<sup>6</sup>. Resultado de estas dos travesías fueron dos escritos más de don Dionisio: *Memoria sobre el cálculo de la latitud del lugar por dos alturas de sol* (Madrid 1795) y *Memoria sobre las observaciones de latitud y longitud en el mar* (Madrid 1796). En ambas memorias desarrollaba y perfeccionaba con sus observaciones los métodos de cálculo astronómico de las distancias lunares que había sido ideado por Mazarredo, y de los cuales él era uno de los mejores conocedores. Como premio por su labor científica, en enero de 1794 fue ascendido a capitán de navío cuando esperaba en La Habana para incorporarse a la escuadra del teniente general Gabriel de Aristizábal. En el mes de septiembre del mismo año regresó a España. Su sorpresa sería mayúscula cuando, poco tiempo después, se vio investigado, al igual que los demás miembros de la expedición, por la supuesta conjuración de Malaspina contra Godoy. Malaspina, tras su llegada a España, se había implicado en un grupo opositor a la política de Godoy. Indignado por el grado de ineficacia y arbitrariedad con la que se conducía el ministro de Carlos IV, Malaspina se involucró más de la cuenta en dichas conspiraciones, detrás de las que, al decir de los investigadores, se hallaba la mano de la reina María Luisa. En los círculos intelectuales provocó una enorme consternación el hecho, pues la popularidad de los miembros de la expedición era muy grande, y además se esperaba ansiosamente la publicación de las conclusiones de la travesía. Un contemporáneo como Joaquín Lorenzo Villanueva relataba en sus memorias el alcance de la sorpresa: “Por largo tiempo se estuvieron haciendo castillos en el aire

<sup>5</sup> J. BUSTAMANTE Y GUERRA, *Relación de las navegaciones que ejecutó separadamente la corbeta de S.M. “Atrevida” en el viaje verificado unida a la “Descubierta” en los años 1789-1794*, Madrid 1868.

<sup>6</sup> Estos viajes por la costa oeste han sido estudiados por H.R. WAGNER, *Exploration in the Strait of Juan de Fuca*, Santa Ana, California 1933 y D.C. CUTTER, *Malaspina and Galiano: Spanish voyages to the Northwest coast, 1791-1792*, Seattle 1991.

sobre este incidente: atribuíanle unos a escritos suyos, otros a haber comentado la vida de la reina María Luisa, que poco tiempo antes había aparecido en Francia”<sup>7</sup>. Los oficiales de la expedición fueron conminados a permanecer en Madrid y a entregar todos los documentos del viaje a Juan Vernacci, miembro del equipo científico, que a su vez debía proporcionarlos a las autoridades. Una vez inspeccionados, los oficiales regresaron a sus distintos departamentos, mientras que Malaspina era encerrado en el castillo de San Antonio en La Coruña<sup>8</sup>. Pese a su forzado confinamiento (que duraría seis años), Malaspina no cejó en su empeño de defenderse a toda costa de las acusaciones que se le hacían, y en las cartas a su hermano Giacinto insistía una y otra vez en que sus conocidos intercedieran por él ante el rey. Uno de los vehículos que quiso utilizar Malaspina fue precisamente su amistad con Dionisio Alcalá Galiano, a quien su familia debía dirigir las misivas para obtener cualquier información acerca del estado de sus asuntos<sup>9</sup>. No afectado por las consecuencias negativas de estos hechos, en 1802 don Dionisio ascendió a brigadier y participó en distintas actividades vinculadas a la Armada entre las que destaca el viaje hecho a Nápoles para recoger a la prometida de Fernando VII, viaje en el que le acompañó su hijo Antonio y del que guardaría un grato recuerdo.

La muerte de Dionisio Alcalá Galiano en la batalla de Trafalgar supuso un duro golpe para una familia que se veía en pleno ascenso social. Al grito de “ningún Galiano se rinde”, el entonces brigadier de la fragata Bahama se había lanzado al ataque en aquel día 25 de octubre de 1805. Sin embargo, poco antes había comunicado a los tripulantes su certeza de que la batalla estaba perdida, “porque aquella maldita virada en redondo...”<sup>10</sup>. España se encontraba sufriendo, de nuevo, la pérdida de su antigua hegemonía, y los españoles, reticentes a permanecer con los ojos abiertos ante la realidad, no daban crédito al hundimiento de la que había sido, muchos años atrás, bien es cierto, la mejor flota del mundo. La agonía, que se

---

<sup>7</sup> J.L. VILLANUEVA, *Vida literaria de don Joaquín Lorenzo Villanueva*, Londres 1825, vol. 1, pp. 54-55.

<sup>8</sup> E. BEERMAN, *El diario del proceso y encarcelamiento de Alejandro Malaspina (1794-1803)*, Madrid 1992 pp. 82 y 95 (datos correspondientes al 27 y al 29 de noviembre de 1795).

<sup>9</sup> Archivo de la Real Academia de la Historia, Correspondencia de Alejandro Malaspina donada por el Excmo. Sr. Conde de Greppi, carta nº 19 de Alejandro a Giacinto Malaspina, fechada en el Castillo de San Antonio el 14 de mayo de 1796: “Potreste scrivere anche una lettera per me o aperta o indifferente acchuisa ad altra vostra per D. Dionisio Galliano, Capitán de Navío de la R<sup>a</sup> Armada, Madrid. È amico di Belmonte e si se lo pregate vi dara forse qualche idea esatta dello stato attuale delle cose mie e delle misure da prendersi”.

<sup>10</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Trafalgar*, Madrid 1979, p. 133. La estrategia naval del experimentado Nelson, unida a la impericia del general Villeneuve, sorprendió a los oficiales españoles, quienes comprobaron cómo los ingleses rompían la línea defensiva establecida por el marino francés cortándola por el medio al girar sobre ella.

prolongaría durante todo el siglo XIX, y de la que el desastre del 98 sería su más amargo sarcasmo, impidió una reacción ante la nueva situación de país mediano en un contexto europeo de fuertes naciones en plena expansión económica e imperial. La repercusión moral de la derrota de Trafalgar iba a ofuscar la mente de un país al borde de un terremoto mayor que no tardaría en llegar más que tres años. Para la familia Alcalá Galiano también constituiría un punto de inflexión el descalabro. Bajo las órdenes de Gravina, el brigadier Alcalá Galiano dirigía el navío Bahama, que formaba parte de la escuadra de observación repartida en dos divisiones de doce barcos. Iniciada la batalla la escuadra fue violentamente cañoneada, y en este ataque, cuando se hallaba orientando el fuego de las primeras baterías, perdió al vida el brigadier. “En vano tan lastimoso acontecimiento se pretendió ocultar a la vista de la consternada tripulación, arrojando al agua el cuerpo de Galiano”, narraba un contemporáneo como fue Ferrer de Couto, testigo directo de la decadencia definitiva de la *antaño gloriosa marina española*<sup>11</sup>. Trafalgar fue, a fin de cuentas, un símbolo, una humillación y una oportunidad perdida para aplicar las reformas diseñadas en el siglo anterior.

Para nuestro protagonista, la imagen del padre será recurso frecuente como modelo de honestidad personal. Sin embargo, poco tenían que ver don Dionisio y su hijo. El padre, un hombre vinculado a la ciencia, se alejó de la política toda su vida; un hombre respetuoso de su rey que era incapaz de mantener las posiciones irónicas de su hermano Vicente respecto a la monarquía. Don Dionisio fue un sostenedor de viejos valores como demuestra la anécdota narrada por Mariano Pardo de Figueroa. En 1787 el entonces joven marino Dionisio Alcalá Galiano se encontraba en Medina Sidonia visitando a sus parientes Villavicencio y de la Serna. En una recepción organizada por la familia, el marino bailó un minué con una de sus primas, María de la Consolación. El sorprendente cúmulo de rumores que tal hecho desató (pues María de la Consolación estaba ya prometida) llegó meses después a Cádiz, donde se encontraba Dionisio, el cual rápidamente se presentó en Medina Sidonia para casarse con su prima si tal situación la comprometía. Doña María parece que vio la oportunidad de librarse de un novio que, si bien estaba cargado de títulos y prestigios varios, no era muy de su gusto, por lo que aceptó sin dudar la propuesta de matrimonio de su primo<sup>12</sup>. La boda se celebró el 22 de enero de 1788 en Medina

---

<sup>11</sup> J. FERRER DE COUTO, *Historia del combate naval de Trafalgar, precedida de la del renacimiento de la Marina española durante el siglo XVIII*, Madrid 1854, p. 156.

<sup>12</sup> M. PARDO DE FIGUEROA, *Primera ración de artículos del doctor Thebussem*, Madrid 1892, pp. 9-10.



Sidonia<sup>13</sup>. Pero no son sólo estos rasgos “caballerosos” los que dibujan a Dionisio Alcalá Galiano como un hombre tradicional. En sus numerosos viajes se le presentaron varias oportunidades de hacer dinero, de tal manera que al regreso de la expedición de *Malaspina*, la familia podía considerarse rica. Sin embargo, la forma en que tal dinero era empleado recuerda más a la de un noble del antiguo régimen que al poseedor de una mentalidad moderna. En sus *Memorias*, Alcalá narra una fiesta de despedida dada por su padre a un antiguo amigo español en La Habana. La celebración, por todo lo alto, supuso un gran gasto económico<sup>14</sup>. La ostentación continuada del padre quebrantó considerablemente la futura herencia de los hijos, a pesar de que el resultado que don Dionisio esperaba de ella era mostrar a la sociedad las buenas perspectivas que ante él y su familia se presentaban, hacer patente su progreso en un entorno que, pese a estar dedicado a carreras profesionales, mantenía unos valores enteramente nobiliarios. Ahí tienen explicación los comportamientos igualmente caballerosos que sostuvo el padre de nuestro protagonista al mantener su amistad con *Malaspina* (pese al freno parcial que supuso en su ascendente carrera militar) o al agasajar a otro antiguo camarada caído en desgracia en la Corte, el virrey de México Miguel José Azanza. Don Dionisio fue en su familia el continuador más firme de esas actitudes tradicionales, fuertemente inculcadas por su propio padre (y abuelo de nuestro Alcalá): Antonio Alcalá Galiano y Pareja<sup>15</sup>. El primer encuentro del nieto, entonces niño de pocos años, con su abuelo es buena prueba de la importancia que se daba al “pater familias” en la sociedad tradicional: “También me chocaron los extremos de respeto exterior con que pretendía ser tratado, obligando a sus nueras, ya crecidas, a que le besaran la mano, y a éstas y a sus hijos a sumisión como a la que se tiene a los mayores solamente mientras duran los años de la niñez. Mi madre, a quien yo profesaba sobre tanto amor, tanta consideración, llevaba tan a mal tantas singularidades de su suegro, que en mi hubieron de infundir escaso afecto a una persona a quien debía tenerle muy señalado”<sup>16</sup>. En definitiva, un hombre como don Dionisio resultaba perfecto como modelo de conducta, pero poco había en común entre su talante recto y austero, y el

---

<sup>13</sup> Archivo General Militar de Segovia, Sección histórica, expediente matrimonial de Dionisio Alcalá Galiano y Alcalá Galiano.

<sup>14</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 279.

<sup>15</sup> Antonio Alcalá Galiano y Pareja, procedente de Córdoba, fue el heredero del mayorazgo de su familia. Dedicado a la milicia desde muy joven, participó en la guerra del Rosellón y en la defensa de Bellegarde. Llegó a ser mariscal de campo y caballero de Alcántara. Emparentó con su prima Antonia Alcalá Galiano y Pinedo, siguiendo la costumbre existente entre estos pequeños grupos familiares que habitaban comarcas próximas.

<sup>16</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 262.

carácter crítico y sarcástico del hijo, el cual tenía más concomitancias con otros miembros de su familia: la ironía de su tío Vicente, la excentricidad de su primo segundo Francisco de la Serna, la erudición de su tío Antonio o la imaginación de su madre, incidieron bastante más en la personalidad de nuestro protagonista.

María de la Consolación Villavicencio y de la Serna formaba parte de una ilustre familia de Medina Sidonia que había conocido tiempos mejores<sup>17</sup>. Aunque en el momento de la boda su padre, don Antonio Villavicencio, era alguacil mayor de Medina, los hijos se había visto forzados, por problemas económicos, a buscar una carrera profesional. Esta circunstancia había supuesto para la familia un cierto baldón a su prestigio, pues entre los antepasados se contaban ennoblecidos apellidos, pero por otra parte había abierto las puertas a nuevos aires. Los tíos maternos, Rafael y Juan Villavicencio, encontraron su porvenir en la Marina, contribuyendo a consolidar en la familia de nuestro don Antonio, una tendencia al ejercicio de actividades profesionales que apuntaban ya a una nueva sociedad. Por su parte, María Villavicencio era una mujer más instruida de lo que se podía encontrar entre las señoras de su tiempo, al fin y al cabo, siempre había existido en su familia un interés por la cultura en general (no una preocupación centrada en aspectos concretos y técnicos como en la familia de su marido). La abuela materna de Alcalá había ya inaugurado en su hogar el afán de las mujeres por la cultura, y ambas, abuela y madre, volcaron sobre el niño sus conocimientos: "Una y otra sabían bastante de historia, especialmente de la de España, leída, como es de suponer, en Mariana y otros autores castellanos de menos nota; una y otra habían leído mucha poesía, y señaladamente nuestro teatro antiguo, siéndolo idólatras de Calderón, y una y otra atendían algo a los sucesos políticos de su tiempo, en lo poco que en aquellos días se mezclaban en las cosas de Estado los meros particulares. No tenían, como era de presumir, el menor juicio crítico o filosófico, aunque no careciesen de cierto gusto literario, si no el más acrisolado, tampoco torpe"<sup>18</sup>.

En estos orígenes familiares de Antonio Alcalá Galiano se unen varios elementos. Por un lado, los recuerdos de un pasado más ilustre; por otro, el orgullo de brillar por los propios méritos. Vieja y nueva sociedad se mezclaron en una familia

---

<sup>17</sup> Varios antepasados habían participado en la defensa de Cádiz cuando los ingleses intentaron saquear la ciudad en 1596. Algunos de ellos (Nuño y Juan Villavicencio) fueron apresados por los invasores (Fr. GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN, *Emponio del Orbe. Cádiz ilustrado, investigación de sus antiguas grandezas, discurrida en el concurso del general Imperio de España*, Amsterdam 1690, pp. 417-456).

<sup>18</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 261.

y confluyeron en una persona. Alcalá llevará dentro de él la contradicción que supone semejante herencia. Se preciará de sacar lustre a unos antepasados nobles, demasiado alejados en el tiempo como para que alguien los recuerde. Pero también se sentirá orgulloso de no pertenecer a la "clase ociosa". Sentirá complejo de inferioridad al lado de los grandes, marqueses y condes, aunque aprovechará la menor oportunidad para mostrarles su superioridad intelectual, que en el fondo es su mayor orgullo. Será el teórico de la sociedad de clase media, pero odiará la medianía de gustos e intereses de la burguesía. De ese crisol de opiniones encontradas, Galiano sólo sabrá salir reivindicando la aristocracia intelectual, a la que él cree pertenecer. Sin embargo, realista como era, se daba perfecta cuenta de la imposibilidad de hacer creíble tal propuesta. Su talante profundamente pragmático le convenció con los años de que la única posibilidad de concebir una sociedad estable con esos elementos era apostar por un sistema mixto en el que convivieran el pasado y el futuro, para construir un presente en el que la iniciativa individual fuera el principio de acción y el orden social la garantía última. Las herencias del pasado que se manifiestan en su pensamiento no son sólo el producto de su entorno social, como tampoco lo son sus ansias renovadoras. El convencimiento de que había que transformar la sociedad española para adaptarla a las nuevas circunstancias se gestó en su pensamiento porque estaba en el ambiente de ese final del siglo XVIII tan agitado. Si bien es cierto que esas ansias reformadoras son más vehementes (y más confiadas) en la primera etapa de su vida, no puede negarse que siempre estuvieron presentes. El clima intelectual de la época demandaba una reflexión sobre estas cuestiones, y Alcalá, desde muy niño, tuvo conocimiento de ese debate a través de sus tíos. Don Vicente Alcalá Galiano, su tío paterno de más edad, pese a que tenía por profesión la milicia, se había convertido en un experto en las doctrinas económicas de la época, y en particular en Adam Smith, cuya obra hizo conocer a fondo a sobrino. Escribió don Vicente numerosos tratados sobre teoría económica, presentados a la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País, aunque destacó especialmente por ser uno de los mayores conocedores del sistema de la hacienda española. Por su parte, Antonio, hermano del anterior, habiendo comenzado como alcalde del crimen en la Chancillería de Valladolid, llegó a ser consejero real y publicó varias obras sobre legislación, siendo la de más fama *Máximas y principios de legislación universal* (1813). Esta obra, que tan frecuentemente se ha atribuido a nuestro autor<sup>19</sup>, como él mismo dice en sus

---

<sup>19</sup> Así aparece en A. PALAU, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona 1948, vol. 1, p. 163.

memorias, recogía los ideales democráticos que Antonio Alcalá Galiano, tío, sostenía en su juventud y que después pasaron a mejor vida. El último punto de referencia del que Alcalá hace mención es su tío materno Juan María Villavicencio, también marino y hombre muy instruido y muy relacionado con la Corte (llegaría a ser uno de los regentes del Reino cuando Fernando VII estuvo en Francia). De su biblioteca tomó nuestro protagonista su primera ilustración: "Los libros de este tío mío, que eran algunos y escogidos, sirvieron en gran manera a mi enseñanza, y de su conversación y ejemplo tomé mucho..."<sup>20</sup>.

### Los debates ideológicos.

Estos familiares de nuestro protagonista formaron parte del círculo de pensadores reformistas que buscaba, ante todo, sacar a la luz las contradicciones políticas y sociales en las que vivía el país. Dicha generación, que no es puramente liberal, sentó las bases de la reflexión de la posterior, la de Alcalá Galiano. Animados de un talante profundamente reformista, los ilustrados españoles se lanzaron a la denuncia del estancamiento y de la desidia, del marasmo económico y de la parálisis social. En comparación con otros países europeos, España no acababa de salir del hoyo al que su famosa decadencia le había arrojado. Multitud de folletos, libros e iniciativas pulularon por toda la nación durante estos años de agonía del XVIII, mostrando las distintas ópticas desde las que se contemplaba el deseado proceso de regeneración. Pero en todas ellas late una preocupación social que caracteriza a la Ilustración española y que revela la causa última de todos los males que aquejaban al país<sup>21</sup>. Hay que entender esta preocupación social en dos sentidos, por un lado las míseras condiciones de vida de la mayoría de la población (que se trasladaban a su vez a los demás ámbitos de desarrollo de la persona, como la educación), y la falta de hábitos y de comportamientos que impulsaran el progreso político y económico (es en esta línea en la que tienen explicación las críticas cada vez más mordaces a la nobleza y sus formas de vida). El estado de la sociedad española preocupó enormemente a los hombres de la segunda mitad del siglo: llevó a Jovellanos a reflexionar sobre ello en su *Expediente sobre la ley agraria*, a Vicente Alcalá Galiano a proponer la creación de fábricas que incorporasen la población campesina al

---

<sup>20</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 258.

<sup>21</sup> A. ELORZA, *La ideología liberal de la Ilustración española*, Madrid 1970, p. 236, y J.Mª MARAVALL, "La época de Goya", en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid 1991, p.108.

trabajo manufacturero (*Sobre la industria en general y sobre los medios de promoverla en esta provincia*, Segovia 1781), condujo a Cabarrús a denunciar la desigualdad como elemento disolvente de la estabilidad social... Sin embargo, y desde la perspectiva de una necesaria reforma política, todos ellos eran conscientes de que ese pueblo al que se proponían redimir, se encontraba inmerso plenamente en una forma de entender el mundo propia del Antiguo Régimen, y por tanto inoperante desde el punto de vista del reformismo. Así, León del Arroyal escribirá que “en nuestro populacho está tan válido aquello de que el rey es señor absoluto de las vidas, las haciendas y el hombre, que ponerlo en duda se tiene por una especie de sacrilegio”<sup>22</sup>. No era posible, pues, contar con la mayoría de la población para la transformación de la sociedad, era necesario ir implantando reformas paulatinas que provocaran pequeños y continuados impactos en la conciencia de la colectividad. El objetivo, en última instancia, era la remodelación de las mentalidades. Sin embargo, estos ilustrados preliberales no se atrevieron a señalar que el desarrollo de comportamientos políticos modernos implicaba hacer frente a la diversidad de opciones y opiniones, y eso significaba romper con el monolitismo ideológico al que estaba acostumbrado el país desde hacía siglos. El proceso de secularización de la sociedad española tenía que pasar necesariamente por ahí, y como eso no se llevó adelante más que a trompicones y al cabo de muchos años, era imposible plantear un cambio en las mentalidades. La sociedad española, acostumbrada por la Iglesia Católica a la polarización en materia de opiniones, apenas conocía los matices. El ejemplo más claro es este grupo de ilustrados, en su gran mayoría (como después sucederá con los liberales), jamás se saldrá del redil del pensamiento católico, y si lo hacen, será para convertirse en furibundos anticlericales y ateos, y en el caso más práctico, en denostados libertinos. Pero casi ninguno se acercará al deísmo o al protestantismo (salvo Blanco White, y ya fuera de España). Siendo conscientes de que la religiosidad barroca había llegado a grados intolerables de superstición (la superchería papista de la que hablaba George Borrow, “la mayor empresa de envilecimiento y embrutecimiento del espíritu humano”), retornaron a un catolicismo interior y asociaron sus deseos de limitar la acción de la Iglesia al regalismo, y por tanto a la vía reformista<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> León del ARROYAL, *Cartas político económicas al conde de Lerena*, 1786, Madrid 1968, p. 210.

<sup>23</sup> Nunca se insistirá lo bastante en las importantes consecuencias que la Contrarreforma ha tenido para modelar los comportamientos colectivos en nuestro país. Aparte de detener el flujo del pensamiento filosófico y científico, implantó en la sociedad española una moral de recelo y condena al disidente ideológico-religioso. Trasladado al terreno político, y dentro de ese proceso de secularización del siglo XIX, se manifestará en la intolerancia hacia el contrario político y en una vivencia religiosa de lo político que muestra que no se habían separado de forma correcta lo privado de lo público. siempre estará muy presente en las mentes de los ilustrados y liberales españoles la idea de la importancia de la transformación de las

Los planteamientos acerca de la necesaria renovación política se hicieron evidentes desde los primeros años del siglo, pero es en su segunda mitad cuando se puso de manifiesto la urgente necesidad de transformar la sociedad española. Las propuestas eran múltiples, e iban desde perspectivas aún cercanas al despotismo ilustrado hasta concepciones críticas como la del periódico *El Censor* o proposiciones de reforma radical como las de Cañuelo, Foronda, Rubín de Celis y sobre todo León del Arroyal<sup>24</sup>. De entre las observaciones políticas, destaca especialmente la continuada comparación con la situación en Gran Bretaña y su forma mixta de gobierno, que es tomada como modelo para España. Las formas en que se contempla este modelo tiene gran interés para el desarrollo del posterior pensamiento liberal español, especialmente tras las experiencias derivadas de la Revolución Francesa. Los hechos acaecidos en la nación vecina impactaron de forma brutal en la reflexión de los pensadores españoles acerca de la transformación política, pues abrieron gran cantidad de interrogantes y de nuevas posibilidades. Se instaló definitivamente en la mente de los pensadores políticos españoles un enorme interés por la vía del cambio gradual según el sistema inglés, pese a que con frecuencia, la impaciencia hiciera optar a algunos por la vía revolucionaria. El mito del equilibrio del sistema político británico, que comenzó a difundirse por Europa a través de la obra de Montesquieu *El espíritu de las leyes*, conoció un nuevo empuje con la publicación de la *Constitution de l'Angleterre* o *Constitution of England* de Jean Louis de Lolme. Este compendio de las instituciones y formas políticas inglesas tuvo una primera edición en francés en 1771, publicada en Amsterdam, aunque fechada en Londres<sup>25</sup>. En nuestro país estos dos autores, Montesquieu y De Lolme, fueron los elementos clave para que se consolidara una línea de pensamiento de cariz liberal no revolucionario que subsistió impregnando los círculos librepensadores al lado, y no necesariamente de forma separada, de las ideas procedentes de la Ilustración francesa. El estudio del liberalismo económico y el análisis del pensamiento de Montesquieu son las pistas para entender el primer florecimiento de estos planteamientos. El relativismo sociológico de Montesquieu permitía el distanciamiento personal suficiente como para

---

mentalidades, y ésa es tal vez la razón principal que les llevó a acercarse al poder, en el caso de los primeros, o de hacerse con él, en el de los segundos, ante la formidable hegemonía de la Iglesia, no había otra manera de contrarrestarla que la acción desde el gobierno, pues como Larra escribirá en 1833 "el hombre es sólo lo que de él hacen la educación y el gobierno".

<sup>24</sup> A. ELORZA, op. cit., p. 245. Sobre León del Arroyal: F. LÓPEZ, "León del Arroyal auteur des *Cartas político-económicas al Conde de Lerena*", en *Bulletin Hispanique* LXIX, 1-2, (janvier-juin 1967), pp. 26-55; L. SÁNCHEZ AGESTA, "Preludios del siglo XIX. La aurora del constitucionalismo (Las cartas de León del Arroyal)", en *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Sevilla 1979, pp. 309-327; J. PALLARÉS MORENO, *León del Arroyal. La aventura intelectual de un ilustrado*, Oviedo 1993.

que las conclusiones obtenidas de la reflexión acerca de la situación de España, no fueran consideradas críticas al sistema político imperante<sup>26</sup>.

Al margen de los análisis del barón de la Brède, existía en nuestro país una preocupación por el examen del sistema mixto de gobierno tal y como se entendía que éste se había desarrollado en Inglaterra. Las opiniones al respecto eran muy variadas, y aunque en su gran mayoría lo contemplaban con interés, no faltaban detractores como Cabarrús. De Inglaterra se admiraba su capacidad para combinar las libertades con el orden, creando un clima público de confianza que era destacado por León del Arroyal como elemento primordial de todo sistema político estable: "La libertad de prensa, la libertad de escribir, la libertad de hablar, crean hasta en el bajo pueblo un espíritu de confianza e interés mutuo, que nosotros apenas podemos comprender. Los partidos de oposición, principal fuente de la felicidad inglesa, no dejan pasar cosa sin controvertirla ni permiten providencia que antes no se haya examinado y desmenuzado por todas partes, y como el público es testigo de las grandes deliberaciones del Parlamento, y sólo por un acaso se oculta a su vista algún pequeño manejo del gobierno, jamás desconfía ni le queda ocasión de cavilar sobre ellas. Un inglés está seguro de que el método ordinario del gobierno no se inmutará el consentimiento de la nación, que no se le impondrá un ochavo sin la aprobación del pueblo y que, sabiendo por ápices el estado de la Hacienda de su patria, podrá tomar en tiempo las medidas convenientes a su interés. Pero un español, al contrario, toda su vida pasa entre la desconfianza y el temor, sospechando cada instante una tormenta"<sup>27</sup>. Esta prolongada cita contiene la esencia que explica ese interés de los reformadores españoles por una forma de gobierno que hasta el momento en que la Revolución Francesa ofrezca otra opción, será la línea que dirija las reflexiones. El contrapeso de los poderes es, asimismo, otro de los elementos fundamentales que muestran escritores como Cadalso o Jovellanos, para quien la relación entre ejecutivo y legislativo es especialmente importante. Sin embargo, el estudio del modelo no se presenta sin críticas. Desde la perspectiva de Cabarrús, la existencia de un alto grado

---

<sup>26</sup> A. ELORZA, op. cit., p. 69. Los principios divulgadores de la obra del pensador francés fueron Enrique RAMOS (*Reflexiones de Desiderio Bueno sobre el papel intitulado el trigo considerado como género comercializable*, 1764; *Discurso sobre economía política*, 1769) y sobre todo Ibáñez de la Rentería, quien, desde la Sociedad Vascongada de Amigos del País, trató de convertir en lugares comunes ideas como la relación de las leyes con la situación social y geográfica del estado, o la vinculación del estado liberal con la defensa de la propiedad (J.A. IBÁÑEZ DE LA RENTERÍA, *Discursos que don... presentó a la Sociedad Vascongada de Amigos del país en sus juntas generales de los años 1780, 81 y 83*, Madrid 1790. Para estas cuestiones, ver especialmente el Discurso 3º: Reflexiones sobre las formas de gobierno, p. 168).

<sup>27</sup> León del ARROYAL, op. cit., p. 164.

de desigualdad estamental y el mantenimiento del sistema hereditario ponen trabas al, por otra parte imparable, ascenso de la burguesía inglesa a las cumbres de la decisión política. Y de nuevo, León del Arroyal, al que en esta ocasión traemos a colación para hacer mención de sus censuras al desarrollo brutal del capitalismo y sus consecuencias sociales. Arroyal, defensor del papel político de la burguesía, censuró acremente la sociedad inglesa, a la que veía como una nación de sirvientes, llena de desposeídos. "Si profundizáramos un poco sobre la decantada prosperidad de Inglaterra, tal vez no la envidiaríamos sino la libertad", escribía convencido. De este modo, la reflexión de los pensadores españoles sobre la forma del gobierno inglés se va a llevar a cabo siempre desde una órbita muy realista y pragmática, buscando sólo aquellos elementos que pudieran resultar útiles, y nunca pensando en una posible traslación. En definitiva, se puede decir que lo único que se admira del modelo, que no es poco, es la institucionalización de las libertades. Por consiguiente, esta reflexión tomará el aspecto de estudios históricos que permitan detectar el momento en que en España, que no carece de tradición representativa, comenzó a perderla. Se analizarán las Cortes medievales, se buscarán leyes y fueros, se desempolvarán memoriales, se revitalizará la revuelta de las comunidades... Desde luego, se encontró lo que se buscaba, y se constató que, a partir del reinado del primer Habsburgo, empezó el llamado "menosprecio de Cortes", es decir, el hundimiento del régimen mixto del Reino de Castilla<sup>28</sup>. No había que recurrir a ejemplos extranjeros: "¿Por ventura no tiene España su constitución?". El significado de estas tareas es marcadamente político, pues junto al afán reformista que late en su seno, colaboraban a reivindicar un orgullo patrio por la existencia pasada de unas libertades nacionales, arrebatadas por dinastías extranjeras. Se creará de este modo una imagen de España alejada de las pompas imperiales y católicas, una imagen que después se verá potenciada en el exterior por la obra de las Cortes de Cádiz, y que ofrecerá la representación de una España liberal que siempre ha latido en el fondo de las tinieblas del despotismo. Teniendo ya localizada y esbozada la tradición y el inicio de su crisis, lo que en última instancia suponía presentar la contingencia de un gobierno representativo en España, no quedaba más que examinar la situación presente, buscando los anclajes del pasado y de la actualidad. Y aquí, por supuesto, comenzaban las críticas al sistema político existente. Al lado de sistema económico, fuertemente censurado por los seguidores del liberalismo económico (que en la España de la época eran muchos), destacan especialmente los reproches hacia la

---

<sup>28</sup> J.A. MARAVALL, "Las tendencias de la reforma política en el siglo XVIII español", en *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*, pp. 71-72.



nobleza en autores como Cabarrús, Pedro Mariano Ruiz (escritor de las *Conversaciones de Perico y Marica*), y sobre todo Manuel María de Aguirre, gran debelador del régimen señorial<sup>29</sup>. Merece especial mención, por lo que tiene de cuestión de fondo, la preocupación existente por el clima de desidia creado por el despotismo, tan denunciada en el folleto *Pan y toros*, de Arroyal y en las *Cartas de España* de José María Blanco. Sin embargo, estas paulatinas reflexiones quedaron detenidas por el gran fenómeno que iba a conmover al siglo y que tanto influiría en nuestro país.

La Revolución Francesa tuvo un gran impacto en España, de hecho se ha afirmado que los sucesos acaecidos en nuestro país no se debieron tanto a las reformas de Carlos III o la Ilustración como a los conflictos ideológicos e internacionales derivados de ella<sup>30</sup>. Por un lado, supuso un fuerte golpe al librepensamiento, pues las campañas de prohibiciones encontraron una excusa más que buena para acallar una crítica que iba en aumento, y para colmo, tuvo lugar pocos años después de iniciada la polémica de Masson de Morvilliers, con lo que también aquí se halló pretexto para agitar un patriotismo obtuso que sería otra china más en el zapato de los liberales<sup>31</sup>. Por otro lado, mostró a los reformadores la posibilidad de la acción violenta para cambiar un estado de cosas difícil de transformar por otras sendas. A partir de ese momento, el movimiento liberal español se encontraría en una perpetua indecisión acerca de las vías de acceso al poder y las posibilidades del reformismo. Para su desgracia, los liberales ibéricos no contaban con un pueblo poseedor de una auténtica cultura popular rebelde, como la inglesa<sup>32</sup>,

---

<sup>29</sup> Manuel María de AGUIRRE, *Cartas y Discursos del Militar Ingenuo al Correo de los Ciegos de Madrid (precedido de Sistema de Sociedades Patrióticas y Seminarios o Casas de Educación)*, edición y estudio preliminar de A. Elorza, San Sebastián 1973.

<sup>30</sup> Así se desprende del libro de R. HERR, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid 1964. Sobre esta cuestión puede consultarse: VV.AA., *Repercusiones de la Revolución Francesa en España. Actas del Congreso internacional celebrado en Madrid entre 27 y 30 de noviembre de 1989*, Madrid 1990.

<sup>31</sup> El editor de la *Encyclopédie Méthodique*, Charles Joseph Pankovcke, había encargado al escritor Masson de Morvilliers el artículo correspondiente a España. En 1783, cuando se publicó la obra, los interesados pudieron leer sorprendidos lo que se preguntaba Masson sobre España: "Que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?". La polémica que levantó en España esta puesta en duda de nuestra aportación a la cultura europea fue formidable, y por supuesto, dio paso a una actitud beligerante contra todo lo extranjero, y más concretamente contra lo francés. Floridablanca encargó a Juan Pablo Forner una respuesta pronta, que sería la *Oración apologética por España y su mérito literario* (1786). Sin embargo, no todos coincidían en la censura, algunos hasta consideraban que nuestro país se había quedado estancado en la nada desde hacía mucho tiempo. En esta línea estuvo la contestación irónica a Forner (y de rebote a Floridablanca y las realizaciones de Carlos III) de mano de Cañuelo, quien escribió una *Oración apologética por el África y su mérito literario* publicada por *El Censor* en 1787 (para ampliar esta cuestión, puede leerse: R. FROLDI, "La crítica de *El Censor* a las apologías de España", en M. TIETZ (ed.), *La secularización de la cultura española en el Siglo de las Luces*, Wiesbaden 1992, pp. 91-111). Julián MARIAS ha visto en estos hechos un preludio del triunfo del reaccionarismo (*La España posible de Carlos III*, Madrid 1988), p. 63.

<sup>32</sup> A. MORALES MOYA, "Los conflictos ideológicos en el siglo XVIII español", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 80, (Madrid 1993), p. 31.

y poco se podía hacer con una sociedad como era la española, sacralizada e imbuida de esa especie de moral de la resignación que, a falta de algo más elaborado, ofrecía la Iglesia Católica. De ahí iba a nacer en nuestros progresistas la certeza de que todo estaba en sus manos, la reforma o la revolución. Como, desde luego, tampoco predominaba en ellos ninguna intención democrática, trataron de lanzar sus miradas hacia las exiguas clases media y alta ilustrada de las que la mayoría procedía.

En la mayor parte de los reformistas, la Revolución y sus excesos provocaron una reacción de temor. El miedo se instaló en muchos de ellos y viraron hacia el conservadurismo más limitado. Por estas razones y como veremos después, Galiano se fue sintiendo cada vez más alejado ideológicamente de sus tíos. Tanto Antonio como Vicente habían adoptado posiciones más retrógradas tras el levantamiento popular de 1808. Asustados del vigor de la insurrección, vieron en ella no tanto una defensa del rey como el despertar de una fuerza dormida durante siglos, y temieron que se repitieran los sucesos franceses, calculando muy erróneamente el calibre de la rebelión contra los invasores. Por aquella época se había publicado además una obra que tuvo una gran influencia en esos reformistas dieciochescos tan desconcertados. *La voix de la nature* fue redactada probablemente (pues apareció de forma anónima) por un exiliado francés en Londres, donde se dio a la imprenta. Galiano señala en sus *Memorias* que ejerció una singular atracción en sus tíos Vicente y Antonio, y que, pese a tratarse de un libro mediocre, trocó en gran medida sus ideas progresistas por un miedo irracional a la revolución<sup>33</sup>. El objetivo de la obra era rebatir la teoría del contrato social y la igualdad de todos los individuos mediante el análisis detenido de tales programas políticos y de sus consecuencias. La defensa de las convenciones, del poso dejado por la historia y la tradición se acercaban, aunque con menos brillantez, a las *Reflections* de Burke<sup>34</sup>.

La mentalidad de los ilustrados en medio de la cual se educó nuestro protagonista acabó en el camino sin retorno al que le había llevado la Revolución, a

---

<sup>33</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 389.

<sup>34</sup> En última instancia, se trataba de reivindicar una sociedad en la que las diferencias establecidas por el tiempo y la naturaleza constituyeran el fundamento del orden social: "J'ai prouvé que les distinctions de la fortune, de la naissance, des propriétés et sur tout des autorités sont d'institutions naturelles, qu'elles existaient avant tous les peuples, avant toutes les assemblées..." (*La voix de la nature*, Londres 1809, pp. 80-81). La apelación a la autoridad como freno de todos los desmanes, y como expresión de las mencionadas diferencias: "J'ai prouvé que les chefs naturels existant avant la multiplication des peuples, jamais les peuples n'avoient en la droit de se donner des gouvernements" (p. 81). Las fechas de las ediciones de *La voix de la nature* muestran cómo se éstas se llevaron a cabo en momentos especialmente señalados por el peligro revolucionario: 1807, 1809 y 1820.

la cual pocos de ellos estaban dispuestos a seguir. Como veremos a continuación, la generación posterior, la de Alcalá Galiano, se formará en sus enseñanzas pero también en las de una realidad profundamente transformada. Desde el estallido de la Revolución Francesa, ya no había vuelta atrás, incluso en España y pese a los intentos del futuro Fernando VII.

### Formación intelectual.

Provisto de un prodigioso talento desde la infancia, Alcalá aprendió a leer con tres años y a manejarse en otros idiomas apenas con cuatro o cinco. Ante el interés del niño por la lectura, la madre y la tía se encargaron de fomentar su inteligencia, poniendo a su disposición todo tipo de libros de los más variados temas. Alcalá Galiano apenas fue a la escuela (sólo en una ocasión: "Era la primera vez que salía yo a estudiar fuera de mi casa, y concurriendo con otros muchachos, no me fue grata la novedad"), y menos aún a la universidad, lo que no le impidió ser uno de los hombres más cultos de su tiempo; de hecho, afirma en sus *Memorias* que "No sólo ni siquiera tengo el grado de bachiller, sino que ni he cursado lo que se llama filosofía", para después señalar que "Pero si no estudiaba en las aulas, leía, puede decirse, con voracidad"<sup>35</sup>. Tuvo algunos profesores particulares en los primeros años, especialmente en lo que a idiomas se refiere, pero para el resto de sus intereses culturales, se sirvió de su propio ansia de conocimientos, de la biblioteca de su tío Juan María Villavicencio y de las conversaciones con el resto de su familia, casi todos ellos gentes de un nivel cultural bastante considerable. El estudio de idiomas foráneos era muy corriente en Cádiz. Animadas por el desarrollo comercial, florecían las academias en las que jóvenes estudiantes aprendían inglés y francés; de cierto prestigio fueron las de Campbell, Dionisio O'Drescal, Antonio Marechal, Cañaveras, Conte...<sup>36</sup>. Alcalá comenzó su iniciación en el inglés en la escuela de Mr. Fosch, y poco después sus parientes le hicieron ir acompañado por un criado irlandés llamado Brown, para que practicara de forma continuada. Pese a lo que pudiera parecer, esta formación un tanto silvestre de nuestro protagonista no resultaba tan extraña en la época. Otros contemporáneos, casi de su misma edad y nacidos en Cádiz, recibieron una educación similar. Javier de Istúriz (nacido en 1787) fue ilustrado en las humanidades por un tío suyo, el cual le inculcó una gran afición por el latín que el

---

<sup>35</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 292.

<sup>36</sup> R. SOLÍS, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid 1987, p. 314.

futuro político conservaría toda su vida<sup>37</sup>. Mendizábal (nacido en 1790) aprendió francés en varias academias e italiano en el puerto, hablando con los marineros. La educación comercial, que tan útil le resultaría después, la recibió en su propia casa, en el negocio familiar<sup>38</sup>. Considerables diferencias se observan en nobles como quien sería duque de Rivas, Ángel Saavedra, el cual vino al mundo en Córdoba en 1791. Cuestiones de prestigio y un sentido de casta que aún perduraría por muchos años, condujeron a la madre de don Ángel a solicitar el ingreso de su hijo en el Seminario de Nobles de Madrid, donde, por cierto, recibió una educación tan exquisita como poco práctica, y entró en estrecha relación con influyentes personajes de condición nobiliaria, tal y como estaba establecido<sup>39</sup>. Situación intermedia fue la de Francisco Martínez de la Rosa, que nació en Granada el 10 de marzo de 1787. El autor de *La viuda de Padilla* destacó por su excepcional brillantez en los estudios; en 1799 entró en el prestigioso Colegio de San Miguel y después ingresó en la Facultad de Letras de Granada. Tuvo Martínez de la Rosa una fulgurante carrera universitaria durante la cual se inició su contacto con la política<sup>40</sup>. Sin pretender desprender de estas observaciones conclusiones sociológicas sólidas, sí pude hacerse notar el hecho de que fueron justamente Mendizábal y Alcalá Galiano los que, con el tiempo, más trazas ofrecieron de la figura del político en el sentido moderno. El Duque de Rivas, pese a algún capricho romántico, se comportó toda su vida (incluso en el exilio) como un gran señor noble. Martínez de la Rosa, calificado como político dieciochesco<sup>41</sup>, extrajo sus modos del círculo de reformistas en el que se había formado. Sin embargo, Mendizábal, relacionado desde niño con los negocios, fue un hombre versátil, de tratos y negociaciones pero a la vez de decisiones rápidas. Su movilidad difícilmente se adecuaba a la medida propia del siglo anterior. Alcalá constituyó, por otro lado, el intelectual que vive de la pluma, el generador de ideas capaz de captar del ambiente el aire de los tiempos.

La influencia gala en la educación de los españoles predominaba sobre cualquier otra, por lo que los niños eran iniciados desde muy pequeños en su conocimiento. El acercamiento de Alcalá a los autores franceses se produjo en los

---

<sup>37</sup> Marqués de MIRAFLORES, *Biografía del Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Istúriz y Montero*, Madrid 1871, p. 6.

<sup>38</sup> P. JANKE, *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1853)*, Madrid 1974, p. 6.

<sup>39</sup> G. BOUSSAGOL, *Ángel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre politique*, París 1926, pp. 7-8.

<sup>40</sup> J. SARRAILH, *Un homme d'état espagnol. Martínez de la Rosa (1787-1862)*, París 1930, pp. 12 y siguientes, y Luis de SOSA, *Martínez de la Rosa*, Madrid 1930, p. 25.

<sup>41</sup> L. DIEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, Madrid 1984, p. 523.

veranos que pasó en Medina Sidonia en la biblioteca de su tío segundo Francisco de Paula de la Serna y Montes de Oca, de una forma que debía ser bastante corriente en la época: "Yendo yo a su casa, me dirigí a su librería, abandonada a mi uso por su ausencia, y echando la vista a unos libros rotulados por de fuera comedias de Calderón y de otros autores, los abrí y me encontré con que eran las obras de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu y de otros autores célebres, de la escuela filosófica francesa del siglo XVIII. Sin hablar de ello a mi madre ni persona alguna, y sabiendo yo bastante francés para entenderlos en gran parte, comencé a darme a su lectura, impropia en verdad de un niño de diez años. Al principio leí sólo la parte de las obras más divertida, como las tragedias y cuentos de Voltaire y su teatro; la *Nueva Eloísa*, de Rousseau, y las *Cartas persas*, de Montesquieu; y, ¡cosa extraña!, no vi en estos libros el veneno de la irreligión en ellos contenido, acaso porque no acerté a entenderlos. Sin embargo, cometí una culpa, quebrantando el precepto entonces estimado por mí sagrado, el cual me vedaba leer aquellas obras. Pocos años después volví a ellas, y ya con más fruto"<sup>42</sup>. El poseedor de esta disimulada biblioteca, el ya citado Francisco de la Serna, fue uno de los personajes más pintorescos de los que aparecieron por la vida de Alcalá. Mantuvo con él una excelente relación al compartir con el joven Galiano tanto las opiniones políticas como las aficiones gastronómicas<sup>43</sup>. Don Francisco de Paula tuvo siempre en su casa su propio ataúd, al que consideraba su aposento del futuro, y asimismo se hacía acompañar en toda ocasión por su criado con la silla de su hogar en la que más le gustaba sentarse. Todas estas peculiaridades de don Francisco eran tenidas en Medina Sidonia por las excentricidades de un mayorazgo con veleidades intelectuales, y son para nosotros prueba bien clara de la pervivencia de la mentalidad tradicional, incluso en los hombres más ilustrados.

La forma en que nos cuenta su aproximación a los autores franceses es buena prueba de los inconvenientes que sufrió la difusión de dichos escritores en España. Aun así, el conocimiento de Rousseau siempre fue más sencillo, pues pasada la inicial alarma tras la Revolución, los escritos del pensador ginebrino pudieron ser divulgados por medio de pasajes seleccionados. Algunos eclesiásticos incluso se servían de él para apoyar sus propias ideas<sup>44</sup>. Se marcaron muy

---

<sup>42</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., pp. 276-277.

<sup>43</sup> M. PARDO DE FIGUEROA, op. cit., p. 14.

<sup>44</sup> J.R. SPELL, *Rousseau in the Spanish world before 1833*, Austin 1938, p. 147

claramente las diferencias entre Rousseau y Voltaire, pues al fin y al cabo, quien amenazaba verdaderamente el fundamento de la sociedad (es decir, la religión) era el señor de Ferney, y no el bien intencionado Jean Jacques, el cual, aunque errado en sus conclusiones, defendía la inmortalidad del alma, denunciaba el ateísmo y criticaba a los filósofos. Las primeras influencias de Rousseau llegaron a España de la mano de los secretarios de la embajada española en Venecia Manuel Ignacio Altuna y Francisco Carrión. En 1743, Rousseau se encontraba en la Serenísima desempeñando el cargo de secretario del embajador francés, y allí contactó con los también secretarios españoles, a los que volvería a tratar en París el año siguiente. Altuna, francamente impresionado por las ideas del peculiar escritor, llevó éstas a las sociedades económicas del País Vasco, donde alcanzaron un gran desarrollo encarnándose en las utopías de progreso y educación popular. Rousseau menciona a ambos en sus *Confesiones*, destacando de Altuna su gran tolerancia en materia de moral y religión<sup>45</sup>, loable cualidad ésta que al parecer perdió a su regreso a Azcoitia<sup>46</sup>. En 1751 se publicó en Madrid el *Discurso sobre las artes* que Rousseau había presentado al concurso de la Academia de Dijon. Los ataques de Feijóo (*Cartas eruditas*) al escrito desencadenaron, paradójicamente, un creciente interés por la obra del filósofo Jean Jacques, interés que no se detuvo en ningún momento, pese a las trabas de la censura<sup>47</sup>. No pudo ésta evitar el continuo envío de regalos del Duque de Alba al que consideraba curioso y excéntrico filósofo, y tampoco impedir que Cabarrús se convirtiera en "el Rousseau español"<sup>48</sup>. Ya hemos visto cómo la familia Villavicencio disponía de las obras de Rousseau, pero también los Alcalá Galiano tuvieron acceso a ellas desde fechas muy tempranas. En Antonio, tío, la lectura del *Contrato social* fue muy precoz, y su influencia perduraría durante gran parte de su existencia<sup>49</sup>. Vicente Alcalá Galiano, por otra parte, dejó traslucir la huella de los textos políticos de Rousseau de forma muy evidente en sus primeros escritos para la Sociedad Económica de Segovia: "Los hombres, con estas leyes o contratos, perdieron, desde luego, la facultad o derecho de la fuerza y formaron de todos sus

---

<sup>45</sup> J.J. ROUSSEAU, *Las Confesiones*, Madrid 1997, p. 447.

<sup>46</sup> J. SARRAILH, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, p. 248.

<sup>47</sup> J.R. SPELL, op. cit., p. 19. En este libro puede encontrarse un interesante apéndice que recoge las versiones españolas de la obra de Rousseau: "Spanish translations of the works of Jean Jacques Rousseau", pp. 275-295. Sobre la primera edición del *Contrato social*: L. DOMERGUE, "Notes sur la première édition en langue espagnole de *Contract Social*, 1799", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, III, pp. 375-416.

<sup>48</sup> J. SARRAILH, op. cit., p. 507.

<sup>49</sup> A. ELORZA, *La ideología liberal...*, p. 169.

intereses un interés común, que es el de la patria o el del público”<sup>50</sup>. Sin embargo, la presencia de Rousseau en don Vicente habrá de combatir con la de Adam Smith, de lo que saldrán no pocas contradicciones y conflictos en su pensamiento. En 1844, nuestro Galiano valorará la figura del filósofo suizo y la influencia que en él ejerció, reconociendo que “admiro a Rousseau”. Pero lo cierto es que esa admiración ha de ser matizada, pues lo que para Alcalá prima es la profunda originalidad de las *Confesiones* y de las *Ensoñaciones de un paseante solitario*, que tanto hicieron para transformar la sensibilidad estética de finales del siglo XVIII. Destacaba en estas obras la sinceridad y la falta de afectación con que Rousseau escribía sobre sus sentimientos: “¡qué calor tan verdadero respira!. ¡Cuán preferible es ese orgullo a cierta especie de ruin hipocresía, en la cual hay también orgullo, que tenían los filósofos, sus opositores!”<sup>51</sup>. La originalidad de Rousseau (que para Galiano era producto de su educación ginebrina, su independencia y el estudio de Montaigne) había calado hondamente en las generaciones de poetas que, como el duque de Rivas, futuro romántico, habían descubierto en él una nueva vía para la expresión artística. Galiano se mantenía en su juventud un tanto alejado de estas doctrinas del filósofo, que tanto apreciaría después, y por el contrario, estudiaba con pasión el *Contrato social*, el cual, veinte años después de ser escrito, conocía una fama inusitada. Sin embargo, no era nuestro protagonista amigo de las consecuencias que se derivaban de la aplicación de la voluntad general. Alcalá era un elitista que trataba de hacerse un espacio en el mundo de la política y de la literatura; un hombre de familia empobrecida, pero no pobre; un intelectual en un país de ignorantes. Nada podía espantarle más que el igualitarismo. Es cierto que hay rasgos del pensamiento político de Rousseau en sus escritos, y sobre todo en algunos artículos periodísticos que publicará en esta primera etapa de su vida, pero tales elementos acudían a él como argumentos contundentes que oponer al despotismo. Cuando su pensamiento hiló más fino, cuando su formación se hubo completado y cuando no tuvo enfrente enemigos tan cerriles, sus ideas fluyeron por otros cauces menos radicales. Aun así, no puede hablarse de radicalismo en las armas esgrimidas por Galiano; ni siquiera en su juventud. La fuerza que en él ejercieron otros autores (Montesquieu o Burke) contrarrestaron cualquier llamada al extremismo. Veremos esto con detenimiento a

<sup>50</sup> Vicente ALCALÁ GALIANO, “Sobre la economía política” (1783), en *Sobre la economía política y los impuestos*, Segovia 1992, p. 228.

<sup>51</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, Madrid 1845, p. 149. Deteniéndose en las características concretas de su modo de expresarse, escribía: “El estilo de Rousseau va acorde con los vivos y tiernos afectos de que estaba el autor poseído. Su fuego pasma y enciende a los lectores. Asombra por otra parte y embelesa el número y la facilidad de sus períodos y la sencillez de su dicción” (p. 135, está refiriéndose a *Nouvelle Eloise*).

propósito de los artículos publicados en *El Imparcial* (1812) con Santiago Jonama (que tanto contribuyó a reafirmar su anglofilia) y en su defensa de la sanción real cuando se debatía el proyecto de la que sería Constitución de Cádiz. Por el momento, destacaremos el hecho de que en estos años Alcalá ya estaba persuadido de la verdad que encerraba aquella famosa sentencia de Constant: "no conozco tiranía que no tenga su justificación en la eterna metafísica del *Contrato social*".

En lo que respecta a Voltaire, habría que señalar que sus obras fueron relativamente accesibles en España hasta que comenzó a escribir folletos antirreligiosos. En las *Memorias literarias de París: actual estado y método de sus estudios* (1751), Ignacio de Luzán le trata como uno de los primeros poetas de Francia. Pero ya en su *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura*<sup>52</sup>, el jesuita Juan Andrés separa claramente al Voltaire literato del Voltaire político, recomendando suma precaución en su lectura. Esto no impidió que los españoles tuvieran acceso a sus obras, pues el tráfico clandestino y la prensa facilitaron la aproximación. El camuflaje bajo el cual Francisco de la Serna guardaba sus ejemplares fue uno de tantos métodos empleados. A veces los interesados se hacían proveer por sus amigos diplomáticos extranjeros, y había quien, como Jovellanos, practicaba la más exquisita de las cortesías con los aduaneros de Vitoria<sup>53</sup>. En otras ocasiones, se representaron sus obras en el idioma original, lo que limitaba extraordinariamente la cantidad de público existente. Tal circunstancia se dio en Cádiz en 1770. El teatro francés de la ciudad (había otro para representaciones en español y un tercero italiano) estaba representando *Tancrède* sin el nombre del autor. La tragedia fue denunciada a la Inquisición, la cual se apresuró a prohibirla. El cónsul francés hubo de intervenir en defensa de la obra, diciendo que la misma se estaba ofreciendo en Madrid, y además en español. De este modo se consiguió la permanencia de la tragedia en escena, siempre y cuando el texto francés se ajustara a la traducción española permitida<sup>54</sup>. El procesamiento de dos ilustres personajes como eran Pablo de Olavide (en 1776) y Ramón de Salas (en 1786) puso de

---

<sup>52</sup> Esta obra está compuesta de diez volúmenes publicados entre 1784 y 1806. Es la traducción de *Dell' origine, progresso e stato attuale d'ogni letteratura*, que aparecieron entre 1782 y 1799.

<sup>53</sup> J. Sarrailh, op. cit., p. 170. Relata Sarrailh el caso flagrante de una colección de 34 volúmenes titulada *Hechos de los Apóstoles*, cuyos primeros tres volúmenes contenían, efectivamente, las más santas enseñanzas, pero el resto lo formaban apologías de la Revolución Francesa y obras de Rousseau y Condorcet (p. 311).

<sup>54</sup> F. LAFARGA, *Voltaire en España*, Barcelona 1982, p. 32. En este libro puede encontrarse un apéndice con las primeras traducciones de las obras de Voltaire. La misma labor fue realizada por C. TODD en "A provisional bibliography of published Spanish translations of Voltaire", en *Studies in Voltaire and the eighteenth century*, t. CLXI, Oxford 1976, pp. 43-136.



manifiesto hasta dónde estaba dispuesta a llegar la censura con respecto a las lecturas consideradas peligrosas. El caso de Olavide fue particularmente sonado, pero esa misma fama que había servido para ejemplarizar, le facilitó después las cosas, pues con la llegada del conde de Aranda a la secretaría de Estado en 1792, las circunstancias mejoraron para él. No podía haberse resuelto de otra manera, siendo el Conde amigo de Voltaire. La admiración de Alcalá por Voltaire alcanzó cotas superiores a la que sintió por Rousseau. Si bien fue consciente de que éste último era el pensador realmente innovador, el sarcasmo, la ironía y el humor de Voltaire atraían irremisiblemente a nuestro autor, quien en gran parte de sus escritos lo menciona de forma reiterada. El espíritu de Voltaire resultaba mucho más afín a Galiano que las sensiblerías de Rousseau, por lo que, sobre todo en su juventud, mantuvo una lectura continuada de sus obras. En lo que respecta a la religión, nuestro hombre no tuvo grandes remordimientos en reírse de las sátiras de Voltaire contra la Iglesia hasta que, con la edad, comenzó su preocupación por el más allá. Así, en 1844 censuraba la insistencia del señor de Ferney en ridiculizar la religión y sus instituciones a la menor oportunidad<sup>55</sup>. Deleitaban a Alcalá el ingenio y la agudeza que se desprendían de las obras de Voltaire, su capacidad para ver claro el objetivo al que atacar y dedicarse a ello con la más sutil de las armas: la ironía. Un talante tan crítico como el suyo no podía dejar de reivindicar a otro gran polemista: "Desgracia es de los hombres que tienen un ingenio demasiado vivo y un entendimiento demasiado claro, ser acusados generalmente de poco profundos aunque lo sean; y al revés, es propensión del linaje humano considerar como profundo todo lo que parece indigesto, desaliñado y confuso. En Voltaire hay a veces errores, y errores graves, errores crasos; pero asimismo, gran abundancia de instrucción, gran variedad de conocimientos..."<sup>56</sup>.

Pero al lado de estas influencias de tipo intelectual, hay otro elemento fundamental en la formación de Alcalá Galiano: el ambiente de la ciudad de Cádiz. El desarrollo comercial había convertido a Cádiz en una ciudad próspera y con intereses culturales. En el intervalo de algo más de una década, esta transformación se había hecho notoria. Henry Swinburne, que visitó la ciudad en 1776, se hacía eco de la importancia que para la entonces pequeña ciudad estaba teniendo el comercio, destacando que el único obstáculo para facilitar el total florecimiento eran los

---

<sup>55</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de las literaturas...*, p. 85.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

impedimentos de las autoridades. Sin embargo, aún se movía la ciudad en niveles reducidos de prosperidad: "The way of life is here not very brilliant"<sup>57</sup>. En 1787, como nos contaba Joseph Townsend, Cádiz iba ampliando su perímetro y su riqueza, aunque una vez más se apuntaba que "the Spanish government has never yet acquired any liberal ideas respecting trade"<sup>58</sup>. Para 1797-1798, los viajeros ya destacaban el renacer de la vida social, en la que se mezclaban los gaditanos y los miembros de las colonias extranjeras, así como el auge de las tertulias y sociedades para la formación y difusión de la opinión política<sup>59</sup>. El hecho de que el contacto con los extranjeros fuera muy frecuente por cuestiones mercantiles, favoreció la llegada de nuevas ideas por medio de la prensa, la mera conversación y la circulación de libros, que según Ramón Solís, tenía ya desde finales del siglo XVIII una gran importancia<sup>60</sup>. Existía, por tanto, en Cádiz si no una gran altura intelectual en sus círculos ilustrados, sí una preocupación latente por todo aquello que sonara foráneo. Pongamos como ejemplo el hecho de que en los primeros años de la década de los diez disfrutaba de gran éxito la recién publicada obra del viajero Domingo Badía, conocido entre los árabes como el príncipe Ali Bey, que abrió a los lectores españoles un mundo de ensueños<sup>61</sup>. Por otra parte, el ya citado interés por los idiomas, en principio puramente comercial, trajo consigo desde la aparición de numerosas academias especializadas, hasta la llegada a la ciudad de periódicos de otras naciones, con los que la puerta a nuevas ideas quedaba abierta. Obviamente, todo este fluir de pensamientos quedaba supeditado al grado de permisión de la censura y al principal centro de atención de los gaditanos: el negocio comercial y los estudios científicos<sup>62</sup>. Sin embargo, era frecuente que surgieran de forma espontánea tertulias

---

<sup>57</sup> H. SWINBURNE, *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*, Londres 1779, p. 226.

<sup>58</sup> J. TOWNSEND, *A journey through Spain in the years 1786 and 1787*, Londres 1791, vol. 2, p. 367.

<sup>59</sup> C.A. FISCHER, *Reise von Amsterdam über Madrid und Cádiz nach Genau in dem Jahren 1797 und 1798*, Berlín 1799, pp. 396 y ss. y p. 405. Se ha calificado incluso a la sociedad gaditana de la época como un conglomerado mixto, en el que la confluencia de distintas nacionalidades y procedencias (de la misma España) modelaron una mentalidad social que unía el sentido utilitario con un acusado afán suntuario (J.L. COMELLAS, "Dinámica y mentalidad en la burguesía gaditana en el siglo XVIII", en *La burguesía mercantil gaditana, 1650-1868*, Cádiz 1976, p. 24). Sobre la ciudad de Cádiz y su evolución en el siglo XVIII puede consultarse el clásico libro de Adolfo de CASTRO, *Cádiz del setecientos*, 2 vols., reeditado por la Caja de Ahorros de Cádiz en 1979.

<sup>60</sup> R. SOLÍS, *El Cádiz de las Cortes*, p. 320.

<sup>61</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Biografía del astrónomo español don José Joaquín Ferrer y Cafranga*, Madrid 1858, p. 34. Ali-Bey era el nombre utilizado por el viajero Domingo Badía y Leblich, nacido en Barcelona en 1766. Badía, apoyado por Godoy y Carlos IV, emprendió un viaje por los países musulmanes del norte de África y del Próximo Oriente. Su conocimiento de la lengua árabe y las costumbres islámicas, le permitieron pasar por un descendiente de los califas abbasidas y ser el primer europeo en entrar en la ciudad santa de la Meca (a principios de 1807). Los acontecimientos políticos con los que se encontró a su vuelta en 1809, le hicieron emigrar a Francia, donde se convirtió en espía para el gobierno francés. Murió en Alepo, no sin antes haber logrado ver publicado su libro *Viajes del príncipe Ali-Bey, el Abbasí en Marruecos, Trípoli, Chipre, Egipto, Arabia, Siria y Turquía* (1810).

<sup>62</sup> R. SOLÍS, op. cit., p. 320.

o reuniones literarias. De una de aquellas veladas nació la Academia de Buenas Letras, organizada por el entonces quinceañero Antonio Alcalá Galiano, por José Joaquín de Mora y por el primogénito del conde de Casas Rojas, Nicolás (que más tarde representó a Cádiz en el acto de la proclamación de la Constitución). El conde de Casas Rojas, José, había fallecido en 1794, dejando una ilustre reputación a sus descendientes. Al igual que Dionisio Alcalá Galiano, había sido marino y en varias ocasiones le habían encargado el transporte de los caudales americanos a la Península, tarea ésta sumamente peligrosa por la presencia de piratas en las aguas del Océano<sup>63</sup>. Por su parte, Mora representaba para Alcalá una referencia intelectual de primera magnitud. Tan sólo seis años mayor que él, Mora había recibido una esmerada educación en Cádiz y Granada, y con el tiempo llegó a ser catedrático de lógica en el Colegio de San Miguel de Granada, donde también había estudiado Martínez de la Rosa. A través de él, Galiano se acercó por primera vez a la filosofía utilitarista y al materialismo que pocos años después investigaría en profundidad. La Academia de Buenas Letras era la primera institución puramente literaria que aparecía en Cádiz. Las anteriores, la Casa de la Camorra y la Sociedad Económica de Amigos del País, mezclaban sus preocupaciones estéticas con intereses de otro tipo, entre los que destacaba el fomento económico y científico de la ciudad. Pese a la juventud de sus organizadores, la Academia fue gratamente acogida por los gaditanos, y se convirtió en un foco de atracción más, junto a las varias tertulias y demás reuniones sociales. Sus principales tareas se centraron en la lectura de composiciones poéticas y la organización de concursos literarios en los que se planteaban temas diversos sobre los que basar los escritos, tanto en el terreno de la prosa como en el del verso. Alcalá Galiano ganó el concurso de 1804, lo que calmó algo a su padre, a quien disgustaban las aficiones literarias del hijo, pues don Dionisio hubiera preferido una dedicación profunda de Antonio a las matemáticas, y por extensión, a cualquier rama de la ciencia. Con la guerra llegaría el cese de las actividades de la juvenil institución, dada la situación de la ciudad y la dispersión de sus fundadores<sup>64</sup>: Mora no se hallaba en Cádiz, el joven Casas Rojas se había alistado como voluntario y Galiano no quiso enfrentarse a la labor de reconstruirla por sí solo, pese a que reiteradamente le fue solicitado por algunos ciudadanos<sup>65</sup>.

---

<sup>63</sup> N.ª de CAMBIASO Y VERDES, *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la isla de Cádiz*, Cádiz 1986, pp. 157-159.

<sup>64</sup> R. SOLÍS, op. cit., pp. 304-305 y A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, pp. 5 y ss., y *Memorias*, pp. 319 y ss., en *Obras...*, vol. 1.

<sup>65</sup> *Redactor General*, 14-VIII-1812.

Precisamente por medio de la Academia dio comienzo la amistad entre Alcalá Galiano y Martínez de la Rosa. Joaquín de Mora había entablado contacto con este último en el colegio de San Miguel de Granada, estableciéndose entre ambos una estrecha relación. En 1805, Martínez de la Rosa le había enviado a Cádiz una colección de poemas compuestos para una celebración local. Los versos se leyeron en la Academia de Buenas Letras y tuvieron un enorme éxito. Galiano, especialmente interesado en ellos, comenzó a escribir al político granadino, el cual le correspondió con rapidez, y dada la afinidad entre ellos, el cruce de cartas no se interrumpió en los cuatro años que transcurrieron hasta que se conocieron personalmente. Es éste un ejemplo más del cariz personal de las relaciones de los políticos españoles del siglo XIX. La amistad de Alcalá con Martínez de la Rosa conocería altibajos, y estuvo rota en los años treinta, aunque se reanudó posteriormente. La mayor parte de ellos se trataron desde sus años juveniles, por lo que cada uno sabía todo de los demás, de la forma de su éxito social o político, de las zancadillas puestas en el camino, o de los sufrimientos de los más desfavorecidos en el exilio. Por tanto, no resulta descabellado afirmar que razones que iban más allá de la política (recelos personales, ambiciones, envidias literarias...) jugaron un importante papel en tan conflictivo periodo, dificultando la creación de una cultura política de consenso.

### **En busca de un porvenir.**

Acompañado de su madre y teniendo como carta de presentación los servicios de su fallecido padre a la Monarquía, Alcalá se presentó en Madrid en 1806. Encontrar un empleo era el objetivo de su incursión en la Corte. Allí, contando con la ayuda de sus tíos Vicente y Antonio Alcalá Galiano, nuestro protagonista intentó, como tantos otros, buscar una ocupación remunerada. La muerte del padre había dejado a la familia bastante desamparada, pues entre los sueldos impagados en vida de don Dionisio (y nunca más cobrados), y la falta de un amplio capital con el que sostenerse decorosamente, Alcalá, su hermana y su madre se encontraron en una situación poco boyante. Ni siquiera en lo que se refiere al honor logró la familia grandes compensaciones: "Lo único que conseguimos fue participar de las gracias comunes a cuantos habían estado en el combate de Trafalgar, fuese cual hubiera sido su conducta guerrera: dar un grado a los vivos, y a las viudas o hijas de los muertos la viudedad de dos grados más que el que tenía el marido o padre de quien habían quedado probadas. Tocaba, por consiguiente, a mi madre la viudedad de

teniente general, lo cual sonaba mucho y era poco, y harto menos que lo concedido en casos semejantes”<sup>66</sup>.

Los Alcalá Galiano formaban una gran familia extensa en la que cada miembro tenía su lugar y respetaba unas normas tácitas de subordinación y lealtad. En su estudio sobre los políticos españoles del siglo XIX, Jesús Cruz describe al grupo Alcalá Galiano como un ejemplo paradigmático de este tipo de comportamientos. La muerte de Dionisio, el padre de nuestro protagonista, creó en sus hermanos la obligación de proteger económicamente a su esposa e hija y de encargarse del porvenir de Antonio. El sentido de autoidentificación familiar era muy fuerte y contribuía a reforzarlo la obtención de un prestigio social por cualquiera de sus miembros<sup>67</sup>. Las brillantes cualidades del sobrino, anunciadoras de un prometedor futuro, hacían más perentoria la necesidad de ayudarlo en su carrera profesional, pues cualquier logro del joven Antonio sería tenido más en cuenta como un éxito familiar que como una conquista individual. Era la familia la que creaba las condiciones para el progreso de sus miembros y no la sociedad: en el seno de la familia Alcalá había recibido su instrucción y por medio de la influencia de la familia iba a dar comienzo su ascenso social. El juego de influencias a que tales iniciativas daba paso se mantendría todo el siglo: el mismo Antonio Alcalá Galiano las emplearía con su sobrino el escritor Juan Valera. Ejemplo claro de este sentimiento grupal lo tenemos en el tocayo de Alcalá, su tío Antonio, el cual, en el prefacio a las *Máximas y principios de legislación universal* (1813), hacía una mención expresa a sus “difuntos hermanos”, hablando pormenorizadamente de sus méritos y mostrando con orgullo ante la opinión las sobresalientes aportaciones de cada uno de ellos a la gloria del apellido Alcalá Galiano. Sin embargo, en varias ocasiones, nuestro Galiano tendría la oportunidad de percibir que no siempre se obtenían las compensaciones esperadas, y con frecuencia, el manejo político en las altas esferas (como tendremos ocasión de ver en el asunto de la agregaduría a la embajada de Londres) frustraba las expectativas que la mentalidad imperante creaba. Según las normas sociales existentes, el futuro de nuestro protagonista debía estar en la promoción administrativa sirviendo a la corona en la carrera diplomática, lo que no era obstáculo para querer transformar el sistema político: “Traté, pues, si no de servir activamente

---

<sup>66</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, p. 307.

<sup>67</sup> J. CRUZ, *Gentlemen, bourgeois and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups (1750-1850)*, Cambridge 1996, pp. 233-234. Del mismo autor: “Lealtad y meritocracia: ambivalencias entre discurso político y práctica privada de las elites ilustradas y liberales españolas”, en *Historia social*, nº 23, (Valencia 1995), pp. 101-120.

en la esfera del gobierno interior de España, de continuar mi carrera en las embajadas. Entre tanto, si se me presentaba la ocasión de proceder en la obra de derribar al gobierno, estaba resuelto a no desaprovecharla, aun jugando en ello la cabeza"<sup>68</sup>. La inestabilidad política de la España decimonónica, sobre todo en la primera mitad del siglo, trastocó completamente el "cursus honorum" de muchos de estos jóvenes de la generación de Alcalá. Los exilios, las prisiones y los vaivenes de la fortuna, hicieron que el progreso social no siguiera su tradicional camino. Alcalá fue siempre plenamente consciente de este hecho, como prueba este párrafo escrito en su vejez: "Doy estas particularidades sobre mi parentela porque muchos me tienen por un aventurero político de los que se elevan con las revoluciones, cuando al revés la revolución me ha sido funesta"<sup>69</sup>. Algunos, y Alcalá entre ellos, vieron cómo su posición social descendía, económica y políticamente. Como agravante, el padre de nuestro protagonista había muerto sirviendo a la Corona, y en la mentalidad de todos estaba la idea de que ésta habría de recompensar en los descendientes lo que no había podido premiar en el afectado. Dadas las dificultades que iba a encontrar en la tarea de instalarse en la burocracia borbónica, para Galiano la ofensa era, por tanto, doble: en lo tradicional y en lo moderno. Es decir, no se había seguido con su familia el habitual canal de compensación a los servidores, por lo que su lealtad a la Corona no iba a tener sentido. Por otro lado, encontraría grandes obstáculos para hacer reconocer sus méritos intelectuales en un contexto político que primaba otros valores: fidelidad, partidismo... La inestabilidad económica de la que serían presos los políticos españoles de la primera mitad del siglo XIX estaba, obviamente, directamente conectada con la inestabilidad política. Había dado comienzo una nueva vía de acceso a los ámbitos de la administración y del poder, una forma directamente ligada a lo que en la época se llamaba la "revolución". El grado de rencor al contrario político iba, por tanto, más allá de la mera diferencia ideológica, pues alcanzaba unos tintes personales muy fuertes y dificultaba enormemente la reconciliación nacional. En este contexto, la derrota política era una humillación, y en una sociedad con componentes tradicionales de tanto peso, la humillación representaba el fracaso. Antonio Alcalá Galiano, al escribir sus memorias, deja traslucir una cierta sensación de desilusión personal, de frustración de las expectativas que no sólo él, sino su familia, tenían hacia su futuro. Alguien como él, inteligente, culto y con influencias,

---

<sup>68</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, p. 451.

<sup>69</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para la biografía del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, escritos por él mismo*, en *Obras...*, vol. 2, p. 284.

debería haber llegado a algo más que efímero ministro en dos ocasiones. Pero en la etapa en la que nos encontramos, Alcalá es todavía un joven ambicioso y con ilusiones que espera que la sociedad recompense sus méritos y los de su clan.

En Madrid, Alcalá se encontró con un ambiente tremendamente hostil hacia Godoy, en una ciudad predispuesta contra todo lo francés, lo que creaba un clima poco apacible. Godoy, pese a sus errores, bastante más capaz para gobernar que el rey, había llegado al poder como un meteoro amparado en los amores de María Luisa, lo que ante los ojos populares y nobiliarios era más censurable, al parecer, que por la vía del confesionario o la adulación. Las continuadas cesiones que había llevado a cabo ante Napoleón llegarían al máximo de humillación cuando cedió los hombres del Marqués de la Romana para que guerreasen por Francia y contra Rusia mientras que es astuto Bonaparte pactaba con el zar el fin de las casas de Braganza y de Borbón (Paz de Tilsit). El conocimiento de estas y otras noticias iba creando un clima de desconfianza muy grandes hacia Godoy, en unos ambientes, y hacia Godoy y los reyes en otros. Entre estos últimos se hallaba el círculo de los Galianos instalados en Madrid. Estrechó nuestro protagonista sus contactos con sus tios Vicente y Antonio, los cuales profesaban ideas extremas en lo político (ambos, por aquella época, se confesaban republicanos), pese a que su vida cotidiana y su trabajo de funcionarios les hacía figurar como fieles servidores a la monarquía. Vicente Alcalá Galiano, demasiado irónico y cínico para un joven lleno de ideales reformadores como era su sobrino, introdujo muchas incertidumbres en su cerebro, dudas que trataría de aclarar reuniéndose con los grupos liberales. Gracias al francés Quilliet, amigo de la familia, Alcalá logró acceder a los círculos ilustrados de la capital, y en concreto a la tertulia de Quintana, a la que acudían José María Blanco, Manuel María Arjona, Juan Nicasio Gallego, Antonio Capmany y otros destacados reformadores. En dicha reunión, Galiano era el miembro más joven, por lo que si no fue significativa su aportación a los debates que allí se entretajían, sí pudo acercarse a la crema intelectual del país, de la que aprendió la difícil situación de quien admira una cultura extranjera y ve su país invadido por ella. Asimismo, tuvo la oportunidad de oír las noticias acerca de las campañas napoleónicas que tan difíciles eran de conocer en Cádiz<sup>70</sup>. Pese a estos contactos, Alcalá hubo de regresar a su ciudad natal dada la imposibilidad de encontrar un empleo en el que aplicar sus habilidades. El año y medio que dejó transcurrir antes de su retorno a la capital no hizo más que

---

<sup>70</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras...*, vol. 2, p. 34.

afianzarle en la idea de que si quería llegar a desempeñar un papel importante en la política, o si al menos pretendía estar inmerso en ella, no le quedaba más remedio que afincarse en Madrid, como así trató de hacer en 1808.

En la primavera de 1808 los franceses entraban en Madrid y Alcalá, que parecía estar llamado por el destino para hallarse en todos los escenarios fundamentales de la historia española del siglo XIX, pudo presenciar de primera mano los acontecimientos del dos de mayo. Esta experiencia, relatada en sus trabajos autobiográficos, le puso en contacto directo con la que después sería llamada "masa", sin embargo, su impresión de los hechos choca enormemente con las alabanzas que hacia el pueblo español se vertieron en otros países<sup>71</sup>. Las reacciones irracionales, instintivas, del pueblo, si bien altamente loables en aquella ocasión, no engañaron al joven Galiano, el cual, receloso como será siempre de las manifestaciones de entusiasmo popular, describía el sentimiento generalizado de temor a la muchedumbre: "de los pocos que disientían de la opinión popular, los unos eran odiosos al pueblo, y otros cedían a compromisos contraídos, no sin dolor y vergüenza que apenas, si acaso algo, disimulaban. A pesar de contarse tantas personas de entendimiento e instrucción entre los que padecían el achaque de una credulidad infundada en prometerse triunfos de la nación española en la indudable resistencia que suponían haría el poder francés, tal confianza parecía desatino; pero más difícil que probar que lo era, venía a ser negar que existía"<sup>72</sup>.

Constituyeron estos años una época fundamental en la formación de Antonio Alcalá Galiano, pese a lo ajetreados (pues con la llegada de los franceses, se vio obligado a marchar de nuevo al sur). A sus afanes literarios en Cádiz y sus acercamientos al mundo del periodismo, van a unirse otras preocupaciones de carácter más comprometido, dado el momento histórico que España iba a comenzar a vivir. El poso de educación anglosajona recibido en Cádiz absorbía nuevos sedimentos de la mano de don Vicente Alcalá Galiano, afianzando en nuestro protagonista una forma más pausada de contemplar las reformas políticas. Sin embargo, sus excesos verbales taparon ese talante, aunque pocas veces se correspondían sus textos escritos con las veleidades de una oratoria que, como maravillada por su poder de seducción, siempre traspasaba la línea de la prudencia.

---

<sup>71</sup> J. PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO, *El dos de mayo en Madrid*, Madrid 1908, p. 471.

<sup>72</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos...*, p. 36.



Durante el tiempo de sus estancias en Madrid, Alcalá reanudó las relaciones con su tío Vicente, del cual aprendió bastante más de lo que el entonces joven Antonio estaba dispuesto a admitir, dados los frecuentes enfrentamientos generacionales entre ambos. Alcalá, lleno de ideales, se las tuvo que ver con un hombre que se movía sin problemas entre el cinismo y la ironía, para el cual no suponía ningún conflicto declararse republicano y servir a la Monarquía, o firmar la Constitución de Bayona y luego ser tesorero de la Junta Central. Vicente Alcalá Galiano había sido militar como su padre y la mayoría de sus hermanos. En 1789 recibió la orden de Carlos III<sup>73</sup>, lo que no fue óbice para que diez años más tarde, y como consecuencia de sus ideas liberales, fuera apartado del servicio activo en la administración por negarse a cumplir órdenes con las que no estaba conforme<sup>74</sup>. Hasta 1808 estuvo dando clases de matemáticas en la Real Academia de Artillería de Segovia, donde también se inició en la que habría de ser su gran pasión: la economía política, y en particular, los sistemas de tributación. Conocido por esta labor divulgativa y estudioso de las materias fiscales (sobre las que había presentado varias memorias a la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País), don Vicente fue requerido en marzo de 1808 por Miguel José Azanza, encargado de Hacienda, para ocupar el cargo de Tesorero General. Su gran vinculación a los afrancesados, no fue obstáculo para que, llegado el momento de la huida (febrero de 1809), buscara refugio en Sevilla al amparo de la Junta Central, la cual le repuso como tesorero y le nombró miembro de la Junta General Militar. Don Vicente formaba parte de ese grupo de españoles que, asqueados de la situación indigna de la Monarquía, aceptaban cualquier otra solución, viniera ésta bajo el yugo francés o por la vía revolucionaria<sup>75</sup>. El pensamiento económico de Vicente Alcalá Galiano tuvo una enorme repercusión en su sobrino. Los primeros estudios sobre las materias económicas son la opinión de un crítico del mercantilismo especialmente preocupado por el impacto que sobre la producción tienen los tributos, y sobre la mejor recaudación y gestión de éstos. Concibiendo la economía de forma global, analizaba los factores productivos y sus

---

<sup>73</sup> A.H.N., Sección Ordenes Militares, expediente 303, aprobado el 16 de marzo de 1789.

<sup>74</sup> V. ALCALÁ GALIANO, *Informe del tesorero general en ejercicio don Vicente Alcalá Galiano sobre la representación que la Junta Superior de Valencia hizo el 11 de septiembre de este año a la Suprema gubernativa del Reino, reclamando la Real orden de 20 de agosto anterior, en que se encargaba el cumplimiento de las Reales instrucciones de los caudales del Erario*, Sevilla 1809.

<sup>75</sup> Sobre Vicente Alcalá Galiano puede leerse el estudio preliminar a sus obras principales elaborado por José Manuel VALLÉS GARRIDO y publicado en la Academia de Artillería de Segovia, Segovia 1992, con el título de *Sobre la economía política y los impuestos*. También hay referencias a él en obras generales sobre el pensamiento económico y político de la época, en especial en A. ELORZA, *La ideología liberal...*, pp. 166-185. Sobre su actividad burocrática, hay que decir que fue oficial de la Secretaría del Despacho de Hacienda (A.H.N., Estado, legajo 3549/86); el mismo año de 1795 se le nombró Director General de Montes y Consejero de capara y espada (A.H.N., Estado, legajo 6401-2/110) y después, en 1799, obtuvo la plaza de Consejero de Hacienda (A.H.N., Estado, legajo 6400-2/168).

interrelaciones haciendo hincapié en el fomento inteligente de la agricultura y en una cierta protección de la manufactura nacional, aunque rechazando de plano un proteccionismo absoluto como causante del contrabando. La lectura de Adam Smith contribuyó a que el pensamiento de don Vicente se hiciera más nítido, constituyendo a partir de ese momento la base fundamental de sus obras. Fue *Sobre la necesidad y la justicia de los tributos* el tratado en el que ya se manifestaron de forma clara tales influencias. Escrita en 1793, esta memoria analiza, desde la perspectiva del liberalismo económico, la relación entre el estado, sus necesidades y funcionamiento, y la economía<sup>76</sup>. Pero sobre todos los asuntos tratados en ella, destaca la defensa del sistema fiscal progresivo, elemento principal para lograr una verdadera reforma de las estructuras productivas. Sus observaciones al respecto revelan a un pensador plenamente imbuido del concepto burgués de la propiedad y del beneficio, pues su objetivo, en última instancia, era poner fin a la acumulación improductiva de propiedades territoriales: "...los ricos propietarios, quienes, en vez de aplicar todos los años alguna parte de sus rentas al aumento del capital nacional, mejorando la agricultura, industria y comercio con la ocupación de mayor número de brazos productivos, disminuyen éstos más y más..."<sup>77</sup>.

Antonio Alcalá Galiano ya había leído a Adam Smith, pero las conversaciones de estos años con su tío le ayudaron a profundizar en sus primeras lecturas y, sobre todo, le mostraron las experiencias prácticas de uno de los mayores expertos españoles de la época en lo que a cuestiones tributarias se refiere. La primera incursión de *La riqueza de las naciones* (en versión francesa) por España se vio frenada a causa del expediente abierto por la Inquisición<sup>78</sup>. Pero el interés que en nuestro país se había desatado por la economía política no pudo frenar la difusión de la obra, la cual se publicó (en la adaptación de Condorcet) en 1792. La primera versión española, volcada directamente del inglés por J. Alonso Ortiz, apareció en 1794, aunque el traductor se vio obligado a excluir los párrafos en los que Smith censuraba el gran gasto económico que las instituciones religiosas suponían para el

---

<sup>76</sup> Vicente ALCALÁ GALIANO, "Sobre la necesidad y la justicia de los tributos" (1788); en *Sobre la economía política y los impuestos*, pp. 269-358. Fue publicado primeramente en el tomo IV de las *Memorias y Actas de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos de Pals* en 1793.

<sup>77</sup> Ibidem, p. 302.

<sup>78</sup> Sobre las vicisitudes de esta primera tentativa, J. LASARTE: "Adam Smith ante la Inquisición y la Academia de la Historia", en *Hacienda Pública Española*, nº 33, (1975), pp. 201-242. Muchas son las alusiones a la repercusión de la obra de Smith en España: E. LLUCH (*El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*), A. ELORZA (*La ideologia...*), etc. Destaca la de Robert Sidney SMITH: "*La riqueza de las naciones* en España e Hispanoamérica. 1780-1830", en *Hacienda Pública Española*, nº 23, (1973), pp. 204-256.

estado. La edición completa no apareció hasta 1805. Todos estos impedimentos hicieron que el conocimiento de la escuela clásica en España resultase ser bastante fragmentario, y que no se completara hasta que, con los exilios de los liberales en Inglaterra, entró plenamente en nuestro país la doctrina del "laissez-faire"<sup>79</sup>. Alcalá Galiano tuvo la suerte de conocer la obra en todas sus transcripciones (inglesa, francesa y española), pues se hallaba en las bibliotecas familiares, además de que pudo comentarla con su tío Vicente. De esta forma, se consolidó en nuestro autor un acendrado espíritu librecambista, cuya versión real pudo analizar años después en su exilio británico. Ambas enseñanzas le iban a ser de mucha utilidad cuando en la segunda mitad del siglo participase en la polémica entre librecambistas y proteccionistas. Pero no sólo a través de los familiares se formó intelectualmente el cerebro de Alcalá Galiano. Varios fueron, como tendremos oportunidad de comprobar en las siguientes páginas, los amigos y conocidos que contribuyeron a ampliar sus conocimientos, así como a mostrarle talentos más comprometidos con el quehacer político y periodístico. Estas nuevas influencias iban a ser fundamentales para él, pues sin ser parcial de los reformismos ilustrados postulados por sus tíos, Galiano no había acabado de encontrar la senda por la que encaminar sus pasos antes las transformaciones políticas que se veían venir.

Una amistad especialmente grata a nuestro protagonista nació en esa época. Alcalá entabló relación con José García León y Pizarro, entonces secretario del Consejo de Estado<sup>80</sup>. Conocido por Pizarro, era un personaje popular en la corte por su cultura, su éxito con las mujeres, su vida de calavera y su sentido del humor. Había trabajado varios años en las embajadas de Berlín y Viena, y podía pasar sin ningún problema por un hombre de mundo en aquella corte timorata y bastante corta de saber. Pizarro juró fidelidad a José Bonaparte y a la Constitución de Bayona, al igual que tantos otros en España, incluido el ya citado Vicente Alcalá Galiano. Sin embargo, al tener noticia de los sucesos de Bailén y de las intenciones de Napoleón, Pizarro no dudó un instante en ponerse del lado de los patriotas y acudió a la calle a

---

<sup>79</sup> R.S. SMITH, "English economic thought in Spain, 1776-1848", en *The South Atlantic Review*, vol. LXVII, Nº 2, (1968), p. 336. Para el periodo anterior: F. Díez Rodríguez, "La repercusión del liberalismo económico en España en la prensa ilustrada, 1797-1808", en VV.AA., *O liberalismo na Península Iberica na primeira metade do século XIX*, pp. 257-268.

<sup>80</sup> Por aquellas fechas tuvo lugar el casamiento secreto de Alcalá. La mañana del 8 de noviembre de 1808 contrajo matrimonio a escondidas de su madre, la cual no estaba dispuesta a dar su consentimiento a la boda con una señorita cuya madre tenía una reputación bastante dudosa. El desastroso resultado de aquel enlace pesaría a Galiano toda su vida, y se lamentaría del paso en repetidas ocasiones. De este primer matrimonio nacieron dos hijos, el primero murió a los pocos meses, y el segundo, Dionisio, acompañaría a su padre al exilio. Muchos años después, Dionisio se vería obligado a marchar de España por un oscuro asunto, residiendo en Cuba, donde escribió para el *Diario de la Marina*. En 1858 publicó un libro sobre el estado político de la isla, poniendo de manifiesto la debilidad de la administración española, las veleidades de los criollos y las constantes lisonjas que los norteamericanos vertían sobre ellos.

defender Madrid. Pocos días después se vio obligado a salir a pie hacia Cádiz buscando refugio seguro ante el avance de los franceses. Casi veinte años mayor que Alcalá, Pizarro compartió después con él paseos en Cádiz, lecturas y conversaciones. La costumbre de estudiar a medias, tan frecuente en la época, se impuso entre ambos amigos. El préstamo de libros en distintos idiomas constituyó otros de los alicientes en aquella amistad. Alcalá inició a Pizarro en el estudio del inglés mediante la obra de Gibbon sobre el imperio romano<sup>81</sup>. Con gran aplicación, el diplomático tradujo algunos capítulos, ampliando así su formación lingüística que ya contaba con el francés y el alemán. Por su parte, Alcalá conoció por medio de Pizarro la obra de Casti *Los animales parlantes* y ambos se centraron en el estudio de la *Biblioteca del hombre público*. Concebida al inicio de la Revolución por Condorcet y Pastoret, la *Biblioteca* reunía extractos de los libros considerados básicos para un hombre culto de la época, entre los que se encontraban las principales obras de economía y política del momento. En esta colección había aparecido la citada versión que Condorcet hiciera de *La riqueza de las naciones*, que había sido autorizada por el conde de Aranda en 1792, convencido de la imperiosa necesidad que España tenía de estas doctrinas. Sobre tales materiales trabajaban Pizarro y Alcalá, comentándolos, ampliándolos y aplicando las conclusiones obtenidas a España, cuando tuvo lugar la convocatoria de Cortes.

### **Las Cortes en Cádiz. Ilusiones y decepciones.**

La guerra contra los franceses había facilitado, al fin, la tan ansiada reunión de las Cortes; sin embargo, el resultado final de todo el proceso pondría de manifiesto un hecho singular: la actitud de los artífices de la metamorfosis distaba enormemente de la realidad existente en el país. Los liberales españoles vivían habitualmente en un estado de perenne confusión. Si bien fueron conscientes de la necesidad de una transformación social que sacase al país de la inercia con la que se estaba moviendo, no acabarían de llegar a comprender años después el fastuoso retorno de “El Deseado”. No iban a poder explicarse cómo un pueblo que había defendido su independencia frente al invasor extranjero, sucumbiese ante el despotismo. La fuerza del levantamiento popular fue, con toda posibilidad, el elemento que más contribuyó a crear una falsa imagen acerca del potencial revolucionario del pueblo español. La caracterización que años después haría Quinet

---

<sup>81</sup> El entusiasmo por Gibbon fue una de las pocas cosas que Alcalá tuvo en común con Jovellanos.

de ese sentimiento es la que mejor resume la interpretación que los liberales hicieron del fenómeno: "Napoleón ha sembrado tras de él, sin saberlo, la revolución. En la guerra de la independencia, España se ha salvado sin la ayuda del rey: así ha aprendido que puede hacer cosas por si misma. La fuerza propia le ha sido revelada en esas batallas en que la Monarquía estaba ausente; en este aislamiento heroico es donde ella ha sentido su propia vida, su derecho, su soberanía y, cosa que sólo le ha ocurrido a ella, al combatir por al rey, ha comenzado a perder la religión de la realeza"<sup>82</sup>. Los liberales entendieron este impulso como un ansia de libertad que empujaba al más virtuoso heroísmo nacional, a una especie de tragedia de la que saldría todo el país purificado, incluido el monarca. La falacia de esta interpretación es uno de los primeros escalones de lo que en verdad sí fue una tragedia: la formación de un espíritu liberal irreal, basado en especulaciones y no en prácticas diarias, una especie de liberalismo romántico, muy apreciado por los escritores de *dramas y poemas épicos, pero muy perjudicial para el normal desarrollo político de nuestro país*. Por supuesto, no todas las corrientes de pensamiento liberal en España se movían en torno a esos parámetros, pero lo cierto es que ese sentimiento impregnó las conciencias de unos hombres deseosos de poder hablar con libertad, escribir sin censura, reunirse abiertamente. Demasiado pedir para un rey mezquino y un pueblo que había demostrado querer soportarlo todo menos el yugo de las ideas<sup>83</sup>. La diferencia de expectativas entre unos y otros, la gran distancia entre los puntos de partida de los liberales y del resto de los españoles iba a ser la clave del fracaso. Blanco, esta atormentada personalidad con su extraordinaria inteligencia, avisaría de la inmensa fosa que separaba a la élite política e intelectual de los de más españoles: "...cuando un pueblo apenas se atreve a pensar que es esclavo y miserable, ponerlo en una conmoción política es como causar a un hombre extenuado una calentura ardiente"<sup>84</sup>.

La actuación de los liberales en este periodo revela la carencia de su organización como grupo político compacto y la existencia de fuertes personalismos<sup>85</sup>. Aglutinados alrededor de figuras como Quintana o Jovellanos, los liberales sostenían concepciones políticas distintas. Las tertulias que se celebraban

---

<sup>82</sup> E. QUINET, *Mis vacaciones en España*, Madrid 1931, p. 63.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>84</sup> *El Español*, nº 1, abril de 1810.

<sup>85</sup> E. MARTÍNEZ QUINTEIRO, *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz*, Madrid 1977, p. 16.

en Cádiz fueron uno de los elementos de cohesión: con gran afluencia contaron las de Margarita de la Morla, la de Pizarro, la de Francisca Larrea, etc...<sup>86</sup>. Otro factor que contribuyó a la formación de pequeños grupos fue la procedencia geográfica. Esto es particularmente evidente en el grupo que rodeó a Jovellanos, el cual promocionó a sus paisanos, aunque no siempre coincidiera con todas sus ideas. Argüelles fue el más favorecido de los diputados asturianos por el apadrinamiento de don Gaspar<sup>87</sup>.

La expectación provocada por la convocatoria de Cortes trajo de nuevo al debate político el mito del modelo político inglés. Sánchez Agesta ha señalado que las adaptaciones del mismo se hicieron sobre el calco de su interpretación francesa con algunas influencias de las tradiciones españolas, pero poco a poco se alteró el tan ansiado equilibrio de poderes en favor de un revolucionario predominio del legislativo<sup>88</sup>. Hay, sin embargo, un sector en el que las huellas francesas no aparecen de forma tan nítida. El grupo que rodeó a Jovellanos y a Lord Holland resultó ser el que más ayudó, sin gran éxito, por cierto, a la implantación de los principios gubernativos ingleses en la naciente Constitución de Cádiz. Las cartas de Jovellanos a Holland dan cuenta de esa preocupación por librar a las Cortes constituyentes de la influencia de las ideas francesas en lo que a regulación política se refiere. Jovellanos ve incluso en la tradición española una línea parlamentaria (también defendida en la época y posteriormente por otros autores, en especial Martínez Marina<sup>89</sup>) truncada por el poder absoluto y que es necesario rescatar del olvido (especialmente en el *Informe sobre el libre ejercicio de las artes*, 1795). Destacan en gran medida las propuestas de J. Allen en su obra *Suggestion on the Cortes*<sup>90</sup>. Allen era el doctor de la familia Holland y compartía la misma afición que el Lord a los asuntos españoles. En su obra trató de hacer hincapié en la necesidad de estudiar el sistema político

---

<sup>86</sup> Sobre el papel político de estas tertulias han escrito R. SOLÍS en *El Cádiz de las Cortes* y MARTÍNEZ QUINTEIRO en la obra ya citada, sin embargo, salvo reforzar una cierta identidad de grupo, poco aportaron al cultivo de nuevas ideas. Una recreación de las mismas en B. PÉREZ GALDÓS en *Cádiz*.

<sup>87</sup> F. TOMÁS Y VALIENTE, "Estudio preliminar" a A. ARGÜELLES, *Discursos*, Oviedo 1995, pp. IX-LXXIX. Sobre la carrera política de Argüelles: A. RAMOS ARGÜELLES *Agustín de Argüelles (1776-1844). Padre del constitucionalismo español*, Madrid 1990, 2 vols. y Evaristo SAN MIGUEL, *Vida de don Agustín de Argüelles*, Madrid 1851-2, 2 vols.

<sup>88</sup> L. SÁNCHEZ AGESTA, "Poder ejecutivo y división de poderes", en *Revista Española de Derecho Constitucional*, nº 3, (1981), pp. 15-17. A modo de repaso de la cultura jurídico-política del momento y las expectativas que se mantenían, resulta muy ilustrativo el artículo de F. TOMÁS Y VALIENTE, "Génesis de la Constitución de 1812. I. De muchas leyes fundamentales a una sola Constitución", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo LXV (1995), pp. 3-126.

<sup>89</sup> Pese a esto, Martínez Marina permaneció dentro de un esquema más cercano al iusnaturalismo que a una concepción moderada de la constitución. Sobre este particular, L. Mª MARAVALL "Las tendencias de la reforma política en el siglo XVIII español", en *Estudios de la historia...*, pp. 61-81; J.R. TORRES RUIZ, "Martínez Marina y la Declaración de Derechos de 1789: un modelo de recepción reformista del espíritu revolucionario francés", *Revista de Estudios Políticos*, nº 67, (Madrid 1990), pp. 189-211.

<sup>90</sup> J. ALLEN, *Suggestions on the Cortes*, Londres 1809.

inglés a la hora no sólo de elaborar el texto constitucional, sino de organizar las Cortes constituyentes. Lo fundamental era la existencia de dos cámaras que permitieran unas Cortes numerosas que, a su vez, recogieran el sentir de los diferentes colectivos que formaban la nación española, así como que representaran a todos y cada uno de los distritos territoriales. Conocedor de la antigua tradición cortista de los reinos españoles, tanto por su formación como por sus frecuentes tratos con intelectuales como Jovellanos, Capmany o Quintana, Allen procuró tomar lo que de aprovechable había en esta antigua costumbre y fundirlo con la experiencia que podía aportar de los usos en su propio país. Representación y difusión de la importancia del acontecimiento para la historia del país (idea en la que también insistía Holland) son los elementos básicos de la obra de Allen que recogerán los miembros de la generación posterior, quienes iban a ser los encargados de llevar a buen puerto el segundo intento de implantar la Constitución liberal en España<sup>91</sup>.

Recuerda Alcalá en sus *Memorias* el impacto que causó el libro de Allen, que él atribuye equivocadamente a Lord Holland. La buena prensa que entre los sectores moderados tuvo el juicioso criterio del Lord para equiparar el sistema político español al inglés gustaba sobremanera a muchos interesados en la política. Pero no así a quienes buscaban reformas más radicales. Galiano fue conminado a traducir el texto, aunque cuando lo llevó a la imprenta, se le había adelantado la versión de Ángel de la Vega Infanzón. Sin embargo, sus opiniones críticas se vertieron en una refutación que tenía por objeto no sólo censurar las *Suggestions* "sino la opinión que sobre la misma materia había dado Jovellanos en un escrito de mérito indudable". Se trataba de la *Consulta sobre la convocación de Cortes por estamentos*, en la que Jovellanos rechazaba la idea de soberanía nacional, atribuyéndosela al monarca, pero tratando a la vez de que de esa soberanía, indivisible, se derivara de la separación de poderes<sup>92</sup>. En la misma línea que Alcalá se encontraba su grupo de amistades, capitaneado por Pizarro. Si para Allen y los sectores moderados, la clave iba a estar en dotar al parlamento español de un cuerpo aristocrático y eclesiástico que, a modo

---

<sup>91</sup> Esta segunda generación de liberales, y lamentablemente también las posteriores (liberales y conservadoras) olvidaron uno de los principales avisos de Lord Holland acerca de la inutilidad de las "reformas a bayonetazos ni los generales legisladores", *Cartas de Jovellanos y lord Vassall Holland sobre la guerra de la independencia (1808-1811)*, vol. I, 177 (Cádiz, 17-V-1809), con prólogo y notas de J. DOMAZA GARCÍA SALA, Madrid 1911. Para profundizar en este punto, Manuel MORENO ALONSO, "Sugerencia para unas Cortes españolas", (*Materiales para el estudio de la Constitución de 1812*, pp. 499-520), "Lord Holland y los orígenes del liberalismo español", (*Revista de Estudios Políticos*, nº36, XI-XII 1983, pp. 181-217) y el libro del mismo autor *La forja del liberalismo. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid 1997.

<sup>92</sup> Ha hecho hincapié en esta contradicción del pensador asturiano Javier VARELA en su libro *Jovellanos*, Madrid 1989, p. 234.

de Cámara de los Lores, ofreciese el contrapeso de la tradición, para los que contemplaban la situación de España, tan necesitada de reformas, sólo un cámara popular dotada de amplias facultades podía ser capaz de garantizar el desarrollo político. Coincidió esta postura con la mostrada por Blanco en *El Español* a propósito de un informe pedido por la Junta Central a la Universidad de Sevilla. En él, Blanco se había decantado por una organización política considerada democrática que diera de lado antiguas formas y privilegios, manteniendo una cierta tolerancia con las prerrogativas de los grandes, y que sólo estuviera constituida por una sola cámara<sup>93</sup>. Por su parte, el folleto de Galiano no llegó a ser publicado, pese a que tuvo un relativo eco entre sus amistades.

Las ideas políticas mantenidas por Alcalá en aquellos años de efervescencia política eran las de un liberal imbuido por las doctrinas francesas del racionalismo y los derechos del hombre. Sin acercarse a los extremos del jacobinismo, pensaba que la transformación de España sólo podía venir impulsada desde arriba, pues dado el estado de ignorancia de la mayor parte de la población, la violencia revolucionaria o el fanatismo más intransigente sería sus reacciones instintivas. Confiando en el imprescindible papel que representaban los sectores intelectualmente preparados, únicamente de las propuestas de éstos esperaba soluciones. Él mismo define en sus escritos autobiográficos las posiciones que mantenía en aquella época: "discípulo fiel de la escuela dominante en la Asamblea Constitucional en Francia, despreciador de lo antiguo y amigo de edificar el gobierno sobre doctrinas de racionalismo, y no sobre los ejemplos de la historia, sobre las prácticas antiguas y sobre el estado de las costumbres y de los pensamientos reinantes"<sup>94</sup>. Por aquella época, y tras la Revolución, los escritos de Montesquieu volvían a aparecer en las bocas de los conversadores políticos, pero como dijera Tocqueville, en los momentos preparatorios de la gran revuelta lo que predominaba en el ambiente era el espíritu de Rousseau. A Montesquieu se regresó con la resaca revolucionaria. Pero en España aún no se había dado el primer paso, y para todos aquéllos que creían que sólo una profunda transformación sería verdadera, solamente se hacía respirable el aire de 1789. La idea de la igualdad fundamental de los hombres alcanzaba su plasmación en el rechazo de los privilegios locales y de nacimiento. En el caso español, esta demanda se iba a trasladar a la petición de la unidad de los fueros, como veremos en algunos

---

<sup>93</sup> J. M<sup>a</sup> BLANCO, *Autobiografía*, Sevilla 1984, p. 158.

<sup>94</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, p. 377.



artículos publicados por Galiano durante estos años. El ansia por positivizar la igualdad y la libertad, los derechos naturales del hombre, se plasmó en la redacción de una constitución en la que, al igual que en el caso español, entrarían en lid las tradiciones y las novedades a la hora de configurar el gobierno representativo. Un último punto define, en este esbozo somero, el espíritu de la Asamblea Constitucional y es la defensa de la propiedad, en que tanto empeño pusieron los moderados como Clermont-Tonnerre. Para Alcalá Galiano, ese conglomerado de ideas y experiencias, se reflejaba en una confusa y vaga teoría política en la que luchaban elementos muy dispares, presididos por la incuestionable supremacía del poder legislativo. Todos estos años son un periodo de definición personal entre su elitismo innato y la creencia en la igualdad natural de los hombres; entre la necesidad de un cambio en el sistema de propiedad y el miedo a inesperados resultados; entre los deseos de crear una nueva sociedad y el temor de no tener un lugar en ella. Algunos artículos escritos en 1811 en el periódico gaditano *La Tertulia* son buena prueba de esta dualidad de pareceres. Allí habló de la soberanía nacional, "pero no de un modo que cuadrara con las ideas de los que querían llevar el poder popular al extremo". Sus colaboraciones en otros periódicos se movieron en ese ámbito político. En *El Redactor General*, dirigido por Pedro Daza colaboró con el Marqués de Miraflores y Pedro P. Fernández Sardinó. También escribieron eventualmente en él constitucionales como Martínez de la Rosa, Capmany o Juan Nicasio Gallego. *El Redactor General* de Cádiz era uno de los periódicos más innovadores de la época. Pedro Daza conocía el mundo editorial con cierta profundidad, y como producto de su experiencia, supo combinar en el periódico amenidad y seriedad. Concitó los odios del resto de las publicaciones periódicas gaditanas por dedicar una sección a seleccionar y comentar, a modo de revista de prensa, las noticias y artículos más destacados de los otros diarios, con lo que se llevó a gran parte de los compradores. Políticamente, las fórmulas políticas sostenidas por la publicación se circunscribían al liberalismo moderado que insistía continuamente en la necesidad de difundir un sentimiento patriótico directamente vinculado a la defensa de los valores ciudadanos: "Patria no hay, en la acepción del derecho público, donde no hay ciudadanos y éstos existirán solamente donde haya libertad civil. Libertad civil no puede haberla sin constitución política, ni ciudadanos sin intervención de estos en el establecimiento de las leyes"<sup>95</sup>. El convencimiento de que en las Cortes estaba la salvación de España trataba de disimular el conflicto en que se encontraba una parte muy importante del

---

<sup>95</sup> *El Redactor General*, 14-VIII-1811.

liberalismo moderado español. Partiendo de la afirmación de que los verdaderos españoles “están íntimamente persuadidos de que ellas (las Cortes) son la última esperanza de una nación hecha el juguete de necios y malos gobiernos...”<sup>96</sup>, les resultaba difícil admitir el lamentable espectáculo que tenían delante: un rey poco dispuesto a perder poderes y un pueblo que se había levantado para defender esa monarquía que se había humillado vergonzosamente en Fontainebleau. En ese conflicto, en el que entraron en juego tanto las circunstancias citadas como los propios esquemas mentales de los liberales y el gran lastre que para ellos supuso la fase radical de la Revolución Francesa, se diseñó el gran drama del liberalismo español. Se vio obligado continuamente a justificar unas demandas de cambio que eran más que obvias desde su perspectiva, dado el pozo sin fondo al que la monarquía había llevado a la nación. En resumidas cuentas, el gran problema del liberalismo español, problema que sería el origen de sus posteriores dificultades, estuvo en la circunstancia de que la ideología liberal en nuestro país no procedía del sentir de una clase social más o menos amplia, más o menos asentada económicamente; la ideología liberal española no respondía a un sentimiento social, a las necesidades de representación política de un grupo determinado. El liberalismo en España había sido elaborado por los intelectuales, provenía de ellos y respondía a sus intereses. Las consecuencias de este singular hecho tuvieron gran trascendencia y condujeron al liberalismo español al fracaso: primero, por su falta de inserción en sectores que pudieran tener un cierto peso social; segundo, porque todas sus propuestas eran mera teoría, revelando una considerable falta de ajuste con la realidad; tercero, por la influencia extranjera de sus doctrinas en un país que, cerrado al exterior, conceptuaba de sospechoso lo foráneo; cuarto, por la precaria situación política de los mismos intelectuales (exilios, persecuciones) lo que, en última instancia, les obligaba a pactar con los sectores más conservadores y fuertemente establecidos en los márgenes del poder si querían lograr algo sólido (y con la consiguiente desvirtuación del corpus teórico del liberalismo); quinto, por tener que enfrentarse con enemigos tan activos como la Iglesia<sup>97</sup>; y sexto, por lo que podríamos denominar problemas de legitimidad, es decir, que socialmente, la pretensión de autoridad moral que se arrogaban los liberales no procedía de ninguna forma de legitimidad propia de la sociedad tradicional, que al fin y al cabo, era la existente en

---

<sup>96</sup> *El Redactor General*, 2-III-1812.

<sup>97</sup> José María Blanco, con una lucidez única, escribía al respecto: “Ellos (los liberales) confiaban, además, que cuando los ciegos prejuicios del país hubieran conseguido arrojar a los franceses de la península, el partido liberal tendría la oportunidad de someter a los clérigos, a los que de momento se permitía tener una ascendencia total sobre el pueblo para usarlos como instrumento pasajero” (*Autobiografía*, p. 147).

España. La generación a la que pertenecía Alcalá había sido educada en la desmoralización y el miedo a la revolución<sup>98</sup>, pero por otra parte, también había sido testigo de la gran tragedia de ver a su propio país arruinado y atrasado, de ver a una población sumida en la ignorancia y el oscurantismo. Tal vez sea en la personalidad de José María Blanco en la que de forma más dramática se muestren esas contradicciones. Romper con todo fue su camino, ante la imposibilidad de encontrar un lugar desde el que contribuir al desarrollo de España. Estas palabras de su *Autobiografía* resumen bien tal angustia: "La lucha que tuvo lugar en mi espíritu fue más dura de lo que soy capaz de explicar. Conocía demasiado bien la situación moral e intelectual de mi país para sentirme optimista sobre los resultados favorables de la insurrección popular". Los demás liberales no contemplaron más salida que caer en un profundo escepticismo con respecto a lo que se podía esperar del propio país. Si bien la Constitución de Cádiz aportó unas gotas de ilusión a aquella generación tan tempranamente decepcionada, pronto quedó de manifiesto que el problema de España era mucho más profundo: se necesitaba una vigorosa transformación de las estructuras productivas y de las mentalidades que ni una revolución ni un texto constitucional podían llevar a cabo en pocos años.

Pese a este enorme baldón que pesaba sobre los reformadores españoles, éstos no cesaron en su empeño de reflexionar sobre las soluciones que necesitaba el país. Batalladores hasta el fin, estaban dispuestos a combatir la parálisis social y política en la que vivía el reino, pues en ello les iba mucho: la libertad de expresión y de reunión, su propia vida incluso. Temerosos de una posible vuelta atrás (como en efecto se produciría) los liberales pusieron toda la carne en la asador de la defensa de las pocas libertades conquistadas. Para ello se sirvieron de la prensa, que se convirtió, como en los demás escasos periodos liberales, en el baluarte del liberalismo. Contemplados colectivamente, los periódicos publicados en esta época son el mejor indicio del estado social latente, de las esperanzas y proyectos y que se barajaban entre las distintas formas de entender la nueva sociedad<sup>99</sup>. *El Tribuno del Pueblo Español* fue uno de los periódicos más destacados en esa tarea. Con

---

<sup>98</sup> M. MORENO ALONSO, *La generación española de 1808*, Madrid 1989, p. 51.

<sup>99</sup> Obviamente, hay mucho simplismo en algunas de aquellas publicaciones, pero también es posible encontrar intentos serios de reflexión que no por efímeros deben dejarse de lado. Pese a sus limitaciones, sentaron las bases de los nuevos tiempos. Como ejemplo sirva el comentario que GARCÍA LEÓN Y PIZARRO hizo de la crítica que la *Tertulia Patriótica* vertió a propósito de la reducción de la Regencia de cinco a tres miembros: "Hizo mucha sensación, porque no se estaba acostumbrado a ver criticado el poder" (*Memorias*, Madrid 1953, vol. 1, p. 135). Ramón SOLÍS llevó a cabo un estudio del papel jugado por la prensa en el época de las Cortes en uno de los capítulos de su libro *Historia del periodismo gaditano (1800-1850)*, Cádiz 1971.

artículos de fondo de gran contenido, escritos por el economista Flórez Estrada, el *Tribuno* defendía ideas liberales bastante avanzadas y se preocupaba especialmente de mantener la independencia del gobierno español respecto de los aliados ingleses. Sobre este asunto apareció publicado un artículo de Alcalá Galiano en el que se atacaban las excesivas facultades concedidas a lord Wellington por la Regencia<sup>100</sup>. Poco antes de que finalizara la campaña de 1812, a Wellington le había sido confiado el mando supremo de los ejércitos españoles. El general Ballesteros había protestado enérgicamente ante lo que entendía como una intrusión en los asuntos nacionales. Independientemente de que esto fuera atinado, lo cierto es que la designación de Wellington no influyó en el planteamiento militar de la guerra. Se daba la circunstancia de que el propio tío de Galiano, Juan María Villavicencio, formaba parte de la Regencia. El parecer manifestado por Alcalá en dicho artículo recogía el sentir de un grupo de opinión bastante amplio en aquella época que se oponía a cualquier dependencia exterior por parte del gobierno. Probablemente sea ésta la razón más poderosa que explique su pronta absolucón por la Junta de Censura, pese a la indignación de los regentes, quienes sospechaban que detrás de aquel artículo estaba el grupo político capitaneado por Pizarro<sup>101</sup>.

### **El diplomático.**

De forma paralela a estas actividades políticas, los intereses de Galiano se centraban en la consecución de una carrera profesional estable de la que poder vivir con cierta dignidad. Ese año de 1812, el duque del Infantado había sido nombrado miembro del gobierno, por lo que la embajada en Inglaterra, de cuya representación se había encargado hasta el momento, quedaba vacante. Para cubrirla se designó al conde Fernán Núñez, "cosa más ridícula no podía darse, puesto que Fernán Núñez era un joven sin elementos de ninguna especie, frívolo y desconceptuado"<sup>102</sup>. Como tantos nobles encumbrados de su tiempo, el conde de Fernán Núñez se dedicaba a la diplomacia como un sucedáneo de su antiguo poder y excelencia, por lo que nadie, y menos aún él mismo, consideraba que fuera necesaria una instrucción previa para el desempeño de un cargo como el que le había sido encomendado. Antonio Alcalá

---

<sup>100</sup> *El Tribuno del Pueblo Español*, 1-I-1813.

<sup>101</sup> Cuenta Pizarro que Galiano confesó a su tío quién había sido el verdadero autor del artículo, o sea, él mismo, (*Memorias*, vol. 1, p. 165).

<sup>102</sup> J. GARCÍA LEÓN Y PIZARRO, op. cit., vol. 1, p. 144.

Galiano, tío de nuestro protagonista, pidió al Conde que llevase a su sobrino en el puesto de agregado de la embajada, pero el Conde, sabedor de su posición, le denegó tal solicitud. Por aquellas fechas, Pizarro había sido nombrado ministro de Estado por la Regencia y, deseando humillar al joven Fernán Núñez por el resquemor que producía a quienes trataban de hacer carrera profesional sin tener como respaldo lucidos títulos nobiliarios, se encargó de que la designación recayera efectivamente en su amigo Galiano. El puesto de agregado en una embajada era el primer paso para una carrera "donde se adelanta siempre, viviendo con comodidad y brillo". Sus tareas, pocas; su sueldo, mediano (aunque dada la tendencia a los impagos, puede decirse que nulo). Se vivía y comía en la casa del embajador, siendo la de Inglaterra una de las más lucidas, y por tanto, un buen principio para la trayectoria de Alcalá<sup>103</sup>. La carrera diplomática había sido reformada por Floridablanca en tiempos de Carlos III. Había intentado el ministro dar mayor fuerza a la función que al representante, para lo cual procuró hacer más sólidas las legaciones y embajadas, y nacionalizar el personal. También llevó a cabo una reforma del escalafón, que quedó dividido en cinco categorías: pensionado o agregado diplomático (nivel pretendido por Galiano); oficial de embajada o ministerio; secretario de embajada o ministerio; ministro o enviado extraordinario; y embajador<sup>104</sup>. Dedicarse a la diplomacia había sido deseo propio: el dominio de varios idiomas y su preparación intelectual le avalaban, pero también había estado en la mente de su familia emplear su influencia en lograrlo, pues suponía una forma de continuar la tradición familiar de servicio a la Corona; de hecho, en su solicitud al Ministerio de Estado Alcalá presentó como garantía de sí mismo los servicios de sus tíos a la nación (aparte de hacer referencia a los méritos del padre muerto en la defensa de la monarquía y a la precaria situación económica de la familia). Esta costumbre se mantendría posteriormente en distintos miembros de la familia Alcalá Galiano, pues tanto los hijos y nietos de nuestro protagonista como su sobrino Juan Valera se dedicaron a dicha profesión como una forma de combinar trabajo y vida literaria. Tenía entonces Alcalá veintitrés años y podía considerarse afortunado con su reciente destino. Sin embargo, los nobles eran aún muy poderosos en España, y lo que parecía un brillante porvenir quedó truncado por las influencias

---

<sup>103</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, solicitud de la plaza fechada el 16 de febrero de 1812; carta de nombramiento fechada en Cádiz el 21 de febrero de 1812.

<sup>104</sup> M<sup>a</sup>V. LÓPEZ CORDÓN, "La política exterior", en *La época isabelina y el sexenio democrático*, tomo XXXIV, de *Historia de España*, Madrid 1981, p. 830. Señala la autora la profusión de pretendientes nobles que para estos cargos había, lo que daba lugar a un sinfín de intrigas cortesanas. La necesidad de contactos y el hecho de que los elegidos no cobraran sueldo durante el periodo de su formación, llevaba consigo una selección "natural" de los candidatos. Por supuesto, la preparación técnica del candidato (idiomas, conocimientos del derecho, la historia y la geografía) no contaban lo más mínimo, lo que dice mucho acerca del papel de España en las relaciones internacionales.

que el conde de Fernán Núñez logró mover, entre las que se encontraba la del representante diplomático inglés<sup>105</sup>. Presionó a los miembros de la Regencia de tal manera que éstos, incluido Juan Villavicencio, rectificaron la decisión de Pizarro, lo que, en palabras del ministro, demostraba que carecían de “la menor idea de dignidad ni de interés por la patria”. Finalmente, y para compensar a Galiano, se le designó un puesto de oficial auxiliar en la Secretaría de Estado hasta que se pensase en su persona para algún nuevo destino diplomático.

A la vez que se sucedían estos acontecimientos, Alcalá Galiano había estado participando en otra aventura periodística. Como ya se dijo, el 6 de febrero de 1812 Pizarro había sido nombrado ministro interino de Estado. En esta designación habían tenido una parte importante los halagos que Galiano había hecho de su persona en presencia de sus tíos, según confirmó el propio interesado<sup>106</sup>. Con objeto de defender su política trazó “el plan de un periódico ministerial; pero ni Tapia ni algún otro de los pocos que valían algo quiso encargarse entonces. Por pura amistad se emprendió un periódico con título de *Imparcial*, que no costaba un maravedí, y cuyos editores eran Galiano y Jonama: en él se inspiraban las ideas y críticas que inspiraba yo, y algunos artículos míos”<sup>107</sup>. Santiago Jonama ya tenía experiencia en el mundo del periodismo. En 1804 había solicitado licencia para dar salida a su primer proyecto titulado *El Censor Publicista*. No logró su propósito, aunque colaboró en publicaciones ajenas hasta que fue nombrado delegado de la Real Hacienda en Filipinas en 1809. Tras finalizar el ejercicio de su destino en Filipinas y después de una estancia en Londres, volvió a España en 1811, con los ánimos dispuestos a colaborar en la tarea de transformar el país. Pronto hizo amistad con Alcalá Galiano, amistad que se mantendría hasta la época del Trienio sin altibajos. Jonama, gran anglófilo, facilitó aún más el acercamiento de Galiano a la cultura inglesa con la narración de sus experiencias en aquel país y el préstamo de los libros allí adquiridos. Después, las disputas políticas, acabarían con cualquier simpatía entre ambos. Pero por el momento, los dos amigos colaboraban en la tarea de redactar *El Imparcial* sirviendo a los deseos de su común camarada Pizarro. El blanco de las iras del periódico eran el grupo del gobierno opuesto al ministro, y algunos diputados, sobre todo, Agustín

---

<sup>105</sup> Marqués de VILLLAURRUTIA, *Fernán Núñez, el embajador*, Madrid 1931, p. 26. Wellesley, que así se llamaba el embajador, hizo saber el poco interés que el gobierno inglés tenía por Galiano, al cual, tras el artículo contra Wellington, se consideraba hostil a Inglaterra.

<sup>106</sup> J. GARCÍA LEÓN Y PIZARRO, op. cit., vol. 1, p. 137.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 160.

Argüelles. Cabeza visible del sector liberal de las Cortes, Argüelles aglutinaba a su alrededor a otros conocidos representantes nacionales como Toreno, Calatrava, Juan Nicasio Gallego, Villanueva, Herreros, Espiga y Muñoz Torrero. La escasa simpatía que Pizarro le profesaba unía cuestiones personales y políticas. Argüelles, defensor a ultranza del poder legislativo sobre el ejecutivo suponía una advertencia a quienes, insertos en los engranajes del poder, veían amenazadas sus sólidas, aunque críticas, posiciones. Por otra parte, Argüelles tenía una buena relación con el grupo anglófilo que había rodeado a Lord Holland, pese a no ser él un estricto seguidor del modelo político inglés, exceptuando una admiración por el buen funcionamiento institucional y la existencia de importantes garantías judiciales<sup>108</sup>. Las ideas de *El Imparcial* no distaban gran cosa de las creencias políticas de Argüelles por lo que las censuras del diario se circunscribían al supuesto comportamiento corporativo y vanidoso de los diputados: "Los señores liberales jamás han tratado de cortar esos abusos, sin duda porque les engríe esa pompa y boato que por buen término de dos o tres horas al día, los distingue de sus demás conciudadanos"<sup>109</sup>. La duración de la publicación fue breve: sólo un mes salió a la calle. Los problemas económicos y la falta de clientes dieron al traste con el proyecto que además "pecaba de no dar el menor entretenimiento", pues efectivamente, todo él está plagado de artículos y comentarios de mayor o menor profundidad sobre aspectos de la realidad política del momento. Diariamente, los "imparciales", como así eran llamados los redactores, comentaban las discusiones que en las Cortes se celebraban acerca de los distintos puntos de la Constitución. Desde la defensa de la unidad de fueros (con especial referencia al militar) a la libertad de imprenta, *El Imparcial* resultó ser, ideológicamente, una mezcla de planteamientos rousseaunianos acerca de la soberanía ("La opinión y la voluntad general no pueden ser otra cosa que la suma de las opiniones y voluntades particulares") con un énfasis muy marcado en el valor del individuo ("voluntad implícita no es voluntad: la dignidad del hombre consiste en ser juez de lo que le conviene o no le conviene"<sup>110</sup>). Ahí estribaba la contradicción en que caían las ideas de Galiano en esta época: la defensa de los argumentos de Rousseau acerca de la voluntad general chocaban en su discurso con su cada vez más poderosa defensa del individuo en la sociedad liberal. Progresivamente, este segundo elemento fue

---

<sup>108</sup> Joaquín VARELA destaca las lecturas inglesas de Argüelles que tan claramente se manifiestan en sus discursos en las Cortes, pero sin dejar de señalar que en última instancia, lo que predomina en él es el esquema racionalista francés sobre la soberanía y los derechos naturales (*La teoría del estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (las Cortes de Cádiz)*, Madrid 1983, pp. 40 y ss.)

<sup>109</sup> *El Imparcial*, 23-X-1812, p. 99.

<sup>110</sup> *El Imparcial*, 10-X-1812, pp. 37-38.

ganando terreno señalándose sobre cualquier otro planteamiento de carácter general. Por esta época, los dos redactores se veían inmersos en otra contradicción: mientras que apoyaban una suerte de gran asamblea para el ejercicio de la democracia directa (“Un cuerpo soberano es tanto mejor cuanto más numeroso”), se veían obligados a señalar las limitaciones que para el desarrollo político del país tenía la ignorancia generalizada de los españoles. Incidían, por tanto, en la necesidad de hacer conocer al pueblo el verdadero calado de las ideas liberales, y apuntaban el peligro que para éstas tenían la confusa actitud de muchos de los diputados: “Las Cortes se presentaron rodeadas del aparato que distinguía a nuestros reyes, guardias reales, tratamiento real, honores reales; y lejos de parecer una representación del pueblo, en todo aparentaban ser unos sustitutos del rey, como lo fueron los Centrales. ¿Qué resultó de esto?. Lo que precisamente había de suceder: que la generalidad del pueblo, muchas corporaciones y no pocos diputados creyeron que la persona de Fernando VII estaba representada en las Cortes. que los más por ignorancia, y algunos por malicia, trataron de rey católico, que pueblos españoles se ponían a los reales pies de sus representantes, y hasta hubo quien se arrojase delante de ellas, mirándose como gran hazaña de algunos diputados que no consintiesen esta humillación”. Tras esta censura a los diputados, ponían de manifiesto el gran peligro que se escondía detrás de su actitud: “...el pueblo no se penetra de las verdaderas y sanas doctrinas liberales: ve que tiene un soberano, y no distingue más llegando a importarle poco lo que sea éste o el otro”<sup>111</sup>.

### **Años difíciles.**

El 30 de agosto de 1813 Alcalá recibía un nuevo destino en su atribulada carrera diplomática. La embajada en Suecia era tal destino<sup>112</sup>. La lejanía del teatro de los acontecimientos españoles y la pasada humillación en el asunto de la embajada de Fernán Núñez, contribuyeron muy poco a que nuestro protagonista se sintiera halagado por esta designación. La embajada de España estaba dirigida por Pantaleón Moreno, antiguo comerciante establecido en aquel país que se vio honrado con el cargo de embajador cuando se establecieron relaciones con Suecia. Partió Alcalá de Cádiz en octubre y hubo de verse su viaje detenido en Londres unos

---

<sup>111</sup> *El Imparcial*, 23-X-1812, p. 99.

<sup>112</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, 30-VIII-1813, nombramiento de agregado en Suecia con un sueldo de 12.000 reales al año.



meses, pues el estado del mar en aquel invierno impedía todo trayecto. Durante esta estancia londinense, Fernán Núñez y Alcalá hubieron de tratarse más de lo que ambos hubieran deseado, pues al formar parte del servicio diplomático de la Corona, Galiano tenía derecho a ser alojado y alimentado en la casa del embajador de España en Inglaterra. Por otra parte, comenzaron a manifestarse en nuestro hombre serios problemas de salud que arrastraría durante todo el tiempo que duró su experiencia nórdica. Tuvo la oportunidad de conocer en Londres a madame de Stäel, la cual le había enviado varios ejemplares de su recién publicado *De l'Allemagne* para que los distribuyera entre sus amigos de Suecia. Se encontraba la escritora francesa en el cénit de su popularidad, y la opinión de Alcalá acerca de ella resulta por demás curiosa: "En esto, aquella mujer de tan superior entendimiento y aun de tan buen corazón daba muestras de dos de sus flaquezas, siendo la primera llevar al extremo su rencor vengativo contra el varón extraordinario de quien había recibido grandes ofensas (Napoleón); y la segunda, su manía de querer persuadir y estar persuadida de que a las resoluciones principales de la política de los gobiernos contribuía ella en gran manera con su voto"<sup>113</sup>.

Llegado a Suecia en 1814, Galiano procuró adaptarse a las nuevas circunstancias, entre las que se incluía su enfermedad. La vida no le estaba resultando fácil en un país tan diferente, y pese a que conoció a distintos personajes de aquella sociedad, entre los que destacó a Bernadotte (el nuevo rey) y a que se dedicó con entusiasmo al estudio del sueco, pronto sintió terribles deseos de regresar, como plasmaran estos versos escritos en Gotemburgo en julio de 1813: "Hermosos campos de la patria mía/ ¡Nunca marchitos por el cielo helado!/ Vuestra memoria en mi infeliz estado,/ Me sigue y atormenta noche y día"<sup>114</sup>. Su melancolía aumentó, mezclada con indignación, cuando llegaron las noticias de la abolición de la Constitución por Fernando VII: "Quedé como herido de un golpe súbito que me hubiese lastimado, dejándome embotados los sentidos". Galiano no había sido defensor apasionado de la Constitución de Cádiz (salvo delante de la citada madame de Stäel), pero se había manifestado parcial de ella en lo que tenía de primer paso para la instalación del gobierno representativo en España. Años después, por el contrario, acusaría al texto de gran parte de los males que sufrió el país, pero en esta

---

<sup>113</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, p. 430.

<sup>114</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, carta fechada el 22 de abril de 1814 solicitando el regreso a Cádiz. Los versos pueden encontrarse en la edición que de las *Memorias* hiciera el hijo de Alcalá, también llamado Antonio, en 1886 (volumen 2, p. 544).

época, se limitaba a señalar aspectos concretos, como el relativo a la sanción real. Convencido de que no se podía dar de lado a la figura del rey, había defendido en un artículo publicado en *El Redactor General* la sanción real con motivo de la discusión que sobre este punto habían tenido en el Congreso el Conde de Toreno y Pérez de Castro. Siguiendo los argumentos esbozados por Mirabeau en la Asamblea Constituyente en su discurso sobre los decretos de 4 y 11 de agosto de 1789, Alcalá diseñó una explicación que le situaba al margen de los liberales más radicales. El proyecto constitucional había dictaminado el alejamiento del Rey en todo lo referido al establecimiento de las leyes fundamentales. Por medio de la exclusión real, las Cortes trataban de garantizar la permanencia de la soberanía (al menos en el terreno teórico) en manos de la nación, representada en las Cortes Constituyentes. El grupo de diputados capitaneado por Argüelles había defendido esta propuesta, que en última instancia no era tanto una prevención ante el monarca como una limitación de sus funciones, pues la sanción real iba a seguir siendo necesaria en la legislación ordinaria. La dicotomía entre veto suspensivo y veto absoluto constituyó uno de los puntos de debate más conflictivos en las Cortes, y posteriormente continuaría siéndolo cuando los liberales en el exilio reflexionaran acerca de las limitaciones de la Constitución (obviamente, detrás de esta cuestión se hallaba el espinoso asunto de la soberanía). Alcalá, con su alegato en favor de la sanción real, se apuntó al bando de los más pragmáticos, y si bien entre las ideas con las que se manejaba en aquella época, la defensa de la sanción regia suponía una cierta incongruencia, con el tiempo sería uno de los baluartes sobre los que girarían sus consideraciones acerca del texto de 1812. A estas ideas sobre la constitución, unió las impresiones que la lectura de los periódicos extranjeros y la visión de las circunstancias internacionales le facilitaban. Temía Alcalá la que consideraba irresponsable conducta de los liberales españoles deseando la caída de Napoleón, pues “me alegraba de ver a Napoleón vencido; pero no deseaba que cayese de su trono, y menos que en él fuese sustituido por la rama antigua de los Borbones”. Tal circunstancia no supondría más que el retorno cierto de la reacción a España.

Al terminar el año 1814, Galiano regresaba a Cádiz creyendo que la dicha se asentaba en su vida. Pero por el contrario, dio comienzo una de las etapas más duras de su existencia. Los acontecimientos políticos jugaron un papel fundamental, aunque no tanto como los personales. Al poco tiempo de su vuelta, tuvo conocimiento de las infidelidades de su mujer, de la que finalmente se separó. En septiembre de 1815 murió su madre, y comenzaron los problemas con su hermana y

su cuñado. Dado el nulo sentido de la organización económica de Galiano, problema éste que padeció toda la vida, su cuñado se hizo cargo de las cuentas y del reparto de la herencia familiar, que incluía el producto de las tierras azucareras de La Habana que Dionisio Alcalá Galiano había comprado durante su estancia a fines el siglo XVIII. La falta de preocupación de Alcalá, que se conformó con una renta semanal, facilitó que el cuñado y la hermana dispusieran a su antojo del dinero, de tal forma que cuando nuestro protagonista vio el estado de sus finanzas, se dio cuenta de que ya no contaba con posibles. El enfrentamiento que entre los hermanos se produjo por este hecho, les llevó a la ruptura definitiva. La sensación de sentirse estafado por su propia familia, unida a la decepción por los sinsabores de su matrimonio, la muerte de la madre y el fiasco por el comportamiento de algunas amistades, condujo su ánimo hacia una situación de desencanto tal que incluso llegó a pensar en el suicidio<sup>115</sup>. Sin embargo, no llevó a cabo esa insistente idea: "o me faltó valor, o hubo en mi el necesario juicio para no llevar a cabo mi propósito". Este infausto año y medio tuvo unas consecuencias muy importantes para Alcalá Galiano. Se instaló para siempre en su ánimo una enorme desconfianza acerca de la naturaleza humana, y el escepticismo, que de manera tan fuerte moldearía su tarea intelectual, encontró asiento definitivo durante toda su peripecia vital. A partir de estas desagradables experiencias, comenzó un periodo de abandono personal que duró tres años, en el que se dejó llevar por una vida de crápula que le haría popular entre los conocidos de Cádiz, y que sería el origen de su fama de bebedor. Esta reputación, exagerada en gran medida, sería valiosa arma política de sus contrarios en el Trienio Liberal, quienes echaron mano de ella con objeto de desprestigiarle en numerosas ocasiones.

La vida disipada no fue obstáculo para que nuestro protagonista continuara sus actividades intelectuales y políticas. Tras su escudo de calavera notorio, poco sospechoso de dedicarse a otras tareas que las supuestas a su afición, Alcalá se atrevió a escribir sátiras sobre el estado de España a las que pocos en sus cabales se hubieran aventurado. Entre estas burlas destacó especialmente un poema llamado *Epitalamio*, escrito en el verano de 1816 con motivo de la boda de Fernando VII con María Isabel de Portugal. El poema dio cierta celebridad a su autor por la osadía con que se manifestaba: "Lazo de maldición una por siempre/ en hora infausta y con tardío duelo/ de la Iberia al estúpido tirano/ con la esposa que llaman sus deseos./

---

<sup>115</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, p. 446.

Prole, cual él, de amor filial desnuda/ infiel esposa, impíos descendientes/ venganza den al agraviado pueblo". Estos versos son sólo el estribillo de una composición en la que se recuerda a los mártires de la libertad y cubre de desprecio al rey, para acabar finalmente pidiendo una solución tremebunda y purificadora que acabe con todo, en una línea muy cara a los románticos: "Brame furioso el mar, recio sacuda/ el huracán la atmósfera; despidan/ torrentes de agua aglomeradas nubes./ Todo horror, todo muerte, todo duelo,/ vaticine a opresores y oprimidos,/ a tiranos y a esclavos juntamente,/ cual si indignado el cielo contra el crimen,/ uniéndose a mi voz, también quisiera/ llorar, odiar y maldecir conmigo"<sup>116</sup>. El estado mental de Alcalá, cercano a la depresión y el resentimiento, no se hallaba muy lejos del de la sociedad española en su conjunto. La llegada de Fernando VII había barrido todas las ilusiones liberales y había instalado al país en una absoluta incapacidad para tomar iniciativas. La represión se hizo dueña de los resortes del poder y la denuncia por actividades políticas tomó el lugar del intercambio de ideas. Las delaciones personales por envidia o viejos rencores estaban a la orden del día. Por su parte, el rey decidió arbitrariamente condenar a los liberales que había "usurpado su soberanía absoluta". Para comprender con más precisión el estado del país, nada mejor que leer el testimonio de los contemporáneos: "Desde las ocurrencias del 10 al 11 de mayo de 1814 no hubo en Madrid verdadero sosiego; por consiguiente, faltó a las costumbres la espontaneidad necesaria para merecer nombre de tales. Fue aquel periodo una especie de aturdimiento del espíritu público confundido entre vacilaciones de que no se daba cuenta, ni acertó a resolver el menguado gobierno, no llevando él mismo otro fin que no fuese el insensato propósito de borrar la memoria de lo anterior, y sobre todo las consecuencias, pero sin sustituirlo con nuevas ideas y procedimientos, ni menos buscar en el pasado ejemplos que le satisficieran. Así es que lo mismo prohibía *El sí de las niñas* de Moratín, que *La vida es sueño* de Calderón; de igual manera anatematizaba *El Evangelio en triunfo* de Olavide, que *Las ruinas de Palmira*, de Volney. En cambio, lograron carta blanca por algún tiempo los cuentos algo libres del abate Casti, del género de Bocaccio, creyendo a su título, que tradujeron *Cuentos castos*, suficiente pabellón que salvara la mercancía"<sup>117</sup>.

El inicio de la transformación intelectual de Alcalá Galiano también tuvo lugar en esta época tormentosa. Hasta el momento había permanecido anclado a los

---

<sup>116</sup> Ibidem, p. 447-448.

<sup>117</sup> D. CHAULIÉ, *Cosas de Madrid*, Madrid 1886, tomo II, p. 8.

racionalistas franceses, pero a partir de ahora comenzaría una lectura profunda de la filosofía sensualista de Cabanis y de Destutt de Tracy, lo que le condujo sin dilación al empirismo. Anteriormente, se había iniciado en el sensualismo estético que predicaba la escuela sevillana capitaneada por Quintana y Reinoso: ya en la Academia de Buenas Letras, Alcalá había comenzado sus lecturas de los críticos literarios Blair y Batteux, que amplió con la asimilación del pensamiento de Condillac a través de las enseñanzas de Joaquín de Mora. De esta forma, y facilitado ello por su talante poco dado a la abstracción, Galiano se declaró un firme convencido de que el conocimiento no tiene más origen que las impresiones recogidas por los sentidos. Sus estancias en la tertulia de Quintana no habían servido más que para afianzar estas tendencias ya presentes en su pensamiento. Tras la Guerra de la Independencia, el sensualismo conoció gran difusión en España (al igual que había sucedido en la Francia posrevolucionaria) y comenzó a ofrecer sus primeros frutos de carácter político en la Universidad de Salamanca <sup>118</sup>. Los autores manejados por Alcalá en estos años dejan traslucir su interés cada vez mayor por el estudio de los hechos sociales y sus efectos, así como de la repercusión de éstos en la moral social. La filosofía sensualista había conducido el empirismo de Montesquieu hacia un método analítico sumamente práctico en el que la moral utilitaria jugaría un papel primordial. Aquí entra en escena el otro gran elemento configurador de la mentalidad de Alcalá Galiano: el sensismo. La filosofía del sentido común había tratado de construir una psicología descriptiva en la que el sentido común se convirtiera en el criterio discriminador de lo verdadero y lo falso. Sus expositores principales, los escoceses Thomas Reid y Dugald Stewart, buscaban hacer del sentido común el referente último de los esquemas de la conducta humana. En España, el sensismo se divulgó a través de autores franceses, particularmente por medio de Condillac quien en su *Dissertation sur la liberté* supo combinar la utilidad del empirismo con una confianza en las posibilidades del alma humana para refugiarse en la fe. De este modo, ante los ojos de la Inquisición no apareció como un peligroso "ateísta" y pudo

<sup>118</sup> R. FERNÁNDEZ CARVAJAL, "Corrientes sensualistas: los grupos sevillano y salmantino y el reformismo pedagógico", en *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. V, Barcelona 1958, p. 187. Para ampliar estas cuestiones: L. RODRIGUEZ ARANDA, "La recepción y el influjo de John Locke en España", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 76, (Madrid 1954), pp. 115-130; Fco. SÁNCHEZ-BLANCO, "La filosofía sensista y el sueño de la razón romántica", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 381, (1982), pp. 509-521, y el capítulo 9º ("La difusión del sensismo en la España dieciochesca") de su libro *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid 1991. El relativo paso franco que tuvo el empirismo en España se debió, como señala Sánchez-Blanco, a que "...no significa racionalismo a ultranza, sino todo lo contrario: una desconfianza y un freno en las excesivas pretensiones de la razón humana de sobrepasar las fronteras de los sentidos y moverse en un mundo ideal" (*Europa y el pensamiento...*, p. 205). La filosofía empirista y sensualista, por otra parte, tuvo un papel fundamental en el paso de la estética clasicista a la romántica (R.P. SEBOLD, "Enlightenment philosophy in the emergence of Spanish romanticism", en *The Ibero-American Enlightenment*, Illinois 1971, pp. 111-140). Nuestro protagonista analizó estos círculos intelectuales (en particular en su vertiente literaria) en dos artículos que llevaron por nombre "De la escuela formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado" y que aparecieron en *Crónica de Ambos Mundos*, 1860, tomo 1, pp. 265-268 y pp. 278-283.

ser leído con facilidad. En el caso de Galiano, acudió a este terreno de la mano de su muy admirado Voltaire, a quien si en tiempos futuros censuraría algo más, en su juventud, como ya vimos, veneraba en extremo por su capacidad satírica y la brillantez de su lenguaje. Situado en la frontera entre el deísmo y la irreligión, Alcalá procuró mantener, en esto sí, la suficiente prudencia para librarse de la vigilancia de la Inquisición. De Voltaire tomó Alcalá su decidida tendencia al utilitarismo político tanto en un sentido pragmático como teórico, pues su defensa del sentido común (en nombre del cual Voltaire emprendía todas sus batallas dialécticas) se fue orientando progresivamente en la lucha por la consecución de libertades civiles concretas frente a los grandes ideales abstractos. Libertad y propiedad serán, por tanto, los ejes sobre los que va a girar su pensamiento. A través de todo este proceso intelectual, la mente de Alcalá Galiano se configuró como un producto de las influencias del sensismo y del sensualismo, de la moral utilitaria y del análisis sociológico. Su carácter, predispuesto por esta formación al pragmatismo, buscará por los caminos de la reforma social y jurídica la transformación de España. Habiendo expulsado de sus creencias políticas cualquier residuo de los principios universales y abstractos entre los que se había movido dubitativamente hasta el momento, Galiano se sentirá ahora, como escribiría años después, "cosido a la tierra". Una actitud similar había ido cultivando en su espíritu en el terreno de la literatura. Ya desde los años 1803 y 1804 y dentro de las actividades de la Academia de Buenas Letras, había comenzado a interesarse por las ideas estéticas de los críticos Blair y Batteux, quienes tuvieron gran predicamento en España, sobre todo el primero de ellos. Hurgo Blair había difundido su ideal literario de la sencillez, la pureza de las formas, la ausencia de todo adorno innecesario, dando pie a una progresiva crítica hacia los modos del clasicismo. Se trataba, en última instancia, de un retorno a lo sensible, a las percepciones estéticas de la sensibilidad sin intermediarios entre ella y el estímulo poético. Por medio de Hurgo Blair se plantaría en Galiano la semilla del romanticismo, y el aprecio a lo natural y a lo propio en la literatura y, por derivación, en la política. Sin embargo, esta semilla tardaría aún un tiempo en florecer, pues todavía tenía que esperar a una última defensa del clasicismo por Alcalá Galiano (clasicismo disfrazado de progresismo político) frente a lo castizo (que no romántico) propugnado por Böhl de Faber, como veremos a continuación<sup>119</sup>.

---

<sup>119</sup> C. GARCÍA BARRÓN, *La obra crítica y literaria de Antonio Alcalá Galiano*, p. 93; A. SORIA ORTEGA, "Notas sobre Hugo Blair y la retórica española del siglo XIX", en *Homenaje a Emilio Orozco*, Granada 1979, pp. 363-388.

Nuevas amistades configuraron su círculo. Rota la que mantenía con Pizarro, por la aceptación por parte de éste último del ministerio de Estado, ofrecido por Fernando VII, se trasladó a Madrid para desempeñar su puesto de oficinista en la Secretaría de Estado. La situación política en la capital presentaba la dualidad de la siniestra tranquilidad que provocaba la represión y el vértigo subterráneo con el que se urdían planes subversivos. Pese al fusilamiento de Lacy, los conspiradores no cejaron en su empeño de seguir construyendo proyectos de sublevación, pues el régimen estaba acabado. En lo político se había llegado a un camino sin salida; en lo económico, el colapso se hallaba cercano: las reformas de Martín de Garay no habían logrado frenar el caos, y los beneficios que habían procurado las colonias también se iban a pique. Las sociedades secretas organizaron, si bien de forma precaria, la oposición al absolutismo. No es mucha la información de que disponemos al respecto, lo que sí se puede apuntar, pues así lo afirma en sus obras autobiográficas, es que en Madrid se dedicó Alcalá a contactar con las logias masónicas. Habiéndose introducido en Cádiz, se le designó para establecer relación con las de Madrid, que se encontraban en plena crisis por la continuada alerta de las autoridades. La actividad política subterránea, el traslado a Madrid con su tía y su hijo, la mejora de su situación económica<sup>120</sup> y el reencuentro con viejos amigos, como José Joaquín de Mora, habían apartado a nuestro hombre de su vida anterior. Especialmente productiva fue la reanudación del trato con este último, con quien se lanzó de lleno a la controversia política disfrazada de polémica literaria. Mora se había establecido en Madrid después de 1814 para desempeñar su profesión de abogado<sup>121</sup>, pero en ningún momento abandonó la gran afición que tenía por las letras. En efecto, al poco tiempo de haberse hecho un hueco literario en la capital, fundó la *Crónica Científica y Literaria*, periódico dedicado a las tareas de divulgación, comentario y crítica de las publicaciones y representaciones teatrales que tenían lugar en Madrid. Desde la *Crónica*, Mora había comenzado una discusión intelectual con Nicolás Böhl de Faber acerca del carácter de la literatura española. Ambos se conocían ya desde hacía años, pues habían sido presentados en Cádiz por la mujer del alemán, doña Francisca Larrea. Sin embargo, a causa de los avatares políticos, los comentarios de Mora con respecto a las ideas de Faber fueron tiñéndose de acidez, por lo que puede decirse que la famosa polémica calderoniana (como ha sido

---

<sup>120</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, en una carta al Ministerio de Estado, fechada en Cádiz el 31 de diciembre de 1816, Alcalá había solicitado el pago de sus sueldos atrasados como empleado del Ministerio en los distintos puestos que habían desempeñado.

<sup>121</sup> M.L. AMUNÁTEGUI, *José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*, Santiago de Chile 1888, p. 18

llamada esta disputa) encierra un enfrentamiento político bajo el disfraz de controversia estética<sup>122</sup>. Nicolás Böhl de Faber, rico comerciante alemán afincado en Cádiz, había publicado en *El Mercurio Gaditano* (septiembre de 1814) un artículo titulado "Reflexiones de Schlegel sobre el teatro", en el cual difundía las ideas que su compatriota había expuesto en su obra *Vorlesungen über dramatische Kunst und Literatur* (1808). El libro de Schlegel causó gran sensación en Europa porque había dado paso a una nueva forma de entender la literatura y el arte, alejándolos de las rigideces del clasicismo y reivindicando el valor de lo propio, de lo autóctono. En lo que respecta a España, Schlegel había contribuido a encarecer la figura de Calderón de la Barca como expresión máxima del ser hispánico. Böhl de Faber, apasionado de Calderón, se encargó de hacer extensibles las bondades del gran autor al terreno de los valores morales y políticos, dando pie a que su explicación de los argumentos del filósofo se interpretase como una alabanza de la religión católica (a la que, por cierto, se había convertido), de la España imperial y del despotismo, así como de una serie de valores tradicionales muy apartados del sentimiento liberal que embargaba a los traicionados por Fernando VII. Sirvan como ejemplo de estas ideas las palabras que le dirigió a un amigo alemán: "Todos los que tienen voz y mando, todos los que saben leer y escribir, y todos los que no son guardianes de Sión son anticatólicos y antimonárquicos"<sup>123</sup>. Joaquín de Mora respondió con una carta al editor del *Mercurio Gaditano*, y de este modo dio comienzo una polémica que poco a poco fue degenerando en insultos personales. En última instancia, la querella venía a ser una transposición al ámbito de la literatura de disputas que no se podían plantear en el de la política. Cuando Alcalá Galiano llegó a Madrid para establecerse definitivamente, la lucha se encrespó aún más, pues Mora contó con un compañero muy dispuesto a afilar la pluma contra los reaccionarios. Los dos lanzaron duros ataques al crítico alemán desde la *Crónica científica y literaria* y por medio de un folleto cuya publicación fue prohibida en Madrid, por lo que apareció primeramente en Barcelona. Se llamaba el opúsculo *Los mismos contra los propios o respuestas al Pasatiempo crítico*, y en él tanto Mora como Alcalá se declaraban defensores de la estética clásica, no tanto por un pleno convencimiento sobre la bondad de ésta como por los

<sup>122</sup> La polémica calderoniana ha sido analizada profusamente, por lo que aquí sólo se hará una breve referencia a la participación de Alcalá Galiano en ella (el análisis de la vertiente literaria de la implicación de nuestro autor fue realizado por C. GARCÍA BARRÓN en *La obra crítica y literaria de Alcalá Galiano*, pp. 91-102). Dentro las muchas páginas aparecidas al respecto, la más interesante es la obra de Guillermo CARNERO *Los orígenes del romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, (Valencia 1978).

<sup>123</sup> G. CARNERO, op. cit., p. 183 (reproducción de una carta de Böhl a un amigo de Hamburgo fechada el 15 de julio de 1817). Alcalá Galiano, pese a que después aceptaría en parte algunos principios del romanticismo, no dejó de señalar el matiz político de las afirmaciones del cónsul alemán en Cádiz al decir que la defensa que éste hacía del drama calderoniano era un reflejo fiel de la España imperial de los Austrias (A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, t. VII, pp. 89-93).



resquemores que les producía el romanticismo defendido por Böhl de Faber y su esposa<sup>124</sup>. Especialmente interesados se mostraron en desmentir las acusaciones que el alemán les hacía de ser malos españoles y de preferir los autores extranjeros a los nacionales, lo que, por otra parte, era una falsedad. A la polémica se incorporaron otros periodistas y escritores, aunque el centro de las discusiones continuó estando entre los ya citados. Alcanzó el punto máximo de acritud cuando Mora y Galiano acusaron a Böhl de defender sus ideas con la combatividad de un converso: "Ello es verdad que su estilo, si bien generalmente castizo, de cuando en cuando echa unos tufos de no ser su autor cristiano viejo, esto es, castellano rancio: v. gr. aquello de la característica, que tengo para mí que el buen don Pedro Calderón de la Barca si resucitara se haría cruces al verse elogiado por una cosa para él no conocida"<sup>125</sup>. Los Böhl de Faber respondieron con no menor ironía, aunque con más peligro para sus oponentes, pues Francisca Larrea lanzó la insinuación de que había sido Alcalá el autor del famoso *Epitalamio*, lo que, de haber sido más explícita, habría conducido a nuestro protagonista directamente al cadalso. Junto a esto, vertieron acusaciones hacia las ideas liberales de Mora, poniéndole en el compromiso de tener que definirse. Por otra parte, su compañero no salió mejor parado, y en un "Encomio a Alcalá Galiano" se sacaron a la luz sus anteriores problemas con la bebida: "Borracho de vanidad/ Borracho de presumido/ Borracho de atrevido/ Borracho de falsedad:/ Cuál será tu gravedad,/ Si cuando beodo te veo,/ me pareces menos reo,/ pues duerme en ti la maldad"<sup>126</sup>. La polémica terminó de forma poco estética, desde luego, pero supuso el apunte de un debate político que ya se anunciaba y que insufló un poco de vida a la inane España de la década ominosa.

---

<sup>124</sup> G. CARNERO publicó este folleto en "Une contribution à l'histoire des idées esthétiques dans l'Espagne du début du XIX<sup>e</sup> siècle: un texte inconnu d'Antonio Alcalá Galiano", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo XVI (1980), pp. 291-308. El mencionado *Pasatiempo crítico* era un escrito de Böhl titulado *Pasatiempo crítico en que se ventilan los méritos de Calderón y el talento de su detractor*.

<sup>125</sup> "Carta de Antonio Alcalá Galiano a su amigo el editor de la Crónica", *Crónica Científica y Literaria*, 21-VII-1818.

<sup>126</sup> G. CARNERO, *El romanticismo reaccionario...*, pp. 241-241. Galiano y Mora tampoco se anduvieron con muchos remilgos, y se burlaron tanto de la condición de comerciante de Böhl (insinuando así su carencia de sensibilidad literaria), como de la cojera de su mujer.

## 2. El orador de las tribunas (1820-1823).

Hace más de cien años, Leopoldo Alas calificaba a Alcalá Galiano como "el huracán de la revolución introducido como un torbellino en un cerebro... toda la vida moderna concentrada en un personaje... las ideas que la España de entonces no podía comprender, trabajando en un solo hombre"<sup>1</sup>. Esta es, probablemente, la caracterización más acertada de nuestro personaje: impulso y reflexión. Y es que Alcalá Galiano siempre fue un hombre moderado en sus ideas y ambicioso en sus intenciones. Presentarlo como un desertor a los principios liberales es no haber entendido gran cosa acerca de sus pensamientos. La moderación está siempre presente en su cabeza; nunca, especialmente en sus textos, se deja llevar por la pasión revolucionaria; tal vez sus actitudes sean incongruentes y sus afirmaciones estén teñidas, en bastantes ocasiones, del desengaño que le produce ver la escasa recompensa recibida por sus supuestos "grandes esfuerzos por la causa de la libertad". Desde luego, no fue ningún alma altruista: los ingenuos son los primeros perdedores en las revoluciones. En estos años del Trienio, en que tantas ilusiones se pusieron en juego, nuestro protagonista abandonará el estrecho marco de su ciudad natal y, llevado por su ambición política, se lanzará de lleno a una actividad casi frenética. Poco tiempo va a restarle ya para la lectura y las discusiones filosóficas, por lo que no encontraremos entre sus escritos de esta época importantes disquisiciones sobre estas materias. Salvo una aproximación cada vez más evidente a las doctrinas de Benjamin Constant y Jeremy Bentham (influencias que no se harán manifiestas hasta el más reposado exilio), Galiano parece estar más preocupado por el fárrago patriótico, por el trajín diario de la tertulia en las sociedades patrióticas y en el Congreso. Como contrapartida, estos nuevos intereses desarrollaron su destreza en dos de las facetas más destacadas de su vida: la de orador y la de periodista. Por último, será en estos tres vertiginosos años cuando se gesten las dos imágenes que le perseguirán hasta la muerte, imágenes que permanecían vivas en el relato de *Clarín* y en la memoria de los contemporáneos: el Alcalá Galiano demagogo y el Alcalá Galiano traidor al liberalismo.

---

<sup>1</sup> L. ALAS, "Alcalá Galiano. El periodo constitucional de 1820 a 1823", *La España del XIX*, vol. II, p. 475.

## El conspirador: intrigas políticas en Cádiz (1819-1820).

A mediados de enero de 1819 Alcalá Galiano emprendió un viaje desde Madrid a Cádiz con objeto de tomar el barco que habría de llevarle a su cargo en la secretaría de la legación española en Brasil<sup>2</sup>. A pesar de haber encontrado ya un destino en su anhelada carrera como diplomático, carrera por ahora no muy lucida, Galiano tenía tantas ganas de marchar a América como el ejército, que allí iba a ser enviado para sofocar los levantamientos independentistas. Tal vez tratando de despedirse de las amistades, o tal vez procurando buscar la última oportunidad para un futuro más prometedor, se detuvo en Sevilla, pues, "las máximas de la masonería estaban a la sazón en tal puntual observancia, que tenía allí amigos íntimos a quienes trataba y que me trataban con la confianza y aun con el afecto de tales..."<sup>3</sup>. La masonería sevillana se encontraba en trance de preparar una conjuración, otra más, que acabase con el poder despótico. José Grases, Evaristo San Miguel, Juan María de Aréjula, D. Santos, Quiroga, Istúriz y Mendizábal formaban parte de aquella trama. En junio de 1819 tuvo lugar la primera reunión de las logias simbólicas para dar fecha al objeto de su existencia: el levantamiento.

El papel de las logias masónicas andaluzas en la preparación de las varias conspiraciones que conducirían posteriormente a la victoriosa sublevación de Riego es muy importante para comprender el desarrollo de los hechos políticos en estos años<sup>4</sup>. Aunque la extensión de la masonería en España a principios del siglo XIX no tenía el carácter ni la importancia que alcanzaba en otros países europeos, no puede negarse el hecho de que, al no existir ninguna otra forma de articular la oposición política, las pocas logias que se mantenían vigentes en este momento actuaron como elementos organizadores. Si socialmente recogían un anhelo de transformación política (que existía al menos entre los círculos intelectuales y burgueses), no puede decirse lo mismo de su representatividad<sup>5</sup>. Fueron unos pocos quienes,

<sup>2</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, nombramiento de secretario de la legación española en Río de Janeiro, noviembre de 1818.

<sup>3</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 1, p. 457. La pertenencia de Alcalá Galiano a la masonería queda acreditada por su propia confesión, por otros comentarios (Véase M. MORAYTA, *Masonería española. Páginas de su historia*, Madrid 1915), y por una "Lista de sujetos que consta que son masones" del A.G.P., P.R., tomo 67, p. 36 vuelta y p. 39 vuelta.

<sup>4</sup> Resulta difícil hallar documentación acerca de la acción de la masonería en estos años. Las referencias más amplias proceden de los escritos autobiográficos, y en particular los de nuestro autor, Alcalá Galiano. De entre la bibliografía actual al respecto, se pueden destacar los siguientes: J. FERRER BENIMELI, *Bibliografía de la masonería*, Madrid, 2ª edición 1978, *La masonería española del siglo XVIII*, Madrid, 2ª edición 1986, y *Masonería española contemporánea, vol. 1 1808-1868*, Madrid 1967; I.M. Zavaia, *Masones comuneros y carbonarios*, Madrid 1971; algunas referencias en A. EIRAS ROEL, "Sociedades secretas en el reinado de Isabel II", en *Hispania*, nº LXXXVI, (Madrid 1962), pp. 3-62.

<sup>5</sup> Con respecto a la implicación de la burguesía, se ha dicho que ésta no se decidió a apoyar las sublevaciones hasta que la política económica de Fernando VII le fue claramente hostil, con sus elevados impuestos (M<sup>te</sup> C. ROMEO MATEO, *Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Alicante 1993). Acerca de su complicación en los sucesos del levantamiento, no hay más que ver las profesiones y medios de vida de los principales participantes, de los que se ofrece una pequeña muestra: Istúriz, Mendizábal, Bertrán de Lis, José M<sup>te</sup>

aprovechando una coyuntura favorable (como era la posibilidad de instrumentalizar a su favor el descontento del ejército), dispusieron los planes para organizar la insubordinación contra el absolutismo. De ahí la precariedad de las distintas tramas, y de ahí la necesidad de que todo fluyera en el más estricto secreto, pues la mínima delación podía hundir todo el proyecto. La capacidad de intriga de las logias era el elemento clave en todo el proceso, pues sólo eso, la intriga y el secretismo, podía mantener en pie el castillo de naipes de la conspiración. Los escritos autobiográficos de Alcalá nos revelan esa absoluta necesidad de mantener en silencio todos los preparativos, cualquier actitud sospechosa daba lugar al desencadenamiento de una angustiosa sensación de inseguridad que obligaba a buscar rápidamente un refugio o una buena coartada. El traslado de la guarnición a Cádiz, que hizo sospechar una disposición ambigua en el conde de La Bisbal, dio pie a una de las primeras desbandadas y a la interrupción inmediata de la maniobra. Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, era el general en jefe del ejército de Andalucía. Su dudosa afiliación política, causada por una inmensa ambición, resultaba sospechosa ya desde 1817, cuando estuvo en tratos con Lacy, aunque supo salir del apuro con habilidad. De este modo, cualquier paso dado en falso podía comprometer seriamente la integridad física de los implicados: "Terminada la Junta, la conjuración habría crecido con haberse celebrado. Así, en los días que siguieron eran vivas las ansias en quienes creían su suerte pendiente en la conducta del conde de La Bisbal, más que antes misteriosa, especialmente por notarse dilación, cuando ya se creía funesta y apenas parecía posible"<sup>6</sup>.

Como decíamos, el traslado, a principios de julio de 1819, de la guarnición de Cádiz hizo sospechar una posible traición. Las dudas acerca del éxito o fracaso de esta primera conjura obligaron a que Galiano fuera el encargado de notificar, tras

---

Montero y los Gutiérrez Acuña eran comerciantes; Domingo de la Vega y Sebastián Fernández Vallesa, abogados; José Moreno Guerra era un famoso hacendado gaditano. Se ha escrito mucho sobre el fracaso o las limitaciones de la llamada revolución burguesa española: J.S. PÉREZ GARZÓN, "La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en TUNÓN DE LARA y otros, *Historiografía española contemporánea*, Madrid 1980; A. GIL NOVALES, "El problema de la revolución en el liberalismo español (1808-1868)", en *Estudios de historia social*, nº 22/23, (1982) pp. 7-22; J. ALVAREZ JUNCO, "A vueltas con la revolución burguesa", en *Zona Abierta*, nº 36/37, (1987), pp. 81-106; J.A. PIQUERAS ARENAS, "La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía", en *Historia Social*, nº 24, (1996) pp. 95-134. Recientemente, se ha insistido en la carencia de un movimiento asimilable al de los jacobinos franceses como causa del fracaso de la revolución española; sobre esto resultan muy interesantes los siguientes trabajos: N. COSORES, "¿Por qué no hubo jacobinos en el Trienio?", en *Ejército, Pueblo y Constitución. Siglos XIX y XX. Homenaje al general R. del Riego. Trienio, ilustración y Liberalismo* Madrid 1988, pp. 243-271; y tres estudios incluidos en I. CASTELLS y L. ROURA (ed.), *Revolución y democracia. el jacobinismo europeo*, Madrid 1995; L. ROURA AULINAS: "Jacobinos y jacobinismo en los primeros momentos de la revolución liberal española", pp. 55-83, A. GIL NOVALES, "La campana que no se oyó (Ensayos sobre el jacobinismo español)", pp. 85-106, M<sup>o</sup>C. ROMEO MATEO, "La sombra del pasado y la expectativa del futuro: jacobinos, radicales y republicanos en la revolución liberal", pp. 107-138.

<sup>6</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 466.

aventureras peripecias, el estado de la situación a los comprometidos de la Isla de San Fernando. La llegada del ejército a Puerto Real, la detención de algunos oficiales implicados como Grases y Gutiérrez Acuña puso fin a tan poco misteriosos preparativos. A pesar de este fracaso, algunos conjurados trataron de poner de nuevo en marcha otro complot. Alcalá Galiano, infatigable en sus intenciones conspiradoras, decidió, al menos públicamente, marcharse por fin al Brasil, aunque albergaba en su interior el secreto deseo de aprovechar su condición de diplomático para, una vez en Gibraltar, ponerse en contacto con Grases y Gutiérrez Acuña, recién huidos de la prisión de Jerez. Al parecer, ni el cónsul de Gibraltar ni las autoridades españolas tenían en cuenta su presencia y movimientos, pues pudo pasar tranquilamente al Cádiz incomunicado por la epidemia de fiebre amarilla. Una vez en Cádiz, Alcalá entró en contacto con los perseverantes conspiradores, que habían recibido un gran impulso gracias a Mendizábal, recientemente convertido en masón. Finalmente, se demostró que había sido la defección de La Bisbal la que había desbaratado el proyecto y como consecuencia, en medio del terror y el secretismo, hubo de reconstruirse, una vez más, la conspiración, para lo cual se celebró una nueva reunión el 13 de julio de 1819 entre los implicados. Alcalá Galiano se encontraba en ella, y al decir de algunos autores, adquirió un gran protagonismo en el desarrollo posterior de lo hechos, junto a Mendizábal, Domingo de la Vega, Sebastián Fernández Vallesa y Vicente Bertrán de Lis<sup>7</sup>.

Se desprende de todo esto una conclusión: no existía entre los conjurados una conciencia real de la situación política española que les permitiese calibrar tanto las posibilidades de éxito como las dificultades. Se movían, eso sí, con una absoluta confianza en la voluntad, en la fuerza de las ideas de progreso, en el desarrollo favorable de un proyecto que, desde un punto de vista racional, habría de implantarse por su propia bondad y necesidad intrínsecas. Abandonado ya el tradicional programa reformista de afrancesados y otros temerosos del liberalismo (agotado sin apenas haber sido llevado a la práctica), que hasta ese momento había imperado entre la generalidad de los oponentes a Fernando VII, se hablaba ahora de la revolución, de libertad, de libre disposición de la propiedad. Esta aparente inconsciencia tenía una trascendencia mayor de la que podemos suponer, pues es fácil comprobar la gran importancia que ese vago programa (de acción, sobre todo) tenía en la sociedad de conjurados. El valor místico que ofrece esta continuada

---

<sup>7</sup> F. MIRANDA, *Memoria sobre el levantamiento y operaciones de la primera división del Ejército Nacional al mando del comandante general don Rafael del Riego desde 1 hasta 26 de enero de 1820*, Sevilla 1820.

apelación a la libertad como providencia (la religión de la libertad de la que habló Croce) es fundamental en un mundo en el que se unen lo viejo y lo nuevo: lo viejo manifestándose en la necesidad de unos valores trascendentes (aún es ésta una sociedad esencialmente religiosa) y lo nuevo, sustituyendo a Dios por la Libertad. Una especie de creencia en el destino parecía dominar todos los espíritus: "Parecía que un hado adverso estaba empeñado en estorbar que la España llegase a verse libre. Tan repetidos obstáculos, como los que encontraban los conspiradores, debían arredrarlos; pero no fue así por fortuna de la patria, y tal vez del linaje humano. Al malogramiento de un plan seguía inmediatamente la formación de otro en el que la mayor resolución suplía las ventajas que faltaban"<sup>8</sup>. Todo este envoltorio ideológico es lo que daba sentido al riesgo continuado, a las exigencias del secreto y al peligro de perder la vida. La sensación de pertenecer a una elite consciente (no de la situación real, sino de las limitaciones que la situación real ejerce sobre ellos como intelectuales, comerciantes, propietarios...) es palpable en toda narración de los hechos y prueba el valor que este primer liberalismo daba al proyecto individual. Cada uno tenía su papel: el que poseía dinero, lo expuso (Istúriz, Mendizábal); el que prestigio (algunos militares como Grases), lo comprometió; y el que sólo tenía la vida y el talento (Alcalá) se arriesgó igualmente. Personalismos y protagonismo individual parecen cerrar el círculo de todo este evangelio revolucionario y liberal, creando un gran fresco de claras pinceladas románticas que constituyó por sí mismo un punto referencial básico para todos los rebeldes europeos de aquella época.

Idealismo no significa necesariamente falta de visión política, y los liberales españoles sabían perfectamente que para tener éxito en su rebelión precisaban de un instrumento, y ese instrumento no podía ser otro que el ejército. El ejército considerado como institución sustentadora de un régimen político, no como militares individuales, entre los que se alternaban elementos absolutistas y liberales, muchos de los cuales eran masones. Para una sociedad tradicional como era la española, el ejército era un pilar cimentador de cualquier régimen y los liberales, sabedores de este hecho, recurrieron a él como elemento de apoyo, es decir, se utilizaron viejos recursos para nuevos propósitos: legitimar socialmente el liberalismo. Pero tratar de arraigar en las mentes las ideas liberales yendo de la mano del ejército (ya que no era posible hacerlo acompañados por el rey) fue una jugada que en el futuro

---

<sup>8</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para servir a la historia del origen y alzamiento del ejército destinado a Ultramar en 1 de enero de 1820*, (que apareció en Madrid, en 1821), en *Obras...*, vol. 2, p. 334.

acarrearía no pocos problemas<sup>9</sup>. La nueva reorganización de la conjura trató de tener en cuenta el sentir del ejército que iba a marchar a América como medio más válido para vertebrar toda la intriga. Convencidos los conspiradores de los beneficios que el carácter carismático de un jefe militar podía aportar a la sublevación<sup>10</sup>, enviaron a Galiano a tantear entre los oficiales para buscar al potencial jefe de la expedición. Cuenta nuestro protagonista cómo, una vez constatada la absoluta carencia de fuerza del gobierno entre los ámbitos militares inspeccionó a los oficiales buscando quién les sirviera de guía en el levantamiento. Dado el riesgo que tal actitud supondría, no había muchos aspirantes al puesto, por lo que Galiano se encontró con que el mejor candidato era, por su graduación superior, el coronel Antonio Quiroga. Confirmada la buena marcha de las operaciones por varios contactos, sólo se necesitaba dinero, y a Alcalá no le quedó más remedio que pedirselo a Istúriz. Asegurado Quiroga como cabeza del rompimiento, Galiano y Mendizábal llegaron a las Cabezas de San Juan para trazar con Riego los planes de sublevación del batallón Asturias (29-XII-1819). Alcalá fue el encargado de redactar la proclama que debía leer Riego, y que recogería los deseos de los sublevados. Por este camino, el día 4 de enero del nuevo y venturoso 1820 llegaron las primeras noticias alentadoras desde las Cabezas y Arcos de la Frontera: el primer día del año Riego había proclamado la Constitución de 1812. Esto, que no estaba incluido en el plan inicial, según Alcalá<sup>11</sup>, contribuyó en gran manera a la gloria futura del militar asturiano. El día 6 entró triunfalmente Riego en la Isla. Entretanto, tras el fracaso de las acciones para entablar contacto con los presos del Palmar del Puerto, donde estaba Istúriz<sup>12</sup>, Galiano tuvo que salir huyendo porque ya se había convertido en objetivo de los realistas. Disfrazado de marinero desembarcó en el Trocadero y pasó a pie hasta

---

<sup>9</sup> Los liberales no serán nunca ajenos a este problema del ejército y el estado constitucional. No sólo tratarán de incorporar a las fuerzas armadas al régimen, supeditándolas a las Cortes, sino que intentarán crear una milicia nacional estrechamente ligada al sistema constitucional. Para estudiar el alcance de lo realizado al respecto en el Trienio, es muy recomendable la lectura de la segunda parte del libro de R.L. BLANCO VALDÉS *Rey, Cortes y Fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1820-1823*, Madrid 1988, y en particular el capítulo octavo: "La progresiva construcción parlamentaria de una fuerza armada popular: la milicia nacional local y la defensa armada del estado liberal".

<sup>10</sup> En caso de necesitar arrastrar a la población, ningún político podía disponer del suficiente prestigio para hacerse valer por sí mismo, pues los liberales de Cádiz no eran mirados con complacencia por una sociedad que en 1808 no había luchado por su Constitución sino por su Rey, y los más jóvenes apenas eran conocidos.

<sup>11</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 22.

<sup>12</sup> A.G.P., P.R., tomo 19, carpeta 13: "Expediente de presión de don Francisco Javier de Istúriz". Procedía Istúriz de una reputada familia liberal, cuyo más afamado miembro había sido, hasta el momento, el hermano mayor: Tomás Istúriz y Montero, diputado en las cortes de 1813-1814, procesado en 1819 (Archivo del Ministerio de Justicia, Sección reservada, legajo 78) y nuevamente diputado en 1820. Tomás Istúriz murió en noviembre de 1820.

Puerto Real, donde fue encontrado por un soldado de Riego, quien le llevó a su presencia<sup>13</sup>.

Alcalá se incorporó al Ejército Nacional para redactar, junto a Evaristo San Miguel en los primeros números, la *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*<sup>14</sup>. Su objetivo era hacer un seguimiento de las actividades del Ejército Nacional (del que fue la única publicación oficial) y de los acontecimientos de la ciudad de Cádiz. Pese a que ya tenía cierto aura entre la tropa, el hecho de que fuera un elemento civil, Alcalá, el responsable de la redacción de la *Gaceta* es muy significativo para evaluar las líneas de argumentación de ésta. La legitimidad de la insurrección es una de las reflexiones básicas que se proyecta en dos asuntos: la forma violenta para transformar el sistema político, y el ejército como medio. Gran parte de las consideraciones del autor tratan de justificar la legitimidad de estos ilegítimos instrumentos, para lo cual Galiano realiza, en ciertos casos, auténticas piruetas teóricas. Conjuguar la necesidad del respaldo de la soberanía con la inevitabilidad de la solución militar es, en verdad, harto complicado. Para ello, nuestro autor establece una serie de premisas: "No somos demagogos, ni jacobinos; somos los patriotas constitucionales... Queremos que la ley mande, que sólo ella decida la suerte de los españoles"<sup>15</sup>. "Era llegado el tiempo en que todo debía intentarse: cualquier modo era ya legítimo como la salvación de la patria fuese el objeto"<sup>16</sup>, "Poner límites a su propia autoridad es el conato de estos verdaderamente soldados ciudadanos..."<sup>17</sup>.

La debilidad de la segunda justificación fue matizada en el mismo texto: "...en la situación en que se hallaba España cualquier ciudadano tenía facultades en

---

<sup>13</sup> Para una narración detenida de los hechos por parte de los que en ellos participaron, pueden consultarse principalmente estas obras: de ALCALÁ GALIANO, las *Memorias* y los *Apuntes para servir a la historia del origen y alzamiento del ejército destinado a Ultramar en 1 de enero de 1820* (ambos en *Obras...*, vols. 1 y 2); F. BROTONS, *Rafael del Riego o la España libre*, Cádiz, 1822; F. MIRANDA, *Memoria sobre el levantamiento y operaciones de la primera división del ejército nacional al mando del comandante general D. Rafael del Riego, desde 1º hasta el 26 de enero de 1820* Sevilla, 1820; de Evaristo SAN MIGUEL, *Memoria sucinta de lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del comandante General de la primera División Don Rafael del Riego, desde su salida de la Ciudad de San Fernando el 27 de enero de 1820, hasta su total disolución en bienvenida el 11 de Marzo del mismo año*, Sevilla, 1820; R. de SANTILLÁN, *Memorias*, Pamplona 1960, vol. 1.

<sup>14</sup> Las obligaciones militares de San Miguel le llevaron a abandonar la publicación. La *Gaceta Patriótica* hizo su aparición el 25 de enero de 1820, y desapareció el 26 de mayo de 1820, cuando el triunfo de Riego estuvo asegurado. Vieron la luz 36 números. San Miguel y Galiano habían escrito también un himno a Riego que éste no aceptó. Ha analizado este periódico Carlos GARCÍA BARRÓN en "La *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*", en *Revista de Occidente*, nº 97 (Madrid 1971), pp. 24-32, y M<sup>º</sup>D. SAINZ, "Liberalismo y ejército: la *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 1820", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 38, (III-IV-1984), pp. 127-146.

<sup>15</sup> *Gaceta Patriótica*, nº16, 27-III-1820, p.123.

<sup>16</sup> *Gaceta Patriótica*, nº1, 25-I-1820, p.4.

<sup>17</sup> *Gaceta Patriótica*, nº4, 4-II-1820, p.9.



teniendo poder para salvarla". Y es que la descripción del estado de atonía en el que se encontraba el país, se convirtió en argumento recurrente no sólo en la *Gaceta Patriótica*, sino en otros escritos contemporáneos. Galiano hablaba de la indolencia en la que el país se encontraba, producto del desgobierno y del despotismo, llegando a comparar la situación con la tranquilidad de la muerte<sup>18</sup>. La necesidad de infundir al pueblo vida había de pasar por la creación de una conciencia de ciudadano: "En el punto en que nuestros valientes conocieron que tenían una patria capaz de protegerlos, se revistieron del carácter de hombres libres, de soldados ciudadanos... Por el contrario, las tropas que se mantuvieron bajo las banderas de la tiranía, mandadas por jefes sin opinión fija, faltas ellas mismas de todo entusiasmo, sólo veían la dura necesidad en que se hallaba de emplear sus armas contra sus compatriotas, contra sus hermanos"<sup>19</sup>.

El problema de la legitimidad, aplicado a Fernando VII, constituyó una de las cuestiones más interesantes sobre las que meditó Alcalá Galiano, ya que fue este punto el que obligó a los liberales españoles a llevar a cabo una gran reflexión acerca de las posibilidades de un sistema político constitucional cuya cabeza visible lo rechazaba de plano. Si bien es cierto que algunos autores pidieron de forma más o menos ambigua la república<sup>20</sup>, lo habitual, sobre todo en el periodo anterior al exilio de 1823-24, es acusar a los consejeros. Alcalá se enmarca en este esquema, y si se considera que el objetivo de este periódico era presentar como moderadas las pretensiones del Ejército nacional, no puede esperarse ninguna acusación directa, pero sí ciertas alusiones: "Rígidamente constitucional este Ejército no juzgaba al Rey responsable de las operaciones de sus ministros y consejeros, pero nacional, verdaderamente estaba dispuesto a no oír otra voz que la de la patria y posponer cualesquier intereses a los de esta patria..."<sup>21</sup>.

Desmoralización de unos, atonía de la mayoría, malas influencias en el monarca, ineptitud de los ministros y consejeros. Todos estos son los ingredientes que caracterizaban la situación de España, que podían llegar a transformarse en el

---

<sup>18</sup> *Gaceta Patriótica*, nº11, 26-II-1820.

<sup>19</sup> *Gaceta Patriótica*, nº5, 8-II-1820, p.36.

<sup>20</sup> Tal es el caso de algunos artículos que aparecen en *El Español Constitucional*. El hecho de que este periódico se publicase en Londres le daba muchas más facilidades para pronunciarse en esta línea, como es obvio, lo que no impidió que fuese investigado por los agentes de Fernando VII (A.H.N., Estado, legajo 5624).

<sup>21</sup> *Gaceta Patriótica*, nº4, 4-II-1820, p.30.

ímpetu necesario para resurgir desde la ignorancia por medio de la consolidación del “espíritu público”. Esta idea, manejada en muchos textos de la época de forma ambigua, es un claro residuo de la concepción de ciudadanía de la Revolución Francesa. La *Gaceta* sostenía a este respecto: “Sociedades de ciudadanos que atienden a la causa pública, formadas en casi todas las ciudades de la península, enfrenan los abusos dando publicidad a todas las reclamaciones, y van aficionando al pueblo a ocuparse en sus intereses. Las milicias nacionales, que van a ponerse en pie, afianzan más y más nuestra seguridad, y ponen la defensa de nuestros derechos en manos de propietarios, a quienes más que a otro alguno importa su defensa”<sup>22</sup>.

Mientras tanto, la sublevación proseguía su basculante camino. La situación de asedio en que vivían los constitucionales atrincherados en Cádiz les obligó a tratar de ponerse en contacto con el gobierno inglés, el cual, como suele ser habitual, se mantenía cautamente a la expectativa. A pesar de que Galiano, que había llegado ya a la ciudad, se dedicó en estos días a escribirle los sermones a un cura ansioso de entusiasmar a su parroquia, no tenía más medio de vida que la ayuda de los amigos, situación ésta tan precaria que espantó a uno de sus compañeros militares, Grases, quien le consiguió una pensión por sus colaboraciones para el triunfo de la sublevación. Llegaron malas noticias, que Alcalá falseó en la *Gaceta*, del desenvolvimiento de la columna de Riego, noticias que quedaron compensadas por los rumores que, desde Galicia, anunciaban la proclamación de la Constitución en aquellas tierras. Animados por estas perspectivas, y deseando concluir una situación difícil que corría el peligro de estancarse, Arco Agüero, López Baños y Alcalá fueron enviados a Cádiz para parlamentar con los sitiadores el día 10 de marzo. El frío recibimiento y la actitud hostil de Manuel Freire, responsable del mando militar de la ciudad, terminaron con una carga del ejército sobre los ciudadanos allí congregados, hecho éste que provocó la dispersión de los enviados. Alcalá Galiano, tras varias gestiones sin éxito para que se respetara la inmunidad de los representantes en las negociaciones, acabó rondando durante horas por las calles y por las casas de algunos parientes y logró dar con sus compañeros de aventura. Sin embargo, pese al secretismo en el que se habían estado moviendo, fueron detenidos y encerrados en el castillo de San Sebastián. Pero la vida, que da muchas vueltas, especialmente en las revoluciones, convirtió al regimiento captor en capturado: el Rey acababa de jurar la Constitución. Podían volver a San Fernando. Mientras tanto la Isla se encontraba

---

<sup>22</sup> *Gaceta Patriótica*, nº 34, 19-V-1820, p. 267.

en un estado de agitación sin igual, ya que se confirmaban las noticias de los hechos del 10 de marzo en Cádiz. El ambiente era favorable a los constitucionales. La junta provisional de gobierno comenzó el reparto de mercedes y cargos, por lo que Alcalá vio las puertas abiertas a sus ambiciones políticas. Iba a darse el primer bocado a la manzana de la discordia de toda la revolución: el nacimiento de rencillas internas y agravios.

Pese a las buenas perspectivas, Alcalá no logró en el reparto más que la recolocación en su triste puesto de oficinista en la Secretaría de Estado<sup>23</sup>; su ansiado acta de diputado por Cádiz fue a caer en Gutiérrez Acuña. Coronel de artillería, Bartolomé Gutiérrez Acuña pertenecía a una familia de comerciantes con intereses comerciales en México. Para combatir su decepción o para hacerse un nombre más brillante, Galiano comenzó sus actuaciones en las tribunas de las sociedades patrióticas gaditanas. Inauguró la de San Fernando y continuó en Chiclana. A pesar de todo, recalar en Madrid era paso obligado para cualquier joven ambicioso que pretendiera dedicarse a la política. Galiano lo sabía, y desde luego no dudó en ningún momento que éste era el camino a seguir por el hijo del ilustre héroe de Trafalgar. Salió para Madrid con una misión de Quiroga (*"Mi encargo pues, era, que en la residencia de los dos Gobiernos, legítimo y masónico, hiciese a ambos un fiel relato de lo que ocurría para que se pusiese término a cuanto O'Donojú estaba haciendo en nuestro daño"*). Sin tardar mucho tiempo, se presentó en la Secretaría del Despacho de Estado para hacerse cargo de su empleo de oficial último. Ya desde el primer momento encontró en su puesto un ambiente hostil, situación agravada por su insistencia en llevar puesta la famosa escarapela verde, lazo que distinguía a los liberales más acendrados. Duró en el destino sólo tres meses y pocos días, pese a lo cual Galiano tenía la certeza de encontrarse en el centro de la actividad política del momento: Madrid, donde todo se rumoreaba, donde la libertad se certificaba en las Cortes, y sobre todo, donde circulaban las más diferentes creencias ideológicas: *"Lo que se llama hoy el espíritu público era a la sazón en la capital de España satisfactorio hasta cierto grado. Sin embargo, en la plebe el número de los constitucionales era cortísimo, reinando en ella vivo e intenso el amor a la monarquía antigua y a la persona del monarca reinante. Algunas excepciones había a esta regla, pero pocas. Al revés, había casi generalidad en el constitucionalismo de los comerciantes y de las personas de la clase media. De los empleados, los más habían*

---

<sup>23</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, P2 nº 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, nombramiento fechado el 14 de abril de 1820.

abrazado la causa del nuevo Gobierno con cierto fervor, no muy sincero ni muy falso, hijo de su interés. Otros eran nuevos, y éstos debían a su amor a la Constitución antigua o moderna sus recién logrados destinos”<sup>24</sup>.

Fortuna, oportunidad y convicción constituyeron las claves del éxito del pronunciamiento, pero eso no sería lo único que el liberalismo español iba a necesitar para implantarse en la sociedad. Comenzaba ahora la labor más ardua: arraigar las nuevas actitudes, acabar con el despotismo y sus lastres, extirpar para siempre el miedo. Para ello, nada podría ser de más utilidad que crear en España una opinión pública favorable por medio de la difusión de los más básicos principios del liberalismo. Si el país estaba predispuesto al cambio, como de hecho sucede invariablemente cuando se ansían grandes transformaciones, no había ninguna razón para dejar escapar las oportunidades que las libertades de imprenta y de reunión posibilitaban.

#### **Nuevas ideas: la formación del espíritu público.**

La mentalidad colectiva en los años de la segunda experiencia liberal en España se guiaba por unas ideas bastante vagas acerca de lo que significaban la Constitución, la libertad, la discusión pública, etc. Puede decirse que no existía ninguna consciencia de lo que realmente venía a representar semejante cambio. Por otra parte, no concurrían razones para que sucediera de distinta forma. Seis años de oscurantismo no daban para mucho más. Los liberales del Trienio arrastraban concepciones procedentes de los ilustrados franceses, de la Revolución, diversas doctrinas inglesas y las observaciones que habían hecho de los acontecimientos derivados de la guerra contra las tropas de Napoleón. Un conglomerado de nociones y experiencias por las que cada cual procuraba guiarse en el borrascoso estreno del liberalismo. Popularmente, el caos ideológico era bastante más considerable. La falta de un sustento social, económico, en el que se pudiera apoyar el nuevo régimen, obligaba a los liberales a crear conciencia de la trascendencia del momento mediante la elaboración de un código de preceptos que se difundió por todos los medios posibles. De forma no planeada, desde luego, trataron de generar en la sociedad española unos hábitos de comportamiento, unas pautas de conducta que la alejaran de la inercia de inactividad del despotismo. A este “programa de cambio” lo llamaron

---

<sup>24</sup> A. Alcalá Galiano, *Memonas*, vol. 2, p. 77.

la difusión del espíritu público. El estado del espíritu público en tal o cual provincia, en las principales ciudades y pueblos, era objeto de análisis en la prensa de forma cotidiana. Se trataba, en definitiva, de crear un estado de opinión favorable, una especie de liberalismo popular, o sociológico, que aglomerara a la población alrededor de una serie de ideas esenciales como eran la Constitución, el Rey y la Libertad. Lo que nació como un vago proyecto para transmutar valores sociales acabó convirtiéndose en un auténtico barómetro para medir el desarrollo de la mentalidad liberal en España. El cruce de representaciones y propuestas, de discursos en las sociedades y tertulias, los catecismos políticos, las apelaciones al pueblo, trataban de asimilarse a las prácticas contempladas en Gran Bretaña por algunos constitucionales, sin ser exactamente lo mismo. El proceso se definió en función de unos conceptos básicos, propalados a modo de cuestiones de fe, que a la vez que buscaban la mayor coincidencia partidaria posible, caían en una absoluta vaguedad. Ilustración popular y solidez de las conquistas eran los primeros objetivos del gobierno: "La libertad de imprenta, sujeta a las reglas que le señaló en la época pasada el cuerpo legislativo, debe mirarse como el instrumento más a propósito para ilustrar la opinión, asegurar los derechos políticos de los ciudadanos y precaver la renovación de la arbitrariedad. La formación de la milicia nacional generaliza la aplicación de la fuerza al mantenimiento y solidez del edificio social"<sup>25</sup>.

"El pueblo de todos los países del mundo no se mueve sino cuando le dan impulso grandes intereses y sentimientos producidos por ideas moralmente marcadas. El pueblo español, más que ningún otro, es sensible a estas fuertes impresiones y no se decide a obrar sino cuando se han excitado las pasiones que ellas ponen en movimiento"<sup>26</sup>. De esta forma se definía en la prensa de la época el estado de opinión que se pretendía crear cara a la consecución de un basamento social para el régimen. La fe en el valor de las ideas, en la fuerza de arrastre de las convicciones políticas era algo que impregnaba el ambiente de la Europa de principios del siglo XIX, de ahí que no deba extrañarnos la certeza en las posibilidades de éxito que los liberales auguraban a su gran proyecto. Este fenómeno, unido a la distorsión que la victoria sobre los franceses había causado en

---

<sup>25</sup> "Memoria sobre el estado de los negocios concernientes a la Secretaría del Despacho de la Gobernación de la Península a principios de julio de 1820; presentada y leída por el secretario en las Cortes del 11 del mismo mes", *Diario de sesiones. Apéndices de 1820*, p. 6.

<sup>26</sup> *El Eco de Padilla*, nº 82, 21 de octubre de 1821. El impacto de los hechos en la población ha sido analizado por M. Moreno Alonso en "La revolución liberal de 1820 ante la opinión pública española", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 52, (1986), pp. 91-110.

la percepción de los constitucionales acerca de un posible levantamiento social en favor del liberalismo, contribuyó en gran manera a la absoluta certidumbre en la necesidad de promover un cambio desde arriba que, si bien no previamente trazado, circulaba por la mente de casi todos los implicados. Fue precisamente esa falsa apreciación acerca del carácter del levantamiento de 1808 la que deformaría en muchos constitucionales la imagen que se crearon sobre la evolución del proceso. Desde Londres, Blanco White avisó de dicho desenfoque. Sus *Letters from Spain*, publicadas en la capital inglesa en 1822, contienen los análisis más clarividentes en lo que respecta a la situación de España, pero sus agudos comentarios no llegaron a los oídos liberales, ensordecidos por el entusiasmo.

Los pilares del “espíritu público” se manifestaron de muy distintas formas, aunque todas ellas se relacionaban estrechamente, pues venían a confluir en unos mismos objetivos. Por un lado estaba lo que podríamos denominar mitos, los peculiares mitos del primer liberalismo español: las tradiciones históricas (la derrota de los Comuneros en particular), la guerra llamada de la Independencia (expresión de los instintos de libertad innatos del pueblo español, según la desvirtuada fantasía imperante) y la Constitución (no en tanto tal Constitución de 1812, sino como un producto histórico, cuyo origen está en los remotos tiempos medievales)<sup>27</sup>. Estos mitos, que sufrirán un brutal despedazamiento en los últimos meses del Trienio y una paulatina disolución en el exilio, dieron lugar a una serie de principios políticos carentes de contenidos concretos, cuyo propósito era aunar esfuerzos en pro del sostenimiento del régimen. Tales principios, sobre los que se hablará más adelante, se centraban alrededor de la libertad y sus variantes (en especial en torno al binomio *libertad económica-libertad política*). La elaboración del código que debía influir en la opinión pública conoció distintos niveles de simplificación, que estaban en relación directa con el avance del tiempo (y la radicalización política, por tanto) y el grado de difusión del instrumento utilizado para propalar tales consignas. Por poner un ejemplo, y dejando los matices ideológicos aparte, el grado de reflexión acerca de las cuestiones constitucionales en periódicos como *El Censor* o *El Zurriago* no tiene la menor comparación. Si la demagogia más absoluta (no exenta de cierta gracia) caracterizan al segundo, la profundidad (llena de temores, no obstante) domina al

---

<sup>27</sup> Como ejemplo, valga esta pequeña muestra: “Los libres hemos jurado morir con las armas defendiendo el código santo a imitación de los antiguos héroes castellanos, inmolando antes de sucumbir a cuantos intenten restablecer las cadenas, que con oprobio llevamos tantos siglos y con heroísmo rompimos en un día, constitución o muerte es nuestra divisa y no habrá en España otra cosa que no sean cadáveres o libertad...”, carta de varios miembros del batallón imperial Alejandro a *El Espectador*, 21 de julio de 1822, nº 463, p. 598.

primero<sup>28</sup>. De este modo, el grado de impregnación social del mensaje de cada uno de ellos iba a ser inversamente proporcional a su solidez teórica. El proceso de formación del espíritu público pasó por varios cauces. Sociedades patrióticas, prensa, milicia, manifestaciones públicas de patriotismo (teatro, desfiles) fueron los principales canales de difusión de los elementos propios de una sociedad liberal: discusión pública, libertad de imprenta y defensa de unos intereses comunes. La importancia de cada uno de ellos está determinada por los demás, y no puede decirse que alguno predominara sobre el resto, aunque el análisis de la prensa y de las tertulias nos ofrece datos de gran interés para perfilar las líneas básicas por las que comenzaría a perderse el rastro de la comunidad de propósitos.

Junto a estos componentes, otras piezas contribuyen a configurar el complejo puzzle político del Trienio. Particular relevancia tiene el elemento simbólico, centrado en Riego. Riego personificó todo. Todo confluía hacia él y hoy mismo, a finales del siglo XX, Riego es el Trienio liberal: "Es menester persuadirse que fuera de España decir Riego y decir Constitución es una misma cosa; y cada vez que el ministerio pone en duda la fidelidad de Riego, hace más daño a la causa de la libertad que si diese entrada a veinte mil cosacos"<sup>29</sup>. La utilización de su figura para legitimar toda acción, ajenas a él la mayoría de las veces, en apoyo de lo que se consideraba defensa de la pureza de la revolución, llevó a parte de la prensa a lanzar avisos, para que "no sirva su nombre de santo para un motín"<sup>30</sup>. Se convirtió, asimismo, en la encarnación de los planteamientos sociales más radicales del proceso, sin dar muchos motivos para ello: "...viva Riego, viva el padre de los descamisados..."<sup>31</sup>. La glorificación alcanzó tales extremos que se le llegó a comparar con Cristo<sup>32</sup>. La llamada batalla de las Platerías (nombre adjudicado por Javier de Burgos desde *El Imparcial*) fue el detonante en la utilización de la figura de Riego como estandarte por uno de los bandos, y la oposición clara por parte del otro. Habría que coincidir, pues,

---

<sup>28</sup> Acerca de estos periódicos, y aparte de las obras generales al respecto, pueden consultarse los siguientes artículos: I.M. ZAVALA, "La prensa exaltada en el Trienio Constitucional: *El Zurriago*", en *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*, Madrid 1972, y A. ELORZA, "La ideología moderada en el Trienio Liberal", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 298, (1974), pp. 584-650.

<sup>29</sup> *El Eco de Padilla*, vol. 1, nº 50, 19-IX-1821, p. 399.

<sup>30</sup> *El Censor*, nº 61, vol. 11, pp. 24-25.

<sup>31</sup> *El Zurriago*, vol. 2, nº 27, p. 2. Se publicaron además multitud de folletos alabando su figura, como el del capitán Francisco BROTONS, titulado *Rafael del Riego o la España libre o la Copia de la segunda exposición dirigida a S. M. (Dios le guarde) por cientocincuenta Ciudadanos de todas clases y estados en favor del celo patriótico sin igual del Mariscal de Campo D. Rafael del Riego, durante su Capitanía General de Aragón, y pidiendo justicia sobre otros asuntos*, Zaragoza, 1821.

<sup>32</sup> *El Espectador*, vol. 3, 16-I-1823, p. 68. Fue Mejía, redactor del *Zurriago*, quien tuvo tal idea.

con Mesonero Romanos en que la suerte de Riego parecía estar unida a la del régimen liberal: "Don Rafael del Riego, en fin, a quien parece que la fatalidad arrastraba a empujar en rápida pendiente aquella formidable máquina, que él propio había osado levantar"<sup>33</sup>.

A través de este conjunto de elementos simbólicos se trataba, en última instancia, de recurrir a la emoción. Resultaba difícil pretender sustituir una concepción del mundo como la tradicional por apelaciones de tipo racional, que si bien podían aportar soluciones concretas, no eran capaces de mantener un estado de excitación continua en favor del liberalismo y contra sus enemigos. Se ha escrito a este respecto que "...las revoluciones llamadas liberales pueden ser tales en cuanto a sus resultados, pero no en cuanto a sus resortes dinamizadores de la acción colectiva, que son en muchos casos populistas o racionalistas"<sup>34</sup>. En parte por la fuerza de las ideas tradicionales, en parte por tratarse de una sociedad mayoritariamente analfabeta, los liberales españoles se vieron obligados a buscar un medio por el cual canalizar las emociones colectivas, por el cual apelar al entusiasmo popular y a la vez mantenerlo en activo durante un prolongado periodo de tiempo. En este contexto es donde tendrán sentido las sociedades patrióticas y los demás ámbitos de socialización del liberalismo. Crear el espíritu público era el objetivo, implicarse en la actividad política, interesarse por las ideas constitucionales, difundir un sentimiento de ciudadanos que sustituyera al de súbditos. De este modo se lograba también legitimar ante los ojos del pueblo a la nueva elite gobernante, tan necesitada de un apoyo popular que la sustentase. La explicación de las ideas políticas que se desprendían del mito de la Constitución y las libertades sería el centro de atención de estos liberales, cuyo objetivo era, a fin de cuentas, el adoctrinamiento político<sup>35</sup>. Sin

---

<sup>33</sup> MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, Madrid 1994, p. 285. La figura de Riego ha seguido manteniendo con el tiempo ese aura de héroe del liberalismo (sin el lado romántico-trágico de Torrijos). Muchos han sido los libros que se han publicado glosando su imagen: G. ALBEROLA, *Don Rafael del Riego, 1820-1823, centenario glorioso*, Alicante 1900; s.a., *La ejecución de Riego*, Madrid 1928; C. de Burgos, *Gloriosa y desdichada muerte de don Rafael del Riego: un crimen de los Borbones*, Madrid 1931; Z. MÉNDEZ GARCÍA, *Los siglos de oro de Tuña*, Madrid 1932, 1994. Más modernos: A. GIL NOVALES, *Rafael del Riego. La revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos*, Madrid 1976; M. GUTIÉRREZ NOGALES, *Rafael del Riego: datos biográficos, romancero y documentos*, Sevilla 1988; F.D. ROMAN OJEDA, *Riego, héroe de Las Cabezas*, Las Cabezas de San Juan, Sevilla 1988; F. TUERO BERTRAND, *Riego, proceso a un liberal*, Oviedo 1995.

<sup>34</sup> J.A. ALVAREZ JUNCO, "Magia y ética en la retórica política", en J. ALVAREZ JUNCO (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid 1987, pp. 219-270.

<sup>35</sup> D. CASTRO ALFÍN escribió sobre esto unas palabras muy significativas: "La filiación básicamente ilustrada de estos liberales les hará reacios hacia el mythos en lo que tiene de opuesto al logos, en lo que puede suponer de aportación de la irracionalidad y la ficción en detrimento de la razón", en "Simbolismo y ritual en el primer liberalismo español", en J. ALVAREZ JUNCO (comp.), op. cit., pp. 287-317.



embargo, la rapidez con la que se condujeron los hechos contribuyó a adulterar esos loables afanes de llevar a cabo el magisterio de la soberanía nacional.

### **El discurso político: la libertad.**

A lo largo de los tres años se asistió a una progresiva diferenciación del discurso político, a una bifurcación de caminos que no podía conducir más que al enfrentamiento entre los propios liberales. Acusaciones de tibieza, poemas satíricos, miedo de los moderados al supuesto desbordamiento, fueron los pasos hacia el fin. La radicalización del discurso por parte de los distintos grupos políticos se compaginaba con la creencia de ser ellos, cada facción, la depositaria de la pureza de los valores revolucionarios, lo que en definitiva iba a llevar al caos. "El actual ministerio está ya absolutamente imposibilitado de poder regir la nave del modo que exige la felicidad pública: hartas pruebas tenemos de su ineptitud y de su mala fe. Para perpetuar la libertad es necesario que haya patriotas exaltados, patriotas comprometidos con la causa de la libertad, que les sea imposible transigir con la tiranía...", así se expresaba *El Zurriago*<sup>36</sup>. De la propia imprenta de *El Zurriago*, y en su misma línea, salieron estas palabras que forman parte del más tradicional desprecio de los demagogos a las actitudes del pueblo cuando no coinciden con las propias: "La nación ignorante y depravada en sus costumbres por lo general, avezada en la esclavitud, y acostumbrada por largo tiempo a todos los resabios de degradación, produjo los necesarios efectos de estas malignas causas con la elección errada en la mayor parte de los miembros de su primer congreso"<sup>37</sup>. La propia dinámica política, en fin, diluyó la unidad. Consecuencia fundamental en el proceso fue la adopción de tácticas antiparlamentarias por parte de los más variados sectores políticos, tácticas que, identificadas con la sacrosanta defensa de la pureza de la revolución, no conducían más que a su propia destrucción. Los comentarios son, en este sentido, muy diversos: "Parece increíble, pero ello es por desgracia demasiado cierto, que los ministros continúan en sus puestos usurpados por la fuerza que sus secuaces hicieron al Rey..."<sup>38</sup>.

---

<sup>36</sup> *El Zurriago*, vol. 3, nº 47, p. 2.

<sup>37</sup> Antonio SOLANA, *La Congresa española*, Madrid 1822. Ha sido reproducido por GIL NOVALES en *Textos exaltados del Trienio Liberal*, Madrid 1979, pp. 175-186.

<sup>38</sup> *El Zurriago*, vol. 6, nº 94 y 95, p. 4. Se está refiriendo a la declaración de incapacidad que un sector del congreso votó en julio de 1823, a propuesta de Alcalá Galiano, para impedir los manejos del Rey e instituir una regencia temporal.

Entre los conceptos manejados en la época, destaca el de la libertad sobre cualquier otro. La libertad como elemento globalizador es la noción clave para conocer el liberalismo español de estos años. En toda Europa se estaban produciendo importantes cambios conceptuales para adaptar las consecuencias derivadas de la Revolución Francesa a un nuevo modelo político que tenía como ejemplo, dentro de su precariedad, el sistema político británico. Desterrado el iusnaturalismo, la libertad se estaba redefiniendo como una idea por un lado, pragmática (concretándose en libertad de imprenta, libertad de reunión, de residencia, etc.), y por otro, más estrecha (la participación en el nuevo esquema político se establece muy claramente en función de criterios económicos). Entendida como un ente abstracto, que reúne elementos del siglo anterior y que encuentra dificultades considerables para adaptarse a las realizaciones prácticas que imponía el ejercicio del poder, la libertad para los constitucionales era más que otra cosa la ya mencionada "religión de la libertad". La libertad sin grandes precisiones, libertad como libertad económica y libertad política, libertad como santo y seña de todas las demandas que se vio, de pronto, en la necesidad de definirse<sup>39</sup>. Los españoles no tuvieron la oportunidad de dar ese salto a la libertad moderna, pues quedaron derrotados en la primera batalla, el desfase entre concreciones políticas e ideales abrió una brecha creciente que se trató de llenar en estos tres años de forma apresurada, con el fatal desenlace de que, tiempo después, el liberalismo español traicionaría las grandes quimeras sin apenas haber tenido oportunidad de llevarlas a la práctica. Las razones por las que se vio atrapado en dicha trampa son diversas. Desde luego, la brevedad temporal de su primera gestión (el periodo de las cortes de Cádiz puede juzgarse como excepcional) no es un factor despreciable en absoluto, ninguna situación política alcanza un desarrollo medianamente aceptable sin maduración y serenidad. "Para devolver la vida a esta Nación agonizante, es necesario tiempo, constancia y esfuerzos", se decía en 1820<sup>40</sup>, sin embargo no es esto lo que parecían demandar la mayoría de los implicados, pues la sensación de

<sup>39</sup> Esa concreción del concepto de libertad había sido ya teorizado por Constant en su famosa conferencia en el Ateneo de París (1819): "De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos", en *Escritos políticos*, Madrid 1989. B. Croce habló sobre ello de forma muy descriptiva: "...la grandeza del concepto moderno residía en haber convertido el sentido de la vida, de idílico cual era (y, por consiguiente, elegiaco) en activo y creativo, y en haber hecho de la libertad misma una constante readquisición y una constante liberación, una constante batalla en la que es imposible una victoria última y terminal, porque significaría la muerte de todos los combatientes, es decir, de todos los vivos", *Historia del siglo XIX*, Madrid 1996, p. 11.

<sup>40</sup> "Oración sacro-patriótica que pronunció el día 9 de junio de 1820 en la insigne catedral de la ciudad de Logroño el R.P. FR. Agustín Barrón, maestro de teología en el convento de San Francisco y catedrático interino en el seminario conciliar de la misma en la solemne acción de gracias que la Sociedad de Amigos amantes de la Constitución, celebró con motivo de la instalación del soberano Congreso Nacional", en G. DUFOUR (ed.), *Sermones revolucionarios del Trienio Liberal (1820-1823)*, Alicante, 1991, p. 109.

vértigo que se tiene al contemplar los numerosos acontecimientos del Trienio, es justamente lo opuesto a la impresión de lentitud en las reformas que tenían bastantes ciudadanos, periodistas y políticos. Esa necesidad de hacer de la recién recuperada libertad algo creativo, algo que impulsase a la "agonizante" España constituyó el objetivo principal. "...respeto a las leyes, libertad y justicia son una misma cosa"<sup>41</sup>; son pues éstos los canales que conducen a lo que fue, en última instancia, el referente decisivo del liberalismo español: la Constitución. El mismo autor, Juan MacCrohon, afirmó que "La constitución no sufriendo interpretaciones falsas en las circunstancias en que la nación se encuentra, es suficiente a conservar la libertad y el reinado de la justicia...". De este modo, la Constitución va a consagrar en el Trienio su papel aglutinador y casi sagrado: "Dios está de nuestra parte. La Constitución que hemos proclamado es el áncora de nuestra libertad..."<sup>42</sup>. Unido a su limitación temporal, y causa de su final, ciertamente, se halla el vaticinio (y lamentable certeza) de la agresión exterior. La amenaza de invasión reforzó el carácter del texto como legitimador: "La variación más leve en la constitución traería grandes males, y sobre todo la falta de nuestros juramentos, y entonces ¿qué fuerza quedaba a la nación?. Si concediésemos a los extranjeros el derecho de emitir una opinión que produjese efectos en nuestras cosas, ¿quién nos aseguraba que mañana no quisiesen variar de nuevo nuestras leyes?"<sup>43</sup>. Este hecho, el temor a un ataque foráneo, convirtió el Trienio en un juego de fuerzas por mantener una imagen exterior de orden y rigor legal<sup>44</sup> y una interior de profundización continuada en los logros de las libertades. Junto a esto, se encuentran los intentos de unidad, que si al principio son estrategia común, después, ante la fisura irreparable entre las distintas actitudes liberales, se

<sup>41</sup> J. MacCrohon, "Reflexiones sobre la contrarrevolución del mes de julio", en GIL NOVALES, *Textos...*, p. 141; inicialmente, fue publicado por *El Eco de Colón*, nº 105-109, 28-IX/2-X-1822, pp. 881-916.

<sup>42</sup> "Alocución religioso-política pronunciada en la insigne Iglesia colegial de San Nicolás de la ciudad de Alicante en la solemnidad nacional del aniversario de la publicación de la Constitución de la monarquía española por el doctor D. Vicente Almiñana y Portes, presbítero cura ecónomo de la iglesia parroquial de Santa María de dicha ciudad" (19-III-1820), en G. DUFOUR, *Sermones...*, p. 67.

<sup>43</sup> *Diario de sesiones, Gaceta Española*, 29-V-1823, pp. 183-189, discurso pronunciado por Alcalá Galiano en la sesión de Cortes del día 24 de mayo de 1823.

<sup>44</sup> A.H.N., Estado, Correspondencia diplomática con la embajada en Londres, legajos 5471, 5472 y 5473. Destaquemos en particular un fragmento de la carta del duque de Frías a Pérez de Castro avisando acerca de la "desconfianza general que inspira la marcha escabrosa de nuestra reforma social..." (23 de febrero de 1821). El apoyo inglés era la principal baza con la que creían contar los liberales españoles, confianza fomentada por el gobierno británico por una "cierta" simpatía ideológica, y sobre todo, por las posibles ventajas comerciales que podía obtener de la declaración de independencia de las colonias americanas. Menos sospechosa de dobles intenciones, la sociedad británica, en particular los radicales filosóficos, quienes tan duramente habían visto frustradas sus esperanzas desde finales del XVIII, se apuntaron a la emoción que producían los asuntos de España. Sobre esta cuestión, A.C. GUERRERO, "La política británica hacia España en el Trienio Constitucional", en *Espacio. Tiempo. Forma*, U.N.E.D., Historia Contemporánea, nº 4, (1991) pp. 215-239. Particular interés tuvieron las relaciones con Portugal (A. EIRAS ROEL, "La política hispano-portuguesa en el Trienio Liberal", en *Hispania*, XXIII, (1963), pp. 401 y ss.). Acerca de la perspectiva desde la que los gobernantes del Trienio plantearon su postura hacia el exterior, puede leerse el artículo de M.C. ROMEO MATEO, "Del principio de la legitimidad a la defensa de la libertad de la nación: la revolución de 1820 y las relaciones internacionales", en *Hispania*, nº 168, (1988), pp. 201-226.

convierten en una irónica y fracasada lucha por la supervivencia. La imposibilidad de mantener la excitación popular en favor del nuevo régimen de forma sostenida, según hemos visto, fue tal vez, el resultado más obvio del fracaso de una estrategia que partía de las ideas para transformar la realidad social, sin ser consciente de que frecuentemente, es la realidad social la que genera las ideas más anquilosadas, fijadas en el suelo con las sólidas raíces que dan los siglos, y que sólo una profunda transformación económica podría realizar. Como es fácilmente perceptible, la fijación de la libertad en algo concreto como era la Constitución, no fue un ancla lo suficientemente poderosa como para arraigar un talante liberal en la sociedad. En este sentido, tienen gran interés las observaciones del embajador y los cónsules británicos en España acerca de la cuestión de la "popularización" del liberalismo. Aparte de diferenciar la adscripción al régimen en función del papel que desempeñaba cada grupo en la sociedad, los enviados británicos hacían hincapié en la progresiva separación de objetivos entre pueblo, Rey, Cortes y facciones políticas. Sus informes están plagados de advertencias sobre el cariz que estaban tomando en Madrid estas disputas a causa de la profusión de sociedades y tertulias (*debating societies*, según ellos mismos las califican), indicando la poca energía del gobierno para contenerlas<sup>45</sup>. Se percibe en estos oficios una auténtica preocupación por el sectarismo que se observa en la sociedad, una radicalización que no está guiada por planteamientos políticos generados por la convicción o por la costumbre, sino por el extremismo reinante en la calle. La sombra de la Revolución Francesa vuelve a estar presente, una vez más, entre los coetáneos, pese a los forcejeos de los liberales más responsables por alejarse de semejante fantasma.

Hay, sin embargo, un elemento que no puede ser olvidado en este empeño por desviarse del radicalismo. Bentham era la clave que los liberales españoles necesitaban para esquivar las terribles imágenes de la Revolución Francesa y para concretar, en posibilidades reales, la construcción de un nuevo modelo<sup>46</sup>. El Bentham

<sup>45</sup> P.R.O., F.O. 72/235, 209-219: *Report of the state of public opinion in the different provinces of the Peninsula*.

<sup>46</sup> A. ELORZA, "La formación del liberalismo en España", en F. VALLESPÍN (ed.), *Historia de la teoría política*, Madrid 1995, vol. 3, p. 429. Sobre la influencia de Bentham en España destacaremos las publicaciones de Luis SILVELA Y DE VILLEUZE, "Bentham: sus asuntos sobre temas españoles, el expositor de su sistema en España", discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 8-IV-1894; J. SÁNCHEZ RIVERA DE LA LASTRA: "El utilitarismo. Estudio de las doctrinas de Jeremías Bentham. Su expositor en España", en *Revista general de Legislación y Jurisprudencia*, t. 138-139, (1921); SALDAÑA, "Bentham en España", *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, CXXXIX, (1921), pp. 390 y ss.; P. SCHWARTZ, "La influencia de Jeremías Bentham en España", en *Información Comercial Española*, (IX-1976), pp. 37 y ss.; "Bentham's influence in Spain, Portugal and Latin America", en *The Bentham's Newsletter*, nº 1, (1978), pp. 34 y ss.; A. PÉREZ LUÑO, "Jeremy Bentham and legal education in the University of Salamanca during the Nineteenth Century", en *The Bentham's Newsletter*, nº 5, (1981), pp. 44 y ss.; B. PENDÁS en su libro *J. Bentham: política y derecho en los orígenes del estado constitucional*, Madrid 1988, dedica un capítulo a la repercusión del jurisconsulto británico en España.

que conocieron los liberales españoles de esta primera época fue el pensador si no conservador, si en su versión más moderada: el autor de las *Anarchical fallacies*. Los *Sofismas anárquicos*, según la primera traducción española, eran una respuesta a las consecuencias derivadas de los planteamientos del derecho natural, y como tal fueron tomadas por muchos opositores a la Revolución francesa, aun sin ser conscientes de que la crítica de Bentham no era una marcha atrás, sino una mirada hacia el futuro desde el racionalismo utilitarista, postura ésta que muy pocos suscribirían sin sentir un cierto miedo ante sus consecuencias. La influencia de Bentham en España, que resultó muy intensa durante el Trienio, no fue muy duradera, aunque siempre se mantuvo un rescoldo. No puede decirse que la penetración de las ideas del jurista inglés siguiera una sola línea, más bien habría que atreverse a afirmar que cada autor y casi cada facción política interpretó a Bentham como mejor le convino para justificar sus acciones. A diferencia del liberalismo francés, el liberalismo británico no era en esencia la ideología de una clase social determinada, sino la confluencia de muy distintos intereses que buscaban hacerse lugar, tener reconocimiento y dar a conocer sus proyectos de reforma social, proyectos que eran capaces de hacer valer en el juego político. Era, más que otra cosa, un movimiento social. De este modo, el benthamismo aparecía como un “proyecto de sentido común, y no una quimera o un remedio universal de todos los males”<sup>47</sup>. Eran precisamente soluciones prácticas lo que necesitaban los liberales españoles, argumentos sólidos que oponer a sus antagonistas, y por esto las teorías de Bentham se presentaban como el camino más corto para enraizar un cierto talante liberal en España. No obstante, las limitaciones del Bentham conservador eran bastante obvias, y su etapa radical era desconocida para los españoles, los cuales, además, habían penetrado en sus teorías a través de la edición de Pierre Étienne Dumont, quien había limado previamente de excesos la obra de su maestro.

Pese a que ya era apreciado anteriormente<sup>48</sup>, el gran divulgador de Bentham en España durante el Trienio fue José Joaquín de Mora. Por su mediación se nombró al pensador británico socio honorario de la sociedad patriótica establecida en la Cruz

---

<sup>47</sup> B. PENDÁS, “Estudio preliminar” en Bentham, *Falacias políticas*, Madrid 1990, p. XIII.

<sup>48</sup> Bentham era ya conocido antes del Trienio tanto entre los ilustrados de la Universidad de Salamanca, entre los que destacaron Juan Meléndez Valdés y Ramón de Salas, que tomó el relevo en la defensa de las medidas reformistas. Justo a ellos también estaba Toribio Núñez, bibliotecario de la Universidad. Sobre Meléndez Valdés: G. DEMERSON, *Juan Meléndez Valdés y su tiempo, 1754-1817*, Madrid 1971; sobre Salas, S. RODRÍGUEZ, *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII: ideología liberal de don Ramón de Salas y Cortes*, Salamanca 1979.

de Malta. También fue Mora el traductor del folleto escrito por Bentham contra la institución del senado, que en español se tituló "Consejos que dirige a las Cortes y al pueblo español Jeremy Bentham". Este panfleto, bastante radical para lo que habían sido los escritos de Bentham hasta el momento, se presentó en el Ateneo de Madrid. Poniéndolo en relación con el resto de sus escritos, el texto adquiere todo su significado, pues recoge las preocupaciones de Bentham por la consagración de los intereses particulares (*sinister interests*) sobre los generales a través de la institución de la cámara alta<sup>49</sup>.

Ramón de Salas fue uno de los más interesantes personajes del mundo intelectual español en la transición de los siglos XVIII al XIX. Tras varias malas experiencias con la Inquisición, irrumpe en el Trienio como uno de los más profundos conocedores de la obra de Bentham. Pero al contrario que su amigo Núñez, Salas traduce comentando las obras del pensador inglés, ofreciendo puntos de vista muy interesantes desde la perspectiva de quien había sido un ilustrado del XVIII. Partiendo de la edición en francés de Dumont, publicó en 1823 los ocho volúmenes de los *Tratados de legislación civil y penal* que contenían análisis propios sobre las cuestiones que más interesaban a Salas: la igualdad y la libertad, por una parte, y la propiedad, por otra. El matiz utilitarista es muy claro en la diferencia que establece al hablar de la libertad entre fines y medios. Se une aquí a reflexiones kantianas, dando lugar a un concepto de libertad que, al tener un fin moral, no necesita de limitaciones en favor del orden y la seguridad. Esto le distinguió de los planteamientos de otros contemporáneos, pues su exposición, sin ser totalmente novedosa, ofrecía consideraciones bastante peculiares. En lo que se refiere a la propiedad, sus posiciones se separan algo de Bentham cuando afirma que la "propiedad es la base de la sociedad política y de toda legislación". De gran interés son también sus *Lecciones de derecho político constitucional* (1821), que recogen los planteamientos contemporáneos de teoría política y analizan la Constitución de 1812 con cierta

---

<sup>49</sup> "In addition to a Supreme Assembly composed of agents whom the subject many have appointed and can remove, shall there be another composed of men whom they will not have appointed, nor will ever be able to remove?. Spaniards! by the simple statement of it, si not the questio already answered?. Spaniards! think for yourselves!, think whether between assembly of the ruling few thus constituted on the one part, and the interests of the subject many on the other part, there exists not a point-black opposition, and that opposition an unchangeable one?. Think whether there be a single reform -think whether be single considertable improvement in any shape- which a body of rulers, unappointed irremovable by the people, will not, on one account or another, deem it for their interests to oppose, and oppose with full effect?. For this they will have avowedly full power and what purpose any such power -for what purpose can a veto, be asked for, but to be used?. So far as, in their own view, their own interests coincide with yours, so far indeed they will go", en "Letter to the Spanish Nation, on a proposed house of lords" (1820), pp. 1-2, en *Three tracts relative to Spanish and Portuguese affairs, with a continual eye to English ones*, Londres 1821. En español se publicó dos veces, una la ya cita de J. J. de Mora en 1821, y otra, significativamente en 1837, con el título de *Carta que el célebre jurisconsulto y hábil publicista Jeremias Bentham dirigió a los españoles en el año de 1822 sobre la reforma proyectada en nuestra constitución para establecer una cámara alta*.

profundidad, poniendo de manifiesto la necesidad de acabar con todo lo que pueda sostener los principios en los que basa el antiguo régimen. Sin embargo, la influencia de las ideas de Salas no permanecerá vigente durante mucho tiempo, básicamente por dos razones: la pérdida de actualidad de sus comentarios (por la aparición de nuevas constituciones) y las hondas transformaciones que sufrió la ciencia política en la primera mitad del siglo XIX<sup>50</sup>.

La interpretación más conservadora del benthamismo fue la de *El Censor*. A Gómez de Hermosilla los *Sofismas anárquicos* (que tradujo para publicar en el periódico<sup>51</sup>) le sirvieron de plataforma para elaborar toda una crítica general al derecho natural, y en particular al concepto de igualdad. Por otra parte, según señalaba Díez del Corral, el utilitarismo introdujo un componente relativista en el liberalismo moderado de gran importancia, que unido a los matices historicistas ya presentes, dio lugar a una ideología conciliadora. Desde un punto de vista práctico, el utilitarismo fue el instrumento del que se sirvieron los autores de *El Censor* para llevar a cabo la crítica a la ideología de los exaltados, bastante más pobre en contenidos. Sin embargo, puede decirse que si bien las teorías de Bentham les proporcionaron los utensilios reprobatorios, el verdadero cobijo intelectual de *El Censor* procedía del doctrinarismo francés y de Constant. Tradición y afinidad educativa, situaciones de partida similares, rechazo al empuje de las masas y toma en consideración de perspectivas historicistas alejadas de la frialdad utilitaria son las razones que explican ese dominio intelectual del pensamiento francés sobre el liberalismo moderado español. La aplicación práctica del doctrinarismo garantizaba orden, estabilidad y seguridad, principales preocupaciones de los reformistas incapaces de insertar los cambios sociales en la comprensión de un sistema político al que se quiere negar todo dinamismo (que sólo cabe en el desarrollo económico): "Supuesto pues, como hemos dicho, que los propietarios son los que deben tener la iniciativa de la opinión, sólo deben hacer gran fuerza las reclamaciones simultáneas o repetidas de esta clase de ciudadanos, no las de aquéllos que nada tienen y que a todo aspiran sin contribuir con nada al bien de la comunidad. Por más que el poder mal dirigido

---

<sup>50</sup> J.L. BERMEJO, "Estudio preliminar" a SALAS, *Lecciones de derecho político constitucional*, Madrid 1982, p. XLVII. Salas sufrió diversas investigaciones a finales del XVIII que culminaron con su procesamiento por la Inquisición acusado de defender doctrinas contra la religión católica y traducir obras prohibidas. Logró evitar importantes condenas por la mediación de su abogado ante Godoy. Tras estos episodios, la vida de Salas se desarrolló más oscuramente. Sobre él puede consultarse el citado prefacio de J.L. BERMEJO, su artículo "Diálogos sobre los principios de las leyes de Ramón de Salas", en *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, nº 62, (1981), pp. 191-204, y el libro de S. RODRÍGUEZ, *Renacimiento universitario salmantino*, ya mencionado.

<sup>51</sup> *El Censor*, nº 97 (pp. 51-75), nº 98 (pp. 122-150), nº 99 (pp. 219-237), nº 100 (pp. 291-316), nº 101 (pp. 369-396).

intentase vejar y oprimir a los propietarios, por hacerse un partido con los que no lo son, y por más que no falten histriones políticos y literarios que se empeñen en hacer ridícula u odiosa esta denominación, no hay que cansarse, pues los hombres que tienen que perder, siempre serán el órgano de la mayoría nacional, y siempre será preciso reunirse a ellos so pena de no tener jamás orden, estabilidad no ventura<sup>52</sup>.

En definitiva, y hablando siempre en líneas generales, la caracterización de la libertad en el liberalismo español de principios del siglo XIX se encuentra lejos de ser concreta y definida, hecho éste que influyó en gran manera posteriormente, pues la imposibilidad de unificar criterios no facilitó la reflexión sobre un programa de actuación común que oponer al absolutismo fernandino. Es decir, se partía de principios tan diametralmente opuestos e intransigentes, que resultaba inevitable el enfrentamiento entre los propios liberales. Nada tenían que ver la obsesión por la seguridad de los afrancesados de *El Censor*<sup>53</sup> y las vaguedades de los exaltados, que recuerdan más a escritos de combate que a análisis de las posibilidades de la sociedad española. Sin duda, lo más interesante siguen siendo las teorías de Salas. Podría decirse que en tales circunstancias, lo que hubiera necesitado el movimiento liberal español era tiempo, tiempo para redefinir sus planteamientos, para acoplar las teorías a la realidad, para reflexionar sobre las experiencias realizadas, y sobre todo, tiempo para aprender a convivir con otras opiniones. Sin embargo, no se dispuso de ello, y España volvió a quedar aislada de las corrientes europeas de pensamiento que trataban de sentar las bases de la monarquía constitucional, manteniéndose un sector, el absolutista, en posiciones más que trasnochadas, y el liberal con sus habituales divagaciones acerca de la libertad y la independencia nacional, en la línea ya señalada por Díez del Corral: "Los derechos individuales serán no virtualidades concedidas al hombre, sino auténticos carismas que por si solos otorgan la gracia, sin necesidad de esfuerzos personales, y solicitados y ejercidos, en consecuencia, con tanto más entusiasmo y despreocupación"<sup>54</sup>.

---

<sup>52</sup> *El Censor*, vol. 16, nº 91, p.75. Lejos de tales sutilezas, *El Zurriago* manifestaba contundentemente su opinión acerca de la aplicación que las ideas del pensador británico podían tener en España: "Dejad de Bentham las doctrinas, pues el/ martillo enseña más:/ Todas allí son teorías, pero aquí/ es todo realidad" (*El Zurriago*, vol. 2, nº 20).

<sup>53</sup> La preocupación por la seguridad como elemento básico para la protección de la propiedad es común en casi todos los pensadores de la época, pero en los autores de *El Censor* llega cotas muy superiores, pues, al haber sido reconocido como único derecho natural, de él se desprenden las limitaciones de todos los demás derechos, encontrándose en principio por encima de cualquiera de ellos, sin necesidad de que se trate de situaciones excepcionales. Por el contrario, y tomando un solo ejemplo, autores como el más fiel seguidor de Bentham en España, T. NÚÑEZ, ofrecen matices distintos, aunque siempre quede por delante la protección a la propiedad en primer término: "cuando la seguridad y la igualdad estén en conflicto, es necesario no dudar un momento; la igualdad es la que debe ceder" (*Espíritu de Bentham*, p. 95).

<sup>54</sup> L. DÍEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, p. 477.



Sin tratar de trabajar exhaustivamente estas cuestiones, ya que a pesar de su interés, no son nuestro objetivo, seguiremos su desarrollo a través del análisis de la conducta política de Alcalá Galiano. Las andanzas de nuestro protagonista en este periodo en el que nos encontramos son la más palmaria prueba del cariz sociológico que tomó el liberalismo español del Trienio. Alcalá Galiano, como personaje prototípico dentro de los políticos del momento: orador, funcionario, parlamentario o simple observador de los hechos, nos muestra un camino para pasear por estos tormentosos años y comprender en toda su complejidad las dificultades con las que tropezó nuestro país.

### El agitador popular.

Las sociedades patrióticas y las tertulias cafeteriles tuvieron un papel básico en el desarrollo del liberalismo en España, un papel que va más allá del aglutinamiento partidista o la demagogia vulgar. Su repercusión fue de primer orden en una sociedad que trataba de organizarse sobre nuevos patrones y que tenía que aprenderlo todo acerca de la vida política en libertad. Puede decirse que la sociedad patriótica, en tanto que organización liberal pública, tiene su origen en las sociedades económicas del siglo XVIII<sup>55</sup>, pero su función es muy distinta. Mientras las sociedades económicas trabajaban con ideas y planes previos, las sociedades, las tertulias se veían obligadas a enfrentarse a una realidad cambiante, a la cual se tenían que adaptar necesariamente las ideas si pretendían tener alguna representatividad. La relación de las sociedades con la realidad siguió un proceso de autoalimentación, pues si bien era la realidad la que daba contenido a las tertulias de las sociedades, éstas construían, desde su propia perspectiva, la misma realidad, la misma sucesión de los hechos, que resultaban del pulso entablado entre orador y auditorio. Un público que conoce vagamente los incidentes y que espera una determinada interpretación; un orador que busca popularidad, y que por tanto procurará poner en su boca el sentir del público, tratará de hacerse con las simpatías de sus oyentes por medio del comentario crítico, de la ironía o simplemente de la acusación directa<sup>56</sup>.

---

<sup>55</sup> I. ZAVALA, "Las sociedades patrióticas, prehistoria de los partidos políticos españoles", en *Bulletin hispanique*, t. LXXII, nº 1-2, (I-VI 1970), p. 119; A. GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas (1820-1823)*, vol. I, Madrid 1975, p. 8.

<sup>56</sup> M. J. QUIN, *A visit to Spain detailing the transactions which occurred during a residence in that country in the latter part of 1823 and the first four months of 1824*, Londres 1823. Hablando de los oradores de la Sociedad Landaburiana afirma: "The orators who usually harangued them seemed to me to be men of violent opinions, little, great forwardness, and very limited talent. Citizens Galiano, Florán, Romero Alpuente, Mexia and Morales are exceptions to this remark..." (p. 71).

Será el orador quien, ante una situación de disgusto generalizado, insinúe el nombre del culpable, quien adjudique una causa a la supuesta moderación reciente, quien predique en favor de la movilización. La necesidad de hacerse notar obligaba a ser extremista en las alocuciones, a menudo más allá de lo que en principio se pretendía, de forma que el orador se convertía en agitador popular, agitador de un pueblo que, por otra parte, iba a los cafés a ser agitado, a recibir un discurso esperado, del mismo modo que se acudía a la iglesia intuyendo el mensaje que se le ofrecía desde el púlpito. *Fueron las tribunas los pulpitos del liberalismo: "Dispúsose abrirla en un café, en el cual se levantó una tribuna, remedo fiel en la forma de los pulpitos de nuestras iglesias, desde el cual sitio tocaba perorar ante un inmenso auditorio al que se titulaba orador, a falta de título que mejor le cuadrara".* Contribuyeron, asimismo, a la socialización de los distintos grupos liberales, actuando como primitivos partidos políticos, difundiendo una serie de ideas-guía para lograr una progresiva politización social; politización social, y no educación política, pues, como se ha dicho, la realidad quedaba desvirtuada en función de los intereses comunes de los asistentes, además de negarse a adoptar estrategias de convivencia entre las distintas facciones y de llegar a abogar en favor de tácticas antiparlamentarias.

Sin embargo, todos los implicados (políticos, periodistas, oyentes...) concebían las sociedades como elementos esenciales en la divulgación del liberalismo, así como en la puesta en práctica de las libertades de expresión y reunión. Desde un principio se entendió su tarea como la de "...difundir copiosos rayos de luz para esclarecer la ciega muchedumbre que todavía yace en tinieblas...". La labor didáctica de las reuniones políticas venía a representar aquel camino olvidado por los primeros liberales: la educación cívica del pueblo. La libertad civil es compañera inseparable de la sabiduría, decía el preocupado Martínez Marina en octubre de 1820. Junto a esto, el mejor estudioso del tema, Gil Novales, ha señalado la importancia de otras funciones como el reparto de las llamadas "*sopas patrióticas*", para los necesitados, o la fundación de escuelas, patrióticas también, por supuesto. Sin embargo, las sociedades no podían contar con mayor enemigo: la sombra que sobre todo tipo de reunión de similares características proyectaba la Revolución Francesa. En función de esta desconfianza, *El Censor*, periódico de los más moderados, se alarmaba de forma inusitada: "¿Cómo ellos han de conocer la opinión general para reclamar en su nombre que se tome tal o cual medida, se deponga este o aquel mandatario público se castigue o absuelva a determinadas personas?". Este periódico, afirmando que en un país no puede haber más tribuna que la nacional, abogaba por la libertad de

imprensa como único elemento para la formación de la opinión pública: "Este es el solo conducto que la Constitución ha concedido a los ciudadanos para que por él puedan difundir y propagar la luz de la verdad, hacer entender a todas las clases los beneficios que recibirían del actual sistema de gobierno, y denunciar al público el abuso que cualquier empleado haga de la autoridad que le ha sido conferida"<sup>57</sup>. Obviamente, las limitaciones para la formación del general del pueblo mediante las restricciones a la libertad de reunión no eran, precisamente, el mejor medio de contribuir a su ilustración, sobre todo si tenemos en cuenta que las sociedades solían tener gabinetes para la lectura de la prensa diaria, de forma pública (en voz alta) o privada.

Alcalá Galiano formó parte de este clero laico de las tribunas. Especialmente famoso por sus actuaciones en la Fontana de Oro y en la Sociedad Landaburiana, Galiano había tenido ya experiencia en la manipulación que las palabras pueden sufrir por el auditorio o, según se mire, de la dificultad de ir contra la opinión imperante. Entre abril y mayo de 1820 Alcalá habló en la tribuna del café del Correo de Cádiz. Su discurso, relativo a la independencia de América, le valió acerbos críticas. "Sentó muy mal mi discurso", dice en sus *Memorias*. Las dificultades de pronunciarse a favor de la independencia en Cádiz, justamente, iban a ser considerables, pues la ciudad, tan vinculada al comercio colonial, no veía con buenos ojos tales veleidades. Las réplicas, en particular las de Santiago Rotalde, se manifestaron en la defensa de la integridad territorial, y el enfrentamiento concluyó en un fallido duelo entre Galiano y Rotalde<sup>58</sup>. Antes de este episodio, Galiano, tal vez por aclarar sus ideas, o por tratar de matizar la imagen contraria a su popularidad que tales críticas le estaban forjando (de hecho, según él, se le consideró agente de los americanos independentistas<sup>59</sup>), escribió una carta a López Cepero, presidente de la Sociedad del Café del Correo. La carta apareció publicada en *El Constitucional* y en ella Alcalá procuraba hacer comprender la posibilidad de ser un patriota y aceptar una situación de hecho como era la rebelión americana<sup>60</sup>. Con no demasiada oportunidad (dadas las circunstancias y el lugar), citó una frase de Burke para

---

<sup>57</sup> *El Censor*, vol. 1, nº 1, p. 72.

<sup>58</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 74. Rotalde había publicado algunos artículos remitidos a la *Gaceta Patriótica* (8-II-1820; 18-II-1820; 14-III-1820).

<sup>59</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., ibidem.

<sup>60</sup> "Carta del ciudadano Antonio Alcalá Galiano al director de la sociedad patriótica instalada en Cádiz en el café de la Constitución", *El Constitucional*, o sea, *Crónica científica y literaria*, vol. 4, nº 367, 10-V-1820.

ejemplificar la actitud que debía tomarse con respecto a América: “que una Nación, así como no debe sostener una causa injusta, así no debe sacrificarse por una causa justa sino le acarrea utilidad”. En un momento político como era aquél, se requerían gestos claros, tajantes, y las sutilezas de Alcalá Galiano no eran el mejor camino para congraciarse con el público gaditano. Si meses antes, como redactor de la *Gaceta Patriótica*, se había pronunciado de forma notoria en favor de aceptar la separación<sup>61</sup>, la carta a López Cepero trataba de entrar dentro de la órbita general de ideas de los liberales con respecto a las antiguas colonias, cuyos planteamientos pueden resumirse en el siguiente párrafo de la citada carta: “Americanos (les diría yo, y pretendería que se les dijese) para las Españas se abre ahora una era nueva. Lo pasado está dado al olvido; miremos a lo venidero: cesen entre nosotros las hostilidades: nombrad representantes vuestros que vengan con los de la Península a tratar de asegurar vuestra felicidad futura. Y en prueba de que la invitación que os hacemos es franca y fraternal, veis ahí que os enviamos mensajeros de paz en vez de expediciones guerreras, y mensajeros dignos de vuestra confianza...”<sup>62</sup>. Las vacilaciones, oscilaciones e incluso contradicciones de los liberales españoles en cuanto a la independencia de América constituyen uno de los aspectos más paradójicos del pensamiento liberal español. Muchos años después, Galiano analizaba las actitudes de los constitucionales del Trienio haciendo hincapié en la profunda incoherencia que suponía pretender extender a los americanos todas las libertades conseguidas, salvo la independencia, sobre todo cuanto ésta era un hecho consumado en casi todo el continente<sup>63</sup>.

En sus *Recuerdos de un anciano* hablaría de la labor de las sociedades como una especie de desvarío continuado. Pese a todo no dudó ni un momento en utilizarlas como plataforma para su carrera política<sup>64</sup>. Galiano, consciente de que no contaba con más méritos que los personales, y que de entre estos destacaba

<sup>61</sup> “Debería enviar agentes a las Américas para tratar de que la independencia de aquellas vastas regiones, inevitable ya, quedase asegurada de un modo pacífico, y que se celebrasen tratados de amistad y comercio tan íntimos como deben reinar entre pueblos con quienes nos son más comunes el origen, las costumbres, la religión y el idioma”, *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, nº 11, 19-II-1820, p. 83.

<sup>62</sup> “Carta del ciudadano...”, p. 60.

<sup>63</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, Madrid 1846, p. 159. Sobre esta cuestión L.M. ENCISO RECIO, “La opinión española y la independencia hispanoamericana, 1819-1820”, Universidad de Valladolid, Estudios y Documentos, nº 23, (1967); D. MARTÍNEZ TORRÓN, *Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1808-1833)*, Madrid 1983; Ch. LANCHÁ, “La prensa liberal española frente al separatismo hispanoamericano”, en Gil Novales (ed.) *La prensa en la revolución liberal*, Madrid 1983, pp. 307-317. Sobre las repercusiones económicas de la independencia para la ciudadanía: A. GARCÍA VAQUERO, *Comercio colonial y guerras revolucionarias. La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana*, Sevilla 1972.

<sup>64</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, vol. 1, p. 150.

sobremanera por su elocuencia, utilizó las tribunas con objeto de lograr notoriedad política, considerándolas un buen terreno de entrenamiento para lo que era el más alto estrado de un orador: el parlamento. Alcalá creó su propia imagen política de demagogo exaltado por medio de un simple esquema: presentarse como guardián de las esencias revolucionarias (pertenecer al grupo de elegidos que rodeó a Riego en las Cabezas de San Juan, le insuflaba un carisma especial), lo que, según las ideas imperantes, otorgaba la excelsa capacidad de juzgar las acciones tanto del gobierno como de los demás grupos liberales: "mucho repetir la voz libertad; mucho encarecer los bienes que ella trae consigo, mucho ensalzar la Constitución, como fuente de la cual había de correr como en torrente todo linaje de felicidad pública y aun privada; alguna vez explicar la índole del recién establecido Gobierno, o en su todo o en sus partes". Aunque la imagen de purista revolucionario se acabó convirtiendo en un lastre para Galiano, un lastre que encorsetaba su espíritu crítico y le impedía manifestarse abiertamente acerca de determinadas cuestiones, si por algo fue conocido en el Trienio fue por su oratoria: "...palabras de oradores tan elocuentes y fogosos como Alcalá Galiano, que era en la tribuna lo que Espronceda en la poesía..."<sup>65</sup>, "M. Galiano a une facilité de parole qui n'appartient qu'à lui, son abondance est un prodige; il excelle à faire vibrer cette belle langue espagnole, et il en se laisserait pas de parler"<sup>66</sup>. Esta fama comenzó a gestarse en la Fontana de Oro.

El Café de la Fontana de Oro albergaba la tertulia de la sociedad madrileña de los Amigos del Orden, fundada el 6 de junio de 1820. Si bien ya anteriormente se habían celebrado en ella actos políticos, alcanzó durante 1820 su mayor fama<sup>67</sup>. La tónica general en esta tertulia era la de la variedad política, aunque siempre marcando una línea alejada de cualquier radicalismo, lo que le sirvió para acumular críticas por parte de los sectores más extremistas. La medida a la hora de juzgar las acciones del Gobierno fue dando paso a un progresivo apasionamiento del que Mesonero Romanos acusa precisamente a nuestro protagonista: "...dominados por la elocuente voz del joven don Antonio Alcalá Galiano, que procedente del alzamiento de la Isla, donde había representado muy importante papel, inició insensiblemente en la Sociedad y más especialmente en el auditorio (que, como todo público, se

<sup>65</sup> J. L. NÚÑEZ, *Románticos y bohemios*, Madrid 1929, p. 221.

<sup>66</sup> Ch. MAZADE, *L'Espagne moderne*, Madrid 1855, p. 23.

<sup>67</sup> A. GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas*, I, p. 102. Pueden leerse también los siguientes artículos: C. GARCÍA BARRÓN: "Don Antonio Alcalá Galiano y la Fontana de Oro", en *Hispania*, XLVII, (1964), pp. 91-94; A. GONZÁLEZ PALENCIA, "Para la historia de la Fontana de Oro", en *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, III, 1926, pp. 110-113.

prestaba más a la censura que al aplauso), un espíritu hostil, de violenta oposición, que no tardó en llamar la atención y la actitud severa del Gobierno”<sup>68</sup>. Recién llegado de Cádiz, Alcalá deseaba hacerse notar en Madrid, utilizando, como él mismo dice en sus *Recuerdos*, las tribunas públicas. La tertulia ofreció cobijo a las ambiciones de Galiano y éste habló en sus primeras sesiones contra el Marqués de las Amarillas, ministro de la Guerra en esos meses. El Marqués no procedía de la última remesa liberal; encontrándose más cercano a los hombres del 12, se le tenía por conservador moderado, aunque constitucional y no había sufrido ningún tipo de persecución por parte del absolutismo en los años previos a la sublevación de Riego. Existían razones más que sobradas para que se hiciera hostil a los hombres que habían arriesgado sus vidas por la libertad. Y para colmo, era ministro. La estrategia del combate entre facciones, entre “ellos y nosotros”, los oportunistas y los puristas revolucionarios, fue muy utilizada en el Trienio por parte de casi todos los comprometidos en el mundo de la política, y únicamente sirvió para condenar a los afrancesados, para enfrentar los constitucionales del 12 a los del 20 y viceversa, a los liberales en general con el Gobierno (con los gobiernos), a los diputados con el pueblo, a los comuneros con los masones... Pocos españoles parecían darse cuenta de que la consecución de la unidad debía ser el objetivo primordial, dadas las precarias bases sobre las que se sustentaba la Revolución. Mientras tanto, el verdadero enemigo sonreía complacido y maquinaba planes con los elementos más reaccionarios de la escena europea.

Alcalá, metido de lleno en esta dinámica de acusaciones, aprovechó la coyuntura para lanzarse dialécticamente contra el Marqués por medio de un discurso que respondía al esquema de una de las diatribas que Windham lanzó contra Walpole en el Parlamento británico allá por el año de 1730. Semejante plagio, del que muy pocos debieron ser conscientes, cosechó un fabuloso éxito: “...imposible dar una idea del entusiasmo con que este orador fue oído...”<sup>69</sup>. Esta y otras arengas del mismo cariz atrajeron la atención del Gobierno sobre la Fontana y la persona del atrevido orador, quien empezó a ver cómo peligraba su empleo de oficial último de la Secretaría de Estado. *El Publicista Observador*, cronista de la Fontana de Oro en ésta primera etapa, nos ofrece fragmentos de los discursos allí pronunciados, lo que resulta de gran utilidad para captar el pulso del momento. La polémica acerca de

---

<sup>68</sup> R. MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, p. 279.

<sup>69</sup> El mismo Alcalá Galiano rememora en sus *Recuerdos* este hecho, acusándose de haber copiado en aquella ocasión las formas oratorias de los parlamentarios ingleses, a cuya lectura era muy aficionado. Da cuenta de los aplausos que recibió la original composición del discurso *El Publicista Observador*, nº 22, 17-VI-1820, p. 96. Sobre los grandes éxitos de Galiano en la Fontana habla también F. FERNÁNDEZ DE CORDOBA en *Mis memorias íntimas*, t. 192, Madrid, 1966, p. 17.

las relaciones entre la Milicia Nacional y el Ejército centró parte de las sesiones celebradas en la Fontana a finales del mes de junio de 1820. Los recelos que provocaba parte del ejército llevaron a algunos oradores a abogar por la defensa de la milicia nacional, tal fue el caso de Ramón Adán, quien a la luz de los pasados sucesos de Cádiz<sup>70</sup> apostaba por la milicia como “contrapeso cívico del extravío a que podía declinar el ejército”. Las suspicacias de Galiano con respecto al ejército también parecían ser grandes. Para honrar a los soldados liberales propuso que “se concediese a las tropas del ejército nacional de San Fernando y a los demás que la habían tomado por distintivo la divisa verde en la cucarda”<sup>71</sup>. La proposición, bastante inconsciente, desde luego, fue prontamente rebatida por otros tribunos, considerándose un dislate que podía provocar “sentimientos y discordias entre el resto del ejército”.

La segunda mitad de 1820 se estaba convirtiendo en un periodo bastante conflictivo. Problemas nuevos y amenazas exteriores se unían al peligro interior representado por el Rey, quien en noviembre iba a tratar de dar un golpe de mano para torcer el curso de los acontecimientos. Desde el 4 de agosto, fecha de la disolución del Ejército de la Isla, (el “ejército libertador”, como era conocido) hasta principios del nuevo año (en enero de 1821 se fundaría la Comunería), el panorama político español se definió de forma nitida, separándose los propios liberales entre quienes optaban por una vía muy moderada y quienes abogaban por una radicalización del proceso. Los primeros, que entonces controlaban el poder, pusieron de manifiesto sus intenciones sobre todo a través de dos hechos: la famosa sesión de las páginas -7 de septiembre- (consecuencia directa de la disolución del Ejército de la Isla de San Fernando) por medio de la cual Argüelles atacó veladamente al héroe de la revolución, Riego, implicándole en oscuras maquinaciones republicanas, y los decretos sobre las sociedades patrióticas y la libertad de imprenta (21 y 22 de octubre). La importancia de estas decisiones para la evolución de lo que hemos llamado socialización del liberalismo nos obliga a detenernos al menos un tanto en este punto.

---

<sup>70</sup> El 10 de marzo de 1820, pocos días después de que el Rey jurara la Constitución, la multitud salió a las calles a saludar a los representantes de los liberales que iban a entrevistarse con las autoridades gaditanas, de pronto, la tropa disparó inesperadamente contra la población. Este hecho fue un aviso que obligó a los liberales a mantenerse alerta respecto a las intenciones de una parte del Ejército.

<sup>71</sup> *El Publicista Observador*, nº 29, 5-VII-1820, p. 123.

El día 14 de octubre de 1820 se discutía apasionadamente en las Cortes acerca del decreto de suspensión de las sociedades. Las soflamas de unos diputados y las largas peroratas de otros, impidieron a Martínez Marina dar a conocer su opinión sobre el asunto, opinión que iba a ser leída por un secretario dada la mala salud del anciano jurista<sup>72</sup>. El parecer del escritor asturiano tenía una especial atracción para la opinión pública pues, sin ser un radical, sus opiniones se movían entre la reivindicación de lo antiguo y la aceptación de lo moderno. Era un punto de referencia para aquellos moderados con un cierto sentido del progreso. Por otra parte, el objetivo de Martínez Marina en difundir sus ideas se hallaba en la certeza de que tal decreto de suspensión era "un atentado contra la libertad nacional y choca con los principios de la Constitución". Más tarde, en diciembre de 1820, el discurso fue publicado, aunque ya de poco serviría, pues el decreto de suspensión había sido aprobado el 21 de octubre del mismo año. La insistencia del diputado Marina reclamaba atención al hecho de que la función social de las reuniones políticas era básica para el sostenimiento del régimen constitucional, ya que "...halla resistencia (la Constitución) y la más tenaz oposición en altas y encumbradas personas del estado, en varias de sus clases y jerarquías, en corporaciones respetables y poderosas por sus riquezas, por sus recursos y por su opinión; en gran número de descontentos y agraviados, en tantos malévolos y enemigos del orden por sistema, por intereses, por capricho, por opinión, por ignorancia, por fanatismo; enemigos ocultos, y por lo mismo más ominosos y formidables, que disfrazados con el velo de la amistad están prontos a declarar la guerra en tiempo oportuno y favorable"<sup>73</sup>. En efecto, la prohibición de las sociedades fue considerada por los más liberales como un freno a la ilustración nacional. El debate en las Cortes estuvo muy condicionado por la mayoría moderada, la cual se las arregló para vetar toda propuesta en sentido contrario al control de cualquier actividad pública que pudiera comprometer el supuesto equilibrio de fuerzas.

Paralelamente, se desató una campaña periodística de gran calibre en la que todo el mundo tomó partido acerca de la cuestión: era, a fin de cuentas, una nueva

---

<sup>72</sup> *Miscelánea de comercio, política y literatura*, nº 302, 27-XII-1820, p. 4. Martínez Marina, prólogo a su *Discurso sobre las sociedades patrióticas*, Madrid 1820, p. 3.

<sup>73</sup> F. MARTÍNEZ MARINA, op. cit., p. 23. Es muy amplia la bibliografía de la que se dispone sobre este autor; destacaremos los siguientes trabajos: J. ALBERTI, *Martínez Marina, derecho y política*, Oviedo 1980; J.A. ESCUDERO, *Estudio introductorio a Teoría de las Cortes*, Oviedo 1996; J.A. MARAVALL, *Estudio introductorio a Discursos sobre el origen de la monarquía y sobre la naturaleza del gobierno*, Madrid 1988; F. TOMÁS Y VALIENTE, *Martínez Marina, historiador del derecho*, Madrid 1991; J. VARELA SUANZES, *Estudios introductorio a Principios naturales de la moral, de la política y de la legislación*, Oviedo 1993.



ocasión para definirse políticamente frente al carácter más o menos abierto que debía adoptar el régimen liberal. Aunque, según algunos contemporáneos, el modelo eran los *meetings* ingleses<sup>74</sup>, muchos, y en especial los que, como los afrancesados, habían escuchado de primera mano los excesos de los clubes revolucionarios en Francia, no podían tener más que reparos a cualquier reunión agitada. *El Censor* fue probablemente el periódico que más trabajó en esta lucha sin cuartel por acabar con todo extremismo revolucionario, con la "anarquía revolucionaria"<sup>75</sup>, en que, según su línea argumental, estaban cayendo tanto las sociedades como cualquier otro tipo de reunión política. Más allá de la citada labor de instrucción pública de las sociedades, éstas fueron adquiriendo un papel político de considerable importancia. No se trataba tanto de decidir como de mediatizar las decisiones ajenas. La preocupación de periódicos como *El Censor* es muy significativa: "...que aquéllas no son, y esto es muy cierto, aunque no se infiriese de su apología, una asamblea deliberante"<sup>76</sup>. En la misma línea se manifestaba Quintana en sus cartas a lord Holland al hablar de "gobernar como se conspira"<sup>77</sup>.

El 1 de marzo de 1821 comenzaba la segunda legislatura. Las Cortes se disponían a escuchar el discurso real, redactado por los ministros, cuando por sorpresa el Monarca extendió su disertación más allá de lo que había sido dispuesto: presentó una queja contra el gobierno. Este, más desconcertado aunque los diputados, se vio obligado a dimitir. El mismo día Fernando VII nombraba nuevo gobierno<sup>78</sup>. Sería a este nuevo ministerio al que Galiano serviría como intendente, aunque ya había sido nombrado antes. Se trataba su primer trabajo tras la dimisión-despido de la Secretaría de Estado. "Quedaba yo por premiar", dice Alcalá en sus *Memorias*. En efecto, tras el cambio de gobierno, Riego, Manzanares, San Miguel y otros implicados en los sucesos del levantamiento recibieron sendos destinos como reconocimiento de su labor. Y quedaba él sin un puesto. La situación de Galiano era bastante más comprometida, pues habiendo tenido importantes disputas en la

<sup>74</sup> El mismo Alcalá Galiano afirma en *Recuerdos de un anciano* "Mi yerro principal venía de mi admiración por las libertades inglesas, y de mi persuasión de que podían y debían ser aplicadas a mi patria".

<sup>75</sup> "Tertulias patrióticas", *El Censor*, nº62, vol. 11, 6-X-1821, p. 112.

<sup>76</sup> *El Censor*, nº 62, vol. 11, 6-X-1821, p.122.

<sup>77</sup> El debate en las Cortes y la prensa puede seguirse detenidamente en GIL NOVALES *Las Sociedades patrióticas*, I, pp. 517-573.

<sup>78</sup> Este ministerio fue muy discutido: para unos por ser demasiado liberal; para otros, por todo lo contrario. Acerca de él puede leerse el artículo de M<sup>º</sup>C. ROMEO MATEO, "Teoría política y agitación social en los orígenes del liberalismo exaltado: la oposición al gobierno Bardají-Feliú, 1821-1822", en *El Jacobinismo. Reacción y revolución a Catalunya y a España, 1789-1837*, Barcelona 1989, pp. 431-447.

Secretaría de Estado, en la que había desarrollado hasta el momento su inconexa carrera funcional, se encontraba sin ningún empleo. Con su habitual falsa modestia, Alcalá se justifica en sus *Memorias* afirmando con convicción que sus “servicios a la revolución eran grandísimos” y además “los aún no premiados méritos de mi padre debían serlo en su familia, según es costumbre”, por lo tanto, “mi aceptación de la Intendencia fue un acto de que hoy mismo no me culpo ni aun levemente”. Deseoso toda su vida de desempeñar cargos políticos, Alcalá no podía esconder la mala conciencia que sus anhelos le producían. Para calmar sus escrúpulos, la providencia no le dio muchas oportunidades de “sufrimiento”. El gobierno anterior le había ofrecido un puesto en la legación española en Londres, cargo al que renunció temiendo que el alejamiento de España le dificultara aún más sus deseos de llegar a ser diputado; junto a esta razón Alcalá sospechaba oscuras intenciones por parte del gobierno, intenciones que tenían que ver con colocar lo más lejos posible de la Corte a los implicados en el levantamiento de 1820 (como de hecho se actuó con Riego, a quien se envió de capitán general a Aragón)<sup>79</sup>.

### El intendente.

El 9 de enero de 1821 Galiano salió para Córdoba<sup>80</sup>. La quema de la documentación relativa a sus actividades como intendente de Hacienda nos impide conocer con detalle cómo se desenvolvió su gestión<sup>81</sup>, pero aún así, es posible detectar el espíritu con el que se enfrentó a la nueva tarea. Como fiel representante de un movimiento de ideas que se movía entre la utopía y la necesidad de concreciones prácticas, la primera acción de Alcalá al llegar a su nuevo destino fue la publicación de un bando que especificara sus objetivos y sus deseos de lograr que “el amor de los gobernados (hiciera) las veces del respeto”. Alcalá confiaba en que las “virtudes patrióticas” de los ciudadanos les hicieran entender la necesidad de contribuir económicamente al sostenimiento del régimen liberal. Pese a todo, resulta de gran interés comprobar cómo entre algunos liberales se contemplaba al funcionario como un eslabón entre el gobierno y el pueblo, como una instancia a la

<sup>79</sup> *El Constitucional. Crónica científica y literaria*, vol. 5, nº 491, 11-IX-1820: “Representación que ha dirigido al Rey don Antonio Alcalá Galiano”.

<sup>80</sup> *Correo General de Madrid*, nº 71, p. 289.

<sup>81</sup> J. TORRE, *Archivo General Central de Alcalá de Henares. Reseña histórica y clasificación de sus fondos*, Imprenta de la Universidad. Este pequeño libro recoge toda documentación existente en el Archivo de Alcalá de Henares correspondiente a la administración española del XIX, la cual se quemó en parte durante la guerra de 1936-39 (lo referente a las intendencias de hacienda, p. 29). A.G.A., Ministerio de Hacienda, Expediente de clases pasivas de don Antonio Alcalá Galiano (Dirección General de Deuda y Clases pasivas), 17.800/70.

que acudir ante problemas coyunturales en determinadas ocasiones; en este sentido, el funcionario vendría a ser la representación local del ánimo que inspiraba al sistema constitucional. Tal interpretación, con una más que obvia influencia francesa (napoleónica), es muy significativa en párrafos como el siguiente: "Me hallaréis pronto a oír vuestras reclamaciones, y a elevar al gobierno las que estimare justas, a satisfacer vuestras necesidades, a hacer en fin cuanto de mi dependiere por el bien de esta provincia. Cuento para ello con vuestra cordial y eficaz cooperación, y la satisfacción mayor que puedo apetecer es presentar a la nación entera un modelo de la provincia de Córdoba, y obtener al mismo tiempo de vosotros una aprobación de mi conducta; premio el más cumplido de mis tareas, encaminadas al bien de mi patria y al vuestro en particular ya que me cupo la suerte de continuar mis servicios entre vosotros"<sup>82</sup>.

La Córdoba del Trienio era una de las ciudades ejemplares en la prensa del momento: *El Espectador*, *El Correo General de Madrid*, *El Eco de Padilla*... recogen los "avances del espíritu público en esta ciudad". Su principal periódico, *El Eco patriótico de Córdoba* publicaba diariamente las convocatorias de tertulias y demás reuniones en las que "aprenden los ciudadanos sus deberes y sus derechos y a ser benéficos como quiere la Constitución"<sup>83</sup>. La polvareda levantada con motivo de las asonadas que se producían en las tertulias de otras ciudades y los excesos de que eran acusadas dichas reuniones se contrarrestaba desde la prensa exaltada con ejemplos como el de Córdoba. Obviamente, encontrándose el "gran orador de la Fontana" en la ciudad, era inevitable su presencia en las tribunas. "El efecto que ha producido la translación de la tertulia patriótica al teatro, ha excedido de nuestra esperanza: todo él estaba lleno y los palcos, de señoras. Esta sesión ha sido mucho más notable, por cuanto nuestro intendente el ciudadano Galiano, ha hecho desde un palco principal, un elocuente, animado y magnífico discurso. Enumerando en él las diferentes clases de la sociedad, ha demostrado las ventajas que a todas y cada una de por sí proporciona la Constitución... El orador Galiano ha sido interrumpido varias veces por los aplausos de los circunstantes". *El Eco de Córdoba* mostraba así la satisfacción de los liberales tras la jornada del 11 de febrero de 1821 en la que se celebraban festejos con la Milicia Nacional Local y la compañía de Voluntarios de la misma milicia. El día se convirtió en una exaltación de las libertades cívicas y la

---

<sup>82</sup> Bando del 17 de enero de 1821, reproducido en el *Correo General de Madrid*, nº 92, p. 371.

<sup>83</sup> *El Constitucional*, nº 18 (18 de marzo de 1821), p. 70. L. PALACIOS BAÑUELOS analiza estos años en las pocas páginas que le dedica al Trienio en su *Historia de Córdoba. La etapa contemporánea (1808-1936)*, Córdoba 1990.

Constitución, en una fiesta para enaltecer el espíritu público. Alcalá, aprovechando la oportunidad que se le presentaba en el desempeño de la primera interinidad de la jefatura política de la provincia, se vistió de miliciano y se fue a arengar a los tres batallones dispuestos en el Paseo de la Victoria. Música, alegría, vivas a la Constitución y al Rey constitucional acompañaron a "la elocuencia de que se halla poseído este genio de la libertad". Con complacencia se preguntaba el redactor del *Eco* "Pueblos: esta alegría, estas dulces emociones, esta fraternidad, esta unión, ¿las disfrutabais acaso en poder de los déspotas insolentes y sombríos?".

Al ser la segunda autoridad jerárquica de la provincia, Galiano ocupó el puesto de jefe político interino durante unos días, que al parecer fueron suficientes para meterse en problemas: debido a posibles irregularidades en las elecciones celebradas en Lucena, éstas fueron anuladas. Como firme defensor del sistema constitucional, Galiano estaba convencido de que los peores enemigos de éste se encontraban entre los mismos que ahora se presentaban como constitucionales de toda la vida; éste es el sentido que se desprende del alegato en su favor que envió al *Eco patriótico de Córdoba* el 12 de diciembre de 1821. "Las anulé porque las creí ilegales", afirmaba con convicción, y continuando de la misma manera: "Pudo tal vez influir en preocuparme contra los nombrados la consideración de que eran de una facción aristocrática, desafecta al sistema constitucional, y que siendo la misma que de tiempo inmemorial gobernaba aquella población, la tenía en el mayor desorden y viciado el espíritu público de aquella ciudad, la segunda de esta provincia. Pero aún a la tal facción habría dejado en el mando municipal si hubiese creído que le obtenían por elección libre de tacha"<sup>84</sup>. Durante este tiempo, Alcalá formó parte del grupo de gestores del sistema constitucional que trataban de implantar en zonas más o menos cercanas a las capitales una serie de ideales políticos muy alejados de los tradicionales. Aun así, no constituía eso lo más difícil. Lo realmente complicado iba a ser terminar con prácticas políticas corruptas, tan arraigadas que a nadie dejaban de parecerle normales, era precisamente lo nuevo, la elección democrática, lo inverosímil. La actitud de Alcalá Galiano con respecto a las falseadas elecciones de

---

<sup>84</sup> Alegato recogido por *El Eco de Padilla*, nº 146, 24-XII-1821. Junto al convencimiento de la ilegalidad de las elecciones, Alcalá señalará posteriormente en sus *Memorias* que recibió presiones de la logia de Lucena para anular los comicios, aunque confiesa que aun sin ellos se hubiera comportado de la misma manera. Al parecer, durante estos años del Trienio Galiano mantuvo una activa correspondencia con sus familiares andaluces, sobre todo con Francisco de la Serna, en la que les daba cuenta de los avatares políticos. Tras 1823, las cartas fueron quemadas por orden gubernamental, aunque Mariano Pardo de Figueroa logró encontrar una (fechada el 13-VIII-1821) que corresponde precisamente al periodo en que fue intendente en Córdoba en la que le cuenta que en aquellos momentos su mayor ocupación eran las expediciones que con los Voluntarios Nacionales hacía por la sierra para perseguir a los realistas insurrectos (M. PARDO DE FIGUEROA, *Primera ración de artículos del doctor Thebusem* pp. 20-21).

Lucena, si bien fue muy alabada por todos los adalides del liberalismo (prensa, políticos, agitadores de taberna y demás convencidos), fue uno de los inevitables choques de los ideales liberales con intereses creados, con viejos hábitos. A Alcalá le iba a costar caro su atrevimiento, pues fue precisamente este asunto uno de los principales obstáculos para lograr su acta de diputado de pleno derecho. Los perjudicados por su decisión presentaron quejas que llegaron hasta el ministerio, el cual, con "rara severidad", decidió encausarle, influyendo en gran medida el hecho de estar actuando contra un "liberal exaltado, orador de la Fontana y a más a más promovedor y participante de la insurrección del Ejército de la Isla, hombre en fin a quien nada debe pasarse". Según se observa en la prensa de la época, así se apreció la reacción del gobierno al permitir que la reclamación prosperara: "luego es bien visto que el delito que tiene actualmente Galiano, por donde quiera que se mire, no es otro que el de haber sido nombrado diputado por la provincia de Cádiz, pues como se supone que es un sujeto que no diría amén, como los burros de reata, no le conviene al señor Feliú"<sup>85</sup>. Tras estos sucesos, el nuevo jefe político, Luis del Águila (hijo del marqués de Espeja), le echó de la provincia. Alcalá se fue, pero con todos los honores de quien había sido elegido diputado por la liberal Cádiz.

La dificultad para encontrar suficientes elementos afines que colocar en la administración, sería otro de los frenos para lograr difundir nuevas prácticas y costumbres políticas. Además, y a decir de algunos textos de la época, la figura del intendente estaba concebida como un brazo del gobierno constitucional por medio del cual se pretendía llevar a cabo la tan deseada renovación de la fiscalidad. Aprobada en 1821, la reforma administrativa había considerado la transformación de las cargas impositivas como un asunto primordial<sup>86</sup>. Producto de esta preocupación fue la instrucción dirigida a los intendentes (21 de enero de 1821) en la cual se instaba a éstos a establecer contactos con las diputaciones provinciales para llevar a cabo una encuesta que posibilitase la tarea<sup>87</sup>. No se pretende decir, obviamente, que los ingenuos (en el mejor de los casos) liberales fueran a transformar la sociedad española, pero sí hubiesen contribuido a introducir tanto un distinto espíritu como otros intereses, otras representaciones económicas. Al fin y al cabo, y según los contemporáneos, eso (y no tanto la división ideológica) es lo que estaba en juego

---

<sup>85</sup> *El Zurriago*, vol. 2, nº 20, p. 9-10. De la misma forma en *El Espectador*, 1821, p. 947: "separado de su empleo por exaltado liberal".

<sup>86</sup> J. del MORAL RUIZ, *Hacienda y sociedad en el Trienio Constitucional, 1820-1823*, Madrid 1975, p. 156.

<sup>87</sup> Archivo del Congreso, Impresos, legajo 10, nº 201: "Instrucción a los intendentes".

desde que se elaboró la Constitución de 1812<sup>88</sup>. En definitiva, se hubiera contemplado la integración desde una perspectiva diferente, partiendo precisamente de la base: del municipio y la provincia. Asimismo, el desfase que se observa en el Trienio entre el grado de desarrollo del “espíritu público” en ciudades y pueblos es espectacular: el grado de difusión de las ideas y la capacidad de presión y de coacción de los tradicionales oligarcas locales fueron elementos fundamentales para entender el fracaso de los propósitos del gobierno. Las posibilidades de controlar la situación de las que disponían estos sectores eran tan grandes que les permitían negociar con ventaja en cualquier circunstancia; el escaso poder intimidatorio del gobierno liberal era el otro inconveniente para haberse podido plantear seriamente una estrategia de pactos con las fuerzas tradicionales, cara a la consecución de administraciones estables y con posibilidades de desarrollo (en un sentido de extensión de las libertades, tanto económicas como políticas). Fueron las fuerzas tradicionales las que actuaron con más habilidad, pues los más sagaces supieron adoptar un disfraz nunca totalmente liberal, pero sí acomodado para la ocasión, que les permitiera seguir manteniendo sus privilegios. Estrategias de supervivencia. El caso de Lucena es bien elocuente a este respecto<sup>89</sup>.

Poco antes de marchar a Madrid, Alcalá Galiano se vio envuelto en la insubordinación de la provincia de Cádiz contra el gobierno, revuelta ésta que se extendió a otras ciudades como Sevilla. A comienzos de octubre de 1821 Feliú, el jefe del gobierno, nombró al marqués de la Reunión (Francisco Javier Venegas) comandante general de Cádiz sustituyendo a Jacinto Romarate y a Manuel de Jáuregui. Ante la respuesta popular e institucional (la fama de anticonstitucional de Venegas era manifiesta), el Marqués renunció al cargo, pero se colocó en su lugar al barón de Andilla, también protestado. Jáuregui se negó a ceder su puesto y la cuestión llegó a las Cortes<sup>90</sup>. Galiano, dada su fama de agitador, fue reclamado en su ciudad de nacimiento. Dado que había sido expulsado por el nuevo jefe político de la

---

<sup>88</sup> E. SAN MIGUEL, *Vida de Agustín Argüelles*, Madrid 1851-1852, vol. 1, p. 30.

<sup>89</sup> Sobre el proceso de consolidación del modelo liberal de administración en lo relativo al municipio y la provincia: Adolfo POSADA, *Evolución legislativa del régimen local en España, 1812-1909*, Madrid 1913, 1982; C. de CASTRO, *Las revoluciones liberales y los municipios españoles (1812-1868)*, Madrid 1979; J. GARCÍA FERNÁNDEZ, *El origen del municipio constitucional: autonomía y centralización en Francia y en España*, Madrid 1983; E. GARCÍA DE ENTERRÍA, *La administración española*, Madrid 1985; M. SANTANA MOLINA, *La Diputación Provincial en la España decimonónica*, Madrid 1989.

<sup>90</sup> Sobre la rebelión gaditana: GIL NOVALES, *Las Sociedades patrióticas*, vol. I, pp. 408 y ss., J. M<sup>a</sup> GARCÍA LEÓN, *La Milicia Nacional en Cádiz durante el Trienio liberal (1820-1823)*, Cádiz 1983, pp. 72 y ss., y, para el debate parlamentario, R. BLANCO VALDÉS “Rey, Cortes y fuerza armada en el Trienio liberal: hacia la progresiva parlamentarización de la monarquía constitucional”, en VV.AA., *Materiales para el estudio...*, pp. 75-118.

provincia de Córdoba como consecuencia de los hechos de Lucena, Galiano no lo pensó dos veces y salió para Cádiz el 26 de diciembre. Cuenta en sus *Memorias* cómo, una vez allí, su sorpresa fue enorme al ver el grado al que podía llegar la sublevación. Sería éste uno de los momentos en que Alcalá se daría cuenta de hasta qué punto es legítimo utilizar las armas de la demagogia para radicalizar una situación política susceptible de producir un grave problema para todos los que participan de unos mismos ideales. Su fama le arrastraba y Clara-Rosa (Juan Antonio Olavarrieta), peculiar periodista de la época, le instó para que con sus discursos inflamara las iras populares<sup>91</sup>. Tratando de mediar entre todos, Galiano se puso en contacto con la masonería local y redactó la representación que, firmada por Jáuregui, se presentó en las Cortes<sup>92</sup>. Tras una breve estancia en Córdoba, y hablándose los asuntos de la sublevación en plena efervescencia en las Cortes (donde se manifestó de forma palmaria el enfrentamiento entre moderados y exaltados), Galiano decidió marchar a la capital a tomar posesión de su acta de diputado, como veremos posteriormente. Allí tuvo lugar su última actuación como predicador laico del liberalismo.

### En la Sociedad Landaburiana.

En honor al teniente Landáburu se fundó en Madrid (24-X-1822) la Sociedad Landaburiana<sup>93</sup>. Esta tertulia, sin dejar de recomendar en ningún momento el orden y la unidad de los liberales, es la prueba más palpable de la creciente separación entre unos y otros constitucionales. En ella se manifestaron de forma clara las profundas desavenencias entre masones y comuneros, entre quienes se vieron comprometidos con el gobierno recién nombrado y quienes pretendían ahondar en el proceso de reformas. La necesidad de ilustración pública seguía siendo el motor de la revitalización de las tertulias. Haciéndose eco de la apertura de la Sociedad

<sup>91</sup> Sobre este singular personaje, que utilizaba como alias los nombres de sus dos amantes, puede consultarse el libro de J.Mª AZCONA titulado *Clara-Rosa, masón y vizcaíno*, Madrid 1935.

<sup>92</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 1, capítulo XVI.

<sup>93</sup> Descripciones tanto de la sociedad como del local que la albergaba (el convento de Santo Tomás) en M.J. QUIN, *A visit to Spain*, pp. 66-67, y en *El Indicador de las novedades, de los espectáculos y de las artes*, que acabó siendo el órgano periodístico de la tertulia con el nombre de *El Patriota Español* (MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, p. 318-319). Mamerto Landáburu era oficial de la Guardia Real cuando tuvo lugar la sublevación de los soldados que pretendían atacar al pueblo que apedreaba a Fernando VII cuando éste venía de clausurar las Cortes (7-VII-1822). Landáburu se enfrentó a los guardias reales, siendo cruelmente asesinado por éstos. Sobre los sucesos del 7 de julio de 1822: GIL NOVALES, *El Trienio Liberal*, Madrid 1989, del mismo autor el ya citado *Las sociedades patrióticas*, vol. I (pp. 665-680), PÉREZ GARZÓN, "Los acontecimientos del 7 de julio de 1822. Datos para un análisis socio-político", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XI (1975), pp. 1-15. M. de MIRAFLORES, *Documentos*, II, pp. 1-31 ("Documentos pertenecientes a los sucesos ocurridos en esta capital el día 7 de julio de 1822"). La versión novelada de los acontecimientos nos la ofrece PÉREZ GALDÓS en unos de los *Episodios Nacionales* de la segunda serie, *El siete de julio*.

Landaburiana afirmaba *El Indicador* que “No todos están en el caso de poder comprar ni de saber leer los papeles públicos, y no son pocos los que sólo con oír se desprenden de las preocupaciones y humillaciones a las que han vivido sujetos...”. Pero junto a esta labor pedagógica habitual, el crítico momento por el que empezaba a transitar el segundo periodo liberal, obligaba a potenciar los elementos de unión entre los constitucionales. La formación, en agosto del mismo año, del cuarto gobierno, integrado en su gran mayoría por masones y presidido por Evaristo San Miguel, parecía anunciar un periodo de cierta concordia, pero el éxito volvió a brillar por su ausencia. Las discusiones en la Landaburiana son un buen instrumento para percibir el progresivo alejamiento entre unos y otros liberales. Junto a los problemas internos, los españoles observaron con recelo cómo el mismo mes de octubre de 1822 se reunía el Congreso de Verona, que iba a decidir la intervención francesa en la Península, lo que tiró por tierra los recientes éxitos de Espoz y Mina en Cataluña. Con semejante panorama, las actividades en la Sociedad Landaburiana alcanzaron un interés mayor, pues ella representa, en un pequeño espacio, la triste tragedia del liberalismo español. Alcalá Galiano interpretó en estas tribunas parte de sus últimas escenas como defensor del liberalismo. Por medio de sus peripecias en la Sociedad Landaburiana asistimos a la enconada lucha entre comuneros y masones, entre gubernamentales y opositores, y lo que es más, a las preocupaciones de los liberales en aquellos momentos tan difíciles: acusaciones personales, trastornos políticos, rumores acerca de la invasión extranjera...

“La entrada, los corredores, las puertas, la sala de la sociedad y todas las localidades se hallan a las seis obstruidas por un concurso numerosísimo. La concurrencia del bello sexo es igualmente considerable. El pueblo entona los himnos patrióticos, y la música de la milicia nacional se los acompaña. El entusiasmo es grande: los vivas constitucionales resuenan con la mayor frecuencia. Se observa que el ciudadano Romero Alpuente no es el que ocupa la silla de la presidencia. Un vicepresidente ocupa sus funciones. Son las siete y media y la presencia del ciudadano Huertas en la tribuna anuncia que se empieza la sesión. El mayor silencio reina en la sala, y el orador toma la palabra: Ciudadanos...”<sup>94</sup>. Así comenzaba una de tantas sesiones en la tertulia. Acerca del tipo de personas que allí acudían, también nos informa la prensa: “Infinitas damas, muchos diputados a Cortes, las principales autoridades de la capital, un número considerable de oficiales de graduación,

---

<sup>94</sup> *El Indicador*, n.º 227, 17-XII-1822, p. 1048.



muchísimas personas conocidas por sus opiniones y sus empleos y un pueblo, en fin, que se agolpaba ansioso con el deseo de escuchar la voz de los oradores que habían de ocupar la tribuna...". Ante este variado público se presentaría Galiano en repetidas ocasiones, un público que, según vio más tarde, no era el que le aplaudía todas las paradojas con las que le gustaba encandilar a los oyentes de la Fontana.

Las participaciones de Alcalá Galiano en la Sociedad Landaburiana son un buen ejemplo para entender la evolución de un agitador popular en situaciones revolucionarias, a través de ellas veremos cómo la dinámica de radicalización del Trienio se ramifica. Por un lado se hallaba el extremismo creciente de los opositores (absolutistas), y por otro la existencia de dos corrientes en el terreno liberal, corrientes que marchaban paralelas, llevando una de ellas la iniciativa. La radicalización de los oradores de la tribuna y de la prensa era seguida por la que se desarrollaba en el poder: los gobiernos y la mayoría en las Cortes pertenecían cada vez más a los sectores exaltados. La situación se convirtió en un círculo vicioso del que era difícil salir<sup>95</sup>. En este contexto un personaje como Galiano, cuya imagen pública constituía el fundamento de su actividad política, se encontraba en una encrucijada. A estas dificultades se unían su condición de masón y sus estrechas vinculaciones con los personajes del gobierno del general San Miguel. Alguien acostumbrado a atacar a los gobiernos porque así se forjaba su popularidad (en la más pura línea demagógica) y porque tales gobiernos estaban formados por personas que no habían intervenido en los hechos de 1820, se encontraba de pronto en la disyuntiva de elegir entre su imagen exterior y su conciencia. Toda la actuación de Galiano en la Landaburiana es buena prueba de esa tensión, y también pone de manifiesto el hecho de que en realidad su moderación (entendida como temor a que el radicalismo le llevara a abandonar sus principios políticos y éticos) siempre estuvo presente, en especial en sus escritos. Sus discursos muestran a menudo cómo, ante un público entusiasmado, un no menos enfervorizado (y ambicioso) orador puede perder el control de sus palabras. El relativo desfase existente entre sus alocuciones públicas y sus escritos en esos años (e incluso su conducta) ofrece el suficiente contraste como para comprender estas situaciones. Ante semejante dilema, Alcalá optó por tratar de conciliar su cercanía ideológica al gobierno con su fachada de tribuno exaltado, para lo cual recurrió a una endeble solución: convertirse en el

---

<sup>95</sup> Los paralelismos con la Revolución Francesa son evidentes, la diferencia está en que la revolución en Francia alcanzó una profundidad social que impedía una vuelta atrás en los mismos términos en que había estado establecido el gobierno despótico: la reacción termidoriana no tiene nada que ver con lo que sucedió en España tras 1823.

enlace oficioso entre el gobierno y el pueblo: "Ojalá que haciéndome yo entender en todos los ángulos de la península tuviese la satisfacción de oír de la boca de mis comitantes su aprobación o desaprobación...". Para ello planteó sus primeros discursos en la Sociedad en función de un mismo esquema. Alabanzas y exaltación del protagonismo del pueblo en las conquistas liberales, que a menudo se representan en un hecho concreto, son el primer paso: "Ciudadanos... Ya habéis vuelto a conquistar el precioso derecho de reuniros y de ocuparos de materias que tanto interesan a vuestra felicidad. Ya es lícito de nuevo en esta tribuna denunciar los abusos del poder. Ya no depende esta libertad del mal humor de un jefe político ni de los caprichos de la autoridad. Este derecho reconquistado lo debéis al valor. Sí, al valor en la memorable jornada del siete de julio, que manifestaron los defensores de la libertad en contra de los agentes del despotismo. Tributadles el más justo y sincero reconocimiento"<sup>96</sup>. Posteriormente trataba de generar conciencia de grupo unido, pese a las diferencias, señalando dónde están los enemigos, quiénes son, cómo actúan, hasta qué punto han sido debilitados por la acción de los "dignos patriotas": "Los enemigos de los derechos del hombre se han aterrado al saber nuestra reunión. Conocer que sus arterias no podrán producir el funesto efecto que en otro tiempo, porque al escarmiento añadiremos el ser más cauto". Es precisamente este "ser más cauto" el que, frecuentemente, introducía el elemento de alarma y de miedo: "Ciudadanos, no es tiempo de ocultároslo; mil conspiraciones se fraguan; en algunas provincias se han manifestado ya, y éstas no son por cierto las que deben inspirarnos mayor cuidado. Tengo dicho en otras partes que los aceros de los soldados exterminarán bien pronto a esos satélites del despotismo; pero las conspiraciones que deben inspirarnos mayor recelo, son aquéllas que todavía no han sido descubiertas. Para evitarlas ha sido preciso autorizar al poder ejecutivo con una mayor extensión de poder que él mismo ha solicitado. ¡Gloria eterna, si sabe con estos medios salvar la patria, y oprobio y execración si abusase de ellos..."<sup>97</sup>.

Así nace el reclamo de unidad representada en una actitud: "Acatad la ley que os asegura un derecho tan precioso, y usad de él con la moderación que debe distinguir a los amantes de la libertad ilustrada". Para reforzar sus palabras, señalaba la importancia del momento y no olvidaba (en un alarde de vanidad) dejar sentado el hecho de que era él quien, arriesgándose a las inevitables críticas, ponía de

---

<sup>96</sup> *El Indicador*, nº 178, 29-X-1822, p. 848.

<sup>97</sup> *El Indicador*, nº 192, 12-XI-1822, p. 905.

manifiesto ante el pueblo la verdadera situación por la que pasaba el país: "Si en este momento sube a hablaros, lejos del lugar que la patria le ha confiado, se considera muy honrado y no teme la censura que de ello pueda hacerse, porque no es ésta, ciudadanos, la vez primera en que los hombres libres alternan el asiento del legislador con la tribuna popular". Con el mismo talante paternalista finalizaba otro de sus discursos: "Tranquilizaos ciudadanos, estas medidas (se refiere a las medidas excepcionales del gobierno) no alcanzarán jamás a los patriotas. Siempre les queda una garantía muy apreciable: la responsabilidad que pesa sobre las cabezas de los encargados de su ejecución, y no se diga que esta responsabilidad sea una cosa insignificante, pues ya sabéis que desde el día 7 de julio las cosas han variado considerablemente"<sup>98</sup>.

Pese a que fue "vivamente aplaudido", las disputas con los demás oradores no se hicieron esperar, y se advirtió (por parte del diputado Ramón Adán) del cuidado especial que había que tener con el "uso que pueda hacerse de esas medidas extraordinarias que la mayoría de las cortes, haciendo el sacrificio de sus propias doctrinas, y aun con exposición de su misma existencia, ha puesto a su disposición para el bien de la patria"<sup>99</sup>. Fue en esa sesión del 17 de noviembre de 1822 cuando Galiano, tratando de defender la urgencia de la adhesión al gobierno por cuanto, para él, eso representaba la unidad nacional, lanzó el rumor de una posible invasión de las tropas de la Santa Alianza. Con bastante demagogia, habló del carácter depurador que tal guerra podría tener, de la inevitable victoria liberal, del punto final a la situación de tensión en la que se vivía. La propalación de tales noticias inciertas no gustó demasiado y el presidente de la Sociedad, Romero Alpuente, insistió en la necesidad de confirmarlas antes de continuar hablando de ellas.

Comenzó aquí el declive de la fama de Alcalá Galiano en la Sociedad Landaburiana. Su popularidad se fue a pique definitivamente en la sesión del 24 de noviembre, cuando solicitó que la censura que la ley permitía a las acciones políticas por medio de la prensa y de las tribunas, se extendiera a las personas, con objeto de que "si por ejemplo sabéis que un funcionario público es un mal padre, un esposo infiel, un amigo pérfido, un usurpador de los intereses particulares no titubeéis un momento en censurarlo públicamente y tened presente que jamás un hombre con

---

<sup>98</sup> Ibidem.

<sup>99</sup> *El Indicador*, nº 199, 17-XI-1822.

semejantes vicios puede ser buen ciudadano, y por consiguiente ni buen ministro, ni buen magistrado, ni en fin, idóneo para desempeñar ningún cargo público del estado". Resulta sorprendente este discurso en alguien que si bien "el libro de su vida política se hallaba entre las manos del pueblo", el de su vida privada era, para los bienpensantes, el de un disoluto. Aquella noche sus palabras fueron contestadas por numerosos oradores, y desde entonces dejó de asistir a la Sociedad.

Este hecho fue interpretado como una prueba más de la creciente separación entre gobierno y oposición, entre masones y comuneros. Desprovistos de la máscara mística masónica y portadores de una doctrina que se proclamaba estrictamente patriótica<sup>100</sup>, los comuneros habían logrado una mayor implantación entre la población por cuanto su ideología, más impregnada de contenido social, se hacía más agradable a un pueblo que deseaba ver señales palpables de cómo la revolución podía cambiar sus vidas. Desde la formación del gobierno de San Miguel, esta tendencia se acentuó en la comunería, que además entabló una mayor relación con las sociedades carbonarias instaladas en España a partir de la llegada de los emigrados italianos. Las amenazas que sobre la estabilidad tanto del gobierno como de todo el sistema constitucional tuvieron las presiones extranjeras y absolutistas, impiden calibrar de forma fehaciente el grado de evolución que ambas tendencias ideológicas, la masónica y la comunera, hubieran tenido cara a la formación de auténticos partidos políticos. Aunque las dos apuntaban ya elementos del liberalismo moderno, cuando pudieron volver a actuar con relativa libertad, tras la muerte de Fernando VII, el contexto era muy diferente y tanto unos como otros adolecían de una falta de flexibilidad y de una carencia de proyectos políticos concretos que iban a dificultar enormemente la realización de una auténtica metamorfosis del sistema político español. Al parecer hubo intentos para reconciliar a las dos sociedades. Alcalá Galiano relata en sus *Memorias* cómo él fue el encargado por la masonería, junto a Riego y a Istúriz, de ponerse en contacto con los Hijos de Padilla (cuyos representantes eran Romero Alpuente, el general Ballesteros y el futuro delator de liberales exiliados, y para algunos sospechoso ya entonces, José Manuel del Regato) con objeto de tomar postura ante los "gravísimos peligros" que corría el régimen constitucional. La imposibilidad de llegar a un acuerdo fue todo el resultado de la

---

<sup>100</sup> J. A. FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, Madrid 1987, vol. 1, p. 145.

reunión, de forma que se finalizó con "la persuasión de que la guerra continuaría cada día más embravecida"<sup>101</sup>.

"Sin duda las muchas ocupaciones del señor Galiano le impiden que pueda concurrir a la tribuna de la tertulia Landaburiana, donde haría importantes servicios a la causa de la libertad con su erudición y notoria elocuencia; lo sentimos mucho y deseáramos que dedicase algún rato que tuviese de vagar a tan importante obra de misericordia. El pueblo desea verlo ejercitando este deber y los editores del *Zurriago* también lo desean, pues aunque su señoría la última vez que ocupó la tribuna se empeñó en sostener el disparate que era *lícito tratar de personalidades*, y los demás oradores se le echaron encima, y no quedó bien parado, esto no debe retraerle porque ya se sabe... que *alicuando bonus dormitat Homerus*"<sup>102</sup>. La ironía con la que *El Zurriago* se pronunciaba acerca del alejamiento de Galiano de las tribunas dio pie a que éste reaccionara escribiendo sus *Reflexiones de Antonio Alcalá Galiano sobre El Zurriago nº 79 y 80*<sup>103</sup>. Este breve impreso tiene dos lecturas. Por un lado, su intención polémica resulta clara, pues de hecho, combatir las acusaciones de *El Zurriago* fue el objetivo de su redacción; pero por otra parte, se dejan ver apreciaciones doctrinales muy interesantes que vienen a confirmar que Alcalá Galiano siempre fue un representante del liberalismo moderado, por lo que no tienen mucho sentido las acusaciones de traidor que le han sido lanzadas, con sorprendente apasionamiento. Alcalá se defiende afirmando que "las máximas que desde su tribuna (de la Sociedad Landaburiana) se oyen no son las que yo profesaba y predicaba en aquellos días (...) de la Fontana", arguyendo que las recriminaciones a su persona como pastelero, eran en verdad, reproches a todos los que participaron en los hechos de 1820, en particular a todos los masones (desde que inventara el sobrenombre de Rosita la Pastelera para Martínez de la Rosa, *El Zurriago* llamaba pasteleros a todos los que, de una manera o de otra, participaban del poder). Utilizando el habitual argumento de sus contemporáneos de que la legitimidad ideológica venía dada por la intervención en los iniciales acontecimientos que trajeron

---

<sup>101</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 210. José Manuel del Regato había trabado profunda amistad con Galiano durante el año 1820; los dos acudían con frecuencia a la Fontana de Oro y allí se apoyaban y defendían mutuamente. Con su incorporación a los comuneros, a principios de 1821, Regato, más radical, rompió con su antiguo amigo. El odio que profesaba a los masones pudo ser la razón de su vinculación a cualquier enemigo (exaltado o absolutista) del Grande Oriente. Acerca de su vida, puede consultarse el libro de P. PEGENAUTE GARDE: *Trayectoria y testimonio de José Manuel del Regato*, Pamplona 1978.

<sup>102</sup> *El Zurriago*, nº 79 y 80, p. 30.

<sup>103</sup> Publicado por la imprenta de *El Espectador* (periódico afín a los masones) en Madrid, 1822; también se puede encontrar en las *Obras escogidas*, vol. 2, pp. 343-349.

la libertad a España, Alcalá enumera una serie de hechos que muestran que quienes consiguieron y mantuvieron la libertad fueron precisamente aquéllos que ahora son tildados de pasteleros<sup>104</sup>. Por último, y para rematar sus juicios acerca de las pretensiones de los redactores de *El Zurriago*, Alcalá lanzó un dardo envenenado: "Nada es tan opuesto a mis principios como suponer perversas intenciones en las personas que no son de mi parecer. Pero, ¿cómo explicaremos, de otro modo, la rabia con que se encarnizan contra patriotas distinguidos que hasta ahora no han dado un paso que indique la intención de retroceder en la carrera de la libertad...?". Indudablemente, éste no era el mejor camino para lograr la unidad entre los liberales.

Desde un punto de vista doctrinal, las *Reflexiones* vienen a ser una puesta en claro de sus ideas. Impelido por los agresivos comentarios del *Zurriago*, y víctima de su propia demagogia, Galiano se vio obligado a definir su posición política en el torbellino ideológico del Trienio, y se encontró con que, por vez primera, no se situaba en la orilla más radical del liberalismo. "...mi conducta, con referencias a materias políticas, ha sido siempre y es pura y conforme a los principios del liberalismo más exaltado. Del liberalismo, y no de otra cosa. He clamado siempre por que se dé la mayor latitud a la libertad. Mas nunca la he pintado rodeada de rejonos y puñales". Este párrafo anuncia ya al Galiano del exilio, aunque por supuesto, aún conservaba, en 1822, el entusiasmo que los desengaños sufridos tras su vuelta a España en 1834 difuminarán por completo. Las *Reflexiones* manifiestan también la preocupación que tenía su autor sobre lo que él llama "revolución dañina... sin plan, o tal vez con el plan pérfido de devolvernos al pasado despotismo", advirtiendo de la necesidad de frenar ese torrente impetuoso y reconducirlo a la "revolución gloriosa...que ha de acabar de arrancar las raíces de la tiranía...".

Rápidamente se percibieron los ecos que la publicación del folleto tuvo en la Sociedad Landaburiana. Numerosas intervenciones en las tribunas ahondaron la separación entre masones y comuneros, acusando a San Miguel de todo tipo de tropelías. Por otro lado, las conversaciones secretas estaban fracasando estrepitosamente, según se ha visto con anterioridad. La reconciliación parecía imposible y la revolución se estaba perdiendo. El folleto fue comentado en la sesión del 22 de diciembre por Romero Alpuente, quien marcó la pauta que habían de seguir las críticas de los otros tribunos, dando casi la misma importancia a quienes habían

---

<sup>104</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Reflexiones...*, en *Obras...*, vol. 2, p. 347.

traído la revolución como a quienes la habían mantenido (léase, los comuneros); al mismo tiempo, restaba importancia a la participación de Alcalá en la gesta liberal: "cómo podemos llamar héroe al que en la revolución redactó una gaceta"<sup>105</sup>. Una vez más, se utilizó la figura de Riego como símbolo, desde uno y otro lado, para ejemplificar la pureza revolucionaria. Riego, pese a pertenecer a la masonería, era considerado por los comuneros como un "hijo de Padilla". Fue precisamente por medio de Riego por quien se intentó una defensa de la figura de Galiano entre los ámbitos radicales. Según afirma nuestro protagonista, la iniciativa partió de Istúriz, quien había afeado al general su costumbre de acudir a la Landaburiana, donde tantos ataques se hacían a los masones, y por aquellos días, a Alcalá<sup>106</sup>. Lo cierto es que, una vez comenzado el año final del Trienio, Riego volvió a subir al estrado comunero para confirmar que había escrito una carta a la prensa alabando las aportaciones de Alcalá Galiano en el alzamiento de las Cabezas, y en la lucha por la libertad<sup>107</sup>. Lo más destacable de la misiva era la apelación a la unidad de los liberales para la consecución de la victoria ante la amenaza exterior.

No acabaron aquí las críticas a Galiano por su famoso escrito *Reflexiones sobre el Zurriago*. Se publicó en Gibraltar un folleto titulado *La Franc-masonería en cueros vivos y los francmasones en faldones. O sea reflexiones sobre las Reflexiones que ha publicado el señor don Antonio Alcalá Galiano con relación al Zurriago*, nº 79 y 80, cuyos autores eran "Dos españoles puros y netos". El texto, en un tono fuertemente recriminatorio, acusaba a Alcalá de haber colaborado con el gobierno desde los primeros tiempos de la revolución (concretan: desde septiembre de 1820). Por otra parte, el texto es también un agresivo ataque contra la masonería, esa "secta farandulera", según la denominan, considerándola una organización para facilitar que sus miembros medren en los círculos de poder: "...no habrá ningún hombre que desconozca lo ridículo de la organización del grande Oriente masón, su propensión al despotismo, y su ansia de sobreponerse a todos los españoles"<sup>108</sup>. Por otra parte, *El Indicador* reproducía el 15 de enero de 1823 una carta del antiguo amigo de Galiano, el gaditano Santiago Jonama, con quien había colaborado en diversas actividades

<sup>105</sup> *El Indicador*, nº 234, 24-XII-1822, p. 1077.

<sup>106</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, en *Obras...*, vol. 2, p. 211-212.

<sup>107</sup> La carta apareció en *El Espectador*, nº 627, 1-I-1823, p. 1081. Galiano, en sus *Memorias*, parece sentir un profundo resquemor hacia Riego, en particular con relación a este episodio, pues, según escribe, el general falseó la llamada de atención de los masones por su conducta, afirmando en la Landaburiana que había defendido a Galiano porque él mismo se lo había pedido (*Memorias...*, vol. 2, p. 212).

<sup>108</sup> *La Franc-masonería...*, Gibraltar 1823, p. 21.

periodísticas en su época juvenil<sup>109</sup>. Jonama expresaba su sorpresa por ver a su viejo amigo defendiendo a los gubernamentales, precisamente “al que siempre ha manifestado su repugnancia a toda clase de misterios, tapujos, páginas, hilos, tramas, emplastos y pasteles”. Por lo demás, la carta es un alegato en defensa de la comunería, una vez que para su autor, ha quedado claro que sólo los comuneros mantienen la pureza de los principios liberales, y disculpa a Riego y a Espoz y Mina su pertenencia a la masonería o “hermanos pasteleros”, a uno por “exceso de docilidad” (Riego, obviamente), y al otro por “falta de tiempo” para conocer “a ciertas gentes”<sup>110</sup>.

### El diputado.

En la segunda legislatura del Trienio Liberal, Alcalá Galiano consiguió, por fin, su ansiado puesto en las Cortes. Pero las cosas no se presentaban sencillas, pues su acta no estaba aún totalmente aprobada: los sucesos de Lucena amenazaban dar al traste con el Galiano diputado. La discusión en las Cortes de este espinoso asunto fue un prolegómeno de lo que podría suceder más tarde, pues el intento de anulación del acta al diputado gaditano por parte de Martínez de la Rosa se convirtió en punto de referencia para el encarnizado combate que los exaltados pensaban hacerle al gobierno en particular y a los más moderados en general.

El enjuiciamiento de Galiano (así como del jefe político de Toledo, Ramón Luis Escobedo, también elegido diputado), provocó un conflicto de competencias entre el Tribunal Supremo y las Cortes. Alcalá se negó a aceptar los requerimientos del Tribunal apoyándose en el artículo 128 de la Constitución que remitía cualquier proceso a un diputado al Tribunal de las Cortes (obviamente, esto tenía la clara intención de salvaguardar a los representantes populares). El Tribunal Supremo, receloso ante cualquier medida que cercenase sus atribuciones, exigió juzgar a ambos pues, en efecto, cuando cometieron la infracción no eran diputados. Nicolás Garell, secretario de despacho de Gracia y Justicia, decidió que fueran tratados

---

<sup>109</sup> “Carta del ciudadano Jonama a don Antonio Alcalá Galiano”, en *El Indicador*, nº 256, 15-I-1823, pp. 1071-72. Había aparecido originalmente en *El Constitucional de Cádiz*, nº 4, 4 de enero de 1823. GIL NOVALES la incorporó a su recopilación de *Textos exaltados del Trienio Liberal*, pp. 191-196.

<sup>110</sup> Espoz y Mina estaba guerreado contra los absolutistas por tierras de Cataluña.



como diputados y, por tanto, respondiesen ante la comisión de responsabilidades del Congreso. Alcalá Galiano salió indemne de este procesamiento<sup>111</sup>.

Las Cortes con las que se encontró Galiano no tenían mucho que ver con aquéllas que había contemplado desde lejos y en las que tanto había anhelado participar, aun así trató de dejar su huella en ellas<sup>112</sup>. Por un lado, pretendía hacer de nuestro Congreso un órgano de deliberaciones que a la hora de la votación no se viera fragmentado en multitud de opiniones, intentando formar, si esto fuera posible, dos bloques sólidos alrededor de los cuales se alineasen los diputados. Su admiración hacia el parlamentarismo británico estaba en la base de estas ideas, pero no sería hasta los años treinta cuando tales pretensiones pudieron ser llevadas a la práctica. El principal objetivo de Galiano, sin embargo, era medirse con el famoso Argüelles, el gran Demóstenes de las Cortes de Cádiz. Ambos oradores iban a ser foco de atención en el Congreso, aunque lo que en un principio parecía comenzar como una relación claramente hostil y competitiva, acabaría siendo una amistad profunda que se afianzaría en el exilio londinense.

Una vez solucionados todos los problemas técnicos, Alcalá pudo actuar como un diputado normal. Muy pronto fue adscrito a varias comisiones: el 25 de febrero se le integró en el grupo de parlamentarios que enteraría al Rey de la formación de las Cortes; el 1 de marzo participó en la sesión preparatoria de la comisión que recibiría a la Reina en la apertura de las mismas, junto con Saavedra y Grases. Por último, se le nombró miembro de la comisión que debía examinar la memoria de la Secretaría del Despacho de Estado. El trabajo de Alcalá en el Congreso no se destacó precisamente por su profundidad, aunque, eso sí, su voz se hacía oír en toda discusión en la que las ideas exaltadas tuvieran una reclamación; sin embargo, y pese a que tardó en ser consciente de que no eran una misma cosa las arengas en los cafés que los debates parlamentarios, poco a poco fue evolucionando, pues el apoyo debido al gobierno exaltado y la crítica situación política, le obligaban a pensar y a actuar con más responsabilidad. Una de las más lamentables reputaciones de Alcalá Galiano, la de borracho, se aireó de nuevo en estas fechas. Ante una

---

<sup>111</sup> Archivo del Congreso, Serie general, legajo 68, nº 16: "Expediente sobre la censura mandada formar en forma de R.D. a don Antonio Alcalá Galiano, 1822".

<sup>112</sup> Acerca del carácter de estas Cortes: E. DÍAZ y R. MORODO, "Tendencias y grupos políticos en las Cortes de Cádiz y en las de 1820", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 201, (1966), pp. 637-675. Sobre el proceso electoral: R.L. PÉREZ DÍAZ, "Las elecciones a Cortes en el Trienio Liberal", en *Revista de las Cortes Generales*, nº 38, (1996), pp. 261-286; más concretamente para las primeras elecciones del Trienio puede consultarse el libro de B. BULDAIN JACA, *Las elecciones de 1820. La época y su publicística*, Madrid 1993.

acusación de pasteleo lanzada por la oposición, trató de defenderse de forma bastante confusa, por lo que se supuso, dada su conocida vida de disipación, que había subido al estrado bajo los efectos del alcohol. La prensa se lanzó sobre él: Sebastián Miñano publicó en *El Censor* una "Defensa legal de la borrachera y los borrachos" que dio pie a un sinfín de burlas al respecto<sup>113</sup>.

Galiano tuvo una descollante participación en el debate parlamentario sobre el proyecto de reforma del reglamento de la Milicia Nacional. El gobierno de Evaristo San Miguel manifestó un particular interés por la fidelidad de los funcionarios al sistema constitucional, y ante su desconfianza hacia muchos de ellos, y sobre todo hacia algunos sectores del ejército, decidió hacer de la Milicia un baluarte de defensa del ejecutivo. Sin embargo, el deseo del general San Miguel podía convertir a la Milicia en fuerza armada directa del gobierno. La discusión del primer artículo del título X del reglamento de la Milicia centró los problemas que se planteaban. Por el citado artículo se pretendía crear la comisión especial de las Cortes que iba a estar encargada de la Milicia, lo que en última instancia, debilitaba un tanto el control del ejecutivo sobre este cuerpo. Galiano, pese a estar cercano a las tesis de San Miguel en lo relativo a armar a la Milicia, no creía oportuno eliminar el control del legislativo sobre ella. Por supuesto, esto podía suponer continuos enfrentamientos entre los poderes, pero, según Galiano, se salvaguardaba el objetivo último: la defensa del estado constitucional. Pese a todo, apoyó la posición del gobierno, cuya preocupación final estaba en tener controlada la Milicia y evitar que ésta (muy reforzada tras haber frenado a la guardia real el 7 de julio de 1822) tomara la iniciativa al margen de las directrices emanadas por el gobierno<sup>114</sup>.

Mientras las Cortes deliberaban, la rebelión en Cataluña era ya manifiesta. El Trienio Liberal empezaba su cuenta atrás: los hechos se sucedían con una rapidez tal que el edificio político se tambaleaba de forma alarmante, aunque todavía quedaba por ver el que sería el acontecimiento definitivo, para quien aún tuviera dudas sobre la posición del Rey. Los sucesos de julio de 1822 fueron el punto de inflexión

---

<sup>113</sup> *El Censor*, vol. 16, nº95, 25-V-1822, pp. 321-337: "¿Por qué, ya que tantas cosas imitamos de los ingleses, no habíamos de imitar también la de perorar después de bien bebidos, o a lo menos de beber bien para adquirir la fama de oradores?". En *La España vindicada o baraja de fulleros en la época de la revolución española*, Londres 1825, Rotalde adjudica a Alcalá la carta del as de copas, y presenta las páginas a él dedicadas como "Origen de las copas, que sirve de introducción a la historia política de Galeano".

<sup>114</sup> Las ideas de Galiano sobre la Milicia en aquellos años estaban en las antipodas de las que sostendría después, cuando se convirtió en moderado. El debate presentado aquí puede seguirse en el Diario de Sesiones del Congreso, legislatura extraordinaria de 1822-23, vol. 1, pp. 825 y ss.; también en R.L. SÁNCHEZ BLANCO, *Rey, Cortes, y Fuerza armada...*, pp. 460 y ss.

definitivo en la historia del Trienio: a partir de ese momento, y tras el paréntesis del verano, el enfrentamiento se manifestó en toda su crudeza.

La sensación de amenaza en la que vivían tanto el gobierno como las Cortes se acrecentaba por días. No era posible continuar el trabajo parlamentario y legislativo de forma normal cuando los franceses, por un lado, y el Rey, por el otro, presagiaban con sus actitudes un funesto fin para el régimen liberal. La cada vez más próxima presencia de Bessières y sus tropas, que habían derrotado a los liberales en Brihuega, condujo a que las Cortes autorizaran a Ballesteros a organizar la defensa de Madrid. La situación se había complicado extraordinariamente, pues a principios del año 1823 el Congreso de Verona sacó a la luz pública sus resoluciones con respecto a España. Estas notas fueron leídas por el ministro de Estado, San Miguel, ante los diputados el día 9 de enero. Istúriz, presidente de la Cámara, se pronunció en favor de que las Cortes dieran su total apoyo al gobierno para salvaguardar la independencia de España. Tras la alocución de Istúriz se levantó Galiano, según estaba pactado con el gobierno<sup>115</sup> para proponer: "Pido a las Cortes que, tomando por base la comunicación que acaba de leer el gobierno de S.M., decreten que se envíe a S.M. un mensaje para asegurarle de la decisión de la representación nacional, fiel intérprete de los votos de sus comitentes a sostener el lustre e independencia del trono constitucional de las Españas, la soberanía derechos de la Nación, la Constitución por la existencia; y para la conservación de tan sagrados objetos no habrá sacrificio que no decreten, ciertas de que serían hechas con alegre entusiasmo, por todos los españoles que antes se sujetarán a padecer todo linaje de males que pactar con los que tratasen de mancillar su honor, o de acabar con sus libertades"<sup>116</sup>.

Grandes aplausos y generales apoyos acompañaron al discurso de Alcalá, el cual además se vio ensalzado por el mismísimo Argüelles. El grado de entusiasmo manifestado en dicha sesión de Cortes, hizo escribir a Modesto Lafuente que "los discursos de aquel día fueron de los más notables y de los más elocuentes que se han pronunciado desde la tribuna española". Tras la redacción y votación del mensaje, la jornada terminó con un aparatoso paseo de Argüelles y Galiano, los

---

<sup>115</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, Madrid 1845, vol. VII, p. 204. Como es sabido, el gobierno de San Miguel estaba formado por masones en su gran mayoría. Sobre la relación de este gobierno con las autoridades de las logias puede resultar interesante leer el capítulo que a las sociedades secretas en el Trienio dedica nuestro protagonista en los *Recuerdos de un anciano*.

<sup>116</sup> M. LAFUENTE, *Historia general de España*, t. XIV, p. 310.

cuales, aclamados por la multitud enfervorizada, fueron subidos a los hombros de varios ciudadanos y transportados por las calles adyacentes<sup>117</sup>.

Lo más crítico de la situación, agravada por los enfrentamientos entre los propios liberales<sup>118</sup> dio pie a que comenzara a circular en las Cortes la propuesta de trasladar a éstas y al gobierno a Andalucía, ya que dada la proximidad de los enemigos se temía un desastre. Señalaba años después Modesto Lafuente al comentar este episodio que el proyecto de traslado "probaba que ni las Cortes ni el Gobierno esperaban un alzamiento general de la Nación contra el extranjero como en 1808". Sin embargo las cosas no iban a ser tan fáciles, pues se necesitaba el consentimiento del Rey y éste, por supuesto, no estaba inclinado a darlo. Clausuradas las Cortes el día 19 de febrero, Fernando obligó a dimitir a los ministros. El nuevo ministerio que había nombrado, comunero en su gran mayoría, estaba presidido por Alvaro Flórez Estrada. Fue ésta una de las tretas ideadas por el Monarca para no marchar a Andalucía, pero viendo que ni así obtenía el resultado apetecido, presentó la excusa de su enfermedad, confirmada por un grupo de médicos. Las Cortes, que no estaban dispuestas a caer en las garras de los franceses, nombraron otra comisión con los diputados que a su vez eran médicos, los cuales encontraron al Monarca en condiciones para emprender el viaje. El dictamen de la segunda comisión fue redactado por Alcalá Galiano y aprobado por las Cortes. Fernando VII no tenía ya más opción que encaminarse hacia Andalucía, como así hizo el 20 de marzo. Pocos días después, Gobierno y Cortes tomaban la ruta hacia Sevilla.

Mientras tanto, Galiano había tenido nuevos problemas con su acérrimo enemigo Nicolás Santiago Rotalde, el cual había difundido un folleto acusándole de haber promovido los disturbios callejeros que llegaron a las puertas del Palacio para evitar la caída del ministerio masónico de Evaristo San Miguel<sup>119</sup>. Con objeto de celebrar el consiguiente duelo, los padrinos del diputado por Cádiz buscaron a

---

<sup>117</sup> M. LAFUENTE, op. cit., p. 314; ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 215, *Historia de España*, vol. 7, p. 205; M.A. PRÍNCIPE, *Tirios y troyanos. Historia tragicomicopolítica de la España del siglo XIX*, Madrid 1845, vol. 2, p. 442.

<sup>118</sup> La llamada por la prensa "Misteriosa desaparición de Mejía" fue uno de los episodios más famosos de dicho enfrentamiento. El supuesto secuestro del redactor del *Zurriago*, perteneciente a la Comunería, fue tomado por una acción de los masones preparada por Alcalá Galiano. Al parecer, la inverosimilitud del hecho y las continuadas acusaciones de todo tipo entre ambas sociedades políticas desmentían cualquier implicación de los masones en el mismo.

<sup>119</sup> El folleto fue publicado el 23 de febrero de 1823 en *El Patriota*. El día 19 de febrero Fernando VII había depuesto al gobierno. Al saberse la noticia, estalló una algarada popular. Años después, Rotalde emigraría a Francia, donde tuvo problemas diversos; sobre estos episodios: M.A. REES, "Un refugiado agresivo: Nicolás Santiago Rotalde y el gobierno francés de los años 1830", en *Hispania*, nº 150, (Madrid 1982), pp. 207-219.

Rotalde sin lograr dar con él, pues en aquellos días se encontraba escondido a resultas de sus discursos sediciosos en la Sociedad Landaburiana. Al cabo de varios días, Rotalde se presentó en casa de Angel Saavedra reclamando la presencia de Alcalá, pero negándose a enfrentarse a él con las armas porque según las palabras de Rotalde recordadas por Galiano "él no podía temerme, siendo un militar antiguo y acreditado, y yo una persona cuya mala vista y flaco pulso daban grandísimas ventajas a quienquiera que conmigo se las hubiese". El suceso quedó sin más consecuencias.

Alcalá inició el viaje a Andalucía a fines de marzo con sus amigos los diputados Grases y Saavedra (futuro Duque de Rivas). Se detuvo casi un mes en Córdoba para visitar a su familia, pero la grata estancia en la ciudad no podía hacerle olvidar sus deberes como diputado, y a mediados de abril marchó a Sevilla. Reinaba en la capital andaluza una sensación de inestabilidad, un estado de ánimo que presagiaba el próximo final. Las noticias del resto de España no podían ser peores: victorias realistas, avances franceses... Ante tanta confusión, el Rey aprovechó para sustituir al ministerio comunero de Flórez Estrada, que apenas había logrado gobernar, por otro gabinete presidido por José María Calatrava, personaje que concitaba tras sí menos inquinas y desavenencias, entre otras cosas porque era menos permeable a los reclamos de la sociedad masónica<sup>120</sup>. Fue este un período de especial movimiento entre los masones andaluces pues, según narra nuestro protagonista, en una de las reuniones secretas de la sociedad, alguien (las proposiciones eran secretas) sugirió la posibilidad de acabar con la vida del Rey y la de su familia. Tal insinuación espantó a muchos de los allí congregados, pues temían que una acción semejante supondría tanto una innoble y violenta acción innecesaria como un flaco favor a la causa constitucional. Istúriz, y en particular Galiano, quien ya se había sentido decepcionado de sus amigos masones por la falta de su apoyo cuando fue atacado desde la Sociedad Landaburiana, aprovecharon este incidente para abandonar la masonería.

El día 9 de junio se supo en Sevilla que los franceses acababan de cruzar Despeñaperros<sup>121</sup>. Conocerse la noticia y comenzar la toma de posiciones fue todo uno. Ante las consecuencias inevitables que tal hecho podía tener, los diputados se

---

<sup>120</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 239.

<sup>121</sup> M. A. PRÍNCIPE, op. cit., vol. 2, p. 475. Alcalá Galiano da la fecha del 10 del mismo mes, *Memorias*, en vol. 2, p. 246.

estaban viendo obligados a tomar una decisión, pero el miedo y el apasionamiento no suelen resultar buenos consejeros y las Cortes se habían convertido en un “murmullo aterrador” que incrementaba las “generales ansia y angustia”. Suele ser en estas situaciones cuando la persona que es capaz de diseñar ese plan que todos buscan o de poner en palabras claras una gran confusión de ideas, se hace con el control de los instantes vitales y enuncia una fórmula que, no por más esperada resultó más sorprendente. Galiano, aficionado a querer personificar al hombre de acción que siempre quiso ser, dio el primer paso aquel once de junio: “...esforzando y ahuecando la voz, grité: ¡silencio!, y logré tener al momento a cuantos allí estaban callados y atentos a lo que iba a decirles”. En esta famosa sesión de las Cortes, Alcalá Galiano iba a pronunciar palabras que le condenarían a un largo destierro, y que para colmo le llenarían de oprobio, a él y a los diputados que le apoyaron, a los ojos de los que en aquel momento lo temían a todo menos al Rey. Al comenzar su intervención Alcalá solicitó del gobierno una explicación acerca de cómo estaban siendo preparadas las pertinentes medidas de seguridad para las Cortes, el Rey y el Gobierno y cuál era la real situación en la que se encontraba España para defenderse de los invasores extranjeros. El objeto de estas peticiones era poner de manifiesto y de forma oficial la crítica condición por la que pasaba el país, mostrar cómo el traslado a Cádiz era la única posibilidad de mantenerse dignamente frente al invasor y dejar claro a los ojos de todo el mundo cómo el Rey iba a negarse a tal traslado, siendo éste fundamental para la salvación nacional, lo que mostraría de una vez por todas el doble juego mantenido. Aprobadas las proposiciones presentadas por Galiano, se decidió transmitir al Rey el mensaje de las Cortes acerca de la necesidad del traslado a Cádiz. La diputación presidida por el general Valdés salió a cumplir con su grave misión. Entretanto las Cortes quedaron presas de la mayor inquietud, pues intuyendo la respuesta real, no se sabía a ciencia cierta qué es lo que se haría entonces, qué papel tendrían las Cortes en una ciudad que pronto sería ocupada por sus mayores enemigos. Las vacilaciones, los cambios de postura, la búsqueda de una justificación para poder permanecer sano y salvo cuando llegara lo que parecía inevitable, todos estos sentimientos embargaban a los diputados, entregados a la mayor de las aflicciones sobre el futuro propio y el futuro de España. En estos angustiosos momentos quedó sellado el pacto entre Galiano y Argüelles con respecto a lo que se debería hacer si el Rey rechazaba el viaje a Cádiz. Narra Galiano la conversación con la viveza de quien es protagonista de los hechos: “¿Qué opina usted que responderá el Rey a la diputación?, me preguntó. No tengo (le respondí) la menor duda de que rotundamente se negará a moverse de Sevilla. -Y

entonces, ¿qué ha de hacerse?, me volvió a preguntar, afligido. -Suspenderle y nombrar una regencia, fue mi segunda respuesta. -Pero, ¿no ve usted (replicó él) las consecuencias funestísimas de tal resolución?. Bien las veo, y bien me duelo de ellas (repuse); pero ¿qué otra cosa se puede hacer en tal aprieto y si tiempo de que disponer?. ¿No ve usted que a todo están preparados el rey y sus consejeros, y que sólo es posible vencerle quitándole todo el poder de las manos, lo cual no espera?. Mas al cabo discurra usted otro medio para salir de este ahogo. -No lo encuentro (me dijo después de meditar un minuto), y así haga usted la proposición que tiene proyectada. Pero (añadió volviendo a pensarlo) ¿no valdría más suspender al rey sólo por corto plazo, y para el acto de hacer la traslación de su persona, familia y Gobierno a la Isla gaditana, legitimando tal violencia la necesidad de zafarse del peligro presente. -No me había ocurrido tal idea (respondí yo a esto), pero la apruebo y tomo por mía; porque sobre probar que sólo queremos la regencia para salvar la Constitución en esta hora de apuro, tendré la ventaja de ser apoyado por usted. Pues bien (dijo él volviendo a hablar), haga usted su proposición, y si hay quien que se oponga yo la sostendré hablando, además de votarla con mis amigos"<sup>122</sup>.

Al cabo de unas pocas horas regresó la comisión de Valdés con la noticia por todos esperada y temida: el Rey se negaba a salir de Sevilla. Galiano tomó entonces la palabra y se dirigió a los diputados, tratando de mostrarles cómo era necesario decidir una salida a tan peligrosa situación. Sin atreverse a acusar al Rey de traidor, procedió, tras un dramático preámbulo, a lanzar las propuestas que había pactado anteriormente: "No queriendo pues S.M. ponerse a salvo y pareciendo más bien a primera vista que S.M. quiere ser presa de los enemigos de la patria, S.M. no puede estar en el pleno uso de su razón: está en un estado de delirio, porque ¿cómo de otra manera suponer que quiere prestarse a caer en manos de los enemigos?. Yo creo pues que ha llegado el caso que señala la Constitución, y en el cual a S.M. se le considera imposibilitado; pero para dar un testimonio al mundo entero de nuestra rectitud, es preciso considerar a S.M. en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero, pues no puede inferirse otra cosa de la respuesta que acaban de oír las Cortes. Por tanto yo me atrevería a proponer a éstas que considerado lo nuevo y extraordinario de las circunstancias de S.M. por su respuesta, que indica su indiferencia de caer en manos de los enemigos, se suponga por ahora a S.M., y por un momento, en el estado de imposibilidad moral y mientras, que se

---

<sup>122</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, vol. 2, p. 249.

nombre una regencia que reasuma las facultades del poder ejecutivo, sólo para llevar a efecto la traslación de la persona de S.M. de su Real familia y de las Cortes”<sup>123</sup>.

La votación de la propuesta puso ya en claro el conjunto de defecciones que se iban a ir produciendo en el terreno liberal. Los autores contemporáneos cuentan cómo algunos diputados se escondían en la parte de atrás de la Cámara tratando de evitar emitir su parecer, cómo otros suspiraban aliviados al ver que la propuesta no se votaría nominalmente, cómo algunos simplemente se marchaban. Aún así, se aceptó la salida esbozada por Alcalá y se procedió al traslado de toda la corte. Al decir de los coetáneos, únicamente la milicia de Madrid, encargada de acompañar al Monarca en todo su trayecto desde la capital del estado, se comportó con dignidad en aquellos momentos, pues tanto el ayuntamiento de Sevilla como su milicia y ciudadanos procuraban apartarse de la comitiva real, evitando ser reconocidos en previsión de los malos tiempos que se aproximaban. El resto ya se conoce: la llegada a Cádiz era el fin de un glorioso proyecto que fracasó por múltiples razones. Las amenazas eran obvias y no había más remedio que marcharse de España o dejarse apresar por el Borbón y los secuaces de sus parientes franceses. Alcalá Galiano, como principal artífice de la ofensa al Rey, era quien menos alternativas tenía, desde luego, pero una vez más, los problemas económicos iban a darle quebraderos de cabeza. Afortunadamente para él, en el último instante logró un préstamo que le permitió dirigirse a Gibraltar. El día 3 de octubre salió de Cádiz con el futuro Duque de Rivas en una barca valenciana de Vinaroz que a punto estuvo de chocar contra un buque que, afortunadamente para ellos, iba lleno de constitucionales huidos. El sábado 4 de octubre de 1823 se encontraban en Gibraltar para comenzar una nueva y dura vida en el exilio. Lo precipitado del desenlace no hizo perder dignidad a unas Cortes que habían defendido hasta el último extremo la legalidad y la justicia de sus reclamaciones de independencia. Miguel Agustín Príncipe, describiendo aquella época, reflexionaba sobre la gran distancia que separaba la reacción nacional en 1808 de 1820: “En la época de la independencia, las Cortes eran dueñas del mar, y tenían la nación de su parte; en ésta, imperaba el francés en las aguas de la bahía, y los pueblos, en vez de hostilizarle, le aclamaban como su libertador; entonces era unánime el sentimiento que rechazaba a los invasores; ahora estábamos divididos, siendo el número de los afrancesados (¿por qué no he de llamarlos así?) superior con mucho al patriota: Napoleón no tuvo en su auxilio la traición o la defección de un

---

<sup>123</sup> *Diario de Sesiones. Gaceta Española*, Cádiz (21-VI-1823) sesión del día 11 de junio de 1823, pp. 239-244. *Las Cortes en Sevilla en 1823*, Sevilla 1986, p. 242. Esta sesión puede encontrarse en los apéndices de este trabajo.



modo que pudiera como de influencia mortal para la causa de los españoles; Angulema contó en sus filas generales que no ya con pasarse, sino con sólo manifestarse apáticos, tenían a las Cortes de muerte; los imperiales al sitiar a Cádiz no contaban en el interior de sus muros con inteligencias secretas que los pudiesen favorecer; los hijos de San Luis las tenían, siendo el primero de sus espías el jefe del gobierno sitiado, el muy augusto Fernando VII, sin contar algún otro individuo (o por mejor decir, individua) de la misma familia regia que le secundaba en sus tratos: el Congreso del año 10 tenía la Inglaterra a su espalda; el del año 23 no tenía sino su infortunio y su arrojo: entonces, en una palabra tenía la Isla recursos: ahora carecía de todo. ¿No es admirable, en medio de tal desolación, ver las Cortes el 31 de julio expedir el siguiente decreto?: 'Las Cortes declaran del modo más solemne a la faz de la Nación, que sus actuales diputados no han oído, ni escucharán proposición alguna de ningún gobierno extranjero dirigida a modificar o alterar la Constitución política de la monarquía española sancionada en Cádiz en 1812, pues no les es dado faltar a las obligaciones que se hallan expresas en los poderes que se le han conferido'<sup>124</sup>.

La llegada de las tropas extranjeras contribuyó a desanimar las últimas resistencias que quedaban. La organización de la defensa que había establecido los liberales se fue yendo a pique en escasos días: los fuertes del Trocadero y de Santi Petri fueron atacados entre agosto y septiembre de 1823 y sólo se mantenían combatientes aislados, entre los que se hallaban Riego y su guarnición. Ante semejante panorama, los diputados se vieron obligados a permitir la salida del Rey, quien desembarcó en el Puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823. Con este paso, el liberalismo se suicidaba políticamente, y de nuevo comenzaba el reino del oscurantismo a llenar con sus tinieblas los brillantes días del Trienio.

---

<sup>124</sup> M. PRÍNCIPE, *op. cit.*, pp. 495-496.

### 3. Desde la perspectiva del exilio (1824-1834).

La huida de España se hacía obligada y en aquellas trágicas semanas alcanzar Gibraltar (que por fortuna para los liberales no era español) se estaba convirtiendo en el primer objetivo de los constitucionales. Alcalá Galiano se hallaba inscrito en la lista de los condenados por la sentencia de Fernando VII, así es que la angustia le acuciaba desesperadamente. La posición de las autoridades británicas en Gibraltar era la del que ve y deja hacer. El cruce de comunicados entre el cónsul, el embajador en Madrid y Londres resulta claro al respecto. Si por una parte se tenía conciencia de que no se estaba tratando con revolucionarios<sup>1</sup>, por otra se observaba el panorama con el objeto de obtener las consabidas ventajas comerciales, (de hecho, las directivas marcadas por Canning al embajador Bosanquet especificaban muy claramente las posibles dificultades que la nueva situación política podía tener para Gran Bretaña y sus intereses<sup>2</sup>). Tan sólo unos meses antes, el anterior embajador, sir William A'Court, enviaba a Londres una "Observation upon the state of Spain" en la que ponía de manifiesto que, dado el grado de exaltación de las pasiones, "the Amnesty seems to be us for distant as ever"<sup>3</sup>. Ante estas perspectivas, las autoridades consulares no se decidían a expulsar a los liberales, pese a haber recibido solicitudes formales. Tales peticiones incluían a gran parte de los diputados comuneros y militares exaltados. Sin embargo, el resto de los exiliados fueron prácticamente ignorados, y salvo Francisco Javier Istúriz y Pedro Juan de Zulueta, ninguno de ellos recibió un seguimiento especial. Ambos, Zulueta e Istúriz, fueron observados más de cerca por sus vinculaciones económicas con Gran Bretaña, que les exigían más libertad de movimientos y sobre todo, por sus contactos con sudamericanos enriquecidos y vinculados a los círculos independentistas<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> P.R.O., C.O. 91/82, Foreign department, 2-IX-1824.

<sup>2</sup> P.R.O., F.O. 72/288, fol. 43, "Drafts to Mr. Bosanquet", 31-IX-1824.

<sup>3</sup> P.R.O., F.O. 72/286, nº61, folios 5-12, Madrid 4-IV-1824: "Six months have now passed since the return of His Catholic Majesty from Cadiz, and it is melancholy to reflect what little progress has been made in the work of re-organization, or towards healing the wounds under which this unfortunate country is suffering".

<sup>4</sup> Solicitud de expulsión: P.R.O., F.O. 72/289, fol. 27-36. A algunos de los recogidos en la lista, como los diputados Flórez Estrada o Ramón Adán, se les facilitó un pasaporte para Lisboa (P.R.O., C.O. 91/82 Almiranty). Seguimiento a Istúriz, Zulueta y Cardoso P.R.O., C.O. 91/81, despacho de 5 de octubre de 1824. El gobierno español estaba en posesión de una "Lista de los emigrados de España y refugiados en esta plaza, desde principios de octubre último hasta la fecha inclusive (10-XI-1823)", confeccionada por el cónsul en Gibraltar, Juan González de Rivas. En ella aparece Alcalá Galiano en la sección de diputados (A.H.N., Estado, legajo 5625).

Pese a todo, la situación de los españoles en Gibraltar ni era favorable ni cómoda: la mayoría de ellos se veían obligados a vivir de la caridad, pues no todos disponían de medios para subsistir en la plaza. Se organizó, no obstante, una suscripción para ayudar al pago de los pasajes de los españoles que quisieran marchar a otros países. El coordinador de las tareas fue el judío sefardí Aaron Cardozo, comerciante y banquero que detestaba a Fernando VII desde que en 1817 su solicitud de permiso para acudir a España desembocara en una investigación por parte de la Inquisición<sup>5</sup>. A esta circunstancia se unía el hecho de la cercanía de España; en cualquier momento los liberales podían ser expulsados y caer en manos de las tropas de Fernando VII. No parecía haber más solución que emprender un nuevo viaje y casi una nueva vida en otro país en el que sería necesario empezar desde el principio, lo que no iba a resultar fácil para quienes había tenido en sus manos la representación nacional. Relataba Galiano en sus *Recuerdos de un anciano* cómo fue necesario hacer una suscripción para fletar un barco, pequeño para tanto exiliado, que les llevara a Inglaterra; las duras condiciones de la navegación parecían ser un anuncio de lo que les esperaba más allá del mar, aun así, cualquier cosa era mejor que quedarse en España a esperar la muerte<sup>6</sup>.

El 28 de diciembre de 1823 Alcalá llegó a Inglaterra. Desembarcó en el puerto de Londres. Un frío invierno esperaba a las cálidas pasiones de los exiliados españoles. No fue fácil para la mayoría de ellos acostumbrarse a un clima tan distinto, a un país tan diferente. Sin embargo, los años allí transcurridos, con las experiencias acumuladas, hollaron profundamente el espíritu de aquellos desterrados.

### **El liberalismo británico: pragmatismo y laicismo.**

La importancia del exilio británico para la configuración del futuro liberalismo español resultó primordial. Gran Bretaña era en ese momento, y pese a todas las dificultades internas, el país de Europa en el que de más libertades se disfrutaban, hasta alguien tan poco sospechoso de anglófilo como Martínez Marina llegó a hablar

---

<sup>5</sup> R. SÁNCHEZ MANTERO, *Estudios sobre Gibraltar. Política, diplomacia y contrabando en el siglo XIX*, Cádiz 1989, p. 35.

<sup>6</sup> Los diputados liberales habían sido encausados y secuestrados sus bienes. La información acerca de estos procesos puede encontrarse en el Archivo del Ministerio de Justicia, Sección reservada, legajos nº56 ("Causa de los diputados a Cortes, secuestro de los bienes y antecedentes relativos a la amnistía de 1834") y nº78 ("Causa de varios diputados que en la sesión del 11 de junio de 1823 votaron la destitución del Rey y el nombramiento de la pretendida regencia").

de Gran Bretaña llamándole el "país de la libertad"<sup>7</sup>. La transformación del partido tory en el gobierno había dado pie a una cierta modernización y liberalización política y económica, que habían sido posibles por el acceso de los entonces jóvenes George Canning y Robert Peel. Conscientes del significado del comercio británico y fieles seguidores de las doctrinas del librecambio, sus tareas se centraron en la reducción de las tarifas aduaneras y las "navigations acts", de forma tal que se llegó a permitir el intercambio de sus colonias con otros mercados. Por otra parte, las nuevas regulaciones permitieron la emigración de obreros especializados y la exportación de maquinaria. Asimismo, la Iglesia de Inglaterra vio socavados algunos de sus privilegios, pues a los católicos de Gran Bretaña e Irlanda se les reconocieron sus derechos. Pero tal vez fue la creación de una fuerza policial profesional su herencia más famosa (los bobbies de Robert Peel). Pese a todo, aún quedaba mucho por hacer, y los renovados torios no se atrevieron con la reforma más importante: la de la Cámara de los Comunes, que no se llevaría a cabo hasta 1832<sup>8</sup>. Por otro lado, también la Revolución Americana había sido objeto de reflexión para los liberales europeos. Como país anglosajón, el interés que despertaba su no tan traumática revuelta era enorme, aunque no se convirtió en ejemplo a imitar. Los Estados Unidos constituían, por supuesto, el mito de la nueva sociedad, pero se trataba de una original comunidad construida sobre pilares imposibles de trasplantar a nuestro continente. Por lo tanto, pese a la modernidad de estas iniciativas, los liberales de la vieja Europa siempre volvían los ojos a Gran Bretaña. Si bien los contemporáneos sabían sobradamente de la existencia de privilegios y desigualdades en este "país de la libertad", lo importante para ellos era el atisbo de un cierto espíritu de tolerancia, de asimilación de lo nuevo, lenta y dificultosamente, pero asimilación al fin y al cabo, lo cual era un gran logro al lado de las propias experiencias. Puede decirse que había en el pensamiento liberal británico una serie de elementos que lo hacían diferente al de otros países, y que lo singularizaban en el contexto europeo. Por un lado, habría que hablar de una orientación realista y empírica, abocada a formas de racionalidad esencialmente analítica (y no especulativa). Producto de ella es su concepción pesimista del hombre, que aleja esta forma de pensamiento de cualquier proyecto sobre la perfectibilidad futura de la especie humana. El otro elemento primordial era el grado de laicidad alcanzado en el mundo político británico. La obligada convivencia

---

<sup>7</sup> F. MARTÍNEZ MARINA, *Principios naturales de la moral, de la política y de la legislación*, vol. II, p. 86.

<sup>8</sup> Sería casi imposible ofrecer una concisa relación bibliográfica sobre la evolución política, económica y social de la Gran Bretaña de la época, por ello, remitimos a los clásicos libros de E. HALÉVY: *History of the English People in the Nineteenth Century*, Londres 1924, primera traducción inglesa, y *England in 1815*, Nueva York 1949; y de G.M. TREVELYAN, *History of England*, Londres 1945.

de distintas creencias había conducido a apartar la religión del entorno de la política y había facilitado (dentro de lo posible) la tolerancia hacia las opciones no mayoritarias. De este modo, se había llegado a una concepción de las leyes y las instituciones como productos de la voluntad humana, por tanto susceptibles de transformación en función de sus resultados prácticos, y no por su adecuación a principios trascendentes. El pragmatismo de estas concepciones políticas iba a chocar frontalmente con el liberalismo español, inmerso en formas de pensamiento desiderativo que habían traspasado la sacralidad de la religión a la política. De Gran Bretaña tomaron nuestros liberales muchos datos acerca de sus formas de vida política, de sus prácticas parlamentarias, del valor social de sus instituciones, de la funcionalidad de elementos polémicos como la cámara alta o la inserción de la monarquía en el sistema de gobierno. Para Alcalá Galiano, profundo conocedor de este país ya desde su primera juventud, la vida de exiliado en Londres supuso, aparte de una intensificación en sus conocimientos, una confrontación entre varios elementos de análisis que rondaban en su pensamiento desde los últimos pasos del gobierno liberal en España. Por una parte, se encontraban en su reflexión lecturas y nociones previas acerca de la forma del sistema político inglés y por otra, el estudio de la obra de Benjamin Constant. A esto se unió la lección aprendida del Trienio, con sus éxitos y fracasos, sus posibilidades e impedimentos.

#### **Las aportaciones de José M<sup>a</sup> Blanco White.**

Al bagaje intelectual y vital que llevaron los españoles al exilio, hay que incorporar las contribuciones de José María Blanco White; habitando en Gran Bretaña desde 1810, era quien mejor podía hacer comprender a sus coterráneos la distinta situación con la que se iban a encontrar, además de ser uno de los interlocutores más privilegiados ante el público británico, pues tanto su dominio del idioma como su acceso a publicaciones inglesas de carácter teórico, le iban a convertir en el divulgador de una serie de opiniones distintivas acerca de los hechos acaecidos en España. Por otra parte, Blanco fue el puente que puso en contacto a los emigrados con Inglaterra. Desde un punto de vista espiritual, como desde una perspectiva puramente material, estableció las conexiones que necesitaban los españoles para publicar en su país de acogida, aunque no todos se sentían cómodos en su presencia, pues al fin y al cabo, Blanco no era un exiliado al uso. Desde *El Español* Blanco había dado a conocer las razones de su profunda anglofilia,

---

sentimiento que había empezado a incubarse ya en España por su trato con Lord Holland y que se consolidó en Gran Bretaña. El análisis de la Constitución de Cádiz a la luz de las prácticas políticas de su país de adopción ocupa gran parte de las páginas de *El Español*. De hecho, la pasión por los temas constitucionales vivía ya en Blanco antes de marchar a Londres. Desde el *Semanario Patriótico* lanzó al público lector los primeros atisbos de sus ideas acerca de los puntos claves de la discusión jurídica del momento, puntos que serían examinados minuciosamente en sus publicaciones londinenses. Destacaremos en especial dos de los problemas expuestos por su interés cara a la posterior evolución del liberalismo español. El exiguo papel asignado a la monarquía representaba para Blanco una de las mayores equivocaciones de la Constitución de Cádiz, pues “el monarca debe inspirar una especie de respeto religioso que produzca en la masa del pueblo, que no es capaz de ideas abstractas, unión, subordinación y fidelidad...”<sup>9</sup>. De este modo, el Rey, elemento fundamental, debe tener circunscrita una esfera de poder: el poder ejecutivo, en un sistema político que refleje su auténtico peso social. Por otra parte, Blanco contempla la necesidad de la segunda cámara desde el punto de vista de quien entiende que ha de ser básico para la estabilidad política la integración de los distintos intereses, pues en España “hay clases numerosas y dignas de la mayor consideración que deben entrar a formar parte de los intereses nacionales, con sus ideas e inclinaciones, sean éstas como fueren. De la mezcla y modificación de liberales y serviles debe resultar el orden de cosas que únicamente puede convenir a España”<sup>10</sup>. Como resultado de estos planteamientos, se percibe en Blanco una concepción más dinámica del sistema político de la que prevalecía entre los legisladores de Cádiz, pues según sus sugerencias, la sociedad se interpreta como un conglomerado de asuntos, intereses y presiones que han de alcanzar una cierta compensación en aras de la armonía.

Posteriormente, Blanco mantuvo, en líneas generales, el mismo parecer acerca de los problemas de España que en *El Español*, aunque introdujo un análisis muy interesante sobre el Trienio que, en sobradas ocasiones, significaba la continuación de anteriores apreciaciones relativas a las dificultades del liberalismo para asentarse definitivamente en nuestro país. Blanco entendía el liberalismo en un sentido amplio, es decir, como una actitud vital, una forma de ser y existir en

---

<sup>9</sup> *El Español*, t. 2, X-1810, p. 197.

<sup>10</sup> *El Español*, t. 6, VI-1813, p. 420.

sociedad, como una manera de desplegar el pensamiento sin coartadas. Fue ésta la razón principal, según afirma, que le decidió a marcharse de España: "...there was nothing in the whole Universe which could allure me from it"<sup>11</sup>. Partiendo de este principio, analizó la sociedad española en diferentes textos, para llegar a la conclusión de que en España no existían tales actitudes, de ahí el fracaso continuado. Las *Letters from Spain*, publicadas en inglés en 1822, fueron una de las primeras tentativas; un año más tarde, Blanco escribió un artículo para la *Quarterley Review* en el que, junto a un repaso de la historia política y religiosa de España, se reflexiona muy acertadamente acerca de los resultados del Trienio; por último, profundizó en estas mismas conclusiones en "Spain", ensayo que apareció en la Enciclopedia británica en 1824<sup>12</sup>.

Según la interpretación de Blanco White, las especiales circunstancias en las que se redactó la Constitución de Cádiz, contribuyeron en gran medida a crear una estimación errónea acerca de las posibilidades de éxito del liberalismo en España. Una ciudad como Cádiz, con una composición social que de ningún modo podía ser el reflejo del resto del país<sup>13</sup>, una situación de guerra y unos constituyentes convencidos de la bondad del legado legislativo francés<sup>14</sup>, no eran, desde luego, los mejores ingredientes para construir un instrumento constitucional válido en una nación necesitada de tan importantes reformas, pero a la vez condicionada por tantos y tan asentados intereses. El resultado de todo esto no condujo más que al apresuramiento con el que los legisladores de Cádiz actuaron, especialmente en materia religiosa<sup>15</sup>. Así, el periodo de vigencia del texto de 1812 durante el Trienio liberal es contemplado por Blanco como el resultado del arrastre de yerros anteriores, entre los que destaca la "geometrical definition" de la soberanía nacional en la Constitución gaditana. Sin embargo, Blanco no olvida destacar el hecho de que los tres años liberales representaron la gran oportunidad para llevar a cabo las tan

---

<sup>11</sup> J. M<sup>a</sup> BLANCO WHITE, *Life of the Rev. Joseph Blanco White*, Londres 1844, vol. 1, p. 159. No por casualidad, otro gran inadaptado como fue Larra, escribió estas palabras: "Un pueblo no es verdaderamente libre mientras la libertad no esté arraigada en sus costumbres e identificada con ellas".

<sup>12</sup> Las *Cartas de España* están traducidas en la actualidad en edición de bolsillo por Alianza Editorial, Madrid, 1972 1ª edición. El artículo de la *Quarterley Review* apareció publicado en el tomo XIX de abril de 1823 con el título de "Spain", pp. 270-6. Finalmente, el texto de la Enciclopedia británica ha sido traducido por M<sup>a</sup> Teresa de Ory y publicado en Sevilla, 1982.

<sup>13</sup> J. M<sup>a</sup> BLANCO WHITE, *España*, p. 97.

<sup>14</sup> "Spain", *Quarterley Review*, t. XIX, IV-1823, p. 270.

<sup>15</sup> "Si hubieran sido más moderados y condescendientes en sus opiniones políticas no habrían alarmado tanto a los prejuicios españoles en su plan de reforma y habrían encontrado a sus adversarios religiosos menos en guardia y además habrían avanzado algo más hacia la tolerancia", *España*, p. 102.

anheladas transformaciones: “La abolición instantánea de ese abominable tribunal de la Inquisición y la liberación de los prisioneros de Estado, a los que Fernando dejó vivir en confinamiento, fueron actos que ennoblecerían a cualquier causa peor que ésta de los liberales españoles”<sup>16</sup>.

Tal vez fue Blanco, que no contempló los hechos desde el escenario de los mismos, quien mejor supo darse cuenta de las razones más recónditas del hundimiento del régimen constitucional en España. Junto a la consabida acusación a las potencias absolutistas, los emigrados solían destacar la culpabilidad del Rey, más o menos matizada, o la del bando liberal contrario a los planteamientos particulares de aquél que escribía. Sin embargo, pocos españoles se propusieron seriamente realizar una conexión entre todos los posibles factores. Blanco fue uno de ellos. Según su punto de vista, los liberales se comportaron, en general, con bastante imprudencia y no observaron con desapasionamiento el verdadero problema de España. No fueron conscientes de que una gran parte de la población estaba poseída por la más absoluta pasividad con respecto a los acontecimientos que se desarrollaban, y que todas las manifestaciones populares que se contemplaron en aquellos años no eran producto más que de la demagogia y de la ignorancia. El convencimiento de Blanco acerca de este aspecto le llevó a afirmar en las *Cartas de España* que, ya que “el populacho” se comporta igual en todos los países, no necesitaba hacer comprender al público británico la reacción de las masas españolas ante los eventos políticos. Quien no se condujo con tanta ingenuidad fue, dice Blanco, el Rey (“... defender la corona era el único asunto que provocaría una insurrección general”), quien sabía de la indiferencia general hacia la Constitución y sus valedores. De este modo, la figura del Rey se presentaba como insustituible pese a todo, pues era él, y no la Constitución, “el gran lazo de unión que preservaría a los españoles de la anarquía”. No obstante, no se observa en Blanco un replanteamiento de sus opiniones con respecto al Rey tras la experiencia del Trienio, continuó manteniéndose en la misma línea en lo que respecta a la cuestión de la monarquía.

En definitiva, de la interpretación de Blanco White se desprenden varias ideas clave para entender el posterior desenvolvimiento del pensamiento liberal español. Por un lado, está la consideración del estado de la sociedad a la hora de llevar a cabo cualquier transformación, lo que, en última instancia, no es más que una

---

<sup>16</sup> J. M<sup>a</sup> BLANCO, *España*, p. 131.



actualización del concepto de la constitución histórica en relación a las reales posibilidades de dichas transformaciones<sup>17</sup>. Por otro lado, Blanco echa en *falta* un mayor grado de pragmatismo en los liberales españoles haciendo hincapié en las rivalidades entre viejos liberales y nuevos revolucionarios, y más tarde, entre masones y comuneros, todos ellos demasiado ocupados en sus luchas y libres de prejuicios religiosos, por lo que "se abstienen en una lucha abierta con fanáticos", los mayores enemigos del sistema. La falta de un proyecto común, coherente con las capacidades de la España del momento para asimilar un cambio de tal calibre, dio al traste con las más felices esperanzas. Para Blanco, en cierto modo, el fracaso del Trienio vino a ser la desdichada comprobación de sus anteriores predicciones acerca de la urgencia de extirpar la ignorancia del pueblo y olvidar abstractos planteamientos sobre la soberanía como preludios a cualquier proceso de cambio. En un brillante párrafo de sus *Cartas de España* intuyó como ningún otro contemporáneo la más profunda razón de esta circunstancia: "El despotismo español no tiene aquel carácter irritante y cruel que arrastra a un pueblo a la desesperación. No es la tiranía del negrero cuyo látigo siembra deseos de venganza en el corazón de los esclavos. Es más bien la precaución del ganadero que castra el ganado cuya fuerza teme. El animal injuriado crece sin darse cuenta del daño y después de una breve doma puede pensarse que incluso ha llegado a amar el yugo. Creo que ésta es nuestra situación. Entre nosotros los impuestos no son agobiantes (...). Todos ellos aman al rey, aunque odien al recaudador de impuestos. Apenas se ejercen hoy los antiguos derechos señoriales, y tanto los hidalgos como los campesinos encuentran poco que les recuerde el exorbitante poder que permanece dormido en las manos de los grandes a causa de su perezosa vida de cortesanos. La mayor parte de la nación se siente más inclinada a despreciarlos que a odiarlos, y aunque serían contados los que levantarían siquiera un dedo en defensa de sus derechos, menos aún serían los que imitarían a los revolucionarios franceses llevando la espada y el fuego a sus mansiones"<sup>18</sup>.

Con estas ideas, Blanco se había desviado de un importante sector de la opinión pública británica cuyo entusiasmo con respecto a las posibilidades del

---

<sup>17</sup> Ya desde sus primeros años de *El Español*, Blanco no se veía tan influido por el historicismo nacionalista como Jovellanos, pues en lugar de comprender el bicameralismo como plasmación moderna de la representación estamental y territorial (según sostenía el pensador asturiano), lo concebía como la mejor forma de articular los diferentes intereses de los distintos grupos sociales. A este respecto, ver: J. VARELA SUANZES, "Un precursor de la monarquía parlamentaria: Blanco White y *El Español* (1810-1814)", *Revista de Estudios Políticos*, n° 79, (I-III-1993), pp. 101-120.

<sup>18</sup> J. M<sup>a</sup> BLANCO WHITE, *Cartas de España*, p. 60.

liberalismo en España era enorme. Su postura no gustó, obviamente, a los emigrados, y en cierto modo le alejó de muchos de ellos. Pese a que reanudó viejas amistades establecidas en España (sobre todo con José Joaquín de Mora, a quien consideraba el más inteligente de todos) y, como ya se ha dicho, les facilitó el camino en el mundo de la edición, nunca pretendió retornar a su antigua esencia española. La personalidad de Blanco era compleja en extremo y la mayoría de los exiliados, con sus acuciantes problemas y sus inquinas políticas, ni podían ni querían dedicarse a entenderla. Galiano jamás intentó acercarse a él más de lo habitual entre dos conocidos, y estaba firmemente convencido de que Blanco odiaba su país de origen y de que sus ideas políticas procedían del veneno del rencor<sup>19</sup>.

### Los liberales en el exilio británico.

Somers Town había sido el centro de reunión de los emigrados de la Francia revolucionaria. Situado en el noroeste de la ciudad, Somers Town constituía una zona modesta, pero no especialmente pobre. Allí también fueron a parar los desterrados españoles. Varios testimonios nos hablan del carácter provisional con que los exiliados contemplaban su inglesa residencia, a pesar de que el alejamiento iba a prolongarse mucho más de lo que cualquiera de ellos hubiera podido imaginar nunca<sup>20</sup>. El suburbio estaba separado del centro de Londres por la entonces llamada New Road. Los españoles que no habitaban en dicho barrio, ocupaban casas baratas cerca de él, al otro lado de New Road. Alcalá Galiano era uno de ellos, junto con Istúriz, Argüelles, el general Valdés y Gil de la Cuadra, entre otros. Señala en sus *Recuerdos* como esta leve separación "no dejaba de producir efectos y no cortos" en un grupo reducido y bastante reconcentrado en si mismo. Los desterrados españoles se mantuvieron, en general, aislados en grado considerable, especialmente si se tiene en cuenta que se esperaba la vuelta a España en breves meses, por lo que la "política militante" no cesaba de bullir en aquellos cerebros poco acostumbrados a la mercantil cultura inglesa; de hecho, un grupo numeroso de los habitantes de Somers Town jamás llegó a aprender el idioma del país que les dio acogida, e incluso

---

<sup>19</sup> De entre la mucha bibliografía existente sobre él, destacaremos el recientemente publicado libro de Manuel MORENO ALONSO, *Blanco-White, la obsesión de España*, Sevilla 1998, que analiza la opinión que Blanco mereció a los exiliados en las páginas 648-658. Alcalá Galiano, años después, estudió su obra literaria en sus artículos para la *Crónica de Ambos Mundos* (1860).

<sup>20</sup> Marqués de VILLAUERRUTIA, *La Reina Gobernadora*, p. 232. Relataba A. CONTE las palabras que, sobre esto, le dijo Istúriz: "Querido mío, es un error pensar que yo estuve aquí emigrado diez años; la verdad es que no lo estuve más que diez días, porque cada semana esperaba una revolución en Madrid, y vivía, por decirlo así, con la maleta hecha para marcharme a España", *Recuerdos de un diplomático*, Madrid 1901, vol. II, pp. 416-417.

lograron hacer que doncellas, serenos, lecheros y otros trabajadores de la zona hablasen nuestra lengua<sup>21</sup>. Pocos fueron, pues, los españoles que realmente tuvieron un contacto y un conocimiento profundo de la sociedad inglesa del momento, a pesar de los numerosos artículos y cartas que revistas como *Ocios de españoles emigrados* o *El español constitucional*, dedicaron a comentar las peculiaridades de aquella forma de vida. Especial interés, por lo que informa sobre el grado de subdesarrollo político de nuestro país a principios del siglo XIX, tiene la carta de un emigrado sorprendiéndose de cuán libre debe ser Gran Bretaña porque sus habitantes colocan el nombre en la puerta de su casa, sin temor a la policía<sup>22</sup>. Desde luego, tampoco falta la sorpresa que provoca el bullicio de las calles inglesas: "Pues Señor, así se anda en Londres; los naturales hurtando los golpes, sorteando los peligros, deslizándose como anguilas, y caminando tras las guineas, sin asustarse con los riesgos; y los emigrados atolondrados, si damos rienda a la imaginación pensando en nuestras desdichas, nos exponemos a recibir un golpe funesto que nos conduzca a un hospital a curar las heridas de nuestras cabezas"<sup>23</sup>.

Por otro lado, y desde una perspectiva teórica, la experiencia del Trienio Liberal iba a ser el punto de partida para la reflexión de los desterrados acerca del futuro cercano de España. La derrota de la libertad no fue interpretada de la misma manera por todos los exiliados. La tónica general era contemplar los hechos como otro pulso más al monarca absoluto, y fallado de nuevo. Este parecía ser el destino de los liberales españoles: una especie de lucha sin fin contra el poder establecido por centurias al que sólo las buenas intenciones, y por qué no, un poco de violencia, podían derrocar. Pero la violencia empleada por el monarca y sus secuaces era bastante más brutal y efectiva, y por eso la catástrofe siempre era padecida por los mismos, los cuales, cuando lograban rehacerse, volvían con idéntico ímpetu a enfrentarse "contra el Tirano". Sin embargo, "el Tirano" nunca cedía y la negociación se establecía de forma parcial. Todo esto se traducía en reformas demasiado limitadas, anhelos frustrados, resquemores personales, desertiones y todas las calamidades que rondan al sueño de la utopía. La historia del liberalismo en España

---

<sup>21</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, vol. 2, p. 216.

<sup>22</sup> *Ocios de españoles emigrados*, nº13, abril de 1825, pp. 310-313.

<sup>23</sup> Este famoso fragmento, recogido por muchos autores, es tal vez el más significativo de todos cuantos se puedan encontrar en las publicaciones españolas del momento: "Cartas de un emigrado español", *Ocios de españoles emigrados*, abril de 1825, pp. 311-312. Sobre la vida de los españoles en Londres V. LLORENS escribió un documentado y a la vez ameno libro que es ya un clásico en este tema: *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid 1968. También puede encontrarse información sobre los exiliados en las biografías que de ellos existen (ver bibliografía) y en algunos libros como el de Pedro ORTIZ ARMENGOL *Aviraneta y diez más* Madrid 1970.

en la primera mitad del siglo XIX es, en cierto modo, la historia del mito prometeico que cantaban los *poetas contemporáneos*, muchos de los cuales, *afortunadamente* para ellos, hablaban de oídas.

Este liberalismo mítico español no perdió su hálito en los años que siguieron al Trienio. Conspiraciones, desembarcos, militares heroicos, *poetas ingleses*, reuniones secretas, continuaron reproduciéndose como si fueran la consecuencia inmediata del último desastre. Pero junto a estas posturas, empieza a atisbarse un rayo de reflexión entre las grises *nubes británicas*. La comparación con la vida en Gran Bretaña, con la riqueza en ella existente y con el dinamismo de su sociedad, movió a algunos españoles a replantearse la herencia común. El nuevo liberalismo que salió de esta confrontación no iba a ser, desde luego, tan emocionante y tan romántico, pero ofreció un análisis mucho más verídico de los hechos desarrollados en España en los años posteriores a la funesta guerra contra los franceses y, lo que resultaba más útil, fue capaz de esbozar un vago programa para la implantación del liberalismo en España. Ni el Rey era de fiar (como de hecho pudieron comprobar todos los que salieron con la cabeza puesta a precio), ni la mayoría de los españoles parecía estar muy preocupada por la libertad de expresión. Los exiliados intentaron dar a conocer sus ideas y sus impresiones acerca del desarrollo de los hechos que acababan de suceder en España, para lo cual publicaron numerosos textos en prensa y en forma de libro o de folleto. No existe en esta producción teórica unidad de contenidos y de argumentos, falta un programa común y sobran personalismos. Pero incluso así, existe un gran interés por mostrar la injusticia de unos hechos y la justificación de unas acciones. Uno de los objetivos de la producción escrita de estos emigrados era ofrecer a los extranjeros, en este caso a los ingleses, la propia versión de los acontecimientos, pero las traducciones no eran tan frecuentes como ahora, y sólo los que podían escribir el inglés con cierta soltura tuvieron acceso a las revistas y periódicos británicos. Si Blanco White fue uno de los interlocutores principales en esta labor, Alcalá Galiano trataría ser la vía de expresión de la interpretación más crítica, sobre todo con respecto a las actuaciones y omisiones del gobierno británico.

#### **La experiencia británica de Alcalá Galiano: profesor y articulista.**

Galiano, obsesionado por la trascendencia de los hechos vividos, en los que él había tenido un papel protagonista, no paró de observar y analizar las

consecuencias del segundo fracaso constitucional en España. Si bien sus problemas económicos en Inglaterra no le dejaron mucho tiempo para escribir acerca de estos asuntos, procuró, dentro de lo posible, acabar con falsas impresiones sobre lo acontecido durante el Trienio. Su pensamiento en los años del exilio fue llenándose de matices que, dada la escasez de documentos sobre esta época, sólo se perciben a partir de las opiniones esbozadas en los pocos artículos políticos que pueden serle atribuidos y en los planteamientos que sostuvo al regresar a España, planteamientos que, por cierto, le valieron el título de renegado. El abrupto choque con la realidad fue el detonante de toda su transformación. De la autojustificación (que se manifiesta en la miserable condición de España bajo el despotismo) a la autocritica, el pensamiento de Alcalá evoluciona de 1823 a 1830 de forma clara, acercándose cada vez más a un realismo político que años después le encaminará a sostener una concepción sociológica de la constitución. La reflexión de los españoles emigrados se debatía entre el examen del pasado más reciente y las propuestas para la insurrección. En la primera de estas cuestiones, brilló especialmente Alcalá Galiano en su artículo "Spain", publicado en la revista de los radicales benthamitas, la *Westminster Review*. La colaboración aparece, como era habitual, sin firmar, pero el profundo conocimiento de la realidad española en todos sus niveles, el estilo y el tratamiento de ciertos asuntos (en particular, la acusación a Gran Bretaña y la explicación de la declaración de incapacidad del Rey con minucioso detalle -nadie mejor que quien la propuso podía aclararla-) ofrecen muchas garantías sobre su autoría<sup>24</sup>.

La gran influencia sobre la opinión pública de los artículos publicados en revistas como la *Edinburgh Review* o la *Quarterley Review* llevan a considerarlas más como órganos políticos que como jueces literarios, pues tal era, en principio, su objetivo<sup>25</sup>. Ante esta perspectiva, Bentham y James Mill se decidieron a valerse de la prensa periódica para dar a conocer sus ideas reformistas. La renuncia de Mill a constituirse en editor de la que iba a ser la *Westminster Review* (su trabajo en la India House le comprometía a la hora de extremar sus críticas al gobierno) condujo a

<sup>24</sup> De la misma forma opinaba V. Llorens: *Liberales y románticos*, p. 351, y "Colaboraciones de emigrados españoles en revistas inglesas (1824-1834)", *Hispanic Review*, XIX, (1951), p. 133; también hay indicaciones en Major CARTWRIGHT, *Life and Correspondence*, Londres 1826, vol. II, p. 277. Su empeño en inculpar a Inglaterra por haber abandonado la causa liberal española, muy presente en el texto, también fue la razón de que aceptara la redacción de la vida de Riego que Miguel del Riego, hermano del general, le encargó (recibo del adelanto monetario firmado por Alcalá en E. ASTUR, *Riego*, Oviedo 1933, pp. 149-150). La nunca realizada *Vida de Riego* fue encomendada posteriormente al historiador Prescott. La fama del hermano del general era bastante singular y según el conde de Alcudía, embajador en Londres, no representaba ningún peligro pese a sus excentricidades "por la ninguna opinión que merece a los demás refugiados y al poco caso que hacen de sus intentos" (A.H.N., Estado, legajo 8190, fol. 11, carta fechada en Londres el 10 de enero de 1827).

<sup>25</sup> G. L. NESBITT, *Benthamite Reviewing. The first twelve years of the Westminster Review, 1824-1836*, Columbia, 1934, p. 4.

Bentham hacia John Bowring, quien había sido discípulo suyo hacia unos años, y quien resultaba especialmente apto para dicha labor por sus contactos con los liberales del continente, contactos que Bentham pensaba aprovechar para plantear los proyectos radicales fuera de Gran Bretaña<sup>26</sup>. Por otra parte, John Bowring se encontraba en 1824 trabajando en el Comité de Ayuda a los refugiados con Alcalá y Joaquín Lorenzo Villanueva. La colaboración de Alcalá con la *Westminster Review* se produjo por el gran interés que para los radicales tenían los sucesos peninsulares, y por el hecho de que Galiano fuera uno de los pocos españoles que podía escribir con soltura en inglés. Dicha colaboración se vio facilitada por el previo conocimiento de nuestro protagonista y el editor de la revista durante la estancia de Bowring en España en el periodo constitucional<sup>27</sup>. Por aquellos años, los radicales habían comenzado a sentirse políticamente más fuertes. Sus tácticas reformistas habían logrado atraer a muchos antiguos simpatizantes whigs, los cuales, atrincherados en la *Edinburgh Review*, poco estaban aportando a unos grupos sociales que no veían en ellos sino los representantes más liberales de los intereses tradicionales<sup>28</sup>. Los años del exilio español en Inglaterra fueron los más brillantes de la *Westminster Review*, pues la publicación se mantuvo en la línea utilitaria más ortodoxa. Posteriormente, sobre todo a partir de 1828, los choques entre Bowring y James Mill se hicieron cada vez más evidentes hasta provocar la ruptura entre ambos<sup>29</sup>.

El largo artículo de Galiano apareció en abril de 1824 y recoge, en esencia, las otrora anhelantes esperanzas de Galiano acerca de las intenciones de los gobiernos liberales y, sobre todo, una recriminación muy clara a Gran Bretaña por su deserción de la causa de los liberales españoles: "Thus was English influence employed against Spanish liberty and to the advantage of France, and although in the British parliament the ministers professed to observe the strictest neutrality, yet their party, and even they themselves, in act, though not in speech, betrayed an inclination in favour of the French, and of the Serviles, who converted it to their own profile an absolute neutrality is in human nature impossible".<sup>30</sup>

---

<sup>26</sup> J. S. MILL, *Autobiografía*, Madrid, 1986, p. 106.

<sup>27</sup> L. B. BOWRING, *Autobiographical recollections of sir John Bowring with a brief memoir*, Londres 1877, p. 100.

<sup>28</sup> B. FONTANA, "Whigs and Liberals: the *Edinburgh Review* and the 'liberal movement' in nineteenth-century Britain", en R. BELLAMY (ed.), *Victorian Liberalism. Nineteenth-century Political thought and practice*, Londres, 1990, p. 44.

<sup>29</sup> E. HALÉVY, *La formation du radicalisme philosophique. III. Le radicalisme philosophique*, París 1904, pp. 326-327.

<sup>30</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Spain", *Westminster Review*, vol.1, abril 1824, nº 2, p. 315.

La trascendencia que da Galiano al hecho de que Gran Bretaña se moviera guiada únicamente por sus propios intereses es considerable. Posteriormente insistirá en este mismo asunto en varias cartas enviadas al *Times* con motivo del discurso de Canning al parlamento el 12-X-1826<sup>31</sup>. Para Alcalá, la dependencia de los intereses británicos invalidaba todo proyecto insurreccional, pues los liberales españoles, rodeados de potencias absolutistas, no podían arriesgarse a actuar de forma individual, so pena de ser aniquilados, como sucedió en 1823. Es precisamente por esta razón por la que, una vez llegado al poder un gobierno liberal en Francia (1830), Galiano se tomó realmente en serio la posibilidad de llevar a cabo la tan ansiada restauración constitucional. El discurso de Canning fue también muy revelador para otros exiliados, como los redactores del *Emigrado Observador*, quienes afirmaban que, "A lo referido se añadirá que si quizá los emigrados pudieron calcular algún día con que los intereses del gabinete británico auxiliaron sus ideas, contribuyendo a la realización de los planes que su imaginación les presentara, el discurso pronunciado por el Hon. Canning en la sesión del parlamento del 12 de octubre de 1826 cerró la puerta a las más hermosas esperanzas"<sup>32</sup>. Las intenciones del ministro inglés eran muy claras, y ya en 1823 se había manifestado en esta línea de neutralidad en la Cámara de los Comunes, una línea de neutralidad que, obviamente, significaba dejar hacer a Francia: "...I am to instruct your Grace, at once, frankly and peremptorily to declare, that, to any such interference, *come what may, his Majesty will never be a party*"<sup>33</sup>. La postura del gobierno británico consistía, en definitiva, en no apoyar (directamente) a Francia, como le pedía Chateaubriand, el encargado de Exteriores de París, porque "...whenever this country determines upon war, it will wage it, not as an auxiliary, but as a principal". Y en cuanto a España, si bien "Indifference we can never feel towards the affairs of Spain...", "the promise of actual and efficient support

---

<sup>31</sup> En esas fechas, Canning era el encargado del Foreign Office. Un año después, 1827, sería nombrado jefe del gabinete, convirtiéndose además en jefe de los whigs. Desde esta posición, se decidió a llevar cabo importantes reformas en la industria, la agricultura y el comercio. Canning había sido un acérrimo enemigo del despotismo y del absolutismo, de ahí que en algún momento los españoles contemplaran su ministerio con ciertas esperanzas, sobre todo después de ver cómo había apoyado a Portugal (Miguel, el hijo absolutista de Joao IV y la no menos ultramontana Carlota Joaquina, había encabezado una revuelta que, bajo el pretexto de proteger a su padre, se hizo con el poder. La intervención del cuerpo diplomático, sacando al Rey del palacio e instalándolo en una nave inglesa, salvó la vida de Joao y el moderado liberalismo en que vivía Portugal. Daría comienzo aquí el enfrentamiento entre el primogénito y heredero, el liberal Pedro, y el tradicionalista Miguel, conflicto en el que Mendizábal iba a desempeñar un papel tan importante).

<sup>32</sup> *El Emigrado Observador*, n° 3, IX-1828, p. 102.

<sup>33</sup> El día 14 de abril de 1823 Canning explicaba a la Cámara los resultados de la correspondencia mantenida con Chateaubriand a propósito de los asuntos en España. L.T. REDE, *Memoir of the right honourable George Canning late premier of England, with his parliamentary orations, all his essays*, Londres 1827, p. 482. La correspondencia diplomática apareció publicada en el *Times* el 15 de abril del mismo año.

to Spain, this country was not prepared to give"<sup>34</sup>. La *Quarterley Review*, de orientación tory, resumió de forma concisa la posición de los sectores gubernamentales británicos: "Whilst Spain fought for her King against revolution, she was entitled to our most cordial co-operation; but the case is now unhappily reversed, for the cause of revolution is arrayed against the King. We speak of course of the kingly character, for of Ferdinand himself we are unwilling to say anything"<sup>35</sup>.

Pese a la transparencia de todas estas manifestaciones oficiales, la esperanza en el potencial apoyo del gobierno inglés continuaba alentándose entre los círculos españoles. El calor popular, la colaboración con otros sectores políticos y el absoluto convencimiento de la justicia de sus reclamaciones se unieron al entusiasmo provocado por los sucesos de Portugal<sup>36</sup>.

Sin embargo, Galiano, que ya había comenzado a desengañarse de las posibilidades de la ayuda exterior<sup>37</sup>, trató de llevar a cabo en la *Westminster Review* un profundo análisis de las causas del fracaso del gobierno liberal en España. Las reflexiones expuestas en este texto son tal vez las más agudas al respecto, mucho más, como han apuntado expertos en el tema, que todo lo que escribió después sobre el gobierno constitucional. Las conclusiones que extrajo de dicha recapacitación fueron la semilla para sus posteriores análisis acerca del necesario equilibrio social para el asentamiento de un gobierno liberal. En cuanto a la Constitución, Alcalá puso de relieve la existencia de elementos contradictorios en la misma, elementos que si por un lado la convertían en un texto democrático en alto grado, por otro, concedían demasiadas prerrogativas a un monarca que en teoría debía tener sus funciones más limitadas, invalidando un estricto control de sus actividades y decisiones. Se advertía, por tanto, una clara descompensación entre las intenciones de crear una base social sólida que sustentase el desarrollo de las libertades, y las posibilidades que ofrecía la misma Constitución. Las manifestaciones de esta configuración inestable de la constitución iban a ser varias. Primeramente, dotó al Consejo de Estado de una poderosa influencia, "possesing defects without the

---

<sup>34</sup> L. T. REDE, op. cit., p. 486.

<sup>35</sup> "Affairs of Spain", *Quarterley Review*, vol. XXVIII, nº LVI, oct. 1822-enero 1823, p. 540.

<sup>36</sup> La ya tan conocida documentación existente en Simancas que contiene la correspondencia con la embajada española en Londres, indica muy claramente a través de informes y de mensajes del gobierno británico la gran participación española en los preparativos de los liberales portugueses (A.G.S., Sección de la Secretaría de Estado, Documentos relativos a Inglaterra -1823-1832-, legajos 8183-8269).

<sup>37</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, vol 1, p. 219.



advantages of an Upper House, to which it bears an unfortunate resemblance". El Consejo de Estado en la Constitución de Cádiz tenía unas funciones básicamente políticas de asesoramiento al Rey; su desvinculación de los elementos de la administración y gestión política (artículo 231, sobre su composición: prohibía la pertenencia al Consejo de los diputados), su relación directa con el Rey (por ejemplo, según el artículo 238 "el Rey formará un reglamento para el gobierno del Consejo de Estado, oyendo previamente al mismo; se presentará a las Cortes para su aprobación") desmienten en gran parte las apreciaciones de Galiano, pues más que otra cosa, el Consejo de Estado en la Constitución de 1812 aparece como un órgano bastante autónomo en cuanto a las formas de control parlamentario, aunque es muy cierto, como el autor afirma después, que el Consejo se asemejaba mucho a una cámara alta sin serlo realmente (pese a que en el artículo relativo a la composición se limita muy claramente el número de miembros pertenecientes al clero y a la nobleza)<sup>38</sup>.

En segundo lugar, y en lo referente al poder del monarca, su actuación al margen del control gubernamental, condujo a la formación de un "party of chambers", determinante para provocar la división de los constitucionales. Como consecuencia de todo ello, y pese a su excesivo detalle, los beneficios que se podrían derivar de la extensión de los principios constitucionales eran insuficientes: desorden en la administración de justicia, descensos y aumentos bruscos de los impuestos, inexperiencia ministerial... De esta forma, "the people, who in few countries capable of knowing when they are ill or well governed, in Spain were, therefore, quite prepared to favour the insurgents, even for the mere chance of mending their future by a new change"<sup>39</sup>. Acerca de la continuada actuación de la camarilla real insistieron muchos autores. Argüelles, en el *Apéndice a la sentencia pronunciada en 11 de mayo de 1823 por la Audiencia de Sevilla contra sesenta y tres diputados de las Cortes de 1822 y 1823* (Londres 1834), atribuye a este grupo la culpa del hundimiento del régimen liberal, pues pese a la "magnanimidad" de los gobernantes, ellos practicaron

---

<sup>38</sup> Tampoco tenía el Consejo de Estado funciones judiciales, pues en la Constitución de 1812 se abogaba por el principio de unidad judicial (salvo para los fueros eclesiástico y militar), y esto explica en parte su independencia respecto de la Administración, cuyos pleitos habrían de seguirse en los tribunales civiles y penales, incluso así podía proponer ternas para la provisión de plazas en la judicatura. Sobre el Consejo de Estado en la Constitución de Cádiz: M<sup>a</sup> I. Cabrera: "Algunas consideraciones en torno al Consejo de Estado en la Constitución de 1812", *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VI-IX-1996), pp. 233-242; F. TOMÁS Y VALIENTE, "El Consejo de Estado en la Constitución de Cádiz", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, (V-VIII 1995), pp. 9-22. En este último artículo se comenta el importante hecho de que en la composición del Consejo de Estado se pretendió compensar la escasa representación política de los diputados americanos.

<sup>39</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Spain", *Westminster...*, p. 301.

un auténtico boicoteo que posteriormente se uniría a las instigaciones de la Santa Alianza. La culpabilización absoluta a la famosa camarilla dificultó la profundización en el análisis llevado a cabo por Argüelles, pues falta en su pequeña obra una verdadera toma en consideración de la conflictividad interna vivida en el Trienio.

Junto a esta poca proclividad del pueblo a los principios constitucionales en cuanto tales, Alcalá constata la existencia de una serie de frenos y persistencias en la sociedad española, cuya fuerza hacía imposible la transformación: "It was impossible either to take steps for the general improvement of the condition of the people, or to ordain such institutions as would ensure the health and vigour of the body politic without coming into collision with numerous corporate communities, or trampling on interests which in tranquil time should be respected"<sup>40</sup>.

La solución era, por tanto, y siempre teniendo en cuenta que considera que la propiedad es la más sólida base del edificio social, una profunda reforma del sistema económico, aunque hubiera que emplear "some violence" para acabar con la acumulación improductiva de tierra. Así hubieron de actuar Inglaterra y Francia en el pasado, y así debía producirse en España<sup>41</sup>. El error del gobierno liberal fue, según Alcalá, haber actuado de forma incompleta: "they left in the hands of those who had suffered by the partial suppression of abuses, means enabling them to make a stand against the reformers whom they hated for what was past, and feared for what was to come". En su *Curso de Economía Política*, Alvaro Flórez Estrada reflexionaba sobre las mismas cuestiones desde un punto de vista económico. El *Curso*, cuya primera edición fue publicada en Londres en 1828, ahondaba en la necesidad de esa profunda transformación del sistema de producción: "La renta del propietario no redundará sino en beneficio de la clase que la percibe, la renta del capitalista y del trabajador redundará en utilidad de la sociedad entera. El propietario disfruta su renta en la ociosidad sin previo trabajo, sin intervención personal y sin que resulte interés alguno a los asociados. La renta del capitalista procede siempre de una actividad incesante, y es un beneficio útil a los asociados"<sup>42</sup>.

---

<sup>40</sup> Ibidem, p. 293.

<sup>41</sup> Acerca del tradicional carácter ineficaz de los grandes propietarios nobles españoles, que atribuía a su incultura y dejadez, Alcalá escribió en varias ocasiones, incluso cuando disertaba sobre literatura (serie "Literature of the nineteenth century: Spain", en *The Athenaeum*, nº 346, 14-VI-1834, pp. 450-454).

<sup>42</sup> A. FLÓREZ ESTRADA, *Curso de economía política*, en *Obras*, (Madrid 1958), vol. 1, p. 311.

Por consiguiente, el sostenimiento del sistema debía corresponder a las clases medias y a algunos nobles favorables al mismo. Alcalá Galiano no deriva de estas premisas una reflexión particular acerca del lugar que han de ocupar las clases populares, pues las considera meros instrumentos en manos de sectores demagógicos, que pueden inclinarse a favor de unos u otros intereses en función de razones totalmente arbitrarias.

Junto al soporte que podríamos denominar humano o material, Galiano es consciente de que el breve periodo constitucional español ha contado con otro pilar básico, que ha sido lo que designa como la “fuerza moral de la Constitución”. Sin definir exactamente qué entiende por tal concepto, dicha fuerza moral parece presentarse como un impulso natural en la población que se levanta contra cualquier afrenta a los logros del Trienio, en lo que se refiere a libertades. Este es el fundamento que da sentido a los levantamientos liberales en Andalucía en amparo de la independencia, que tuvieron su réplica servil en las algaradas en Cataluña<sup>43</sup>.

Ciertos sectores de la opinión pública británica sostuvieron la creencia de que la Constitución española, y en general el régimen liberal, apenas habían tenido apoyo social. Esto, aparte de formar parte de una particular interpretación de los sucesos, venía a ser una estratagema justificadora de su propia inhibición ante la invasión francesa. Según se ha visto en los artículos de la *Quarterley Review* anteriormente mencionados, los conservadores ingleses entendieron los acontecimientos del Trienio como el resultado de las acciones revolucionarias de una minoría, al contrario de lo que se había producido en 1808: una auténtica insurrección popular en defensa de la integridad nacional frente al ataque foráneo que revelaba una comunidad de intereses entre Rey y pueblo. La postura de la *Quarterley* se sustentaba en argumentos como el siguiente: “and Protestant prejudices entirely set apart, we cannot but attribute this degradation as much to the deadening influence of the Popish religion, as to the paralysing effects of a weak and tyrannical government”<sup>44</sup>. La misma línea se mantuvo en la revista durante todo el periodo de duración del exilio español, pues si bien este artículo, “Affairs of Spain”, fue publicado en 1823, aún en 1831 se sostenían idénticas proposiciones en “A year in Spain”<sup>45</sup>.

---

<sup>43</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., pp. 300-301.

<sup>44</sup> “Affairs of Spain”, *Quarterley Review*, vol. XXVIII, n° LVI, 1822-23, p. 544.

<sup>45</sup> A. Slidell, “A year in Spain, by a young American”, *Quarterley Review*, n° XLIV, enero-febrero 1831, pp. 319-342.

Las acusaciones de falta de arraigo popular de las ideas liberales en España no gustaron en absoluto a los emigrados. Alcalá Galiano, al margen de las consideraciones expuestas en el texto que estamos comentando, se pronunció de forma airada en cartas al *Times* acerca de esta cuestión, ya que, en su opinión, no aceptar la presencia de una ideología liberal en el pueblo español, era condenarlo ad aeternum al despotismo<sup>46</sup>. Por otra parte, esa misma impregnación social de la Constitución había contribuido a sostenerla a pesar de la carencia de firmeza del gobierno, "con lo cual demostró que al menos la efectiva mayoría de los españoles estaba a favor suyo".

De la reflexión acerca de la actuación del rey Fernando VII durante el Trienio liberal se esbozan, en los pocos textos de carácter político que escribió Galiano en este periodo, una serie de planteamientos claves que si por un lado le hacen entroncar con pensadores contemporáneos, por otro le ofrecen la lección de historia práctica más aguda que pudiera presentarse a ningún observador. Se encontraron los liberales con un hecho contradictorio: un rey contumaz en sus deslealtades que ha engañado a todo el país, pero que ha demostrado saber aglutinar las posiciones populares con más éxito que cualquier principio constitucional, por más bondades que éste prometiera. Se hacía necesaria, por tanto, una nítida delimitación de la persona de Fernando VII de la institución que encarnaba, y valorar ésta como elemento fundamental de unidad social en todo proyecto político que se idease para el futuro de España. No todos partieron de estas premisas, y en lugar de separar la institución del Rey, optaron por asentar principios republicanos que, si bien ya habían aparecido en años anteriores, ahora encontraban todo su sentido y justificación<sup>47</sup>. Alcalá se planteó el tema de la monarquía, al menos en este momento, desde un punto de vista práctico: "It has been wisely remarked, that the revolution of an absolute monarchy cannot be consolidated without supplanting the reigning despot by a republican government or by a new dynasty. The sovereign by right or birth will never

---

<sup>46</sup> *Times*, 26-XII-1826 (aparece también en el *Examiner* del mismo mes).

<sup>47</sup> Antes de este periodo, el único republicano destacable es el abate Marchena, aunque no han de olvidarse comentarios muy sugestivos a este respecto como los que aparecen en el periódico *El Español Constitucional* (muy influido ideológicamente por Alvaro Flórez Estrada y dirigido por Fernández Sardinó y M. Acevedo). Sirva como ejemplo este fragmento de su primera época: "Además, verificada la revolución, nada tendría de extraño el que la España, que tanto había trabajado en la causa de los reyes, resentida de que estos nada hubiesen hecho para aliviarse las cadenas, tratase de formar un gobierno republicano" (vol. 1, nº 2, X-1818, p. 75). En estos años, sin que pueda hablarse de republicanismo, desde luego, comienza a atisbarse una cierta reflexión acerca del papel de la monarquía en el sistema político. Si algunos pensadores tratan de insertar la Corona en el sistema (y no colocarla por encima) a través de mecanismos constitucionales que regulen su actuación, otros comienzan a plantearse la posibilidad de su inexistencia como tal institución. Junto a ambos, y con respecto a España, estaban aquéllos que hablaban de la sustitución de la dinastía.

consent to be indebted for his throne to the will of the nation. He will employ the power that remains to him in endeavouring to recover what he has lost, and will strive to corrupt or disturb the exercise of his government, so that it shall be inadequate to the purposes for which it was instituted, or through continual alarms and struggles again fall under his absolute dominions. What could be expected from the depraved, the hypocritical, the false, and the perjured Ferdinand, though transformed from a tyrant into a popular magistrate. Hated, and what it worse, humbled, he inspired neither compassion nor respect; aggravated by the recollection of the past, and the dread of the future, an opposition was to be expected, as violent through its fear, as insolent through its contempt of the monarch"<sup>48</sup>.

Era incuestionable, por tanto, que nada podía esperarse de Fernando VII. Al contrario que otros exiliados<sup>49</sup>, Galiano, al analizar la actuación del monarca, no creía posible una regeneración del sistema político español sobre las bases sobre las que había estado asentado hasta 1823. De sus palabras parece deducirse la existencia de un dilema trascendental: ¿hubiera sido posible la revolución de 1820 prescindiendo del Rey?. No encuentra salida a esta encrucijada, pues, si como ha puesto de manifiesto, el sentimiento de adhesión al monarca es más fuerte que cualquier otro tipo de lealtad política, también es muy cierto que, en la experiencia española, resultaba ser una "...unwise and even ridiculous submissiveness with which the nation accepted that mendacious pieces of mockery from the hands which had signed the decree of the 4th of May, 1814, been imbrued in the blood of patriots...". A pesar de todo, del conjunto del texto escrito por Galiano para la *Westminster Review* se desprende la idea de la necesidad de la monarquía como cabeza del sistema, aunque tal apariencia, apenas bosquejada en estos años, tendrá posteriormente un desarrollo considerable. A través del comentario concerniente a la declaración de incapacidad del Rey, se pueden intuir ciertas cuestiones a este respecto. Por un lado, se observa la contraposición entre el convencimiento de que el Rey había estado actuando de forma irregular, sobrepasando sus limitaciones constitucionales, y por otra, el hecho de que si se procedía contra el monarca, se estaban dando argumentos al enemigo, es decir, a los franceses y a los anticonstitucionales. Pero tal

---

<sup>48</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Spain", *Westminster Review*, pp. 291-292.

<sup>49</sup> *El Emigrado Observador*, nº3, sept. de 1828, p. 112; nº5, nov. de 1828, p. 165. *El Emigrado Observador* mantenía, con respecto a la monarquía, una posición más cercana al paternalismo ilustrado (con malos consejeros que desvirtúan sus buenas intenciones incluidos) que a las funciones que deben corresponder a un rey en un régimen constitucional: "...mientras Fernando, desengañado de que no le son afectos los que se han empeñado en pasar por amigos exclusivos de su persona, no adopte el camino de la inflexible neutralidad, reuniendo a todos los súbditos y apartando de ellos la cizaña que los destruye", nº2, agosto de 1828, p.76-77.

vez lo más importante fuera que comportarse de esta manera, les retraería a los liberales el apoyo de los aquellos que querían modificar la Constitución, elementos fundamentales para dar garantías del funcionamiento legal de las Cortes; por consiguiente, el único camino abierto para detener las operaciones del Rey era inhabilitarlo reglamentariamente. Junto a estas consideraciones puramente tácticas, comienzan a atisbarse en Alcalá reflexiones acerca de las antiguas disquisiciones de Sièyes en torno a la soberanía, la división de poderes y la configuración del poder neutro, modernizadas por las teorías de Constant<sup>50</sup>. Tales consideraciones se advertirán muy directamente en las *Lecciones de derecho político* que Alcalá habría de dictar en el Ateneo de Madrid a partir de 1838.

La conflictividad política del Trienio liberal fue consecuencia, según nuestro autor, de las diferentes interpretaciones de los sucesos acaecidos en España desde 1808. La instauración del régimen liberal puso de manifiesto tales disputas, y lo que resultó más importante, las convirtió en distintos proyectos políticos, contrapuestos en casi todos los aspectos. Esencialmente, la discusión se articulaba alrededor de la Constitución: ¿era la Constitución el fin de la revolución o, por el contrario, sólo venía a ser el inicio y la pauta a seguir por la que había de producirse una auténtica transformación del país?. El primer grupo de proyectos, de carácter moderado, traía a colación el ejemplo de la Revolución francesa, y no veía más salida que, dada la precaria situación de España en el contexto internacional, contentar a las potencias exteriores y “to flatter the King that he might become well satisfied with the use of his legal prerogative...”, así como consolidar el sistema olvidando resquemores del pasado. El grupo más radical, por su parte, afirmaba que la revolución contaba con multitud de enemigos, sobre todo internos (siendo el Rey el primero y principal), ya que “although the constitution existed de jure, it did not, nor can could it, exists de facto”. Por eso proponían tanto una firme energía en la defensa de la Constitución como la creación de intereses dependientes de ella. Del artículo se desprende la impresión, corroborada por su trayectoria, de que apoyó con convicción esta última orientación, especialmente por la absoluta necesidad de crear apoyos sociales a la Constitución, apoyos que fueran más allá de entusiasmos eventuales por rápidos

---

<sup>50</sup> Los llamados “anglómanos” de la Asamblea francesa de 1789 contribuyeron también de forma efectiva a la reflexión de Constant sobre el papel de la monarquía en el sistema político (CONSTANT, en *Réflexions sur les Constitutions*, se refiere especialmente al conde de Clermont-Tonnerre, Mounier y Lally-Tollendal). Sobre este aspecto resulta muy interesante el artículo de Joaquín VARELA-SUANZES “La monarquía en el pensamiento de Benjamin Constant (Inglaterra como modelo)”, en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 10, (sep.-dic. de 1991), pp. 121-138. La influencia de Constant en Alcalá Galiano es determinante, él mismo confiesa en sus *Memorias* “la gran afición” que tenía a las doctrinas del pensador francés.

procesos de cambio. Las divisiones entre los dos grupos fueron favorecidas por un sector dirigente que constituía un partido y cuya composición y descripción es descrita por Galiano del siguiente modo: "It was composed of some grandees, formerly constitutionalists, who fancied, that with the establishment of an upper house, they might obtain a degree of consideration equal to that enjoyed by the peers of England; -of some councillors of state, who believed that their body would be the nucleus of that upper house; and perhaps the greater part of the old partisans of Joseph Bonaparte, known by the name of Afrancesados, who partly by the former antipathies between themselves and the liberals, and partly by the conduct maintained towards them, they were waging an inveterate war. A party composed of those elements was of little value in the revolution. But on the entrance of the French army in Spain, it formed a dangerous centre of union; since, having points of contact with the two conflicting opinions and the enlightened part of the invaders; it was enabled to render defection less odious, and to impart a semblance of respectability to the servile party"<sup>51</sup>.

En definitiva, la intención de Alcalá Galiano es mostrar cómo un gobierno débil, con una oposición deseosa de hacerse con el poder por creerse en posesión de una razón tan válida como la del partido en el gobierno, se vio totalmente rodeado de enemigos, sin que ninguno de los constitucionales fuera consciente de dónde estaba el adversario. A pesar de todo, siempre se actuó de forma totalmente correcta, atendiendo a los preceptos legales más sagrados, de ahí que la declaración de guerra siempre fuera un expediente más digno que entregar el país en manos de un rival cuya pretensión no era otra que destruir lo que tanto derramamiento de sangre liberal había costado levantar. Si bien en el artículo de la *Westminster Review* Galiano lleva a cabo un profundo análisis de los sucesos políticos del Trienio liberal y los pone en relación con las dificultades existentes para implantar en España un gobierno constitucional, sus conclusiones no llegan a diseñar las pautas que, según su punto de vista, deben seguirse para desarrollar dicha tarea. En resumidas cuentas, Galiano no se plantea, en 1824, realizar una revisión radical de la Constitución de 1812. Al contrario que Blanco White, Alcalá, aunque intuye que gran parte de los impedimentos proceden de un texto tan rígido, aboga más por la toma en consideración de aspectos tanto formales (el papel de la monarquía), como sociales

---

<sup>51</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Spain", *Westminster Review*, p. 302.

(transformación material de la sociedad española para crear unas clases sociales ligadas al régimen liberal).

### **Escritos de la emigración: estrategias del liberalismo.**

El análisis de la producción teórica de los emigrados por medio de revistas, libros y cualquier otro soporte que no tenga como objetivo mover a la insurrección, obliga a canalizar ideas y propuestas a través de varios puntos principales de apoyo, pues la variedad de temas tratados es tal, que complicaría en extremo las cosas. Los liberales españoles, además de política, escribieron de arte, de música, de teatro, de literatura, de ciencia, de economía, etc. Centrarse en los textos de carácter político y constitucional fuerza a obviar otros asuntos, muy interconectados, pero superfluos para determinar la elaboración de distintas estrategias para el futuro. Vamos a tratar de ajustar la materia en torno a varios aspectos, como son el análisis del pasado reciente (con lo que esto puede tener de proyección hacia el futuro), la valoración de la actuación del Rey para un posible replanteamiento de su papel en el sistema político, la observación de la práctica constitucional y la posibilidad de reforma de la Constitución de 1812 (especialmente en cuestiones clave como la instauración de una segunda cámara) y por último, los proyectos, si de tal forma son trazados, de un régimen liberal (base social del mismo, diferencias con los anteriores periodos constitucionales, pactismo, etc.). El objetivo de esta selección es delimitar las distintas estrategias con las que los grupos liberales regresaron a España tras el decreto de amnistía de la reina María Cristina, programas que son el fundamento de todas las disputas en la configuración del régimen constitucional español del periodo isabelino y de una división entre los liberales que va incluso más allá de la separación entre moderados y progresistas.

La evaluación de la experiencia del Trienio movió a los liberales españoles a pensar con más profundidad en las causas internas del hundimiento del sistema liberal. Desde luego, las acusaciones personales fueron moneda corriente, pero llevando el buril un poco más al fondo, es posible encontrar información interesante<sup>52</sup>. Los *Ocios de españoles emigrados* fue uno de los periódicos más prestigiosos de los

---

<sup>52</sup> Algunos se quedaron sólo en la acusación personal pura y dura, como por ejemplo las críticas a famosos personajes del Trienio que llevó a cabo Nicolás Santiago ROTALDE en *La España vindicada o baraja de fulleros en la época de la revolución española*, Londres 1825. Este panfleto, aparte de ser sumamente divertido y recoger la línea emprendida en los periódicos satíricos del Trienio, resulta algo brutal y simplificador en sus reproches. Rotalde, al abandonar el exilio inglés por Francia, cosechó numerosos problemas con la policía (ver el citado artículo de M.A. REES, "Un refugiado agresivo: Nicolás Santiago Rotalde y el gobierno francés de los años 1830", en *Hispania*, nº 150, (1982) pp. 207-219).



publicados por la emigración. De carácter moderado, sus autores trataron de ofrecer una reflexión del periodo anterior desde la más firme observancia de los preceptos constitucionales, lo que no es óbice para que en algunas ocasiones, aparezcan sorprendentes ambigüedades<sup>53</sup>. Desde la óptica de estos liberales, que podríamos denominar doceañistas, el balance del Trienio oscila entre las acusaciones a las potencias extranjeras como Francia (y con ella los demás miembros de la Santa Alianza) y el lamento por las divisiones internas entre los liberales. En un interesante artículo titulado "De las resistencias que se oponen al restablecimiento del orden en España", inserto en la sección "Desengaños políticos" (habitualmente redactada por Canga Argüelles<sup>54</sup>), se lleva a cabo un profundo análisis social de los enemigos del sistema constitucional, delimitando con claridad la responsabilidad que les cupo tanto a nobles como al clero en el hundimiento del régimen. Sin embargo, la conclusión es pesimista: enemigos exteriores y enemigos interiores obligaban a reconocer que "La Constitución de Cádiz cayó, y tratar de restablecerla, serviría para reproducir los males, y perpetuar la desunión haciendo tan vana como risible la resistencia que sus amigos prestasen a un acomodamiento. Risible, digo, porque ¿con qué cuentan para sostenerla?"<sup>55</sup>. No puede juzgarse la orientación política de toda la publicación por las opiniones vertidas en los "Desengaños políticos". La posición más común es de la del rechazo a los extremismos desde la moderación: "Convengamos en que las escenas que pasan en España son consecuencia inevitable de la guerra de principios que en ella mantiene el deseo, en los unos de conservar un desenfrenado absolutismo, y en los otros de hacer triunfar el gobierno moderado que es el originario de la nación". Pero aún así, sigue siendo la constitución la razón de la lucha. Desde la perspectiva de los *Ocios*, España no tiene otra solución, si su deseo es implantar un régimen constitucional que recurrir a combinar sus intereses con los "intereses de la nación inglesa". La interpretación de los *Ocios* tenía como objetivo presentar a la escena internacional una imagen de España y de sus pretensiones liberales mucho más

---

<sup>53</sup> En especial, con respecto a todo lo que se refiera a juicios acerca de la independencia de América. Esta imprecisión viene dada por un hecho tan simple como la presencia de Vicente Rocafuerte en la redacción de los *Ocios*. Rocafuerte, diplomático de la legación mejicana, junto a contribuciones teóricas, en particular sobre derecho público, ofreció considerables aportaciones económicas a la revista. Era muy destacada en Londres, ya desde principios del siglo, la presencia de emigrados iberoamericanos; acerca de sus andanzas, C. P. SUNYER escribió su libro *Patriotas americanos en Londres*, Caracas 1978. Sobre los *Ocios*, aparte del libro de Vicente Llorens, puede verse E. SOLER PASCUAL, "Ocios de Españoles Emigrados: una revista del exilio londinense", en A. Mestre Sánchez y E. Giménez López (ed.) *Disidencias y exilios en la España moderna*, Alicante 1997, pp. 833-848.

<sup>54</sup> Según afirmación de V. Llorens, en *Liberales y románticos*, p. 308.

<sup>55</sup> *Ocios de españoles emigrados*, vol. 6, nº 28, julio de 1826, p. 32. La postura de Canga Argüelles ha de ser considerada con cierta precaución, pues ya desde antes de volver a España estuvo tratando de matizar sus opiniones para lograr un permiso de entrada. Incluso llegó a haber sospechas sobre su fidelidad a la causa constitucional, según recogen los informes de Cea Bermúdez desde la embajada en Londres (A.H.N., Estado, legajo 5518, caja 2).

cercana a la medida que los radicalismos de partido, por lo que su esfuerzo por estudiar la tradición parlamentaria nacional, por ponerla en relación a lo hecho en el Trienio y por acercarse lo más posible a los principios rectores de la política inglesa estaba, en el fondo, sugiriendo la posibilidad de reconstruir el sistema político sobre bases más templadas que las que sustentaron el Trienio, evitando en lo posible cualquier acusación de jacobinismo.

Visiones más radicales y más críticas son las que ofrecieron otros autores y publicaciones. *El Español Constitucional*, periódico redactado por Fernández Sardinó y Manuel Acevedo y directamente inspirado por Alvaro Flórez Estrada, sostuvo que la principal causa del fracaso del Trienio fue precisamente lo que los *Ocios* alabaron tanto: la moderación. Moderación que impidió detener la confabulación de los enemigos del sistema, y que se plasmó de forma peligrosa en la interdicción, por parte de las Cortes, de la institución de los jurados: "Alucinadas sin duda por la rutina y no atreviéndose a hacer una innovación que incomodase a los abogados y jueces, defraudaron a los honrados españoles de un derecho tan natural y tan propio de una nación que quiere ser libre; pues sin él no puede haber seguridad personal, ni libertad civil"<sup>56</sup>. Desde estas posiciones se manifiesta un programa muy diferente: la misma denominación del proceso, revolución o "nuestra revolución", implicaba la necesidad de inclinar la balanza hacia el lado popular, entendiendo por tal el escoramiento de la revolución por el bando exaltado. Según los redactores del *El Español Constitucional*, la clave del fracaso vino dada por la inactividad del pueblo, inactividad que a su vez estuvo motivada por el gran respeto y consideración a los "patriarcas del liberalismo" (los doceañistas), miembros de los primeros gobiernos: "Si tales ataques a la libertad hubiesen venido de hombres menos acreditados, tal vez se hubiera desplomado la cólera del pueblo sobre sus cabezas; mas este pueblo débil y sencillo, no acertando a creer que los que en otro tiempo le habían proclamado libre, pudiesen pensar en oprimirle, dio el falsísimo paso de respetar sin examen y obedecer sin réplica sus determinaciones, desconociendo la posición peligrosa a que le iban arrastrando por momentos"<sup>57</sup>.

Juan Romero Alpuente escribió en Londres un libro titulado *Historia de la revolución española en los años 1820 a 1823* con objeto de dar a conocer su opinión

---

<sup>56</sup> "Reflexiones sobre una de las causas del triunfo efímero de los serviles en España", *El Español Constitucional*, nº XXXVII, febrero de 1825, p. 320.

<sup>57</sup> "Milón a Filópatro sobre la confianza y la desconfianza", *El Español Constitucional*, nº XXXVIII, marzo de 1825, p. 256.

acerca de las causas que llevaron al desastre al Trienio liberal. Necesidades económicas le obligaron a vender el manuscrito en 1831 a un comerciante que en realidad era un agente absolutista, por lo que el libro jamás llegó a ver la luz<sup>58</sup>. La *Historia de la revolución española* rezuma rencor y desengaño, pero aún así apunta observaciones de gran interés. Coincide con el parecer de los autores del *El Español Constitucional* en la necesidad de dar un giro radical a la revolución: "Este mismo temblor de los opresores por figurárseles que su prosperidad no podía sostenerse sobre las ruinas de las demás clases estaba señalando el camino que debía seguirse en la revolución, sin extraviarla de él un momento ni un ápice siquiera so pena de perderse"<sup>59</sup>. La disolución del ejército de la Isla, "el ejército libertador", fue el detonante que debió haber concienciado a todos los liberales de que la revolución se estaba perdiendo.

En relación a la figura de Fernando VII, las posturas coinciden en lo básico: su actuación fue funesta para los constitucionales. Culpable de traición (*El Español Constitucional*), de la degeneración de España (*Ocios de españoles emigrados*), de ingratitud, de perfidia, son los calificativos más comunes. La especulación que los exiliados elaboraron en torno a la personalidad del Rey y sus intervenciones políticas es, quizá, uno de los principales puntos a considerar por su posterior trascendencia. Si bien la culpabilización es tónica general, hubo quien matizó sus posturas en una línea tradicional, acusando al Rey de estar mal aconsejado, encontrando en los franceses a los verdaderos enemigos de España<sup>60</sup>. *El Emigrado Observador* desde estas consideraciones advierte que "No se crea que al enunciar nuestros votos nos propongamos hacer triunfar en España las opiniones liberales, cuya profesión nos ha conducido al destierro...". Sin embargo, no deben tomarse estas afirmaciones como las más generalizadas, pues con mayor o menor acritud, la crítica a Fernando VII conducía a replantearse seriamente los poderes que debían concederse al monarca en una posible instauración del liberalismo en España. Un inteligente observador

---

<sup>58</sup> J. ROMERO ALPUENTE, *Historia de la revolución española en los años 1820 a 1823, o sea, explicación de las causas por las que se perdió la libertad constitucional*. Cuando se trajo a España, el libro fue depositado en la Biblioteca del Palacio Real. En la actualidad su consulta se ha facilitado gracias a la publicación que ha hecho el Centro de Estudios Constitucionales del escrito, con un fundamental estudio introductorio de toda la obra de Romero Alpuente a cargo de Gil Novales, Madrid 1989.

<sup>59</sup> J. ROMERO ALPUENTE, *Historia de la revolución española y otros escritos*, vol. 2, p. 144 (p. 6 en el original).

<sup>60</sup> "Con la salida de las tropas extranjeras, llega el momento en que el monarca español, emancipado de la armada tutela extranjera que ha sufrido, acredita a la faz del mundo que está en el llano de la libertad, fijando de una vez la suerte del pueblo que dirige, estableciendo las bases de su bienestar, estimulando la reconciliación, sofocando los partidos, y haciendo entrar a todos en la senda de sus deberes", *El Emigrado Observador*, nº 5, noviembre de 1828, p. 165.

como era Quintana planteó las cosas con toda claridad: "...y el daño vino del vicio originario y capital que acompañaba nuestra revolución desde el principio. Quiero decir, Milord, de la repugnancia invencible que el Rey tenía al gobierno constitucional y de su disposición siempre constante a cooperar con cuantos tratasen de destruirle"<sup>61</sup>.

Aunque no se abogaba por la ruptura total con la institución, ciertamente, sí se profundizó en el análisis de nociones como la de legitimidad con objeto de divulgar un concepto de soberanía que, si bien tenía un origen popular, se hallaba matizado y compensado por el desarrollo histórico en unas expresiones legales que eran el resultado de siglos de práctica política. Así se pronunciaban los *Ocios de españoles emigrados*, para obtener un reconocimiento internacional de las posiciones moderadas. En un artículo titulado "De la legitimidad" se lleva a cabo un profundo estudio de lo que podríamos denominar carácter pragmático de la legitimidad que sólo se mantiene "sosteniendo las leyes, sobre las cuales estriba el derecho de los reyes para mandar y la obligación de los súbditos para obedecer". De este modo, la legitimidad es presentada como el fundamento mismo de todo sistema político, pues es ella la que otorga un lugar y un papel a cada uno en la comunidad política, además de ser la garantía de la estabilidad y el orden. Junto a esto, se proyecta la imagen de la legitimidad como un proceso dinámico, que se transforma en el tiempo a medida que se suceden las transformaciones sociales, pero que está más en el fondo que la propia institución de la monarquía, llegando a insinuar que incluso más profundamente imbricada en el sistema que las dos dinastías de origen extranjero que han gobernado nuestro país desde Carlos I<sup>62</sup>. Mediante esta explicación, trata de dignificarse la lucha por la libertad, lucha inserta en el mismo pueblo: "la nación compró su independencia y libertad con el propio caudal de su sangre, de sus virtudes, de sus fortunas y de su constancia". En definitiva, el propósito era tratar de fundamentar la defensa del sistema constitucional en argumentos historicistas, alejados de cualquier insinuación de jacobinismo. En este contexto, Fernando VII ha traicionado la confianza puesta en él, pues ha vulnerado las "antiguas y venerables leyes fundamentales" en aras de un despotismo que nada tiene que ver con la tradición nacional. A través de tales planteamientos se trata de justificar tanto la

---

<sup>61</sup> M. J. QUINTANA, *Cartas a lord Holland*, Madrid 1853, p. 160.

<sup>62</sup> "La legitimidad", *Ocios de españoles emigrados*, vol. 2, nº8, noviembre de 1828, pp. 311-327.

revolución de 1820 como la demanda de justicia para con la causa de los liberales españoles.

Con menos sutilezas teóricas, Romero Alpuente se pronunció en la misma línea, señalando el error que fue hacer una revolución con su mayor enemigo al frente. El análisis del magistrado aragonés tiene la particularidad de señalar que el Rey no engañó a nadie, que fueron los liberales los que se dejaron engatusar, y que además cometieron todo tipo de torpezas para que el monarca creara su propio partido y reforzara sus poderes (y una de estas torpezas, para Romero Alpuente la de mayor calado, fue la disolución del Ejército de la Isla). Si bien, como señala Gil Novales en su estudio introductorio, Romero Alpuente no era un republicano, en sus escritos se manifestaba, cada vez de forma más clara, la identificación de monarquía parlamentaria con régimen liberal, encontrando imposible ningún tipo de transacción con un rey como Fernando VII. Un monarca realmente unido a la constitución y controlado por las cortes y el gobierno de forma efectiva parece ser, según su interpretación, la única solución viable. Con mayor radicalismo enunció el periódico de Flórez Estrada sus pronunciamientos: Fernando VII era un rey incapaz de reinar por ilegitimidad, al haber abandonado sus funciones marchando a Francia como hizo en la época de la invasión napoleónica: "porque es indudable que uno de los casos en que un rey pierde el derecho a la corona, según opinión conforme de los publicistas, es aquel en que abandona enteramente sus funciones (como Fernando lo hizo entonces), o sujeta su pueblo al dominio de una potencia extranjera (como indirectamente lo hizo también Fernando), porque se sigue una verdadera disolución del gobierno y de la sociedad"<sup>63</sup>. A fin de cuentas, la razón del fracaso del Trienio, al menos la más visible, estaba clara para todos los observadores que la quisieran ver, y no le hubieran venido nada mal a Fernando VII ni al régimen constitucional "avisos históricos" como el que enunció un anónimo articulista en los moderados *Ocios*: "Mas si depreciando Fernando los consejos del honor y de la razón insiste en conservar el mando absoluto, los continuos estallidos del pundonor vulnerado, la zozobrosa inquietud que rodea su trono y que le obliga a multiplicar los horrores y los escándalos, no le ofrecen un negro resultado, Carlos I de Inglaterra y Enrique IV de Castilla deberán recordarle el fin de los excesos, y de las crueldades de los reyes. ¿Y

---

<sup>63</sup> "Continuación del buscapié al Ensayo imparcial sobre el gobierno del rey D. Fernando VII", *El Español Constitucional*, nº XXVIII, junio de 1824, p. 180.

aquellos monarcas ofrecieron tan singulares datos de fatalidad y desorden como presenta Fernando?"<sup>64</sup>.

La Constitución de 1812 se había convertido en una especie de símbolo para los emigrados, un símbolo de la regeneración de los españoles<sup>65</sup>. Esta imagen de la capacidad purificadora de la libertad a través de su plasmación en un texto y del poder inhibitor y neutralizador de la voluntad del despotismo circulaba ya desde finales del siglo XVIII, como un lugar común que se manejaba entre los círculos ilustrados; su origen está en la vieja noción dieciochesca la extensión de la educación y las luces para el progreso humano. Este arquetipo se mantuvo entre los liberales españoles porque la imposibilidad real de ejecutar los designios que el programa de la libertad exigía, condujo a una mitificación creciente del texto constitucional como referente último del proyecto liberal. En este sentido, la experiencia del Trienio fue la primera puesta a prueba del texto, de manera que sólo a partir de ese momento se hizo necesario reflexionar acerca de la posibilidad de reformar determinados aspectos. La reforma de la constitución se convirtió, dado este hecho, en algo más que una simple modificación con objeto de hacerla más aplicable: reformar la Constitución era introducir elementos ajenos en el conjunto de referentes tradicionales del liberalismo español, que se movía sin un proyecto concreto, sin unos principios elaborados y macerados por la práctica y la reflexión. Ya desde los primeros gobiernos del Trienio, Inglaterra sugería a los embajadores españoles el requisito de dichas innovaciones para lograr el apoyo del gabinete británico<sup>66</sup>, y posteriormente, salvo los radicales seguidores de Bentham, tanto el ambiente whig como el tory continuaron manteniendo las mismas objeciones a los liberales españoles.

---

<sup>64</sup> "¿En qué pararán los escándalos de España?", *Ocios de españoles emigrados*, vol. 2, nº 9, diciembre de 1824, p. 429. En relación a esto, y sin tener comprobación exacta de su veracidad, hay que apuntar que existió una denuncia de una supuesta conjuración para matar al Rey Fernando VII. Un tal William Copeland confesó haber escuchado tales planes a los exiliados españoles. El embajador, Cea Bermúdez, solicitó colaboración al gobierno inglés (Correspondencia entre el Home Office y el Foreign Office, 12-X-1830, P.R.O., H.O. 32/16).

<sup>65</sup> *Ocios de españoles emigrados españoles*, vol. 1, nº 4, julio de 1824, p. 295.

<sup>66</sup> A.H.N., Estado, Correspondencia diplomática con la embajada de Inglaterra, en particular el legajo 5473 perteneciente a 1822. Los *Ocios* reprodujeron (abril de 1827) un fragmento de una carta de Canning a lord Stuart (3-febrero-1823) sobre este asunto: "Podemos sin escrúpulo recomendar a España que modifique la Constitución de 1812. El derecho público autoriza a una potencia amiga para que sugiera a otra consejos dirigidos a establecer mejoras interiores en su gobierno, siempre que se ejecute de buena fe y sin aire de exigencia y no se traten de sostener con la fuerza; mas el gobierno británico jamás podrá aconsejar a ningún pueblo que haga alteración alguna, por ventajosa que fuere, partiendo del principio que se enuncia en el discurso del rey de Francia, y el cual toca a la base de la constitución británica" (vol. 7, p. 153).

El principal punto, objeto de la eventual reforma iba a ser la tan debatida organización de las Cortes en una o dos cámaras. Sobre la instauración de la cámara alta se debatió con gran interés en la prensa del exilio. En líneas generales, puede hablarse de la existencia de dos posturas a este respecto. Los *Ocios de españoles emigrados* incluyeron bastantes artículos sobre esta cuestión, manteniendo una posición favorable a la cámara alta: "Una vez que la razón y la experiencia demuestran la necesidad de un cuerpo que haciendo parte del legislativo, temple en los gobiernos moderados las efervescencias populares, corrija los arranques a las veces impetuosos del celo de la libertad e imprima a las leyes el carácter de la imparcialidad y del detenimiento que consolidan su fuerza, vigorizando la mano encargada de su ejecución, ¿cómo es que los españoles que bajo el imperio de su antigua constitución reconocieron esta base, la abandonaron en el año de 1812 cuando tratando de promover la gloria, la prosperidad y el bien de toda la nación, asegurando de un modo estable y permanente el entero cumplimiento de sus antiguas leyes fundamentales?"<sup>67</sup>.

Continuidad histórica y renovación son los pilares sobre los que, según la orientación moderada, ha de basarse la institución. La "desigual distribución de la riqueza territorial... cierra la entrada de la cámara alta o senado a muchos individuos, que dotados de prendas relevantes ocuparían con honor sus augustos escaños". Desde este presupuesto, los sectores menos radicales si bien abogaban por la inclusión de otros colectivos, en ningún momento renunciaban a la tradicional composición del senado: "Si el haber concurrido a Bayona algunos grandes fuera causa suficiente para negar a toda la clase la entrada en la cámara alta, por igual razón deberían excluirse de la del pueblo a algunas clases, dejándola franca a una que no tiene en su favor la razón y la experiencia". En la misma línea, aunque con un tono aún más moderado, se manifestaba Agustín de Argüelles. Su filiación doceañista y su estrecha vinculación con los círculos del poder del Trienio le llevaron a escribir el *Apéndice a la sentencia pronunciada en 11 de mayo de 1825 por la Audiencia de Sevilla contra sesenta y tres diputados de las Cortes de 1822 y 1823*<sup>68</sup>. Esta pequeña obra es una explicación bastante almibarada de los sucesos del periodo constitucional que centra su acusación en la presión absolutista exterior. Sin

<sup>67</sup> "¿El establecimiento en España de una cámara alta o de un senado, ofrece obstáculos invencibles?", *Ocios de españoles emigrados*, vol. 7, nº 3 (2ª época), julio de 1827, p. 302.

<sup>68</sup> El opúsculo de Argüelles fue publicado en Londres en 1834 (la introducción está fechada el 21 de abril de 1827). Saldría a la luz de nuevo en 1864 (en Madrid) con otro título: *De 1820 a 1824. Reseña histórica*, con anotaciones biográficas elaboradas por José de Olózaga y prólogo de Angel Fernández de los Ríos.

profundizar adecuadamente en las verdaderas causas del fracaso liberal, Argüelles imputa a la precipitación con la que se pretendía transformar la Constitución (precipitación ajena a los políticos españoles) la catástrofe nacional. Prudencia y sensatez son los apelativos más utilizados por Argüelles para caracterizar la conducta de los liberales españoles. Dentro de un rígido formalismo (“...la delicada disputa sobre reformar la Constitución antes de la época señalada”), las esperanzas del orador de las famosas “páginas” se centraban en que “la libre discusión y las lecciones prácticas de la experiencia ilustrarían la opinión pública”; partiendo de estas premisas, era inevitable que Argüelles encontrase en las potencias de la Santa Alianza las razones de la derrota liberal, lo que, por otra parte, no invalida en absoluto su análisis.

Aunque publicado en Burdeos, el folleto titulado *Discurso sobre lo que con la muerte de Fernando VII sucederá en España* recogía en esencia las consecuencias que Romero Alpuente había obtenido de su análisis del sistema político británico. Sus conclusiones terminaban en un rotundo rechazo de la cámara alta, no por si misma, sino para España, pues, y en esto mantenía las mismas posturas que con respecto al Rey, no era posible dejar el sistema liberal en manos de sus mayores enemigos. La distinta composición de la sociedad española en relación a la inglesa obligaba a buscar otro tipo de soluciones que pasaban necesariamente por la proclamación de la Constitución tal y como ésta había sido redactada en Cádiz: “Las dos cámaras de Inglaterra no se oponen a esta representación nacional, sino en la mitad de su composición, porque la elección de los que componen la alta no es del pueblo sino del Rey; pero la elección de los que componen la cámara baja es toda del pueblo; y los lores de la alta son propietarios puros sin nada de feudalismo, por consiguiente, en ambas cámaras siempre debe tratarse del bien común, prescindiendo ahora de la parte que tuvieron estos grandes señores en la emancipación del pueblo y en la adquisición de sus libertades contra el empeño de sus reyes y de la Silla apostólica, pues fue tal, que sin su ayuda el pueblo jamás hubiera sido libre, y de esto no pueden gloriarse igualmente todos los grandes de España, porque todos o casi todos son propietarios feudales, y si muy pocos tomaron parte en la guerra de Napoleón, poquísimos la tomaron en la de la libertad, y al contrario muchísimos ofrecieron sus



servicios al duque de Angulema, que trajo la misión de sujetar la España y volverla a poner bajo el yugo del despotismo<sup>69</sup>.

Romero Alpuente se encontraba muy lejos de la objetividad al juzgar el pasado: como tantos otros personajes de la historia de España, sólo consideraba certeras sus apreciaciones y auguraba las más funestas consecuencias para el país si éste olvidaba sus consejos. Con respecto al senado, por el contrario, mantuvo posturas bastante más sólidas, con observaciones interesantes, teniendo en cuenta las experiencias pasadas. Sin embargo, su análisis, tal vez uno de los más estimables, no queda completado, no ofrece un panorama global de la situación de España. Romero Alpuente no captó en toda su profundidad la fuerza de aquellas persistencias sobre las que insistía José María Blanco, no fue capaz de darse cuenta de que los enemigos del constitucionalismo también formaban parte de la nación, de que los liberales no eran los únicos habitantes de España.

En definitiva, salvo para los más convencidos<sup>70</sup>, el senado venía a ser una solución de compromiso, solución que después habría de convertirse en un elemento básico del sistema político en la que coincidirían casi todos los que pensaban sobre estas cosas, que no eran muchos, por cierto. Socialmente, un senado que recogiera los talentos nacionales era una reclamación lógica de quienes pretendían irrumpir en la vida política desde orígenes muy alejados de la nobleza: propietarios burgueses, políticos profesionales y hombres de letras.

### Alcalá Galiano en el mundo intelectual inglés.

Las clases de español y las escasas traducciones no llegaban a ser lo suficientemente numerosas ni bien pagadas como para que Galiano pudiera subsistir. La situación rozó hasta tal punto la miseria, que su amigo íntimo, Istúriz, le conminó a que compartiera su casa y su comida. Vivió Alcalá con Istúriz siete meses más, justo hasta agosto de 1825, cuando llegaron a Inglaterra su hijo y su tía, una anciana que

---

<sup>69</sup>J. ROMERO ALPUENTE, *Discurso sobre lo que con la muerte de Fernando VII sucederá en la España*, Burdeos 1834, en *Historia de la revolución española y otros escritos*, vol. 2, p. 417.

<sup>70</sup> En este grupo habría que resaltar a Martínez de la Rosa, quien aunque exiliado en Francia, será protagonista principal en la futura reconstrucción del país. Martínez de la Rosa era ya un moderado cuando tuvo que abandonar España. Sus ideas acerca de la necesidad de una cámara alta habían sido esbozadas en el Trienio. En ella basó su propuesta de reforma constitucional, cara a una nueva interpretación del concepto de soberanía. Las fuentes teóricas principales de Martínez de la Rosa fueron Montesquieu, y posteriormente, Constant. La Inglaterra conservadora y las obras de Bentham le conducirían al moderantismo.

con setenta años se veía obligada a seguir a tantos liberales en los pasos del destierro. Compartir vivienda con Istúriz le trajo a Galiano la posibilidad de entablar relaciones con personas que si por un lado iban a mejorar su posición económica, por otra, le iban a dar a conocer los más profundos recovecos de la sociedad y la práctica política inglesas. Según nos cuenta en sus *Recuerdos de un anciano*, cada noche se reunían Istúriz y él en la casa en la que habitaban Argüelles, el general Valdés y Ramón Gil de la Cuadra. De este modo, creció entre ellos una amistad propia de quienes se ven unidos en la desgracia, meditando acerca de las consecuencias que para España iba a tener la situación política internacional. Argüelles se relacionaba con altas personalidades de la sociedad inglesa y tenía prestigio entre ellas, resultaba ser uno de los políticos españoles más "presentables" ante las autoridades, pues quedaba alejado tanto de los extremismos absolutistas como de los masónicos. Al parecer, no participó demasiado en los proyectos revolucionarios, al menos de forma activa<sup>71</sup>, aunque sí colaboró con Mina en algunas tareas. El grupo de ex-diputados y políticos del Trienio que alrededor de él se congregaban tenía ciertas afinidades con Mina, quien a su vez también gozaba de reputación entre los británicos por su aureola de guerrillero invencible que sabía atraer hacia sí los ánimos de los españoles emigrados. Al menos supo aproximar los de muchos emigrados hasta que estos se decepcionaron un tanto de su inactividad revolucionaria. La colaboración más importante se produjo cuando el 29 de abril de 1826 el general envió un cuestionario político a treinta de los exiliados. Sus respuestas pasaron a ser analizadas por una comisión formada por el citado Argüelles, el general Valdés y Ramón Gil de la Cuadra, los cuales entregaron a Espoz y Mina un informe con las impresiones generales que habían obtenido<sup>72</sup>. En este círculo de conocidos, Galiano tuvo una particular relación con el general Valdés y con Felipe Bauzá. Ambos habían sido compañeros muy cercanos de su padre en la Real Armada, y habían hecho con él los viajes de la expedición Malaspina. Valdés se hallaba más próximo a los conspiradores, y con el peso de los meses, se convirtió en colaborador de Espoz y Mina; Bauzá, por su parte, era más que militar, un gran matemático, y en Londres se dedicó a trabajar en estas materias y en otras, como la hidrografía, a las que se había

---

<sup>71</sup> A. Alcalá Galiano, "Agustín de Argüelles", en *Obras escogidas*, t. 84, p. 386. A.H.N., Estado, legajo 5518, caja 2: aparece Argüelles en un informe de Cea Bermúdez formando parte de una listas en la que figuran los españoles que, según los agentes de la embajada española en Londres, no había participado en actividades subversivas durante el exilio.

<sup>72</sup> J. PUYOL, *La conspiración de Espoz y Mina*, Madrid 1932, pp. 116-136. En líneas generales, los encuestados instaban al general a continuar con los preparativos de una posible insurrección con el objeto de cambiar el gobierno de España y expulsar las tropas francesas; en lo que respecta a cuestiones políticas, las cosas no estaban tan claras. La dependencia de Mina respecto de las opiniones de Argüelles y sus amistades fue muy recalcada por la viuda del general, aunque dado el gran concepto que éste tenía de sí mismo, resulta un tanto dudosa (Condesa de ESPOZ Y MINA, *Memorias*, Madrid 1977, p. 135. Sobre él: J.Mª IRIBARREN, *Espoz y Mina, el liberal*, Madrid 1967.

estado vinculado profesionalmente en España (llegó incluso a ser miembro de la Royal Society). Con respecto a sus simpatías políticas, Alcalá, si bien había sido amigo en su juventud de Torrijos, se inclinaba en este momento más hacia Mina que hacia el joven militar lleno de proyectos de sublevaciones. Al contrario que Istúriz, Galiano no creía muy posible, según se ha visto, una victoria liberal en España con un gobierno ultra en Francia y una actitud, la británica, que se acercaba más a la indiferencia que a otra cosa.

Lejos ya de antiguos extremismos verbales, y lejos del público que los aplaudía, Alcalá, más serenamente, pudo dedicarse a la reflexión. Asentada con el tiempo, dentro de lo posible, su situación económica por el incremento del número de clases y el nivel social de sus alumnos, le fue posible ocupar su tiempo en la profundización de autores y obras, de hechos y prácticas. Obviamente, no fue ahora cuando se produjo su salto a la moderación (aunque en cierto modo siempre fue moderado: no hay más que ver sus lecturas en los años veinte), Inglaterra le presentó el modelo práctico sobre el que reflexionar, las técnicas de control parlamentario, las formas de determinar la actuación de un gobierno sin tener que recurrir a la violencia. Antes de marchar a Gran Bretaña, Alcalá conocía bastante bien la literatura política e histórica inglesa. Ya desde joven había leído a Adam Smith, Robertson, Hume y otros importantes autores, sin embargo le faltaba el estudio sobre el terreno de las doctrinas analizadas por estos escritores. Galiano, que ya por entonces andaba lejos de las abstracciones del iusnaturalismo, había encontrado en Burke la plasmación de sus propias consideraciones. Sin embargo, en los años del exilio su trato intelectual más frecuente se centraba en el círculo de los seguidores de Bentham, cuyas teorías había sido ampliamente difundidas en la España del Trienio. Para Alcalá, el utilitarismo benthamita era, junto con el materialismo de Destutt de Tracy, el cauce más apropiado para introducir en España una cierta mentalidad materialista<sup>73</sup>. Pese a todo, las especulaciones teóricas son una fuente secundaria en la modulación del pensamiento de Alcalá Galiano en estos años. La vida en Gran Bretaña generó en él opiniones y actitudes que no eran frecuentes entre los españoles, pero que a la larga iban a configurar la mentalidad liberal, los referentes generales del siglo XIX. La creencia en la acción individual, en la lucha personal, fue algo que Galiano aprendió desde que puso el pie en Londres. Como otros tantos emigrados, muy pronto

---

<sup>73</sup> Otro de los canales para la implantación en nuestro país de una forma de pensar más vinculada al materialismo comercial fue Adam Smith (A. GARRORENA, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal*, Madrid 1974, p. 425).

comenzó a tener que trabajar duramente para sobrevivir, y con muchas dificultades, logró salir adelante. Fueron precisamente los que adoptaron una actitud decidida los que mejor se integraron en la sociedad británica: desde Mendizábal hasta José Joaquín de Mora, desde el mundo empresarial hasta el mundo editorial. Galiano, a quien los resabios estamentales oscurecían a veces sus reacciones, no tuvo más opción (ante su primera actitud de no recibir subsidios del gobierno inglés) que lanzarse a recorrer las calles de Londres para dar sus clases de español. Junto a los requerimientos puramente materiales, unió la reflexión sobre las costumbres asociativas, las campañas pacíficas en pro de reformas (como las que con tanta frecuencia iniciaba Bentham) y las posibilidades que ofrecía una sociedad donde la amplitud de la clase media era la tónica dominante. Todas estas observaciones acabaron por borrar de su pensamiento los últimos trazos de jacobinismo.

La suerte de Alcalá mejoró considerablemente cuando en 1828 pudo disponer de un empleo estable. En 1828 un grupo de acaudalados londinenses fundó una universidad libre para competir con las famosas Oxford y Cambridge. El objetivo era ofrecer un plan de estudios que estuviera determinado por las necesidades del contemporáneo desarrollo económico del país, es decir, un plan de estudios con un indudable fin práctico, para lo cual se propusieron sustituir el latín y el griego por las lenguas vivas. Los benthamitas habían recogido la idea del *Mechanics' Institute* (fundación educativa obrera) y la habían adaptado a sus intereses, creando, con el apoyo económico de los magnates de la burguesía, una universidad radical que pronto consiguió disfrutar de una cierta prosperidad económica. La clave del éxito estaba en sus novedosos planteamientos, a las cuales insuflaron un marcado espíritu utilitario. Al contrario que las universidades tradicionales, la de Londres se instaló en la ciudad y defendió su carácter laico. Las primeras ideas sobre su organización procedieron de Thomas Campbell, el cual había analizado el funcionamiento de estas instituciones en el viaje que realizó a Alemania en 1825. Otros destacados benthamitas se adhirieron pronto a los proyectos de Campbell, con la excepción de James Mill, que mostró algunas reticencias, pese a lo cual acabó convencido de las posibilidades de la Universidad. Junto a ésta, los radicales crearon una sociedad para la "difusión de los conocimientos útiles", cuyo objetivo era publicar obras de divulgación sobre los más variados y prácticos asuntos. Tal fue la acogida, que los anglicanos se decidieron a fundar una universidad rival: el King's College. Dadas las fabulosas oportunidades comerciales que para Gran Bretaña tenían las antiguas colonias españolas en América, no se dudó un momento en constituir una cátedra de

español en la Universidad radical. Como algunos de los fundadores eran los padres de alumnos de Galiano, y vista la reputación que éste había logrado tanto por su trabajo como maestro y como crítico literario, se le ofreció la cátedra en la que impartiría clases de lengua y literatura españolas con un sueldo de doscientas libras esterlinas. Su candidatura para este puesto fue apoyada por personas de la alta sociedad inglesa como lord Holland y sir James Mackintosh<sup>74</sup>. La noticia de su aceptación fue recogida por la prensa en español y el contenido de su discurso publicado poco después<sup>75</sup>. Esta mejora le permitió prescindir de los socorros del gobierno inglés y del Comité de Ayuda, a los que se había visto obligado a acudir, pese a su renuencia, dada la pésima situación económica en la que se encontraba<sup>76</sup>. Ilustres emigrados, como el conde Pecchio, iban a ser los encargados de las cátedras de otras lenguas. El caso de Pecchio quedó frustrado por dificultades relacionadas con su reciente matrimonio con una rica heredera de la ciudad de York<sup>77</sup>. Pero además de profesor, Alcalá Galiano fue alumno en la Universidad de Londres. Asistió allí a las clases de John Austin, titular de una de las cátedras que más expectación había desatado<sup>78</sup>. Pupilo de Bentham, Austin sólo había sido hasta el momento un oscuro barrister interesado por la aplicación que de los principios utilitaristas al derecho había llevado a cabo el maestro Bentham. Sin embargo, los radicales lograron que le fuera encomendada la cátedra denominada "Jurisprudence". Antes de encargarse de ella, Austin realizó un viaje de estudios a Alemania, donde profundizó en las ideas de la escuela histórica de Savigny. Del encuentro del utilitarismo y la escuela histórica, saldría una nueva teoría del derecho de la que puede considerarse a Austin su máximo exponente. La enseñanza del derecho en Inglaterra estaba

<sup>74</sup> F. J. WOODWARD, *Portrait of Jane. A life of lady Franklin*, Londres 1951, p. 150. Sobre los contactos de Lord Holland con los españoles residentes en Londres, J. FYVIE (ed.) *Noble dames and notable men of the Georgian Era*, "Holland House", Londres 1910, vol. I, pp. 143-152 y LI. SANDERS, *The Holland House Circle*, Londres 1908. Sir James Mackintosh, miembro de una ilustre familia escocesa, entró en contacto con los exiliados por medio de José María Blanco, con el cual mantenía una estrecha amistad (J.M.<sup>a</sup> BLANCO, *Cartas de Inglaterra*, Madrid 1989, p. 188).

<sup>75</sup> *El emigrado observador*, noviembre de 1828, p. 185. El discurso apareció con el título de *An introductory lecture delivered in the University of London on saturday, november 15, 1828, by Don Antonio Alcalá Galiano professor of the Spanish language and literature*, Londres 1829.

<sup>76</sup> A.G.S., Estado, legajo 8197, fol. 54 (Londres 15-XII-1829). No aparece en las últimas listas de pago de subsidios del gobierno británico, P.R.O., T 50/76 (1828-1829), ni en las confeccionadas por el gobierno español y sus agentes en Londres (A.G.A., Presidencia del Gobierno, Asuntos Generales, caja 65, expediente 14909). Entre estas listas hay una que especifica los nombres de aquéllos que no recibieron ayuda ni del gobierno ni del City Committee: Argüelles, Valdés, Gil de la Cuadra, Alcalá Galiano, Istúriz, Zulueta, Espoz y Mina, Vega, Surrá y Rull, Aldaz, Miguel del Riego, Pedro Llano, Alberto y Alvaro Flórez Estrada, Capaz, Conte, Vidal, Comerq, Campos, Echevarría y Acevedo.

<sup>77</sup> Pecchio se hizo cargo de la enseñanza de lenguas extranjeras en la escuela disidente de York, (C. REDDING, *Literary reminiscences and memoirs of Thomas Campbell*, Londres, 1860, vol. 2, p. 69).

<sup>78</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Del estado de la opinión en Inglaterra en cuestiones políticas y religiosas", en *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo II, Madrid 1867, p. 131: "Era el sabio inglés de quien se habla sobrio y aun seco en el estilo, preñado en la dicción, erudito, pero más dado a discurrir que a citar, y racionalmente sobre todo". Sobre el interés despertado por las lecciones de Austin: E. HALÉVY, op. cit., t. III, p. 326.

basada en el estudio casuístico del derecho positivo, por lo que la teoría jurídica explicada por Austin suponía una total innovación. Curiosamente, sus clases fueron muy seguidas por ilustres personajes del mundo intelectual británico, pero no tanto por alumnos, por lo que la cátedra hubo de ser clausurada en 1832. Desde la perspectiva de Austin, el derecho no se corresponde con un orden objetivo que se desprende del estudio de la naturaleza humana (como sostenían los iusnaturalistas), sino con el sistema de conductas de una comunidad que puede variar según las circunstancias. De Savigny le distingue (a él, y también a Bentham) su convicción de que la positividad del derecho no se funda en la historia sino (y aquí aparecen las influencias utilitarias) en el poder de la razón para captar de las circunstancias las líneas de acción más convenientes para lograr la felicidad de los hombres. Austin no publicó en vida más que el texto de diez de sus lecciones: *The Province of Jurisprudence determined* (1832); hasta 1861, habiendo fallecido el gran jurista, su esposa reeditó las lecciones y los manuscritos de las que no pudo dictar con el título de *Lectures on Jurisprudence* (1861). Hay de Austin algunas ideas en las *Lecciones de derecho político* que Alcalá Galiano pronunciaría años después, como veremos. Entre estas influencias destacan sobre todo el espíritu pragmático que impregna la obra de nuestro protagonista; el sociologismo relativista que inunda su pensamiento, propio de su personalidad, se intelectualizará en estos años ingleses, se convertirá en un insustituible instrumento de análisis. Sin embargo, y en relación a Austin, observaremos en Galiano un mayor peso de la historia, un más amplio recurso al valor de la tradición.

De este modo, Alcalá se fue abriendo un hueco entre la sociedad británica, llegando a relacionarse con personas de distinta condición desde comerciantes como Mr. Griffin hasta miembros del Parlamento como Woor. Su acercamiento a políticos de tendencia whig le ofreció la posibilidad de conocer los debates internos acerca de la futura reforma electoral con vistas a la introducción de otros sectores sociales en los Comunes. Denis Le Marchant y George Grey, en particular, tuvieron una relación más estrecha con Galiano. Ambos se encontraban en el principio de su carrera política y ofrecían el panorama, visto con los ojos de un español emigrado, de un futuro prometedor en un país estable, deseo éste que se escondía en lo más profundo del alma de Alcalá. Los dos entraron en el Parlamento por el Reform Bill de 1832. La vinculación de Denis Le Marchant con España le acercó más a nuestro protagonista, pues su padre, John Gaspar Le Marchant (1766-1812), había participado en la guerra contra Napoleón en España y había muerto tras la victoriosa

batalla de Salamanca el 22 de julio de 1812. Su hermano, llamado como el padre, lucharía pocos años después en la legión auxiliar británica bajo el mando del general Evans y sir Charles Chichester contra los carlistas (1835-1837). Lo mismo cabe decir con respecto a John Cam Hobhouse<sup>79</sup>. Vinculado a los benthamitas, Hobhouse había sido amigo íntimo de Lord Byron, y tras una juventud dedicada al romanticismo viajero, se entregó con pasión a la política. Había entrado en los Comunes en 1820, y cinco años más tarde ya desempeñaba puestos de responsabilidad, logrando la prohibición del trabajo infantil nocturno en las fábricas. Con el tiempo, fue haciéndose más y más conservador. Su relación con nuestro protagonista, no tan estrecha como con los hermanos Le Marchant, sirvió también para dar a conocer a Galiano los entresijos del funcionamiento de la administración inglesa. Sin embargo, la relación más próxima, al decir del propio Alcalá, fue la que estableció con el comerciante retirado Mr. Griffin y sus dos hijas. Una de ellas, Fanny Griffin, colaboraba con el Comité de Señoras que ayudaba a los refugiados españoles y por medio de ella comenzó a dar clases a Jane, la otra hermana. Según se desprende de los diarios de ésta última, la relación con su profesor de español se iba haciendo cada día más íntima, pero la sombra de la primera mujer de Alcalá oscurecía cualquier proyecto de futuro<sup>80</sup>.

Aparte de los trabajos realizados con los emigrados<sup>81</sup>, las colaboraciones de Alcalá Galiano en la prensa periódica inglesa fueron en aumento durante estos años. La *Westminster Review* le encargó varios artículos sobre las obras publicadas en inglés por autores españoles que salieron con el título de "Spanish novels"<sup>82</sup>. Fueron precisamente las cuestiones literarias las que predominaron en sus escritos en publicaciones inglesas, así como breves artículos sobre ilustres personajes españoles como Jovellanos, el cual despertaba vivo interés entre los intelectuales británicos. Su

<sup>79</sup> B.L., Mss. 36463 f.342, "Letter from Anthony A. Galiano to J.C. Hobhouse", 1827. En 1831, John Hobhouse se convertiría en barón de Broughton.

<sup>80</sup> W. RAWNSLEY, *The Life, diaries and correspondence of lady Franklin*, Londres 1923, y F. J. WOODWARD, *Portrait of Jane. A life of lady Franklin*, Londres 1951. Jane Griffin se casaría posteriormente con el famoso militar y explorador John Franklin, cuya expedición desapareció en el Ártico en 1845, hecho que no se conoció hasta nueve años después (*Journal of the Royal Geographical Society*, 13-XI-1854, XXV, p. 250). Años después, escribiría Alcalá Galiano unos versos en los que recordaba aquel encuentro: "Bien me acuerdo, dulce amiga,/ de aquel tiempo de dolores/ en que yo te conocí:/ que la suerte mi enemiga,/ se extremaba en sus rigores/ conjurada contra mí".

<sup>81</sup> Alcalá contribuyó, junto a Seoane, Mendibil y Villanueva, a la revisión de la *Gramática española* de Vicente Salvá (C. REIG SALVÁ, *Vicente Salvá. Un valenciano de prestigio internacional*, Valencia 1972, pp. 109 y ss.).

<sup>82</sup> La primera reseña comentaba la obra de Valentín Llanos *Don Esteban* (*Westminster Review*, VI 1826, pp. 278-303) y fue una réplica a las críticas hacia el liberalismo español vertidas por Blanco, quien desde su reseña de la *Quarterly Review* de la misma novela aprovechaba para reprobar la actitud de los liberales españoles (dic. de 1825, XXXIII). La segunda apareció también en la *Westminster Review* (t. X, 1828-1829, pp. 149-169) para dar a conocer dos recientes obras de Telesforo de Trueba: *Gómez Arias* y *The Castilian*.

figura, muy conocida por la amistad mantenida con lord y lady Holland y el doctor Allen, representaba para los ingleses el ejemplo más loable de liberal que ha buscado por el camino del reformismo y la reflexión el mayor bienestar para su patria, y que como premio sólo obtuvo persecuciones y cárceles. El artículo de Galiano apareció en la *Foreing Quarterley Review*, y venía a ser un ponderado análisis de la actuación política del escritor asturiano y de su producción literaria en el contexto de una España poco dada a sopesar con ecuanimidad a personas alejadas de posiciones extremas<sup>83</sup>.

Pero la actividad periodística de Galiano no se ciñó sólo al mundo editorial británico. J. A. Buchon había fundado en 1828 la *Revue Trimestrielle*, y tratando de que ésta adquiriera prestigio intelectual entre los ambientes liberales, buscó entre sus amigos británicos colaboradores relacionados con la *Westminster Review*<sup>84</sup>. Por medio del abogado Sutton Sharpe, Buchon contactó con algunos de los redactores de la revista benthamita, y de este modo, Alcalá colaboró en el primer número de la *Revue Trimestrielle*. Los problemas económicos de la recién creada revista dificultaron el pago a los articulistas. Al parecer, Alcalá Galiano no solicitó el dinero que le hubiera correspondido por su trabajo, y esto le valió un agradecido elogio de Buchon: "M. Galiano, le plus parfait des hommes, a eu la délicatesse extrême de ne pas m'accabler de reproches de sujet de ce billet..."<sup>85</sup>.

Poco después, encontrándose ya en Francia<sup>86</sup>, Alcalá recibió un importante encargo ensayístico que venía a corroborar su trayectoria como crítico de la literatura española ante los públicos inglés y francés. *The Athenaeum* iba a ser la revista cultural más prestigiosa de la época victoriana, tras pasar por unas contrariedades iniciales relacionadas con la falta de dinero y de público, dos cosas que, a fin de cuentas, venían a ser una misma. El ímpetu del editor Charles W. Dilke hizo que la publicación adquiriese su celebridad posterior. Llegó a la redacción en 1830, cuando la revista llevaba dos años en circulación. Su capacidad para lograr recursos económicos y su intuición al tratar temas especialmente interesantes para los lectores

<sup>83</sup> "Life of Jovellanos", *Foreing Quarterley Review*, vol. 5, XI-1830, nº 10, pp. 547-568; fue reproducido años después, con algunos matices, en la *Revista de Madrid*, II, 1838, pp. 301-324. Se puede encontrar también en las *Obras...*, vol. 2, pp. 427-439.

<sup>84</sup> D. GUNNEL, *Sutton Sharpe et ses amis français*, París 1925, carta de Buchon a Sharpe fechada en París el 5 de diciembre de 1827, p. 165.

<sup>85</sup> Ibidem, Carta de Buchon a Sutton Sharpe, fechada en París el 26 de mayo de 1829, pp. 164-165.

<sup>86</sup> Alcalá Galiano se marchó a París en 1830, como se verá en el apartado siguiente.



fueron los ingredientes del éxito. Después no fue necesario buscar cuestiones de interés pues era la propia revista la que creaba dichas cuestiones, lo que sucede tan a menudo en el mundo editorial. Fue Dilke quien sugirió la idea de crear una sección que examinara la literatura contemporánea de Alemania, España, Francia, los Estados Unidos y Polonia. También influyó en la decisión de considerar la literatura española el director de la publicación que se unió al *Athenaeum* en 1828, la *London Literary Chronicle*. Frederick Denison Maurice había ya contribuido con su colaboración en la *Westminster Review* en 1827, y a partir de 1828 publicó varios artículos en *The Athenaeum* en defensa de la causa de los patriotas españoles<sup>87</sup>. La serie sobre España, que apareció en primer lugar, fue encargada a Alcalá Galiano, quien la redactó entre el verano y el otoño de 1833, aunque los artículos salieron publicados en 1834<sup>88</sup>.

Estas relaciones y la evolución de su pensamiento hicieron que Alcalá se mantuviera algo distanciado de los proyectos revolucionarios de otros españoles, es por esto que ante las tentativas de Torrijos de lograr para su proyecto el apoyo de antiguos diputados, tanto Alcalá como Istúriz, quienes seguían manteniendo una estrecha amistad, se negaron a participar en su plan que para ambos resultaba descabellado, lo que no era óbice para que ante la solicitud de dinero por parte de Torrijos a Istúriz, éste le contestara que en caso de disponer de tal cantidad "por si solo haría la revolución"<sup>89</sup>.

### El estímulo de la revolución en Francia.

La revolución de 1830 en Francia representó para los españoles exiliados en Inglaterra ese estímulo que tanto tiempo llevaban anhelando. Pese a las distintas experiencias acumuladas, pese a los obstáculos, pese a la incertidumbre sobre qué podían esperar del acontecimiento, la gran mayoría de los exiliados partieron para

---

<sup>87</sup> F. MAURICE, *The life of Frederick Denison Maurice*, Londres 1884, vol. 1, p. 85.

<sup>88</sup> *The Athenaeum*, "Literature of the XIX Century in Spain", nº 338 (19-IV-1834), pp. 290-295; nº 340 (3-V-1834), pp. 329-333; nº 342 (17-V-1834), pp. 370-374; nº 344 (31-V-1834), pp. 411-414; nº 346 (14-VI-1834), pp. 450-454. Estos artículos, de gran interés para la historia de la literatura española, fueron traducidos a nuestro idioma y publicados en forma de libro por V. Llorens con el título de *Literatura española del siglo XIX*, Madrid 1969. Aunque aparecieron sin firma, puede atribuirse su autoría con facilidad, tanto por el tema tratado como por la siguiente referencia: "On April 19th, 1834, the promised articles on the "Literature of the Nineteenth Century" were commenced the first series being that of Spain, by Don. A. Galiano", J. C. FRANCIS (comp.), *John Francis, publisher of the Athenaeum: a literary chronicle of half a century*, Londres 1888, vol. 1, p. 55.

<sup>89</sup> A.H.N., Estado, legajo 3075, 31-V-1830.

Francia tan pronto como les fue posible. Muy dispares eran las expectativas. Había quien pensaba tomar la delantera a los exiliados en París; también estaban los que soñaban con una expansión espontánea del fenómeno; por último, algunos creían que había llegado la oportunidad de que Francia, trocado su gobierno absolutista por uno liberal, devolviera a España sus legítimas libertades. Sin embargo, el gobierno de Luis Felipe no estaba dispuesto a arriesgar su estabilidad ni en favor ni en detrimento de nadie, y los españoles sólo encontraron el apoyo incondicional del general La Fayette, quien en años anteriores había mantenido una fluida correspondencia con Torrijos y otros miembros del partido comunero<sup>90</sup>.

El mismo día que Luis Felipe se sentaba en el trono de Francia, 11 de agosto de 1830, Alcalá Galiano salía con destino a París como criado de Mendizábal, pues ésta había sido la única forma de conseguir un pasaporte<sup>91</sup>. La amistad entre ambos pronto conocería roces más o menos importantes (aunque habría de pasar por trances más difíciles en el futuro), pues cuando, ya puestos en contacto con el resto de españoles que habían llegado a París o que habían pasado su exilio allí, se decidió la formación de una junta que preparase las actividades de los emigrados, Mendizábal resolvió que Alcalá no formase parte de ella, sustituyendo su nombre, no sin astucia, por el de Istúriz. Fue éste otro de los numerosos agravios que la toma de postura por parte de los españoles en el exilio provocó, aunque tal vez de menor trascendencia que la creación de dos juntas con diferentes propuestas gubernamentales. Los partidarios de Mina (que se reunían con el nombre de Junta de Bayona) y los de Torrijos (en Gibraltar) se pertrechaban para invadir España y buscaban sin cesar apoyos del resto de los españoles refugiados en Europa. La marginación en la que quedó Alcalá no se le olvidaría jamás: "Quedé yo desconcertado y arrinconado, lo cual confieso que fue uno de los golpes más duros que he llevado, o que más he sentido entre los muchos reveses y sinsabores..."<sup>92</sup>. Pero al parecer, y al margen de cuestiones personales, el objetivo de Mendizábal era organizar un "directorio provisional del levantamiento de España contra la tiranía"

---

<sup>90</sup> Esta correspondencia fue publicada por María Luisa SAENZ DE VINIEGRA en la *Vida del general don José María de Torrijos y Uriarte*, Madrid 1860. Asimismo, la viuda del héroe del liberalismo español reproduce la introducción que Torrijos escribió para la traducción de las memorias de Napoleón en Santa Elena. Como es fácil observar, el mito del gran general fue punto de referencia no sólo en la patria de Julian Sorel, sino también en el país de sus grandes enemigos. Sobre Torrijos, pueden consultarse los libros de Luis CAMBRONERO, *Torrijos, opúsculo biográfico*, Málaga 1931, 1992, y de Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo español. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona 1989.

<sup>91</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras...*, vol. 1º, p. 228.

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 242.

formado por personas que hubieran desempeñado cargos de importancia en el Trienio. Para que el banquero Ardoín pudiera gestionar los préstamos necesarios, era preciso que en este directorio brillaran los respetables nombres de Espoz y Mina, José María Calatrava (último presidente del Consejo de Ministros) o el exministro Manuel Vadillo, y no el de un antiguo demagogo de café llamado Antonio Alcalá Galiano.

Nuestro hombre pasó en París más de un año y medio. El reencuentro con su gran amigo Angel Saavedra animó sus primeros momentos. Ambas familias compartieron casa en un céntrico barrio de la capital de Francia (primero en la calle Bellefonds y después en la Grange Batelière), pero la carestía de la vida y los precarios medios de subsistencia (que se reducían a clases de español y traducciones en el caso del ex-diputado gaditano, y de la venta de sus propias pinturas, así como de clases de dibujo por parte del ex-diputado por Córdoba) hacía difícil la permanencia<sup>93</sup>. Alcalá y Angel Saavedra habían comenzado a tratarse en Cádiz, en el periodo que el futuro duque pasaría en esa ciudad de 1810 a 1813. Pero aún su amistad no era profunda pues Saavedra, más interesado en la poesía que en otra cosa, no frecuentaba con asiduidad los cenáculos políticos en los que pasaba sus días nuestro protagonista. Años después, en 1819, las relaciones entre ambos se hicieron más estrechas, consolidándose una amistad que se mantendría indemne hasta la muerte de ambos (acaecida, por cierto, el mismo año de 1865). Al decir del biógrafo del Duque, Galiano ejerció sobre él una gran influencia, en el terreno literario y en el político<sup>94</sup>. Sea esto cierto o no, ambos caracteres se complementaban a la perfección: sensibilidad artística y talento analítico unidos por una común afición a la sátira. El Duque había pasado el exilio de forma trashumante. Su inicial desembarco, Londres, le había espantado de tal manera que con la excusa de su delicada salud (consecuencias de su participación en la legendaria guerra contra los franceses), marchó al Mediterráneo en cuanto que tuvo ocasión. La península italiana, Malta, Marsella y finalmente París, fueron sus destinos<sup>95</sup>. Por otro lado, el resto de las

---

<sup>93</sup> Galiano también recibió un subsidio del gobierno francés que consistía en el pago mensual de doscientos francos (A.N.F., Section moderne, F7 12087, doc. n° 2 fechado el día 1 de enero de 1831). La Grange Batelière es una calle céntrica cercana al Boulevard des Italiens. Los dos exiliados y sus familias vivían en el número 7, casa que en el siglo XIX era sórdida en extremo, de bastante peor factura y aspecto que la que habían habitado en la rue Bellefonds (debo esta información sobre el París del siglo XIX a la amabilidad de don Pedro Ortiz Armengol).

<sup>94</sup> G. BOUSSAGOL, *Angel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie, son oeuvre poétique*, p. 121. Fue precisamente a través de Alcalá como el futuro Duque se inmiscuyó en las conspiraciones contra Fernando VII, osadía que le causó su procesamiento (Archivo del Ministerio de Justicia, Sección reservada, legajo n°74: "Causa contra Angel Saavedra y otros. 1820").

<sup>95</sup> Durante los meses que Alcalá y Saavedra pasaron juntos en París, compusieron "Casos de conciencia. Diálogos entre el Duque de Rivas y don Antonio Alcalá Galiano". Los poemas formaron parte de la colección de poesía pornográfico-satírica

relaciones mantenidas por Alcalá en París se circunscribieron básicamente a tratos con autores ya conocidos por él en Gran Bretaña y a españoles anteriormente desplazados, aunque destaca en sus *Recuerdos* un desafortunado encuentro con Benjamin Constant, escritor muy admirado por Galiano, pero que en aquellos tensos momentos para Francia parecía estar más preocupado por sostener el trono de Luis Felipe que por apoyar la lucha por la libertad en otros países europeos<sup>96</sup>.

En 1832, Alcalá Galiano, Angel Saavedra y sus respectivas familias se dirigieron hacia Tours, ciudad de provincias donde esperaban poder vivir más decorosamente mientras aguardaban la restauración liberal al otro lado de los Pirineos. Hasta para este viaje Alcalá tuvo problemas económicos, y fue preciso ofrecer un concierto para recaudar fondos<sup>97</sup>. Sin embargo, a su llegada a Tours, fueron tratados como importantes personajes, y siempre recordarian su estancia en la ciudad como uno de los más bellos momentos de sus vidas<sup>98</sup>. Mientras tanto, los manejos de los exiliados continuaban sin vacilación, pese a los fusilamientos de Torrijos y sus compañeros y los fracasos de las distintas expediciones que en España penetraban. El 26 de enero de 1833 Mina envió cartas a quince antiguos diputados con el objeto de buscar apoyos para una posible acción sobre la Península, e incluso para que algunos de ellos hicieran de intermediarios ante el gobierno francés. La falta de respuesta de éstos hacía pensar que la situación continuaba en su línea habitual: imposibilidad de presentar un frente unido contra el poder de Fernando VII. La

---

de autores españoles del siglo XIX español titulada *Cancionero moderno de obras alegres*, editadas por H.W. Spiritual en Londres (1825).

<sup>96</sup> El gobierno de Luis Felipe tampoco debió tener gran interés por los liberales españoles, lo que irritó considerablemente a éstos. A modo de protesta, insertaron una carta en *Le National* (nº 223, 11-VIII-1831, p. 4) en la que manifestaban sus dudas acerca de la escasa atención de los franceses por el progreso de las libertades en otros países que no fueran el suyo. La carta iba firmada por "Le général Fco. Espoz y Mina; J. Vadillo, ancien député, exministre; A. Galiano, ancien député aux Cortes de 1823; A. Pérez de Meca, idem; F. Istúriz, idem; A. de Saavedra, idem; E. Gil de la Cuadra, idem; J. Rico, idem; J. Gil Orduña, idem; D. de Torres, intendant général de l'Armée; J. Pérez de Meca; G.G. Aguilera; J. Clemente; J. Aldaz; M. de Inclán".

<sup>97</sup> P. MERIMÉE, *Correspondence générale*, t. 1 (1822-1835), carta de Merimée a Buchon fechada en París el 15 de mayo de 1832. Galiano había conocido a Merimée en España. También el futuro duque se vería ayudado por el autor de *Carmen*, como puso de manifiesto M. NÚÑEZ DE ARENAS en "El Duque de Rivas, protegido por Merimée", en *Revista de Filología Española*, nº 15, 1928, pp. 388-397. Viviendo ya en Tours, varios de los emigrados españoles volvieron a solicitar la continuación del subsidio aportado por el gobierno francés para su sostenimiento (G. BOUSSAGOL, op. cit., p. 469, apéndice IX que reproduce una carta del Ministro del Interior al Prefecto del departamento de Indre-Loire fechada en París el 16 de enero de 1833).

<sup>98</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para la biografía del excelentísimo señor don Antonio Alcalá Galiano escritos por él mismo*, en *Obras...*, vol. 2, p. 295. Cuando su hijo Dionisio fue incluido en la primera amnistía dada por el gobierno español, el subsidio de Galiano se redujo. Acabó nuestro hombre en una situación económica tan precaria que las autoridades de Tours decidieron ayudarle en atención a que su padre, el marino Dionisio Alcalá Galiano, había luchado en Trafalgar bajo el pabellón francés ("Avis de la Commission locale", en A.N.F., Section moderne, F7 12087, doc. nº 11, 6-IV-1833). Dionisio, hijo, decidió quedarse en Francia con su padre, pues consideró poco probable hallar un provenir para él en España mientras el apellido Alcalá Galiano estuviera proscrito. Al parecer, recordó muy gratamente su estancia en aquella ciudad francesa: "Quien le conoce, siempre le oye hablar de Torus con predilección singular" (E. Ochoa, *Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos en prosa y verso*, tomo 1, p. 544).

limitación de las propuestas, los personalismos, las expectativas creadas con los rumores acerca de la concesión de una amnistía y el cansancio hicieron imposible que Mina lograra el apoyo de los ex-representantes de la nación. Aunque no se destacó por su beligerancia contra tal proposición, Galiano no tomó en serio la carta de Mina, pese a que iba a ser uno de los excluidos en la citada amnistía (23-octubre-1833)<sup>99</sup>. Sin embargo, poco tiempo le restaba ya de exilio, pues la amnistía promulgada el 7 de febrero de 1834 le iba a permitir el regreso a España, aunque de nuevo los problemas económicos le detendrían más de lo deseado y se vio obligado a marchar en primer lugar a Londres para solicitar ayuda a sus amigos allí residentes<sup>100</sup>.

### Consecuencias de la emigración.

Tras todas las peripecias vividas y tras todas las luchas internas, el liberalismo español ve al fin las puertas abiertas de la Península. Pero no se vuelve a España con el mismo acervo cultural, político y vital con el que se partió. Los años del exilio, muy largos, no han pasado baldíamente. El liberalismo español se ha transformado de forma completa, se ha dividido, ha añadido elementos de análisis, se ha hecho más complejo. Si por un lado se ha producido al abandono del modelo doceañista<sup>101</sup>, por otro hemos de constatar que se ha producido una fragmentación definitiva en su seno. Olvidados ya los mitos, las ilusiones de las primeras épocas, a los liberales españoles no les va a quedar otra opción que construir un sistema basado en el pacto con las fuerzas tradicionales. Y es aquí, precisamente, donde comenzará a ponerse de manifiesto la incompatibilidad de los puntos de partida. La Constitución de 1837 vendrá a ser el último baluarte de la unidad. Rota ésta, saldrán a la luz del día planteamientos discordantes que dificultarán enormemente la vida política de nuestro país. Pero las divergencias no eran nuevas: habían estado forjándose el exilio de diez años en Europa.

---

<sup>99</sup> A.G.S., Estado, legajo 8212. En la documentación existente consta que fue de los que recibió la carta, pero no aparece en la lista de los que hicieron caso omiso de su contenido, destacando entre estos los diputados Argüelles, Valdés, Gil de la Cuadra o Lista.

<sup>100</sup> A.N.F., Section moderne, F7 12087, docs. n° 18 y 22 (febrero y marzo de 1834), petición de un pasaporte para marchar a Londres.

<sup>101</sup> J. VARELA SUANZES, "El pensamiento constitucional español en el exilio: el abandono del modelo doceañista, (1823-1833)", *Revista de Estudios Políticos*, n° 88, (abril-junio de 1995), pp. 63-90.

Hay algunos aspectos que hasta el momento habían tenido una importancia primordial en el discurso del liberalismo español y que en el exilio resultan barridos del mismo, pese a que siempre queden en el subconsciente colectivo como un recuerdo glorioso del pasado; pero lo principal es que ya no van a contar como elementos de análisis. El más importante será el famoso mito de la Guerra de Independencia contra los franceses. La invocación a la Guerra de la Independencia ha sido uno de los remanentes del liberalismo español valorado de forma parcial. Lo que por una parte había dado alas a la creencia en una positiva respuesta por parte de la población al proyecto liberal, fue a la larga uno de sus mayores lastres, pues impidió durante el Trienio una clara definición del régimen, que hubiera asentado a éste sobre unas bases sólidas. La eterna confianza en levantamientos nacionales inverosímiles, la utilización de argumentos más o menos populistas por parte de unos, la contrapuesta actitud, por parte de otros, fueron hechos que caracterizaron el Trienio y sobre los que se hacía necesario reflexionar. El argumento de la lucha contra Napoleón, en su versión de lucha por la independencia nacional, fue utilizado por los liberales españoles como escudo protector ante el mundo y ante ellos mismos. Pero las consecuencias negativas de seguir sosteniendo ese mito iban a ser muchas. Quintana, en sus *Cartas a lord Holland*, ponía de manifiesto las pésimas repercusiones de la guerra en el ejército, por poner un ejemplo. De este modo se contribuyó, y no poco, a la exaltación personalista, y a medida que la población se desilusionaba de los distintos gobiernos, al desprestigio de los políticos en favor de otro tipo de soluciones que no eran, precisamente, las más convenientes para un sistema constitucionalmente ordenado. El mito de la constitución fue el otro gran referente, según se ha visto con anterioridad. De este modo, el constitucionalismo español no evolucionó en función de sus propias experiencias, siempre traumáticas, sino por el brutal choque ideológico que supuso el exilio, que les hizo ver hasta qué punto el mundo intelectual europeo se movía por vías ajenas al iusnaturalismo<sup>102</sup>. Aceptar estos planteamientos suponía repensar la Constitución, y eso era francamente difícil en hombres que tenían en el texto de 1812 su principal, y a veces único, lazo de unión. Desde Francia, Andrés Borrego avisó, con perspicacia, de la importancia de seguir la evolución de los tiempos y de que había llegado el momento de olvidar lo que él denominaba "viejo liberalismo", es decir, el liberalismo francés y la constitución gaditana<sup>103</sup>.

---

<sup>102</sup> J. VARELA SUANZES, "El liberalismo francés después de Napoleón (de la anglofobia a la anglofilia)", *Revista de Estudios Políticos*, nº 76, (abril-junio de 1992), pp. 29-43.

<sup>103</sup> C. de CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política*. Andrés Borrego, Madrid 1975, p. 48.

En cuanto a la evolución personal y política de Galiano, la estancia en Inglaterra y Francia es, como se ha visto, clave para comprender el resto de su vida. Por supuesto, la transformación no es radical, y en cierto modo puede decirse que ya estaba apuntada. Se unen en Galiano resabios de antiguo régimen, demandas de la burguesía intelectual y la incomodidad de quien no halla un país tranquilo para desarrollar sus talentos. En estos años, Alcalá fue un claro representante de un mundo que se iba y de otro que llegaba, el hijo de un héroe nacional y el ideólogo de una revolución, el hacendado arruinado y el escritor que pretende vivir de su pluma... Todas estas contradicciones internas se manifiestan en nuestro personaje de forma nítida, y hacen de él una de las figuras más representativas de la primera mitad del siglo XIX en España. El exilio en Gran Bretaña fue para él, como para tantos otros, la revelación de que pueden combinarse tradición y modernidad, de que se puede ser noble y trabajar en favor de las reformas sociales, situaciones éstas nunca vistas en España. El exilio francés, que ocupa mucho menos espacio en sus *Memorias* y en sus *Recuerdos*, venía a evidenciar el mundo conocido, y por eso el impacto fue menor en su transformación vital. Sin embargo, en sus escritos de esta época no se plasmó de forma clara la evolución sufrida. Las razones pueden encontrarse en el propio proceso de cambio: dificultades vitales, renuencia a abandonar los principios mantenidos en el Trienio, continuada observación de los hechos, reflexión sobre lo acaecido en España, contraste entre ambas sociedades... Sería más tarde cuando tales cavilaciones conocerían su fruto. De todas formas, el Alcalá Galiano que regresó a España en 1834 no era el demagogo de café ni el diputado exaltado que salió hacia Gibraltar en 1823. Muchos años después escribiría una serie de artículos en *La América* en los que se plasmaron sus observaciones. De carácter marcadamente político, estos escritos muestran una sociedad en la que las formas de gobierno están en estrecha relación con la sociedad existente, con los hábitos y costumbres adquiridas, de ahí que Galiano insista reiteradamente en la insensatez que supondría tratar de imitar a los ingleses, del mismo modo, señala, que se ha hecho con los franceses<sup>104</sup>. No contempla aquel mundo sin crítica y sus enseñanzas para España están precisamente en esa línea, es decir, profundizar en el carácter social, en el verdadero y actual estado del país para aplicarle las recetas políticas

---

<sup>104</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De los periódicos ingleses", en *La América*, 12-IV-1863. Los demás artículos llevaron estos títulos: "Noticias sobre el mecanismo de la aristocracia y del gobierno en Inglaterra" (22-III-1862), "Noticias sobre el mecanismo del gobierno en Inglaterra" (8-IV-1862), "Sobre las leyes y métodos electorales en Inglaterra" (24-IV-1862), "De las leyes reglamentarias del Parlamento británico" (8-V-1862), "De las leyes reglamentarias del Parlamento británico y particularmente de la Cámara de los Comunes" (24-V-1862), "De la oratoria parlamentaria en Gran Bretaña" (8-VI-1862).

más convenientes (en la más pura esencia utilitaria). Ahí está la clave del aprendizaje que Galiano llevó a cabo en Inglaterra: no se trató tanto de analizar las formas políticas y jurídicas como de estudiar el engarce de éstas con la sociedad. Aquí quedó ya definitivamente expulsado de su pensamiento cualquier proyecto abstracto sobre la regeneración de España, y por ende, su rechazo a la Constitución de Cádiz. Su caso no fue único, en la misma encrucijada se hallaron el resto de los emigrados, como veremos a continuación.

Si bien para todo el mundo el absolutismo ya era impensable, existían distintas maneras de contemplar la inserción de la monarquía en el sistema político. Como se ha visto anteriormente, no todos los exiliados sostenían una misma opinión acerca del papel que debía corresponder al Rey: monarquía constitucional, monarquía parlamentaria, ¿república?. Sin embargo, éste no era el único punto en disputa. Una de las cuestiones más interesantes que abordó el liberalismo español fue la necesidad de formar una base social que legitimase un régimen liberal. También este problema se atisbó en el exilio. Las obras de economía de Flórez Estrada (la primera edición del *Curso de economía política* es de 1828), los planteamientos de Romero Alpuente o de Andrés Borrego<sup>105</sup> plantearon ya la controversia: crear una base según los modelos contemplados en Europa, o sobre la realidad española, configurar un programa de difusión del liberalismo. Aquí se encontraría gran parte de toda la división del pensamiento, y, como no, de la práctica política liberal. Sustentar el régimen por la base era una opción. Sostenerlo mediante el pacto con las clases tradicionalmente dirigentes era la otra posibilidad. Aunque esto supone avanzar posteriores conclusiones, no podemos dejar de señalar el hecho de que lo que denominaremos estrategia pactista, va a ser el eje del juego político en los años treinta y cuarenta. Sus planteamientos, coherentes en un principio con la herencia inglesa que se quería revivir en nuestro país, trataban de contribuir a desenvolver una dinámica de armonización de intereses cara a la estabilidad política.

---

<sup>105</sup> La reflexión política de los españoles emigrados en Francia, si bien no constituye el objeto principal de nuestro estudio, tiene una gran importancia por cuanto viene a corroborar los planteamientos esbozados en Inglaterra. Parecía como si las experiencias del pasado condujeran irremediablemente a la búsqueda de un camino para España que considerara el ejemplo europeo, y el ejemplo europeo más "aceptable" era, lógicamente, Gran Bretaña. Sobre los exiliados en Francia puede consultarse el libro de R. SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. (La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen)*, Madrid 1975. La caída del ministerio Villèle animó a Andrés Borrego a marchar a París. Allí entró en contacto con los círculos próximos al liberalismo que posteriormente apoyarían a Luis Felipe, en particular con la sociedad de banqueros y negociantes "Aide toi, le ciel t'aidera". Desde estos miradores privilegiados, Borrego pudo elaborar su propia especulación basada en la "escuela inglesa", como él mismo afirmó en *El Español* en 1835. Considerando la Constitución de Cádiz y el liberalismo francés como ejemplos del "viejo liberalismo", propone analizar la historia para proceder a un cambio lento, pero vigoroso, que tenga en cuenta el estado de la sociedad. De este modo, Borrego comprende la libertad como un medio, no como un fin (C. de CASTRO, op. cit., p. 48). Su trayectoria posterior se vio determinada por esa preocupación por lo social que arrancó en los años del exilio, preocupación que iba a ser el principal problema de la época que se avecinaba.



Distintos factores concurrirán para acabar desvirtuándola: las guerras carlistas obligarán a realizar una *desamortización ajena a toda idea de utilización productiva* de la tierra, la intolerancia de los sectores recalcitrantes comprometerá el carácter “progresista” del pacto, la incompreensión de algunos viejos liberales acerca de los nuevos fenómenos sociales les llevará a taponar canales de participación de los que las nuevas corrientes han dispuesto siempre en la tan admirada Inglaterra (Alcalá Galiano será uno de ellos)... En la estrategia pactista se incluirán después tanto moderados como progresistas, en un continuado juego de “alta política” totalmente desconectado de la vida real. En definitiva, la política se va a convertir en un trueque de favores económicos y políticos al margen de toda vinculación social. De este modo, las nuevas opciones, los sectores desprotegidos (léanse nuevos grupos de presión) no tendrán más alternativa que o pactar con las elites tradicionales, veteadas de políticos, o construir iniciativas distintas. Si estas iniciativas tienen intereses económicos que defender, presionarán para ingresar en el juego político, pero sin transformar las reglas. Si no es así, se constituirán en opciones que podríamos denominar “antiestado”, es decir, que van a propugnar soluciones al margen de lo establecido: transformaciones en el sistema político y social. Toda esta evolución no viene más que a confirmar el fracaso de la construcción de la sociedad civil en España durante el siglo anterior, la incapacidad de unos políticos por otorgar valor social a una constitución y a unas instituciones que acabaron siendo instrumentos para entablar pactos coyunturales, como demuestra la falta de programas y de auténticos partidos.

#### 4. Remodelación de posiciones en la configuración del liberalismo (1834-1836). Del progresismo al moderantismo.

El año de 1834 parecía traer nuevos rumbos políticos para España. Las sucesivas amnistías animaban a regresar a los emigrados y los españoles contemplaban con esperanza cómo las riendas del país eran dirigidas por la joven viuda M<sup>a</sup> Cristina. La caída de Cea Bermúdez en enero de 1834 había venido a sancionar la imposibilidad de sostener un nuevo edificio sobre viejos pilares de madera podrida. De este modo, la llegada al poder de Martínez de la Rosa, “un hombre todo esperanzas”, abrió las puertas a la libertad. Moderada, pero libertad. El día 15 de enero de 1834 alcanzó la presidencia del Consejo de Ministros, y desde aquel momento la llamada época del Estatuto fue el reflejo de sus ideas, matizadas por la cruda realidad de un país atrasado, una guerra civil y bastantes progresistas dispuestos a negar el nombre de liberal al Estatuto.

Martínez de la Rosa había pasado su exilio en Francia, concretamente en París, donde se había tratado con doctrinarios como Barante y Guizot, que tanto influyeron en sus ideas políticas y literarias<sup>1</sup>. Alto, elegante y orgulloso, don Francisco estaba seguro de ser la personificación de lo que España necesitaba: un hombre con talento, conocedor de las prácticas extranjeras, pero a la vez profundamente castizo, alguien que, estando vinculado a las gestas más ilustres del liberalismo español, no se había enfangado tanto como para espantar a las clases tradicionales. Su proyecto constitucional tenía un objetivo: buscar los “medios de hermanar el orden con la libertad”. Su concepción de la sociedad liberal se basaba en la observación de otros países y en particular, de Inglaterra; de tal modo entendía Martínez de la Rosa el equilibrio social que para él se reducía a una mera compensación de lo que llamaba los “intereses reales”, gobernado todo ello por un precepto instrumental: “Los intereses reales de la sociedad son el centro común a que deben encaminarse todas las combinaciones políticas, y si llegan afortunadamente a concurrir en este punto, se ha conseguido el fin de los legisladores: sus leyes afianzarán la certeza de su duración, no en el apoyo moral de los juramentos, ni en los esfuerzos de la virtud, ni en el arrebató del entusiasmo, sino en el principio natural, sencillo, permanente, de la

---

<sup>1</sup> L. Díez del Corral, *El liberalismo doctrinario*, p. 509.

utilidad propia"<sup>2</sup>. Para Martínez de la Rosa era básica la consideración de que al tratarse España de un país con larga historia, se hacía imprescindible dar en el reparto del poder un peso consistente a la tradición, tradición que se iba a encarnar en el recurso a las leyes antiguas. Recobrando ideas jovellanistas, don Francisco procuraba incardinar tales leyes, a las que atribuía el rango de fundamentales, con los nuevos planteamientos políticos que venían a ser la manifestación del "espíritu del siglo". Detrás de todo esto se escondía una absoluta fobia a los dogmas abstractos de la soberanía nacional y los derechos naturales. La congruencia de sus teorías a este respecto no era precisamente muy sólida, sobre todo por el carácter indeterminado y generalista de su apelación a las normas medievales, de modo que hasta colaboradores suyos como Javier de Burgos, escribieron que dichas leyes estaban "...apoyadas en las tradiciones equívocas o en los usos inciertos de la Edad Media"<sup>3</sup>. Sin embargo, Martínez de la Rosa actuaba con un propósito muy preciso que ha sido señalado por Tomás Villarroja: "...el respeto a las leyes fundamentales y las exigencias de los tiempos eran dos módulos con ambigüedad suficiente para, a su amparo, fletar proyectos constitucionales dotados de contenido y significación política plenamente diferentes"<sup>4</sup>. El concepto del "justo medio" podía quedar así trasladado desde las teorías doctrinarias francesas hasta los impacientes aires de libertad que corrían por España. El justo medio entre la historia y la modernidad, entre la libertad y el orden. Pese a todo, la idea no tuvo el menor éxito en los medios liberales progresistas y fue, o ironizada por Larra en varios artículos (especialmente, "Los tres no son más que dos y el que no es nada vale por tres"), o comentada con cierta sensación de frustración por la prensa: "Un medio supone dos extremidades. Hasta ahora no tenemos más que la de los abusos, de los desórdenes, de los males que ha producido un despotismo tan absurdo y tan inveterado. La de las reformas y la civilización nos falta... El justo medio español es imposible"<sup>5</sup>. La realidad parecía dar la razón a los pesimistas y negársela al proyecto conciliador de Martínez de la Rosa, pues la España del Estatuto se veía atosigada por su mayor maldición: la guerra civil. Sin embargo, años después, algunos españoles estudiosos de aquellos

---

<sup>2</sup> F. MARTÍNEZ DE LA ROSA, *El espíritu del siglo*, Madrid 1835, vol. I, p. 26.

<sup>3</sup> J. de BURGOS, *Anales del reinado de doña Isabel II*, Madrid 1850, libro II, vol.1, p. 226. Años después, el Marqués de Miraflores llegaría incluso a decir que "La Constitución del 12, el Estatuto y la Constitución del 37 son una cosa que tiene menos relación con las antiguas leyes de León y Castilla que el Alcorán con el Evangelio", *Memorias*, vol. II, p. 354.

<sup>4</sup> J. TOMÁS VILLARROYA, *El sistema político del Estatuto Real*, p. 110. Autores posteriores quisieron ver en tales pretensiones un auténtico interés por establecer un sistema político liberal en España (A. M<sup>a</sup> DACARRETE, "Martínez de la Rosa. El triunfo de las instituciones representativas...", en *La España del siglo XIX*, vol. I, pp. 407-445).

<sup>5</sup> "Justo medio francés-Justo medio español", *Mensajero de las Cortes*, n<sup>o</sup> 54, 7-VII-1834.

acontecimientos, no dejaron de señalar que fue a partir de la época del Estatuto cuando España recibió un impulso definitivo hacia la transformación política<sup>6</sup>.

## El regreso.

Contaba Mesonero en sus *Memorias de un setentón* que la noche del 9 ó 10 de julio, cuando se encontraba en el café de San Sebastián con sus amigos Larra y Salas y Quiroga, llegaron las primeras noticias acerca de la epidemia de cólera<sup>7</sup>. Fue aquél un suceso que quedó fuertemente marcado en la mente de los españoles, pues trajo consigo lo inesperado: la barbarie se adueñaba de la calle; la violencia, popular y urbana, anticlerical y política, se canalizaba en un odio visceral a los miembros de la Iglesia; pero en un odio ineficaz, falto de soluciones, un odio que poco después se transformaba en sumisión. Esta truculencia, propia de los comportamientos masivos e irracionales y que volvería a manifestarse en las guerras carlistas, haría escribir a Galdós palabras muy clarividentes: "Esta idea de las 'cosas malas' arrojadas infamemente en la riquísima agua de Madrid, con el objeto puro y simple de 'matar a la gente' cayó en el magín del populacho como la llama en la paja. No ha habido idea que más pronto se propagase ni que más velozmente corriese, ni que más presto fuera elevada a artículo de fe. ¿Cómo no, si era el absurdo mismo?"<sup>8</sup>.

En tan aciagas circunstancias llegó Galiano a Madrid; justo un día después del asesinato de los frailes. El 18 de julio de 1834, la diligencia en la que Galiano, su hijo y su anciana tía viajaban desde Valencia se detuvo por fin en la capital<sup>9</sup>. De ella descendía un hombre que, curado de radicalismos, comparecía en Madrid, principal escenario de las andanzas políticas de la época, con ánimo sosegado pero cargando con el fardo de un pasado que le asimilaba al extremismo del Trienio. Sería

---

<sup>6</sup> M. LAFUENTE, *Historia general de España*, vol. 19, p. 408. Al parecer, Martínez de la Rosa se comportaba con cierta prepotencia en lo que respecta a las ideas políticas, y era visto como un protector de las clases tradicionales: "...y cree todavía, mejor que un israelita, que sólo su plan es bueno, y que fuera de él no hay salvación para los grandes y mayorazgos, para el clero de ambos sexos, ni para los abates y canónigos, que son la verdadera patria". (F. CABALLERO, *Fisonomía natural y política de los procuradores en las Cortes de 1834, 1835 y 1836*, Madrid 1836, p. 15).

<sup>7</sup> R. MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, pp. 464-5. La epidemia de cólera morbo declarada atacó con saña a la población madrileña. Los rumores callejeros acusaron a los frailes de haberla provocado, lo que dio lugar a que se atacara los conventos de San Isidro, de San Francisco, Santo Tomás y de la Merced y se asesinara a decenas de religiosos.

<sup>8</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, p. 292. Fuesen cuales fuesen los rumores, lo cierto es que no resulta extraño que se produjesen tales epidemias creemos lo se escribía de la ciudad: "Seguía imperando en la capital el régimen del 'agua va', sustituido en algunos barrios privilegiados por los pestilentes carros portadores de los 'chocolateros de San Sebastián'. Se barrián las calles dos veces por semana: martes y viernes. El declive de las rúas hacía fluir riachuelos nauseabundos a la Puerta del Sol, formando lo que el vulgo llamaba 'la marea', que en verano fermentaba al sol, produciendo gérmenes mortíferos" (A. MARTÍNEZ OLMEDILLA, *Anecdótico del siglo XIX*, Madrid 1957, pp. 215-216).

<sup>9</sup> *Revista Española*, nº 278, 24-VII-1834, p. 728.

precisamente el pasado su carta de presentación tanto para trabajar en la prensa o ser elegido diputado por Cádiz, como para que el gobierno de Martínez de la Rosa tratara de evitar a toda costa su designación como miembro del Estamento de Procuradores<sup>10</sup>. Con el desengaño grabado en el alma, Galiano había dejado atrás las ilusiones personales políticas. Instalado ya por estas fechas en el más puro escepticismo, no le quedaba otro camino que hundirse en él. Encontrándose en Valencia, escribió unos versos dedicados al Duque de Rivas que traducen el estado de ánimo con el que se iba a enfrentar a la nueva situación política: "Y peregrino por la tierra extraña/ Siempre esperaba el día/ En que, pisando el suelo de mi España/ Feliz me llamaría/ Y ahora la piso y si la vista giro/ ¡Mísero! a cualquier lado,/ En la patria que amé sólo me miro/ De nuevo desterrado"<sup>11</sup> Alcalá sólo había podido realizar su deseo de regresar a España tras el decreto de amnistía de 7 de febrero de 1834, que ampliaba el número de favorecidos por la Reina hasta comprender a los que habían propuesto y votado la declaración de incapacidad del rey Fernando VII en las cortes de 1823<sup>12</sup>. Conocida la buena nueva, se puso en camino hacia España entrando por La Junquera el 14 de junio de 1834 y llegando a Barcelona poco después. En la capital de Cataluña, y según afirma en sus *Apuntes*, grupos políticos opuestos a Martínez de la Rosa trataron de implicarle en un movimiento sedicioso que buscaba derribar al gobierno; sin embargo, su firme decisión de calibrar la situación antes de actuar le llevaron a ignorar tales planes.

Meses después, Alcalá hablaría de la situación de la España que encontraba en términos si bien no entusiastas, al menos prometedores: "nadie se atrevería a cargar con la responsabilidad de decir que nuestro gobierno tiene conexión con el de 1823 acá; gobierno que dio el funesto ejemplo de proscribir toda la representación nacional". Su intención era, sobre todo, poner de manifiesto la voluntad conciliadora de quienes, víctimas del despotismo, acudían en esos momentos dispuestos a colaborar en la restauración constitucional del país. "¿Y son acaso hombres de poca importancia en la nación?", se preguntaba desde el estrado de la iglesia del Espíritu Santo. La respuesta es obvia: "No, señores; entre ellos hay hombres que están enlazados con todos los sucesos prósperos o adversos de su patria, a la que dieron

<sup>10</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, Madrid 1846, t. VII, pp. 341-2.

<sup>11</sup> "A mi amigo D. Angel de Saavedra, duque de Rivas", Valencia, julio de 1834, en A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias*, edición de 1886, vol. 2, pp. 552-555.

<sup>12</sup> NIEVA, *Decretos de la Reina Nuestra Señora doña Isabel II, dados en su Real Nombre por su Augusta Madre, la Reina Gobernadora*, Madrid 1835, t. XIX, p.52.

días de gloria: con todos los sucesos de la guerra de Independencia y de la época de 1820 a 1823, que unos critican y otros aplauden. ¿Y quién los redujo a tan infeliz estado?. Un decreto infausto: el del 1º de octubre de 1823. Y ¿dónde si no?. En un campamento extranjero<sup>13</sup>. Sin embargo, hacía notar la existencia de importantes diferencias entre los españoles a la hora de llevar a cabo un programa unificado de reformas; la inquietud y la división partidista eran, por tanto, moneda corriente, pero la situación quedaba en cierto modo salvada por el hecho de que las fuerzas y el ansia de transformación de “los que anhelaban reformas, no llevadas al extremo tal que renovasen la anterior época constitucional” eran mucho más fuertes que la de otros bandos, en ese momento políticamente débiles<sup>14</sup>. Desde su perspectiva, a la muerte de Fernando VII se hallaba el movimiento liberal en un estado de confusa indefinición. Todos deseaban reformas, pero nadie sabía cuál habría de ser el camino: el Estatuto, una vuelta a la Constitución de 1812... En efecto, en estos primeros momentos los liberales, aún manteniendo diferentes concepciones ideológicas, formaban un conglomerado difuso que todavía se definía en función de su oposición a los absolutistas. Pero poco a poco, y cuando éstos dejaron ya de constituir una amenaza cierta porque, al menos en la forma, el estado liberal había quedado definitivamente implantando, el magma liberal se fue definiendo, se fue polarizando alrededor de las cuestiones políticas surgidas al socaire de los acontecimientos, y los distintos grupos fueron configurándose. La primera toma de posiciones se dará, como veremos, alrededor de la validez del Estatuto Real como carta constitucional. De ahí nacerá una división entre conservadores y progresistas. Los otros puntos de inflexión (en una escalada continua desde 1834 a 1837) serán la formación del gobierno Istúriz y el subsiguiente decreto de disolución de las Cortes (22 de mayo de 1836), cuestión clave que desgajó a un sector importante del grupo progresista y lo incorporó al núcleo de lo que sería el futuro partido moderado, y que además puso de manifiesto la opción partidista de la Corona<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> *Diario de Sesiones, Estamento de Procuradores*, vol. 1, legislatura de 1834-35, 15-X-1834, p. 542.

<sup>14</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 332.

<sup>15</sup> J.I. MARCUELLO, “La práctica del poder moderador de la Corona en la época de Isabel II”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, I-III-1997, sobre todo en las páginas 202-213.

## Galiano en el mundo del periodismo.

La incorporación de Alcalá a la vida política activa comenzó a producirse a través de la prensa. En relación a la época anterior, 1834 parecía traer consigo un régimen de publicidad para todo tipo de actividades. Por supuesto, el margen de actuación era muy estrecho: el decreto de 1 de enero y el reglamento de 10 de junio de 1834 no dejaban lugar a muchas alegrías periodísticas, pues las únicas publicaciones que no necesitaban licencia ni censura previa eran aquéllas especializadas en cuestiones científicas y literarias. Por otra parte, el establecimiento de depósitos previos para periódicos políticos y la posibilidad, frecuentemente confirmada, de multas, contribuyó a frenar la proliferación de hojas volanderas y otras publicaciones efímeras que tantos quebraderos de cabeza habían dado a los gobiernos del Trienio. La figura del "editor responsable" iba a ser la manifestación clara del tipo de prensa que se permitiría. Se le exigía al editor la misma renta que a un procurador: 12.000 reales en bienes propios. De este modo, se fomentaba la aparición de periódicos sólidos (económicamente sólidos) que al representar unos intereses determinados siempre tuvieran algo que ganar y sobre todo, dinero que perder. La moderación estaba garantizada. La legislación posterior de 1836 estableció medidas más severas, haciendo hincapié en la figura del gobernador civil, cuyas competencias en materia de censura quedaban ampliadas. Aunque la Constitución de 1837 abolió la censura previa y transfirió los delitos de imprenta a los jurados, leyes y decretos posteriores fueron recortando progresivamente tales medidas, haciendo de la libertad de imprenta un "bocado delicado", en palabras de Larra. Sin embargo, la corriente de los tiempos parecía imponerse y la prensa se iba a consolidar como un auténtico poder político<sup>16</sup>, reflejo de una ajetreada actividad pública sentida por los contemporáneos: "Un libro es, pues, a un periódico, lo que un carromato a una diligencia. El libro lleva las ideas a las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan a pequeñas jornadas como éste lleva a la gente a las provincias"<sup>17</sup>. Las peticiones de ampliación de la libertad de imprenta eran tema común en la época. Galiano se pronunciará en repetidas ocasiones en favor de la libertad de imprenta y la abolición de la censura previa. Manifestando la necesidad de *publicidad en todos los ámbitos de lo político como forma indirecta para controlar el poder*, apoyó la libre expresión de ideas, tanto por ser éstas vehículos de instrucción como por representar la espontaneidad de la opinión pública. "...no es la imprenta

---

<sup>16</sup> *El Español*, 28-IV-1836.

<sup>17</sup> M.J. LARRA, "Un periódico nuevo", op. cit., p. 304.

otra cosa que un mecanismo para multiplicar la expresión de los pensamientos, y dilatarla y hacerla duradera”, escribía en la *Revista Española* el 30 de junio de 1835. Sin gran convicción por la capacidad de los censores para evaluar los artículos políticos, apelaba a la responsabilidad de los autores para calibrar el grado de beligerancia de sus propias obras, asumiendo las cargas o penas que se derivaran de ellas. En este sentido, Galiano aceptaba la necesidad de establecer determinados límites a la libertad de prensa, pero siempre a posteriori y afirmando que deben “1º, señalarse penas a quien hablase contra los derechos de la Reina al trono; 2º, señalarse igualmente contra la provocación a la sedición; 3º, señalarse contra la difamación o calumnia; 4º, señalarse contra la provocación enteramente directa a todo acto declarado crimen en el código penal...”<sup>18</sup>. Meses después, el 20 de diciembre, escribía en el mismo diario: “Una cosa nos ha dolido sobremanera en el proyecto, y es ver prohibida la publicación de obras sobre dogmas de religión sin censura previa (...). Al bando fanático no daría un partidario solo la libertad de imprimir aun sobre puntos de religión sin sujetarse a censura”.

Aún no existían en España unos partidos políticos suficientemente desarrollados, pero puede decirse que había una cierta forma de aglutinamiento por medio de la prensa. En las redacciones periodísticas se gestaron los embriones de los que iban a ser moderados y progresistas. Más que en las Cortes, donde brillaban las individualidades, era en la redacción donde se conectaba directamente con el público al que los mensajes iban dirigidos. Buen ejemplo de esa interdependencia lo constituyó el *Eco del Comercio* durante la época del Estatuto. El *Eco del Comercio* había venido a sustituir al *Boletín del Comercio*, suprimido a mediados de 1834, y su objetivo fue desde el principio formar un sólido frente de oposición a las mesuradas decisiones gubernamentales. Desde muy pronto, quedaron manifiestamente claros sus planteamientos, dirigidos a un público de propietarios ansiosos de ver modernizado el país. Con el tiempo, su opción política se personificaría en Mendizábal y su proyecto desamortizador, pero hasta ese momento sus artículos constituyeron un reiterado intento por formar y dar coherencia ideológica a unas determinadas demandas políticas y económicas. En su redacción combinaban esfuerzos, entre otros, Fermín Caballero y Joaquín María López, el cual, a su vez, ponía voz desde el escaño a la fracción que sería llamada progresista. Por su parte, *La Abeja*, periódico considerado ministerial bajo los gobiernos de Martínez de la Rosa

---

<sup>18</sup> *Revista Española*, 30-VI-1835.



y del Conde de Toreno, aglutinaba a grupos sociales más conservadores; desde sus páginas abrirá el camino a futuros moderados como Joaquín Francisco Pacheco. En definitiva, desde los titulares se ofrecían consignas y se marcaban pautas, se daban a conocer las figuras políticas relevantes y se situaba ideológicamente a la población. Era la prensa de la época oráculo político por medio de los artículos de fondo. Pocos años después, la noticia breve sustituirá la atención por los artículos de fondo, que con sus elaborados razonamientos se asemejaban más a las contemporáneas revistas de opinión que a los efímeros diarios<sup>19</sup>. Por este camino, quedaron configuradas unas estructuras que serían de gran utilidad en el momento en que se convocaran elecciones, dando paso a la ya necesaria modernización del sistema político español. Las dificultades impuestas por la legislación en materia de censura y los requisitos exigidos para la constitución de los periódicos no facilitaron, desde luego, esa tarea de aglutinación política. Obviamente, sólo las tendencias más o menos ajustadas a las directrices deseadas por el Estatuto pudieron llevar a cabo este proceso de definición política, pero aún así, puede percibirse una cierta reordenación del puzzle político entre los años 1834-1836, reordenación en la que la prensa jugó el papel de impulsor.

Si la movilidad y la falta de estabilidad son características determinantes de la prensa de los años del Estamento, la otra gran línea a seguir es la transformación de la figura del periodista. De aquellos eruditos con pretensiones literarias o de los demagogos del Trienio, se pasará ahora al escritor de textos efímeros, que comenta la actualidad, que la critica desde un punto de vista pragmático, alejado de teorizaciones estetizantes, para elaborar, en algunos casos, un discurso fustigador de los males del país<sup>20</sup>. La estrella más brillante en este panorama es, por supuesto, Mariano José de Larra, pero junto a este grupo de periodistas profesionales, en el que también se incluirían Andrés Borrego y Fermín Caballero, hay otro tipo de articulistas que vinculan muy estrechamente la redacción con el escaño. Estos son hombres de recia vocación política que utilizan la prensa como complemento o como plataforma para la reanudación, o comienzo en otros casos (por ejemplo, Donoso Cortés o el ya mencionado Joaquín María López), de una carrera política que en el fondo es el auténtico objetivo perseguido. De este modo, sus participaciones en

---

<sup>19</sup> J. NOMBELA, *Impresiones y recuerdos*, Madrid 1976, pp. 107-109. Relataba Nombela que fue Manuel María Santana, fundador de *La Correspondencia de España*, uno de los principales renovadores del periodismo en los años treinta al dar más agilidad a la lectura con la inclusión de la noticia, primándola sobre los artículos de fondo.

<sup>20</sup> J.F. VALLS, *Prensa y burguesía en el siglo XIX español*, Barcelona 1988, p. 139.

periódicos pretendían aclarar conceptos, explicar actuaciones propias o comentar las acciones del gobierno existente. La gran vivacidad que este panorama generaba en la vida política española es la razón más profunda que difumina la doble cara de una época en la que, si bien los índices de analfabetismo eran muy elevados, los duelos por cuestiones políticas y los partidismos estaban a la orden del día. El ritmo casi vertiginoso con que aparecían nuevos periódicos a la vez que la censura o el hundimiento económico cerraban otros es la prueba más evidente de la intensidad de la vida política española de aquellos años: "...pero vinieron a ocupar su lugar otros nuevos de índole igual o parecida, armas en la apariencia de más embotados filos, pero cuyas heridas no dejaban de ser crueles. Señalábase particularmente *El Eco del Comercio*, *El Mensajero de las Cortes* y *El Observador*, y también se adhería a la oposición, aunque más disimulada y tibiamente el diario titulado *La Revista*"<sup>21</sup>. A la vez se desarrollaba una nueva figura: el intelectual, un nuevo tipo social que respondían plenamente a las necesidades de una sociedad burguesa y que no debía su ascenso a ventajas estamentales ni a favores reales, aunque de una u otra forma se veía condicionado por ellas. Su capacidad de influencia vino de la mano de la idea dieciochesca de que la literatura, más que un entretenimiento, es sobre todo un vehículo portador de ideas, por lo que los escritores se convertían en tutores intelectuales de la población, y a la vez en intérpretes de su actividad"<sup>22</sup>. En el caso de España hay, obviamente, una diferencia generacional importante entre los "intelectuales" que en los años treinta acudieron a la prensa para conformar una opinión pública. Los hombres de la edad de Galiano se acercan más a esa idea global escritor-periodista-político. Nacieron con el prejuicio de que la literatura es un género superior, y el periodismo un arma de combate político. La generación de Larra, por el contrario, supo elevar el periodismo a género literario, se especializó en él e hizo de los diarios los creadores de la opinión pública en una sociedad liberal. La mayor parte poseían una formación en la que las culturas europeas habían tenido gran importancia, y su objetivo al tratar los temas básicos para el desarrollo de España era poner de manifiesto la necesidad de extraer de fuera lo necesario (sobre todo en materia de organización política) para implantarlo en el país conservando las raíces propias. Si bien esta preocupación siempre había permanecido latente en los ilustrados y afrancesados, a partir de la época del Estatuto se amplía, calando en

---

<sup>21</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., vol. VII, pp. 332-3.

<sup>22</sup> Hace ya algunos años se publicó un libro que analiza este proceso con respecto a la sociedad y literatura francesas: P. BÉNICHOU, *La coronación del escritor. ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México 1981.

otros estratos sociales, además de recoger, junto a la influencia francesa, otras ideas procedentes de zonas de Europa en las que los emigrados habían pasado gran parte de su exilio. La diferencia estribaba, como decía Andrés Borrego, en que el objetivo ahora consistía en formar una opinión pública que pudiera influir en la marcha de los asuntos, lo que a la larga evitaría gobiernos despóticos y favorecería la promulgación de una legislación que recogiera los verdaderos intereses de la sociedad.

Alcalá Galiano, como se ha dicho, encarna enteramente la figura de este intelectual. Perteneciente a una generación anterior a Larra, Olózaga, Donoso o Espronceda, representa de forma plena al grupo de políticos que, mediando su madurez vital y política, toman las riendas del gobierno y la oposición entre 1834 y 1837. Es significativa, no obstante, la distancia generacional que separa a Alcalá de estos jóvenes que comenzaban a despuntar en el mundo intelectual de la época. El desgaste personal y político del grupo que forman nuestro protagonista, Martínez de la Rosa o Mendizábal, era resultado de una larga trayectoria en la que el camino a la moderación ha seguido las vías de la experiencia y en muchos casos del escarmiento. Estos hombres, que marcharon al exilio siendo ya adultos, conservarán, al lado de un profundísimo escepticismo, coletazos de pasadas ilusiones. La nueva generación es, por el contrario, mucho más pragmática, no ha sostenido grandes ideales, busca reformas factibles. Está ahí, aún en ciernes, la semilla del espíritu moderado. Pero en la misma incubadora se guarda el futuro talante progresista: la rebeldía y la falta de confianza en el contrario político.

Poco después de su llegada a Madrid, Galiano comenzó a colaborar en *El Observador* y en *El Mensajero de las Cortes*<sup>23</sup>. Fue en este último en cuya redacción se integró nada más instalarse en la capital, gracias a la mediación de su antiguo amigo Evaristo San Miguel. A su llegada del exilio en 1834, San Miguel se lanzó de lleno al mundo del periodismo como vía para incorporarse de nuevo a la política, pero cuando en 1835 fue repuesto en su empleo y grado militar, cambió de opinión y se marchó al norte, a combatir en la guerra contra los carlistas. Como se recordará, Alcalá y San Miguel habían redactado la *Gaceta Patriótica* en 1820, proyecto que el militar abandonaría también para irse a luchar, aunque aquella vez acompañando a Riego. *El Mensajero* era un periódico volcado a la crítica tanto de Cea Bermúdez como, después, de Martínez de la Rosa. Sus artículos, que aparecían sin firma,

---

<sup>23</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para la biografía del Excmo. señor don Antonio Alcalá Galiano, escritos por él mismo*, en *Obras...*, vol. 2, p. 296.

recogían las opiniones de un sector de la población manifiestamente liberal, anhelante de la transformación de las estructuras políticas del país por caminos ajenos a los ya tan manidos. Su público, más conservador que el del *Eco del Comercio*, era un reflejo de indefinición política de su redacción. La llegada al poder de Mendizábal y los sucesos que siguieron, pusieron en la órbita moderada a este grupo de periodistas que oscilaban entre el progreso y la contención. En *El Mensajero*, Alcalá se encargó de elevar el tono político de los escritos publicados, haciendo especial hincapié en la reforma del Estatuto y en la libertad de prensa. El periódico se uniría a la *Revista Española* en marzo de 1836, confluyendo ambas redacciones y dando lugar a uno de los diarios más influyentes de aquellos años, la *Revista-Mensajero*.

A la misma tendencia ideológica pertenecía *El Observador* (que, por cierto, se refundiría en mayo con la *Revista*). Simultaneó Alcalá sus colaboraciones en *El Mensajero* con las que escribía para *El Observador* hasta que, no habiendo transcurrido mucho tiempo desde su regreso, se le encargó la dirección de éste último. Galiano fue, en la redacción de *El Observador*, el jefe de Larra, con el cual había topado ya en la *Revista-Mensajero*. Larra había entrado en la redacción de la *Revista Española* en enero de 1833 tras la suspensión gubernamental de su *Pobrecito Hablador*, periódico en el que se había gestado su fama de mordaz crítico de la sociedad española. Se estableció entre Alcalá y el joven periodista una relación en la que la coincidencia ideológica, salvando las distancias generacionales, era bastante frecuente, pero en la que al parecer hubo un punto negro. Fígaro había escrito la "Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá". En ella lanzaba sus más duras críticas a las posibilidades reales que estaba ofreciendo el Estatuto: "Así es que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales a banderas desplegadas y salir diciendo por las calles "¡Viva la libertad!" u otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado éste o aquél dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos!. Nada de eso: quiero decir que podemos gritar en días solemnes "¡Viva el Estatuto!" y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar a todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo". Galiano, que en aquel mes de octubre estaba contemplando estupefacto cómo los viejos odios no se

habían olvidado<sup>24</sup>, procuraba dar una imagen más creíble de político tolerante y esperaba entrar definitivamente en el Estamento para lanzarse a la oposición, por lo cual es más que probable que procurara si no impedir, al menos diferir la publicación del irónico artículo de Larra en *El Observador*<sup>25</sup>. Larra había llegado al periódico tras abandonar la *Revista Española*, que se había negado a publicarle la “Segunda carta de un liberal de acá” y la “Primera contestación de un liberal de allá”. Ambos artículos, que sí publicó *El Observador*, recogían, en una ficticia correspondencia con un liberal portugués, la solapada crítica que Fígaro trataba de verter sobre el supuesto régimen representativo que se había instaurado con el Estatuto. Galiano, y por supuesto la censura, habían dejado que el público leyese sarcasmos de este calibre: “...por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial; los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo”<sup>26</sup>. Fígaro, acuciado por las necesidades económicas y viendo que *El Observador* había moderado un tanto su línea de ataque a Martínez de la Rosa, al menos en aquel otoño, se vio forzado a retornar a la *Revista*, en cuya redacción volvería a coincidir con Galiano desde la fusión de la publicación con *El Mensajero*. Larra siguió manteniendo contacto con el grupo que formaban Alcalá, Istúriz y el duque de Rivas, sobre todo tras su decepción por la gestión de Mendizábal, pero las transacciones a que el mundo de la política obligaba, le alejó un tanto, en el terreno personal, de Alcalá Galiano, como se deja entrever en “De 1830 a 1836 o la España desde Fernando VII hasta Mendizábal”: “Es el hombre de España que habla más, y oyéndole quisiéramos que hablara más todavía; con todo sería difícil... En una palabra, es el orador más popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar, y el ministerio a que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños”<sup>27</sup>.

---

<sup>24</sup> Como se verá después, tras ser elegido por Cádiz para el Estamento de Procuradores, su acta fue discutida en las sesiones del mes de octubre alegando haberse presentado con retraso los documentos que avalaban su solvencia económica (el Estatuto Real exigía una renta de 12.000 reales).

<sup>25</sup> P.L. ULLMAN lanza la idea en su libro *Mariano José de Larra and the Spanish Political Rhetoric*, Milwaukee 1971, p. 224, aunque no puede asegurar que los hechos sucedieran de esa manera.

<sup>26</sup> M.J. LARRA, “Segunda carta de un liberal de acá a un liberal de allá”, *El Observador*, 7-X-1834.

<sup>27</sup> Cuando en el verano de 1836 el gobierno de Istúriz convocó las primeras elecciones directas, Larra se presentó por Ávila en las candidaturas ministeriales, empujado por su amistad con el Duque de Rivas y ayudado por Ramón Ceruti y Alfonso Carrero, pariente de Dolores Armijo, la cual, precisamente, residía por esa época en Ávila (C. de BURGOS, *Fígaro*, Madrid 1919, pp. 217 y ss.). Hace bastantes años se estudió este episodio en “Reconstruction of a decisive period in Larra's life (may-november, 1836)”, por F. Courtney TARR, en *Hispanic Review*, vol. V, nº 1, (enero 1937), pp. 1-24. También en J.L. VARELA, “Larra, diputado por Ávila”, en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada 1979, t. III, pp. 515-545.

### En la oposición progresista.

Con la entrada en el Estamento de Procuradores, Alcalá cumplió su deseo: ser diputado y poder hacer oposición a Martínez de la Rosa cara a cara. Meses antes, la impopularidad en la que había caído el gobierno de Cea Bermúdez, tan próximo al absolutismo, había hecho peligrar la posición de la propia Reina Regente, pues la permanencia por más tiempo de un ejecutivo semejante permitía dudar del talante reformador de María Cristina. Apoyándose en las advertencias del Consejo de Gobierno, la Regente había destituido a Cea y procedido a la convocatoria de Cortes. De esta forma, y habiendo sido nombrado en enero de 1834, accedió Martínez de la Rosa a la presidencia del gobierno. Martínez de la Rosa era, como ya se dijo con anterioridad, un hombre poco sospechoso de cualquier extremismo, por lo que resultaba el candidato ideal para una situación en la que si bien se sabía lo que se detestaba, no se tenía tan claro qué se estaba buscando. Por otra parte, la antigua amistad juvenil entre don Francisco y nuestro protagonista se había ido disolviendo en medio de los años del exilio. Ya desde el Trienio existía entre ellos una cierta rivalidad, en la que Galiano llevaba la peor parte, pues ni su carrera política ni sus veleidades literarias habían tenido la mitad del éxito que las del granadino. Sin embargo, fueron el exilio francés y las disputas a que dio lugar la formación de las juntas la gota que acabó por llenar de rencor lo que antes sólo habían sido ligeras divergencias ideológicas. Martínez de la Rosa no se fiaba de Alcalá, quien aún arrastraba la fama de demagogo radical, y procuró poner todas las trabas posibles a su entrada en las Cortes. El ingreso de nuestro protagonista en el estamento popular contó además con otras dificultades, derivadas tanto de la rigidez de la ley electoral como de la escasez pecuniaria del solicitante: "Carecía este procurador electo, cuyas desgracias le había empobrecido, de la renta necesaria para tomar asiento en el lugar a que había sido nombrado, y se le figuró torpemente dueño de una finca"<sup>28</sup>. Años después Alcalá escribía estas palabras recordando el rechazo que su acta recibió por parte de la comisión de poderes, pues el artículo 35 de la ley electoral obligaba a ser poseedor de una renta anual de 12.000 reales para ser elegido procurador. Había presentado como documentación la escritura de compra de una casa que rentaba dicha cantidad (que debió adquirir gracias a un préstamo) transcurridos seis días de la elección. La comisión, apoyándose en el artículo citado, le negó el nombramiento. Martínez de la Rosa llegó a intervenir en el debate

---

<sup>28</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 342.

parlamentario insistiendo en que "capacidad legal es tener los requisitos necesarios, y si no los tenía en aquel momento, nada vale tenerlos después...". Los elementos más progresistas del Estamento, por boca de Joaquín M<sup>a</sup> López, encontraron hábilmente un recurso para lograr la designación: "...mas el Estatuto Real dice *para ser Procurador, no para ser elegido*... el Estatuto Real es una ley fundamental y la real convocatoria no lo es, y habiendo esta diferencia, se debe dar preferencia al Estatuto"<sup>29</sup>. En efecto, el artículo 14 del Estatuto establecía la necesidad de poseer la renta anual de 12.000 reales para ser procurador, y nada decía de situaciones previas. De este modo, Alcalá logró el escaño<sup>30</sup>.

El episodio puso de manifiesto la división de los liberales, quienes en este primer momento se iban a polarizar en torno a la polémica sobre el valor del Estatuto como texto constitucional. En lo que se refiere a Alcalá Galiano, su estancia en el extranjero había cambiado su forma de pensar. Según ya se ha dicho, fue particularmente relevante el contacto con una sociedad abierta, como era la inglesa, el hecho que le hizo comprender la necesidad de relativizar las cosas, de tener en cuenta otros factores en lugar de apuntarse a los conceptos abstractos como expresión de lo universalmente válido. Especial interés tienen a este respecto las reflexiones que sobre la Constitución de Cádiz y el Estatuto Real llevó a cabo en la *Revista Española*. En este proceso de redefinición ideológica a Galiano le llovieron las críticas. Sin embargo, al no haber llegado aún a las limitaciones de su posterior moderantismo, el pensamiento de Alcalá era en estos años una de las propuestas más coherentes, más sensatas que se pueden encontrar, pues combinaba realismo político con una firme convicción en las virtudes del liberalismo. No fue nuestro protagonista el único que reflexionó acerca de la significación de cada uno de estos textos constitucionales. El pronunciamiento a favor o en contra del Estatuto Real iba aparejado a una determinada forma de contemplar la Constitución de Cádiz. Alrededor de estas tomas de postura, los liberales comenzaron, como ya se ha dicho, a perfilar sus posiciones políticas y a definir sus idearios. Dentro del grupo contrario al Estatuto, las opiniones acerca de la Constitución de 1812 variaron substancialmente,

---

<sup>29</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 7-X-1834, pp. 471-72.

<sup>30</sup> Archivo del Congreso, Documentación electoral, legajo 12, nº 10: documentación acreditativa de poseer las suficientes rentas.

y en esa diversidad es dónde habría que buscar el origen de los futuros partidos progresista y moderado<sup>31</sup>.

Entre marzo y abril de 1835, los moderados, utilizando como vehículo el periódico *La Abeja*, lanzaron diversas andanadas contra los progresistas y algunos exiliados acusándolos, velada en unos casos y abiertamente en otros, de permanecer aún fieles a la Constitución de 1812<sup>32</sup>. Antes de que se produjeran estas recriminaciones, Alcalá ya había manifestado que "Nadie entre nosotros ha aconsejado el restablecimiento de la Constitución de 1812, pero todo buen español respeta en ella su noble origen"<sup>33</sup>. Con estas palabras dejaba claras dos cosas: la imposibilidad de volver atrás en el tiempo y la necesidad de considerar el pasado liberal como una etapa hacia la construcción de la monarquía parlamentaria en España. Galiano trató de expresar a los españoles su deseo de ver implantados la "libertad civil, (...) los derechos individuales...". De este modo, la Constitución de Cádiz se ha convertido en "un asunto de historia", como escribirá en *El Mensajero de las Cortes* el 1 de diciembre de 1834. Meses más tarde expondría detenidamente qué quería decir con tal expresión. Partiendo de que "toda restauración completa es a nuestro entender un anacronismo", Galiano concebía los textos constitucionales como la positivación de una situación política concreta, y la de 1812 no era, ni por asomo, similar a la de 1834-35. La Constitución de Cádiz no ofrecía soluciones a los españoles contemporáneos. Sin embargo, tenía un valor incalculable, un argumento legitimador que garantizaba la continuidad: "Nuestro sistema ha sido siempre el unir la causa de la libertad presente con la de la libertad pasada. Por eso cabalmente hemos siempre hablado con veneración de una ley política ya no existente, pero de la cual consideramos hijas y herederas a las instituciones que hoy nos rigen..."<sup>34</sup>. De este modo, Alcalá pretendía demostrar que los gobiernos que no respetaron los principios constitucionales establecidos libremente por los ciudadanos (y sin duda, estaba pensando en la década ominosa) carecían de legalidad. Insistiendo en esta cuestión y queriendo dejar claro su acatamiento al Estatuto Real, había dicho meses antes en el Estamento de Procuradores: "Miro pues al gobierno actual como una

---

<sup>31</sup> J. TOMÁS VILLARROYA hizo un análisis general de estas cuestiones en *El sistema político del Estatuto Real*, Madrid 1968, pp. 555-566, y en sus artículos "La Constitución de Cádiz en la época del Estatuto Real", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 126, (1962), pp. 251-277 y "Las reformas de la Constitución de 1812 en 1836", en *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, (Barcelona, 1964), pp. 171-203.

<sup>32</sup> *La Abeja*, 2-IV-1835.

<sup>33</sup> *El Observador*, 14-VIII-1834.

<sup>34</sup> *Revista Española*, 8-V-1835.



restauración del gobierno constitucional, no como una continuación de él: los miro como pertenecientes a una misma familia, de un mismo origen. Así como hay dinastías de príncipes, las hay de gobiernos; y para mí de una misma dinastía son el Estatuto Real actual y la pasada Constitución de 1812, fenecida en 1823<sup>35</sup>. Este parecía ser, en 1834-35, un sentimiento generalizado. Miembros de la nueva generación, como Larra, se pronunciaban en la misma línea (en "Dios nos asista"). Las juntas que se levantarían en 1836 reivindicarán la Constitución, pero advertirán de la necesidad de su reforma. El *Boletín del Comercio* (preludio del progresista *Eco del Comercio*) antes de la publicación del Estatuto demandaba un texto constitucional, sin solicitar en ningún momento la vuelta a la Constitución de 1812: "La falta pues, de un código fundamental es siempre la causa primera de las usurpaciones y del desorden en el régimen político"<sup>36</sup>. Los habrá, como Donoso, que abominen de ella de forma absoluta. También tendrán su lugar los que hagan de ella su bandera: el sector más exaltado, cuna del progresismo. Pero esto sólo sucederá cuando, decepcionados por la falta de transigencia de la Corona y los moderados, retornen a la Constitución de Cádiz por hallarse en ella el fundamento máximo de la legitimidad del gobierno representativo: la soberanía nacional. Por el momento, y a la espera de una mayor flexibilidad, los políticos y periodistas de 1834 mostraron un gran realismo político y una gran deseo de reconstruir la convivencia. Esto es particularmente importante si se tiene en cuenta que por fin se atisbaba la luz tras muchos años de un gobierno despótico que había provocado el exilio de la mayor parte de quienes ahora estaban en el poder<sup>37</sup>.

Sin embargo, ni Alcalá ni sus compañeros del bando progresista aceptaban el Estatuto sin más. La inexistencia de una tabla de derechos era una lacra de primer orden que hacía más evidente el contraste con la Constitución de Cádiz, y la derrota parlamentaria de la petición propuesta en septiembre de 1834 mostraba a las claras las escasas intenciones reformadoras del gobierno y, como decía Villiers, la falta de realismo político de Martínez de la Rosa<sup>38</sup>. La primera elaboración de dicha petición

---

<sup>35</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 15-X-1834, p. 544. Estas palabras fueron pronunciadas en el curso de una acalorada discusión con Martínez de la Rosa con motivo de la revalidación de los cargos públicos nombrados en el Trienio. Con el acatamiento del Estatuto en la tribuna, Galiano trataba de evitar que su oposición se interpretara como acoso y derribo del gobierno y no como intento de introducir paulatinas reformas en el sistema ideado por el ministro granadino.

<sup>36</sup> *Boletín del Comercio*, 19-I-1834.

<sup>37</sup> C. MARICHAL, *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España, 1834-1844*, Madrid 1980, p. 94.

<sup>38</sup> Puede conocerse la discusión de la petición en "La petición de derechos de 1834", de R. FLAQUER, *Revista de Estudios Políticos* n° 93, (VII-IX 1996), pp. 243-255.

de derechos se había terminado el 18 de junio de 1834 y había sido presentada por catorce diputados de la oposición. La segunda presentación (10 de enero de 1835), que no llegaría a discutirse, fue suscrita por treinta y un procuradores entre los que se encontraban Alcalá Galiano, Joaquín M<sup>a</sup> López, Istúriz, Caballero, el Conde de las Navas, Flórez Estrada y Manuel Chacón. La vista de la primera demanda en el Estamento de Procuradores polarizó a los grupos parlamentarios y marcó unas distancias muy claras. El grupo más conservador, capitaneado por Martínez de la Rosa y el conde de Toreno, votaría "no" a la petición. La oposición, formada por progresistas de diferente pelaje que con el tiempo llegarían también a separarse, se decantó masivamente a favor. Del tira y afloja entre unos y otros, se elaboró el texto definitivo que no alcanzó carácter legal porque no pasó el trámite de aprobación en el Estamento de Próceres. Los doce artículos que componían la petición, condensaban los aspectos fundamentales de todo régimen liberal: defensa de la libertad individual, de la libertad de imprenta, la responsabilidad ministerial, igualdad ante la ley, inviolabilidad de la propiedad, etc.<sup>39</sup>. Si bien la petición no llegó a buen puerto, su fracaso en el Estamento de Próceres (habiendo sido apoyada por un grupo importante de procuradores y contando con un gran respaldo social) puso en entredicho el valor del Estatuto como texto constitucional común<sup>40</sup>. Las decepciones provocadas dieron al traste con la anhelada concordia. El Estatuto carecía de la flexibilidad necesaria para asumir las demandas sociales. Si bien podría haber sido un cimiento sobre el que construir un edificio de libertades públicas (según escribía Alcalá en *El Observador* el 27 de julio de 1834), pronto habían quedado claras sus limitaciones: escasez de representación parlamentaria, exigüidad de derechos reconocidos, falta de libertad de imprenta... Si el Estatuto no satisfacía las necesidades de una sociedad que había dado "prueba clara de que había en España una opinión favorable a la libertad", podía, por el contrario, contribuir a dividirla pues "Ni lo que adelantamos es tanto, ni de tal especie que compense completamente por lo que retrocedemos"<sup>41</sup>.

---

<sup>39</sup> La defensa de la propiedad es, obviamente, primordial, pero el artículo nueve establecía una salvedad: "La propiedad es inviolable, sin embargo, está sujeta: Primero: a la obligación de ser cedida al Estado cuando lo exigiere algún objeto de utilidad pública, previa siempre la indemnización competente a juicio de hombres buenos. Segundo: a las penas legalmente impuestas y a las condenaciones hechas por sentencia legalmente ejecutoriada".

<sup>40</sup> R. FLAQUER, op. cit., p. 256.

<sup>41</sup> *Revista Española*, 30-VII-1835.

Junto a sus pronunciamientos acerca de la Constitución de Cádiz y el Estatuto, la labor de Alcalá en el Estamento brilló especialmente por haber contribuido de forma destacada a la introducción en España de los mecanismos de control parlamentario<sup>42</sup>. Aunque el Estatuto Real apenas especificaba nada acerca de esta cuestión, fueron el propio desarrollo parlamentario y sus requerimientos los que obligaron a la adopción de ciertos comportamientos que facilitarían la relación entre los poderes. Algunos de estos dispositivos habían sido ensayados en la época del Trienio, pero dada la tajante separación de poderes de la Constitución de Cádiz, fue difícil encontrar vehículos que allanaran la comunicación entre el ejecutivo y el legislativo<sup>43</sup>.

Una de las primeras actuaciones de Alcalá a este respecto tuvo lugar en noviembre de 1834. Los miembros más progresistas del Estamento de Procuradores, en su intento por derribar el gobierno de Martínez de la Rosa, acordaron plantear un voto de censura que iba a ser redactado por Alcalá Galiano. Tal voto de censura trataba de ser una vía parlamentaria para poner fin a las actividades del gobierno por medio de una petición a la Reina Gobernadora en la que se exponía la crítica situación del país: "El descontento es general, el desaliento le sigue y convirtiéndose los efectos en causas, la irritación y el decaimiento, nacidos de sucesos desgraciados, engendrarán después nuevos y mayores desastres"<sup>44</sup>. El texto continuaba poniendo de manifiesto la nulidad de las acciones llevadas a cabo por el gobierno, proponiendo un cambio del mismo. Fue firmado por su redactor, Alcalá Galiano, y por Fermín Caballero, Joaquín M<sup>a</sup> López, Telesforo Trueba y el conde de las Navas, y presentado a discusión parlamentaria. Sin embargo, dada la mayoría de la que disfrutaba el gobierno, el primer voto de censura perdió la batalla en la votación posterior. El bloque de oposición que formaban los progresistas funcionó con notable unidad y constancia, al decir de uno de sus componentes, Fermín Caballero<sup>45</sup>. En efecto, el grupo estaba constituido por procuradores cuyas características se complementaban muy adecuadamente. Se unían la juventud y la

---

<sup>42</sup> J. TOMÁS VILLARROYA, "Alcalá Galiano entre dos destierros", *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, Barcelona, nº 81 (1966), p. 173.

<sup>43</sup> J. TOMÁS VILLARROYA, "Los orígenes del control parlamentario en España", *Revista de Estudios Políticos*, nº 132, (1963), p. 104. La relación conflictiva entre legislativo y ejecutivo fue patente desde los primeros momentos de la existencia del gobierno representativo en España (R. FLAQUER, "El ejecutivo en la revolución liberal", *Ayer*, nº 1, (1991), pp. 37-66).

<sup>44</sup> F. CABALLERO en *El gobierno y las cortes del Estatuto*, Madrid 1837, recogió el texto completo de la exposición en la página 63-71.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. XXXI.

madurez, la elocuencia y la reflexión; todos ellos animados por un mismo empeño: hacer oposición. Y nada más. Constituían ese difuso conglomerado que ya hemos mencionado en el que se estaban cocinando los partidos del futuro. Demasiado diverso para entenderse, aunque lo suficientemente heterogéneo como para hostigar al gobierno desde todos los frentes posibles.

Los procuradores progresistas volvieron a la carga en mayo de 1835 a propósito del Convenio Elliot y los problemas derivados de una posible intervención extranjera en la guerra contra los carlistas. El comisionado británico lord Elliot había insistido, ante la presión de la opinión pública de su país, en la necesidad de la firma de un tratado que regulase el respeto y el canje de prisioneros. La guerra había tomado un cariz casi sanguinario y esto espantaba a los enviados extranjeros. El convenio fue firmado a finales de abril de 1835 entre los generales Valdés y Zumalacárregui, pero apenas tuvo un valor más que simbólico, y para colmo sólo se aplicó al territorio vasco-navarro. Lo que sí se puso de manifiesto con la rúbrica de este pacto fue el reconocimiento tácito del carlismo como fuerza beligerante, y la debilidad del gobierno, al parecer fuertemente condicionado por la mediatización de las embajadas francesa e inglesa. Caballero aglutinó una vez más a los progresistas y presentó una proposición en Cortes en la que urgía a un cambio de gobierno dadas las funestas consecuencias de la gestión gubernamental. Galiano fue el encargado de defenderla, aunque la cuestión se saldó con nuevo fracaso<sup>46</sup>. Pese al naufragio de estos intentos, habían quedado de manifiesto dos cosas: por un lado, se hacía necesario establecer un mecanismo previo al voto de censura (como era la responsabilidad ministerial) y por otro, había que institucionalizar la práctica del voto de censura en cuanto tal y no por medio de vehículos como la petición (así se presentaron las dos reconvenciones al gobierno, pues era el único medio más o menos legítimo que establecía el Estatuto). Con respecto a la primera cuestión, Galiano insistió repetidas veces apoyando sus argumentos en los pilares doctrinales de Benjamin Constant: "Eso quieren regularmente los Ministros de todos los países: que se trate de hacer efectiva su responsabilidad para eludir así las consecuencias más terribles e inmediatas de un voto de censura"<sup>47</sup>. Meses después (el 3 de julio de 1835) escribía en la *Revista Española* un artículo titulado "¿Qué es ser ministro responsable?" en el que analizaba más profundamente el asunto, entendiendo la

---

<sup>46</sup> Fermín Caballero había reunido a los procuradores en su casa para acordar posiciones. Alcalá Galiano, según afirma en su *Historia de España*, no asistió a dicha reunión.

<sup>47</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 27-V-1835, p. 2596.

responsabilidad ministerial no sólo el dar cuentas en función de lo exigido por la ley, sino también cara a la sociedad: “No vale, pues, a un ministro en caso de algún acto desacertado, o de algún mal nombramiento, la excusa de que al obrar así tuvo que ceder a respetables influencias”. Es, por tanto, éste el sentido principal que Alcalá otorga al gobierno de la monarquía constitucional: un sistema de confianza mutua y de responsabilidad personal en la gestión: “Y su firmeza, yendo acompañada del respeto debido, la de granjearles la estimación del mismo Rey a quien sirven; pero si por desgracia sucede lo contrario, si por ser firme un ministro cae, cae con su reputación intacta, cae por unos días, pero renovándose la necesidad que le elevó, sube otra vez, mas sostenido por la opinión, más fuerte, más provechoso al público y al monarca, cuyo interés es uno mismo”.

Con motivo de la discusión del reglamento interior del Estamento de Procuradores (20-X-1834), Argüelles sacó a colación otra de las grandes cuestiones técnicas que frenaban el libre debate en Cortes y dificultaban el control de las acciones del gobierno: “Un estamento que carece de iniciativa, un estamento en que para manifestar su opinión aun en los términos más reverentes, cual es en forma de petición, necesita reunir los pareceres de doce individuos, confieso que me sorprende”. Alcalá, sosteniendo sus teorías, una vez más, en las de Constant y en las prácticas de Francia y Gran Bretaña, fue más allá, señalando que frenar una interpelación tan primaria como era la petición, el gobierno ponía muy claramente de manifiesto su desconfianza hacia el Estamento de Procuradores, asunto éste en el que insistirían después otros procuradores como el Conde de las Navas. De modo que poner cortapisas a la iniciativa de los procuradores era taponar “la válvula por donde se desahoga ese espíritu inquieto, que lejos de perjudicar a un gobierno fuerte, franco y liberal, contribuye sobremanera a darte más brillo y esplendor”. En repetidas ocasiones, Alcalá interpeló al gobierno por medio de preguntas o proposiciones en un esfuerzo, en el que también participaron otros procuradores, por lograr que las interpelaciones y las peticiones se convirtieran en un “derecho sancionado por la práctica”, según afirmaba Olózaga. Una de las primeras ocasiones en la que se plasmaron de forma clara sus intenciones fue en la discusión de los presupuestos para 1835 (diciembre de 1834), momento en que propuso que “...en las discusiones sobre presupuestos no se declara los puntos suficientemente discutidos interin haya Procuradores que tengan pedida la palabra”. Aunque la proposición fue

rechazada, Alcalá no cejó en su empeño y aprovechó el menor pretexto para hacer sus críticas a los mecanismos paralizadores del control que establecía el Estatuto.

Al lado de esta tarea de oposición de carácter técnico o teórico, Alcalá no perdió la oportunidad de manifestar su disconformidad al gobierno de Martínez de la Rosa en los acontecimientos políticos del momento. El 18 de enero de 1835 soldados rebeldes ocupaban la Casa de Correos de Madrid, asesinando al capitán general Canterac y pidiendo medidas liberalizadoras. Poco después y siendo, sorprendentemente, perdonados, marcharon al frente para luchar contra los carlistas. La discusión en los estamentos no se hizo esperar, y Alcalá, olvidando condenar de forma efectiva la ilegitimidad de tales actuaciones cuarteleras para pedir reformas políticas (aunque lamentando la muerte de Canterac), vio el cielo abierto para clamar desde la tribuna contra el gobierno y su responsabilidad en los hechos pues "Han sido desatendidas varias peticiones que se han hecho desde la reunión de las Cortes, y que no se encaminaban a otra cosa que a perfeccionar el Estatuto Real, destinado a dar lo que se llama seguridad y libertad. He ahí una causa de descontento. La Guerra de Navarra progresa, otro motivo de descontento"<sup>48</sup>.

La crispación siguió creciendo hasta que en mayo del mismo año de 1835 los progresistas presentaron su segundo voto de censura (como ya se ha visto) con motivo de la discusión del Convenio Elliot. Aunque fracasaron en su intento, Caballero continuó insistiendo en exigir la responsabilidad del Ministerio. Aquel día 11 de mayo de 1835 la sesión en el Estamento de Procuradores se había presentado problemática. Se dejaron ver agentes de policía prestos a situarse en las galerías de la sala y en los alrededores del recinto. Poco después, se vio aparecer a una compañía de caballería del ejército. En el Estamento, tanto Joaquín M<sup>a</sup> López como Alcalá Galiano protestaron por semejante atropello a la dignidad de los representantes de la nación. Tanto las tropas como los agentes fueron retirados, no sin que antes el Presidente del Consejo, Martínez de la Rosa, advirtiera que el objetivo era evitar un supuesto atentado preparado contra él. Acabada la sesión, y ya fuera del salón, Martínez de la Rosa fue atacado por un grupo indefinido de personas entre las que los criados de éste dijeron haber visto a Dionisio Alcalá Galiano, hijo de nuestro protagonista. Pese a que negó su participación en los hechos<sup>49</sup>, fue detenido

---

<sup>48</sup> *Diario de Sesiones, Estamento de Procuradores*, 20-I-1835.

<sup>49</sup> En sendas cartas enviadas al *Eco del Comercio* y a la *Revista Española* (13 de mayo de 1835); Fermin CABALLERO, op. cit., pp. 107-109.

dos días más tarde y encerrado en el Cuartel de Inválidos, donde permaneció hasta el doce de junio. De nada sirvieron las cartas enviadas a la prensa por sus amigos Benito Alejo de Gaminde y el Conde de las Navas avalando su conducta<sup>50</sup>. Dionisio Alcalá Galiano había estado ese día entre la multitud que contemplaba la salida de los procuradores, aunque al parecer lo único que hizo fue apelar a su amigo el Conde de las Navas para que éste, valiéndose de su nombre, pusiera orden en el tumulto que se había levantado contra Martínez de la Rosa. En cualquier caso, y pese a su origen familiar, el Conde no era tenido precisamente por un moderado, por lo que su aval resultaba cuanto menos dudoso. Caballero decía de él que tenía "ideas semirrepublicanas"<sup>51</sup>, y ese mismo verano de 1835 encabezó una columna armada revolucionaria contra el gobierno del Conde de Toreno. Paradójicamente, justo un año después (en junio de 1836) se presentó a las elecciones formando parte de las candidaturas antimendizabalistas. Era el Conde, como tantos políticos españoles, oposición pura. Por su parte, Dionisio Alcalá Galiano se había labrado una cierta reputación como periodista político y era considerado "uno de los jóvenes más despiertos y más inteligentes de aquel tiempo". Vinculado a ideas progresistas, sus relaciones eran estrechas con jóvenes artistas y escritores como los Madrazo, Espronceda o Larra. Las Cortes acordaron la redacción de un mensaje condenatorio de los hechos que, por supuesto, Alcalá se negó a firmar, arguyendo que no obstante reprobar el atentado, no iba a colaborar en ninguna actuación que pudiese ser entendida como un apoyo al gobierno<sup>52</sup>.

Con una guerra interminable y un país en plena ebullición, Martínez de la Rosa dejó la presidencia del Consejo de Ministros pocos días después del cierre de las Cortes el 29 de mayo, habiendo decepcionado a todo el mundo<sup>53</sup>. Su sucesor, el Conde de Toreno, tampoco tendría gran éxito en la pacificación del país. La guerra carlista se estaba convirtiendo en un enorme lastre a la hora de conseguir la normalización política del país, cualquier intento de reforma quedaba condicionado a los requerimientos de semejante rémora<sup>54</sup>.

---

<sup>50</sup> La carta de Gaminde fue enviada al *Eco del Comercio* (18-V-1835) y la del Conde a la *Revista Española* (15-V-1835).

<sup>51</sup> F. CABALLERO, *Fisonomía natural y política de los procuradores a Cortes de 1834, 1835 y 1836*, Madrid 1836, p. 77.

<sup>52</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 19-V-1835, p. 2552.

<sup>53</sup> J. SARRAILH, *Un homme d'état espagnol: Martínez de la Rosa (1787-1862)*, p. 225.

<sup>54</sup> A. NIETO ha analizado las dificultades y frenos que nacieron de la guerra (con sus necesidades económicas, personales y políticas) en lo que afecta las reformas administrativas, de las que tan precisado estaba el país: *Los primeros pasos del Estado constitucional. Historia administrativa de la Regencia de María Cristina de Borbón*, Barcelona 1996.

El gobierno del Conde de Toreno se caracterizó por su brevedad y por ser calificado como un gobierno de camarilla<sup>55</sup>. Pese a que trató de sanear las cuentas del estado y obtuvo ventajas frente a los carlistas como el levantamiento del sitio de Bilbao y la victoria en Mendigorriá (y otros no debidos tanto a su talento como a la fortuna, entre los que destaca la muerte del general Zumalacárregui), su gestión fue una perpetua lucha por mantener el orden público. "De la opinión en este momento y por lo tocante al Ministerio recién nombrado" fue el título del artículo que Alcalá escribió para la *Revista Española* el 17 de junio de 1835 en el que anunciaba su expectación ante lo que podía ofrecer el nuevo gobierno. Sin embargo, pronto llegó la decepción. La inestabilidad política que empezaba a evidenciarse en el país hizo entrever a Alcalá los problemas que se avecinaban. Falta de reformas, promesas incumplidas y lentitud en la toma de decisiones centraban las críticas que desde la prensa vertía nuestro protagonista al que sería efímero gobierno del Conde de Toreno. Pero las protestas sociales iban más allá de una campaña periodística. Un movimiento revolucionario, que había comenzado a desarrollarse en Zaragoza y Barcelona, se extendía por todo el país, y las juntas recién formadas actuaban al margen de las consignas dadas por el gobierno. Especialmente activo fue el movimiento juntero andaluz, el cual, según Modesto Lafuente, dispuso todo tipo de extravagancias, siendo la más destacada calificar al Conde de Toreno como reo de alta traición. Las juntas del sur se formaron en septiembre, procurándose además una organización militar que las permitiera luchar tanto contra el carlismo como contra el gobierno, si fuera preciso. La Junta de Andújar actuó como órgano centralizado hasta mediados de octubre y trató de buscar vías de negociación con el ejecutivo<sup>56</sup>.

Entre semejante desconcierto, Alcalá Galiano fue detenido. La situación en Madrid había llegado a tener tal gravedad que el 17 de agosto se declaró el estado de sitio y el 18 se creó una comisión para detener a posibles sospechosos de alterar el orden público. Entre los sospechosos figuraban en una lista los nombres de varios procuradores, aunque únicamente se logró apresar a Galiano y a Miguel Chacón, quienes fueron encarcelados<sup>57</sup>. Otros, como Joaquín M<sup>a</sup> López, Fermín Caballero o el

---

<sup>55</sup> I. BURDIEL, *La política de los notables (1834-1836)*, Valencia 1987, p. 168.

<sup>56</sup> A. GIL NOVALES, "El movimiento juntero de 1835 en Andalucía", en *Cuadernos de Filología. Literatura: análisis III* 3, (Universidad de Valencia 1983), pp. 85-118.

<sup>57</sup> Carta de Istúriz al Secretario de Estado en la que manifestaba sus temores de que tales hechos repitieran los de mayo de 1814, fechada el 18 de septiembre de 1835. R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 1, doc. n.º 7. La acusación fue que un



Conde de las Navas, habían logrado huir, circunstancia ésta que fue aprovechada por las fuerzas de la autoridad para llevar a cabo registros en sus respectivos domicilios a la búsqueda de cualquier prueba que pudiera incriminarles. Los parlamentarios, escandalizados ante tal atentado a su condición, enviaron una exposición a la Reina en la que tuvieron especial peso los argumentos de Argüelles quien debido a su prestigio catalizó las quejas de los diputados<sup>58</sup>. El texto clamaba en demandas de protección para la inmunidad parlamentaria, tan displicentemente conculcada por un jefe político provincial. Pocos días después, tanto Chacón como Alcalá fueron puestos en libertad por falta de pruebas. Sin embargo, la calma no se había instalado en el país, la gestión de Toreno no satisfacía a nadie, por lo que iba a ser necesario un cambio en la cabeza del gobierno. El nombre de Mendizábal, que estaba en boca de todos, saldría de los reales labios para encargarse de apaciguar los plebeyos ánimos.

### **Mendizábal en el gobierno sin Alcalá Galiano.**

La llegada de Mendizábal al poder logró aplacar a las juntas sublevadas, a todas menos a la de Cádiz, que hizo público el 23 de septiembre un manifiesto en el que se negaba a aceptar el sistema del Estatuto y pedía la convocatoria de cortes constituyentes. Como última reclamación, revocaba los poderes de los procuradores de su provincia<sup>59</sup>. Al mismo tiempo hizo llegar a éstos sendas cartas en las que les califican de apóstatas políticos y de eludir la regeneración de España. Alcalá, que era uno de los representantes de Cádiz en las Cortes, se apresuró a rebatir la revocación en una carta publicada en la *Revista Española* el 4 de octubre. Afirmando que dejaría su cargo si hubiera perdido la confianza de Cádiz, ya que en ese caso carecería de la "fuerza moral necesaria" para cumplir con su deber, Galiano llevó a cabo un análisis del significado que, dentro del sistema de gobierno representativo, tenía la figura del diputado o procurador, señalando su carácter de representante nacional (y no provincial) y de poseedor de un mandato representativo (y no imperativo). De este

---

testigo les había visto arengando a las gentes en la calle e instándolas a quemar los conventos (R.A.H., Archivo particular de Isabel II, legajo 1 -9/6939-, pliego 4).

<sup>58</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia...*, vol. VII, p. 367. A.G.P., R. Fdo. VII, caja 8, nº 43 ("Exposición de catorce procuradores con motivo de haber sido presos dos procuradores sin los requisitos previos").

<sup>59</sup> A. PIRALA, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid 1889, tomo I, p. 818. R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 1, doc. nº 10 (las cartas a los diputados por Cádiz, en el mismo documento). Básicamente, la Junta negaba el carácter liberal del Estatuto: "La junta faltaría a sus deberes si no manifestase en términos explícitos los sentimientos que la animan. El llamado Estatuto Real y el sistema por él establecido son, respecto a la libertad política de la nación, lo que la hipocresía respecto a la virtud. Los españoles libres no quieren parecer libres, sino serlo".

modo, trataba de realzar la imagen y la independencia del procurador dentro de un sistema político que era, por otra parte, fuertemente personalista, dada la inexistencia de partidos organizados en cuanto tales: "Donde quiera que hay cuerpos de representantes elegidos por voto de la nación, y no siendo bajo un sistema federativo, los apoderados del pueblo elegidos por una provincia y una ciudad no representan a ella sola, sino a la nación entera. Esta doctrina, común a todos los países regidos por sistemas iguales al establecido, o que se trata de establecer en España, fue la sentada en la Constitución del año 12, y es la propia de las instituciones bajo las cuales fui yo elegido procurador por Cádiz, y no de Cádiz".

Ante las garantías ofrecidas por Mendizábal, la junta de Cádiz acabó cediendo en sus pretensiones y, confiando en las posibilidades que parecía ofrecer el nuevo jefe del gobierno, se plegó a las demandas de serenidad que desde el poder se le hacían.

El "último cartucho". Con estas palabras calificaba Villiers, el embajador británico en Madrid, al nuevo presidente del Consejo de Ministros. Mendizábal era el último cartucho con el que contaba la monarquía cristina para sostener el trono. La expectación que había generado su manifiesto del 14 de septiembre (que había aplacado a las juntas)<sup>60</sup>, su prestigio y el hecho de que se había mostrado como un político abiertamente progresista eran las causas que habían hecho nacer la esperanza entre los españoles: "Este grande hombre, que ha venido como el Mesías, trae mucha sal en la mollera, y el firme propósito de hacer aquí una regeneración... vamos, para que nos envidien todas las naciones. Pues verá usted cómo no hace nada. ¿Por qué?. Porque no le dejan... Ya empiezan a decir que si en Palacio gusta o no gusta. Y es la de siempre: Palacio..."<sup>61</sup>. Nadie en aquellos años gozó de más prestigio. A nadie se le otorgó tanta confianza. Sin embargo, pronto aparecieron las dudas: las dificultades externas y su peculiar forma de ser iban a torcer el camino emprendido tan brillantemente. Mendizábal estaba convencido de ser el hombre adecuado en el momento adecuado. Su orgullo, combinado con algo de prepotencia, llevaron al mismo Villiers, quien había confiado tanto en sus posibilidades, a escribir

<sup>60</sup> A. GARCÍA TEJERO, *Historia político-administrativa de Mendizábal, dedicada al pueblo liberal español*, Madrid 1858, vol. 1, p. 138-140. García Tejero señalaba que el éxito del manifiesto se debió a que en él "...se leía, por primera vez, el lenguaje patriótico, aunque respetuoso, de un hombre que se constituía fiel intérprete del sentimiento público, de la voluntad de la nación, de las quejas y vivos y angustiados suspiros de los pueblos", p. 141. El programa de Mendizábal comentaba los grandes problemas de España (las finanzas, la guerra, el sostenimiento del trono), afirmaba su firme deseo de solucionarlos y pedía a M<sup>a</sup> Cristina la confianza necesaria para sacar adelante sus propuestas.

<sup>61</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Mendizábal*, p. 123.

que: "Su vanidad y autosuficiencia, que son ilimitadas y que no se basan -siento decirlo- en otro fundamento que en la ignorancia y en una viva imaginación, le impiden aprender el arte de gobernar y entender que consiste en cualquier cosa menos en una sucesión de golpes más o menos afortunados, por cuya ejecución práctica y efectos últimos no se interesa, él que es su inventor"<sup>62</sup>. Tan sólo unos meses antes, Mendizábal había sido precisado por el Conde de Toreno para que formase parte de su gobierno como ministro de Hacienda. Pero las ocupaciones financieras de aquél impidieron un retorno inmediato. Estaba dedicado Mendizábal a tratar de situar los fondos portugueses en una buena posición en la Bolsa de Londres con vistas a equipararlos a los de otras potencias. Sin embargo, los requerimientos de la política eran como cantos de sirena para don Juan, y en septiembre ya se había presentado en España con su aureola de gran oficiante del liberalismo. Aceptada la dimisión del Conde de Toreno por la Reina (13 de septiembre de 1835), Mendizábal fue nombrado jefe del ejecutivo. Su primera tarea fue la pacificación de las juntas sublevadas, para lo cual contó con la ayuda de la embajada inglesa, dando comienzo una etapa en la que la influencia de este país en los negocios de España fue algo más que mera supervisión<sup>63</sup>. De hecho, el principal colaborador del embajador Villiers, Southern, fue el encargado de parlamentar con el secretario de la Junta de Cádiz, José Villalta, el cual, por cierto, mantenía una sólida amistad con el representante diplomático inglés. Obviamente, el entendimiento no tardó en producirse. Las concesiones hechas a los sublevados por el gobierno no gustaron a los más moderados, los cuales dieron paso a un distanciamiento cada vez mayor de Mendizábal, por lo que éste decidió apoyarse en los sectores más progresistas (cosa que no agradó ni al embajador inglés ni a su gobierno).

Alcalá Galiano y Mendizábal eran viejos conocidos. Desde su Cádiz natal, muchos eventos habían contemplado en común y su relación, nunca sumamente cordial, se había mantenido, sin embargo, de forma constante. Pero el agravio que fue para Galiano su exclusión de la junta de gobierno en el exilio, se iba a sumar ahora a su exclusión del ministerio que pensaba formar Mendizábal. No resulta fácil dilucidar las razones de esta conducta, pero es muy probable que en la mente de Mendizábal anduviese el convencimiento de que Alcalá no tenía la menor experiencia

---

<sup>62</sup> M. RODRÍGUEZ ALONSO, "Otra visión de los gobernantes, políticos y militares españoles durante la regencia de M<sup>a</sup> Cristina (1833-39)", *Revista de Estudios Políticos*, nº 65, (VII-IX-1989), p. 242. La cita procede de la *Private Correspondence* de Palmerston, t. I, p. 346; es una carta de Villiers a Palmerston fechada el 13 de diciembre de 1835.

<sup>63</sup> Sobre esta cuestión: M. RODRÍGUEZ ALONSO, "La intervención británica en España durante el gobierno progresista de Mendizábal", en *Hispania*, nº 130, (1975) pp. 343-390.

como gobernante, además de que, dado el orgullo de ambos, iba a ser complicado lograr el sometimiento de Galiano a sus planes. Prefirió tenerlo en el Estamento, defendiendo la gestión del gobierno y participando en las comisiones que hubieran de tratar los temas más espinosos, como la ley electoral. Sin embargo, Alcalá no se quedó sin cargo, y en noviembre fue nombrado miembro del Consejo Real de España e Indias en la sección de Marina<sup>64</sup>. Al parecer, y antes de esta designación, Istúriz había sido elegido como ministro de Estado, y Mendizábal sugirió la creación de un departamento de educación en el que se daría cabida a Alcalá Galiano, puestos que ambos, Alcalá e Istúriz, rechazaron. Un observador contemporáneo como Fernández de los Ríos expuso su opinión de que Mendizábal trató de atraerse a las familias liberales por distintos medios, pero viendo que tal cosa no era posible, apoyó su *programa reformista* en "personas altamente populares o altamente comprometidas con la revolución..."<sup>65</sup>. Esta observación se complementa con la que hizo el embajador británico acerca de la incierta línea en la que se estaba moviendo Mendizábal, el cual, para mantener la aceptación pública, estaba mostrando una tendencia cada vez más marcada a vincularse con los sectores radicales<sup>66</sup>. Istúriz y Alcalá Galiano se mantuvieron a su lado mientras vieron que Mendizábal no se alejaba demasiado de sus planteamientos iniciales, pero ambos eran hombres ambiciosos y tenían ideas propias, por lo que cuando encontraron circunstancias favorables, se decidieron a manifestar abiertamente su disidencia. Hubo un acontecimiento que simbolizó, quizá por última vez, la concordia de la casa liberal. Veintitrés días después de su nombramiento como oficial cuarto del Ministerio de Hacienda, Dionisio Alcalá Galiano (hijo de nuestro protagonista) contraía matrimonio con Isabel Fernández de las Peñas y Torrijos, hija de Carmen Torrijos y Uriarte, y por tanto, sobrina del heroico general fusilado en 1831. El padrino de la boda fue Mendizábal, y para redondear el talante de la ceremonia, actuaron como testigos Istúriz, el duque de Rivas, Francisco de Borja Torrijos y Uriarte, el conde de Almodóvar, el marqués de Casa Madrid, el conde de Casa Valencia (Emilio Alcalá Galiano) y José Alcalá Galiano<sup>67</sup>. Por el momento, la familia liberal permanecía

---

<sup>64</sup> A.H.N., Estado, legajo 6404, caja 1, expediente nº 59, nombramiento de 1 de diciembre de 1835.

<sup>65</sup> A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Estudio histórico de las luchas políticas de la España del siglo XIX*, Madrid 1879, t. I, p. 221 (capítulo 10: "La revolución en el poder").

<sup>66</sup> M. RODRÍGUEZ ALONSO, "La intervención...", pp. 362-3.

<sup>67</sup> La boda se celebró el 30 de noviembre de 1835 (A.H.N., Fondos Contemporáneos, Ministerio de Hacienda, Expedientes de funcionarios públicos: Dionisio Alcalá Galiano y Aguilar, legajo 5160, nº 1).

compacta, y eso era justamente lo que necesitaba el presidente del Consejo para llevar adelante sus anheladas reformas.

### El debate sobre el sistema electoral.

Las críticas al sistema electoral del 20 de mayo de 1834 constituyeron el pasto casi diario para la prensa. De su incapacidad para recoger la voz popular se convertía en portavoz el *Eco del Comercio*<sup>68</sup>, de su escasa visión para llevar a las clases medias hasta las tribunas se quejaba *El Español*<sup>69</sup> y de la estrechez de horizontes que tal sistema prevenía protestaba *La Revista Española*<sup>70</sup>. Pocos años después, Andrés Borrego resumiría estas quejas señalando que por la ley electoral de mayo de 1834 "quedaban excluidas de ejercer derechos electorales las mismas clases cuyo apoyo se solicitaba"<sup>71</sup>. En efecto, según su articulado, el cuerpo electoral quedaba muy reducido limitándose a los individuos integrantes del ayuntamiento del pueblo que era cabeza de partido judicial y a un número de mayores contribuyentes de dicha localidad mediante un sistema de elección indirecta en dos grados: juntas electorales de partido y juntas electorales de provincia. Se esperaba del hombre providencial que Mendizábal había llegado a ser que pusiese fin a esa lacra para el gobierno representativo que era la ley electoral de 1834. Semejante reforma podría significar el principio del fin del Estatuto y sus limitaciones, de ahí que la expectación fuera inusitada. El 28 de septiembre de 1835 Mendizábal envió a la Reina una exposición en la que, junto a la propuesta de apertura de las Cortes, manifestaba su deseo de que éstas se dedicasen sin más dilación a elaborar una nueva ley de elecciones. Con su habitual optimismo, don Juan de Dios se lanzó de cabeza a la tarea, designando una comisión que llevase a cabo la complicada labor. Componían dicha junta personajes de muy diversa procedencia ideológica: Manuel José Quintana, Valentín Ortigosa, José María Calatrava, Juan Dávila y Antonio Alcalá Galiano. Tanta variedad y tan pocas sugerencias por parte del gobierno<sup>72</sup>, condujeron a que la comisión se enmarañara en disputas que después serían patentes en el dictamen final. Vicente Sancho, que en esos momentos era el secretario del Consejo de Ministros, había presionado para que en la comisión estuvieran presentes sus amigos Alcalá Galiano

---

<sup>68</sup> *El Eco del Comercio*, 3-II-1836.

<sup>69</sup> *El Español*, 9-I-1836.

<sup>70</sup> *Revista Española*, 12-X-1835.

<sup>71</sup> A. BORREGO, *Manual electoral*, Madrid 1837, p. 10.

<sup>72</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 386.

y Quintana. Sancho pretendía que a toda costa la ley electoral resultase beneficiosa para las clases medias a través del sufragio directo<sup>73</sup>. Fueron sus vehementes intenciones de implantar la elección directa en España las únicas directrices procedentes del gobierno. Mendizábal, por su parte, se mantuvo en una calculada indiferencia

Mientras tales deliberaciones se sucedían, Galiano se sirvió de la *Revista Española-Mensajero* para dar a conocer sus ideas al respecto, y para rebatir tanto a *La Abeja* como al *Eco del Comercio*. Con esa disposición relativista y sociologista que había ido adquiriendo en sus años de exilio y que permanecería indeleblemente grabada en su pensamiento, trató, ante todo, de expresar su anhelo de que la futura ley electoral estuviera "acomodada a las circunstancias del tiempo y tierra en que ha de ser llevada a efecto"<sup>74</sup>. La necesidad de ser realista, de atender a las posibilidades que podía ofrecer España para disfrutar de un gobierno representativo obligaba a calibrar las facultades que los diferentes grupos sociales podían aportar cara a la consecución del interés general o bien común. El interés general entendido como forma de contrapesar socialmente al ejecutivo o como presentación de las demandas sociales al ejecutivo: he ahí la clave del poder legislativo, ahí estriba su importancia. Este carácter abierto del legislativo que sostiene Alcalá no era compartido por todos. Por poner un ejemplo, *La Abeja*, periódico afín a Martínez de la Rosa, mantenía un concepto menos flexible y más preocupado por que quedaran representadas las "fuerzas vivas" del país. La consecución del interés común era, desde la perspectiva de Alcalá, una cuestión de conocimiento: "El pueblo tiene interés en el bien general, y no puede obrar mal sino desconociendo su interés verdadero. Pero es así que le desconoce y por dos razones poderosas: su ignorancia en algunos casos; y en otros su dependencia, por la cual sacrifican su interés sólido y permanente a otro en cierta manera engañoso, pero ciertamente inmediato"<sup>75</sup>. Desde esta perspectiva, concluye Galiano: "La dependencia y la ignorancia son asimismo dos obstáculos insuperables en España a la concesión de los derechos electorales a todos los españoles"<sup>76</sup>. La cuestión de la extensión del sufragio levantó grandes polémicas y el pensar que tal

---

<sup>73</sup> W. ADAME, *Sobre los orígenes del liberalismo histórico consolidado en España (1835-1840)*. Sevilla 1997, p. 37. Una análisis de las discrepancias puede encontrarse en M. ESTRADA SÁNCHEZ, "El enfrentamiento entre doceañistas y moderados por la cuestión electoral (1834-1836)", *Revista de Estudios Políticos*, nº 100, IV-VI-1998, pp. 241-272.

<sup>74</sup> *Revista Española*, 12-X-1835.

<sup>75</sup> *Ibidem*.

<sup>76</sup> *Revista Española*, 13-X-1835.

cosa pudiera suceder de forma extrema asustó a más de uno. En esta coyuntura tan agitada apareció *La ley electoral considerada en su base con el espíritu de nuestras instituciones*, de Donoso Cortés. El opúsculo, lleno de grandilocuentes y pomposas palabras, y también de menos sublimes ideas, se llenaba de anuncios apocalípticos acerca de la llegada de una próxima revolución, que en España iba a ser más lenta “porque el pueblo está dormido”. Si bien el impacto de la obra fue considerable, los progresistas consideraron que se trataba de las ínfulas de un joven pretencioso con ganas de relumbrón<sup>77</sup>. Sin embargo, el temor a la democracia no se ocultaba a nadie. En Donoso, las reticencias se centraban en el pueblo como elemento impredecible políticamente. En Alcalá, por el contrario, las prevenciones iban de la mano de una posible vuelta atrás hacia una situación preliberal<sup>78</sup>. En efecto, la preocupación por la posible aparición de diputados carlistas era constante: “En el día muchos partidos de corta extensión y esos de los más rústicos e incultos de la tierra, tanto en lo físico como en lo moral, nombrarían diputados carlistas”<sup>79</sup>. El folleto de Donoso Cortés alcanzó una gran influencia porque lejos de recomendar el clasismo liberal por razones de pragmatismo electoral (como hacía Galiano) defendió abiertamente conceptos adoptados del doctrinarismo francés que tendrían un gran arraigo en el moderantismo: la aristocracia legítima y la soberanía de la inteligencia. En un contexto político entretelado de hebras doceañistas y utilitaristas, las ideas de Donoso aparecieron como tablas de salvación para todos aquéllos que se proponían rebatir la doctrina de la soberanía popular.

El 21 de noviembre de 1835 se presentaba en el Estamento de Procuradores el *Proyecto de ley electoral redactado por la mayoría de la comisión nombrada al efecto, adoptado por el gobierno*. Sólo tres de los comisionados había firmado el texto: Quintana, Alcalá Galiano y Dávila. Las diferencias que les separaban de los otros dos miembros no eran precisamente de matiz. Ortigosa y Calatrava habían optado por la elección universal indirecta en tres grados, según el liberalismo exaltado clásico, cuyos referentes estaban en el esquema doceañista. Las dificultades que esta propuesta planteaba a la hora de articular un sistema de partidos políticos que fueran reflejo de la distribución de escaños en los estamentos constituyó una de sus principales debilidades. El *Proyecto* se inclinaba hacia la

---

<sup>77</sup> *Eco del Comercio*, 28-XII-1835.

<sup>78</sup> J. TOMÁS VILLARROYA, “Alcalá Galiano entre dos destierros”, *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, nº 8, (Barcelona, 1966), p. 186.

<sup>79</sup> *Revista Española*, 21-X-1835.

elección directa de carácter censitario y capacitario. El gobierno, sin embargo, decidió enviar las dos propuestas para la deliberación, lo que no gustó demasiado a la mayoría de la junta. Una vez más, fue necesario formar otra comisión para estudiar las posibilidades de integración. A ella acudieron Joaquín María López, Serrano, Aguirre Solarte, el marqués de Someruelos, Calderón Collantes, Fermín Caballero y, una vez más, Alcalá Galiano. Esta última comisión parlamentaria se decantó por la elección mixta, es decir, elección directa para los cien mayores contribuyentes de cada distrito y sus capacidades, e indirecta en número determinado de electores delegados según una ratio de uno por cada ciento cincuenta vecinos. Obviamente, la discusión simultánea de las tres opciones en el Estamento dio lugar a un fárrago sin igual, lo que a la larga obligó a centrarse en la sugerencia de la comisión parlamentaria<sup>80</sup>.

Entretanto, Alcalá había continuado exponiendo sus ideas en la *Revista Española*, pues según explicaría después sólo aceptó la decisión de elección mixta de la segunda comisión "muy a despecho y sólo por servir al ministro su amigo"<sup>81</sup>. Su firma en el *Proyecto* a favor de la elección directa había quedado muy claramente explicada: "En España hoy la elección directa, no dilatando mucho la facultad de votar, tendría la ventaja de oponer una barrera al carlismo"<sup>82</sup>. Junto a este argumento precautorio, Galiano aportaba más razones en favor de la elección directa: "De contado, la elección directa pide menor número de votantes que la indirecta a no ser en países donde haya mucha ilustración, grande y antigua práctica del sistema de gobierno popular, y pocos pobres, como sucede en los Estados Unidos Anglo-americanos. Pero conviene tener presente que en la elección directa son nombrados los representantes del pueblo por más crecido número de individuos"<sup>83</sup>. La discusión entre elección directa y elección indirecta fue uno de los grandes temas del momento. Las implicaciones políticas de una u otra opción son evidentes (el predominio del voto urbano en el sistema directo favorecía a los progresistas, aunque por otro lado, el cuerpo electoral era inferior en número, de ahí que se dijera que la elección directa era poco popular). Sin embargo, el anacronismo del método indirecto hacía tambalear

---

<sup>80</sup> La discusión puede seguirse en el diario de sesiones (Procuradores). Un estudio pormenorizado en A. DÉROZIER, *Les discussions sur la loi électorale espagnole en 1835 et en 1836: le gouvernement en échec*, 1965.

<sup>81</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 387.

<sup>82</sup> *Revista española*, 9-XI-1835.

<sup>83</sup> *Revista Española*, 21-X-1835.



los argumentos que lo sostenían, aunque sus defensores señalaban el hecho de que el procedimiento directo exigía mecanismos desconocidos hasta el momento en España. Entre estos mecanismos, Galiano trató de implantar la formación de candidaturas por medio de su insistencia en la prensa y en las tribunas del Estamento. Las asociaciones electorales deberían ser entendidas como canales para la presentación de los candidatos; a través de ellas el futuro procurador ofrecería la garantía de unos vínculos, de unas afinidades ideológicas y de unas pretensiones políticas que serían dadas a conocer en la prensa. Mediante el debate de las diferentes propuestas, el ciudadano podría libremente formarse su propia idea acerca de quién representaba mejor sus intereses, de esta forma: "serán las elecciones hijas del deseo e interés predominantes en la parte del pueblo capaz de conocer qué es más grato y ventajoso"<sup>84</sup>. Alcalá, siempre pendiente del estado de la opinión, sólo veía ventajas en semejante manera de organizar la presentación de los candidatos, pues únicamente de la confrontación pública de ideas puede progresar políticamente un país: "Diversas opiniones reinan entre los liberales; pugna ha de haber pues, y eso conviene". En este momento concebía las candidaturas como la solicitud del voto por medio de la apelación a un círculo ciertamente pequeño, pues no entraba entre sus planes la búsqueda del voto por todo el país, como comentaba con sarcasmo en el Estamento "¿Dónde están en España los caminos y las diligencias que llevarán al candidato de pueblo en pueblo a fin de mendigar los votos?"<sup>85</sup>. La semilla de la organización de los partidos ha quedado sembrada. Más allá de la simple asociación de poderosos, Galiano estaba proponiendo, según lo visto en el extranjero, particularmente en Gran Bretaña, una nueva forma de hacer política en España. Si bien la cuestión de la organización tiene ya de por sí gran interés, más lo tiene aún la insistencia en la necesidad de un debate continuo y fluido de las ideas con el objeto de formar a una opinión ilustrada. Ahí estaba la clave para que la política fuera el espejo de la sociedad, y a la vez algo más que un puro mercadeo de intereses.

Las discusiones continuaban en las Cortes. Moderados y progresistas sacaban a relucir su arsenal ideológico en uno de los debates más interesantes del proyecto de ley. La composición del cuerpo electoral se iba a convertir en el tema estrella, pues allí, más allá de los tecnicismos, se vería si, efectivamente, las reformas se inclinaban hacia la apertura política o no. Capacidad y propiedad serían las

---

<sup>84</sup> *Revista Española*, 27-XII-1835.

<sup>85</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 21-I-1836, p. 393.

palabras claves, palabras que designaban toda una forma de entender la política. “Merced a mil causas muy notorias, son pocos entre nosotros los propietarios, y entre estos pocos no reside una parte considerable del saber...”. Con esta frase, Mendizábal planteaba muy claramente la necesidad de dar entrada en el Estamento a las capacidades. En su campaña paralela, defensiva de los intereses del gobierno progresista, Alcalá explicaba qué se habría de entender por capacidades y por qué habían de ser tenidas en cuenta: “Las capacidades son las únicas de quienes sabemos que son en su inmensa mayoría progresivas y liberales. La pequeña propiedad a que sería forzoso acudir si se desechan aquéllas para formar un cuerpo electoral que no degenera en oligarquía es desconocida en sus ideas e intereses. ¿Convendría abandonar ahora, en estos momentos de crisis, un amigo firme y cierto, por otro cuyos sentimientos son dudosos?”<sup>86</sup>. El objetivo de los progresistas era fijar el límite electoral en los mayores contribuyentes, frenando de este modo las ideas tradicionales, pues dado que la mayor parte de estos votantes vivían en las ciudades, se paraba en seco el voto del campo, con inclinaciones moderadas, que era, por su parte, el principal centro de atención de los seguidores de Martínez de la Rosa. Alcalá Galiano vinculó estrechamente el debate sobre esta cuestión con otro de los principales aspectos de la ley: la elección por provincias o por distritos. “...cuando tuve la honra de proponer este dictamen, ni aun siquiera me pasó por la imaginación ninguna de esas divisiones que hay hoy en los liberales: mi temor fue que si las elecciones se hacían por distritos y no por provincias, prevaleciesen en ellas la ignorancia, las preocupaciones, los hábitos y los abusos envejecidos”<sup>87</sup>. Una vez más entraban en juego las intenciones políticas. La posibilidad de que ocupasen los escaños hombres de limitados intereses, las llamadas celebridades de campanario, espantaba a los progresistas. El apego de estas notabilidades a los intereses locales en detrimento del bien general era criticado con dureza desde la prensa<sup>88</sup>. Galiano se negaba a que las capacidades, en las que él se encuadraba, pudieran quedar marginadas en favor de aspirantes “muy poco prácticos en la ciencia del gobierno y en el conocimiento del mundo, llenos de preocupaciones y afectos locales a sentarse en el congreso y usar de la autoridad para volver por el interés de cuatro pueblos y

---

<sup>86</sup> *Revista Española*, 10-I-1836.

<sup>87</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 23-I-1836, p. 482.

<sup>88</sup> *Eco del Comercio*, 8-I-1836. La elección por distritos obligaba a que cada distrito eligiese un diputado, terminando todo el proceso en la cabeza del distrito. La elección por provincias implicaba que cada provincia fuera dividida en un número de distritos, que en la cabeza del distrito se votase, por elector, tantos candidatos como correspondieran a la provincia, y que la computación final se llevase a cabo en la capital de la provincia. Las “celebridades de clocher”, que se hicieron famosas en el parlamento de la Restauración francesa, respondían a un sistema electoral por distritos como el que querían implantar los moderados en España.

cuatro allegados...”<sup>89</sup>. Pero detrás de este argumento, se escondían una vez más el miedo a que por este conducto el congreso se viera habitado por diputados carlistas, y, por otra parte, reiteraba la idea de que el diputado lo es por toda España: “... (hombres) cuyo saber los hará útiles sin que precisados a servir al interés de un pueblo o provincia por el cual y no por otro pueden ser elegidos, tengan que sacrificar en alguna ocasión la utilidad general a la particular de sus comitentes”. El 24 de enero de 1836 se procedió a la votación; poco antes, Alcalá había intentado un fracasado y último intento de conciliar las posiciones progresistas, temeroso de la ruptura que se avecinaba entre los liberales a causa de este asunto. Mendizábal, cuya postura ambivalente había tenido por objeto no enfrentarse a la mayoría del Estamento (fiel a Martínez de la Rosa), decepcionó a los miembros de su propio partido a causa de su buscada ambigüedad y provocó un alejamiento cada vez más notorio entre la fracción más exaltada y el sector capitaneado por Istúriz. Los progresistas contemplaron estupefactos cómo se hundía su propuesta de elección por provincias. Mendizábal, indignado tras la votación por la inutilidad de sus vaguedades, disolvió las Cortes. Con esta disolución, dejaba al margen de las tareas parlamentarias a los seguidores de Martínez de la Rosa por el procedimiento del fraude electoral cometido en febrero de 1836. Cuando las Cortes se volvieron a convocar en marzo, la elección directa por provincias quedó aprobada por un estamento más afín a las ideas del ministro<sup>90</sup>.

Asuntos personales y suspicacias políticas enturbiaron la relación entre Alcalá Galiano y Mendizábal. Galiano, que no había acabado de digerir su marginación ministerial, había manifestado al “hombre representativo” (como llamaría poco después irónicamente Larra a Mendizábal en “Dios nos asista”) sus dudas acerca de la conveniencia de utilizar un procedimiento como el voto de confianza para lograr sus objetivos reformadores que, por otra parte, no eran del todo desconocidos por quienes le habían defendido desde el estamento<sup>91</sup>. Los mencionados roces derivados de la falta de acuerdo en el proceso de confección de la ley electoral añadieron más leña al fuego. Pero fue el enfrentamiento directo entre Istúriz y Mendizábal el

---

<sup>89</sup> *Revista Española*, 21-X-1835.

<sup>90</sup> W. ADAME, op. cit., p. 38.

<sup>91</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 383. Las suspicacias mutuas comenzaron ya en febrero de 1836, cuando Alcalá envió una carta a la editorial del *Eco del Comercio*, defendiendo la actuación parlamentaria propia y la de Istúriz (carta fechada el 13 de febrero de 1836, en R.A.H., Colección Fermín Caballero, vol. VI). Fue precisamente este periódico, el *Eco del Comercio*, el vehículo del que Mendizábal se sirvió para contestar a sus antiguos correligionarios, como muestra la solicitud que en este sentido hizo el Presidente del Consejo a Fermín Caballero, director del *Eco* (carta fechada el 8 de abril de 1836, R.A.H., Colección Fermín Caballero, vol. VI).

acontecimiento definitivo. Una vez disueltas las Cortes, don Juan de Dios se dedicó a la tarea de formar el nuevo gobierno, ofreciendo un lugar a Istúriz, aunque éste se negó<sup>92</sup>. El rechazo pudo estar motivado tanto por la caída en picado de la popularidad de Mendizábal, como por sus actuaciones individuales al margen de sus defensores en el Estamento. A tal punto llegaron las cosas, que se acabaron citando ambos en un duelo detrás de la ermita de San Isidro<sup>93</sup>. Galiano, íntimo amigo de Istúriz desde la infancia, pronto supo cuál era su lugar. De este modo, lo que había nacido como entendimiento político, había pasado por la duda y hasta el enfrentamiento físico, acabó en una oposición expresa en la que se incluían procuradores y políticos de renombre. La posición de Alcalá quedó plenamente de manifiesto en un artículo publicado en la *Revista Española* el 27 de marzo de 1836. El texto, que era una dura crítica a las actitudes de Mendizábal, provocó su salida y la de su hijo Dionisio de la redacción de la *Revista*, pues era ésta muy afín a la persona del presidente del Consejo: "Los señores Alcalá Galiano, padre e hijo, cesan de ser redactores de nuestro periódico después de haber contribuido por largo tiempo a sostener el aprecio que nos dispensan nuestros lectores. Su pérdida nos es sensible, pero ha sido precisa para la independencia que unos y otros hemos querido conservar, quedando fieles a nuestras opiniones sobre las cosas y sobre los hombres". Con estas frases, aparecidas el 31 de marzo, acababa una relación periodística que había dado prestigio a la publicación y había servido de plataforma al político. A partir de este momento, Galiano iba a entrar en las Cortes como miembro de una oposición que, contando con la creciente desconfianza de la Regente hacia Mendizábal, contribuiría al hundimiento de quien se había presentado como "gran pacificador de la familia española"<sup>94</sup>. En efecto, los meses que transcurrieron entre marzo y mayo de 1836 contemplaron el proceso de disolución del heterogéneo grupo progresista que había hecho oposición a Martínez de la Rosa. Tras las elecciones de febrero, con sus más que probables fraudes, se había eliminado institucionalmente al grupo moderado, lo que provocó la máxima hostilidad de los sectores sociales afines<sup>95</sup>, pero

<sup>92</sup> Carta de Istúriz a Mendizábal, 10-III-1836. R.A.H., Colección Istúriz- Bauer, tomo 1, doc. n° 228. En el siglo XIX corría el rumor de que el enfrentamiento entre ambos políticos tenía otro origen. Al parecer, Istúriz se encontraba en serios apuros económicos cuando Mendizábal alcanzó el poder. Pretendió que el flamante jefe del gobierno le nombrara intendente en La Habana, camino éste muy frecuentado en la época para construir fortunas. Al negarse Mendizábal, Istúriz decidió hundirlo políticamente (A. MARTÍNEZ OLMEDILLA, *Anecdotario del siglo XIX*, p. 276).

<sup>93</sup> P. JANKE, *Mendizábal y la instauración de la monarquía parlamentaria en España*, p. 213.

<sup>94</sup> J. de ESPRONCEDA, *El ministerio Mendizábal*, Madrid 1836, p. 7. Espronceda se mostró en este folleto terriblemente descorazonado por el resultado de la gestión de Mendizábal. Sus palabras denotan la desilusión de quien poco esperaba ya para la solución de los problemas de España.

<sup>95</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 396. Este grupo moderado era un conglomerado de reformistas más o menos aperturistas, según los casos. Una buena parte de ellos pasaría, con el tiempo, a engrosar las huestes del partido moderado. Sin embargo, no puede decirse que ellos fueran el núcleo inicial del partido, pues carecían de

también en políticos que hasta el momento habían sido fieles correligionarios de Mendizábal. Como ya se ha dicho, encabezaban la disidencia Istúriz y Galiano, y a ellos se unieron el duque de Rivas, Flores Calderón, Pérez de Meca, De Pedro, Gutiérrez Acuña, Vallesa, el Conde de Donadío, el Conde de las Navas y un grupo importante de políticos afamados del segundo periodo constitucional con influencias provinciales<sup>96</sup>. Se acababa de formar la base del futuro partido moderado. Mendizábal, ante esta situación y deseoso de no perder su popularidad, se lanzó en los brazos de los progresistas más radicales. La apertura de las Cortes ofrecería una visión concentrada de todo este proceso. Mendizábal ya se había dado cuenta de que la separación del grupo de progresistas moderados podía hacerle mucho daño, por lo que decidió neutralizarlos desde el principio. En las reuniones que precedieron a la elección del presidente de la mesa del Estamento de Procuradores, Istúriz había obtenido el primer puesto de los cuatro candidatos existentes. El reglamento obligaba a que la Corona eligiese de entre la lista presentada al candidato que considerase más conveniente. El Presidente del Consejo no estaba dispuesto a que la Cámara, hecha electoralmente a su medida, pudiese estar mediatizada por un Istúriz al que veía cada vez más ambicioso y con más apoyos, y que para colmo, contaba con la simpatía no disimulada de la Regente. El día antes de la votación, Mendizábal logró atraerse a diez y seis de los votos que se habían comprometido con Istúriz, con lo que éste descendió del primer puesto al último, y la Reina ya no podía elegirlo sin que su actuación fuese considerada un abierto desafío al gobierno y la cámara. Posteriores enfrentamientos agravaron más la situación: los deseos de Mendizábal de solicitar un voto de confianza a las Cámaras, las reformas propuestas... sólo fueron excusas. Sin embargo, antes de la ruptura total, Mendizábal había tratado de ganarse a sus contrarios ofreciéndoles los ya citados puestos en el gobierno, puestos que rechazaron: "Istúriz creía a Mendizábal muy flaco en fuerzas y no quería debilitar las propias cargando con la empresa de darle auxilio, y por otro lado, estaba en tratos con la Corte, habiendo concebido osados proyectos que buscaban la terminación de la guerra civil por sendas harto diferentes de las hasta allí seguidas. Con él obraba acorde Alcalá Galiano, a quien arrastraban afectos privados de amistad, disgusto de la conducta de Mendizábal, y cierta afición a los pensamientos de orden siempre mezclados con sus violencias de semi-tribuno"<sup>97</sup>. El trato poco decoroso que don

---

organización y de referentes políticos modernos (dentro del conservadurismo). Sí lo serán los que, como se verá a continuación, se segreguen de las filas del liberalismo progresista.

<sup>96</sup> J. VALERA, *Historia general de España*, vol. XX, p. 365.

<sup>97</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *op. cit.*, p. 396.

Juan dio a María Cristina (presionándola para lograr nombramientos favorables) movió a ésta a acercarse al grupo de Istúriz y Alcalá Galiano. Antonio Parejo, antiguo guardia de corps y amigo íntimo de Fernando Muñoz, fue el contacto por el que comenzaron las negociaciones secretas entre la Regente e Istúriz. Entre otras presiones del Presidente del Consejo a la Reina destacaron la propuesta de separación de sus cargos de los generales Quesada y Córdoba. Ante el intolerable grado de desacuerdo entre la Corona y su ministro, a Mendizábal no le quedó más remedio que presentar la dimisión, hecho que sucedió el 13 de mayo. Dos días después, Istúriz accedía a la Presidencia del Consejo de Ministros. Con su llegada al poder se inauguraba también (a partir de este momento sin tapujos) la mediatización de la Corona en los asuntos políticos.

#### **Al fin ministro, aunque de Marina.**

El día 15 de mayo de 1836 Alcalá podía considerarse un hombre feliz. Al fin era ministro, aunque de Marina<sup>98</sup>. Ser ministro de Marina en la España de 1836 no representaba gran cosa, ciertamente, pero al menos se le hacía un reconocimiento público y lograba encaramarse a los asientos reservados a los ministros en el Estamento de Procuradores. Aun así, hubo de sufrir un gran sobresalto cuando uno de los procuradores exigió el 16 del mismo mes que tanto Alcalá como el duque de Rivas (también flamante ministro), abandonaran el uno el escaño ministerial y el otro el estamento, pues todavía no había sido comunicado oficialmente el nombramiento de ambos. Esto, que no era más que la primera prueba del enfrentamiento creciente que se avecinaba, contribuyó a agrandar distancias entre los mendizabalistas y los seguidores de Istúriz. La defección de éstos fue siempre interpretada como una "repugnante apostasía" que produjo una auténtica transformación en el partido más liberal, y en la que se veían oscuros manejos palaciegos<sup>99</sup>. Con toda probabilidad, el nuevo Presidente del Consejo prefirió cerrar los ojos a la realidad, pues la aparente seguridad con la que asumió el cargo no se correspondía en absoluto con la inestabilidad de su posición: precariedad de representantes en el Estamento, escasa fuerza social, sobrevaloración del poder de la Corona, minusvaloración de la figura de

---

<sup>98</sup> Archivo del Congreso, Serie general, legajo 87, n° 110 "Nombramiento de Don Antonio Alcalá Galiano para Secretario del Despacho de Marina, en reemplazo del brigadier de la Armada don José María Chacón" y A.H.N., Estado, legajo 6404<sup>1</sup>/59.

<sup>99</sup> A. GARCÍA TEJERO, op. cit., vol. 1, p. 208.

Mendizábal, olvido del mito insurreccional exaltado<sup>100</sup>. Istúriz, además de ambicioso, era un hombre práctico y sabía lo importante que era contar con la Regente y con el apoyo extranjero. En cuanto a esto último, ya había negociado con el embajador francés Rayneval posibles colaboraciones para frenar a los carlistas. Y por lo que se refiere a María Cristina, pocas dificultades iba a tener para congraciarse con ella tras el desacertado tacto que la había dispensado Mendizábal, aparte de que don Francisco Javier bien pronto supo aparecer ante la reina napolitana como un hombre imprescindible y ferviente amante de un orden liberal encarnado en la monarquía. Con el nombramiento de Istúriz, ya había optado la Reina de forma clara, pues su gesto suponía ignorar a la mayoría mendizabalista del Estamento. Semanas antes del ascenso de Istúriz al poder, algunos nobles cercanos al círculo de la Reina Gobernadora se encargaron de presentarle la situación del país como crítica. María Cristina, que al igual que su hija carecía de los suficientes conocimientos en materia de política, estaba a merced de todo tipo de presiones, y los aristócratas cortesanos lo sabían mejor que nadie, de ahí sus continuadas cartas y consejos. Particular influencia tuvo el Marqués de Miraflores por su talante moderado y a la vez reformista. Era el Marqués un hombre con bastante sentido común, y sabía presentarle a la Reina los consejos muy claramente especificados, planteándole los peligros que hacia el Trono se avecinaban de la mano de los carlistas y de los mendizabalistas. Pero a la vez que exponía los riesgos, ofrecía las soluciones, que también eran dibujadas con nitidez<sup>101</sup>. Antes de la dimisión de Mendizábal, Miraflores le escribió a la Reina dos cartas en las que le señalaba el peligro de la radicalización del Estamento de Procuradores: “La petición de los Procuradores de ayer para volver a su fuerza los decretos de las Cortes de 20 a 23 es ya la revolución desenmascarada”. Por otra parte, la instaba a actuar “con firmeza” y a buscarse el favor de las embajadas inglesa y francesas. De esta manera, ante los ojos de María Cristina se aparecía la necesidad de dar un giro a la derecha en el gobierno<sup>102</sup>.

---

<sup>100</sup> W. ADAME, op. cit., p. 94.

<sup>101</sup> El Marqués de Miraflores, Manuel Pando Fernández de Pinedo, tenía una gran experiencia en los asuntos de la Corte, pues podría decirse que se había criado en ella. Era hijo del conde de Villapaterna, quien a su vez desempeñó un importante papel en la camarilla del entonces Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII. Miraflores fue nombrado paje a corta edad, por lo que se educó en el ambiente palaciego. Durante el Trienio participó en política, aunque supo retirarse lo bastante a tiempo como para no verse metido en dificultades; la misma actitud cautelosa le salvó en los años de represión que siguieron. Formó parte del grupo de nobles cortesanos que presenciaron el 31 de diciembre de 1832 la derogación de la Pragmática por parte de Fernando VII. Miraflores, liberal moderado, se dio cuenta en seguida, según dice en sus obras, de la herencia sangrienta que el Rey dejaba al país, y decidió implicarse plenamente en la salvaguarda de la Corona legítima: la de Isabel II.

<sup>102</sup> A.G.P., R.Fdo. VII, legajo 30/15, cartas de mayo de 1836. Teniendo seguro el apoyo francés, se buscó por todos los medios el de la Corona inglesa (apoyo que se quiso basar en el reconocimiento de los derechos de Isabel II, como muestra la carta enviada al embajador en París: A.G.P., R.Fdo. VII, legajo 30/17).

Mientras tanto, como se ha dicho, Istúriz había tratado de presentarse como liberal moderado susceptible de arreglar la situación por sus contactos con Rayneval, y por tanto, resultaba ser el nuevo "hombre providencial".

Todo este conjunto de factores vincularon a María Cristina de forma permanente con el grupo de Istúriz y Galiano, y por extensión con el partido moderado. A lo largo de los años, y pese al desprestigio tanto de ella como de su hija Isabel, ambos políticos serían sus más fieles valedores, cosa que María Cristina nunca olvidó, procurando auxiliarles en los destierros que aún les quedaron por sufrir. Precisamente de Istúriz escribirá Juan Valera que "jamás supo resistir a la debilidad del cortesano, pues del mismo modo que lo había sido de la plebe hasta el día de su encumbramiento, fue desde entonces y en adelante el más obsequioso y sumiso de los allegados a las personas reales"<sup>103</sup>. La actitud de Istúriz escandalizó a los progresistas exaltados. Un retrato periodístico de la época, realizado por Fermin Caballero, recogió esa indignación. Tras comentar las relaciones amistosas que había tenido con Mendizábal desde la época del Trienio, se preguntaba: "¿Pues cómo de repente se muda el telón y vemos al demagogo, aristócrata; al popular adunado con los del privilegio; al antipoda de Martínez, idólatra de su sistema; y al confidente, enemigo; y al temido de ciertas gentes buscado e introducido en el poder por la gatera?. -Ahí verá usted: cosas de mundo y de revoluciones". Razones debidas a su ambición y a su carácter dominante son las explicaciones que se encontraron para entender su conducta: "porque es V.S. dueño de sus pasiones, y las da sogas hasta en el público teatro: y quien no se domina ante tan respetable asamblea, ¿de qué venganzas no es capaz en privado?, quien no respeta el santuario mismo de las leyes, ¿qué derecho tiene a que se le crea hombre justo, hombre público, hombre de estado?. El que en un pequeño círculo sólo se ve a si mismo, no es posible que vea la grande máquina del gobierno con la calma y la filosofía indispensable para mandar constitucionalmente"<sup>104</sup>.

---

<sup>103</sup> J. VALERA, op. cit., vol. XXI, p. 32. Resulta bastante verosímil este comentario de Valera, sobre todo si lo cotejamos con el lenguaje que utilizaba don Francisco Javier en sus cartas a María Cristina. Palabras que, como las que aquí se reproducen, están a medio camino entre la zalamería palaciega y el romanticismo decimonónico: "Viviré o moriré abrazado al pie del Trono de V.M. con mi Reina su excelsa Hija" (carta fechada en Madrid el 29 de julio de 1836, A.G.P., R.Fdo., legajo 30/16 nº 2).

<sup>104</sup> F. CABALLERO, *Fisonomía natural y política...*, pp. 68-69. Pese a que en la pintura del periodista exaltado pudiera haber interpretaciones interesadas, lo que sí parece confirmarse era el carácter dominante del Istúriz. Su amigo Alcalá Galiano afirmó cosas parecidas: refiriéndose a él dijo que causaba disgusto "por su costumbre de decir frases ingeniosamente punzantes y aun quizá por su inclinación a ver que el gobierno mandase y los súbditos obedeciesen" (*Historia de España*, vol. VII, p. 349).



Desde un primer momento, el nuevo gobierno se vio continuamente interpelado en las tribunas en una trabada campaña de atosigamiento que se completó con los ataques que desde la prensa vertía el *Eco del Comercio*, manifestando la repulsión que para la opinión pública era contemplar las acciones de un gobierno que no reflejaba el sentir de la mayoría de la Cámara. No fue éste un asunto insignificante, pues desde ese momento quedará ya planteado para el futuro el problema de la confluencia de intereses entre el Palacio, las Cortes y la sociedad a la hora de formar un gobierno. Asimismo, llenaba el ambiente una sensación de enfrentamiento que recordaba los gloriosos tiempos del Trienio, en los que las acusaciones personales inflaban las conversaciones. Sin embargo, el telón de fondo era diferente. La guerra contra los carlistas caía como una losa pesada sobre el gobierno en la toma de decisiones, la medida era demandada ahora con más fuerza que nunca. Recién instalado en la presidencia del Consejo de Ministros, Istúriz recibió una carta del general Córdoba en la que le manifestaba sus sentimientos de preocupación ante la situación, conminándole a dar prioridad absoluta a la guerra para asentar políticamente el país, pues de lo contrario las opciones serían: "O que vuelva Mendizábal impuesto y esclavo él entonces del poder que lo impone como ley, destruyendo así la del Estado, o que después de ustedes tengamos a Caballero y su montaña, lo cual equivaldría al diluvio universal"<sup>105</sup>. La hostilidad crecía casi cada jornada, hasta que se mostró con toda claridad el 21 de mayo. Aquel día Alcalá Galiano iba a comprobar en sus propias carnes cómo arraigaban en España, al fin, los mecanismos para controlar el ejecutivo, y en particular probaría su correspondiente cicuta en el voto de censura que presentaron 68 procuradores negándole la confianza al gobierno<sup>106</sup>. La censura fue interpretada como una victoria del Estamento, y desde luego lo era, además de como una especie de fustigamiento a los que habían abandonado el programa de Mendizábal. Dionisio Alcalá Galiano publicó poco después un opúsculo titulado *Breve defensa del ministerio de 15 de mayo de 1836* en el que analizaba todo el proceso de ruptura en dos bloques del sector progresista del Estamento, presentando la enemistad final entre Istúriz y Mendizábal como un punto sin retorno en el intento de conciliación de posiciones; de modo que para el grupo Galiano-Istúriz-Duque de Rivas la separación del partido de Mendizábal fue una última tentativa para sostener tanto el trono como el sistema de

---

<sup>105</sup> Carta del general Córdoba a Istúriz (Vitoria, 18-V-1836), R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 1, doc. 91. Juan Valera, en su continuación de la *Historia general de España* de Modesto Lafuente, describe con detenimiento toda la serie de interpelaciones a Istúriz en la semana posterior a su designación (vol. XXI, pp. 10-15).

<sup>106</sup> *Diario de Sesiones*, Estamento de Procuradores, 21-V-1836, p. 498.

gobierno representativo ante el descalabro al que los desatinos del Presidente conducían al país.

Ante la imposibilidad de gobernar con una Cámara totalmente hostil, Istúriz logró arrancar a la Reina un decreto de disolución de las Cortes y convocatoria de elecciones. Los últimos días de reunión del Estamento, los procuradores mostraron estrepitosamente su indignación, protesta que culminó con el intento de ataque, ya en el exterior del recinto y por varios espectadores armados, a Alcalá Galiano, el cual salió ileso del incidente gracias a la ayuda del Presidente del Estamento, que le introdujo en su coche. Esa misma noche, simpatizantes de la oposición acudieron a lanzar piedras a las casas de Alcalá e Istúriz<sup>107</sup>. Por otra parte, el presidente del Consejo se vio casi diariamente sorprendido por sublevaciones de juntas provinciales, lo que le obligaba a estar en continua comunicación con los principales generales conservadores del ejército. Pero esta cercanía también le condicionaba en su actuación, pues como se desprende de sus cartas a María Cristina, su dependencia del ejército para mantenerse en el poder crecía por momentos<sup>108</sup>. Una vez más, y sentando peligrosos precedentes, la inestabilidad política del país permitía al ejército jugar con ventaja en una partida en que su papel debía ser secundario. Con la convocatoria de elecciones, Istúriz trataba de conjurar la terrible sensación de encontrarse cercado.

El proceso de preparación de las elecciones ofrece una panorámica excepcional para analizar la formación del partido moderado. Las ideas conservadoras, insertas en el amplio marco liberal (y por tanto, sin nada que ver con el carlismo ni el absolutismo fernandino) se habían aglutinado alrededor de los fautores del Estatuto Real y en particular de Martínez de la Rosa. Sin embargo, la escasa flexibilidad del Estatuto y la fuerza y carisma de la oposición impidieron que en 1834-35 se consolidase un partido de tendencias conservadoras. Las decepciones sufridas tras el gobierno de Mendizábal, el creciente desorden social y la inestabilidad

---

<sup>107</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 403.

<sup>108</sup> Cartas de Istúriz a la Reina Gobernadora, desde el 26 de julio al 12 de agosto de 1836, A.G.P., R.Fdo. VII, legajo 30/16. Uno de los momentos más difíciles tuvo lugar a los pocos días de la formación del gobierno. En Málaga se había preparado una conspiración que finalmente se saldó con el asesinato de los gobernadores militar y político. Las noticias llegaron a Istúriz por medio de Modesto Cortázar, fiscal del Reino, quien a su vez se había enterado por el hombre más informado de España: Eugenio Aviraneta. El mismo delator que dio el soplo a don Eugenio, escribió un anónimo a Alcalá Galiano para asegurarse de que el gobierno se enteraba de los hechos (P. ORTIZ ARMENGOL, *Aviraneta o la intriga*, Madrid 1994, pp. 405 y ss.). La instancia de la Junta de Gobierno de Málaga exponiendo sus peticiones, así como el mensaje de apoyo al ministerio de la Junta de Gobierno de Zaragoza pueden encontrarse en A.G.A., Presidencia del Gobierno, Asuntos Generales, caja 67, expediente 15046.

que las manifestaciones de los más radicales provocaron, hicieron más simpáticas a la opinión pública las propuestas moderadas. El débil gobierno de Istúriz supo aprovechar la coyuntura favorable que ante él se presentaba y planteó su estrategia electoral en función de un programa reformista y de orden; liberal y a la vez monárquico. Si el gobierno no tuvo una vida prolongada, su talante resucitaría años después reencarnado en la llamada década moderada. Con objeto de organizar adecuadamente las tareas, Istúriz alquiló la antigua casa de la Compañía de Filipinas, donde se celebraban las reuniones. Contó el Presidente del Consejo con valiosas ayudas en su labor. Dejando aparte a Alcalá Galiano, de quien hablaremos posteriormente, una de las más importantes figuras que se vinculó al proyecto moderado fue Andrés Borrego, lo que a la larga le obligaría incluso a dimitir como director de *El Español* el 14 de agosto de 1836<sup>109</sup>. Desde la prensa, Borrego contribuyó a la difusión de las ideas moderadas publicando el programa electoral<sup>110</sup> y explicando su sentido en diversos artículos y editoriales. Otros políticos y periodistas se sumaron a esta plataforma electoral: Donoso Cortés, González Bravo, Martínez de la Rosa, el conde de Toreno... Poseyendo un dirigente, un grupo importante de colaboradores, un programa, unas candidaturas y una organización provincial, puede decirse que, en efecto, nos encontramos ante el primer partido político en sentido moderno que existió en España<sup>111</sup>. Istúriz había logrado aglutinar a su alrededor a un amplio y reputado grupo de políticos que inclinarán la opinión pública a su favor. Los progresistas, por su parte, pese a que el nunca próximo final de la guerra carlista les hacía ganar puntos, no lograron articular una plataforma electoral tan organizada como los moderados (de hecho, no presentaron candidaturas oficiales hasta las elecciones de 1839). Además, Mendizábal, que al parecer no quería presentarse ante los votantes como un radical, procuró empujar al progresismo hacia posiciones más centristas<sup>112</sup>, por lo cual se vio obligado a hacer auténticos equilibrios para mantener el apoyo de los exaltados del *Eco del Comercio* y otros periódicos de similar tendencia como *El Nacional* o *El Liberal*. Las elecciones que comenzaron el 13 de julio y continuaron los dos días siguientes tuvieron una elevada participación. La victoria perteneció al gobierno, pero no de forma masiva, hecho que levantó gran

---

<sup>109</sup> C. de CASTRO, *Romanticismo y política...*, p. 139.

<sup>110</sup> *El Español*, 22-VII-1836. Continuando su labor divulgativa, en 1837 publicó su *Manual para los electores de la opinión monárquica-constitucional*. Con el tiempo, las ideas conservadoras de Borrego diferirán de las de la mayoría de los moderados por su preocupación por la cuestión social, que ya en esta época comenzó a obsesionarle, sobre todo tras analizar el proyecto desamortizador de Mendizábal.

<sup>111</sup> J.L. COMELLAS, "La construcción del partido moderado", en *Aportes*, año IX, n.º 26, (XII-1994), p. 20.

<sup>112</sup> W. ADAME, op. cit., p. 104.

expectación con respecto a la segunda vuelta, que no llegó a celebrarse a causa de los sucesos de La Granja<sup>113</sup>.

### El hombre de combate del moderantismo.

Por supuesto, pocas cosas pudo hacer el efímero ministro de Marina don Antonio Alcalá Galiano, salvo ver cómo se esfumaba su poltrona con los artilugios que él mismo había ideado para hacer desaparecer gobiernos ajenos. Sin embargo, aún tuvo tiempo para redactar un proyecto de reforma del Estatuto. También colaboró de forma muy activa en la elaboración de la plataforma electoral moderada, convirtiéndose en la mano derecha de Istúriz; fue "para el partido moderado, dentro de las Cortes, lo que Quesada fuera de ellas; es decir, el hombre de combate"<sup>114</sup>. Sus tareas se centraron primordialmente en la provisión de ideas para la elaboración del programa moderado, asimismo intervino en las cuestiones técnicas derivadas de la confección de las candidaturas, labor ésta a la que aplicó sus conocimientos y experiencias sobre la materia, producto de las observaciones que había llevado a cabo en su exilio londinense. Pero era la reforma del Estatuto Real el principal objetivo de Istúriz al hacerse cargo del gobierno (y así se lo había planteado a María Cristina), de ahí que, según Galiano, se le hubiera encargado la Armada a él, pues como en ese ministerio no había grandes planes que llevar a cabo ni muchos barcos que mandar "...me dejaba desahogado para atender a varios proyectos de legislación política y a llevar el peso de las discusiones en los Estamentos"<sup>115</sup>. Gracias a sus reflexiones anteriores en la *Revista Española* con motivo de las peticiones de reforma del Estatuto Real, conocemos las ideas previas con las que Alcalá contó a la hora de redactar el proyecto. Serán precisamente las reflexiones aquí esbozadas las que

---

<sup>113</sup> Se planteó el problema de cuál era la norma a la que debían ajustarse las elecciones. Nadie quería retornar al decreto de 1834 y se optó por recurrir al proyecto de ley aprobado por el Estamento popular convirtiéndolo en sistema electoral por decreto de 24 de mayo de 1836. Esto suponía infringir el Estatuto, que exigía una ley para las cuestiones electorales, aparte de que el proyecto no había pasado el trámite de aprobación en los Próceres. Sin embargo, y dada la situación excepcional, se aceptó tal solución (F. TOMÁS VILLARROYA, *El sistema político...*, pp. 477-488. Sobre estas elecciones, que fueron las primeras elecciones directas que se celebraron en España, puede consultarse el capítulo que las dedica Tomás Villarroya en el libro citado y también, del mismo autor, el avance "Las primeras elecciones directas en España", separata de los *Anales de la Universidad de Valencia*, vol. XXXVIII, cuaderno II, 1964-5, pp. 7-56).

<sup>114</sup> G. BORROW, *La Biblia en España*, Madrid 1993, p. 167. Asimismo, se le encargó la redacción de un informe sobre el proceso electoral (*Actas del Consejo de Ministros. Isabel II*, tomo IX, 1833-1839, Madrid 1995, sesión del 26 de mayo de 1836, p. 461). Al parecer, también trató de mejorar el sueldo de los oficiales de Marina (C. GARCÍA BARRÓN, *La obra crítica...*, p. 39), y mejorar las condiciones de sus viudas (A.G.A., Presidencia del Gobierno, Asuntos Generales, caja 67, expediente 15034, comunicados firmados por Alcalá Galiano otorgando pensiones de viudedad).

<sup>115</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes...*, p. 297. Aunque el peso del proyecto de reforma lo llevó Alcalá, colaboraron otros miembros del gobierno, como Barrio Ayuso (A.G.P., R.Fdo., 30/16 nº7).

sirvan de punto de partida para sus *Lecciones de derecho político*, que se analizarán más adelante.

Alcalá apuntó ya en sus escritos de esta época sus consideraciones acerca de una concepción dinámica de los textos constitucionales. Partiendo de que “las instituciones políticas son un medio y no más”, su objetivo resulta puramente pragmático, y será la propia sociedad la que demande las transformaciones de la constitución, pues “según se reparta y subdivida la propiedad, y se difunda la instrucción, así deben irse dilatando los derechos electorales”. De este modo, su idea primera le conducía a elaborar un proyecto flexible, elástico que fuera un fiel reflejo de la sociedad a la que había de regir: “Debe una constitución expresar los derechos de los gobernados, no los derechos del hombre; no los abstractos ni aun siquiera los nacidos de un estado social cualquiera, sino los prácticos, los gozados en el estado mismo para que dicha ley fundamental sea dictada. Debe asimismo expresar una constitución que la potestad colegisladora, y contrapeso del gobierno, ha de ser ejercida por un cuerpo en el cual han de entrar como parte los elegidos por la nación, según las formas y condiciones que dictaren los tiempos y los cuerpos encargados de hacer las leyes. Debe asimismo expresar levemente las facultades del rey, o supremo magistrado. Debe sentar por basa la independencia de los jueces y tribunales. Debe dictar que el gobierno municipal sea ejercido por elección de los cuerpos”<sup>116</sup>.

Por consiguiente, el proyecto de 20 de julio de 1836 es una constitución breve, pues sólo tiene 55 artículos en doce capítulos o títulos. La regulación de los derechos y deberes de los españoles muestra una concepción de la sociedad mesocrática y con una gran preocupación por las garantías legales de la persona y la propiedad: una sociedad abierta (artículo 2º: “Los españoles todos sin distinción de nacimiento son admisibles a los destinos y empleos eclesiásticos, civiles y militares...”). Las garantías legales se extienden a la libertad de imprenta, asunto éste de gran importancia para Galiano pues, como se ha visto anteriormente, ahí está la clave del desarrollo para que en una sociedad liberal se facilite el intercambio de ideas. Con respecto a la organización de las Cámaras, Alcalá retoma del Estatuto la estructura en dos estamentos, que también será aplicada por la Constitución de

---

<sup>116</sup> *Revista Española*, 28-IX-1835. El proyecto constitucional puede encontrarse en el folleto de Dionisio ALCALÁ GALIANO, *Breve defensa del ministerio de 15 de mayo de 1836* (Madrid 1836), pp. 44-56, en R. SAINZ DE VARANDA, *Colección de Leyes Fundamentales*, Zaragoza 1957, pp. 147-152, en J. VALERA, *Historia general de España*, vol. XXI, pp. XXI, pp. 75-80 y también en A.H.N., Estado, legajo 895. Ha sido reproducido en los apéndices de este trabajo.

1837, aunque procura establecer matizaciones al respecto. Por un lado señala que “las leyes sobre contribuciones habrán de tener su origen y serán discutidas y votadas en el Estamento de Diputados antes que en el de Próceres” (artículo 12º) y por otro, que el “Estamento de Próceres no puede reunirse ni deliberar como tal cuando no estuviere reunido el de Diputados, pero podrá continuar sus procedimientos como Tribunal en todo caso”<sup>117</sup>. La reglamentación de las actividades de ambos estamentos fue producto de análisis previos, uno de los cuales, publicado en la *Revista Española* el 20 de noviembre de 1835, tiene gran interés para entender las ideas de Alcalá al respecto. Si bien el Estamento de Próceres debe actuar como moderador de las decisiones de los procuradores (en el sentido de analizarlas con más detenimiento y templanza), la idea que prevalece en última instancia es la del estamento popular, pues es esta cámara la que representa a la opinión pública: “Pero cuando el cuerpo de representantes declara la opinión firme de los representados, entonces a ella toca atemperarse a los Próceres, Pares o Senadores y a todos los gobernantes (...) Ningún poder resiste a la opinión sin caer vencido en la pelea”. Se trata en definitiva de una constitución de corta extensión que afecta sólo a las cuestiones básicas de la organización del estado (Cámaras, Regencia, Tribunales, Ayuntamientos...), que en cierto modo anuncia la carta de 1837 y cuya esencia se contiene en un párrafo escrito por Alcalá Galiano más de un año antes: “Una constitución es un medio para un fin, y debe enunciar el final al proponerse el medio. Los códigos son las disposiciones particulares por las cuales ha de ponerse en planta un principio constitucional. Conviene que el principio del Código sea inmutable en cuanto puede serlo obra humana, y los medios de reducirle a prácticas mudables como lo son las cosas y los tiempos. Por ejemplo, sentada la igualdad como regla constitucional no había quien en leyes particulares pensase en distinguir entre nobles y plebeyos. Sentada la libertad de imprenta (cosa en verdad no abstracta) como cimiento, sólo pensaríamos en labrar sobre él, no un modelo de previa censura, sino una ley represiva mejor o peor combinada”<sup>118</sup>.

---

<sup>117</sup> Las funciones judiciales del Estamento de Procuradores estaban reguladas en el artículo 20 y su jurisdicción caía sobre los secretarios de despacho acusados por el estamento popular, sobre delitos contra el Trono o la seguridad del Estado y sobre los propios próceres.

<sup>118</sup> *Revista Española*, 20-IV-1835.

El proceso de discusión y análisis del proyecto de reforma del Estatuto, que se encontraba en plena fase de estudio por parte de los consejeros de gobierno<sup>119</sup>, quedó interrumpido para siempre por el cariz de los sucesos que comenzaban a producirse.

### **De nuevo, el exilio. El camino a la moderación.**

“Entre ocho y nueve de la noche del 12, los granaderos del primer regimiento de provinciales de la Guardia salieron de su cuartel, situado fuera del recinto de La Granja y, acaudillados por sus sargentos, avanzaron a la puerta de Hierro gritando viva la Constitución. Del teatro, donde se hallaban los más de sus oficiales, corrieron al punto a atajar el daño, poniéndose al frente de sus compañías, y el comandante general de la Guardia Provincial, conde de San Román, se presentó asimismo a arengarlas. Los soldados que iban a la cabeza de la columna mostraron ceder a la voz de su general pero, reconvenidos por los de las últimas filas, y reforzados estos por los del cuarto regimiento de infantería, que, atropellando a la guardia de prevención, habían también salido de su cuartel y dirigiéndose al mismo punto, trocaron sus apariencias de sumisión en denuestos ante San Román. Retiróse éste, y los amotinados, forzando la puerta de Hierro, que él había hecho cerrar, se encaminaron a las igualmente cerradas del palacio, cuya guardia hallaron reforzada por otras compañías del mismo primer regimiento que, acuartelados en la plaza, no habían hasta entonces tomado parte en la insurrección. Atronaban la residencia real los vivas a la Constitución, a Mina y la Inglaterra, los muera a Quesada y San Román, y las vociferaciones contra la Gobernadora, a las cuales las Guardias de Corps desde su cuartel respondían con vivas a Isabel II y a su madre, no sin que estas aclamaciones provocasen, de parte de los sublevados, demostraciones para atacarlos en su asilo mismo”<sup>120</sup>. Con estas palabras narraba Javier de Burgos unos hechos que sentenciaron la evolución de la España del siglo XIX. Su interpretación conservadora choca con la de otros contemporáneos como Marliani. En cualquier caso, lo que sí parece cierto es que la sublevación de La Granja puso la guinda al

---

<sup>119</sup> A.H.N., Estado, legajos 895 y 915 y R.A.H., Archivo particular de Isabel II, legajo 1, varios pliegos (9/6939). Justamente el día antes de la sublevación de La Granja, el Conde de Ofalia y Nicolás Garellly, miembros del Consejo de Estado, habían pedido a Istúriz una conferencia con los dos miembros del gobierno más implicados en la redacción del proyecto (Alcalá y Barrio Ayuso) con objeto de discutir con ellos el dictamen final (carta de Istúriz a María Cristina, fechada en Madrid el 11 de agosto de 1836, A.G.P., R.Fdo., 30/16 nº 7).

<sup>120</sup> J. de BURGOS, *Anales...*, vol. 3, p. 295.

movimiento de oposición en el país<sup>121</sup>. Aquellos acontecimientos eran el punto final de los que se habían iniciado en Málaga el 25 de julio, pero iban a contribuir decisivamente en algo de lo que quedaba aún mucho por ver en España: la intervención de los militares en la evolución política. Por otra parte, la guerra mantenida contra los carlistas se había convertido en el gran condicionante de la política gubernamental. Pocas eran las soluciones para tan crítica situación.

Encontrándose la Reina en La Granja y habiendo llegado a Madrid las noticias de lo sucedido, se reunió el Consejo de Ministros el 13 de agosto de 1836. El acta de la sesión refleja la impotencia de un gobierno ante la imposibilidad de hacerse valer como institución. La gravedad de los hechos, la falta de apoyo y la carencia de soluciones llenaron de consternación los corazones de quienes en España veían como, una vez más, fuerzas ajenas a las instituciones representativas se arrogaban los derechos de saber a ciencia cierta qué era lo que necesitaba el resto del país para salir del atolladero político. El ministro de la guerra, Méndez Vigo, que había sido comisionado para calmar la sublevación de La Granja, regresó a Madrid con la carta de defunción del gobierno Istúriz. Como también iba siendo costumbre, la huida de los ex-componentes del ministerio se hacía urgente ante la caza que se desató contra ellos<sup>122</sup>. Galiano cuenta en sus *Apuntes* cómo logró abandonar España gracias a la ayuda del embajador de los Estados Unidos, Van Nejs, quien le facilitó los medios para salir del país de forma oculta, pues era perseguido por los nuevos dueños de la situación<sup>123</sup>. El 10 de septiembre de 1836 Alcalá llegó a Francia. Un año de exilio le esperaba por delante. Durante este tiempo, y dada la precariedad de sus medios de subsistencia (que se basaban en envíos de su familia y conocidos), hubo de abandonar París e instalarse en Pau. Otros emigrados, y entre ellos su amigo el general Córdoba, fueron sus únicos compañeros<sup>124</sup>.

\*\*\*\*\*

---

<sup>121</sup> M. TUÑÓN DE LARA, "En torno a la rebelión de los sargentos de La Granja, 1836", en *Estudios de historia contemporánea*, Barcelona 1982, pp. 14-15. Oposición generalizada (como decía Tuñón) o no, resulta difícil saberlo; lo cierto es que "el margen de maniobra de María Cristina e Istúriz era reducidísimo, con rebelión de sargentos o sin ella".

<sup>122</sup> R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 1, docs. 203 y 205.

<sup>123</sup> Años después, reiteraría su agradecimiento a dicho embajador señalando que le debió algo más que el éxito en la huida, en *El Piloto*, 11-I-1840.

<sup>124</sup> P. MÉRIMÉE, *Correspondance générale*, tomo 1º, p. 163.



Quien había entrado en España como un liberal europeo con deseos de ponerse manos a la obra de la transformación política, salía de ella con la decepción pintada en el rostro. Quien había logrado saborear las mieles del poder, se había visto despojado de pronto del preciado bastón de mando. Quien había planteado sus ideas políticas desde una perspectiva progresista, se iba a convertir en una de las principales firmas del moderantismo. Este segundo exilio, más duro que el primero, marcará el pensamiento de Alcalá Galiano de forma indeleble, pues si bien la estancia en Gran Bretaña fue difícil, la compañía contribuía a hacerla más llevadera y, sobre todo, el enemigo de los liberales entre 1824 y 1830 era uno y sólo uno: Fernando VII. Sin embargo, en este segundo periodo de abandono del país, Galiano tendría que enfrentarse a la soledad, a la incomprensión y a su propia frustración. A la soledad, porque debió abandonar a su familia y amigos. A la incomprensión, porque estaba firmemente convencido de la necesidad de una transformación gradual del estado y de la imposibilidad de vuelta atrás. Y por último, a su propia frustración personal, pues hay mucho de eso en la evolución de nuestro protagonista. Su efímero cargo de ministro, tan ansiado, le era arrebatado de la misma forma con la que en España se hacían y deshacían gobiernos. El camino de Alcalá Galiano hacia la moderación comenzaba ahora con paso firme. Sentimientos personales, ambiciones frustradas y razones políticas habían sido las piedras que habían dificultado su marcha por la senda del liberalismo progresista.

Por otra parte, la fragmentación de la familia política más progresista, de la que habían formado parte Mendizábal, Istúriz, Galiano, Caballero, etc., tuvo una gran importancia para la mudanza posterior del movimiento liberal. Las disputas, más personales que ideológicas, iban a consolidar una forma de hacer en política más vinculada al revanchismo y a la satisfacción de intereses personales que a la elaboración de propuestas en función de los problemas existentes. Se corrobora, una vez más, que no existían en España hábitos para convivir con el contrario: el exclusivismo político era la herencia dejada por el monolitismo católico en el fracasado proceso de secularización de la sociedad española. La consecuencia inmediata de todo ello, recién iniciada la segunda mitad de los años treinta, sería la absoluta necesidad de aferrarse al poder con el mediocre interés de permanecer en él por todos los medios y premiar a los allegados, negando carta de legitimidad al contrario político, argumento éste que ayudaba a permitir la irrupción de elementos no esencialmente políticos en ámbitos que les eran ajenos, como el ejército, o la famosa camarilla. Para colmo, la alineación de la Corona con el núcleo del futuro partido

moderado (prueba de la incompetencia política de María Cristina) contribuyó a dificultar más las cosas, y a separar de su obediencia a los más progresistas; quienes se sintieron defraudados (al fin ya al cabo, ellos también se habían exiliado y habían luchado contra los carlistas). Las personas que rodeaban a la Reina tuvieron una parte muy importante en la creación de esa moral de acoso al Trono que tenía en 1836 la viuda de Fernando VII. Como ejemplo, citamos las palabras que en plena crisis del gobierno de Istúriz le escribía el Marqués de Miraflores: "...permítame V.M. le diga que sería conveniente, pues muchas opiniones muy respetables lo desean, que V.M. se acercara lo más posible a nosotros y si tiene repugnancia o desagrado, venir a su Palacio de Madrid (la Reina se hallaba en La Granja), el cual sería en todo caso, nuestro centro; o venirse si le pareciera a Vista-Alegre, en fin Señora, utilizar las tropas de su custodia y tener a V.M. personalmente cerca de nosotros como nuestro centro y apoyo"<sup>125</sup>.

El hecho de que fueran estos dos elementos, el ejército y la camarilla, los pilares básicos para sostener cualquier gobierno en la España del siglo XIX, en lugar del cuerpo electoral y la opinión pública, constituye una prueba más del primitivismo del sistema representativo español gestado en estos años. Aunque se analizará esta cuestión más adelante, no podemos dejar de destacar aquí que tal fragilidad es producto de algo más que el escaso desarrollo de una clase media, pues ésta, a medida que prosperaba, se iba integrando en las formas clientelares de la política. Sin negar la importancia del factor social, habría que dar una trascendencia considerable a otros elementos como los ya citados: desprestigio de las instituciones, personalismos, participación en la política de grupos ajenos a ella... Se trataba, en definitiva, de la imposibilidad de llevar a cabo una tarea de oposición política en condiciones distintas a la humillación, la persecución o la represión. Semejante arcaísmo político dio lugar al inicio de tendencias que ya entonces se apuntaban y que pondrían en entredicho la propia relación de ese ficticio sistema representativo con la sociedad. Se manifestó, por tanto, la precariedad del nuevo estado liberal en el recurso a las fuentes habituales de legitimidad: el ejército y las fuerzas tradicionales. Ahí precisamente tiene sentido el pactismo: una negociación para construir el estado. Sobre esto se ha escrito que el pacto entre liberales y elites tuvo por objeto solventar la crisis estatal suscitada entre el choque de los privilegiados y los grupos

---

<sup>125</sup> Carta del Marqués de Miraflores a María Cristina, Madrid 26 de junio de 1836, A.G.P., R.Fdo. VII, 30/18, nº 8. Afortunadamente, el Marqués Miraflores era un hombre sensato y sus consejos, en su parcialidad, respondían a un sincero deseo de reforma. Poco tuvo que ver esta camarilla con la clergalla ignorante que rodeó a Isabel II en los últimos años de su reinado.

populares<sup>126</sup>. Habría que matizar un tanto tal afirmación, porque a fin de cuentas, de lo que se trataba era de pactar para construir un estado liberal que no existía y de evitar que las riendas de éste cayeran en manos de don Carlos y sus seguidores. En este sentido, es fundamental el libro de A. Nieto, *Los primeros pasos del Estado constitucional. Historia administrativa del reinado de María Cristina*, quien ha señalado que al lado del pacto, existió entre los liberales una auténtica obsesión por encontrar cobertura ideológica a las reformas, y de ahí el continuado recurso a la tradición nacional. En última instancia, esto no vendría a ser sino otra búsqueda de legitimidad en el reconfortante pasado.

Perdida la baza de la unidad liberal, pocos será los elementos que aglutinen el limitado gobierno representativo español, que a partir de ahí será sólo el gobierno representativo de una parte de los españoles. Entre estos elementos hay que destacar la defensa del trono de Isabel II. Las reflexiones de Alcalá Galiano en los años siguientes se encauzarán en esta línea: la salvaguardia de la Reina legítima y el sistema político a ella vinculado. Dicho sistema, calificado de pactista, encerraba en sí mismo su labilidad, pues si el objetivo era integrar a las clases que los sujetaban, la realidad mostró cómo ni la integración era lo bastante amplia como para comprender a un sector lo suficientemente amplio de la sociedad, ni la práctica política (revanchista y excluyente, como ya se ha dicho) lo facilitaba. Las *Lecciones de derecho político* que pronunciará en el Ateneo a su regreso del exilio, constituirán la expresión máxima de sus ideas respecto al gobierno representativo, la confluencia de sus experiencias políticas y de sus conclusiones como intelectual. Si bien en la teoría las *Lecciones* de Galiano hubieran sido un instrumento eficaz para la estabilidad política, la realidad pocas veces se miró en tan pulido espejo.

---

<sup>126</sup> G. MARTÍNEZ DORADO en "La formación del Estado y la acción colectiva en España, 1800-1845", en *Historia Social*, nº 15, (inv. 1993), pp. 101-118.

## 5. Alcalá Galiano en la moderación, (1837-1843).

En noviembre de 1837 Alcalá Galiano regresaba a Madrid tras haber sido elegido diputado por Cádiz. Su ausencia había durado algo más de un año. En ese periodo, España se había visto conmovida por dos muertes que eran dos símbolos del desencanto que sobrevolaba el país. Larra, el gran desesperado, apretaba el gatillo el 13 de febrero de 1837. Con él se iba la ilusión del liberalismo, se despedían para siempre de nuestro suelo los sueños en un futuro abierto; se abría la puerta a esa parte de mezquindad que acompaña en ocasiones a la política. Proféticas palabras fueron aquéllas que le espetó el criado a Fígaro en "La Nochebuena de 1836": "Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado". La intolerancia, la falta de respeto al contrincante y el desprecio por las formas del gobierno representativo iban contenidas en esas frases que resumen el espíritu político revanchista que dominaba el país. La queja de Larra, el "vago clamor que rasga el viento" como dijera Zorrilla en el entierro, se fue con él a aquel vacío desde donde no llega el eco, y sólo permaneció, durante bastante tiempo, el recuerdo de un periodista que escribía "graciosísimos" cuadros de costumbres. La otra muerte es la del famoso bandido Luis Candelas, ajusticiado el 6 de noviembre de 1837. Si con Larra se fue la conciencia, con Luis Candelas partió el romanticismo, el hombre libre al que la naciente sociedad burguesa no pudo controlar. *El espectáculo organizado el día que fue llevado al patíbulo* mostró el grado de acuerdo al que habían llegado la Iglesia y el Estado. La sociedad quería a su reo, la Iglesia escenificaba con esa sabiduría para amedrentar que proporcionan siglos y siglos de práctica, y mientras tanto, los españoles contemplaban con cobarde satisfacción el escarmiento de aquél que se atrevió a ser diferente. Y el ingenuo aún tuvo entereza para lanzar al aire un grito que contiene todas las esperanzas de los que, como Torrijos, perecieron en la lucha por el ideal: "¡Sé feliz, patria mía!".

Desde el abortado gobierno Istúriz hasta la llegada de nuestro protagonista, se había producido en España un intento de implantar un régimen liberal en función de la Constitución de 1812. José María Calatrava, el encargado de esta tarea desde el gobierno, se mantuvo en el poder hasta agosto de 1837, y desde allí se las tuvo que ver con los crecientes problemas hacendísticos y con la guerra que asolaba a una parte del país. Calatrava continuó en gran medida por la vereda por la que había caminado Mendizábal, al cual había situado en el Ministerio de Hacienda. Ambos

trataron de modernizar el estatuto jurídico de la propiedad dictando leyes que ayudasen a dismantelar el antiguo régimen (ley de desamortización de 19 de julio de 1837), y poniendo en vigor las ya existentes: las disposiciones antigremiales, la legislación sobre la propiedad y la explotación agraria (las dos de 1813) o la ley de vinculaciones de 1820. No olvidaron, desde luego, aspectos básicos del ideario progresista, para lo cual resucitaron la legislación de ayuntamientos y diputaciones de 1813 y de 1822, la ley de imprenta de 1820 (suprimiendo la cláusula de la censura previa) y reactivaron el papel de la milicia nacional. Como culminación de toda esta labor, el 21 de agosto de 1836, Calatrava convocó elecciones a Cortes, las cuales, ya reunidas el 24 de octubre de 1836, iban a proceder a enmendar la Constitución de 1812. De aquella primera intención reformadora nació la Constitución de 1837. Galiano, teniendo noticias en su exilio de Pau de este ajetreado afán en el que se hallaban inmersos los españoles, decidió abandonar el ostracismo en el que había estado viviendo impacientemente los últimos meses.

### **Reincorporación a la vida política.**

La querencia de lo político, facilitada por la elección de los gaditanos, agilizó el regreso de Alcalá Galiano<sup>1</sup>. Recientemente había jurado la Constitución de 1837 en Pau, último refugio de su exilio francés, esperanzándose ante una nueva etapa de lucha política en la que los españoles, escarmentados por los arraigados hábitos de la disputa y la incomprensión mutua, fuesen capaces, al fin, de entenderse como lo habían hecho para forjar la nueva constitución<sup>2</sup>.

“Siendo la voluntad de la Nación revisar, en uso de su soberanía, la Constitución política promulgada en Cádiz, el diez y nueve de marzo de mil ochocientos doce, las Cortes generales, congregadas a este fin, decretan y sancionan la siguiente Constitución de la Monarquía Española”<sup>3</sup>. Pese a esta apelación al tradicional mito del liberalismo progresista español, la Constitución de Cádiz ya no era el punto de referencia para la puesta en marcha de la transformación

---

<sup>1</sup> Durante el proceso electoral en Cádiz, se produjeron numerosos tumultos que obligaron a la diputación provincial a plantear a las autoridades centrales la dificultad de continuar con las elecciones en semejantes condiciones. Una vez más, el acta de Galiano anduvo en un cierto peligro (Archivo del Congreso, Documentación electoral, legajo 14, nº 28, y A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes...*, en *Obras...*, vol. 2, p. 298).

<sup>2</sup> Según afirmaba Eugenio de Ochoa, Alcalá Galiano no juró al Constitución de 1837 hasta que ésta no fue aceptada por la Reina (*Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos en prosa y verso*, París 1840, tomo 1, p. 546).

<sup>3</sup> Preámbulo de la Constitución de 1837, en *Constituciones españolas*, Madrid 1986, p. 119.

política. El nuevo texto, que reunía todas las características para haber perdurado en el tiempo<sup>4</sup>, tenía como objetivo ser capaz de integrar a todas las ramas del inconciliable liberalismo. De este modo, se ha dicho con frecuencia que la Constitución de 1837 tenía un carácter transaccional<sup>5</sup>. La misma composición de la comisión encargada de redactarla es un nítido reflejo de esas intenciones. De entre sus miembros destacaban el experimentado Argüelles y el bisoño Olózaga, la tradición (en un sentido histórico) y la novedad, la meditación y el impulso. Precisamente fueron esa flexibilidad y esa dualidad de formas de entender el texto constitucional las que harían decir a Balmes que sin necesidad de alterar sus principios, cualquier facción liberal podría gobernar con ella muy cómodamente<sup>6</sup>. Y es que la Constitución era el fruto de una decidida voluntad de pacto político (que pronto sería traicionado, esta vez por los moderados) que tenía su origen en ese cáncer que para la evolución pacífica del país suponían los carlistas y sus pretensiones anacrónicas. Con la vulneración de esta constitución y lo que significaba, dio comienzo en España al desarrollo de unas prácticas políticas que corroerían de forma irreversible las entrañas del sistema representativo por las continuadas falsificaciones del mismo. Al emprender este camino, los políticos españoles, en lugar de salir del marasmo en que se había desenvuelto la revolución liberal, se metían de lleno en un posibilismo próximo a la torpeza de los gobiernos autoritarios.

La distancia del proyecto con respecto a la Constitución de 1812 era considerable, sobre todo en lo que se refiere a ciertas cesiones a las que los progresistas se habían avenido, y que formaban parte de sus principios teóricos años atrás (concesiones que volverían a ingresar como hijas pródigas de la esperanza en su cuerpo doctrinal ante los desmanes conservadores). Entre estas aceptaciones destacaban la soberanía compartida, la facultad del monarca de disolver las cortes, el veto absoluto y el sistema bicameral. Para Alcalá Galiano, la Constitución de 1837 tenía tantas semejanzas con el diseño del plan constitucional elaborado por él mismo en agosto de 1836, que se lamentó una vez más del tiempo que el golpe de La

---

<sup>4</sup> J. M<sup>a</sup> JOVER ZAMORA, "Sociedad y Estado en tiempos del Estatuto Real", *Revista Internacional de Sociología*, n<sup>o</sup> 107-108, (Madrid 1969) p. 70. J. TOMÁS VILLARROYA, "La Constitución de Cádiz en la época del Estatuto Real", en *Revista de Estudios Políticos*, n<sup>o</sup> 126, (1962), pp. 251-277.

<sup>5</sup> Tratan con detenimiento esta cuestión: J. VARELA SUANZES-CARPEGNA, "La Constitución española de 1837: una constitución transaccional", en *Revista de Derecho Político (U.N.E.D.)*, n<sup>o</sup> 20, (1983), pp. 95-106. J. TOMÁS VILLARROYA, *Breve historia del constitucionalismo español*, Madrid 1994, pp. 47-64. J. I. CASES MÉNDEZ, "La práctica electoral bajo la Constitución de 1837", en *Revista de Derecho Político (U.N.E.D.)*, n<sup>o</sup> 20, (1983), pp. 68-93; A. COLOMER VIADEL, *El sistema político de la Constitución española de 1837*, Madrid 1989.

<sup>6</sup> J. BALMES, *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, Madrid 1975, pp. 57-58.

Granja había hecho perder al país<sup>7</sup>. Sobresaliendo especialmente por su flexibilidad, la Constitución representaba para Alcalá el máximo logro, pues según su ya antigua idea de que las constituciones deberían ser un medio y no un fin, el proyecto permitía explotar los artículos para gobernar en una u otra línea, y además facilitaba recoger el hálito emanado de la opinión pública<sup>8</sup>. Su reflexión se centró en la posibilidad de interpretar los mecanismos del texto en un sentido favorable al partido en el que formaba parte; lo que comenzó siendo un estudio de las contingencias que se le ofrecían, terminó en una comprensión restrictiva de la Constitución que en última instancia podía justificar, según el criterio moderado, la reforma del propio articulado en su beneficio. Desde la facultad del monarca para disolver las Cortes, hasta la posibilidad de explicar la restitución de los fueros, todos los sucesos y su posible constitucionalidad fueron analizados por Alcalá Galiano en función de unos principios políticos ya plenamente conservadores que tenían por objetivo apuntalar al partido moderado ("...sustentaba con sumo tesón y calor la causa del partido moderado...").

#### **Colaboraciones políticas y periodísticas. Orden y moderantismo tempado: *El Piloto*.**

"Soy un hombre de partido", confesó nuestro protagonista en repetidas ocasiones. Con esta aseveración Alcalá pretendía justificarse, dentro de lo posible, por su evolución política. Sin embargo, detrás de tales palabras hay algo más que una exculpación. Toda una trayectoria vital se encierra en ellas. ¿Cómo es admisible, cabe preguntarse, que quien se ha visto afligido por el exilio, quien no ha disfrutado demasiadas recompensas políticas, se apunte al bando del orden sin titubear?. ¿Cabe explicarse que el mismo hombre que reconocía que "...ninguna recompensa recibí, y viví cesante como los exministros del partido opuesto al Ministerio", continúe apoyándolo?. No es difícil adivinar la causa de este comportamiento sólo aparentemente contradictorio. Y es que Alcalá Galiano fue, básicamente, un hombre de orden, un intelectual con ínfulas de gobernante que nunca supo distinguir las tonalidades que separan al uno del otro, al pensador del estadista. En semejante tesitura toda su vida se debatió entre el anhelo de reconocimiento social y de reflexión, entre su complacencia en la propia exageración verbal y retórica y su amor a los matices. Sin embargo no era capaz de comprender que tales excesos verbales

---

<sup>7</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, vol. VII, p. 434.

<sup>8</sup> *El Piloto*, 10-II-1839.

también podían ser practicados por los demás, pensando tal vez que en la cabeza de éstos sólo rebullían las ideas desmesuradas como único resorte de pensamiento. Con el tiempo Alcalá hubo de padecer las consecuencias de dichos comportamientos, y lo que en su actitud siempre concibió como algo lógico, fue incapaz de entenderlo en los demás. De este modo, su progresivo acercamiento a los políticos del orden y de la autoridad encuentra acomodo en el ala templada de lo que iba a ser el partido moderado. Probablemente, y si hubiera vivido en otro país con una evolución política menos traumática, sus ideas hubieran evolucionado en un sentido más cercano al liberalismo en su más pura esencia, y no hacia ese conglomerado ambiguo y plagado de prácticas autoritarias, que desvirtuaron el propio sistema representativo, atentando a los principios básicos de la libertad. La aparición de las masas organizadas en la vida política será la clave que explique los movimientos a la derecha de Alcalá Galiano. Si bien hasta este momento sólo ha podido atisbarse en el horizonte español una ligera idea acerca de lo que esto podía significar, los eventos políticos de los países vecinos, en particular de Francia, tan conocida por Galiano y no ha mucho abandonada, mostraban a los ojos informados que un nuevo elemento entraba en juego en la partida de ajedrez en la que el pasado y el futuro se estaban retando, teniendo como fondo el tablero europeo. Aceptar al contrario (e incluirlo en su análisis, tal y como hicieron otros conservadores como Andrés Borrego) o negarse a ver lo obvio buscando en la represión una imposible solución, tal era la disyuntiva. Alcalá Galiano, un elitista a fin de cuentas, optó por la segunda posibilidad, lo que a la larga iba a hacer varar su pensamiento en un embarcadero enfangado de prevenciones y miedos.

Comenzó nuestro hombre nuevas tareas en esta época tras su pasado, pero no último, exilio sumergido de lleno en la disputa política desde sus palestras habituales: la prensa y el escaño, a través de las cuales contribuyó de forma importante a la configuración definitiva del partido moderado. Primeramente colaboró en *La España*, donde hizo comentarios acerca de la situación política del momento, para después, durante 1838, trabajar al lado de Andrés Borrego en el *Correo Nacional*<sup>9</sup>. Este periódico recogía, mejorándolos, los avances de la anterior empresa periodística de Borrego en *El Español*, pero su objetivo trataba de ir más allá de confeccionar una publicación de calidad. Diseñar el programa político del partido

---

<sup>9</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes..., Obras...*, vol. 2, p. 298. Galiano nunca tuvo la menor simpatía por Borrego, y de hecho, años después, escribirá sobre él que "El tal personaje antes ha sido contrario que amigo mío, salvo muy cortos periodos de mi vida..." (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Correspondencia con la embajada de Lisboa, legajo H1690, carta de Alcalá Galiano al ministro de Estado fechada en Lisboa, el 9 de junio de 1854).



conservador era, en el fondo, su intención, y desde sus páginas se lanzaron las consignas para caracterizarlo como partido monárquico-constitucional, denominación que haría fortuna. Sin embargo, el trabajo conjunto entre Borrego y Galiano no duraría demasiado, pues la tendencia ideológica que el primero imprimió al diario, con afirmaciones como ésta que figuraba en el prospecto: "alcanzar un porvenir democrático y fraternal", poco tenían que ver con el cada vez más conservador gaditano. Por otra parte, vinculado al afamado Juan Donoso Cortés, trabajó desde *El Piloto* en la consideración de las ideas básicas que conformarían el entramado ideológico de la posterior década moderada. Sin embargo iba a ser ésta una reflexión teñida de tendenciosidades, pues el carácter, casi se podría decir violento, del enfrentamiento político y periodístico de los últimos treinta, condujo a enturbiar el panorama, ya de por sí bastante sombrío por la guerra, de la vida política española. Las limitaciones son más evidentes en Alcalá, "cosido a la tierra", que en Donoso, quien con cierta frecuencia se dejaba llevar por los vapores etéreos de la abstracción filosófica.

Con el inicio del mes de marzo de 1839 nació *El Piloto*<sup>10</sup> de la colaboración entre Alcalá Galiano y Donoso. Se habían conocido en 1834 cuando Alcalá publicó en el *Mensajero de las Cortes* una crítica poco complaciente con el recientemente aparecido folleto de Donoso *Consideraciones sobre la diplomacia*. El artículo había molestado a los amigos íntimos del escritor extremeño y en particular a Pastor Díaz, el cual estaba dispuesto incluso a responder airadamente al crítico hasta que el afectado decidió defenderse por sí solo en la prensa<sup>11</sup>. Sin embargo, lo que parecía un duelo en el papel, se convirtió tras el primer encuentro entre los implicados en una sólida amistad. Aunque en la confección de *El Piloto* intervinieron muchos de los que jóvenes en ese momento, se lanzaban al mundo de la política, o que, ya mayores, trataban de hacer disponible su experiencia confiando en las tendencias doctrinales y pedagógicas que Donoso, como director literario, pretendía inyectar en el proyecto, el peso del trabajo lo llevaban el susodicho Donoso Cortés y nuestro protagonista. Entre estos copartícipes se encontraban Bravo Murillo, Alejandro Mon, el duque de Osuna, el duque de Veragua y otros ayudantes sin tantos resplandores de futuro primoroso. El "Prospecto" del periódico se lanzó al profuso mercado gacetillero de Madrid

---

<sup>10</sup> A. ALCALA GALIANO, *op. cit.* La amistad entre Donoso Cortés y Pastor Díaz se había iniciado en la tertulia de Quintana y se había afianzado con la asistencia al Ateneo y el sostenimiento de *El Porvenir*.

<sup>11</sup> *Mensajero de las Cortes*, 28-IX-1834 y *El Observador*, 3 y 4-X-1834.

explicando que las intenciones de sus fundadores eran las de formar una sociedad de accionistas que con su contribución promovieran “el progreso intelectual hasta que se nivele con el político”, ya que “sólo la prensa periódica discute los principios y difunde las ideas”. A modo de contrato, el “Prospecto” desgranaba una a una las condiciones tanto de funcionamiento interno de la sociedad de accionistas, como su capital y nombraba a Bravo Murillo director económico y administrativo y a Donoso encargado de la parte doctrinal y política. *El Piloto* era el continuador de *La España*, periódico dirigido por Joaquín Francisco Pacheco, que a su vez había recogido el testigo de *El Porvenir*, tribuna desde la que Donoso había desarrollado anteriormente su tarea como rector periodístico. Todos estos diarios tuvieron en común su filiación moderada, siendo los representantes de una tendencia substancialmente distinta a la apadrinada por Andrés Borrego desde sus empresas periodísticas.

Recordaba Alcalá en sus *Apuntes* que ninguna obra suya le había acarreado más odios que la que ocupa estas líneas, y que incluso, para evitar que otros recibieran los dardos que hacia él se lanzaban, a partir del 2 de abril decidió marcar sus artículos con una estrella, lo que contribuyó a que *El Eco del Comercio* se burlara de él llamándole con sorna “el caballero de la estrella” (27-VII-39). Pero más socarronería tuvieron las palabras de Luis González Bravo desde *El Guirigay*, quien, aprovechando la coyuntura, afirmaba convencido que Alcalá “desempeñaría la misión política de piloto, cosa que no nos pasma, porque en esto de categoría, si bien el señor don Antonio no ocupa la más limpia, al menos fue ministro de Marina, y en asunto de pilotaje él debiera entender más que un muchacho que puede ser hijo suyo”<sup>12</sup>. La gaceta de González Bravo tuvo en su punto de mira a los accionistas y colaboradores más conocidos de *El Piloto*, quienes fueron objeto de sus chanzas durante los primeros tiempos de vida del periódico marineró. La actividad de Alcalá Galiano en la publicación fue de las más duras, pues se encargaba, junto a Donoso, de los artículos de fondo, de los políticos y con frecuencia del comentario de las noticias de la prensa extranjera. A finales de junio de 1839, la abstrusa pluma de Donoso levantó el vuelo de las prensas del periódico. La razón estaba en el enfrentamiento entre ambos redactores a propósito de un manifiesto publicado por los progresistas en que se espetaban a los moderados ásperas acusaciones. Las recriminaciones de Alcalá a los firmantes de la proclama le valieron el reproche de Donoso, quien no estaba dispuesto a tolerar censuras a su íntimo amigo Manuel

---

<sup>12</sup> F. SUÁREZ, “Introducción” a J. DONOSO CORTES, *Donoso Cortés. Artículos políticos en El Piloto (1839-1840)*, Pamplona 1992, p. 43.

Quintana, cuya rúbrica aparecía detrás de la de Argüelles en el texto. Poco duraron, sin embargo, las querellas, pues el 25 de agosto Donoso volvió a la carga periodística.

En estos años, profusión de ministros conoció y sufrió España desde mediados de 1837 hasta el 9 de noviembre de 1838, momento éste en que Pérez de Castro se hizo cargo del gobierno, lo que no trajo como consecuencia (era de esperar) la calma. Pérez de Castro acababa de regresar de Portugal, donde había ejercido la representación diplomática desde 1834 y conservaba aún cierta reputación liberal por haber sido diputado en Cádiz y ministro en el Trienio. Sus consejeros eran hombres de todo tipo y condición<sup>13</sup>, por lo que las trifulcas no se hicieron de rogar. Isidro Alaix, encargado de los asuntos de la cartera de Guerra, provocó las primeras disensiones al solicitar a su compañero Pita Pizarro, responsable de las finanzas, más y más recursos para el ejército que se enfrentaba con los ultramontanos carlistas. Ampliamente conocida era la vinculación de Alaix con Espartero y también tenía su buen tamaño la distancia que Pita Pizarro, antaño en el partido del progreso, recorría hacia los moderados cada vez que las disputas se producían. El gobierno, que había sido confeccionado tratando de evitar partidismos descarados, pereció de incompreensión propia. Sin embargo, antes de su crisis final (27 de julio de 1840), hubo de enfrentarse con los habituales e insoslayables problemas de la política española de la época. A su llegada al poder, contaba Pérez de Castro con unas Cortes de escasa mayoría moderada, la cual no parecía sentir demasiada simpatía por él, aunque tampoco practicaba la virulenta oposición de la minoría progresista, que desde un principio le declaró la guerra. El gobierno, ante una situación poco favorable, pese a los éxitos que los ejércitos liberales cosechaban, decidió disolver las Cortes y convocar elecciones antes de que finalizara el verano de 1839.

Antes de la convocatoria, Alcalá Galiano se había manifestado desde *El Piloto* contra el gobierno acusándole de ser demasiado débil en sus actuaciones políticas, de dejarse manipular por unas circunstancias de las que él debería haber sido el conductor y no actuar a remolque de las mismas, de ser, en definitiva, un instrumento de los partidos<sup>14</sup>. Los autores del periódico señalaban la seria amenaza que, desde

---

<sup>13</sup> Describía Miguel MORAYTA el ministerio con gran precisión en su obra *Historia política y parlamentaria de España*, Madrid 1861, III, pp. 159-160.

<sup>14</sup> *El Piloto*, 3-III-1839.

su perspectiva, supondría disolver las Cortes pues "...los progresistas esperan aprovechar el actual estado de general descontento y postración. A pesar de que tiene muchos y no leves defectos la ley de elecciones vigente, con sus faltas, y aun quizá por ellas mismas, crea un cuerpo electoral muy favorable al partido conservador o moderado"<sup>15</sup>.

Con objeto de reforzar su argumentación para hacerla más creíble y por el interés pedagógico de sus interlocutores, según era norma en el periódico, Alcalá profundizó en varias ocasiones en la cuestión de la disolución de las Cortes como prerrogativa real. La utilización de instrumentos como el derecho de petición -oráculo de la opinión pública- por parte de los progresistas, se encontraba dentro de una estrategia cuya única razón era lograr el poder a toda costa. Si se cedía a sus pretensiones, afirmaba Alcalá con convicción, "sería la cosa más fatal del mundo", pues la institución podría tambalearse. El derecho a disolver las Cortes, representaba la prerrogativa monárquica que más fuerza otorgaba a la cabeza del ejecutivo y que más coherencia y unidad concedía al poder en un país como España donde la guerra o la agitación política y la minoría de edad de la futura reina no permitían la menor muestra de debilidad. De este modo, contemplando los sucesos desde una perspectiva constitucional aplicada al sostenimiento de sus propias ideas, Galiano estableció las tres directrices básicas que iban a predominar en sus manifestaciones públicas de estos años y que junto a las aportaciones de otros contemporáneos, ofrecían un referente ideológico a Narváez: satanización de los progresistas, apuntalamiento del trono y recurso al orden y a la autoridad.

Sin embargo, como ya se ha dicho, se procedió a la disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones, por lo que los redactores de *El Piloto* se vieron obligados a trasladar el blanco de su artillería dialéctica desde las teorías constitucionales hasta algo más utilitario como insistir en la necesidad de que los potenciales votos moderados fueran depositados en las urnas. No obstante, las balas retóricas no fueron olvidadas, y con frecuencia se acusó a los progresistas de manipulaciones en las listas electorales. Por supuesto, en el lado contrario se utilizaba la misma munición informativa. Pero detrás de toda esta facundia propia de las contiendas electorales, desde las páginas de *El Piloto* se atisbaban ciertas ideas

---

<sup>15</sup> *El Piloto*, 24-IV-1839. Se acusó a algunos moderados de haber creado una sociedad conspiradora, llamada "Jovellanos", para marginar a los progresistas. Alcalá fue acusado de pertenecer a ella (*El Castellano*, 15-III-1839), aunque lo negó repetidas veces.

acerca de lo que sus redactores creían necesario para la formación de un cuerpo representativo que diera estabilidad al país. "Son pues *necesarios* hombres de saber en las Cortes, y no sólo de saber, sino de aquel conocimiento de los negocios, imposible de adquirir a no ser por la práctica. Y semejantes hombres hay que buscarlos entre los empleados"<sup>16</sup>. Este párrafo de Alcalá supone un salto cualitativo desde su defensa del papel político de las capacidades en 1835, pues ahora, junto a la condición de individuo ilustrado se requiere la de profesional, en una suerte de alegato en favor de la tecnocracia que será centro de la atención de nuestro autor en otras ocasiones. Precisamente en el Congreso, y ya en 1840, volvería a insistir en ello, haciendo hincapié en la utilidad de un grupo de gestores que contribuyeran con su labor a la despersonalización de la política y de la administración; sin embargo, las palabras que pronunció reproducidas aquí por su gran interés, no fueron recogidas por el partido al que Galiano pertenecía: "No entraré en la cuestión de los economistas sobre si están en las clases productivas o no; pero si se concede que para el desarrollo de los intereses particulares se necesita tranquilidad, que para la industria y la propiedad se necesita protección; que para la protección se necesitan leyes; que las leyes han de tener ejecutores; que los ejecutores se llaman gobierno; y que éste lo componen los empleados; se verá que son necesarios los empleados; se verá que esos hombres a quienes en un tiempo se miró con tanto respeto, y hoy parece se quiere excluir de todo, sin que por eso mengüe su número, siempre son útiles"<sup>17</sup>.

En esta misma línea de defensa a los administradores Alcalá se había visto apoyado en *El Piloto* por artículos de Donoso. Sin embargo, el escritor extremeño parecía estar pensando más en crear una red de afines al gobierno mediante la conformación de un grupo de altos cargos en la administración, que en traer eficacia a la organización del poder. Los sueltos de Donoso Cortés en estos meses de campaña electoral se centraron en una continuada reiteración de la necesidad de que el ejecutivo se inmiscuyera directamente en las elecciones. A través de argumentos poco convincentes, pretendía hacer creer a los lectores que los intereses del gobierno eran los de la sociedad, y que, por lo tanto, la supervivencia del primero estribaba en que la segunda fuese persuadida de ello: "suponed por el contrario que el gobierno interviene en las elecciones en favor de los intereses generales por medio

---

<sup>16</sup> *El Piloto*, 24-VI-1839.

<sup>17</sup> *Diario de Sesiones. Congreso. Legislatura de 1840*, p. 341.

de sus agentes: entonces los electores son libres porque, por una parte, conocen lo que los intereses de sus distritos importa; y por otra lo que a la sociedad entera conviene"<sup>18</sup>. De estas palabras se desprende una observación, que se puede hacer de otros muchos textos de Donoso, lo cual no desmerece la calidad formal de sus reflexiones, pero sí sus intenciones, y que consiste en la certeza de encontrarse en posesión de la única de las verdades posibles, verdad que trata de difundir por el bien ajeno. Estas posiciones, tan comunes en los políticos españoles del siglo XIX, y de gran parte del XX, se encuentran más cercanas al dogmatismo que a otra cosa, y son las que han legitimado la exclusión y la demonización de los rivales políticos. La época moderada será una buena prueba de ello.

Fueron estos meses previos a la formación de la nueva cámara los que mantuvieron todavía reticentes a los redactores de *El Piloto* acerca de su actitud respecto al gobierno, pues si bien hubo críticas severas, como la publicada por la destitución, pedida por la minoría progresista de las Cortes, de los generales Palarea, conde Cleonard y barón de Meer (por sus respectivas y violentas represiones de los tumultos en Málaga, Sevilla y Cataluña), menudearon los aplausos más o menos disimulados a las pocas actitudes decididas en relación a la guerra y el orden público. Galiano completó su actitud ambigua apoyando y, posteriormente, firmando una enmienda propuesta por Fermín Caballero al dictamen sobre la provisión económica del ejército en la que la Cámara hacía llegar a la Reina su "convicción íntima de que por la marcha administrativa seguida hasta el día, no es posible terminar la guerra civil, ni hacer la felicidad de la nación, que consiste en el afianzamiento de la libertad y el trono de nuestra Reina"<sup>19</sup>. Sin embargo, la abrumadora victoria progresista en las elecciones celebradas en el verano de 1839 hizo reconsiderar su postura a los cada vez más conservadores Alcalá y Donoso. Su nuevo talante se manifestó muy pronto, pues ya en un artículo del 6 de septiembre Donoso Cortés incitaba al gobierno a llevar a cabo resoluciones enérgicas, huyendo de compromisos y otras maniobras similares. El gobierno, avalado como se creía por el inminente acuerdo para el fin de la guerra, y habiendo exhumado un insospechado vigor en su lucha contra la mayoría progresista, pareció hacerse eco de tales palabras, y tras un primer tambaleo por la salida de Pita Pizarro de Hacienda, Arrazola insufló nuevos aires a la nave, evitando

---

<sup>18</sup> *El Piloto*, 6-VI-1839.

<sup>19</sup> *Diario de Sesiones, Congreso*. Legislatura de 1838, tomo II, p. 25.

el naufragio e invalidando el optimista pronóstico del *Eco del Comercio* acerca de la inminente caída del ministerio<sup>20</sup>.

En efecto, en el seno de las fuerzas carlistas las disensiones internas carcomían la pretendida unidad. Fuerzas militares, reforzamiento de los liberales y tomas de posición de los llamados transaccionistas serían los tres puntales que iban a derribar la fortaleza del Pretendiente. Tras la muerte de Zumalacárregui habían estallado las discusiones dentro del ejército carlista. El general Maroto había logrado aglutinar tras de sí a un grupo de seguidores que estaban dispuestos a aceptar las fórmulas del Estatuto de 1834, condicionando la firma del pacto al respeto de los fueros. Para conseguirlo, había tratado de separar del ejército a cuantos oficiales se habían decantado por el bando apostólico más intransigente; esto, unido a una campaña contra determinados asesores de don Carlos, a su vez muy influido por la princesa de Beira, facilitó las negociaciones con Espartero y la firma del pacto de Vergara<sup>21</sup>. La narración de Galdós de aquel acontecimiento es tal vez la mejor prueba de la esperanza con la que los españoles contemplaron la anhelada reconciliación: "Era éste un extenso campo a la salida de la villa, entre el río Deva y el camino de Plasencia. Allí formó muy de mañana el ejército de Espartero, y ante él fue desfilando la división castellana, con su jefe el general Urbistondo. Maroto, que parecía resucitado a juzgar por la repentina transformación de su continente, que recobró su gallardía, así como el rostro la expresión confiada y el color sano, ocupó su puesto; al punto apareció con su brillante Estado Mayor el Duque de la Victoria, y recorridas las líneas, cautivando a todos con su marcial apostura y la serenidad y contento que en el rostro se reflejaban, mandó a sus soldados armar bayonetas; igual orden dio Maroto a los suyos. Espartero, con aquella voz incomparable que poseía la virtud de encender en los corazones la bravura, el amor, el entusiasmo y un noble espíritu de disciplina, pronunció una corta arenga perfectamente oída de un lado a otro de la formación, y terminó con estas memorables palabras: 'Abrazaos, hijos míos, como yo abrazo al General de los que fueron contrarios nuestros'. Juntáronse los caballos; los dos jinetes, inclinando el cuerpo uno contra otro, se enlazaron en cordial apretón de brazos. Maroto no fue de los dos el menos expresivo en la fusión de aquella concordia sublime. En las filas, de punta a punta, resonó un alarido, que parecía explosión de llanto. No eran palabras ya, sino un lamento, el ¡ay! del hijo pródigo al

---

<sup>20</sup> *El Eco del Comercio*, 17-VIII-1839.

<sup>21</sup> A. BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid 1992, pp. 341 y siguientes. Sobre la influencia de la princesa de Beira en el Pretendiente, I. A. BERMEJO, *La estafeta de Palacio*, Madrid 1971, tomo 1º, p. 559.

ser recibido en el paterno hogar, el ¡ay! de los hermanos que se encuentran y reconocen, después de larga ausencia. Era un despertar a la vida, a la razón. La guerra parecía un sueño, una estúpida pesadilla<sup>22</sup>. Sin embargo, aquella "estúpida pesadilla" seguiría atenazando el desarrollo político de España y no sólo en forma de enfrentamiento bélico. Por un lado, se facilitaría la aproximación de los carlistas al sector más autoritario del partido moderado en los años cuarenta, y por otro se consolidaba de forma clara el prestigio de los militares, que ahora iban a ocupar el lugar del "hombre providencial", papel antes representado por ilustres políticos como Mendizábal. Era de esperar que la fama de Espartero subiera como la espuma en un país ansioso de soluciones drásticas y hombres decididos.

Una vez formadas las Cortes, en esta ocasión de mayoría progresista, se dio prioridad a la cuestión de los fueros, que fue discutida incluso antes que la contestación al discurso de la Corona. El gobierno presentó un proyecto, rechazado en su totalidad. Para tratar el asunto se nombró una comisión que no pudo conciliar pareceres, por lo que hubo de presentar dos propuestas. Los progresistas sólo estaban dispuestos a aceptar la concesión de los fueros con la condición de que fueran compatibles con la Constitución. Obviamente no lo eran. Para una perspectiva estrictamente liberal, no podía consentirse la ruptura de la unidad jurídica del Estado. Sin embargo, y desde el pragmatismo, no parecía haber otra salida para la resolución del conflicto. En los días finales de agosto de 1839, Alcalá comenzó a publicar una serie de artículos en *El Piloto* en los que ofrecía un realista análisis de la situación planteada. Alejado de triunfalismos y de dramáticas expresiones, inició la tarea comparando lo que significaba para España el reinado de Isabel y el de don Carlos. El futuro y el pasado se enfrentaban en una imposible conciliación en la que el "bárbaro despotismo" que personificaba el Pretendiente conduciría a España al "yugo antiguo". Es ésta la principal razón por la que la parte más ilustre y que más había luchado no debía ser sacrificada en aras de un inverosímil retorno al pasado. Posteriormente analizó Galiano un hecho significativo que no es frecuente entre los escritores de la época: la constatación de que "tampoco ignoramos que de los carlistas, si hay quienes peleen por los fueros, hay quienes sustentan una causa que con ellos tiene que ver nada o muy poco". Si bien es cierto que la controversia de los fueros se había convertido en el tema más polémico del Convenio de Vergara, había otros que no eran menos importantes, como la incorporación de los militares carlistas

---

<sup>22</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Vergara*, p. 317-318.



al ejército liberal; sin embargo la discusión se centró en un problema que parecía inadmisibles a los ojos de cualquier liberal que se preciase de serlo. Desde el punto de vista de Alcalá era necesario adoptar una posición posibilista: "Es un mal, pero mal inferior en calidad y cantidad a los que causa la guerra", respondía con simplicidad a la polémica, añadiendo otro dato de no menor trascendencia "...los hombres han menester un pretexto para soltar las armas sin quedar afrentados"<sup>23</sup>. Donoso, por el contrario, abogó por la concesión arguyendo que formaba parte de una tradición nacional. Sin embargo Alcalá, desde una postura más reposada, contemplaba la cuestión de los fueros como quien espera que caiga la fruta madura: "Que sean eternos los fueros no los decimos ni lo pensamos. La misma venerable antigüedad los hará impropios para épocas futuras. Lo viejo agrada, pero lo viejo tiene que fenecer"<sup>24</sup>. Mientras tanto, la discusión planteada acerca de los fueros y la constitución continuaba. Los defensores de la legislación foral encontraban en el Senado sus más firmes soportes. En esta última instancia la contradicción podía salvarse por el expediente moderado de la constitución interna. De este modo y por medio de la ley de 25 de octubre de 1839, pudo llevarse a cabo el restablecimiento de las diputaciones forales. Nos encontramos aquí con uno de los más significativos acontecimientos del periodo. Mediante el reconocimiento del régimen foral, limitado (eso sí, "sin perjuicio de la unidad tradicional de la Monarquía"), las elites políticas vascas encontraron en los moderados a unos liberales alejados de las pretensiones uniformizadoras de los exaltados del Trienio que además, con el sistema censitario establecido, les favorecían enormemente. Nació un pacto político entre fueristas y moderados que proporcionaría muchos frutos a ambos y que constituyó uno de los polos de la estrategia practicada por los conservadores, consistente en el entendimiento con los sectores tradicionales<sup>25</sup>.

---

<sup>23</sup> *El Piloto*, 28 y 29-VIII-1839.

<sup>24</sup> *El Piloto*, 5-IX-1839.

<sup>25</sup> Acerca de las relaciones de moderados y fueristas, que habían empezado antes del convenio de Vergara con la campaña lanzada en 1836 "Paz y Fueros", resultan de imprescindible consulta los libros de M<sup>a</sup> Cruz MINA APAT, *Fueros y revolución en Navarra*, Madrid 1981 y de C. RUBIO POBES *Revolución y tradición. El País Vasco ante la revolución liberal y la construcción del Estado español, 1808-1868*, Madrid 1996, en particular las páginas 179-208. Los fueristas que pactaron con los moderados fueron aquéllos que en los años treinta habían desarrollado un programa que satisfacía las necesidades de las oligarquías terratenientes (de las que procedían), y que en el momento de estallar la guerra, se decantaron por el bando isabelino (sobre ellos puede consultarse el libro de C. Blasco Olaetxea, *Los liberales fueristas guipuzcoanos*, San Sebastián 1982). Una vez aprobada la legislación que reponía en su lugar a las diputaciones forales, estas oligarquías encontraron grandes dificultades para imponerse a las autoridades carlistas (sobre estos conflictos: A. GARCÍA RONDA: *La transformación de la foralidad guipuzcoana (1837-1844)*, San Sebastián 1991 y J. PÉREZ NÚÑEZ, *La Diputación foral de Vizcaya. El régimen foral en la construcción del estado liberal (1808-1868)*, Madrid 1996).

## Diferencias en el partido moderado. Alcalá Galiano y la versión más conservadora.

Hacia el fin de la década de 1830 quedaron definidos los proyectos políticos de moderados y progresistas, cuya más importante confrontación, la suscitada por la ley de ayuntamientos de 1840, mostraría la total y absoluta divergencia de planteamientos. En su *Manual electoral* había escrito Andrés Borrego que el fracaso del partido moderado hasta ese momento se había debido a su incapacidad "para haber presentado un programa completo de reformas que lograrse captar el fervor público". Según la interpretación del paternalista redactor de *El Correo Nacional*, dada la inveterada desidia del pueblo español en lo que a preocupación política se refiere, solamente las apelaciones a soluciones viscerales podía tener algún éxito, y el partido moderado no se había percatado de que con sus tranquilas solicitudes de transformaciones lentas y prudentes nada iba a conseguir, lo cual era imperdonable, pues sólo él, el partido conservador, reunía a la vez moralidad e ilustración<sup>26</sup>. Las llamadas de Andrés Borrego no parece que cayeran en saco roto, aunque no se siguieron sus directrices.

En el seno de los moderados, el proceso se estaba culminando con la adopción de una estrategia que iba a venir como anillo al dedo a los intereses que sin tardar se generarían en la sociedad de privilegiados que disfrutaba del poder económico y político. La polémica sostenida entre *El Correo Nacional*, dirigido por Andrés Borrego, y *El Piloto*, comandado por Alcalá Galiano y Donoso Cortés fue la base sobre la que se diseñaron los programas políticos que se ofrecían como soporte ideológico al partido moderado. Ambos representaban posiciones conservadoras. Ambos eran esencialmente monárquicos. Ambos abogaron por una interpretación restrictiva de la Constitución. Pero las disputas doctrinales, por supuesto mucho más suaves que las mantenidas con el progresista *Eco del Comercio*, fueron los brotes de los que nacieron las diferencias entre los moderados. Con el tiempo se llegarían incluso a sostener interpretaciones de la historia de España y formas de entender la política difícilmente conciliables.

El programa esbozado desde *El Piloto* se ajustaba mucho más adecuadamente a la estrategia de pacto con los nobles más poderosos (quienes ya había recibido otras compensaciones derivadas de la disolución del régimen señorial)

---

<sup>26</sup> A. BORREGO, *Manual electoral para el uso de los electores de la opinión monárquico-constitucional*, Madrid 1837, p. 18.

y, más lejanamente, a la táctica de entendimiento con los carlistas transaccionistas (muy cercanos a lo que posteriormente será el sector más conservador del partido moderado). La estabilidad del estado era el elemento clave en todo el proceso y la razón por la que se optó por un proyecto más autoritario, que garantizara el orden y la autoridad y el mantenimiento de una serie de principios que en muchas ocasiones iban a traspasar la frontera entre el liberalismo y el autoritarismo. Precisamente de ahí derivaron todas las reflexiones que buscaban un quimérico intento de conciliar libertad y orden. Lo que comenzó con la defensa de la estabilidad política en la época moderada, iba a acabar embarcando en el mismo navío a los dos miembros del acuerdo en la justificación de unos, muy discutidos en aquel tiempo, beneficios económicos. La protección de los intereses de las clases privilegiadas y su inserción en el sistema político constituirían, pues, los pilares que sustentaban la pretensión de estabilidad política. De este modo, se producirá un continuado proceso de simbiosis entre los partidarios del orden y las clases altas, facilitado por el hecho de tratarse en muchos casos de las mismas personas o grupos familiares, y por la imitación de comportamientos nobiliarios (sobre todo en los años cuarenta, momento en que la vinculación entre política y negocios estrechará aún más las relaciones<sup>27</sup>).

Como se ha dicho más arriba, el desarrollo de estos hechos se produjo a lo largo de los años de 1839 y 1840 en las polémicas entre *El Piloto* y *El Correo Nacional*. La estrategia más conservadora de *El Piloto* tuvo después una expresión doctrinal en las lecciones dadas en el Ateneo por Donoso y Alcalá (que veremos más adelante), momento en que se aprovechó para profundizar en las cuestiones básicas en las que el proyecto moderado iba a cimentar su acción política.

La preocupación social de Andrés Borrego, derivada de su conocimiento del catolicismo francés, le hizo abordar la ubicación del pueblo en el sistema político de forma claramente diferenciada a la de Donoso y Alcalá. En la serie de artículos que tituló "Exposición de la doctrina aplicable a la política religiosa y social de España" publicada en la *Revista Peninsular*, manifestaba Borrego su idea acerca del desarrollo progresivo de instituciones que mejorasen la situación de los más necesitados y facilitasen la incorporación de la clase popular a los intereses comunes del estado, concebido con un sentido paternalista que a la vez ensamblase a toda la

---

<sup>27</sup> J. M<sup>a</sup> JOVER, "Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea", en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, pp. 53-54. J. L. COMELLAS, *Los moderados en el poder, 1844-1854*, Madrid 1970, pp. 60-69.

sociedad bajo los preceptos de autoridad y trabajo: "Combinar la acción del gobierno y de los particulares en beneficio de instituciones que aseguren al pueblo una instrucción y enseñanza propias a desarrollar las facultades productivas del hombre y a excitar en él hábitos de economía, de acumulación y de orden"<sup>28</sup>. Por su parte, los redactores de *El Piloto* contribuyeron a la difusión de la imagen de 'pueblo desbordado', que iba a sustituir a la de 'pueblo liberal'<sup>29</sup> que tan copiosamente se había divulgado en años anteriores. El 'pueblo desbordado' era el antecesor de la masa irracional que tanto temerían después los moderados, era la comunidad de los menesterosos contra el orden; su comportamiento, esencialmente violento, exigía mano dura: "Por lo mismo que es necesaria la paz, es necesario un gobierno fuerte". Desde *El Piloto* se insistía en el peligro de la acción irracional de la irascible plebe contra la sociedad, constituida, evidentemente, por las personas integradas en el sistema político, los que tienen algo que perder atacados por quienes nada poseen. Tal era el sentido de un mensaje cuyo objetivo se basaba en la legitimidad de un gobierno fuerte. Donoso llevó más allá el argumento señalando que la Cámara baja no representaba más que la "omnipotencia del pueblo". *El Correo Nacional*, sin ser partidario de actitudes dubitativas, no percibía la sociedad como un campo de batalla y continuaba abogando por la integración de intereses. Sin embargo, esto se convertiría en una utopía, pues los citados intereses estaban cada vez más contrapuestos. Los moderados de *El Piloto*, aceptando tal incompatibilidad como algo manifiesto, dedicaron sus reflexiones a tratar de argumentar la difícil avenencia entre libertad y orden. El siguiente texto es un significativo empeño al respecto. En diciembre de 1838 y desde las tribunas del Congreso, Pidal lanzó al auditorio el elemento que se iba a utilizar como bisagra entre la libertad y el orden: el estado de excepción. La justificación del mismo por parte del diputado viene a levantar un muro de incomprensión entre esta opción autoritaria y las buenas intenciones de Andrés Borrego: "Pero cuando yo invoco, cuando yo reclamo la libertad, la reclamo como es en sí, porque lo mismo se ataca por las arbitrariedades de un capitán general que por una junta revolucionaria, por un déspota que por un tribuno. Y si los estados de sitio son tan malos, tan contrarios al espíritu de la libertad porque contrarían sus hábitos prácticos, qué terrible no es el cargo que debe pesar sobre aquellas personas que directa o indirectamente, de buena o mala fe, los hacen necesarios promoviendo o

---

<sup>28</sup> *Revista Peninsular*, marzo de 1838. Sobre las ideas sociales de Borrego: D.I. MATEO DEL PERAL, "Andrés Corrego y el problema de las clases medias", *Revista de Estudios Políticos*, (XI-XII-1962).

<sup>29</sup> A. BAHAMONDE y J.A. MARTÍNEZ, *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid 1994, p. 213.

apoyando desórdenes o desafueros. Yo veo que desaparece más o menos la libertad en los estados excepcionales; pero digo también que esos estados son una necesidad de la cual ningún gobierno podrá verse libre, si todos los partidos, si todos los hombres honrados no contribuyen a cortar, a evitar los ápices de la legalidad. La senda de la legalidad es estrecha, señores, pero a un lado y a otro no tiene más que abismos.”<sup>30</sup>

La ambigüedad de expresiones como “...desaparece más o menos la libertad” o “la senda de la legalidad es estrecha” pone de manifiesto una concepción de la libertad muy limitada, que identifica a ésta con una determinada forma de comprender el mundo, y excluyendo, por tanto, toda posibilidad de oposición dentro del sistema político establecido. Las consecuencias de esto, que se analizarán más profundamente después, serán muy graves para la estabilidad de España, pues generarán comportamientos políticos exclusivistas e intolerantes. Alcalá escribió varios artículos en *El Piloto* en los que contribuía a pintar una apocalíptica imagen de una España escoriada por el desastre y el tumulto. Sus preocupaciones más que en una línea doctrinal, seguían un trazo destinado a señalar las razones por las cuales la autoridad debía ser vigorizada: “para que la sociedad no se disuelva, y para que no vivan los hombres sujetos a la tiranía tribunicia, la peor de cuantas tiranías se conocen”<sup>31</sup>. El blanco de todos estos tiros era, evidentemente, el partido progresista. Pero fue Donoso quien con más claridad se pronunció al escribir que la libertad y el orden no eran dos ideas diferentes sino “excepción de una única idea representada por un único partido”<sup>32</sup>.

Gran anhelo de Borrego era la formación de una agrupación que fuera capaz de reunir lo que de aprovechable había en los partidos moderado y progresista<sup>33</sup>. Desde su perspectiva, todo gobierno representativo debía contar con las distintas opciones existentes, siendo la configuración de los comunes intereses, arreglados a lo que la sociedad demandaba, el punto de llegada. Lo más parecido que se pudo lograr al respecto sería, años después, la Unión Liberal. Las conclusiones de Borrego conducían a una acérrima defensa de la supremacía parlamentaria como principal

---

<sup>30</sup> *Diario de Sesiones. Congreso*, legislatura de 1838, p. 193.

<sup>31</sup> *El Piloto*, 27-VII-1839.

<sup>32</sup> *El Piloto*, 23-III-1839.

<sup>33</sup> *El Correo Nacional*, 27-III-1839.

senda para el entendimiento de los dos partidos<sup>34</sup>. Desde el sector conservador y con vistas a justificar el disfrute monopolístico del poder, se procedió a una sistemática satanización del partido progresista (por supuesto los progresistas actuaban de la misma forma, aunque con éxito menor). Consistió dicha estrategia en un continuado desprestigio del contrario político acusándolo de la instigación de todo tipo de revueltas, disturbios y demás acciones desaforadas, así como de manipulación de los principios rectores del sistema representativo de gobierno para hacerse con el poder. Desde los manejos electorales, hasta métodos violentos<sup>35</sup>, los progresistas estaban provocando la inestabilidad e inquietud en un país tan necesitado de sosiego; en este sentido explicaban los moderados la desaprobación de los fueros por el partido más liberal tras la firma de Vergara. Incompetencia, radicalismo y algo de nihilismo (expresiones como “furia revolucionaria” lo corroboran) fueron los caracteres que Alcalá Galiano atribuía al que se llamó partido del progreso: “De temer es, pues, que otra vez quede encomendada la suerte de la patria al partido hábil para destruir e incapaz de edificar, cuyas doctrinas, no estando en consonancia con la fe y los hábitos del pueblo español, a pocos arrastran y a muchos repugnan; partido revolucionario en una tierra y en una ocasión en que la revolución es imposible y el peligro de la contra-revolución grave e inminente; partido cuya dominación coincidió con las victorias del enemigo; partido, en suma, cuya subida al poder no es dable que traiga un solo bien, y puede sí acarrear numerosos y gravísimos males”<sup>36</sup>.

Por otra parte, la caracterización de los rasgos que debían definir la monarquía de Isabel II fue objeto de interesantes análisis en la prensa moderada. La importancia del asunto no era insignificante, pues la confluencia de inspiraciones doctrinarias con otras propuestas de cariz más liberal basadas en el concepto de soberanía nacional (mantenido por los progresistas) provocaban problemas de interpretación acerca del poder que competía al monarca. Todos los debates escondían una honda preocupación por la precaria situación de la Regencia y la influencia en M<sup>a</sup> Cristina de grupos ajenos a la política. Donoso combatió las doctrinas progresistas en su artículos de marzo de 1839 atacando la imposibilidad de una “monarquía democrática” que pretendiese la convivencia de poderes contrapuestos como eran el del Rey y el del pueblo. Abogando por una monarquía

---

<sup>34</sup> C. de CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política*. Andrés Borrego, p. 150.

<sup>35</sup> *El Piloto*, 30-XII-1839; 23-V-1839.

<sup>36</sup> *El Piloto*, 26-VII-1839.

constitucional, Donoso Cortés buscaba reivindicar la monarquía isabelina para distinguirla de lo que él denominaba monarquía democrática y monarquía absoluta (o carlista), identificando estas últimas por el carácter popular en que ambas se sustentaban. En este argumento insistirá posteriormente Alcalá señalando que "el despotismo español era en gran manera democrático entendiendo la voz democracia en el sentido que le corresponde, a saber, un gobierno en que influye el demos o sea la muchedumbre"<sup>37</sup>. Andrés Borrego, en sus escritos sobre la concurrencia de principios entre los partidos, había apostado por sostener la tesis de que la Corona no era el único poder, o al menos y si el poder era uno, se diversificaba en dos ramas (rey y parlamento) que estaban a una misma altura en la línea del horizonte (28-III-1839). *El Piloto* calificaba esta actitud de "panegírico de la monarquía parlamentaria... que habla por si solo para dar al traste con la monarquía que defiende" (26-VI-39). Son conocidas las reticencias de Donoso Cortés hacia la monarquía parlamentaria y hacia el parlamentarismo en general. La negación del fundamento mismo de la existencia del parlamento están en la base de su reflexión. La posibilidad de establecer acuerdos por medio de la discusión en la tribuna pública quedaba íntimamente asociada al fomento de los intereses políticos particulares, en lugar de buscar la conveniencia absoluta. La división de poderes (entendida como distintas estrategias de poder) y la difusión de los debates por medio de la prensa no hacían más que contribuir a ese proceso de desviación de la razón<sup>38</sup>. Los argumentos de Galiano en contra del predominio del parlamento no tienen ningún fundamento que vaya más allá de la realidad. En los comentarios a las *Lecciones de derecho político* que se harán más adelante, se podrá calibrar hasta qué punto su defensa de la monarquía no tiene más razones que las que proporciona la utilidad: sólo mediante el reforzamiento del papel simbólico de la monarquía y del papel político del ejecutivo se podrá alcanzar el deseado orden social. Ahí estriba, precisamente, una de las principales diferencias que separan ideológicamente a Donoso y Galiano, y de ahí se deriva una interesante conclusión. Para Alcalá, dentro de la línea conservadora británica, los cambios serán inevitables, por lo que el tiempo va a adquirir para él un sentido dinámico que permitirá en el futuro considerar válido lo que contribuya al orden y la estabilidad. Sin embargo, Donoso contemplará el momento político como la síntesis de un proceso, y por tanto, su percepción de las situaciones políticas será básicamente estática. El espanto que sentía hacia la razón instrumental que preside

---

<sup>37</sup> *El Piloto*, 20-IX-1839.

<sup>38</sup> Sobre la base filosófica con que Donoso justificaba estas afirmaciones, resulta de gran interés el libro de J.M<sup>a</sup> BENEYTO *Apocalipsis de la modernidad. El decisionismo político de Donoso Cortés*, Barcelona 1993.

el debate político tiene en este punto su más clara explicación. El sistema esbozado por Borrego buscaba impulsar la institución del parlamento como lugar de entendimiento y de toma de decisiones: "la iniciativa del gobierno está en la Cámara electiva, no en el poder monárquico, sea cual fuere la denominación que se dé a la acción de esta Cámara en el gobierno político"<sup>39</sup>. Alcalá, más que recurrir a las nebulosidades doctrinales de Donoso, buscaba razones tal vez más pedestres pero seguramente más contundentes. Partiendo de un rotundo "No; no es igual a otras la persona que por si sola es un poder del Estado", escrito el 2 de junio, rápidamente buscó argumentos desprendidos de la realidad del momento. Acusando veladamente a los progresistas de haber "disparado saetas a la persona augusta", parecía tratar de hacer ver a sus oponentes moderados de *El Correo Nacional* que la cuestión del sostenimiento de la monarquía estaba por encima de cualquier otra cosa, que el país se tambaleaba si no podían concentrarse todas las fuerzas alrededor de la Regente y su hija Isabel. La identificación del trono con el sistema constitucional formaba la base de sus explicaciones e incluso, ante los ataques que creía ver tanto por la derecha como por la izquierda, sugería la necesidad de utilizar medios tal vez más expeditivos: "Este fin está claro. Es sacar triunfante el Trono de Isabel y la libertad de los españoles. Los medios a que esto llevan son conocidos. Los legales son los buenos. Pero cuando se vea que a otro fin hay quien camine, proporcionense los medios a la agresión que sea necesario asistir y escarmentar"<sup>40</sup>. No hay que olvidar, ciertamente, que el partido moderado se llamaba a si mismo el partido monárquico-constitucional.

En junio de 1839 y antes de que, aprovechando la campaña electoral, los redactores de *El Piloto* se lanzasen a adoctrinar a sus seguidores, Alcalá hacía un ligero bosquejo de la situación en la que se encontraba el partido: "Ciertamente en España, entre la gente entendida e ilustrada, entre quienes tienen mucho que perder, prevalecen mucho nuestras opiniones. Pero igualmente cierto es que los de nuestras

---

<sup>39</sup> *El Correo Nacional*, 5-IV-1839.

<sup>40</sup> *El Piloto*, 4-VIII-39. La defensa de la silla regia fue motivo de acusaciones por parte del *Eco del Comercio al Piloto* de estar siendo financiado por M<sup>a</sup> Cristina, lo que fue negado en un largo artículo publicado el 1 de diciembre de 1839. En cualquier caso, María Cristina siempre estuvo convencida de que el partido progresista se mantuvo en su contra, y de que para salvar a España del carlismo hubo de apoyarse necesariamente en los moderados (R.A.H., Archivo de Isabel II, legajo XII, pliego 5 "Cartas, minutas y borradores de María Cristina a su hija Isabel II", en concreto se hace referencia a una carta fechada en Montemar, Portugal, el 8-IX-1854, en la que la Regente escribía: "Las mismas fases de esa guerra en que se combatía por personas y por principios, y en que se regeneraba políticamente el país, hicieron nacer pretensiones revolucionarias del partido liberal más avanzado, a que era mi obligación, como regente, oponerme por los medios legales. Ese partido, tratándome desde entonces con injusticia notoria, me retiró su afecto y su gratitud, y me contó de ligero como su irreconciliable enemiga").



opiniones ni están unidos, ni muestran gran celo. Por eso dicen muchos que los conocidos generalmente por moderados no forman verdaderamente un partido. Y si esto no es verdad, a lo menos es innegable que no forman un partido bien arreglado y dispuesto a la pelea. Somos tropa con cabos y banderas; pero tropa disuelta y relajada que cuesta trabajo unir, que está poco diestra en las evoluciones que si no obedece mal, obedece flojamente a las disposiciones dadas para hacer buen servicio y sacar de ello buen fruto"<sup>41</sup>. Meses después, habiéndose depurado las estrategias y decantado la mayoría por la opción conservadora en detrimento de Andrés Borrego (cuyos seguidores formarían en el flanco puritano del partido), Alcalá contemplaba con mayor satisfacción la consolidación del grupo político y, sobre todo, mostraba lo que para él era un hecho innegable: el ascenso que los partidos afines habían tenido en Inglaterra y Francia, prueba irrefutable del miedo al retorno del despotismo o al advenimiento de la "tiranía de las muchedumbres". El programa que definitivamente quedó elaborado en estos años, aparte de las cuestiones ya tratadas, fue pergeñado también por nuestro protagonista el último día del año 1839: "contribuciones meditadas", defensa de la propiedad, dotación al clero y tranquilidad social. Un programa destinado a las clases medias en un país donde los miembros de éstas se podían contar con los dedos de una mano. Defensa de la propiedad que, en última instancia, era protección a la gran propiedad. Tranquilidad social, con una situación política que anunciaba la imposibilidad de ejercer la oposición de forma regular. Obviamente, el destinatario de estas palabras a duras penas podía identificarse con la exigua clase media. La cobertura ideológica para el pacto con los tradicionalmente privilegiados ya estaba diseñada. La revolución había terminado, si es que alguna vez existió. Los conservadores, ofuscados por su victoria, con esta estrategia cometieron el error de excluir de su público a un significativo grupo de personas de centro, capitaneadas en las Cortes por Olózaga, que habían oscilado entre el progresismo y el moderantismo, grupo al que había intentado atraerse el afanoso Andrés Borrego<sup>42</sup>.

A través de la polémica política suscitada en la prensa, Alcalá Galiano había dejado claramente señalada su posición dentro del partido moderado. La adscripción al sector centrista del mismo respondía a su evolución personal y a un decantamiento definitivo por las seguridades del orden en lugar de las ilusiones de la libertad. El

---

<sup>41</sup> *El Piloto*, 3-VI-1839.

<sup>42</sup> A. BORREGO, *Lo que es, lo que ha sido y lo que puede llegar a ser el partido conservador*, Madrid 1857, p. 10 y *Antecedentes históricos y vicisitudes por que han pasado las doctrinas del partido conservador*, Madrid 1884, p. 12.

Marqués de Viluma y otros reaccionarios (casi tradicionalistas) de similar pelaje le flanqueaban por la derecha; Borrego y Pacheco por la izquierda. En este sector intermedio, Alcalá compartía prevenciones con Martínez de la Rosa, Istúriz, Pidal, Donoso o Javier de Burgos. Pero su relación con el partido moderado fue más allá del mero apoyo periodístico. Diputado por Cádiz desde 1837, perdió el escaño en las elecciones celebradas en agosto de 1839, aunque no tuvo demasiado tiempo para rumiar su congoja, pues disueltas las cortes en noviembre, resultó elegido por Pontevedra en febrero de 1840. Desaparecido de las listas moderadas por Cádiz, llegó incluso a recibir cartas en *El Piloto* de paisanos protestando por la actitud del partido al excluirle de la candidatura andaluza<sup>43</sup>. Aun así, y desde su calidad de nuncio galaico, en la legislatura de 1840 Alcalá pudo asistir y participar en el debate de la ley de ayuntamientos, eslabón clave de la política de nuestro convulso siglo pasado.

#### **El debate sobre la ley de ayuntamientos de 1840. La centralización del moderantismo.**

De los muchos proyectos presentados por los moderados en las Cortes, destacaron por su carácter polémico y su importancia para la configuración de las doctrinas políticas los relacionados con las reformas municipales. Los años del Estatuto habían sido un tiempo de debates y de primeros planteamientos del problema, sobre todo en lo que a la ley electoral se refiere, pues la extensión del derecho de sufragio o su limitación a los mayores contribuyentes iba a ser el punto de partida de los proyectos progresista y moderado en la controversia. Los primeros borradores conservadores fueron elaborados por el gobierno de Ofalia y depurados por el experto administrativista Francisco Silvela en lo relativo a los consejos provinciales y diputaciones y a las funciones del jefe político. Este programa fue mantenido por los sucesivos gobiernos moderados hasta el propuesto en 1840, y su objetivo era sustituir la ley de 1823, que tenía una muy clara inspiración en la Constitución de Cádiz, y que había estado vigente de 1836 a 1837. La descentralización provincial había sido el motor de dicha ley progresista, la cual buscaba la independencia del poder municipal respecto del central, pero se iba a encontrar con un problema añadido: la guerra con los carlistas. Desde la perspectiva

---

<sup>43</sup> *El Piloto*, 14-I-1840. En lo que respecta a sus actas de diputado: Archivo del Congreso, Documentación electoral, legajos 16 (nº1) y 19 (nº 25).

progresista, este obstáculo no era tal, pues la dotación de mayor poder a las diputaciones facilitaría la lucha contra los facciosos, al estar autorizadas a organizar fuerzas auxiliares y a aprovisionar al ejército (tareas que se verían favorecidas por el acceso a los pósitos, obras pías y otros recursos de tipo impositivo). La excepcionalidad de las circunstancias amparó comportamientos independientes de las diputaciones provinciales, hecho que fue tolerado por las Cortes ante la inevitabilidad de la resolución tomada<sup>44</sup>. Sin embargo, los moderados señalaron la debilidad que para el poder central suponía la existencia de diputaciones independientes, de modo que en sus proyectos sobre la materia trataron de mantener bien sujetas a las autoridades municipal y provincial. En esencia, los planes moderados intentaron llevar al máximo grado la centralización, para lo cual era necesario romper el carácter liberal de la Constitución de 1837. El primer paso se dio en las Cortes de 1838, restringiendo considerablemente el derecho de petición, último reducto de control parlamentario sobre la acción administrativa. Posteriormente se pasó al dilema de la elección. El artículo 70 de la Constitución establecía que “Para el gobierno interior de los pueblos habrá ayuntamientos nombrados por los vecinos a quienes la ley conceda este derecho”, lo que para los progresistas era sinónimo de sufragio directo, y de indirecto y censitario según los moderados<sup>45</sup>. Pese a los intentos moderados de sustraer el debate parlamentario a la Cámara Baja, las Cortes de 1840 giraron alrededor de tan controvertida materia, pues ahí estribaba la esencia de los dos proyectos políticos<sup>46</sup>. Desde un punto de vista práctico, los moderados no estaban dispuestos a que la descentralización progresista diese pie a la generación espontánea de las ya famosas juntas revolucionarias como formas de articulación del ‘pueblo desbordante’, situación ésta que, de darse, no traería más que inconvenientes a los conservadores. Alcalá Galiano dibujó el panorama de desórdenes que se avecinaban siguiendo esta vía: “Pero hay más, y es que nuestra situación, potencias municipales y provinciales tan independientes serán asimismo tiranas faltas de sujeción por falta de rienda con que el gobierno central las contiene y las debe contener, poca resistencia encontrarán entre los individuos, que si aquí

---

<sup>44</sup> C. de CASTRO, *La revolución liberal y los municipios españoles*, p. 143.

<sup>45</sup> El título 11 de la Constitución de 1837 (De las diputaciones provinciales y de los ayuntamientos) regulaba la cuestión en tres artículos: nº 69: “En cada provincia habrá una diputación provincial compuesta del número de individuos que determina la ley, nombrados por los mismos electores que los diputados a Cortes”; el nº 70, ya citado en el texto; y el nº 71: “La ley determinará la organización y funciones de las diputaciones provinciales y de los ayuntamientos”, *Constituciones españolas*, p. 134.

<sup>46</sup> Acerca de este asunto: J. PÉREZ NÚÑEZ, “Los debates parlamentarios de la ley municipal de 1840”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VII-IX-1996), pp. 273-291.

saben seguir a los caudillos de rebeliones, sobre todo cuando hacen de tales criterios cuerpos, entienden muy poco de resistir por vías legales a la tiranía local<sup>47</sup>.

Los debates sobre la ley de ayuntamientos de 1840 unieron a ambas corrientes del partido moderado en la defensa de un proyecto común. *El Correo Nacional* había dado sus primeros pasos hacia la reconciliación justificando la disolución de las Cortes en noviembre de 1839 por el gobierno de Pérez de Castro, de modo que para el debate parlamentario, Andrés Borrego se encontraba compenetrado con las posiciones conservadoras, en un intento de unir al partido y liberalizarlo, animado a esta tarea por la vinculación de jóvenes colaboradores suyos al bando moderado (Pacheco, Ríos Rosas, Pastor Díaz)<sup>48</sup>.

En líneas generales, el proyecto gubernamental perseguía la subordinación de las autoridades locales a las centrales cuyas dos consecuencias principales eran la centralización y la separación creciente entre tareas deliberantes y ejecutivas, al convertir los ayuntamientos en agentes de las líneas políticas elaboradas en instancias superiores. El modelo se inspiraba en el sistema doctrinario francés, que a su vez procedía de la organización municipal llevada a cabo en la época de Napoleón<sup>49</sup>. Como en otras cuestiones, a lo que en última instancia remitían los moderados era a la identificación de su propuesta con la defensa de la Corona, de tal forma que su proyecto apareciese como el único que miraba por los intereses nacionales, en lugar de abogar por el desorden y la inestabilidad. De hecho, el apego de M<sup>a</sup> Cristina a estas doctrinas sería la razón que la encaminó al enfrentamiento con Espartero y finalmente a su exilio en octubre de 1840. Las vías que en el plan moderado encarrilaban la centralización eran básicamente dos: una nueva concepción de la figura del alcalde y el grado de responsabilidad de las autoridades locales.

El alcalde como representante del gobierno en el municipio; el alcalde como ejecutor de las órdenes emanadas de la autoridad central; el alcalde como colofón de una organización perfectamente jerarquizada de la administración pública que comenzaba en el ministerio de la Gobernación, se continuaba en los gobernadores

---

<sup>47</sup> *El Piloto*, 14-VIII-1839.

<sup>48</sup> C. de CASTRO, *Romanticismo, periodismo y política*. Andrés Borrego, pp. 194 y siguientes.

<sup>49</sup> C. de CASTRO, *La revolución liberal...*, p. 125.

provinciales y finalizaba en el ámbito municipal con la figura del regidor. Tal era la idea que los moderados tenían del papel de la alcaldía. Acompañada de la elección mixta, es decir, que los votantes elegirían a una serie de concejales entre los que el gobierno seleccionaría al alcalde, su figura podría verse sustituida en situaciones críticas por los alcaldes-corregidores o extraordinarios, directamente designados por la autoridad central. De este modo, el ayuntamiento perdía toda libertad de actuación, limitándose únicamente a deliberar sin consecuencias y a ejecutar las directrices diseñadas desde el ministerio. Las disputas que semejante configuración del poder municipal provocó, obligaron a los miembros del partido moderado a ejercer una beligerante defensa de sus planteamientos. En esta batalla nuestro protagonista jugó un papel muy importante desde el Congreso. Tratando de invertir el juego de argumentaciones que dimanaban de su grupo político, Alcalá no renunciaba a continuar señalando que el carácter electivo de la figura del munícipe no se había perdido, pues "No son, señores, elegidos por la Corona los alcaldes, son elegidos por la Corona entre los nombrados por el pueblo". Pero tal vez el punto más importante de su razonamiento era que procuraba destacar el hecho que las instituciones municipales no deberían responder a los principios que rigen el gobierno representativo, pues su función es meramente ejecutora, dependiente del poder central: "Se ha dicho que no hay semejanza entre ayuntamientos y cuerpos legisladores. Es efectivamente un error suponer que puede haber comparación, aunque se repite a cada momento que los ayuntamientos, que son las cortes de los pueblos, así como las diputaciones provinciales las cortes de las provincias, y éstas las cortes de la nación; pero si la autoridad real puede disolver las cortes mismas, ¿cómo no ha de poder disolver los ayuntamientos?. Quien tiene la facultad para lo más necesariamente ha de tenerla para lo menos"<sup>50</sup>. Se trataba, en última instancia, de negar todo carácter democrático a la organización local, de modo que rechaza cualquier relación de ésta con cuestiones relativas a la libertad, afirmando que lo referente a los municipios es asunto de gestión y administración, que la manifestación de las opiniones se ha de hacer por los medios de que dispone el gobierno representativo, que son, a saber, la tribuna pública, la imprenta, el derecho de petición, etc. De todo esto se deriva, obviamente, que las instituciones como tales no pueden tener opiniones, que tales reivindicaciones son materia de los individuos que han de defender sus intereses a través de los mecanismos enumerados anteriormente. Y, como es evidente, sólo quienes tienen acceso a ellos por cultura o

---

<sup>50</sup> *Diario de Sesiones. Congreso, legislatura de 1840, tomo IV, p. 20.*

poder, podrían manifestar sus demandas. Así se yugula desde la base cualquier oportunidad para la ampliación de juego político, convirtiéndose éste en un intercambio de favores.

El otro zapato que calzaba el proyecto municipal moderado era la responsabilidad de las autoridades locales. Sembrando la semilla para el futuro nacimiento de la jurisdicción contencioso-administrativa (que comenzaría su desarrollo a partir de 1845), los conservadores perseguían la integración de la burocracia local en la estatal, de tal manera que se exonerase a aquélla de cualquier responsabilidad, pues la obligación recaería directamente sobre el ejecutivo, el cual controlaba a sus agentes, pero se veía cada vez menos fiscalizado por la oposición al haber limitado las posibilidades del derecho de petición como forma de control parlamentario. La responsabilidad sería pues, puramente ministerial. Una vez más Alcalá Galiano intervino en la defensa de dichas propuestas en la Cámara baja, argumentando en favor de la manifestación de la opinión pública como método definitivo de control, lo que además de no ser demasiado convincente, dilataba en extremo la toma de medidas contra los excesos de los jefes políticos (que era la forma en que se denominaba a los mandatarios del gobierno en las diputaciones provinciales): "...los jefes políticos no pueden ser opresores porque puede exigírseles la responsabilidad por el ministerio a quien a su vez la exigiría el Congreso, y si nada se consiguiese por este medio, porque la responsabilidad rara vez se hace efectiva, son contenidos por la opinión pública, la cual destruye todos los gobiernos impopulares, y de ello tenemos ejemplos no muy lejanos de gobiernos..."<sup>51</sup>.

Una interpretación similar, aunque más razonada, fue la que ofreció Alcalá Galiano ante los oyentes del Ateneo en sus *Lecciones de derecho político*. Bajo la idea de la excesiva politización que tradicionalmente habían tenido los ayuntamientos en España y la reafirmación de su función esencialmente administrativa, dedicó una lección a reflexionar sobre la materia. Especial interés tiene su observación acerca de que esa aparente y natural tendencia de los municipios españoles al autogobierno tiene un origen en la falta de cohesión entre las distintas organizaciones territoriales

---

<sup>51</sup> Ibidem, p. 21. La polémica en torno al papel de los jefes políticos en el régimen local era ya antigua, pues en los debates de Cádiz la comisión constitucional trató a toda costa de implantarlos para frenar las posibles manifestaciones de autonomía municipal. A esta imposición se opusieron con gran pasión los diputados americanos. Resulta interesante para profundizar en esta cuestión el artículo de A. HIJANO PÉREZ "Alcaldes constitucionales y jefes políticos: bases del régimen local en la primera época del constitucionalismo", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VII-IX-1996), pp. 259-271.

del país y el protagonismo histórico de que éstas han gozado<sup>52</sup>. Las relaciones de esta insinuación con otras cuestiones relativas a la precaria integración nacional, nos harán encontrarnos de nuevo con ella más adelante, aunque ahora sería interesante destacar la dualidad, sutilmente sugerida por Galiano, en el sentido de que el arraigo local hace olvidar el interés nacional. Combatir el exclusivismo en aras de la integración nacional era la justificación moderada a sus proyectos de centralización (prácticamente lo mismo era perseguido por los progresistas desde otras perspectivas): "Hoy día es necesario hermanar en cuanto cabe con el espíritu del pueblo el de nación, así como con el de patriotismo el de cosmopolitismo, satisfaciendo así a las necesidades presentes de los individuos, de las naciones y de la entre sí estrechamente enlazada porción culta del linaje humano"<sup>53</sup>.

El único proyecto que llegó a convertirse en ley fue el de organización y atribuciones de los ayuntamientos que básicamente recogía las principales demandas moderadas en cuanto a la elección mixta de alcaldes y tenientes de alcalde y la posibilidad de disolución de las corporaciones. Los progresistas, marginados en sus peticiones, habían logrado recientemente la adhesión definitiva de Espartero, y aupados en tal soporte impulsaron la redacción de un manifiesto del ayuntamiento de Madrid en contra de la ley moderada. La proclama emergió en el mar de protestas populares el 2 de junio de ese año de 1840, poniendo ante los ojos de los españoles el hecho de que la transacción que había dado lugar al nacimiento de la Constitución de 1837 se había ido a pique en gran parte por la intransigencia de los moderados<sup>54</sup>. El fracaso de las negociaciones de la Regente con Espartero, en un pulso que se mantuvo durante meses, fue el resultado más estentóreo de todo el proceso de ese fallido intento de conciliación. La renuncia de M<sup>a</sup> Cristina a seguir ejerciendo su puesto interino el 12 de octubre de 1840 abrió la senda del triunfo al ambicioso Espartero quien, apoyado en los progresistas, se lanzó al ruedo político sin titubeos.

---

<sup>52</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 257.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 247.

<sup>54</sup> Los numerosos debates y proyectos acerca de la administración provincial y municipal que tuvieron lugar en la regencia de María Cristina no condujeron a ninguna parte. De hecho, se ha calificado aquel periodo de desastroso en lo que a esta materia se refiere, pues después de todo, la legislación que siguió vigente fue la de 1823 (A. NIETO, *Los primeros pasos del estado constitucional*, p. 351).

## La regencia de Espartero y el tercer exilio.

Desde la entrada triunfal de Espartero en Madrid, tan celebrada por sus afines y tan denostada por los contrarios, la suerte de Alcalá comenzó a correr peligro. Conocido por su vinculación a los moderados, y siendo él mismo un moderado, la persecución estaba cantada. Dos días después del pronunciamiento del general, Alcalá huyó con el marqués de Cubas y el brigadier Juan de la Pezuela. Al ser descubiertos, regresó a Madrid, manteniendo unas estrictas precauciones para evitar el apresamiento; sin embargo, desde que Espartero se instaló en el poder, nuestro hombre decidió poner pies en polvorosa y acercarse lo más posible a la frontera, para prevenir males mayores. Gran parte del año 1841 lo pasó Galiano en el norte, concretamente en Bilbao, donde se acercó a algunos adictos a la reina M<sup>a</sup> Cristina, aunque según confiesa en sus escritos autobiográficos, sin participar en ellos<sup>55</sup>. Algunas fuentes de la época le mencionan en el grupo de moderados que, proscritos de la capital, preparaban una sublevación contra el nuevo Regente. El arreglo a que habían llegado los conservadores con los fueristas en la época de Vergara, condujo a que los primeros encontrasen en los segundos unos aliados fieles en sus tareas conspirativas. Desde el alzamiento progresista que dio el poder a Espartero, las clases dirigentes vizcaínas habían visto peligrar no sólo el mantenimiento de los derechos forales, sino también el mismo orden social<sup>56</sup>. En una sociedad como era la vasca, políticamente aún más compleja que la del resto del país, y después de una guerra, la cuestión del orden revestía un carácter vital; el miedo a la disolución civil vivía en las conciencias de los fueristas moderados de forma acuciante: carlistas que desobedecían las instituciones constitucionales y progresistas que detestaban los fueros eran para ellos un espectáculo tan aterrador que desde el principio decidieron unir voluntades con los moderados huidos. "...la Constitución pelagra y con ella la

<sup>55</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes...*, en *Obras...*, vol. 2, pp. 300-301. Afirma Alcalá que "En este movimiento no tuve yo la menor parte, aunque le deseé y le aplaudí". De ciertos documentos que se verán después, periodísticos especialmente, se desprende que su intervención fue más importante que lo que dejan traslucir sus palabras.

<sup>56</sup> J. PÉREZ NÚÑEZ, *La Diputación foral de Vizcaya...*, p. 296. La llegada de Espartero y los progresistas al poder introdujo un elemento de inquietud en las clases tradicionales. La razón hay que buscarla en que el arraigo popular del general era tan fuerte en las clases populares que logró que se le llamara el "general del pueblo". Componentes antiguos y aspectos muy modernos conformaron su controvertida figura. Ha sido analizado desde este punto de vista por R. MARTÍN ARRANZ en "Espartero, figuras de legitimidad", en J. ALVAREZ JUNCO (ed.) *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, pp. 101-128. Desde otra perspectiva, en E. Christiansen *Los orígenes del poder militar en España, 1808-1845*, Madrid 1974. Incluso fue objeto de multitud de obras biográficas en el siglo XIX; destacaremos las siguientes: inspiradas por el general: *Páginas contemporáneas*, Madrid 1846, y *Su pasado, su presente y su porvenir*, Madrid 1848; R. DEGOLLADE y C. PONS, *El pacificador de España. Don Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, un rey para los españoles*, Barcelona 1869; A. ESPINA, *Espartero o ¿Cúmplase la voluntad nacional?*, Madrid 1945; J.S. FLÓREZ, *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid 1844; F. GARRIDO, *Espartero y la revolución*, Madrid 1854; J. NIDO Y SEGALERVA, *Historia política y parlamentaria de S.A.D. Baldomero Espartero*, Madrid 1916; B. PÉREZ GALDÓS, *Luchana*; Conde de ROMANONES, *Espartero, el General del Pueblo*, Madrid 1932.



Corona, nuestros fueros y la sociedad...”, se clamaba apelando a la colaboración<sup>57</sup>. Llegado a Bilbao, Alcalá Galiano se puso en contacto con su primo Manuel Montes de Oca, también huido. Montes de Oca había sido un liberal exaltado nombrado ministro por Pérez de Castro al que su intensa enemistad con Espartero le trocó hasta las ideas políticas, llegando a convertirse en un furibundo antiprogresista<sup>58</sup>. A través de él, Galiano entró en contacto con los demás conspiradores procedentes de Madrid (Escosura y Hevia, Benavides, Valero y Arteta, los marqueses del Santa Cruz y Valmediano, etc.) y trabajó *mano a mano* con Joaquín Francisco Pacheco<sup>59</sup>, para ponerse en relación con los bilbaínos Manuel Urioste de la Herrán (en cuya casa se celebraban las reuniones), Ramón Larrocha y Lezama Leguizamón, así como con el periodista Sabino Goicoechea, más conocido por su pseudónimo “Argos”. El primer encuentro entre ambos tuvo lugar por medio de la esposa de nuestro protagonista, la cual había trabado estrecha amistad con la familia Goicoechea, y en particular con la madre<sup>60</sup>. Lo más curioso de todo este asunto es que el proceso conspirativo había comenzado de forma pública. El 1 de noviembre de 1840 las Diputaciones vascongadas habían enviado un mensaje a la Reina desterrada en el que le garantizaban su apoyo; y, por otra parte, era notorio que en Bilbao se estaban llevando a cabo reuniones clandestinas, tan notorio que el jefe político, Pedro Gómez de la Serna, se encontraba en una situación bastante comprometida. La insurrección comenzó el 1 de octubre de 1841 cuando Leopoldo O'Donnell se levantó en Pamplona y leyó una proclama en la que acusaba a Espartero de haber usurpado la Regencia, pisoteado los fueros y atacado la religión católica. Pocos días después, el 4 de octubre, Manuel Montes de Oca asumió la presidencia del gobierno provisional del reino mientras durase la ausencia de María Cristina. Manuel Urioste de la Herrán, nombrado comisario regio, se encargó de la defensa de la sublevación en Bilbao, ayudado por Ramón Larrocha (que era el coronel del regimiento de infantería de Borbón). La presencia de Alcalá Galiano queda certificada por un comentario de aquellos días en Bilbao: “A las doce del día, la Diputación del M.N. y M.L. Señorío se

---

<sup>57</sup> *El Vascongado*, 14-IX-1840.

<sup>58</sup> Manuel Montes de Oca había nacido en 1804 en Medina Sidonia. Dedicado a la Marina, como gran parte de la familia, tuvo también aficiones literarias. De la mano de Cayetano Valdés (marino y amigo de los Alcalá Galiano) entró en el Estamento de Procuradores en 1834. Fue ministro con Pérez de Castro, como ya se ha dicho. Se enfrentó, junto con otros diputados, a los tumultos populares impulsados por los progresistas en 1840. Ante su difícil posición en la nueva coyuntura política, pidió el destierro, pero no se le aceptó la solicitud. Al poco tiempo, comenzaría a conspirar con el partido moderado para derribar a Espartero. Galdós le dedicó uno de sus *Episodios*: *Montes de Oca*.

<sup>59</sup> J.M.<sup>a</sup> AREILZA, *Historia de una conspiración romántica*, Madrid 1950, p. 53.

<sup>60</sup> Sabino Goicoechea fue director del periódico *El Nervión*. Una de sus tareas preferidas consistió en recoger anécdotas tanto de sus frecuentes viajes como de los sucesos por él vividos. Los correspondientes a este episodio formaron el libro *La octubrada de 1840*.

reunió en el salón de sesiones con un numeroso cortejo y lucido acompañamiento entre el cual se encontraban el eclesiástico, el alcalde y varios individuos del Ayuntamiento y los Sres. brigadieres Larrocha, Mazarredo y Arana, los Sres. Alcalá Galiano, Valero y Arteta, Benavides, Escosura y Hevia, Peñuelas de Zamora, Arana, Zulueta, Jugo, Herrar, Lezama Leguizamón, el jefe de E.M. y los Sres. jefes y oficiales del regimiento de infantería y el vicecónsul francés<sup>61</sup>. Pese a las perspectivas aparentemente favorables, la sublevación no triunfó. En su fracaso confluyeron varias causas, pero la principal de todas ellas fue el cansancio de la población que, tras siete años de guerra civil, no estaba dispuesta a embarcarse en nuevas aventuras. El aplazamiento de los alzamientos de Zaragoza, Valladolid y Madrid, y los fusilamientos de Borso de Carminatti, Diego de León y Manuel Montes de Oca contribuyeron no poco a amilanar a quienes aún estaban preparados para el combate. Por último, el anuncio de la salida del general Espartero al frente de las tropas hacia las provincias vascas acabó por anular toda resistencia. La frustración de la rebelión había puesto de manifiesto la escasa fidelidad de los migueletes a la Diputación foral, y la insuficiente implicación activa de las clases dirigentes vascas<sup>62</sup>. Con la llegada del general Martín Zurbano a Bilbao comenzó la represión: se instaló el estado de sitio y se dictaron medidas destinadas a castigar a los implicados en la revuelta. La sentencia se dictó en junio de 1842 y condenaba a pena de muerte por garrote a Ramón Larrocha, Manuel Urioste de la Herrán, Juan Ramón Arana, Antonio Benavides, Toribio Ansótegui (comandante de los migueletes) y Eugenio Larrinaga (ex-alcalde de Bilbao), entre otros. Alcalá Galiano fue castigado con una multa y diez años de prisión. Sanciones menores fueron las que cayeron sobre Gregorio Lezama Leguizamón y Manuel Murga. Nuestro protagonista logró huir, sin embargo, disfrazado de campesino escondiéndose en un caserío en las cercanías de Amorebieta, hasta que pudo desplazarse a Deusto, donde la madre de Sabino Goicoechea consiguió refugiarle en casa de unos familiares. La noche de Navidad, y gracias a la ayuda de vicecónsul francés, pudo marcharse en un barco, no sin antes tropezar con unos milicianos que confundieron su nerviosismo y la incoherencia de sus palabras con los restos de una borrachera producto de las fiestas.

---

<sup>61</sup> *El Vascongado*, 5-X-1841. La vinculación de los representantes diplomáticos franceses con los moderados había comenzado muy pronto. La misma embajada en Madrid había facilitado el espacio para las reuniones secretas de Istúriz, Borrego, Pezuela y Diego de León que pretendían asaltar el Palacio (Marqués de ROZALEJO, *Cheste o todo un siglo...*, Madrid 1935, pp.84-85).

<sup>62</sup> J. PÉREZ NÚÑEZ, op. cit., p. 301.

El 31 de diciembre de 1841 Alcalá Galiano pisó, una vez más como exiliado, suelo francés. Se refugió en París durante el 1842, donde topó con otros exiliados ya dispuestos a la conspiración para acabar con el gobierno de Espartero. Allí vivían Istúriz, Castillo y Ayensa, Donoso Cortés, Martínez de la Rosa, etc., entre los civiles, y Narváez y O'Donnell entre los militares. Para el mantenimiento de la actividad clandestina, la Reina María Cristina otorgaría sendas pensiones a Nicomedes Pastor Díaz y Ríos Rosas, los cuales se encargarían de sostener campañas de prensa en contra de Espartero y en favor de la unidad de los moderados<sup>63</sup>. Por su parte, Alcalá, que no resultó tan afortunado, dada la precariedad de los recursos con los que contaba, se vio obligado a marcharse a un lugar más asequible para sus escasas posibilidades monetarias. Saint Germain fue el destino de sus pasos por la Francia de Luis Felipe. Desde allí procuró establecer los contactos necesarios con otros miembros del partido moderado, también exiliados, e incluso llegó a intervenir en una misión en Londres con objeto de lograr apoyos para los conservadores españoles<sup>64</sup>. Estando precisamente en Londres, Alcalá fue conminado a participar en las tareas de reorganización del partido que Ríos Rosas trataba de llevar a cabo. Por medio de Donoso, Antonio Ríos Rosas pedía su colaboración para el que habría de ser el órgano de los moderados, *El Heraldo*: "Quisiera que, valiéndose de todos los medios imaginables y bajo las condiciones que Vd. quisiera, hiciera que Galiano se encargara de ser nuestro corresponsal en Londres, mandándonos una carta semanalmente: si no contamos con esos elementos ahí, nuestros esfuerzos serán vanos para hacer un periódico cabal. Y este periódico creo yo que es la última posición y la última esperanza política de todos nosotros, porque empiezo a ver muy claro en todos los puntos de vista"<sup>65</sup>. Donoso, cada vez más reticente a inmiscuirse en política de forma directa, consintió ser el enlace, aunque advertía de la inutilidad del esfuerzo: "En cuanto a la nulidad a que ha venido el partido moderado, de que Vd. me habla, ya sabe V. que mi opinión ha sido siempre que es un partido nulo y muerto: apesta; mucho siento que de compromiso en compromiso esté V. tan ligado

<sup>63</sup> Marqués de ROZALEJO, op. cit., p. 93 y R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 1, nº. 292, documento fechado el 7-X-1842.

<sup>64</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para la biografía...*, en *Obras...*, vol.2, p. 302. Señala Alcalá que en Londres publicó un folleto titulado *Apelación* (actualmente perdido) cuyo objeto era la defensa del partido moderado, aunque al parecer no tuvo demasiado eco.

<sup>65</sup> Carta de Ríos Rosas a Donoso Cortés fechada el 9 de diciembre de 1842, en "Correspondencia particular cruzada entre Antonio de los Ríos Rosas, Donoso Cortés y otras autoridades políticas", en A.H.N., Salamanca, Brigada político-social, Madrid, carpeta 82, legajo 1045, nº 47. Esta correspondencia fue parcialmente reproducida por F. SUÁREZ en *Donoso Cortés y la fundación de 'El Heraldo' y 'El Sol' (con una correspondencia inédita entre Donoso Cortés, Ríos Rosas y Sartorius)*, Pamplona 1986. Sin embargo, estas cartas no son tan inéditas como su editor pretende, pues ya en 1913, Juan NIDO Y SEGALERVA las publicaba en su *Historia política y parlamentaria de D. Antonio de los Ríos Rosas* Madrid 1913, recogiendo del diario *La Opinión*, donde habían aparecido entre febrero y marzo de 1887.

con él; el porvenir no es suyo, y yo no estoy con él, como V. sabe: en la primera ocasión oportuna en que pueda publicar mi separación con decoro, lo haré”<sup>66</sup>. El ilustre extremeño no debía tener mucha visión de futuro, desde luego, pues en pocos meses la situación política iba a dar un vuelco. Las noticias de la victoria de Narváez en Torrejón de Ardoz sobre las tropas gubernamentales el 23 de julio de 1843, llegaron pronto a París, donde se encontraba Alcalá Galiano tras su periplo londinense. Mientras que Espartero preparaba su exilio por el Puerto de Santa María, nuestro protagonista ponía fin al suyo aproximándose a la frontera por Biarritz.

Este nuevo exilio iba a marcar también la mente de Alcalá Galiano, pero de forma negativa, pues ser objeto de intolerancia le convertiría a él mismo en intolerante. Motivos personales entraron también en juego. Su marginación política coincidió con el fallecimiento de uno de sus hijos, y durante el periodo de su huida por los montes del País Vasco tuvo que presenciar cómo su esposa, que había ido a pedir clemencia al general Zurbano, fue tratada con insolencia y obligada a marcharse de forma precipitada, caminando por el campo en avanzado estado de gestación y acompañada por otro niño de corta edad (precisamente el que moriría a los pocos días)<sup>67</sup>. Estos versos escritos por él en su refugio de Berriz en noviembre de 1841 ofrecen una pequeña muestra de la depresión que se había instalado en su espíritu: “Tercera vez proscrito/ Y a ignominiosa muerte condenado/ Por dudoso delito,/ Y en encierro ignorado/ Del engañoso mundo abandonado”. Tras estos tristes episodios, Galiano habrá caído plenamente en el escepticismo, y ya no esperará nada ni de los hombres ni de las ideas; se aferrará a las conveniencias políticas y más que nunca será un hombre de partido, sus deseos de desquite personal arrasarán cualquier condescendencia a los ideales. Otro breve poema escrito a su regreso y tras una nueva frustración nos da una imagen del alcance de su herida: “Con fe y ardiente celo/ A ídolos adoré como a deidades,/ Desapareció mi cielo,/ Y tristes realidades/ Hallo en vez de hechiceras vanidades”<sup>68</sup>. A partir de ahora su pensamiento se hará más crítico y más profundo, pero asimismo más escéptico y

<sup>66</sup> Carta de Donoso a Ríos Rosas, fechada en París, 25 de diciembre de 1843, en A.H.N., Salamanca, “Correspondencia...”, carpeta 82, legajo 1045, nº 10.

<sup>67</sup> Tras la muerte de su primera esposa (de la que estaba separado), Alcalá Galiano se casó con Manuela Miranda, a quien había conocido tras su vuelta a España en 1834. El hijo fallecido al que se hace referencia se llamó Cristino en honor a la Regente, amiga íntima de doña Manuela. El niño que esperaban (Antonio) nació en París en 1842 y después, en la España de la Restauración, sería un conocido escritor y periodista, y el editor de las *Memorias* de su padre.

<sup>68</sup> Estos poemas fueron publicados por su hijo al final del segundo volumen de la edición de las *Memorias* (1886). La frustración a la que se hace referencia se comentará en el capítulo siguiente y consistió en la marginación de que fue objeto por parte de su propio partido.

desencantado. Las *Lecciones de derecho político* que pronunció en el Ateneo de Madrid poco tiempo después de su regreso a España constituyen la mejor prueba de esta transición.

### **Actividades intelectuales. Orador en el Ateneo de Madrid.**

Espacio aparte merecen las actividades más puramente intelectuales que nuestro protagonista llevó a cabo entre finales de los años treinta y mediados de los cuarenta. Evidentemente, la vida de Galiano, trasunto biográfico de las agitaciones del siglo, está veteada de política, y su labor en las instituciones culturales del liberalismo revelan también un afán de activismo que es inherente a su personalidad; pero aun así, fueron estas instituciones, y en particular el Ateneo, un lugar de encuentro, una especie de laboratorio de la convivencia que era incapaz de reproducirse en la vida real. Allí esbozó Alcalá sus ideas sobre el gobierno con una ecuanimidad que no le era posible en el ruedo parlamentario o periodístico. Allí, el Alcalá político se convertía por unas horas en el Alcalá pensador; y sólo en ese contexto atisbamos lo que pudiera haber llegado a ser el pensamiento en nuestro país si la premura de la contingencia política hubiera permitido un respiro, un alto, un espacio, a las enseñanzas que puede proporcionar la reflexión.

Una nueva forma de explicarse en sociedad se iba a imponer a los hombres que a partir de los años treinta controlaban el mundo de la política española. Del agitador de las tabernas, que seguirá existiendo, pero ya en la oposición y a veces en la marginación, arribamos al orador del Ateneo. Al territorio del rebelde recala el disertador. El liberalismo, en fin, abandona las barricadas de la palabra y se abre paso en los nuevos ámbitos por él creados. Si bien el Ateneo había conocido los gloriosos tiempos del Trienio, será ahora cuando se remoce para dar asilo al conferenciante que prepara su discurso para ampliar lo ya expuesto desde otras tribunas<sup>69</sup>. El nuevo discurso, sereno, meditado, sosegado, es pasto para ser escuchado y reflexionado, nunca tiene como objetivo empujar a la acción. La razón de su existencia es encontrar las palabras que sitúen ante el público culto las coordenadas por las que se está moviendo la España de la época. Nadie acude ya a

---

<sup>69</sup> Sobre el Ateneo de Madrid hay bastante bibliografía. De carácter general, F. VILLACORTA, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid 1980. Por lo que se refiere a su primera fundación: GIL NOVALES, *El primer Ateneo, 1820-1823*, Madrid 1986; para etapas posteriores, R.Mª de Labra, *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*, Madrid 1878, V. GARCÍA MARTÍ, *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid 1948; A. RUIZ SALVADOR, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, Londres 1971.

soliviantar y a ser soliviantado. Se va al Ateneo a relacionarse con las fuerzas vivas intelectuales y políticas, a hacer carrera pública e, incluso, a aprender. La improvisación propia de la prédica parlamentaria y la apremiante urgencia del artículo periodístico se van a ver resarcidas por la alocución en el Ateneo, donde el orador dispondrá de tiempo para preparar su conferencia y de tranquilidad para responder a los pareceres contrarios. De este modo, las tribunas de la insigne institución se convertirán en la atalaya deseada por todos los partidos para hacerse eco de sus programas políticos. El Ateneo otorgaba prestigio a unas doctrinas que buscaban el suficiente respaldo social como para que los sustentadores de las mismas accedieran al poder en unas mínimas condiciones de refrendo especulativo. En la batalla por la conquista de la tribuna los moderados tuvieron más éxito, pues consiguieron exponer desde el estrado una trabada teoría política que ha sido llamada la teoría de la monarquía liberal<sup>70</sup>. Se convirtieron así los ateneístas en bruñidores de ideas. Sin embargo, desde 1835 a 1839 el Ateneo mantuvo un cierto espíritu abierto y receptivo que facilitó la expresión de ideas a moderados y progresistas, lo que le permitió transmutarse en un neto espejo de la política nacional. Sorprendieron las maneras del Ateneo a muchos coetáneos, incluso algún autor llegó a manifestar su extrañeza por lo que sucedía en las cochambrosas salas: "Ni se juega allí, ni se conspira, ni se maldice... ¡y somos españoles!"<sup>71</sup>. El mismo Mariano José de Larra se había pronunciado con esperanza en relación al Ateneo, manifestando su ilusión acerca de la posibilidad de que al fin en España las armas fueran sustituidas por las palabras.

El mismo carácter tuvo otra de las principales instituciones culturales de la España decimonónica: el Liceo Artístico y Literario. El Liceo, por cierto muy visitado por Alcalá Galiano, siempre interesado por las novedades literarias, trató de ser el vehículo de transmisión entre la producción artística y literaria y la sociedad<sup>72</sup>. Lo que el Ateneo era para las ideas, lo completaba el Liceo en el terreno del arte. La trascendencia de esta iniciativa de crear un foro de encuentro ha de ser muy tenida en cuenta, tanto para la historia del arte como para la historia de las mentalidades. La existencia del Liceo permitía el desarrollo de criterios de valoración artística alejados

---

<sup>70</sup> A. GARRORENA MORALES, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal, 1836-1847*, p. 52. Este libro es la mejor obra para acercarse a profundizar en el Ateneo y sus conferenciantes en lo que a materia política se refiere.

<sup>71</sup> C. SOLSONA, *Notas humorísticas*, Madrid 1882, p. 46.

<sup>72</sup> Alcalá Galiano formó parte del grupo de ocho vocales que componían la sección de literatura y su hijo Dionisio era uno más de los individuos de dicha sección. La presidencia la ostentaba José Fernández de la Vega (el fundador) y la vicepresidencia Patricio de la Escosura y José de Espronceda (J. SIMÓN DÍAZ, *Liceo Artístico y Literario (Madrid 1838)*, Madrid 1947), p. 27.

de los religiosos y cortesanos, y dio el primer paso para la formación de una amplia clientela burguesa y la creación de canales de comunicación institucionalizados entre los propios artistas<sup>73</sup>. De este modo, la base social de la producción intelectual ganaba si no en profundidad, sí en amplitud, generando un potencial mercado que a la larga era garantía de supervivencia. Las reformas de los organismos de enseñanza superior, la extensión educativa y las necesidades propias de una sociedad burguesa obligaban a que se generalizara esa difusión de la actividad intelectual. Obviamente, las limitaciones de un país pobre como España no iban a facilitar esta tarea; sin embargo, el mayor lastre para el afianzamiento de estas instituciones y de otras que pudieran haber surgido promovidas por diferentes sectores sociales, sería la inestabilidad política y todo lo que de ahí se deriva: inestabilidad profesional, inestabilidad económica... El Liceo Artístico y Literario acogió a las jóvenes promesas literarias que después harían sus primeras armas teóricas en el Ateneo. Se estrenaron en sus salas Patricio de la Escosura, Antonio Gil y Zárate, Salas y Quiroga, Antonio Esquivel, Villaamil, Madrazo, Zorrilla o Campoamor, mientras que las viejas glorias acudían a conocerlos: el Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Quintana, el Conde de Toreno y Alcalá Galiano eran escuchados como oráculos del arte y la literatura. Sorprendido, se preguntaba Mesonero cómo era posible que en el mismo país pudiera existir a la vez un interés tan grande por la cultura y una atroz guerra civil<sup>74</sup>.

En comisión impulsada por el melindroso Mesonero Romanos, varios miembros de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, entre los que se encontraban el mismo Mesonero, el polifacético Duque de Rivas, Olózaga, Ríos, Olavarrieta, Fabra y nuestro protagonista solicitaron un permiso especial para la reapertura del Ateneo, que obtuvieron el 16 de noviembre de 1835. Sin más pérdida de tiempo, la junta formada al efecto y presidida por Olózaga se reunió el 26 del mismo mes con objeto de comenzar las tareas de organización. El 8 de junio del año siguiente ya estaba todo listo y se procedió a la inauguración de las cátedras, correspondiendo a Lista la de literatura, la de derecho constitucional a Alcalá Galiano,

<sup>73</sup> F. VILLACORTA, op. cit., pp. 34 y ss. Resulta muy interesante calibrar la importancia de las instituciones culturales creadas por la sociedad liberal de cara a observar la transformación de los valores estéticos y sociales. Para otros países contamos con estos estudios: P.U. HOHENDAHL, *Literarische Kultur im Zeitalter des Liberalismus, 1830-1870*, Munich 1985; F.W.J. HEMMINGS, *Culture and Society in France, 1789-1848*, Leicester 1987.

<sup>74</sup> Sobre el Liceo Artístico y Literario nos informan el periódico editado por Jacinto Salas y Quiroga, *No me olvides* (1837-1838), la revista cultural *Siglo XIX* (1838) y la publicación del propio Liceo: *Liceo Artístico y Literario*. José Simón Díaz extrajo los índices en el folleto ya citado *el Liceo Artístico y Literario (Madrid 1838)*. También contamos con la narración de Fernando FERNANDEZ DE CORDOBA, *Mis memorias íntimas*, tomo 1, pp. 343-344.

ciencia administrativa a Cristóbal Bordiú, la de economía política a Eusebio M<sup>a</sup> del Valle y la de historia a Francisco José de Fabr . Con el tiempo y los avatares de la política, las cátedras, y por tanto la tendencia ideológica que prevaleció ellas, fue cambiando, lo que no impidió que pese a todo, el espíritu de libertad que trató de insuflar a la institución el Duque de Rivas, primer presidente, no quedara desvanecido del todo (especialmente si se compara con el resto de los ámbitos de convivencia pública en España): "Esas saludables reuniones, tan interesantes para la humanidad, son propias sólo de los países donde rigen instituciones liberales y donde el gobierno representativo con sus libres discusiones, con todas sus consecuencias, y siguiendo siempre la senda de la opinión pública, encuentra su más firme apoyo en la educación moral de los gobernados, en la rápida difusión de las luces y de todos los humanos conocimientos, y en las libres asociaciones de los ciudadanos esclarecidos que se ocupan ansiosos en promover en la sombra de benéficas leyes la ilustración general"<sup>75</sup>. Estos alardes de optimismo de Angel Saavedra corroboran las observaciones que hiciera otro gran ateneísta, Manuel Azaña, quien al comentar los anhelos de aquella generación romántica decía que estos hombres vivían "las instituciones que fundaban", miraba, "el Estado como la proyección moral de sus personas", confiaban en la capacidad revolucionaria de las ideas para "variar la base psicológica de la fidelidad"<sup>76</sup>. "Para pensar es preciso ser libres", clamaba el Duque con convicción; sin embargo,  cu ntos españoles podían considerarse libres?. Pocos, ciertamente, pues como escribiera Eugenio de Ochoa "la libertad no est  en las leyes, sino en las costumbres"<sup>77</sup>, y desde luego, en España por más que se empeñase don Angel Saavedra, seguía germinando con fuerza la simiente de la intolerancia.

En lo que respecta a Alcalá Galiano, las actas de la Junta general recogen su aceptación para explicar las lecciones correspondientes a la cátedra de Política Constitucional<sup>78</sup>. Coincidió el beneplácito con el nombramiento como ministro de Marina por el gabinete de Istúriz, que ya vimos en el capítulo anterior. Parece que Galiano deb  replantearse la idea de dar sus clases en la institución a causa de las

<sup>75</sup> Fragmento del discurso de apertura del Duque de Rivas en R. M  de LABRA, *El Ateneo de Madrid*, pp. 69-72; reproducido parcialmente en F. VILLACORTA, op. cit., pp. 241-242.

<sup>76</sup> M. AZAÑA, *Tres generaciones del Ateneo*, Madrid 1930. En contraste con esta primera generación, decía Azaña que la segunda, la del moderantismo, llamó "a la reconciliación en torno de un montecillo de oro", (p. 13).

<sup>77</sup> E. de OCHOA, *París. Londres. Madrid*, París 1848, p. 476.

<sup>78</sup> Libro primero de Actas del Ateneo, 1836-1841, acta de la Junta general del 28 de abril de 1836.



premuras con las que se veía obligado a redactar el ya mencionado proyecto de remodelación del Estatuto, de tal manera que su nombre no apareció entre las cátedras convocadas en el verano de 1836. Larra, desde *El Español*, conminaba al reciente ministro a no abandonar sus compromisos con el Ateneo: "Si el tiempo de la fuerza está pasando, la palabra es el arma; la tribuna, la prensa, la cátedra son los campos de batalla. Las lecciones de un ministro catedrático son algo más populares, más francas, menos engañosas, que los apretones de mano que puede dar un rey ciudadano a sus compatriotas"<sup>79</sup>. Sin embargo, el vínculo de Alcalá con el Ateneo, y en particular en relación a la cátedra de derecho político, dependería enormemente de las circunstancias del momento, de tal modo que los sucesos de La Granja dieron al traste con el que iba a ser su estreno magistral, aplazándolo *sine die*. Lo mismo sucedería con tentativas posteriores.

Cuando en 1844 Alcalá subió al estrado del Ateneo para explicar sus clases de "Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XIX", no pudo evitar la rememoración de sus pasadas intervenciones desde aquella ilustre tribuna. Recordaba Galiano que habían sido cuatro las temporadas que en el pasado había dedicado al derecho político. En efecto, a su vuelta del exilio de Pau, en diciembre de 1837, se acordó que en el año 1838 disertaría cerca de materias constitucionales desde la cátedra que hasta ese momento había sido ocupada por Donoso Cortés. La experiencia se repetiría en los cursos de 1838-1839 y 1839-1840, y tras una nueva proscripción, en el período 1843-1844. Precisamente de estas últimas intervenciones nacería la versión escrita de sus enseñanzas, que aparecería publicada entre 1843 y 1844. Su presencia en el estrado podía traer viejas reminiscencias del pasado, de la época gloriosa del Trienio, momento en que también el Ateneo fue el oráculo de la política; sin embargo, los años habían pasado irremediablemente, y el lema que presidió los estatutos del primer Ateneo, "Sin ilustración pública no hay verdadera libertad", resultaba incongruente con la mentalidad de los nuevos moradores del recinto. El mismo Alcalá tuvo que defenderse en varias ocasiones de las acusaciones de moderado que se le hacían desde una prensa que parecía no darse cuenta de lo obvio: Alcalá Galiano había dejado de ser un progresista desde hacía ya bastante tiempo<sup>80</sup>. Las enseñanzas de nuestro protagonista tuvieron un eco muy favorable entre los asistentes a ellas: se

---

<sup>79</sup> *El Español*, 18-VI-1836.

<sup>80</sup> Defensa de tales acusaciones en cartas publicadas en *El Piloto* (sirva como ejemplo la del 18 de mayo de 1839).

destacó, una vez más, su capacidad oratoria, pero también la amenidad por medio de la cual el profesor había logrado aunar profundidad con interés<sup>81</sup>. A pesar de ello, varios de los mencionados concurrentes, no olvidaron señalar una característica que definía por sí sola la forma en la que el ilustre gaditano ofrecía su magisterio: el escepticismo con el que Alcalá enfrentaba las distintas cuestiones tratadas, que si por un lado le hacía contemplar los hechos poco entusiásticamente, le evitaba cualquier tentación de dogmatismo, guiándose por la más estricta independencia de juicio<sup>82</sup>.

### **Influencias y temática de las *Lecciones*.**

Decía Laski sobre Burke que “si el énfasis fundamental de Burke es conservador, la base utilitaria de su credo contiene elementos susceptibles de interpretación liberal”<sup>83</sup>. La misma observación puede ser aplicada a Alcalá Galiano. La perspectiva desde la que analiza los hechos es cautelosa, no parece esperar gran cosa del hombre, pero tampoco proyecta sus esperanzas en otro tipo de entidades más o menos trascendentes. A través de lo que podríamos denominar “realismo antropológico”, producto maduro del estudio de la historia, Alcalá se interna en el laberinto que es la organización política humana para encontrar lo que hay, y no lo que sería deseable, para mejorar desde lo existente, y no plantear utopías, para restaurar los muros, edificando sobre sus cimientos, como escribía Burke. No es ésta, contra lo que pudiera parecer, una postura reformista, sino conservadora en su más puro y estricto sentido<sup>84</sup>. Sin embargo, no nos encontramos frente a un inmovilista. Una de las principales preocupaciones de Galiano era la sintonía entre sistema político y sistema social, de ahí que en su vigésima lección, comentara el inevitable desenlace revolucionario en situaciones de ese tipo: “La necesidad verdadera de una revolución se manifiesta cuando se ve, como ya he dicho, ser por un lado la sociedad y por otro, el gobierno estar en razón inversa el concepto de que se goza en el

<sup>81</sup> Ch. DEMBOWSKI, *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile (1838-1840)*, Londres 1841, p. 28; E. QUINET, *Mis vacaciones en España*, p. 61; J. CASTRO Y SERRANO, *La Ilustración Española y Americana*, 8-II-1884; E. ALCALÁ GALIANO, Conde de Casa Valencia, *Recuerdos de la juventud de 1831 a 1854*, p.54-55; Tomás GARCÍA LUNA, *Revista de Madrid*, 1846, t. II, p. 143.

<sup>82</sup> Las Lecciones de Alcalá Galiano han sido estudiadas en varias ocasiones. Entre ellas destacaremos las siguientes: A. GARRORENA, “Estudio preliminar” a las *Lecciones de derecho político*, pp. VIII-LIX; D. NEGRO, “El pensamiento político”, en *La época del romanticismo (1808-1874). Orígenes, religión, filosofía, ciencia*, tomo XXXV, tomo 1, de *Historia de España*, pp. 533-655; F. TORRES, “Alcalá Galiano, conservador”, en *Razón española*, nº 84, (julio de 1997), pp. 37-50.

<sup>83</sup> H.J. LASKI, *El liberalismo europeo*, p. 169.

<sup>84</sup> Se encuentra Alcalá en ese afán del hombre decimonónico, y sobre todo, de los conservadores, por estudiar la sociedad tal y como es, y no en función de proyectos reformadores, como se hará desde que Marx publique sus primeras obras. Ahí estará precisamente el nacimiento de las ciencias sociales modernas (R. NISBET, *Conservadurismo*, Madrid 1995, p. 110). La ya citada perspectiva sociológica empleada por Galiano halla en este talante analítico su más plena justificación.

mundo y la dignidad que dan los empleos, de donde resulta la descomposición de la máquina social, que su disolución debe preverse como indispensable”<sup>85</sup>.

Se halla ahí la clave para la comprensión de la idea general que se mueve alrededor de las *Lecciones*. La adecuación entre las formas políticas y la base social que las sustenta constituye la cuestión primordial para la estabilidad de un sistema de gobierno. Tras estas consideraciones, Alcalá procede a un concienzudo análisis de la forma y del espíritu de las constituciones, donde muestra muy a las claras que su deuda mayor es con el pensador irlandés y no con Montesquieu. “Formas de los gobierno pues, equivale a lo llamado comúnmente constitución donde están declaradas y demarcadas las facultades que a las primeras potestades del estado respectivamente competen”. Se estaba refiriendo, obviamente, a la totalidad institucional de los gobiernos, a las corporaciones y a las personas, que ahorman el entramado de un país. Pero junto a esto, y con una importancia tal vez superior, está el alma de las constituciones “...qué clase predomina haciendo preponderar su interés o dominar su influjo en un pueblo...”<sup>86</sup>. Llegados a este punto, resulta lógico retornar de nuevo a Burke para toparnos con un eco decimonónico de su rechazo a la elaboración de proyectos racionales de gobierno. Por supuesto, no era el único, pues ya los doctrinarios franceses se habían empeñado en la tarea de hacer olvidar los viejos mecanos racionalistas de sus antepasados los ilustrados. De Burke hay en Galiano algo más que una huella. Una forma de apreciar la realidad, tan acorde con la propia y la corroboración de unas ideas preconcebidas. Las referencias a Burke son bastante frecuentes en las *Lecciones*, sobre todo en lo que atañe al valor del empirismo como procedimiento de análisis social. Particular interés tiene la consideración de la legitimidad política como resultado de la historia y de las tradiciones, como algo que va más allá de las pretensiones de una generación particular. De este modo, Alcalá va a entender la relación entre el ‘alma’ de la sociedad y la Constitución como un continuado tira y afloja a través de lo pasado y lo presente en que ambos se ven obligados a convivir porque ambos son el reflejo del juego de intereses sociales que buscan un lugar en la escena política. Se desprende de esto una forma pragmática y empírica de comprender la política que pone de manifiesto la pervivencia de la historia en la actualidad, pero de una historia con minúsculas, la historia de los intereses sociales, la historia incardinada en los

---

<sup>85</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 333.

<sup>86</sup> *Ibidem*, pp. 31-32.

individuos concretos. Aunque muy cercana, no es ésta la idea manejada por los más próximos parientes intelectuales de Alcalá: los doctrinarios franceses, pues en las obras de éstos, algunos de ellos reputados historiadores, el pasado es ciertamente un pedazo de realidad, pero existe por encima de ésta una especie de razón, de Historia con mayúsculas, que conduce por puro y lógico desenvolvimiento de los hechos, a la formación del gobierno representativo. Especialmente destacables son estas observaciones en los libros de Guizot quien señalaba que "...c'est un choix naturel et commandé que celui du système représentatif pris pour centre et pour but de l'histoire des institutions politiques de l'Europe"<sup>87</sup> Se trata pues de la búsqueda de una meta, de la realización de un criterio lógico. Galiano, por el contrario, teñido de matices utilitaristas, jamás abandona el ámbito de lo presente buscando una corriente de aire en el tiempo y se ciñe a la certificación de cuestiones más pedestres, afirmando convencido que "en los hombres puede más lo heredado que lo adquirido, lo mamado con la leche que lo aprendido a fuerza de trabajo, de lectura, de meditaciones"<sup>88</sup>. Así, su objetivo estriba tan sólo en encontrar la forma de gobierno más apropiada para la sociedad actualmente existente. El punto de referencia último es que la constitución refleje la sociedad, repitiendo lo anteriormente dicho, saber "qué clase predomine haciendo preponderar su interés...". Con objeto de reflexionar acerca de estas cuestiones, Alcalá recurre en las *Lecciones* al más puro empirismo. Pero las muletas sobre las que se apoya dicho método provienen de otro británico, Bentham, el cual proporciona a nuestro autor tres soportes: el criterio utilitarista para establecer las demandas predominantes en la sociedad (fundamental para la apología que Galiano hará de la sociedad mesocrática, como se verá después), la conveniencia para juzgar la realidad política y la preferencia por los aspectos prácticos y técnicos<sup>89</sup>.

Sin embargo, y antes de pasar a desarrollar más ampliamente dichos asuntos, hay que aclarar que desde la tribuna ateneísta Alcalá no pretende hacernos caer en el relativismo más absoluto al abogar por la representación política de la clase con intereses predominantes, que si en el momento en que las *Lecciones* se pronunciaron eran las de la clase media, en otro tiempo pudieran ser las del pueblo. Su intención es otra. El deseo de convertir a España en un país en el que los

---

<sup>87</sup> F. GUIZOT, *Histoire des origines du Gouvernement représentatif en Europe*, Bruselas 1851, tomo 1, p. 24.

<sup>88</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 22.

<sup>89</sup> A. GARRORENA, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal, 1836-1847*, p. 422-431.

intereses individuales se constituyan en columna esencial de la organización política. Aquí nos volvemos a encontrar de nuevo con Bentham. Es utilitarismo lo que impregna el espíritu de las *Lecciones*, no relativismo (aunque frecuentemente se desprenda tal característica de algunos razonamientos del autor). Valiéndose de Bentham, punto de referencia básico para los progresistas, Alcalá logra cimentar la política de los moderados<sup>90</sup>. Para llevar a cabo su argumentación, sostiene que “en un siglo mercantil y literario como el presente es preciso que las clases medias dominen, porque en ellas reside la fuerza material, y no corta parte de la moral, y donde reside la fuerza está con ella el poder social, y allí debe existir también el poder político”, sin embargo, “donde al revés la riqueza es corta o está mal repartida, y la ilustración es bastante escasa, la clase media es reducida, y por su poco número inteligente”. Tal es la situación de España. No existe en nuestro país una fuerte sociedad mesocrática, la clase media no está acostumbrada al ejercicio del poder y por tanto, requiere un pacto con quienes tienen en sus manos el resorte del gobierno. La estrategia propugnada desde *El Piloto* vuelve a quedar legitimada desde unos presupuestos estrictamente utilitarios y por extensión, liberales. La estratagema de Galiano queda además reforzada con otro razonamiento del mismo cariz pragmático: “es el gobierno meramente un medio encaminado al fin de proporcionar a todos cuantos a él viven sujetos la mayor suma de felicidad posible”<sup>91</sup>. De este modo comienza su argumentación, señalando después su negativa a considerar los aspectos morales que se pudieran derivar de examinar la utilidad como principio ético, y centrándose en tratar de captar qué sea en la realidad la utilidad colectiva o felicidad<sup>92</sup>, de qué manera se conoce su manifestación, dónde estriba su imagen plástica. Al final de su reflexión aparecen como dos faros en la nocturna travesía los dos principios que rigen el concepto de utilidad: la obligación y la justicia. Supone esta conclusión de Alcalá la introducción de principios morales cristianos en su razonamiento para evitar el radical individualismo que se derivaría de las ideas benthamitas, pues una justificación del egoísmo particular cara a la consecución de metas propias (a pesar de que todo ello pudiera estar regido por la ‘mano invisible’ de Adam Smith) no cabe en la mentalidad de ningún pensador español de mediados del siglo XIX. Los principios de obligación y de justicia implican un conocimiento de cuáles son las exigencias sociales de los que carece la “muchedumbre ignorante y

---

<sup>90</sup> Ibidem, p. 422.

<sup>91</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 40.

<sup>92</sup> Destaca la sorprendente sinonimia con que maneja ambos conceptos, utilidad y felicidad.

dependiente”; es justamente esa inadvertencia de las propias necesidades lo que obliga a excluir al pueblo del juego político, pues incapaz de entender algo que le supera “a los que saben y a los que tienen corresponde, pues, no por provecho particular de ellos, sino por el bien general, que está el gobierno encomendado”<sup>93</sup>.

Con cierta frecuencia Alcalá Galiano se sirve de la comparación para sacar conclusiones favorables a sus planteamientos. Al igual que los doctrinarios, Constant y otros tantos autores, su análisis se centrará en el estudio del sistema político inglés en relación a la experiencia francesa. Partiendo de la afirmación de que las usanzas políticas no son transplantables, trata de mostrar no que las formas de gobierno en Inglaterra hayan resultado ser, a fin de cuentas, las más estables (pues también sufrió un proceso revolucionario), sino que contienen los elementos que han permitido dicha estabilidad. No se trata para Alcalá, de consagrar un equilibrio que él considera inexistente en Inglaterra, sino de darse cuenta de que la flexibilidad es la que ha facilitado su permanencia, o como decía Burke “we must all obey the great law of change. It is the most powerful law of nature, and the means perhaps of its conservation”<sup>94</sup>. Cual camaleón, la sociedad inglesa ha sabido ser lo bastante dúctil como para consentir cierta permeabilidad entre los estratos y lo bastante sólida como para evitar el desplome de las tradiciones. Junto a esto, el abrir la válvula de la libertad de expresión para dar cauce a las opiniones ha contribuido a favorecer “en la apariencia de una mezcla considerable de poder mesocrático y popular, y en la realidad lo bastante de ambos para quitar a la aristocracia gran parte de lo odioso a los ojos de la envidiosa medianía, y de lo gravoso de la nación algún tanto”. Por consiguiente, el punto de mira de Galiano es la defensa del gobierno mixto, sea cual sea su manifestación, y sin perder nunca el norte de la influencia de la aristocracia como punto de referencia. La garantía de legitimidad, la huella de la historia, la unión del pasado y el futuro tienen en la aristocracia su depósito. Poco tiene que ver este valor instrumental que le atribuye nuestro autor con el tono ético, y en cierto modo estético, que Tocqueville exigía a los aristócratas en la sociedad democrática<sup>95</sup>. Al igual que Alcalá, el ilustre liberal francés percibía la estructura política británica como esencialmente aristocrática, aunque no la contemplaba con tanto optimismo. Con respecto a estas cuestiones, hace nuestro ateneísta una observación en la que se

---

<sup>93</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 44-45.

<sup>94</sup> E. BURKE, “Letter to Sir Hercules Langrische on the Catholics”, en *Works*, Londres 1854-1857, tomo III, p. 340.

<sup>95</sup> L. DÍEZ DEL CORRAL, *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico*, Madrid 1989, p. 82.

encuentra el punto clave de las interpretaciones doctrinarias del sistema político inglés: "...la reverencia sentida y mostrada por los ingleses a su parlamento nace del respeto en que son tenidos en su carácter privado y cada uno de por sí, los individuos que la forman". Las palabras de Alcalá nos recuerdan a aquellas otras con las que Crossman caracterizó el mismo fenómeno: "Vemos pues que, en gran parte, el pensamiento político británico se basa en la moralidad y actúa por medio de la costumbre. Es imposible analizar plenamente la Constitución porque constituye una mezcla de tradiciones, leyes (statutes) e instituciones, integradas únicamente por la obediencia instintiva a las 'reglas del juego'"<sup>96</sup> Es precisamente esa continuada fragua de la legitimidad, ese permanente refrendo al sistema por medio del respeto a unas instituciones que son vistas como el producto histórico de toda la sociedad, lo que ha permitido la perduración de una forma mixta de gobierno. En los refrendos está asimismo la puerta abierta al dinamismo y a la transformación siempre y cuando ésta sea necesaria, por las propias demandas sociales, para que el conjunto sea producto histórico, en perpetuo desarrollo. Retornamos una vez más a la unión del pasado y el presente y al rechazo de racionales proyectos de innovación. Los revolucionarios contemplaban el futuro con regla y cartabón. Los doctrinarios miraban el hoy con sus gafas inglesas, como diría alguien en otro tiempo, en otro lugar y para otros espectadores.

La mente de Alcalá Galiano mantiene en las *Lecciones* una continua tensión entre la influencia que sobre ella ejercen Burke y Bentham. Y resulta, en cierto modo, curioso que así suceda por tratarse de dos figuras contradictorias. Burke fue el padre intelectual de los conservadores decimonónicos y Bentham su bestia negra. Más que a cualquier jacobino francés, temían los Carlyle, Coleridge y demás al gran Bentham y sus secuaces porque habido sabido hacerles frente por su lado más débil, habían logrado esbozar un ilusionante (si es que tal palabra cuadra con el frío racionalismo benthamita) programa de reforma social sin pasar por ningún exceso revolucionario. En las *Lecciones*, Galiano aún se encuentra cautivado por el utilitarismo, y por eso todavía puede ser considerado un liberal, su pensamiento todavía es flexible, no necesita acudir a un ideario intemporal para sostenerse "que es algo que los liberales, que tienen que vivir al día en circunstancias ideológicas, no tienen y nunca

---

<sup>96</sup> R.H.S.CROSSMAN, "El pensamiento político inglés en la tradición europea", en J.P. MAYER (coord.), *Trayectoria del pensamiento político*, México 1961, p. 133.

tendrán<sup>97</sup>. Con el discurrir de los años, el peso de la moderación hará inclinar la balanza de Alcalá Galiano por el lado de Burke, a quien estudió en profundidad en su vejez y sobre quien estaba preparando un estudio cuando le sobrevino la muerte<sup>98</sup>.

### Constant en las *Lecciones*.

Junto a Burke y Bentham, el otro gran punto de referencia intelectual de las *Lecciones* es Benjamin Constant. Las obras del autor suizo habían sido muy apreciadas por Alcalá desde tiempo atrás, según confiesa en sus escritos biográficos, e incluso llegó a tener un encuentro, bastante desafortunado por cierto, en el París de 1830: "No fue para mi de tanto agrado, ni aun de alguno, la visita que por el mismo tiempo hice al afamado Benjamin Constant. Había sido yo admirador apasionado de sus escritos, y seguía siéndolo, y aun lo soy en bastante grado, pues veo con placer que van recobrando sus doctrinas la por algún tiempo casi perdida fama, mientras de su carácter y conducta sabía, aunque algo, poco, y recomendándole a mis ojos la enemistad que le profesaban mis enemigos, y no habiendo sabido, como haré por posteriores escritos dignos de crédito, que si en él todavía como escritor hay mucho que aprobar y alabar, en los hechos de su vida hay hartos más vituperios. Pero, aun con toda mi admiración de entonces, salí de mi corta conversación con el famoso publicista por demás descontento. Porque habiendo yo manifestado a aquel célebre personaje que tratábamos de dar cuanto antes a nuestra patria la libertad de que el anterior gobierno francés la había despojado, él, asomando ya entre los suyos la idea política del partido que vino a triunfar en Francia sin que él hasta entonces le fuese contrario, me dijo: ¡Ah!, il en faut pas, que puede traducirse no hay que hacer eso. Incomodado yo, con gesto y tono que hubieron de ser desabridos, à qui en faut-il pas?, le pregunté, haciendo de la pregunta réplica, a lo cual él, conociendo el mal efecto en mí producido por sus palabras, se explayó en vagas, pero frías protestas de

---

<sup>97</sup> Robert Nisbet contraponía esta actitud, propiamente liberal, a la de socialistas y conservadores tradicionales, los cuales defienden un programa completo para todas las épocas, (R. Nisbet, op. cit., p. 153).

<sup>98</sup> "Breve noticia del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano como académico de número" y Relación de publicaciones prestadas a D. Antonio Alcalá Galiano por el bibliotecario de la Real Academia, en "Expediente personal de don Antonio Alcalá Galiano", Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sobre la presencia de Burke en el conservadurismo británico hay, obviamente, multitud de publicaciones. Se destacan aquí las más interesantes: Crane BRINTON, *English Political Thought in the nineteenth century*, Cambridge Mass., 1949, y *The Political ideas of the English Romantics*, Nueva York, 1926; C.B. CONE, *Burke and the Nature of Politics*, Lexington 1957 y 1964; F.J.C. HEARNshaw, *Conservatism in England*, Londres 1933 y R. KIRK, *Edmund Burke: a Genius Reconsidered*, La Salle 1986 y *The Conservative Mind. From Burke to Eliot*, Nueva York 1987, (1ª edición de 1954; es la reedición de este clásico cuya traducción española data de 1956).



su conocido amor a la libertad, recordando cuánto había condenado la guerra o expedición en que el gobierno francés restableció en España el poder absoluto<sup>99</sup>.

Las reflexiones de Constant acerca del papel del monarca en el sistema de gobierno habían sido centro de atención en su época, pues lejos de proporcionar soluciones radicales, ofrecía un marco de interpretación que, basándose en las experiencias de la Revolución, sirviese para construir los cimientos del gobierno representativo sobre bases sólidas. De ahí que su pensamiento tuviese un especial interés para los españoles, pues su meditación había partido de una situación de conflicto en la que había que rehacer la sociedad sobre bases nuevas y no, como en el caso inglés, que presentaba una prolongada estabilidad y cuyas enseñanzas procedían de puntos de partida totalmente diferentes a los de los convulsos Francia y España. La trayectoria vital de Constant es fiel reflejo del propio devenir del liberalismo del siglo XIX: del republicanismo a la monarquía limitada, Constant se abraza a unas ideas y se reconcentra en ellas examinando lo que de aprovechable tienen para la situación presente; acabado el análisis, admite lo útil y renuncia a batirse dialécticamente por lo que es incapaz de creer. Dada la frecuencia con la que se sucedían estos episodios, fue apodado Benjamin "l'inconstant". Sin embargo detrás de todo ello se esconde una búsqueda apasionada por el no menos apasionante momento político que le tocó vivir (1767-1830), una búsqueda incesante de nuevos esquemas, de planteamientos originales que sirvieran para construir sistemas políticos que se sustentasen pese al embate de las revoluciones. Embaído por el perfume de la propia época, fue él mismo un romántico, un romántico en sus actitudes, un romántico en su inconsecuencia. Muy pronto abandonó las rigideces del pensamiento racionalista dogmático, fácil de sostener por mentes perezosas o cobardes, pero imposible para encerrar una inteligencia tan vigorosa como la que Constant poseía. Late en el fondo de su obra una auténtica exaltación por la libertad, concepto que irá depurando a lo largo de su vida, y sobre el que hablaremos posteriormente, pero que orientó ya desde los primeros escritos su preocupación por la concentración del poder<sup>100</sup>, el cual es, como diría años después Tocqueville, opresivo por su propia esencia.

---

<sup>99</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras...*, vol. 1, p. 230.

<sup>100</sup> M<sup>a</sup> L. SÁNCHEZ-MEJÍA, *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, p. 185.

Cabe preguntarse por qué es Benjamin Constant y no los doctrinarios más puros quien ejerce sobre Alcalá Galiano tanta influencia. Se trata sobre todo de una cuestión generacional. En el pensamiento de nuestro protagonista hay un lugar muy importante para la experiencia personal, y como él mismo dejó escrito, a veces esta faceta suele ser más importante que muchas horas de reflexión para la formación de las ideas de una persona. Alcalá llegó a la moderación por puro desencanto, por un amargo escepticismo. La decepción de lo que habían sido los grandes ideales de su vida, que él había defendido con ardor y por los que padeció el exilio, la reconsideración del fracaso de especulativos proyectos de reforma, el grado de radicalismo con el que se vivía en España la política y la propia necesidad vital de seguridad le habían conducido a adoptar una actitud de prevención ante toda situación que se alejase de lo realmente existente y sus posibilidades. Por otra parte, había conocido en Gran Bretaña lo que podía dar de sí semejante actitud aplicada a la política y había quedado convencido de sus potenciales ventajas para España. En resumidas cuentas, Galiano se abraza al áncora de la moderación para no hundirse en el marasmo de la política. Por otra parte, las circunstancias le habían empujado literalmente al bando moderado, en el que había hallado un refugio tras sus batacazos ministeriales. Si a partir de determinado momento su actitud moderada se exagera y se hace más intolerante es precisamente por ese redil en el que se recluye, por ese partidismo excluyente al que conducía la simpleza maniquea de la política española del momento a todos los que a ella se acercaban, de una facción o de otra. Sin embargo, los doctrinarios son hombres más jóvenes que siempre han estado en la moderación, en el caso francés han conocido todas las fases de la Revolución y su tarea va a consistir en la recapitación de las experiencias y la construcción de la nueva Francia (en un sentido político, pero también social e intelectual)<sup>101</sup>. El doctrinarismo de estos nuevos políticos es sistemático, concienzudo, profundo; el doctrinarismo (si es que de tal puede hablarse) en Alcalá Galiano es disperso, entreverado de influencias extrañas, a veces más autoritario, a veces más liberal.

Galiano utiliza con frecuencia las disquisiciones de Constant como punto de partida para elaborar sus propias reflexiones acerca del papel que puede otorgarse al monarca en el sistema político español. Esbozando asimismo sus primeras ideas sobre la organización inglesa, Alcalá proyecta de forma inconsciente, o al menos no

---

<sup>101</sup> L. DIEZ DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, p. 21.

claramente expresa, su preocupación sobre España. Detrás de sus reflexiones sobre la situación de la monarquía, late en él la angustia por una cabeza de la institución discutida en parte del país, y es esa angustia la que le lleva a buscar por todos los medios los mecanismos que fortalezcan la figura del monarca, que le otorguen lo que Constant llamaba "puissance d'opinion, qui sert de base à sa puissance politique"<sup>102</sup>. Es ésta una de las razones por las cuales Alcalá explica en las *Lecciones* de forma detenida las facultades que al monarca deben corresponder en un sistema de gobierno representativo (especialmente en las lecciones séptima y octava).

Montesquieu y Sièyes habían sido las fuentes principales de las que Constant había bebido a la hora de establecer sus doctrinas. El análisis de Inglaterra (que tan bien conocía, pues había estudiado en Edimburgo) y de la Revolución habían terminado por centrar su búsqueda en el modo de combinar la separación de poderes con la restauración del poder regio. En última instancia, se trataba de encontrar un sistema de gobierno estable en el que la burguesía pudiera desempeñar su acción política limitando y a la vez viéndose respaldada por el poder del monarca<sup>103</sup>. En la clásica división de los poderes establecida por Montesquieu, Constant creía necesario perfilar de forma más nítida las características del ejecutivo. Era éste un poder dual o mixto, pues contenía en si dos manifestaciones: el poder regio y el poder ministerial. Correspondiendo el segundo a un auténtico ejercicio efectivo del imperio, el primero aparece como un poder pasivo, que es intemporal y que constituye la esencia del estado. La diferencia, en palabras del propio Constant, estribaba "entre la autoridad responsable, y la autoridad investida de inviolabilidad"<sup>104</sup>. El poder del rey va a ser así un poder neutro, con funciones políticas, pero no ejecutivas. Va a nacer de esta idea la clave para el desarrollo de los sistemas parlamentarios en la segunda mitad del siglo XIX. El sistema por el que en la práctica se consolidará esa separación del ejecutivo será la responsabilidad ministerial. A este asunto dedicó Constant un breve tratado titulado *De la responsabilité des Ministres* y

---

<sup>102</sup> B. CONSTANT, *Cours de politique constitutionnelle. Esquisse de Constitution*, en *Collection complète des ouvrages*, París, 1818, tomo 1º, p. 15.

<sup>103</sup> L. DíEZ DEL CORRAL, op. cit., p. 118.

<sup>104</sup> B. CONSTANT, *Principios de política*, en *Escritos políticos*, p. 21. Las distinciones dentro del poder ejecutivo ya habían sido planteadas en la Asamblea francesa en 1790 y 1791 por los monárquicos, especialmente por el conde de Clermont-Tonnerre, a quien Constant menciona en numerosas ocasiones. Acerca de estas cuestiones hay multitud de publicaciones, aunque a modo de introducción destacaríamos el libro general de A. JARDIN *Historia del liberalismo político. De la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*, Madrid 1989, el clásico de G. BONO *La Constitution britannique devant l'opinion française de Montesquieu à Bonaparte*, París 1931, y el interesante artículo de F. BURDEAU y M. MORABITO, "Les expériences étrangères et la première Constitution française", publicado en *Pouvoirs*, nº 50 (1989), número monográfico titulado "Histoire constitutionnelle, 1789-1989", pp. 97-112.

el capítulo noveno de los *Principios*. Si bien reservó una parte considerable de su reflexión a articular de forma coherente sus ideas sobre la responsabilidad ministerial, no logró configurar un panorama convincente, pues la prevención hacia la omnipotencia parlamentaria y el posible menoscabo del poder real que mecanismos como la moción de censura pudieran causar, condujeron sus análisis hacia formas de control que comenzaban ya a estar en desuso en Gran Bretaña y que podían atacar el principio de legalidad penal, como el procedimiento del *impeachment*<sup>105</sup>.

La duodécima lección es el lugar en el que Alcalá comenta con más detenimiento las doctrinas de Constant con respecto a la separación del ejecutivo en poder regio y poder ministerial. Su primera observación al respecto es la siguiente: "...en los estados regidos por constituciones de las llamadas representativas, todos cuantos actos políticos salen del rey son consecuencia de un consejo dado por sus ministros que responden de él y de sus efectos en cualquier caso, sin restricción alguna"<sup>106</sup>. Desde este punto de partida, tratará nuestro autor de refutar las ideas de aquél con quien tanto coincidía en otras cuestiones. "Estas distinciones para mí son confusas", afirmaba convencido. Para Alcalá es el monarca el que encarna el ejecutivo y son sus ministros agentes de las decisiones de aquél, decisiones que, por otra parte, respondían al consejo del gobierno. Las separaciones netas del poder ejecutivo que para Constant eran garantía de la inviolabilidad de la figura real, desde el punto de vista del pensador español son manifestación de un progresivo debilitamiento de la institución: "...los inconvenientes y a veces las desventajas de una disolución o de una reacción imprudentemente dada o negada recaigan sobre los reyes, moralmente siquiera, y que de estos males no haya reparación o que la perspectiva de la reparación posible no retraiga de causarlos, me parece nada conveniente al trono, cuya mayor gloria y firmeza se desea, o al pueblo por cuya buena gobernación y ventura deben afanarse todos, siendo los dos objetos que acabo de nombrar y en mi entender inseparables los que aspiran a conseguir las constituciones"<sup>107</sup>. Evidentemente, según los planteamientos de Alcalá, por medio de

---

<sup>105</sup> Mediante el *impeachment* se podía aprobar en el parlamento inglés un *bill of attainder*, ley de carácter retroactivo que fijaba un delito y una pena que no habían sido establecidos con anterioridad. El *impeachment*, que se había ideado para vigilar la legalidad de la actuación pública de los altos cargos de la Corona, acabó siendo un arma para juzgar la oportunidad de tal actuación. Al parecer, Constant no hacía suficiente hincapié en, o simplemente ignoraba, la utilización de otros mecanismos de control a los ministros que en el Parlamento inglés se venían ensayando desde principios del siglo XVIII: contestación al discurso de la Corona, debate presupuestario, preguntas, interpelaciones, etc. Sobre estas cuestiones, J. VARELA SUANZES "La monarquía en el pensamiento de Benjamin Constant (Inglaterra como modelo)", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 10, (IX-XII- 1991), pp. 121-138.

<sup>106</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 203.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 205.

la petición de responsabilidad ministerial puede atacarse al rey (lo que siguiendo las doctrinas de Constant se evitaría fácilmente), pero nuestro autor parece concebir esta posibilidad como un peligro menor ante el camino que se le abre al identificar la acción ministerial con la voluntad real, es decir, a lo intemporal, a la esencia del Estado. Una vez más, detrás de toda esta retórica se encuentra la cimentación doctrinal de un proyecto político vinculado al moderantismo, que se nos está presentando como firme defensor de la Corona, uniéndose cada vez más a ella y ofreciendo su programa como el único que defiende los intereses de España, como el único posible.

En la misma línea de argumentación hay que situar la vinculación que Alcalá establece entre potestad real y opinión pública. El nexo de unión es la sanción real. Recurre de nuevo nuestro autor a Constant, aunque esta vez para apoyarse en él y afirmar que al ser el poder real superior, su sanción o veto a una ley recoge necesariamente la opinión pública al respecto, manteniéndose al margen en ocasiones de lo que la Cámara considera lo conveniente. Es en gran medida una cuestión de confianza en la institución soberana, que ha de estar conforme con las leyes que en su nombre se promulguen<sup>108</sup>. Constant sostenía la misma opinión con referencia a esto, lo que evidentemente daba al traste con el carácter pasivo que en un principio había otorgado al poder neutro, convirtiendo a la corona en un auténtico poder activo, que además se reforzaba con la asignación de otros atributos como la declaración de guerra o la firma de la paz. Galiano creía percibir en el monarca esas mismas facultades, pues es de hecho en esta cuestión de las prerrogativas de la Corona en lo que más pueden apreciarse las similitudes con el pensador suizo. Las semejanzas no son casuales, desde luego, pues ambos reflexionaban sobre situaciones análogas en lo que a la precariedad de la institución monárquica se refiere, y el objetivo también era análogo: sobre las bases de la legitimidad histórica, configurar un sistema de gobierno representativo estable que fuera capaz de reforzar la maltrecha figura del monarca sin convertirla en despótica y que a la vez frenara la omnipotencia parlamentaria. Al tratar de evitar esto último, Constant estaba pensando irremisiblemente en la Convención, y Alcalá podía elegir entre la inestabilidad del Trienio, la del gobierno del que formó parte o el deseo del partido moderado de instalarse en el poder sobre bases seguras. Por consiguiente, era la Corona el único instrumento auténticamente sólido para su tarea, pues de ella emanan y en ella

---

<sup>108</sup> Ibidem, p. 109.

confluyen las distintas facetas de la actividad pública<sup>109</sup>. Consecuentemente y desde la perspectiva de ambos autores, la monarquía ya no va a ser sólo la unión de lo pasado y lo presente, sino la fusión de la unidad del Estado con la pluralidad de los intereses sociales. Alcalá vivió lo suficiente para ver encarnadas sus aspiraciones, de forma bastante burda, por cierto, en la década moderada; Constant, sin embargo, no tuvo tanta suerte y murió a los pocos meses de ser proclamada la monarquía de Luis Felipe de Orleans.

### **Individuo y libertad.**

Elemento definitivo en el pensamiento liberal es la relación que se establece entre individuo y libertad. Desde los planteamientos del pensamiento español no cabe encontrar muchas sutilezas con respecto a la cuestión de la libertad y su relación con el individuo. No hay en nuestro país una reflexión profunda sobre esto, y teniendo en cuenta el freno que para estas disquisiciones supone la absoluta preponderancia de la religión católica en el pensamiento de nuestros moderados, no han de esperarse muchos atrevimientos. Por el lado progresista el panorama es aún más desolador, pues el nivel de análisis es infinitamente inferior, más dado a admitir los presupuestos del pensamiento racionalista elaborado en Francia sin contribuir a su crítica. Sin embargo, lo que sí puede encontrarse en nuestros pensadores es una auténtica preocupación por las consecuencias prácticas que de tales cavilaciones se derivan. Se mezcla con sus intuiciones un cierto miedo a la individualidad; las prevenciones acerca de la libertad en abstracto, propia del racionalismo ilustrado, dominan los textos de nuestro autores, y se decantan, como si hubieran visto el cielo abierto a las libertades concretas, que siempre suelen ser las que afectan o benefician a los poderosos, lo que, por otra parte, y desde esa perspectiva cristiana de la que ya hemos hablado, no deja de producirles mala conciencia, sobre todo en lo que a la libertad económica se refiere. Los escritos de Andrés Borego sobre estas cuestiones son el más claro ejemplo. En el sentido apuntado, los españoles que vivieron en la parte central del siglo pasado no supieron ser auténticamente liberales, ni para lo bueno ni para lo malo.

El lugar de Alcalá Galiano en esta batalla es ambiguo. Preso de un pasado en el que reverenció la libertad en su más pura esencia, no puede evitar que de su

---

<sup>109</sup> G. de RUGGIERO, *Storia del liberalismo europeo*, p. 171.

pluma se escapan estas palabras: "...en efecto, la persuasión de ser los hombres libres los ennoblece y exalta a sus propios ojos y a los ajenos, y obra en sus ánimos a manera de persuasión religiosa, a manera de todas aquellas grandes persuasiones que, *por negarse al análisis, en vez de ser menos fuertes lo son más, introduciéndose en la mente por medios no conocidos, quedándose en ella hondamente, dominando la razón, impeliendo el alma a desear y acometer cosas altas y sublimes*"<sup>110</sup>. Sin embargo, muy pronto el escepticismo viene a aniquilar toda emoción, y retorna de nuevo nuestro autor a ver en la sociedad elementos limitativos de dicha libertad, elementos que no por desagradables dejan de ser necesarios: el sistema social es restrictivo y no conservador de la libertad, de una libertad que para más precisiones no es "la libertad", sino las libertades. Entiende Galiano, por tanto, la definición de las libertades sociales en un continuado tira y afloja con el gobierno, determinando dicho diálogo las capacidades de la sociedad, y sus demandas, la facultad de negociación y el tiempo. Una vez más la relativización está presente en el pensamiento de Alcalá: la sociedad y su transformación vuelven a dominar las posibilidad de adaptación. Pese a todo, no se anda con muchos rodeos cuando afirma que "el nombre de libertad cuadra mal a una situación en que es forzoso sujetar a menudo la propia a lo que exige el bien ajeno, recibiendo en pago de esto otro igual sacrificio". No hay libertad en la sociedad moderna porque esta necesita de lo que él mismo denomina "seguridades para el buen gobierno". El orden, el miedo al desbordamiento, son preferidos, desde la amargura de la experiencia, en detrimento de la libertad. Sacando de contexto una afirmación de Constant, Alcalá ha estado analizando estos conceptos, y en función de la, según él, vaguedad de las palabras del suizo, contribuye a limar las posibilidades de fundar un sistema social desde los pilares del libre albedrío<sup>111</sup>. En una especie de discusión consigo mismo, Alcalá se sirve de Constant para rebatir cualquier concesión a la exaltación del individuo.

En la pugna entablada en el pensamiento de Alcalá, termina venciendo el escepticismo, y la libertad queda inmolada en favor de otras consideraciones que tienen que ver más con las citadas "seguridades para el buen gobierno", buen

---

<sup>110</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 63.

<sup>111</sup> La expresión de Constant dice que la libertad es el derecho del hombre de obedecer no a los mandamientos de otro sino a las leyes, siempre que éstas no resulten opuestas a la moral. Según Alcalá, aparte de un código legal, los hombres habrían de construirse un código moral al que ajustar la legislación. En puridad, las palabras de Constant se escribieron para rebatir otra frase, esta vez de Montesquieu, el cual escribió que "la liberté est le droit de faire tout ce que les lois permettent". Para Constant, tal aseveración no garantizaba la libertad individual. En cierto modo, vendría a ser de nuevo el conflicto entre la libertad positiva y la libertad negativa.

gobierno que a fin de cuentas no es otra cosa que orden público. Abandona Alcalá en este punto del camino la compañía de Constant, y se deja llevar, aunque sin mencionarlo, por la vía más puramente doctrinaria, en la que el individualismo desaparece como elemento motriz de toda reflexión. “La libertad política no puede consistir en el desarrollo de una esfera particular mínimamente condicionada, sino en la realización de una moral y un derecho objetivos”, con estas palabras Díez del Corral resumía la esencia de las ideas de Guizot al respecto<sup>112</sup>. Desde estas concepciones, la libertad tiene para Guizot una proyección civil casi exclusiva, poniendo de manifiesto que sólo dentro de la vida social se puede encontrar una realización cierta de la libertad. Así el “droit divin de l’homme” se ha convertido en algo más prosaico que sólo existe en cuanto tal si tiene un soporte social determinado, según las apreciaciones de Royer-Collard. Ya no queda ningún rastro de las abstracciones racionalistas, todo lo que hay es evidencia de lo que le correspondería ser históricamente (no puede olvidarse en este sentido la *Historia del gobierno representativo*, de Guizot). Alcalá Galiano, a quien probablemente estas metafísicas doctrinarias no le serían muy gratas, iba a encontrar, no obstante, una justificación teórica a sus pretensiones. Intelectualmente se encontraba cerca de la contraposición de Constant entre sociedad e individuo, pero en ningún momento se atreve nuestro autor a asumir las consecuencias que de tales proposiciones se derivan, rehusando la defensa a ultranza del individualismo. Sin partir de las premisas de Guizot, se ampara, sin embargo, en sus inferencias pues le resultan de gran utilidad para justificar un orden social, un proyecto “objetivo” que ha de ser implantado en España. No hay lugar para interpretaciones personales: en lugar de poner el énfasis en las potencialidades de la libertad, se hace hincapié en la posible confrontación de las esferas individuales.

### **Las Lecciones de derecho político y el partido moderado. El liberalismo elitista.**

El Ateneo de Madrid fue el lugar donde se elaboró la doctrina del partido moderado a través de las lecciones pronunciadas tanto por Alcalá Galiano como por otros dos ilustres políticos de signo conservador, como eran Donoso Cortés y Joaquín Francisco Pacheco. Cada uno en su estilo, los tres autores expresaron en sus exposiciones públicas las directrices que marcaron la política de la época moderada, por supuesto con algunas sutilezas que la práctica política demostró no poseer. La

---

<sup>112</sup> L. Díez del Corral, *Liberalismo doctrinario*, p. 259.



Cátedra de Derecho Político Constitucional proyectó desde distintas perspectivas esta concepción moderada del gobierno y la sociedad que llenaría de contenido la década posterior. La lecciones de Donoso fueron dictadas entre 1836 y 1837; las de Alcalá, como sabemos, entre 1843 y 1844, y por último, las de Pacheco en el curso de 1844-1845. Los tres ateneístas defendieron un mismo modelo de estado y los tres trataron de combatir la no muy consistente teoría política progresista.

La obra de Donoso Cortés ha atraído a muchos teólogos y reaccionarios por su carácter transcendente; sedientos de fundamentación filosófica, estos ultraconservadores han contribuido más que los propios liberales a desacreditar el valor de los escritos del pensador extremeño, disociando su creación en dos momentos de su vida radicalmente distintos<sup>113</sup>. Si bien es cierto que no cabe encontrar en Donoso a un adalid del progreso, tampoco pueden ponerse a un mismo nivel sus ideas en la época en que fueron dictadas las *Lecciones* con las publicaciones posteriores. El Donoso del Ateneo no es un liberal en sentido estricto. Perteneciente a la misma generación que el malogrado Larra o que Espronceda, nunca se aproximó a las ideas de estos, y buscó un principio absoluto que le acercaba más al idealismo alemán que a las tradiciones españolas. Sus *Lecciones* rebosan de soflamas filosóficas, unas brillantes, otras no tanto; a veces pedante, a veces profunda, la intervención de Donoso en el templo moderado no pasó desapercibida. Al contrario que Galiano, Donoso no se detiene a explicar los pormenores del funcionamiento del gobierno representativo, por lo que puede decirse que sus conferencias más que de derecho político versaron sobre filosofía de la historia. Obsesionado por la estabilidad política, su reflexión a duras penas logra encontrar un compromiso con el liberalismo, pues si bien plantea claramente el conflicto entre individuo y sociedad, las consecuencias de su razonamiento le irán conduciendo a la aceptación de soluciones autoritarias<sup>114</sup>. En las *Lecciones* colabora Donoso en el desarrollo de una teoría de la sociedad que logre integrar a esas clases medias de las que él mismo forma parte, para lo cual trata de extraer de los doctrinarios franceses, y en particular de Guizot, argumentos válidos. Presentar el contemporáneo estado de ascenso social burgués como la realización de los designios de la inteligencia será su camino. No hay que olvidar que en el momento en que Donoso estaba dictando las lecciones, se estaba redactando la Constitución de

---

<sup>113</sup> A. GARRORENA MORALES, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal*, p. 100.

<sup>114</sup> J. ALVAREZ JUNCO, "Introducción" a las *Lecciones de derecho político* de Donoso Cortés, Madrid 1984, p. XVIII.

1837, una constitución básicamente integradora. Su interés en apuntalar ese proceso no puede ser soslayado.

Joaquín Francisco Pacheco será un representativo personaje de la gris época moderada. Sus *Lecciones* se encuentran también teñidas del color del aburrimiento. Arrastrando un enorme prestigio como jurista, Pacheco llegó a la cátedra del Ateneo tras el abandono de Alcalá Galiano. Personificaba ante los oyentes la máxima expresión de la ecuanimidad doctrinaria, pues no destacaba por nada: no era brillante, pero se hacía entender; no era profundo, pero tampoco trivial; no era ameno, pero enseñaba. Las lecciones de Pacheco se escucharon con el partido moderado a punto de instalarse en el poder, por lo que no cabe encontrar en ellas grandes discursos refutadores de las endeble doctrinas progresistas. Su exposición no se basa en una auténtica concepción jurídica del estado liberal<sup>115</sup>, sino que representa la consagración de los poderes constituidos, buscando hacer de la ley el más alto referente, de forma que no quedase nada al margen de ella. Su esquema de interpretación destaca principalmente por su pobreza teórica y su obstinación en integrar opuestos bajo los criterios del buen sentido y la prudencia<sup>116</sup>.

Un arquetipo de estado conservador es el punto de mira sobre el que proyectan sus ojos los tres ateneístas. Cada uno de ellos va a lograr, con sus personales aportaciones, desarrollar una España moderada sobre el papel. Especial interés tiene la cuestión de la soberanía por lo que le toca de fundamento de toda especie de gobierno. Mientras que Alcalá, poco amigo de las teorías, apenas se detuvo en su análisis ("no poco abstractas, y aún diré también no poco ociosas"), Donoso elaboró todo un razonamiento acerca de lo que denominó la soberanía de la inteligencia. Una concepción antropológica dualista sirve de base para su argumentación. Consideraba Donoso que el hombre se caracteriza por poseer inteligencia (principio armónico y social) y libertad o individualidad (esencia humana de la que nace todo lo antisocial y amenazador). "Las inteligencias se atraen, las libertades se excluyen", continuaba. De este modo, veía la individualidad como algo negativo, y la inteligencia como lo positivo, la base del gobierno porque es integradora: "La cuestión de la soberanía, reducida a sus verdaderos límites, consiste en averiguar en qué manos debe depositarse el gobierno para que llene su misión en

---

<sup>115</sup> J. VARELA SUANZES, "Tres cursos de derecho político en la primera mitad del siglo XIX: las *Lecciones* de Donoso Cortés, Alcalá Galiano y Pacheco", *Revista de las Cortes Generales*, 2º, nº 8, (1986), p. 125.

<sup>116</sup> F. TOMÁS Y VALIENTE, "Introducción" a las *Lecciones de derecho político* de J. F. Pacheco, Madrid 1984, p. L.

las sociedades humanas. Si su misión es conservar, y si sólo conservan los que prevén; si sólo prevén los seres inteligentes, y si conservan mejor, porque prevén mejor, los que están dotados de más inteligencia, los más inteligentes tiene derecho a gobernar, porque sólo los más inteligentes ofrecen una garantía al poder de que se hallan revestidos”<sup>117</sup>. Se ofrecía una seguridad teórica a los moderados de sus planteamientos, que Donoso tomó primeramente de Guizot (sobre todo en lo que a la consideración de la inteligencia como un concepto abstracto y distinto en cada etapa de la historia). Galiano se ceñía a la realidad, y partiendo de los problemas que plantearía la aceptación de la soberanía nacional con todas sus consecuencias, se propuso abogar por algo más práctico como era la conveniencia (o *expediency*, tan comentada por Paley como símbolo del sistema político inglés). En efecto, Galiano se preguntaba: “En primer lugar, en un pueblo en el cual los derechos políticos no están concedidos a todos, ¿no se concede un derecho, no se da un justo motivo, no se arma con un argumento poderoso a todos cuantos quedan excluidos de tener parte en el poder político, contribuyendo a los actos de la potestad soberana, para clamar contra su exclusión la cual es a la par un engaño y una tiranía?”<sup>118</sup>. Argumentos teóricos y empíricos se unen para configurar lo que Pacheco denominará “soberanía parlamentaria”: “Este tercero es el de la Soberanía de los poderes ordinarios de cada país. Según él corresponde el poder constituyente a la persona o a la institución en donde reside el poder constituido. La Soberanía, para los que profesan esta opinión, es un acto de gobierno, y no otra cosa. Reyes, senados, asambleas populares, cualesquiera que sean los supremos poderes de un país, éstos tienen el derecho como la obligación de variar o modificar sus leyes fundamentales, cuando las circunstancias exijan imperiosamente que se cambien o se modifiquen. Esta soberanía será real en Prusia, popular en América, parlamentaria entre nosotros”<sup>119</sup>. A fin de cuentas, estas teorías no vienen a ser más que la actualización de la “soberanía compartida” de la que hablaba Jovellanos, que ya había sido incorporada al Estatuto Real. Su objetivo último es contribuir a la legitimación del pacto con los sectores del régimen antiguo y será punta de lanza del partido moderado en la confección de la Constitución de 1845<sup>120</sup>. La defensa de la monarquía en la persona de Isabel II será su excusa, pretexto que pretende encubrir un deseo de fortalecer el

---

<sup>117</sup> J. DONOSO CORTÉS, *Lecciones de derecho político*, p. 75.

<sup>118</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 54.

<sup>119</sup> J.F. PACHECO, *Lecciones de derecho político*, p. 62.

<sup>120</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, *El partido moderado*, p. 316.

poder real para la realización de estos designios, considerados los únicos posibles. Es este el sentido que después tendrá la imagen de la época isabelina como síntesis de los tiempos.

Los otros dos grandes elementos mediante los cuales los cursos del Ateneo anuncian la definición de un proyecto político ajeno al ideario progresista son las opiniones con respecto a la milicia nacional y el jurado. Las *Lecciones* de Donoso no hacen ninguna mención a tales asuntos, tampoco las de Pacheco. En las clases de nuestro protagonista, la milicia es analizada con detenimiento, remitiéndose con frecuencia a los hechos históricos que en Francia dieron lugar a su origen. La milicia es presentada por Alcalá como una institución propia de tiempos revueltos en que las necesidades de los países requerían una acción armada de los elementos liberales de la sociedad para la defensa de sus intereses. Pero pasado este momento, tal corporación no es necesaria, como demuestran las naciones libres (léase Inglaterra y Estados Unidos)<sup>121</sup>, donde los problemas se dirimen por medio de trámites legales expresamente establecidos. Sin negar los servicios que la milicia nacional ha prestado al trono, especialmente en su lucha por la salvaguardia de las libertades frente a los carlistas, Alcalá presenta la situación contemporánea como el fin de esa necesidad, volviendo a insistir en la época isabelina como síntesis de los tiempos, de manera que se crea que ya se ha llegado a una total seguridad en las demandas liberales, por lo cual no se hace necesaria. Incluso insiste en la conveniencia de su desaparición, pues podría llegar a convertirse en un elemento contraproducente, dado el poder político por el que se cree legitimada. Afirma Alcalá que la milicia forma “un estado en el estado, y como los que la componen se ocupan en negocios políticos y en ella penetran las opiniones que a los demás del pueblo dominan, y dividen, la opinión que en el cuerpo armado llega a adquirir el predominio, por fuerza, aun fuera de él, ha de hacerse prepotente”. Convierte, por consiguiente, a la milicia nacional en un conglomerado de intereses ajenos a los de la sociedad (y entiéndase sociedad por el público moderado), con ánimo disolvente, alterador del sacrosanto orden. Sobre estos comentarios planea un disimulado ataque a los progresistas, que son presentados, una vez más, como enemigos de la tranquilidad pública, y por extensión, de la monarquía constitucional de la que el partido moderado se presenta como su más fiel paladín: “¿Si soy del dictamen de que estos cuerpos deben desaparecer enteramente?. Sí, señores, eso aconsejo, y digo que deben

---

<sup>121</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones...*, p. 264.

desaparecer, no en nombre del poder llamado absoluto, al cual se los supone contrarios, sino en nombre de la misma cosa apellidada libertad, que los amigos de esos cuerpos armados invocan; en nombre de los progresos de nuestra edad ilustrada, que sustituyen el imperio de la persuasión y de las leyes al de la fuerza propia de los tiempos de barbarie; en nombre de los progresos de nuestro siglo que aun en los tratos de nación a nación ha solido poner la habilidad de los negociadores, y los fallos de los congresos diplomáticos en el lugar y para el empleo donde se usaba antes del valor y pericia de los guerreros, y de las decisiones de la fortuna en las batallas”<sup>122</sup>.

Con respecto al jurado, las apreciaciones de Alcalá no están tan claramente diseñadas. El jurado es una institución propia del régimen liberal, y aquí Galiano no puede decidirse a renegar de ella tan alegremente, pues él mismo ha sido víctima de su carencia sobre todo en relación a la libertad de prensa. El jurado es beneficioso en líneas generales pues garantiza imparcialidad y la plasmación social de la opinión pública, pero desde su personal punto de vista resulta “inaplicable o funesto a pueblos inquietos y revueltos, en que el espíritu de partido puede mucho, y la idea de justicia imparcial está no poco oscurecida y desatendida”. Entre esas naciones tumultuosas hay que buscar, por supuesto, a España. El poder de determinación que los sectores sociales ajenos a los principios moderados pudieran tener sobre el jurado es razón suficiente, según Alcalá, para no pensar en su implantación. Se empieza a manifestar aquí una ya imparable tendencia en su pensamiento a sacrificar las conquistas del liberalismo por el temor a que la muchedumbre pueda llegar a alcanzar la menor cota de poder o de representación. Semejante miopía política, común a casi todos los moderados, será muestra en la década posterior de una obcecada defensa de sus mezquinos intereses económicos.

Las consecuencias del radicalismo político en España, derivadas de esos elementos desintegradores de la estabilidad, son analizadas por Alcalá según hemos visto, desde la perspectiva de los contenidos básicos de la ideología progresista y su potencial corrosivo. Junto a la milicia y al jurado, incorpora a las *Lecciones* la cuestión municipal, con objetivo de presentar un panorama global de los peligros progresistas. Lo interesante y novedoso en el trato que de los municipios hace en el Ateneo con respecto al Congreso es una reflexión, ahora tan sólo apuntada, pero de gran interés.

---

<sup>122</sup> Ibidem, p. 273.

Trazaba Galiano las líneas de un problema que años después sería una de causas que empujarían al abismo a los supuestos liberales españoles: la desunión del estado. Alcalá, sin ahondar en el asunto de forma sistemática, quizá por intuición, quizá guiado por otras inquietudes, insistía en que: "Hoy es necesario hermanar en cuanto cabe con el espíritu de pueblo el de nación, así como con el de patriotismo el de cosmopolitismo, satisfaciendo así a las necesidades presentes de los individuos, de las naciones y del entre sí estrechamente enlazada porción culta del linaje humano"<sup>123</sup>.

Los tres profesores que desde la cátedra de Derecho Político ofrecieron a España sus lecciones entre 1836 y 1847 cooperaron de forma sustancial en la construcción de la teoría conservadora del estado que imperó en nuestro país la mayor parte del siglo XIX. Repercutió su intento, conscientemente o no, en la justificación política del empleo de la fuerza para la implantación de los principios, sólo a medias liberales, que se creían necesarios. El escaso ajuste entre la realidad social y económica y los mencionados principios, condujo al uso de métodos poco ortodoxos para lograr el arraigo de su peculiar forma de entender el sistema liberal de gobierno. En el terreno de la teoría, el eclecticismo (en la muy difundida versión de Cousin) suministró el necesario apoyo para encajar todo tipo de argumentos bajo la apariencia de objetividad. El realismo (o exégesis moderada de la realidad) pretendía ser el punto medio en una sociedad, como era la española, cargada de dogmatismo. Sin embargo, acabó convirtiéndose en un credo más, ajeno al compromiso al que decía remitirse. De esta suerte, el doctrinarismo español, carente de cualquier matiz, de la más mínima flexibilidad, no facilitó la estabilidad del país, al contrario de lo sucedido en otros estados<sup>124</sup>. Su objetivo, en última instancia, al construir esa teoría de la monarquía en el estado liberal compatible con la sociedad burguesa, era transformar las bases tradicionales de la monarquía en España, conservando su manto legitimador. La Reina será la reina de todos, pero su política responderá a los intereses de la sociedad burguesa. Es la relación entre el rey y las cortes la clave de todo este entramado. Como escribió Ángel Garrorena "el régimen mesocrático, tal y como se está viviendo en Europa, implica la presencia de un Monarca -en gran

---

<sup>123</sup> Ibidem, p. 247.

<sup>124</sup> A. GARRORENA, *El Ateneo de Madrid...*, p. 525. Las aportaciones de los tres profesores a la teoría política moderada fueron también estudiadas por Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO en "Discurso leído el 31 de enero de 1884, por el Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo", en *Discursos leídos en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo de la apertura del curso de 1884*, Madrid 1884.

medida convertido a los hábitos burgueses- que arroja a las nuevas clases bajo el prestigio de su institución y recibe de ellas el apoyo social a su Corona y el Estado”<sup>125</sup>. Alcalá Galiano cargaba las tintas en la cuestión de las conveniencias. Parte en su análisis de que hay distintos tipos de monarquías: aristocrática, democrática..., pero la que se va generalizando en Europa es la monarquía apoyada en la clase media que se define porque “es calculadora, algo tímida, menos atenta a la gloria que al provecho (...) prefiriendo a la guerra la paz, más que por motivos filosóficos por razones interesadas, (...) observadora con empeño del estado de los fondos públicos, aficionada a ocuparse de las empresas mercantiles, en obras más para comodidad de los particulares que para honra de las artes, y por consiguiente del estado”<sup>126</sup>. Continúa diciendo que esa monarquía no resulta atractiva ni para el pueblo ni para la aristocracia, por lo que ha de seguir conservando su fuerza para sostenerse: “Donde hay monarquía, el rey no sólo ha de tener poder bastante, sino que las prerrogativas que le dan autoridad debe hermanar con otras que le dan dignidad en alto grado...”. Ahí se encuentra la razón que explica que no deba vaciársela de poder; el rey burgués necesita a la sociedad burguesa y viceversa, el desorden, que impediría el libre desenvolvimiento de los “intereses materiales”, no conviene ni a uno ni a la otra, por lo tanto las cesiones de poder a los cuerpos deliberantes no son más que un debilitamiento del poder. Estas reflexiones sobre la relación entre gobernantes y gobernados se fundan en una concepción pesimista del hombre: “Sabido es que a los hombres hay dos medios de reducirlos a la obediencia, influyendo en sus ánimos para que sujeten su voluntad cuando ésta, por razones de interés o de pasión, quiere desmandarse. Los dos medios a que me refiero ahora son el temor y el respeto”<sup>127</sup>.

En definitiva, el pensamiento de Alcalá Galiano en las *Lecciones de derecho político*, aun manteniendo notables semejanzas con los de sus compañeros de partido, es sin duda de un carácter distinto. Donoso y Pacheco pertenecen a la misma generación, fueron incluso compañeros de estudios. Mientras que ellos se afanaban con los latines, Alcalá se encontraba instigando revueltas; cuando ellos iniciaron sus carreras universitarias, nuestro hombre recorría presuroso las calles londinenses en busca del exiguo sustento. Son diferentes las formas de convertirse

---

<sup>125</sup> Ibidem, p. 648.

<sup>126</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones...*, p. 105.

<sup>127</sup> Ibidem, p. 106.

en conservador, y aquí tenemos un buen ejemplo de ello. Se ha dicho que las ideas de Galiano se pueden englobar dentro del llamado liberalismo aristocrático. Constituye ésta una apreciación acertada, pues refleja muy bien esa falta de unanimidad, esa *necesidad de matiz que siempre requieren sus afirmaciones*. Es liberal por su aprecio sincero a la libertad, o mejor dicho, a las libertades, aunque con el tiempo este caro perfume del hombre decimonónico, por el que llegó a pagar con su carrera profesional y el destierro, sería sacrificado en aras de pragmáticas consideraciones. Como ya hemos visto anteriormente, Alcalá renuncia de forma absoluta a la libertad abstracta, y se lanza de lleno a captar la libertad en el ambiente, en el espíritu de la sociedad<sup>128</sup>. Para lograrlo lleva a cabo un profundo análisis sobre el terreno, un escrutinio acerca de sus manifestaciones y sus carencias, demostrando una capacidad de observación muy superior a la de otros contemporáneos. Las *Lecciones* rebosan de detalles concretos sobre los sistemas de gobierno, los mecanismos parlamentarios, los comportamientos sociales... Se trata de la puesta en práctica de un método empírico (inclinación heredada de sus lecturas inglesas) y a la vez comparativo, que tiene mucho de sociológico y poco de jurídico. El de Alcalá es un texto pensado para obtener resultados prácticos, no para reflexionar sobre el origen del poder y cosas similares. Está pensado para la actuación política concreta, para que sea posible captar el “alma” de la sociedad española y de ahí encontrar el mejor método de gobierno para ella.

También el componente aristocrático está presente en las clases del ateneísta gaditano. En Constant y en Tocqueville pueden encontrarse estos mismos tonos elitistas que esconden un total pavor a la sociedad burguesa que se avecinaba, con su mezquindad, su cortedad de miras y su mediocridad estética. Sin embargo, Alcalá, gran defensor de la mesocracia, interpretó el componente aristocrático en un sentido más pronunciadamente político, es decir, con vistas a hacer arraigar en España unas normas de respeto social que favoreciesen la estabilidad: “Sabido es, por otra parte, ser la aristocracia prenda de la estabilidad en el gobierno...”; en este sentido tiene especial interés la analogía que establece entre España y los Estados Unidos, pues ambas son sociedades en las que el poder democrático predomina, y si en América se presenta en forma de instituciones representativas, en nuestro país adquiere las maneras del desorden social: “Aquí donde solía venerarse a los reyes hasta llamarlos deidades, imagen de Dios omnipotente, y a Dios a su vez, para mostrarle el debido

---

<sup>128</sup> A. GARRORENA, op. cit., p. 407.



respeto, se daba el tratamiento terrenal de majestad, hablándose de ambas majestades, la divina y la humana, aquí solía blasonar una persona de la ínfima condición de ser tan buena como el rey mismo”<sup>129</sup>. Este igualitarismo que impregna la *sociedad española no es, desde la perspectiva de Alcalá Galiano, en absoluto una* garantía de progreso, sino de rigidez, de envidia y de falta de movilidad social, para lo cual ofrece una sugestiva comparación: “...en nuestra España, gobernada por un monarca llamado soberano señor, donde para entrar en varias carreras se había menester presentar papeles de nobleza (vana fórmula, habiendo llegado a ser tan fácil tenerlos)...”, “...en Inglaterra, no vedando la ley al hombre de esfera baja y pobre cuna la entrada en cualquier carrera y en ella adelantar, los hombres de pro pueden llegar a un punto donde la aristocracia los absorbe, los adopta y llega a asimilárselos...”<sup>130</sup>. Por consiguiente, el aristocratismo de Galiano, si bien tiene mucho de elitismo intelectual, también tiene otro tanto de clasismo. A fin de cuentas, lo que trataba de explicar a sus contemporáneos, era una concepción de la sociedad que él imaginaba como dinámica: las cosas son diferentes tanto temporal como espacialmente, no puede, por tanto, recurrirse a fórmulas rígidas de gobierno, a planes racionales para ajustar una forma de vivir a una teoría fría y abstracta. La sociedad se encuentra en perpetuo cambio y transformación, de ahí que las leyes deban ser lo suficientemente escuetas como para gobernarse con ellas ( y aquí trae Galiano a colación su proyecto de constitucional de 1836 como ejemplo de carta<sup>131</sup>). Lo demás es cuestión del propio desenvolvimiento de la vida de los hombres.

\*\*\*\*\*

El periodo analizado en este capítulo es fundamental para comprender etapas posteriores. De 1837 a 1843 hemos asistido a un completo reajuste del panorama

<sup>129</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 34. Esta observación acerca del igualitarismo de la sociedad española se había convertido en un lugar común en la época y ahí se encontraba, para muchos, una de las claves del escaso arraigo del liberalismo en nuestro país. Por ejemplo, Eugenio de Ochoa escribía que “la sociedad española me parece tan democráticamente constituida en la práctica, tanto bajo la actual como las pasadas teorías de gobierno, que no acierta a comprender a qué aspiran en realidad nuestros demócratas de buena fe” (*París, Londres, Madrid*, p. 574). Estas palabras, un ejemplo entre muchas, ponen de manifiesto que para los políticos y escritores españoles el liberalismo, pese a la verborrea historicista, era algo ajeno al espíritu nacional y por tanto, en última instancia, quedaba justificado el uso de la coacción para implantar algo que, si bien desde su perspectiva era bueno por sí mismo, no encontraba el menor punto de contacto con la sociedad española.

<sup>130</sup> A. ALCALÁ GALIANO, op. cit., p. 34.

<sup>131</sup> En efecto, el proyecto de 1836 recoge los puntos básicos que para Galiano debe contener una constitución. Las *Lecciones de derecho político* pueden considerarse, en cierto modo, una detenida explicación de las cuestiones en aquel momento presentadas.

político español, un reajuste en el que ya se han diseñado las tendencias que regirán el desarrollo del país hasta la marcha de Isabel II. Por un lado, han quedado claramente diferenciados los dos partidos principales: el moderado y el progresista, teniendo el primero más éxito en lo que se refiere a organización y dotación intelectual. Los progresistas, por el contrario, no supieron resolver el conflicto que les planteaba la herencia "mítica" del liberalismo español: romper con ella y en gran medida traicionarla fue la opción conservadora, pero sus oponentes carecían de sustitutos y tampoco fueron capaces de modernizarla. Por otro lado, se comenzó a llevar a la práctica la estrategia pactista para la construcción del estado liberal. La inexistencia de un grupo social que pudiera sustentarlo por si solo y la amenaza continua de los carlistas condujeron a los liberales a buscar sus aliados en todos aquéllos que estuvieron situados entre los moderados y los tradicionalistas no carlistas. Años despues, y con este proyecto, los moderados iban a acabar tomando el camino del autoritarismo.

Por lo que respecta a Alcalá Galiano, hemos de decir que su trayectoria liberal (en sentido pleno) terminó en este periodo. Su pensamiento, ya del todo anclado en el moderantismo, no hará en el futuro sino contradecirse y titubear entre sus inherentes convicciones acerca de la libertad y sus temores al desorden, entre los viejos recuerdos y el amargo pesimismo sobre la sociedad española. Como se ha dicho repetidas veces, las razones políticas pudieron en esta evolución tanto como las personales. A partir de ahora, Galiano tratará de ser un hombre del partido moderado, un defensor de las doctrinas del orden. Sin embargo, tampoco en esto tendrá demasiado éxito.

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.  
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA.  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA.**



4-53-376789-9

**ALCALA GALIANO Y LA CONSTRUCCION DEL  
LIBERALISMO EN ESPAÑA.**

**TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR: RAQUEL SANCHEZ GARCIA.  
DIRECTOR: D.JESUS A. MARTINEZ MARTIN**

## 6. Un hombre de partido (1844-1854).

No llegó a un año el tiempo que tardó en hundirse la estrella de Espartero e iluminarse la del nuevo conductor de los avatares de nuestro país: Narváez. En el transcurso de esos meses, la endeble coalición entre progresistas y moderados fue diluyéndose poco a poco a la vez que la fortuna disponía sus naipes en favor de los conservadores. Tres gobiernos tendieron los puentes que llevaron hasta Narváez en mayo de 1844. Los dos primeros, liderados por los progresistas Joaquín M<sup>a</sup> López y Salustiano Olózaga, presenciaron cómo la retórica de la unidad constitucional se quedaba en agua de borrajas ante la combatividad de sus contrincantes. Éstos, sabiendo que contaban con el favor de la opinión pública y sobre todo con el apoyo de la Corona (especialmente cuando lograron la declaración de mayoría de Isabel II el 8 de noviembre de 1843), extremaron sus ataques hasta lograr el desprestigio de Olózaga por medio de la supuesta coacción que ejerció sobre la Reina para que firmara el decreto de disolución de las Cortes (28-XI-1843). Dicho episodio, que alejó aún más a los progresistas de la Corona, causó un enorme impacto en la ciudadanía, impacto que un viajero que tuvo oportunidad de escuchar los comentarios en la calle y en el Congreso, describió de esta forma: "...el gran Olózaga... que debía curar las heridas de España, roto en una noche, como una muñeca, por la mano de una niña, y esta niña mostrando de repente la sangre fría, la sagacidad de un político consumado; todas las instituciones en descubierto, todas las ficciones constitucionales desnudas y desgarradas; grandes oradores que se revelan, un duelo a muerte entre las dos cosas más vivas de este país: la monarquía adorada y el viejo honor privado..."<sup>1</sup>. De las cenizas políticas de don Salustiano se aprovechó Luis González Bravo, y con él los moderados se aproximaban al poder con paso firme. Su gobierno, formado el 4 de diciembre de 1843, preparó el terreno revitalizando la ley de ayuntamientos de 1840, poniendo diques a la libertad de imprenta, suprimiendo la Milicia Nacional y creando la Guardia Civil. El regreso de María Cristina en la primavera de 1844 vino a sancionar la situación política. Por su parte Narváez, tras la crisis del ejecutivo de González Bravo (de la que el Espadón había sido causante), accedió al poder constituyendo su propio ministerio el 4 de mayo de 1844. Los miembros de este gobierno representaron muy claramente el prototipo de los políticos moderados: llegados a la actividad política en los años treinta, se caracterizaron por

---

<sup>1</sup> E. QUINET, *Mis vacaciones en España*, pp. 69-70.

su formación jurídica, su doble vinculación a la tribuna y a la prensa y lo pedestre de sus ideales políticos, siempre y cuando éstos existieran en sus pragmáticas mentalidades<sup>2</sup>. Pedro José Pidal fue el más destacado de todos ellos. Ocupó la cartera de Gobernación, y desde su mesa se diseñaron las estrategias del moderantismo, la organización de sus correligionarios y la orientación doctrinaria que iba a inundar el estado liberal español en la década siguiente. El marqués de Viluma, Alejandro Mon, Luis Mayans y Francisco Armero completaban este gobierno que se mantuvo en el poder hasta el 11 de febrero de 1846, y que apuntaló los principios moderados logrando la aprobación de la Constitución de 1845, el reglamento de la Guardia Civil, las leyes de administración local y provincial, la reforma fiscal, la supresión de la desamortización y la devolución de bienes eclesiásticos, entre otras cuestiones.

Sobre estos hombres planeaba la singular figura del general Narváez. Fue uno de los personajes representativos de la época; su presencia al frente del ejecutivo marcó el periodo: el orden, su gran obsesión, dirigió todas sus acciones al frente de los cuatro gobiernos que presidió en esta década. Caracterizó a Narváez una personalidad ambivalente; hombre de fuertes impulsos y de profundos abatimientos, el general trató de marcharse de la vida política en varias ocasiones (lo que Comellas denominó las "espantadas") en las que su ánimo se hundía en la depresión. Pero al lado de esta inestabilidad, era un hombre dotado de un carismático don de mando, de un nervio capaz de imponerse en las situaciones conflictivas. Suplía su carencia de conocimientos en materia política con una audaz intuición a la que unía su firmeza e intransigencia en lo que al orden y al conservadurismo se refiere. Aquel "primer mandón de su época" (como le calificó Baroja en *Memorias de un hombre de acción*) fue objeto de comparaciones con Espartero. Tal vez una de las más destacadas sea la que Martínez Villergas (por otra parte, furibundo esparterista) estableció entre ambos, en la que ridiculizaba al duque de Valencia, pues su carrera militar, menos brillante que la de don Baldomero, le hacía palidecer ante los ojos progresistas. En efecto, la mayor parte de la vida del general moderado permaneció a la sombra, y no fue hasta cerca de los cuarenta años cuando tras una rápida e incruenta acción en Torrejón de Ardoz (que derribó a Espartero), su prestigio, y con él un destino tardío, subieron como la espuma. Desde

---

<sup>2</sup> Si bien los moderados pueden ser calificados de esta manera por su desprecio de más elevados intereses (salvo la moralización de la política, y no en todos ellos), hay que reconocerles al menos el mérito que otorgó Ortega a los doctrinarios franceses, parientes próximos de nuestros conservadores: la responsabilidad intelectual, la búsqueda de soluciones posibles en la construcción del Estado (J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*, Madrid 1993, p. 51).

la perspectiva de Galdós, Narváez se nos aparece como un luchador infatigable contra los tradicionalistas, a los que fustigaba con sus improperios, pues los conocía bien, ya que había luchado en la guerra carlista. En cualquier caso, Narváez, protagonista estelar del régimen de los generales del que hablaba Pabón, fue además del "Espadón de Loja", el garrote intimidatorio del que se sirvieron los políticos moderados para mantener el orden social. De este modo, el régimen constitucional quedaba viciado en su origen, pese a cualquier intento en contrario: "El general que accedía al poder a consecuencia de un movimiento político-militar (Narváez tras el de 1843, O'Donnell de resultas del de 1854), por muy legítimo que lo considerase, luego, al intentar sincerísimamente la normalización de la vida política, se sentía íntima y políticamente turbado por el origen de su mando. Es patética la confesión de Narváez cuando pide a los que van a sublevarse -a Zurbano por ejemplo- que no hagan 'lo que yo hice una vez'"<sup>3</sup>. En medio de este contexto, a nuestro protagonista le iba a tocar desempeñar el triste papel de defensor de un autoritarismo camuflado de política moderada.

### Profesor en Cádiz.

Tras los últimos acontecimientos que habían facilitado su regreso, Alcalá volvió a España anhelando, por fin, una incorporación segura y fuertemente asentada en los escaños del partido al que seguía siendo fiel. Sin embargo, sus deseos no se iban a ver cumplidos, pues la provincia de Cádiz, por la cual pretendía ser elegido, le olvidó completamente. Aun así, la suerte no le fue hostil del todo, y tras aparecer en las listas de Tarrasa, fue elegido diputado por Barcelona<sup>4</sup>, a la que agradeció y dedicó sus *Lecciones de derecho político* cuando éstas fueron publicadas en forma de libro. La alegría, no obstante, no duraría demasiado en la casa de Galiano, pues la suspensión de las Cortes le catapultó de nuevo en la nave de la incertidumbre política y, una vez más, económica. En efecto, dada la precariedad de sus recursos, Alcalá

---

<sup>3</sup> J. PABÓN, *Narváez y su época*, Madrid 1983, p. 232. Para la caracterización de la figura del general, se ha seguido aquí el trabajo de Pabón. Aparte de este libro, sobre Narváez puede leerse la elogiosa biografía de A. REVÉS: *Un dictador liberal: Narváez*, Madrid 1953, o los comentarios de J.L. Comellas en *Los moderados en el poder, 1844-1854* (Madrid 1970), en el que, con documentación de archivos franceses, prueba un famoso rumor del siglo pasado acerca de un supuesto intento de suicidio de Narváez en su juventud. El libro de Martínez Villergas al que se hace referencia es *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, Madrid 1851. Imágenes noveladas del general se encuentra en el citado *Memorias de un hombre de acción*, de Baroja, que retrata la vida de Eugenio Aviraneta; el Episodio *Narváez*, de Galdós o *La Corte de los milagros* de Valle-Inclán. Entre los retratos de los contemporáneos, destacan el tercer tomo (vol. 2º de la edición de la B.A.E.) de *Mis memorias íntimas*, de F. FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, el primer volumen de los *Recuerdos de un diplomático*, de A. CONTE o las *Memorias del reinado de Isabel II*, escritas por el marqués de Miraflores.

<sup>4</sup> Archivo del Congreso, Documentación electoral: actas, legajo 23, nº 23. *El Heraldo*, 19-X-1843.

Galiano se vio obligado a abandonar Madrid, centro de las disputas partidistas que tanto gustaban a nuestro hombre, para ocupar un puesto por el que en principio no sentía más que fastidio.

El acaudalado comerciante gaditano, gran admirador de Alcalá, Antonio Ruiz Tagle, haciéndose cargo de la situación del frustrado diputado, le ofreció la dirección del colegio de San Felipe Neri. El vínculo entre ambos databa de hacía varios años y se había consolidado en la época de formación del gobierno Istúriz (1836). Tagle había hecho todo lo posible por apoyarlo en su ciudad; por eso, y dadas sus pésimas relaciones con Mendizábal, cuando Istúriz y Galiano rompieron con don Juan, Tagle se convirtió en uno de los más firmes bastiones del partido moderado en Cádiz<sup>5</sup>. El colegio había sido fundado por el periodista moderado José Vicente Durana (director de *El tiempo*, de Cádiz) y el ya citado Ruiz Tagle. Alberto Lista, el primer director, elaboró el programa de estudios, que se mantuvo durante los cursos de 1838 a 1844, año en que Lista marchó a Sevilla para organizar su propio establecimiento de enseñanza. Dedicado a la instrucción primaria y secundaria, había pretendido ser un colegio modelo para los hijos de los nuevos burgueses, tratando de evitar que, dado el estado de la educación en España, las clases medias adineradas tuvieran que enviar al extranjero a sus vástagos. El gobierno, consciente de tal situación, había decretado por orden del 12 de agosto de 1838 la libertad para la fundación de centros educativos que no siempre ofrecían muchas garantías. El colegio de San Felipe Neri, instalado en el convento del mismo nombre (donde, por cierto, se habían reunido las Cortes de Cádiz), podía ser considerado uno de los pocos institutos realmente modernos y eficaces. A su organización aportó Lista la experiencia adquirida en la dirección del madrileño colegio de San Mateo, procurando implantar en la institución docente sus criterios acerca del apoliticismo en la enseñanza<sup>6</sup>. Por su parte, Alcalá Galiano llegó a Cádiz a los pocos días de finalizar el curso, por lo que únicamente tuvo tiempo de pronunciar el discurso de clausura en la entrega de premios de aquel año el día 4 de agosto de 1844<sup>7</sup>. En aquellos meses se rodeó de un

---

<sup>5</sup> P. ORTIZ ARMENGOL, *Aviraneta o la intriga*, p. 408. Sobre la familia Ruiz Tagle (algunos de cuyos miembros formaban parte de los mayores contribuyentes de la ciudad de Cádiz), así como sobre las características del colegio de San Felipe Neri, puede encontrarse información en el libro de A. RAMOS SANTANA, *La burguesía gaditana en la época isabelina*, Cádiz 1987.

<sup>6</sup> H. JURETSCHKE, *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid 1951, p. 199.

<sup>7</sup> J.M.<sup>a</sup> LEÓN Y DOMÍNGUEZ, *Recuerdos gaditanos*, Cádiz 1897, p. 22 ("Pero su paso por aquel puesto fue muy parecido al del fugaz meteoro"). Alcalá Galiano, *Memorias...*, en *Obras...*, vol. 2, p. 530, *Discurso pronunciado después de la distribución de premios en los exámenes públicos y generales de los alumnos del Colegio de San Felipe de Cádiz, celebrados al fin del curso de 1843 por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, Regente de estudios de dicho colegio*, Cádiz, 1844, Oficina de la viuda e hijo de Bosch. Cuando nuestro protagonista dejó el puesto, la dirección le fue ofrecida a José Joaquín de Mora, el cual aceptó encantado.

grupo de jóvenes estudiantes, periodistas e intelectuales que llenaron su tiempo y su mente con la savia juvenil de los talentos que entonces comenzaban a descollar. Augusto Conte, futuro diplomático, relató en sus memorias algunas escenas de los meses de verano de 1844: “La acogida que tuvo allí fue digna de su mérito, y me dijo más de una vez que aquélla había sido una de las épocas más tranquilas y felices de su vida. Recuerdo que solía sentarse por las tardes en un banco de la plaza de San Antonio, y allí le seguía un círculo de admiradores, a quienes embelesaba con su amena conversación. Y sus ocurrencias eran a veces tan chistosas como las de Gallego o Estébanez. Una vez encontró en la calle a una antigua amiga suya, la cual le dijo, con franqueza, que le hallaba muy envejecido: ‘Hija mía, le contestó Galiano, no lo estás tú poco, sino que a ti te sucede como a los que se embarcan por la primera vez, que cuando la nave empieza a andar, creen que lo que se va es la tierra y que ellos no se mueven’<sup>8</sup>. Sin embargo, y aunque había logrado evitar la penuria económica por el momento, la sensación de fracaso no abandonaba a nuestro protagonista. La decepción por la poca importancia que los moderados parecían dar a sus aportaciones, la falta de apoyos del partido, la degradación de la política española con sus prácticas voluntaristas y exageradas, hicieron profundizar el escepticismo de Alcalá hasta niveles nunca antes alcanzados. En esta época, en la que todo parecía negarle una oportunidad, se agudizó sin embargo, su necesidad de pertenecer a un bando. Sus deseos de no verse apartado de la escena política le impulsaron a continuar en la lucha por un puesto en las cámaras. Alcalá Galiano fue ante todo un “animal político”, un hombre que recibía su alimento vital en la confrontación de las ideas, pero no desde los más pausados mundos de la cátedra o de la imprenta, sino que necesitaba el choque directo, la beligerancia inmediata que proporciona el escaño. El apartamiento temporal en Cádiz le manifestó el origen de su melancolía. Podía sufrir el exilio o la persecución, pero nunca el olvido o la marginación del veleidoso mundo de la política.

Por su parte, Narváez no había desempeñado antes de 1844 ningún cargo político, y su súbita arribada a la presidencia del Consejo de Ministros, avalada por su prestigio militar, se apareció a los españoles como el inicio de una época de tranquilidad y sosiego<sup>9</sup>. España, cansada ya de tanta lucha política y de tanta

---

<sup>8</sup> A. CONTE, *Recuerdos de un diplomático*, vol. 1, pp. 105-6.

<sup>9</sup> Una nueva generación había llegado al poder en mayo de 1844 con la formación del gobierno Narváez. Pidal, el general Armero, Alejandro Mon, protagonistas de los años siguientes, formaban parte de ella. Profesionales de la administración que, unidos al hasta aquel momento no muy afamado general Narváez, iban a tratar de llevar a cabo en España la tarea de reformar las viejas estructuras del gobierno y de la gestión del estado.



contienda bélica, estaba dispuesta a asumir un gobierno que si bien no prometía grandes cosas en lo que a las libertades se refiere, al menos dejaba advertir un cierto deseo de tranquilidad. Será ésta la España del moderantismo, un país decepcionado de casi todo y muy cercano al escepticismo, en el que las ideas de la revolución, para tener éxito, habrían de trasladarse del liberalismo al democratismo, ya dirigiéndose a otro público. En la misma disposición moral en que estaba el país, se encontraba nuestro protagonista y sin embargo, su meta era encaramarse de nuevo al carro de la acción política, probablemente para no perderse en el caos de la decepción personal. Sólo dos meses tardó en retornar al ruedo madrileño. A finales de octubre de 1844 regresaba a la capital convertido en su flamante procurador formando parte de las huestes del partido moderado. La sangre le volvía a correr con fuerza por las venas, la actividad regresaba a su vida: conferencias en el Ateneo, nombramiento de comisario regio del Banco de San Fernando, recepción de su primera condecoración oficial: la Gran Cruz de Carlos III<sup>10</sup>. Las elecciones celebradas en septiembre del mismo año habían dado la victoria a los moderados, quienes además, no iban a tener que contender con una oposición combativa, pues los parlamentarios carlistas y progresistas formaban una pequeña minoría (los "consentidos"). Su carrera política, ya desbocada hacia el conservadurismo, iba a alcanzar en estos años sus más contradictorias manifestaciones. El debate de la modificación de la Constitución sería la primera de ellas.

### **Configuración política del estado moderado. El teórico Alcalá Galiano: apuntalar la Corona.**

A medida que los moderados iban asentándose en el poder, los deseos de los sectores más conservadores de llevar adelante una transformación en el texto constitucional que fuera la máxima expresión de sus aspiraciones se convertían en un auténtico clamor. El gobierno formado por Narváez en mayo de 1844 proporcionó una base lo suficientemente sólida como para plantear abiertamente la cuestión en las Cortes que próximamente se inaugurarían. El 18 de julio de 1844 el gobierno presentó a las mismas el proyecto de reforma: la comisión creada al efecto, presidida por Donoso Cortés, hizo público su informe el día 5 de noviembre y tras la pertinente discusión parlamentaria, quedó aprobado. Falta de capacidad para lograr la

---

<sup>10</sup> Archivo del Congreso, legajo 24, nº 29 (dictamen de la junta electoral) y legajo 69 nº 68 (expedientes sobre casos de reelección, 1844-45). A.H.N., Estado, concesión de la Orden de Carlos III, legajos 6290 nº2 (1844, concesión) y 7375 nº4 (1845, pago de los derechos).

estabilidad del país y origen espurio fueron los dos puntales sobre los que los moderados trazaron su estrategia de acoso y derribo de la Constitución de 1837. El contenido de su proyecto de reforma buscaba básicamente derrumbar el concepto de soberanía nacional para aupar varios principios del ideario moderado. Los cambios en la Constitución no fueron, desde luego, radicalmente novedosos, pero dieron al nuevo texto un cariz notablemente más conservador, como puede verse en la caracterización del senado y en la eliminación de tres elementos fundamentales del programa progresista: la milicia nacional, el jurado para los delitos de imprenta y el poder municipal. Pese a todo, el borrador no logró satisfacer a casi nadie, pues ni los soportes de Narváez, promotores de la reforma, ni el ala tradicionalista dirigida por el marqués de Viluma, encontraron en el nuevo texto la plasmación de sus deseos, unos por defecto y otros por exceso<sup>11</sup>.

Obviamente, los primeros contrarios a semejantes transformaciones fueron los progresistas, pero también entre el grupo moderado hubo importantes críticas hacia una medida tan peligrosa como era metamorfosear los pilares del estado en función de los intereses de quien gobierna. "La Constitución de 1837 es excelente en su principio: en las formas es donde admite alguna modificación", decía *El Herald* en agosto de 1844, expresando esa opinión moderada de que el objetivo era tan sólo variar la forma de actuar con la Carta Magna. Sin embargo, tal planteamiento no resultaba muy convincente a Istúriz, ilustre miembro del grupo moderado, quien presentó un voto particular al proyecto de discurso de contestación a la Corona, protestando por la intención del gobierno al pretender enmendar el texto. Al bando de Istúriz se sumaron los que serían llamados "puritanos", abriéndose una brecha en el partido moderado que ya sería imposible cerrar. Posada Herrera y Pastor Díaz avisaron en numerosas ocasiones del peligro que suponía para un país, ya inestable de por sí, cambios tan frecuentes de constitución. Pese a que esta vez, los puritanos se vieron obligados a replegarse, se manifestó de forma clara un hecho que caracterizaría toda la época moderada: los conflictos internos del partido, más que los ataques de la oposición progresista, marcarían las grandes crisis políticas<sup>12</sup>.

Alcalá Galiano, inmerso en esta gran controversia nacional, sostuvo desde el estrado la postura oficial del gobierno de Narváez, que era la del eje central del

---

<sup>11</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, *El partido moderado*, p. 428.

<sup>12</sup> J.L. COMELLAS, *Los moderados en el poder, 1844-1854*, p. 136.

partido del que formaba parte. Acerca del carácter parcial de la reforma se pronunció en diversas ocasiones, y no únicamente como diputado sino también por medio de la prensa. Apoyando a Narváez, defendió la idea de que no era necesario disolver las Cortes para tales transformaciones, que al fin y al cabo iban a ser parciales. De este modo, quedaba disimulado el temor del jefe del gobierno a tener que convocar cortes constituyentes apoyadas en el dogma de la soberanía nacional que fundamentaba la Constitución de 1837. La argumentación de Galiano iba encaminada a propugnar su ya clásica interpretación de la ley como reflejo máximo de los intereses predominantes en la sociedad, del balance de fuerzas que en ella establecen las reglas del juego, de esta suerte, entiende la reforma como un anhelo que la sociedad tiene y que ha dado a conocer otorgando la victoria electoral al partido moderado: "Señores, hay una gran masa de gente acomodada que piensa algo sobre política y que sólo anhela la paz y un gobierno fuerte que proteja los intereses de todos; esa gente anhela la reforma constitucional porque dará fuerza al gobierno, y en ello acierta sin duda; y anhela algo más que la reforma; pero su deseo está en esta parte equivocado, y tendría que arrepentirse de su yerro..."<sup>13</sup>. Una vez más vuelve a aparecer el viejo argumento de que el país se encuentra en peligro, y de que la monarquía necesita soportes que garanticen su consistencia "...es menester que nosotros procuremos dar a nuestra Monarquía una índole diversa, es decir, convertirla de Monarquía apoyada en la democracia, en Monarquía apoyada en la mesocracia y en la aristocracia". Las implicaciones de afirmaciones como éstas, que insisten en sus opiniones vertidas años atrás en el Ateneo, van más allá de lo que aparentemente parece, pues en última instancia de lo que se trata es de sustituir la tradicional legitimación de la monarquía (en la unión rey-pueblo) por otra más moderna que vinculase al trono con las fuerzas sociales que junto a él ejercían el poder.

Los sucesos revolucionarios acaecidos en Europa desde la revolución francesa, y sobre todo, la muerte de Luis XVI y la instalación de la república en Francia, habían sido un terremoto en lo que a la teoría política se refiere, pues las antiguas formas de confianza y de pacto se habían derrumbado de un plumazo, contribuyendo a una impresionante transformación en las mentalidades de los hombres de la primera mitad del siglo XIX. Todos estos años fueron un continuado

---

<sup>13</sup> Diario de sesiones, Congreso, legislatura de 1844-45, preparación del discurso de contestación a la Corona, 2-XI-1844, p. 214.

proceso de búsqueda de otras formas de establecer el juego de convenciones en que se basa el ejercicio y disfrute del poder. Algunos pensadores de la España de la época moderada, habiendo conjurado temporalmente el peligro carlista, se dieron perfecta cuenta de que las bases tradicionales de legitimación de la monarquía habían quedado erosionadas también en nuestro país. Pese al carácter popular que llegará a tener la reina Isabel, las cosas iniciaron un camino sin posibilidad de vuelta atrás y se hacía necesario buscar otras justificaciones a las ya imparables ideologías republicanas que circulaban por Europa. Ahí se sitúa el esfuerzo de Alcalá Galiano por encontrar un espacio sólido a la monarquía en la teoría política, y a ello dedicó todos sus esfuerzos desde el regreso de su primer exilio. En estos años de 1845 a 1854 ve Galiano la oportunidad de aprovechar las circunstancias que se presentan con la estancia en el poder de sus correligionarios para llevar a la práctica las mencionadas precauciones para la protección de la monarquía. De ahí que todas sus intervenciones en favor de la reforma constitucional tengan como objeto apuntalar los soportes de la Corona, identificando a ésta con la misma constitución para dar más fuerza a su argumento: "Parte y principal de la Constitución que nos rige es la regia potestad. Honrándola, robusteciéndola, se da honra y fuerza a la misma Constitución y al pueblo mismo de que es el monarca el primero y más alto representante. Las prerrogativas de su soberanía sabido es que van encaminadas al común provecho"<sup>14</sup>. Las afinidades entre la Corona y la Constitución iban a tener una consecuencia política de primer orden como fue el reforzamiento continuado del protagonismo de la primera, convirtiéndose en árbitro efectivo de los cambios de gobierno<sup>15</sup>. En este sentido tienen particular importancia sus impresiones acerca de los cambios en el senado: "...la aristocracia que quiero es la que dice el mismo nombre: 'aristocracia de los mejores'. Y buscando el gobierno de los mejores, los que aman las instituciones presentes, los que creen que hemos hecho conquistas, como yo lo creo también, porque alguna vez que hemos cometido yerros también hemos hecho algunas cosas buenas, esos mismos, cuando sepan que se trata de conservar, pues alguna vez hemos de tratar de conservar lo que se ha creado, formarían con gusto un cuerpo conservador, conservador de la Constitución del Estado, y de nuestro estado social presente, un cuerpo digno verdaderamente de ese nombre, y que se haría acreedor

---

<sup>14</sup> "De algunas desventajas y ventajas de la situación presente", en *Revista de Madrid*, 1843, tomo 1, p. 237.

<sup>15</sup> Sobre esta cuestión, remitimos a los escritos de J.I. MARCUELLO BENEDICTO, "La práctica del poder moderador de la Corona en la época de Isabel II", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, (I-III-1997), p. 218 y su libro *La práctica parlamentaria en el reinado de Isabel II*, Madrid 1986.

al respeto y consideración de todos"<sup>16</sup>. En 1844 había publicado un artículo en la *Revista de Madrid* en el que, al reflexionar sobre las transformaciones que sería pertinente hacer en la Constitución, se había detenido con especial interés en los problemas que hasta el momento había planteado el senado<sup>17</sup>. Dentro del movimiento liberal, sobre todo en España, el senado ha representado tradicionalmente una institución lastradora del progreso. Las garantías de permanencia que podría ofrecer no han sido lo suficientemente sólidas como para frenar las reticencias que suponían los ataques al principio de igualdad política. El senado nació como representación de un poder de la sociedad, un poder tradicional, que recoge la esencia de la nación y que personifica sus raíces, viniendo a ser el ancla de una sociedad que se tambalea en un mar tumultuoso. Sin embargo, afirma Galiano, el senado emanado de la constitución de 1837 fue un senado democrático, "lo cual no le es deshonra, pero no le cuadra, y como en democracia tiene un rival, o diciéndolo con propiedad, un superior en el Congreso, viene a servir a éste de un dependiente a veces indócil". Ahí estriba, desde su punto de vista, la necesidad de su reforma: el senado, o responde a su esencia, o es mejor que no exista. Galiano, hombre conservador, apuesta por la permanencia de la institución y propone cambios en la línea ecléctica que caracterizó la oferta de la comisión parlamentaria. El senado que nacerá de la Constitución de 1845 trataría de ser, desde esta perspectiva, moderno y antiguo a la vez, lo que, como dijera Pacheco, era la cuadratura del círculo. La dificultad de hacer engranar la estabilidad que podían otorgar un senado nobiliario y hereditario (organización que ya empezaba a ser un anacronismo) y la viveza que podía ofrecer un senado electivo, llevó a la comisión de reforma a proponer un senado de designación real, de carácter vitalicio y con un número ilimitado de miembros. Galiano, que se decantó claramente a favor del senado hereditario y de real nombramiento, había examinado más profundamente la cuestión en su artículo de 1844: "Que en algo a lo menos sea hereditaria la dignidad de miembro del alto cuerpo legislador, en mi sentir conviene a la libertad civil, a la firmeza de la sociedad y del estado, en suma a todo buen interés del procomún, y sin embargo opino que esta doctrina debe predicarse, sin proceder

---

<sup>16</sup> Diario de sesiones, Congreso, 2-XI-1844, p. 216. En la misma línea se definió en el Senado a la hora de proponer la reforma del reglamento del mismo, tratando de que la institución se convirtiera en un sólido apoyo al gobierno: "...pero el Senado conocería también que es conveniente que el Gobierno conozca cuál es la opinión de todos los senadores. Convencido que esto debe ser así, porque el Gobierno necesita fuerza; convenido que es menester que sepa cuáles son sus amigos y sus adversarios, es preciso convenir en que esta consideración es muy poderosa para que la votación sea pública" (5-III-1847). Diario de Sesiones, Senado, intervenciones de Alcalá Galiano en los debates sobre la reforma del reglamento del Senado, legislatura de 1845-46, pp. 383-397 y legislatura de 1846-47, pp. 254-256, 266 y pp. 279-288.

<sup>17</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De la proyectada variación de algunas de nuestras leyes políticas", en *Revista de Madrid*, 1844, tomo 4, pp. 334-346.

con arreglo a ella hasta que pase generalmente por cierta y provechosa"<sup>18</sup>. La apuesta de los moderados autoritarios por una legitimación de la monarquía en sentido conservador se vio además forzada por la inexistencia en España de una clase social burguesa lo suficientemente fuerte como para haber apuntalado por sí misma a la monarquía, por lo que una vez más, hay que hacer hincapié en la importancia del pacto establecido con los grupos reaccionarios (de ahí las concesiones en lo que respecta al senado). La capacidad de mediatización de los sectores tradicionalistas fue mucho más importante justamente por esa debilidad de la burguesía como grupo social con fuerza política<sup>19</sup>. La consecuencia inmediata de apoyarse sobre unos grupos sociales en detrimento de otros fue verse obligados a llevar adelante una política claramente restrictiva en lo que a materia de derechos y libertades se refiere. La nueva Constitución de 1845 va a encontrarse en esta línea. El Senado emanado de ella será un cuerpo cuya actuación se encaminará a hacer de espacio intermedio entre la Corona y el Congreso, según la concepción doctrinaria<sup>20</sup>. La representación de las nuevas elites sociales en la Cámara Alta vendrá, por derivación, a suponer una especie de ennoblecimiento de las mismas, un rito de paso que les permita compartir el poder con los grupos tradicionales. En definitiva, una concesión tanto a los nuevos tiempos como al dinero.

Desde el punto de vista mantenido por Alcalá Galiano, que representa la tónica general de los moderados, la milicia nacional y el jurado son dos instituciones de claro matiz progresista que deben desaparecer en tanto que podrían poner en peligro la necesaria estabilidad social. El mantenimiento de la milicia supondría una entidad competidora del ejercicio de la violencia institucionalizada (recordemos que muy poco después se creará la Guardia Civil), hecho que se agravaría por su muy dudosa filiación gubernamental, de este modo Alcalá recalca el papel político de la misma, ajeno a las leyes del gobierno representativo: "en la edad presente la Milicia

---

<sup>18</sup> Ibidem, p. 345. La vinculación de la suerte del Senado a la de la Corona por medio de la designación real de los senadores, dejó a la institución en una situación de clara dependencia del Trono, como ya señaló R. BERTELSEN en *El Senado en España*, Madrid 1974, p. 207.

<sup>19</sup> Así se explica el trascendental papel que jugaron la famosa camarilla y el ejército (sobre esto ver: F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, op. cit., p. 254-255 y "Los generales y el partido moderado (1843-1854). Contribución al estudio de un problema básico de la época isabelina", en *Revista de la Universidad Complutense*, nº 28, 1979, pp. 105-122). Como escribiera Jover, las capas medias que constituían el soporte de la concepción doctrinaria de la sociedad eran extremadamente débiles en España y muy temerosas de cualquier radicalismo social ("Situación social y poder político en la España de Isabel II", en *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, pp. 246-7). Este hecho, unido a la débil integración del estado moderado, favoreció la permanencia de las formas tradicionales de poder (D.R. RINGROSE, *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, p. 485). Acerca de las ideas de los moderados al respecto, puede leerse el artículo de A. GARRORENA titulado "La sociedad como base de la autoridad en la ideología del moderantismo español", en *Anales de la Universidad de Murcia. Derecho*, nº 1-4, curso 1970-1971.

<sup>20</sup> J.A. ENRILE ALEIX, *El Senado en la década moderada (1845-1854)*, Madrid 1980, pp. 314-315.

Nacional ha contraído méritos; pero estos mismos méritos la hacen peligrosa hoy, la hacen imposible ahora, y es menester que se resigne a abandonar las armas; que sirvan a la libertad de los hombres que la compusieran dando su voto a los que no lo tengan; con el uso de la palabra los que puedan emplearla, y todos haciendo valer, según las leyes, sus respectivos derechos<sup>21</sup>. Lo mismo cabe decir con respecto a los jurados, cuya restricción se extiende también a la libertad de imprenta, que tiene la frontera en el sacrosanto orden público. Todas estas disquisiciones de los pensadores que se hallaban en las regiones intelectuales de Galiano conducían, con su aquiescencia tácita, a justificar cualquier tipo de transgresión de la legalidad por parte de los gobiernos moderados, lo que ha servido para que se diga que dichos ejecutivos, en su práctica política, se caracterizaban por una marcada prevalencia por los intereses sobre los ideales, comportándose según una concepción totalmente patrimonialista del estado<sup>22</sup>.

Junto a la reforma constitucional, los moderados trataron de influir en la marcha del país por medio de la modificación de otras leyes que aproximaron la realidad a su esquema político. Asunto prioritario era, desde luego, la cuestión municipal. La ley moderada de 1845 logró que los ayuntamientos perdiesen las atribuciones otorgadas por la legislación progresista, pasando el alcalde a depender del jefe político y del ministro de Gobernación. En relación a la ley, también moderada, de 1840, la del 45 buscaba plasmar más claramente la concepción centralista de la administración de los conservadores. Si el municipio iba a quedar limado en sus posibilidades, no disfrutó de más suerte la diputación provincial, cuya discusión tuvo cierta importancia, incluso entre las filas moderadas. A su existencia se opuso Javier de Burgos, pues veía en ellas peligrosos instrumentos de oposición a los planes del gobierno. Alcalá Galiano participó en esta polémica desde la *Revista de Madrid* con artículos en los que analizaba las diputaciones provinciales como instituciones y su importancia para la conformación del nuevo sistema electoral. Si bien contemplaba a todos los órganos intermedios como verosímiles palancas para el particularismo, tan arraigado en España, no dejó de observar en ellos elementos favorables para hacer más flexible la relación entre el gobierno y los ciudadanos. Esta

---

<sup>21</sup> Diario de sesiones, Congreso, 2-XI-1844, p. 215. En la misma línea: "Ahora pues la ley no reconoce en la Milicia Nacional derecho de expresar en cuerpo su opinión sobre materias del gobierno. Sin embargo, es ya entre nosotros como dogma recibido y venerado, al cual es uso ajustar las acciones de los gobernadores y aun la opinión de los pueblos, que en casos arduos y sobre negocios de estado la voluntad de estos cuerpos semimilitares sea consultada, y casi en toda ocasión obedecida", *Revista de Madrid*, 1843, tomo 1, p. 232.

<sup>22</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, *El partido moderado*, p. 191.

forma de entender las diputaciones provinciales, claramente teñida de matices procedentes de sus análisis de la experiencia anglo-americana, le condujo a transformar las diputaciones en poderes intermedios, en canales de comunicación. Por consiguiente, y siempre desde su punto de vista, las diputaciones provinciales habrían de ser, sobre todo, órganos consultivos que manifestasen el interés de los súbditos de la Reina, borrando de un plumazo atribuciones anteriores como el derecho de hacer las listas electorales o el reparto de las contribuciones. El objetivo era justificar de otra forma el ímpetu centralizador de la ley manteniendo unas vías, siempre necesarias, para que la opinión pública, en la limitada interpretación de quienes poseen intereses sociales (entiéndase económicos), expusiese su parecer. Desde la perspectiva de Galiano, siempre preocupado por el carácter sociológico de las instituciones, se hacía necesario encontrar razones que avalasen las veleidades autoritarias del gobierno. Al lado de esto y de sus habituales, y siempre presentes, prevenciones frente al desorden, no dejó de señalar la oportunidad que con la nueva ley se presentaba para reforzar el poder del ejecutivo: "Hoy, con la legislación vigente, los lazos que mantienen a los varios cuerpos del Estado unidos entre sí, y dependientes de los superiores los inferiores, están o rotos o tan alejados que a rotos equivalen (...). En situación semejante se ha menester a lo mejor por de pronto armar a la autoridad de gran poder para sujetar y traer a la obediencia voluntades caprichosas llegadas a ser por demás robustas y pujantes"<sup>23</sup>. Sin embargo, el modelo centralista francés, sobre el que los moderados querían dibujar el mapa administrativo de España, requería de una integración y robustez políticas de las que carecía nuestro país, por lo que el sistema degeneró en un burdo remedo incapaz de servir a las necesidades para las que había sido creado. Así, el gobernador civil español jamás llegaría a ser un profesional de la administración, un instrumento para la gestión, sino un mero servidor político de intereses bastardos, manipulador de elecciones y perpetuador de las tradicionales formas de poder<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De la institución, organización y atribuciones de las diputaciones provinciales", *Revista de Madrid*, tomo II, 1844, pp. 3-13; "De nuestro sistema electoral", en *Revista de Madrid*, tomo III, 1844, pp. 105-120.

<sup>24</sup> E. GARCÍA DE ENTERRÍA, "Prefectos y gobernadores civiles. El problema de la administración periférica en España", en *La administración local. Estudios de ciencia administrativa*, Madrid 1961, pp. 83-118. De este modo, el método de adjudicación de los cargos en la administración española del siglo XIX responde más al *spoils system* que a cualquier otra mecánica de acceso al poder. De ahí que resultase tan absolutamente fundamental alcanzar el gobierno y mantenerse en él a toda costa, pese a las desvirtuaciones del sistema representativo que tales comportamientos llevaran consigo.



### Senador vitalicio. El aislamiento político de Galiano.

Pese a la tarea desempeñada como teórico del moderantismo, Galiano no se sentía recompensado por el partido, lo que no iba a impedir que la Corona premiara sus esfuerzos en favor del sostenimiento de una institución que había visto peligrar su continuidad. Convencida de los grandes servicios que Alcalá había prestado a su causa, la reina Isabel II le nombró senador vitalicio en 1845, aunque no tomó asiento hasta 1846<sup>25</sup>. Sin embargo, este reconocimiento de la Reina a quien había sido fiel servidor, no iba a ocultar a Galiano su marginación dentro del partido en el que militaba. Habiendo sido uno de los principales adalides de la moderación en los años anteriores, y habiendo contribuido en gran medida a la remoción liberal de las torpes ideas con las que se manejaban los políticos gobernantes, Galiano no había obtenido los beneficios que de tales servicios se acostumbraba a esperar, y había visto brillar con los oropeles de la complacencia oficial a ineptos y aventureros de consideración. Pero en la vida pública resplandecen más las acciones relumbrantes que las cautelas, las palabras incisivas que las dudas y las reflexiones. Esto, junto a la tendencia de Alcalá a la indecisión, su incapacidad para ubicarse en un lugar seguro y su orgullo innato, que le impedía darse al mínimo de adulación imprescindible para hacerse con un cargo o con una prebenda importante, le arrastrarían a escribir estas frases llenas de lamentaciones: "Aunque todavía soy de la escuela que sustenta ser provechosos los partidos, y hasta necesarios y convenientes y aun justo en los hombres sacrificar más de una vez su opinión a la del mayor número de los de su parcialidad, no siendo en puntos que toquen a la honra, o en materias de superior importancia y trascendencia por una de las singularidades de mi destino nada común, me hallo como despedido de las filas en que doce años he estado, y servicio en que cuento padecimientos y trabajos dignos quizá de mejor suerte que la de mi actual oscura pobreza. De esto hago mención, así porque, suelto de todo lazo de partido, expreso aquí opiniones no dictadas por clase alguna de interés, ni aún por el de mis amigos. Situación semejante, si tiene para quien en ella se ve inconvenientes, le da en compensación la ventaja de poder hablar con cabal franqueza"<sup>26</sup>. Él mismo se

---

<sup>25</sup> Archivo del Senado, expediente personal de D. Antonio Alcalá Galiano (HIS-0013-03), nombramiento por real decreto del 15 de agosto de 1845 "como ministro que ha sido de Marina". Archivo del Congreso, legajo 108, nº 68: real decreto de nombramiento dirigido a los Secretarios del Congreso por Istúriz, jefe del gobierno: "Excmos Sres.: Con esta fecha digo a D. Antonio Alcalá Galiano lo que sigue: S.M. la Reina se ha dignado expedir con fecha 15 de agosto último, en San Sebastián, el Real Decreto siguiente: 'Usando de la prerrogativa que me compete en virtud de los artículos catorce y quince de la Constitución, y oído mi Consejo de Ministros, vengo en nombrar senador del Reino a Don Antonio Alcalá Galiano, Secretario que ha sido de Estado y del Despacho de Marina y Diputado a Cortes'. De Real orden lo traslado a V.E. para su inteligencia y satisfacción. Y lo transcribo de S.M. para conocimiento del congreso y más efectos consiguientes. Madrid 15 de febrero de 1846".

<sup>26</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Breves reflexiones sobre la índole de la crisis por que están pasando los gobiernos y pueblos de Europa*, p. V.

mostraría quejoso en repetidas ocasiones y repetiría en el Senado: "Señores, en este momento me encuentro libre de todos los partidos; he pertenecido al moderado, le he seguido fiel y constante, no he roto con él, pero en este momento, si bien encuentro a algunos amigos a quienes tengo no sólo mucho cariño, sino mucho aprecio, y si bien hablo con ellos de negocios públicos, a lo menos con la mayoría del partido no estoy acorde"<sup>27</sup>. Aun sin dejar de reconocer la necesidad de los partidos, Galiano reclamaba su independencia de juicio en el seno de los moderados, pues para él nada había más sagrado que disponer de esta libertad. Con una ingenuidad que sorprende, se manifestó contra la forma en que el gobierno había aplicado sus poderes excepcionales en 1848, medidas extremas que él mismo había apoyado. Como se verá después, para prevenir y aplastar las posibles repercusiones de los hechos de 1848, Narváez había solicitado la aprobación de una ley que le diera total capacidad para el ejercicio de la fuerza en la contención de los supuestos revolucionarios. Alcalá, que se había situado en la misma línea que Donoso Cortés en la defensa de la dictadura, se quejaría posteriormente de los abusos. Como hombre de orden, no estaba dispuesto a tolerar desmanes, pero como buen liberal no concebía las extralimitaciones gubernamentales: "Para que la dictadura sea buena, ha de ser justa, ha de prestar protección a todos igualmente, ha de respetar todas las instituciones; sin estos requisitos la dictadura no puede aprobarse, no puede admitirse; y cuando la dictadura no se ha ejercido como debiera, en este caso los Ministros son los responsables". Sus preocupaciones garantistas, por cierto más serias en lo que se refiere a sus correligionarios que a la oposición, poco parecían importar a Narváez y a los moderados pragmáticos. Dentro del partido, Galiano se había convertido en un apéndice extraño. Afín ideológicamente, en rasgos generales, a la mayoría de los conservadores, su formación y sus convicciones le alejaban extraordinariamente del autoritarismo rudo de gran parte de ellos. Por otra parte, la nueva generación de jóvenes que había visto la luz a la política en los cuarenta, pocas similitudes podía tener con un veterano como Alcalá, quien aún podía narrar de viva voz los hechos de las míticas Cortes de Cádiz. Caracterizados primordialmente por un talante utilitarista, los nuevos políticos se hallaban bastante distantes de aquéllos que, habiendo sufrido exilios y persecuciones, se encontraban ahora un poco fuera de lugar. En esta situación de desarraigo no se situaba sólo Alcalá Galiano, también padecían el mismo mal ilustres personajes como Mendizábal. Siendo actores secundarios en una mala representación, circulaban por el mundo de

---

<sup>27</sup> Diario de sesiones, Senado, 12-I-1849, p. 106.

la política sirviendo de respaldo por su acreditada prosapia liberal a los verdaderos protagonistas: los juristas y hombres de acción que formaron el peculiar combinado de la España moderada. A esta situación, Alcalá tenía que añadir sus propias limitaciones, que fueron descritas con gran clarividencia por sus contemporáneos: "El hombre de más entendimiento que he conocido en España y aun fuera de España es Dn. Antonio Alcalá Galiano, pero como sólo tiene entendimiento con el entendimiento y con la voluntad es tonto, no sirve para nada"; "Pero su defecto principal, y lo que le impidió siempre hacer en la política un papel correspondiente a su saber y elocuencia, fue la inconstancia y debilidad de su carácter. Y por eso, sin duda, estimaba tanto en los demás las cualidades contrarias..."<sup>28</sup>. Fue precisamente la admiración a la entereza y a la fuerza de temperamento lo que le llevó a arrimarse a gentes como Narváez, con quien, por otra parte, poco éxito tendrían su natural tendencia a la ironía, a jugar con el doble sentido de las palabras y a la pura broma. Hay una caracterización de la época, hecha por el ya citado ferviente esparterista y antimoderado Martínez Villergas (el mismo que escribiera los famosos *Misterios de Madrid*), que nos muestra a aquel Alcalá de la década moderada, desencantado de casi todo: "Porque Galiano, escéptico y sin creencias, pues todas han naufragado en las borrascas de su vida, debe haber sido capaz de cualquier cosa. El estado de reacción permanente en que se ha hallado su espíritu debe haber ennegrecido su alma. Tal vez desde que nació se nutrió de odios. Es muy posible que, como suele suceder, su fealdad nativa le atrajese los sarcasmos de los compañeros de su infancia, y que los que le rodearon en su cuna sembraran en su corazón los gérmenes de esa reacción que forma hoy su principal carácter. A más de que Galiano no ha sido feliz en la familia, y su vida privada ha sido tan tempestuosa como su vida pública. Uno de sus hijos fue condenado a una muerte vergonzosa de que le libró la expatriación; otro tiene, enfermizo y caquético, con pocas esperanzas de larga vida, y ambos de su padre han heredado el talento suficiente para acabar de ilustrar un apellido desde mucho tiempo célebre y que hubiera podido ser más glorioso. D. Antonio Alcalá Galiano ha sido muy desgraciado, y la desgracia deja siempre huella en la moral de sus víctimas; la desgracia vuelve a un hombre o muy bueno o muy malo. Hace un condenado de un escéptico; hace un santo del que tiene fe"<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> J. VALERA, carta a Francisco Moreno (Madrid 17-IX-1859), en "Epistolario inédito de Juan Valera a Francisco Moreno", en M. VALERA SÁNCHEZ, *Juan Valera, político*, Córdoba 1983, p. 512; A. CONTE, *Recuerdos de un diplomático*, vol. 1, p. 106.

<sup>29</sup> J. MARTÍNEZ VILLERGAS, *Los políticos en camisa. Historia de muchas historias*, Madrid 1845, vol. 1, pp. 356-357. El hijo huido al que se hace referencia no es otro que nuestro ya conocido Dionisio Alcalá Galiano. Oscuros asuntos en los que estuvo implicado le llevaron al destierro a los Estados Unidos. Las noticias sobre la naturaleza de los hechos son confusas, y hasta contradictorias: maquinaciones políticas y delitos de tipo económico. En la Real Academia de la Historia hay una carta de la esposa de Dionisio, Isabel Fernández de las Peñas, en la que solicita el indulto para su marido. En dicha carta

El objeto de las quejas de Alcalá, el partido moderado, fue el gran aglutinante del periodo que nos ocupa. Más que un partido, fue una especie de movimiento decidido a implantar su mentalidad conservadora y pragmática en todos los ámbitos de la sociedad española. Administrativamente, dispuso de la oportunidad de organizar el estado de acuerdo a sus planteamientos. Políticamente, implantó unos comportamientos que perdurarían en la segunda mitad del siglo. Socialmente, logró que arraigaran entre los españoles a los que iba dirigido su mensaje, un talante burgués veteado de aspiraciones nobiliarias. Podría decirse que el partido moderado se había estado formando por aluvión. Dos tipos de mentalidades políticas concurren en sus primeros tiempos: antiguos doceañistas y exaltados del Trienio pasados por el tamiz del exilio y la práctica política, y convertidos en "gente de orden", y monárquicos fernandistas que optaron por Isabel II y no por don Carlos. Sin embargo, ese conglomerado difuso que se había ido definiendo en los años treinta, debió pasar su propia catarsis tras la sublevación de La Granja. Los meses que siguieron a la sublevación supusieron para los moderados "...no sólo una verdadera regeneración de las doctrinas conservadoras, sino una nueva fórmula dada a los principios de este partido"<sup>30</sup>. Llegado el año de 1844 la orientación de la opinión pública daba suficiente pábulo a la creencia de que el apoyo a las ideas del moderantismo era sustentada por una mayoría de la población fatigada de la inestabilidad. Con la seguridad que esta creencia proporcionaba, los moderados accedieron al poder convencidos de la certeza de sus planteamientos. Sin embargo, las distintas formas de entender el moderantismo generarían tendencias que dividirán al partido, tendencias que en parte son producto del origen variopinto de los integrantes de la agrupación y en parte nacieron del ejercicio y disfrute del poder. Detrás de esas corrientes laten dos aspectos fundamentales a la hora de definirse y asociarse ideológica y políticamente: la existencia (o carencia) de un talante auténticamente liberal (que podríamos definir como la defensa de unos principios básicos de libertad -expresión, reunión, participación-, en el caso de que tal talante esté presente) y la agrupación en torno a figuras destacadas por su significación social y política (no tanto ideológica). Esta última cuestión, el clientelismo, define de forma muy precisa la organización interna del partido moderado, y tiene su origen en el marcado personalismo que caracterizó la política española. La fuerza de los

---

Narváez anotó un mensaje para su secretario "que entregué y recomendé a su marido" (obviamente, al Ministro de Gracia y Justicia) (documento fechado en Húmera el 1 de julio de 1848).

<sup>30</sup> A. BORREGO, *Ensayo sobre los partidos políticos en España. Fragmentos de un libro inédito*, Madrid 1884, p. 39.

"notables" era palpable incluso fuera de los periodos electorales y se veía apuntalada por otros factores como el proceso de funcionamiento del régimen, la precaria madurez de su estructura o la proximidad de los moderados a los sectores poderosos económicamente<sup>31</sup>. Las inclinaciones oligárquicas que se hallan presentes en el partido no son, en definitiva, más que el reflejo de la sociedad en la que desarrolló su actividad política.

Las tendencias a las que se ha hecho mención son la que podríamos denominar puramente moderada o conservadora, la llamada puritana y la autoritaria. Por lo que respecta a la primera, mayoritaria, puede decirse que mantuvo una ideología afín al doctrinarismo francés, pero sumamente coyuntural, pragmática. El reforzamiento del poder real, el bicameralismo, representación y participación políticas reservadas a los propietarios y la defensa del orden fueron sus principales puntos doctrinales; su objetivo se centraba en la consolidación del partido como una gran fuerza liberal, con planteamientos lo suficientemente vagos como para incluir a todos los que no fueran carlistas o progresistas radicales. En lo que se refiere al talante liberal del que se hablaba antes, la corriente moderada aceptaba los derechos y libertades en el papel, pero no dudaba en suspenderlas si las circunstancias ponían en peligro el orden público. Este comportamiento no es más que un ejemplo de que para el sector mayoritario del partido prevalecían los intereses sobre los ideales, "motivaciones más relacionadas con el dinero y el medro personal que con una ideología política o un ideal de servicio a la comunidad"<sup>32</sup>. El clientelismo fue común norma entre ellos, distinguiéndose los bloques pidalista (capitaneado por Pedro José Pidal), polaco (encabezado por Sartorius) y narvaísta (dirigido por Narváez). Engrosaron sus filas destacadas figuras políticas: Antonio Benavides, Donoso Cortés, López Ballesteros, Díaz Caneja, Martínez de la Rosa, González Bravo y nuestro ya viejo conocido Antonio Alcalá Galiano, por señalar unos cuantos. La tendencia autoritaria, por su parte, incluyó a elementos que poco tenían de liberales, si es que algo tenían. La mayor parte de ellos apoyaban al partido moderado porque no eran carlistas. He ahí todo su "liberalismo". Algunas de sus propuestas, absolutamente anacrónicas (como aquélla del Marqués de Viluma de querer una carta constitucional del tipo del Estatuto Real), hacían poco realistas sus planteamientos. La principal preocupación de esta corriente de opinión era restaurar a la Iglesia en sus antiguas

---

<sup>31</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, *El partido moderado*, p. 104.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 191.

prebendas. Contó con un insospechado auge tras la revolución de 1848, cuando el problema social se planteó en toda su crudeza, y sobre todo tras el ataque del cura Merino a Isabel II (febrero de 1853). El citado Marqués de Viluma y Bravo Murillo actuaron de *oficiantes de esta tendencia*, y dieron voz a sus intenciones de restringir la autonomía y las facultades parlamentarias y modificar la composición de las Cortes, estrategia que había diseñado Bravo Murillo en su proyecto de reforma constitucional de 1852. El fracaso de este intento hizo desaparecer de la vida política a la fracción dirigida por el Marqués. Por último, habría que mencionar a los puritanos, los más liberales del partido. Dirigidos por Joaquín Francisco Pacheco, fueron definiendo sus ideas a lo largo del periodo moderado, a medida que el régimen traicionaba los principios que teóricamente le sustentaban. Dada su preocupación por el pretorianismo militar que regía el sistema político, por la restricción a los derechos y por la falta de alternancia política con los progresistas, trataron de acercarse a éstos con objeto de formar, movidos por un ideal de reconciliación, un partido realmente liberal, sobre todo tras la consolidación en el poder, en 1847, de las corrientes dirigidas por Narváez y Pidal<sup>33</sup>. Abogados y profesionales unidos a algunos generales (Serrano, Méndez Vigo, Concha y Ros de Olano) y a alguna que otra vieja gloria del liberalismo español formaban esta *corriente de pensamiento*: Patricio de la Escosura, Cánovas del Castillo, Nicomedes Pastor Díaz, Fernández de la Hoz, Istúriz, Borrego, Salamanca, el marqués de Vega Armijo. Como es de suponer, las relaciones entre las distintas tendencias no eran fluidas: la competencia política y las diferencias ideológicas dificultaban cualquier entendimiento.

Con respecto al partido progresista, los moderados no mostraron el menor interés en colaborar con él (salvo los puritanos), tratando a sus miembros con cierto desdén, como es buen ejemplo el retrato que de los progresistas hiciera Mesonero Romanos: "Y nuestro juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, heroica y liberal"<sup>34</sup>. Para desgracia de España, el comportamiento descrito de don

---

<sup>33</sup> Anteriormente, la formación en marzo de 1847 de un gobierno presidido por Pacheco fue un momento escasamente aprovechado por los progresistas para acercarse a este sector de moderados que les hubiesen facilitado, con toda probabilidad, la alternancia política. Los intentos de unión no tendrían éxito hasta que los enfrentamientos en el Congreso con el gobierno de Sartorius (noviembre de 1853) convencieron a los progresistas de la necesidad de actuar de forma inmediata. De aquellas negociaciones nacería la preparación de un pronunciamiento y la redacción del Manifiesto de Manzanares por Cánovas del Castillo, simpatizante de la tendencia puritana del partido moderado.

<sup>34</sup> R. MESONERO ROMANOS, "El juntero", De "Contrastes", *Costumbristas españoles*, I, 1346-7, citado por COMELLAS, *Los moderados en el poder...*, p.154.

Ramón, como muy bien él sabía, no era monopolio de los exaltados. Los contemporáneos, ciertamente, no dejaron de señalar el estancamiento ideológico en el que habían caído los progresistas con sus continuadas llamadas a la Constitución de 1812 y a los derechos abstractos; de cualquier forma, pocas oportunidades, por no decir ninguna, tuvieron de perfilar sus ideas estando como estaban marginados de la participación activa. Por su parte, la consolidación de la teoría política moderada fue lenta y difusa, aunque contó con los tres cursos de derecho político presentados en el Ateneo por Donoso Cortés, Pacheco y Alcalá Galiano, y sólo puede hablarse de Andrés Borrego como el verdadero precursor en la tarea de forjar una sólida y coherente doctrina para el partido moderado<sup>35</sup>. Sin embargo, la consistencia de sus teorías no fue a la par con la práctica y tras los planes reaccionarios de Bravo Murillo no había más que el anhelo de un retroceso imposible de sostener políticamente en los años que corrían. La degeneración de la vida política, unida a la manifiesta corrupción económica y a la desvirtuación de las bases del gobierno representativo por el comportamiento atolondrado e insensato de la reina Isabel, iban a provocar una importante reacción, a la que no sería ajeno el propio partido moderado. La fracción puritana tomó la iniciativa de la censura de un estado social totalmente desanimado, especialmente Andrés Borrego y Pastor Díaz, los cuales dejaron escritas elocuentes palabras acerca del deterioro moral en que había caído España y el partido del que formaban parte: "...Habían desconocido la existencia del partido como cuerpo moral, habían disuelto su organización, menospreciado y repudiado a los hombres que más habían contribuido a formarlo; habían olvidado sus principios y tradiciones..."<sup>36</sup>; "Una cosa le falta, importante en verdad: le falta realizar sus teorías; le falta la aplicación de sus principios; le falta dirigir los negocios de la gobernación del Estado con las mismas máximas que asienta para la resolución de las cuestiones políticas. Al partido monárquico-constitucional le falta haber gobernado. Como partido, no ha gobernado todavía"<sup>37</sup>.

---

<sup>35</sup> A través de la *Revista Peninsular* y el *Correo Nacional* en 1837 y 1838 (R. FERNÁNDEZ CARVAJAL, en *Historia de las literaturas hispánicas*, Barcelona 1958, vol. 5, p. 198).

<sup>36</sup> A. BORREGO, *Lo que ha sido, lo que es y lo que puede llegar a ser el partido conservador*, pp. 42-43.

<sup>37</sup> N. Pastor DÍAZ, *Diez años de controversia parlamentaria*, en *Obras*, Madrid 1868, vol. VI, p. 45.

### Tareas intelectuales. El “talento desaprovechado”.

La decepción que sufrió cuando en 1844 no obtuvo escaño por la falta de interés del partido, unida a la nula distinción pública de su tarea de apoyo al gobierno de Narváez, llevó a Alcalá a dedicarse por entero a sus tareas intelectuales. Sin abandonar el Congreso y después el Senado, Galiano continuó escribiendo y dando clases en el Ateneo, oportunidad ésta en que su sobrino Juan Valera escribió a su padre mostrándole su extrañeza por el poco aprovechamiento que el partido moderado hacía de sus capacidades: “Anoche oí a Galiano explicar en el Ateneo la historia del siglo pasado. Un inmenso auditorio lo circundaba. Estuvo felicísimo. ¡Qué memoria, qué grandilocuencia y qué facilidad!. No ha perdido nada, a pesar de los años. Es el primer talento de España. Y, sin embargo, está miserable, aburrido y postergado”<sup>38</sup>. La conciencia del aislamiento político en la que Alcalá vivía se iría profundizando con el paso de los años, agudizándose su soledad intelectual, lo que en última instancia constituía un rechazo, por parte de sus compañeros moderados, a su actitud reflexiva, escasamente práctica para las negociaciones y pactos que implicaba la política diaria<sup>39</sup>. El Ateneo constituyó un refugio de primera magnitud para este Galiano decepcionado del mundo de la acción partidista. El papel secundario que le tocó desempeñar en la política se trocó en protagonismo estelar en las salas de la institución madrileña. En 1845 Alcalá Galiano fue elegido presidente, y a partir de ese momento, todos sus intereses se volcaron en llevar adelante un programa de impulso a los “progresos del siglo” desde las cátedras. Pero parece que Alcalá jamás olvidaba sus consignas políticas, y en el discurso inaugural de la temporada incidió en la necesidad de evitar el desorden y sostener las discusiones pertinentes siempre desde las líneas claras que marca la ley, frontera única de toda incursión dialéctica<sup>40</sup>. En 1846 aceptó hacerse cargo de la cátedra de literatura, y con la elocuencia que le fue propia, deslumbró una vez más a una parroquia predispuesta con sus profundos conocimientos acerca de la literaturas española, italiana, francesa e inglesa en el siglo XVIII. Apartado de otras tareas, Alcalá impartió docencia sobre esta materia en años posteriores<sup>41</sup>, y volvió a la presidencia en 1849. Pero tales dedicaciones sólo eran dedalitos de miel en la boca de un oso, y Alcalá no se llamaba

<sup>38</sup> Carta de Juan Valera a su padre, Madrid 1-XII-1849, en J. VALERA, *Correspondencia (1847-1857)*, Madrid 1913, vol. 1, p. 65 y *Obras completas*, Madrid 1958, vol. III, pp. 27-28.

<sup>39</sup> A. GARRORENA, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal, 1836-1847*, p. 360.

<sup>40</sup> *El Heraldo*, 9-XI-1845, p. 3.

<sup>41</sup> *Ateneo de Madrid*, MS nº 8 (13-X-1848). Los cursos de literatura se publicarían con el título *Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, Madrid 1844.



a engaño al respecto. Había analizado la realidad española a fondo y estaba deseoso de poner en conocimiento de sus coetáneos las ideas elaboradas por los estudios y la experiencia de tantos años. Sin embargo, en sus manos y en las de los demás moderados, el Ateneo se había convertido en uno de los principales focos de configuración de la mentalidad conservadora que dominó toda la década. La institución se tiñó de moderantismo desde que en 1837 comenzaron a llegar los exiliados, y se decantó definitivamente por esta opción cuando en el trienio esparterista reunió en sus salas a todos los opositores a la regencia del general<sup>42</sup>. Prueba de ese talante fue la marginación a que se sometió en su seno a los progresistas. Cuando Alcalá Galiano marchó al exilio en 1840-1841, su cátedra, que había quedado vacante, se suprimió; de esta forma se evitaron los conflictos políticos que provocaría la presencia en ella de un moderado y se evitaba la docencia de un progresista como Fernando Corradi, cuyo nombre corría en boca de todos como posible sustituto<sup>43</sup>. Tal actuación movió a los progresistas a crear la Sociedad de Instrucción Pública, que se inauguró el 1 de diciembre de 1840 y en la cual dio Joaquín María López su *Curso político-constitucional*. Durante la década moderada el Ateneo se confirmó como bastión ideológico de los moderados. Si bien en los meses previos a la arribada de Narváez al poder, su actividad habría decaído un tanto a la espera de la consolidación de la situación política, después se convirtió en centro de interés por la repercusión de sus actividades. Particular atractivo ejerció la cátedra de ciencias morales o políticas, en la que ejercían sus funciones todos los que eran algo en la política, o al menos quienes lo pretendían. El paso por el Ateneo, como oyente o como conferenciante, fue un trámite obligado para aquella generación de gestores de la década moderada. La formación esencialmente jurídica de la mayoría de ellos los vinculaba de una forma u otra a aquella institución propia de una sociedad burguesa en expansión. En el terreno de las doctrinas políticas y jurídicas en el Ateneo se exponían las últimas novedades europeas al respecto y se reflexionaba sobre su posible aplicación a España. Por otra parte, y ya desde otra perspectiva, sus salas fueron uno de los principales núcleos de lo que podríamos denominar la "sociedad moderada", es decir, punto de reunión de las elites políticas y con el tiempo, también económicas, de aquel conglomerado social. En una forma de hacer política tan personalista, el Ateneo y sus pasillos, al igual que el Congreso, sirvieron

---

<sup>42</sup> R. M<sup>a</sup> de LABRA, *El Ateneo de Madrid, 1835-1905. Notas históricas*, p. 117.

<sup>43</sup> A cambio de la cátedra de "Derecho Político Constitucional" se creó la de "Historia del Gobierno y Legislación de España", que fue encargada a Pedro José Pidal. El enfoque histórico de la materia, que no fue más allá de los concilios de Toledo, evitó dificultades con el gobierno (A. GARRORENA, op. cit., p. 173). Las protestas por el acto de parcialidad de aquella decisión fueron encabezadas por Juan Miguel de los Ríos y Luis González Bravo.

para entablar y deshacer pactos, para aupar o hundir notabilidades, para diseñar estrategias o negocios. Resulta de gran interés, por tanto, no perder de vista en ningún momento la importancia de estos recintos de reunión, de esos marcos de la sociabilidad política. En sistemas políticos como el proyectado por la Constitución de 1845, con una representatividad tan pequeña, con una participación tan escasa de la población en las decisiones, la política es cosa de pocos, puede que las decisiones afecten a muchos, pero las toman pocos, y esos pocos se tratan continuamente: en los salones, en el Congreso, en el Senado, en el Ateneo... De ahí la importancia del componente personal, de la trascendencia de este tipo de recintos y de las actividades paralelas que en ellos se realizan. Según los estatutos del Ateneo, éste no debía estar mezclado en las disputas que separaban a los partidos, pero pretender que esto se convirtiera en una realidad era poco más que una ilusión. Ya en la época de la regencia de Espartero, la actitud de la institución, contraria al duque de la Victoria, quedó de manifiesto en la memoria de actividades del curso 1841-1842 que leyó el Secretario Fernando Alvarez, el 29 de diciembre de 1842<sup>44</sup>. En la década moderada, si bien mostrándose más afín al régimen, el Ateneo no dejó de manifestar sus propias veleidades políticas, y dio pábulo en sus salas a la tendencia puritana del partido moderado, sobre todo hasta 1850. Los años que van de 1847 a 1850-1851 constituyeron una época de gran éxito para el Ateneo: el incremento continuado del número de socios coincidió con el incremento de la cuota de entrada de 100 a 520 reales, lo que permitió el traslado al edificio anteriormente ocupado por el Banco de San Fernando en la calle Montera de Madrid<sup>45</sup>.

El retorno de los progresistas a las aulas coincidió, para su desgracia, con la revolución de 1848. El debate sobre los puntos clave del ideario progresista, como el jurado (sacado a colación por Pedro Mata), se vio frenado y pronto atrajo la atención de los asistentes el análisis de los que Pastor Díaz llamó "problemas del socialismo". Estudiados en dieciséis lecciones a lo largo del curso 1848-1849, estos "problemas del socialismo" pusieron en alerta a la vieja guardia moderada, la cual, en diciembre de 1850, presentó quejas a la Junta directiva sobre los supuestos excesos verbales de Nicolás María Rivero en materia de religión y política<sup>46</sup>. Alcalá Galiano, presidente a la sazón y ya en esta época miembro destacado de esa vieja guardia moderada,

---

<sup>44</sup> "Memoria leída por el Secretario del Ateneo Científico y Literario de Madrid el 29 de diciembre de 1842", en *Revista de Madrid*, IV, 1842, pp. 87-102.

<sup>45</sup> A. RUIZ SALVADOR, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, p. 82.

<sup>46</sup> R. LABRA, op. cit., 21.

llamó la atención al catedrático Rivero, el cual se negó a seguir dictando su curso "Filosofía moderna". Éste, médico y abogado llegado no ha mucho de Sevilla, dispuesto a hacerse un nombre en las filas del progresismo, hubo de topar con los residuos de la intransigencia. Galiano, por su parte, no reanudó en esos años sus Lecciones de derecho político, pese a su prolongada vinculación a la sección de Ciencias Morales y Políticas; se dedicó, por el contrario, a su otra afición: la historia de la literatura. Cada día más interesado por otras cuestiones como la economía política (según se llamaba en la época) y más estancado en sus ideas acerca de la evolución de las libertades civiles (atrapado como estaba en la defensa de un régimen autoritario como el de Narváez), la literatura ofrecía ante sus ojos un panorama más reposado en el que no era necesario implicarse políticamente por lo que su espíritu, abatido por el escepticismo, la desilusión y el rencor, hallaba un recóndito espacio en el que explayarse. El curso, iniciado en 1844, se reanudó levantando gran expectación, en 1846 y posteriormente de 1848 a 1850, conservando la asignatura hasta 1861<sup>47</sup>. Llevaba por título "Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII", aunque sus pretensiones fueron más allá del estudio de las obras literarias, pues las lecciones están plagadas de reflexiones acerca de las distintas culturas nacionales europeas, sus tradiciones, sus formas de pensamiento y el calado de las aportaciones de cada una de ellas a las demás. Estudio del lenguaje, de la literatura y de la filosofía se unen en estas poco aprovechadas lecciones para conformar un concienzudo, y sin embargo parcial, análisis de la cultura europea del siglo XVIII. Parcial es el criterio desde el que Galiano aborda el asunto, por tanto el curso refleja de forma muy marcada sus propias preferencias personales, más que presentar el estudio de la materia de forma sistemática. Aun así, la novedad de sus propósitos consistió, por un lado, en el tratamiento de un "ramo del saber poco menos que abandonado siempre en las aulas oficiales"; por otro, en la perspectiva adoptada: "Sirvióse de tal oportunidad para retratar a las personas célebres de que trató, dando rienda suelta a su vena satírica, y a su escepticismo, tanto y más que doctrinal, mundano, con lo cual despertaba alternativamente la admiración o la risa en sus auditores. Sagaz, desenfadado, ingenioso, profundo conocedor de los flacos humanos, nadie le ha excedido en la pintura de caracteres, no dando a lo bueno tal vez la importancia debida, pero describiendo lo malo con una exactitud que por entero despojaba y con razón a la

---

<sup>47</sup> *El Heraldo*, 15 y 27 de mayo de 1846.

historia de la literatura del lírico y hasta épico acento con que se ha salido falsear modernamente”<sup>48</sup>.

### **En la sociedad de su tiempo. Alcalá Galiano: gobierno fuerte y respeto de las instituciones.**

“...el furor que de todos se apodera por las cuestiones económicas. Este furor que a todos agita por esta clase de cuestiones, no se presenta nunca en primer término sin que sea anuncio seguro de grandes catástrofes y de grandes ruinas”<sup>49</sup>. La interpretación, extremada sin duda, de Donoso puede ofrecernos una semblanza del fenomenal cambio que había comenzado a producirse en la sociedad española. La sensación de que los hechos conocían una rápida sucesión, de que el enriquecimiento súbito era posible, de que se podía pasar de un estado a otro de la escala social por el mero hecho de participar en un pingüe negocio, ponía de manifiesto a los españoles que la tan ponderada igualdad, que el tan ansiado liberalismo, iban a permitir que la hija del comerciante se codease con la marquesa, que el ganadero próspero tratase corrientemente al duque, incluso, hasta podían llegar a disfrutar de título nobiliario. En este mundo de la autosatisfacción moderada, la complacencia llegaba al extremo de que se habían vuelto lugar común entre los bien situados expresiones del tipo “el que sea pobre, sin su pan se lo coma y que no culpe a nadie por su miseria”, versión chusca recogida por Antonio Flores de la famosa frase del diputado Calderón Collantes: “La pobreza, señores, es signo de estupidez”<sup>50</sup>. Desde luego, y como suele ser frecuente, las grandes y repentinas fortunas no siempre son producto de un “honrado y duro esfuerzo” y en el caso de la España moderada no caben dudas acerca de la frecuencia de algo tan poco virtuoso como la especulación en la eclosión y prosperidad de las mismas. Unos grupos sociales que en teoría pretendían ofrecerse como modelo de comportamiento moral y

---

<sup>48</sup> A. CÁNOVAS DEL CASTILLO, “Discurso leído el 31 de enero de 1884 por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo”, en *Discursos leídos en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid con motivo de la apertura del curso de 1884*, pp. 73-74. Esta *Historia* ha sido analizada por R.P. SEBOLD en “Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y visión filosófica”, en J. Amor Vázquez y A.D. Kossof (ed.) *Homenaje a Juan López Morillas*, Madrid 1982, pp. 383-404.

<sup>49</sup> J. DONOSO CORTÉS, “Discurso sobre la situación general de Europa”, en *Obras completas*, Madrid 1970, vol. 2, p. 450.

<sup>50</sup> Aunque no es intención de este trabajo analizar el proceso de transformación de la sociedad española de mediados del siglo, no podemos dejar de hacer referencia a ello. Las citas de la época que aquí se mencionan no pretenden más que reflejar la percepción del cambio y a la vez de la permanencia que sentían los propios contemporáneos. Sobre estas cuestiones puede consultarse bastante bibliografía actual, de entre la que destacamos la colaboración de A. BAHAMONDE para el libro *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid 1986, que lleva por título: “Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)” (volumen 1, pp. 325-375).

político, resultaron ser altamente simuladores, practicando lo que Aranguren llamó "vivir en falso", es decir, quienes abogaban por el más rancio patriotismo, adoptaban cualquier moda extranjera; quienes se presentaban como probos padres de familia, no obviaban tener una "querida", símbolo de su poderío económico; quienes sacaban a relucir de forma continuada los valores cristianos de la vida, no olvidaban obtener buen provecho dinerario de cualquiera de sus actuaciones, amistades y relaciones<sup>51</sup>. La sensación de inestabilidad que tales situaciones producían no dejaba de afectar a los propios beneficiados por el impulso económico que conoció la década, de ahí su ansia por buscar algo sólido, por anclar su fortuna en la tierra y su reputación en el abolengo. Esta circunstancia prueba la permanencia de comportamientos estamentales, o el deseo de adquirirlos, hecho éste que fue un rasgo característico de la sociedad moderada. El mismo Alcalá Galiano, al comentar años después su marcha a Cádiz, dejaba entrever lo poco grato que a su origen resultaba un cargo como el que fue a desempeñar en el Colegio de San Felipe Neri: "Resistíme al principio a aceptar una colocación tan impropia de mi esfera en el Gobierno y aun en la sociedad, pues si mi padre hubiese sospechado que podría su hijo venir a estar de director de un colegio de enseñanza, habría sentido arrebatos de pena y aun de ira"<sup>52</sup>.

Fue precisamente por esa absoluta necesidad de orden y seguridad en las propiedades por la que los moderados pidieron gobiernos fuertes a toda costa. Perdidas ya las formas tradicionales del reverencia social (que los conservadores pretendían mantener sólo en lo que a ellos les favorecía), las clases depauperadas se habían convertido en un peligro cierto, una nube amenazante que era capaz de echar por tierra la reciente alianza de nuevos ricos y viejos privilegiados. El sistema político creado en 1845 venía como anillo al dedo de esos anhelos de orden, proporcionaba un esquema a seguir, una respuesta que dar a los problemas políticos y sociales del pasado y del presente. Sin embargo, al ser oráculo sólo para una reducida parte de la sociedad, la constitución de 1845 presentaba importantes

---

<sup>51</sup> J.L. ARANGUREN, *Moral y sociedad. La moral social en la España del siglo XIX*, Madrid 1967, p. 119. En tono humorístico, un contemporáneo como fue Bretón de los Herreros retrataba el oportunismo imperante de esta forma: "Vea yo que con garbo el nuevo Midas,/ Garbo español, expande sus caudales,/ si en áureo tren y opíparas comidas,/ En fábricas también y en hospitales/ Aunque plumas de envidia corroidas/ Digan por deshonrar sus funerales/ Lo que se dijo de don Juan de Robrer/ Que si hizo el hospital, hizo los pobres", "El comercio", canto del poema *La desvergüenza*.

<sup>52</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Apuntes para la biografía del excelentísimo señor don Antonio Alcalá Galiano, escritos por él mismo*, en *Obras...*, vol 2, p. 303. Resulta sumamente ilustrativo de la mentalidad de la época el que Galiano considerase un descenso en su posición social trabajar como director y profesor de un colegio, mientras que siempre tuvo a gala el haberse visto obligado a dar clases particulares como preceptor durante el exilio en Inglaterra para poder mantener a su familia, y no depender de los subsidios del gobierno británico.

carencias para garantizar el orden por su escasa capacidad integradora. La única opción era la alternativa autoritaria, que no hizo más que agravar la situación existente<sup>53</sup>. Por otra parte, y ante estas aterradoras perspectivas de tumultos y sublevaciones, los moderados, fieles representantes de los mencionados intereses, adoptaron la estrategia de aparecer como el gran partido nacional, la gran fuerza de centro, entre el carlismo y los progresistas<sup>54</sup>. La convicción, una vez más, de estar en posesión de la verdad fue la razón de tal iniciativa. La certeza totalitaria volvió a adueñarse de la política, cerrando la puerta a todo diálogo con la oposición progresista (pues con la carlista era imposible: representó siempre la esencia de la intolerancia). Por supuesto, los progresistas también tenían sus inatacables certidumbres, pero el temporal alejamiento del poder les impidió influir demasiado. La situación de los progresistas en este periodo resulta sumamente peculiar, pues disponiendo de la posibilidad de "ilusionar" a un público desencantado, no fueron capaces de hacerlo. En su libro sobre los moderados, J.L. Comellas recoge una cita de Juan Valera muy significativa al respecto: "La gente pensadora, y la juventud ilustrada, o la que presumía de serlo, desdeñaban al partido del progreso, que en punto a ideas políticas o filosóficas en que fundarlas, se había quedado en el año de 1812"<sup>55</sup>. Carecía el partido de la oposición de ideas nuevas, pero también de hombres nuevos, de modernos talentos, de temperamentos realmente liberales que hicieran frente a los autosatisfechos moderados. La importancia de esta carencia nunca podrá ser lo suficientemente ponderada, pues las menguadas clases medias, ante el temor de las ideas radicales y no contando con una alternativa auténticamente progresista, se lanzaron de lleno en los brazos de los conservadores.

Alcalá Galiano colaboró de forma importante en esa tarea de adecentar al partido y sacar a relucir su capacidad de integración nacional. Si bien no obtuvo el más mínimo provecho del auge económico de su tiempo, su patológico miedo a los tumultos, a las reacciones incontroladas y al irracionalismo de todo estallido social, le

---

<sup>53</sup> J.I. MARCUELLO BENEDICTO, "Sistema constitucional, práctica parlamentaria y alternativas conservadoras en el liberalismo isabelino", en *Hispania*, LIII/1 n° 183 (1993), pp. 237-276. La práctica política tornó aún más conservador el régimen por la continuada expansión del ejecutivo, la vulneración de la legalidad constitucional, la nula intervención de las Cortes en la declaración de estados excepcionales y el protagonismo de la corona. Se ha señalado, sin embargo, el hecho de que los conservadores utilizaron instrumentos progresistas como punto de partida en la regulación de las materias relativas al orden público y la concesión de facultades extraordinarias para los militares: la ley de abril de 1821 y los principios esbozados en la Constitución de 1837. Los moderados, con su sentido pragmático, perfilaron más detenidamente los planteamientos ya existentes al respecto, creando una red burocrática de represión diseñada entre los administrativistas y los jefes militares afines al partido en el poder (M. BALLBÉ, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid 1985, pp. 136-138).

<sup>54</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, op. cit., p. 186.

<sup>55</sup> J.L. COMELLAS, *Los moderados en el poder, 1844-1854*, p. 151.

lanzó de cabeza a la labor de justificar las acciones de fuerza del gobierno. Desde su punto de vista, la situación en España no podía ser peor: “Señores, ¿se puede negar que el país está trabajando por la guerra civil?. ¿Se puede negar el descrédito en que ha caído el papel del primer establecimiento de crédito?. ¿Se pueden negar las crisis por que ha pasado?. ¿Se puede negar que los empleados en el presente año solamente han cobrado seis mesadas?. ¿Se puede negar, señores, la organización de todas las partes del cuerpo político?. Pues estas causas ejercen siempre, aun en las épocas más prósperas para los estados, un influjo tan considerable, que no es de extrañar que en nuestra Nación se hayan hecho sentir de una manera tan considerable”<sup>56</sup>. Habiendo emprendido decididamente el camino hacia el conservadurismo, no paró Alcalá de señalar la necesidad de sujetar el régimen constitucional, de apoyar a la Reina en el trono, de mantener la estabilidad social. Sin embargo, en el seno de su compleja personalidad entraban con frecuencia en conflicto sus demandas de orden con la más absoluta escrupulosidad en el respeto de las formalidades propias del sistema representativo de gobierno, y a menudo se vio obligado a lanzar sus críticas a los gobiernos de Narváez, de quien fue constante valedor. Y si hacía esas censuras al Duque de Valencia, los demás gabinetes no salieron mejor parados. Con motivo del envío de tropas españolas a Roma para proteger al papa Pío IX, Galiano aprovechó la tribuna senatorial para lanzarse al ataque de la decisión. En la sesión del 13 de junio de 1849 vertió duras acusaciones al gobierno por haber dispuesto el envío “sin haber venido a las Cortes a pedir lo necesario para sus gastos”. Esta continuada reiteración en la reverencia hacia las potestades del legislativo forma parte de su convencimiento de que son justamente dichas prerrogativas, dichos símbolos, los que configuran la esencia del gobierno representativo. La reclamación de absoluto respeto a las personas de los diputados y senadores, de la autorización de las Cortes para la validación de los presupuestos, y arreglo de la actuación del gobierno a la legislación vigente llenaron sus intervenciones en el Senado. La aparente contradicción entre su solicitud de un gobierno fuerte y su obsesión por el miramiento a las leyes queda salvada por la coherencia de su pensamiento, que poco tenía que ver con el pragmatismo de los moderados más pertinaces y puesta de nuevo en peligro por el carácter dubitativo de sus reacciones. La falta de ubicación concreta en la realidad política española de las ideas de Alcalá Galiano le hacen aparecer como una *rara avis* en el contexto español, pues sin dejar de ser un conservador, un hombre de orden, no cayó en el simplismo

---

<sup>56</sup> Diario de sesiones, Senado, 12-I-1849, p. 107.

dictatorial y autoritario de otros conservadores. En este sentido, sus palabras en el Senado (12-I-1849) demandando la compatibilidad entre gobierno fuerte y consideración a las instituciones resultan tan imposibles como esclarecedoras acerca de la discordancia entre autoritarismo y liberalismo político. Tal vez sin ser demasiado consciente de sus razonamientos, Alcalá expresó continuamente en sus declaraciones públicas la incoherencia política en la que vivía el régimen moderado, origen de su destrucción.

Al observar la sociedad de su tiempo, Galiano no dejaba de padecer esa sensación vértigo y expectación que como percibía un personaje de Galdós en *Los duendes de la camarilla* lo llenaba todo: "Aquí puede pasar todo, y la palabra increíble debe ser borrada del libro ése muy grande donde están todas las palabras, porque en España nada hay que sea mismamente increíble, nada que sea mismamente... ¿cómo se dice?. -Absurdo." Para Alcalá, la sociedad española de su tiempo había llegado a caer en una gran paradoja, pues los más beneficiados por la revolución, quienes se habían enriquecido con ella, resultaban ser ahora sus más duros críticos, quienes más protección pedían para la propiedad privada, negaban cualquier derecho a los anteriores dueños expropiados por la misma revolución. Negándose a tales tergiversaciones y en su persistente defensa de la legalidad de todas las acciones gubernamentales, pidió insistentemente la indemnización a los partícipes legos. La desamortización había dejado sin ningún tipo de desagravio a los perceptores legos del diezmo, los cuales habían contribuido a hacer pública su situación aprovechando el apoyo que ciertos personajes notorios les prestaban. La seguridad de los contratos y la compensación de las expropiaciones se hacían necesarias en aquella España que nacía al liberalismo económico. Alcalá, fiel defensor de las doctrinas de Adam Smith y de la estabilidad de los compromisos, puso voz en el Senado a las reclamaciones de los afectados. Fue precisamente en esta época cuando Alcalá comenzó a interesarse más profundamente por el librecambio y sus posibilidades para España, asunto éste que le ocuparía en la última etapa de su vida. En 1848 publicó un artículo en titulado "De algunas especies sin razón unidas como argumentos al tratar cuestiones de economía política" que recoge sus ideas iniciales al respecto. Aunque posteriormente se dedicará un estudio más detenido a estas materias, por el momento cabe destacar una interesante observación de Alcalá en esta época, y es que, según manifestó en repetidas ocasiones, en nuestro país se hacía necesario abandonar un tanto las reflexiones políticas y dedicarse con más intensidad al tratamiento de lo económico, con vistas a



dilucidar si lo conveniente para España era el proteccionismo o el librecambio. Tras un estudio de las polémicas librecambistas-proteccionistas en Inglaterra y el análisis del desarrollo económico de este país, recuerda Galiano la presencia entre los economistas españoles de ilustres figuras como Flórez Estrada, defensores firmes de la libertad económica y del fin de los aranceles, para después señalar su coincidencia con estas doctrinas. Hace una crítica del interés limitado que demuestran los partidarios del proteccionismo, interés que se circunscribe a sus propios asuntos, pero que no olvidan disfrazar del más rancio patriotismo: "Los argumentos nacidos del patriotismo son peores en cuanto hacen mayor, y sin duda mal efecto en quienes los oyen o los leen". La mixtificación que resulta de esa confusión buscada entre intereses individuales e interés nacional, es el mayor desafuero que puede hacerse al país, de manera que la solución está en manos de los políticos: "Pero el gobierno, o los hombres desinteresados, que obrando y estotros predicando con la voz o con la pluma, deben tener presente el uno y el otro interés (el del consumidor y el del productor) y sin afearle ni concederle demasiado, tomarle en cuenta con otros varios menos patentes"<sup>57</sup>. Mediante este artículo, Alcalá se enzarzó en una polémica periodística sobre el tema con Manuel M<sup>a</sup> Gutiérrez, defensor de los intereses de los proteccionistas catalanes. En su trayectoria de defensor del librecambio, este episodio contribuyó a aquilatar los puntos básicos sobre los que Galiano apoyaría sus discursos en las conferencias de la Bolsa en los años siguientes. Hablaremos de ellos posteriormente.

En el conjunto de especulaciones de la década moderada, Alcalá Galiano se vio inesperadamente inmerso en un suceso de fraude del que fue protagonista pasivo. Habiendo sido nombrado comisario del Banco de San Fernando por Alejandro Mon, con el apoyo de Martínez de la Rosa y Narváez, sus labores consistían en la inspección y el arqueo del Banco. Resultó que al órgano colegiado que formaban los comisarios se les escapó de las manos la malversación de fondos del director y sus ayudantes. Joaquín Fagoaga, director en aquella época<sup>58</sup>, junto al cajero, al secretario y al tenedor de libros, había hecho desaparecer de la caja del Banco los cien millones en fondos y títulos que éste acababa de recibir como auxilio, dada su

---

<sup>57</sup> "De algunas especies sin razón unidas como argumentos al tratar cuestiones de economía política", en *Revista Universal de la Administración*, 1848, pp. 51-67.

<sup>58</sup> Fagoaga había sido nombrado director por primera vez en 1836, abandonó su cargo en 1843. De nuevo volvió a desempeñarlo en 1846. Al ser un hombre de la casa, gozaba de toda la confianza (R. de SANTILLÁN, *Memoria histórica sobre los Bancos Nacional de San Carlos, Español de San Fernando, Isabel II, Nuevo de San Fernando y de España*, vol. 1, pp. 182, 193 y 204).

falta de crédito y su situación inestable (1848). El descubierto puso fin a la poca credibilidad que ofrecía la institución y aceleró su caída, propiciada además por los deseos de fusión con el Banco de Isabel II<sup>59</sup>. El derrumbe, que puso de manifiesto la incapacidad gestora de Alcalá y de los demás comisarios, le arrastró también a él, y Salamanca, ministro de Hacienda, le destituyó aprovechando la excusa que le ofrecía la unión de los dos bancos en un intento de modernizar el sistema español de emisión y crédito justamente en un momento de expansión económica<sup>60</sup>. El Banco de San Fernando había estado vinculado de 1829 a 1843 casi exclusivamente al servicio del estado, dejando de lado el crédito privado, pues se carecía de instituciones crediticias que hicieran de puente entre el banco y los prestamistas<sup>61</sup>. Las primeras innovaciones llegaron de la mano del Banco de Isabel II, fundado en enero de 1844. Aunque en su ejercicio hubo actividades dudosas, a su favor tuvo impulsar a sociedades mercantiles, de transporte e industriales con la garantía de las acciones de las sociedades prestatarias, además de introducir los préstamos en cuenta corriente<sup>62</sup>. Alcalá Galiano participó como espectador en el proceso de unificación de los bancos desde su puesto de comisario regio (sin voz ni voto en la Junta de Gobierno). La idea de la fusión, propuesta ya por Alejandro Mon y Ramón de Santillán, la llevó a la práctica José de Salamanca en marzo de 1847. El nuevo banco, que se denominará Banco Español de San Fernando, mantuvo las deudas del estado y los capitales desprestigiados de sus antecesores, pero procuró, según le mandaban sus estatutos, mantener un efectivo en caja al menos igual a la tercera parte de los billetes emitidos<sup>63</sup>.

---

<sup>59</sup> R. de SANTILLÁN, *Memorias, 1815-1856*, vol. 2, p. 100. El mismo Santillán relata los hechos en el citado *Memoria histórica sobre los bancos...*, pp. 288-293.

<sup>60</sup> Diario de sesiones, Senado, 13-I-1849 y 19-IV-1849, pp. 120-2 y 689-703, respectivamente.

<sup>61</sup> G. TORTELLA, *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Madrid 1982, p. 31.

<sup>62</sup> El hijo de Alcalá dice en las *Memorias* de su padre que Salamanca (antiguo favorecedor de nuestro protagonista) le destituyó por su adhesión a los ministerios de Istúriz y Narváez (*Memorias*, vol. 2, p. 531). Sobre el banco: L. ZUMALACÁRREGUI, *El Banco de Isabel II y la crisis de la banca de emisión española de 1847*, Madrid 1952. Favoreció el desarrollo de estas actividades el hecho de que el capital del Banco de Isabel II se estableciera en cien millones de reales, más del doble del efectivo del Banco de San Fernando. Los especuladores fueron elevando artificialmente la cotización de las acciones del Banco, solicitando después préstamos sobre el valor de mercado de estos activos. Al comenzar la crisis de 1847, el Banco de Isabel II se hallaba con muchas acciones en garantía de préstamos concedidos por un importe superior al que tenían. Entre estos especuladores se encontraba José de Salamanca, quien había recibido el 45% de los empréstitos.

<sup>63</sup> Para estudiar más detenidamente este proceso, pueden leerse los siguientes trabajos: G. TORTELLA, "El Banco de España entre 1829 y 1929. La formación de un banco central", en *El Banco de España. Una historia económica*, Madrid 1970; P. TEDDE "La banca", en *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, tomo XXIII de *Historia de España*, (Madrid 1997), pp. 353-390 y "Del Banco de San Carlos al Banco de España (1782-1856)", en P. TEDDE y C. MARICHAL (coords.) *La formación de los bancos centrales en España y América Latina (siglos XIX y XX)*, vol. 1, *España y México*, Madrid 1994, pp. 19-47.

Mientras tanto, las amenazas de catástrofe parecían hundir la prosperidad moderada: los hechos del 48, ejemplo máximo del miedo que ya no era posible ocultar, supusieron un primer aviso que unió a todos en la defensa de lo conseguido bajo el paraguas de la protección de la monarquía y la constitución<sup>64</sup>. Aunque se logró conjurar este primer desafío, la seguridad moderada había comenzado a precipitarse al vacío.

### **España y la revolución de 1848. La interpretación de Alcalá Galiano: el miedo al desorden.**

Los sucesos de Francia inquietaron enormemente al gobierno de Narváez, por lo cual se decidió a tomar una serie de medidas destinadas a evitar la reproducción de los hechos revolucionarios en España. El mismo mes de febrero de 1848 presentó en el Congreso un proyecto de ley solicitando la venia de las Cortes para adoptar lo que denominaba "las disposiciones que estime conducentes para la conservación de la tranquilidad y el orden público...". Se trataba, en resumidas cuentas, de lograr la suspensión de las garantías individuales en el caso de que la situación de desorden llegase a ser crítica. Semejante pretensión levantó un mar de sospechas ante el calibre de tal limitación de las libertades. El artículo séptimo de la constitución, al que hacía alusión el proyecto de Narváez, resumía las garantías de las que podían disfrutar los españoles (no ser detenidos, presos, sacados de su domicilio ni allanada su casa salvo por las razones establecidas en las leyes). Sin embargo, dado el temor existente, y sobre todo, por la amplia mayoría moderada de las Cortes, las demandas del gobierno se convirtieron en una peligrosa realidad. El día 26 de febrero estalló en Madrid un motín que proporcionó la excusa para la suspensión de los derechos y el cierre de las Cortes. Aquella jornada, hacia las dos de la tarde, unos sesenta hombres, entre los que predominaban ciudadanos y militares de baja graduación, levantaron barricadas en la calle del Príncipe. Capitaneados por el coronel Gándara, los sublevados trataron de trasladar a España el eco revolucionario que retumbaba en Europa. La rebelión, sin embargo, fracasó estrepitosamente por la falta de organización de los implicados y la rápida reacción del general Narváez; tan rápida y eficaz fue dicha reacción, que puede sostenerse sin lugar a dudas que se tenía

---

<sup>64</sup> Paradójicamente, *El Eco del Comercio* señalaba el 31 de marzo de 1848 que "nunca ha sido más compacta la unión de los moderados".

conocimiento de los proyectos revolucionarios<sup>65</sup>. Pese al desastre, no cundió el desánimo entre los liberales, quienes convocaron una nueva sublevación para el 7 de mayo. Los protagonistas de marzo (Gándara, Serrano, Ricardo Muñiz, etc.) se unieron a otros personajes entre los que destacaba José de Salamanca, el cual, enemistado con Narváez, aprovechó la ocasión para buscar su hundimiento. El embajador británico Lytton Bulwer ofreció la cobertura que su posición le permitía con objeto de influir en los acontecimientos<sup>66</sup>. El ataque se lanzó desde la Plaza de España hasta el Palacio Real y la plaza Mayor donde, tras la organización de las fuerzas gubernamentales, quedaron encerrados los sublevados. Fue también allí, en la Plaza Mayor, donde se produjo su derrota a manos del regimiento mandado por el mismo Narváez. Este levantamiento, que tuvo mucho de pronunciamiento militar, concitó en la represión a los principales generales del régimen (Pezuela, Narváez, Fernández de Córdoba...) mostrando a las claras cuáles eran los soportes reales del moderantismo. A partir de ese momento, el gobierno dispondría de legitimidad para actuar contra "los que quieren dominar a costa de sangre, de ruinas y de los gobiernos". El éxito de Narváez a la hora de frenar lo que casi ningún gobierno europeo parecía capaz de controlar, disparó las expectativas acerca de España. Para los conservadores, España, la inestable y problemática España, "el país más desorganizado de Europa"<sup>67</sup>, se estaba convirtiendo en maestra de firmeza, en aya de la monarquía, en defensora de los pilares que, so capa de liberalismo, escondían las bases de una sociedad arraigada en la tradición de la moral y la modernidad del parlamentarismo. Desde la prestigiosa *Revue des deux Mondes*, y de la mano de Charles Mazade (buen conocedor de nuestro país), el duque de Valencia recibió elogios inesperados, nunca imaginados en un país que miraba con miedo o admiración, pero siempre con atención, a Francia, fuente emanadora de la doctrina liberal de la que bebían los políticos españoles. Desde la perspectiva de esta Francia anonadada por el alcance de la revolución, Mazade alababa en Narváez "le don vigoureux de l'action", su capacidad para representar los intereses de todos los españoles, su opción por defender a la nación entera frente a los desvaríos de revolucionarios torpes, incapaces de atisbar las profundas complejidades que

---

<sup>65</sup> La descripción más detallada de la sublevación de Madrid, así como los conatos producidos en otras provincias, se deben a Fernando GARRIDO en su *Historia del último Borbón en España*, Barcelona 1988, tomo III, pp. 36 y ss.

<sup>66</sup> Tras quedar demostrada la implicación de la embajada inglesa, el gobierno español pidió la expulsión de Bulwer (R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 3º, Embajada de Istúriz en Londres: "Correspondence between the Viscount Palmerston and M. de Istúriz relating to the removal of sir H.L.B. from Madrid", junio 1848).

<sup>67</sup> G. ALLAUX, "L'Espagne, depuis la Révolution de Février", en *Revue de Deux Mondes*, 1849, tomo 2º, p. 825.

conforman el entramado de la sociedad<sup>68</sup>. Para completar la imagen de defensor de la tranquilidad nacional, Narváez contó con la favorable propaganda que le supuso el conflicto con la embajada británica en Madrid. Mr. Henry Lytton Bulwer, el representante inglés en la Corte, que había mantenido excelentes relaciones con destacados miembros de la política nacional entre los que se encontraban tanto ilustres conservadores, por ejemplo, Donoso Cortés, como famosos progresistas (Cortina, portavoz de su partido en la cámara baja), resultó ser, como ya dijimos, uno de los principales respaldos de los sublevados en Madrid, ofreciéndoles cobijo en el edificio de la embajada. El hecho se interpretó como una ultrajante intromisión en los asuntos propios, y dio pie a algunas obras en las que se alimentaba el por entonces muy difundido sentimiento de preocupación por la independencia política nacional. Entre las publicaciones que insistieron en analizar la cuestión desde esta perspectiva destaca la de Adrián García Hernández, profesor de la Universidad de Salamanca, para quien "Digan lo que quieran los partidos, para España siempre será una verdad que los extranjeros hace mucho tiempo suspiran por aclimatar su influencia en este pueblo generoso, cual si él no fuera bastante para dirigir sus destinos"<sup>69</sup>. De este modo se generalizó una corriente de opinión que señalaba de antiespañoles a los sublevados, olvidando cualquier motivación de carácter realista como verdadera causa de los hechos. El gobierno, en boca de Narváez, contribuyó no poco a fomentar esa impresión, de manera que las llamadas a la unidad nacional se convirtieron en un eco casi diario: "Un remedio hay, señores, y es que depongamos nuestras querellas", proponía el duque de Valencia ante un Congreso ya de por sí benévolo a las intenciones del jefe del ejecutivo<sup>70</sup>.

Sin embargo, algo se había quebrado debajo de esta aparente tranquilidad; algo que las inflamadas palabras de Donoso Cortés habían querido definir como una especie de terremoto social; algo que Tocqueville, a su llegada a París, describió como una ruptura definitiva con el pasado: "Vi la sociedad partida en dos: los que no poseían nada, unidos en una común codicia, y los que poseían algo, en común angustia. Ya no había lazos ni simpatías entre aquellas dos clases; por todas partes,

---

<sup>68</sup> Ch. MAZADE, "Hommes d'état et hommes de guerre dans la révolution européenne. I. Le Général Narváez", *Revue de deux Mondes*, 1851, tomo 9º, pp. 462-496.

<sup>69</sup> *España y el Vizconde Palmerston o sea la defensa de la dignidad nacional en la cuestión de los pasaportes a sir Henry Lytton Bulwer*, Madrid 1848, pp. 209-210.

<sup>70</sup> El estudio del impacto de la revolución de 1848 ha sido llevado a cabo por J.L. SÁNCHEZ PARDO, *La revolución de 1848 en España*, Madrid 1985, y S. Cabeza SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Los sucesos de 1848 en España*, Madrid 1981.

la idea de una lucha inevitable y próxima”<sup>71</sup>. La misma sensación de ver el país dividido en dos clases antagónicas fue la que llevó a Disraeli a titular su famosa novela *Sybill* como *Sybill or the two nations*, o a Dickens, desde otra perspectiva, a escribir sus *David Copperfield* o *Hard Times* (1859)<sup>72</sup>. La España moderada, tan admirada por todos los retrógrados europeos, no podía esconder sus carencias, pues “Desde esa revolución”, escribía el marqués de Valdegamas, “de recordación tremenda, nada hay firme, nada hay seguro en Europa”<sup>73</sup>. A nadie, y menos aún a Narváez, se le escapaban la trascendencia de los sucesos y sus posibles repercusiones, no tanto por lo acaecido en España como por la revolución en Francia. Los progresistas llevaron a cabo una doble tarea: la oposición en las Cortes y la oposición en la calle. La revolución de 1848 tuvo para el partido progresista consecuencias muy importantes, pues la incapacidad de tomar postura de forma unitaria y el miedo de los diputados progresistas a los flecos republicanos y democráticos que asomaban tras los motines, provocaron un cisma interno del que iba a nacer (con otras aportaciones) el partido demócrata. El rechazo gubernamental a la exposición redactada por el partido y dirigida a la Reina para lograr su negativa a la sanción del proyecto del ejecutivo arrastró a muchos progresistas hacia los oscuros planes de sublevación que por entonces se tramaban, confirmándose la escisión entre unos y otros miembros del partido<sup>74</sup>. Los progresistas del Congreso, entre los que había que contar a Cortina o a Mendizábal, incidieron en la inconstitucionalidad de la propuesta moderada y en las extralimitaciones del gobierno; los debates previos al cierre de las cámaras y los de contestación al discurso de la Corona (fines de 1848 y principios de 1849) están plagados de intervenciones de Cortina haciendo referencia a la ilegalidad de las acciones gubernamentales que han atacado no sólo a

---

<sup>71</sup> A. de TOCQUEVILLE, *Recuerdos de la revolución de 1848*, Madrid 1994, p. 115.

<sup>72</sup> En Inglaterra, donde no estalló la revolución de 1848, la seguridad victoriana había comenzado a entrar en crisis ante el temor a la degradación social provocada por el industrialismo. El constante miedo al desastre provocó una incertidumbre moral cuyo más bello resultado fue el poema *In Memoriam*, de Tennyson. Las sacudidas venían produciéndose en Gran Bretaña de forma intermitente desde los primeros atentados luditas, aunque pronto se vieron encauzados con el desarrollo del cartismo y del tradeunionismo. Ambas corrientes reivindicativas tuvieron que luchar contra prejuicios sólidamente asentados en la aristocrática sociedad inglesa, prejuicios como los sostenidos por algunos de los personajes de la citada *Sybill*: “...pretending that the people can be better than they are, is radicalism and nothing else” (Londres 1871 -la primera edición es de 1845- p. 326).

<sup>73</sup> J. DONOSO CORTÉS, “Discurso sobre la situación general de Europa”, (noviembre de 1849) *Obras completas*, vol. 2, 455. Cuando pronunció este discurso en el Congreso, Donoso acababa de regresar de Berlín y había tenido la oportunidad de calibrar el grado de incidencia que las nuevas ideas socialistas estaban teniendo en Europa. En el mismo discurso anunció con su habitual dramatismo: “Desde aquí no se conoce los progresos del socialismo sino en Francia. Pues bien: sabed que el socialismo tiene tres grandes teatros. En la Francia están los discípulos, y nada más que los discípulos; en la Italia están los seides y nada más que los seides; en la Alemania están los pontífices y los maestros”.

<sup>74</sup> A. EIRAS ROEL, *El partido demócrata español*, Madrid 1961, pp. 145 y ss.; el texto de la exposición progresista lo reprodujo F. Garrido en su *Historia del último Borbón en España*, vol. III, pp. 30-32. y también se puede encontrar en la R.A.H., Archivo Narváez, caja 7.

los revolucionarios sino a diputados como Olózaga<sup>75</sup>. Sin embargo, el miedo a ser tachados de antipatriotas y acusados de poner en peligro la monarquía contuvo en gran medida sus recriminaciones a Narváez. Los progresistas más preocupados por estas cuestiones rompieron definitivamente con la tibieza del partido. Encabezados por José Ordax Avecilla y Nicolás María Rivero, los disidentes se vincularon al partido demócrata, arrastrando a un gran número de adeptos. Por otra parte, los hechos sucedidos estos años desvanecieron cualquier pretensión de unidad de objetivos entre ambos sectores políticos, pues el comedimiento de los progresistas (enfrentados a una importante disyuntiva ideológica) fue considerado con desprecio por los demócratas<sup>76</sup>.

Pero es el terreno de la moderación donde se produjeron las reflexiones más interesantes, pues los conservadores se vieron inmersos en la considerable labor de dar explicación a las transformaciones sociales que se venían produciendo en España y en las que ellos habían desempeñado un papel primordial. De dicho análisis tendrían que desprenderse consecuencias importantes para la redefinición de su proyecto político. Desde el seno del mismo partido moderado también surgieron voces que discrepaban y que ponían de manifiesto la progresiva divergencia ideológica de las tres tendencias del partido.

La interpretación oficial se difundió por medio de un folleto anónimo titulado *Europa y España* que apareció en el mismo año de 1848 y que buscaba presentar una imagen de España contraria a la que parecían dibujar los peligros que se avecinaban. El viejo recurso a su carácter imprevisible, a la diferencia esencial de España respecto del resto del mundo (argumento que siempre ha valido para justificar cualquier tipo de atropello) fue la base que sirvió de excusa para explicar que la actual situación estaba lejos de la inestabilidad que reinaba en Europa, de manera que nuestro país se hallaba en un estado armonioso de desarrollo, por lo que se hacía necesaria una llamada patriótica contra la anarquía en los términos más rancios: “¿No podrán estorbar que se entronice el gorro frigio en España las armas

---

<sup>75</sup> Diario de Sesiones, Congreso, 3-I-1849.

<sup>76</sup> A. EIRAS ROEL, op. cit., p. 157. Poco antes de conocerse las noticias de Francia, Narváez, sabedor de las prevenciones de muchos progresistas hacia la revolución, procuró negociar con Mendizábal y Luis Zugasti un acuerdo por el cual él se comprometía a que la Reina les llamase al poder a cambio de que dominasen cualquier intento conspirador. Martínez de la Rosa se encontraba en la misma línea que el general, pero no era ésta una actitud generalizada entre los moderados: Pedro José Pidal y Antonio Ríos Rosas demandaron acciones enérgicas. Los hechos antecedieron a cualquier decisión definitiva y pusieron de manifiesto la fragmentación existente en el seno del partido progresista.

que cortaron el vuelo al águila imperial y la postraron ante el león de Castilla?"<sup>77</sup>. De esta forma se incorporaban las relativamente recientes victorias contra los extranjeros (esta vez en versión napoleónica) al acervo patriótico en aras de una concepción nacionalista del Estado que queda identificada a la del gobierno moderado. La autocomplacencia del escritor del folleto en la bondad de los logros conservadores y el esquema de su explicación patriotera le permiten calificar de antiespañol a todo aquél que no sostenga sus ideas con la rotundidad de la simpleza argumental. La asiduidad con que se ha utilizado la vía del carácter esencialmente diferente de nuestro país en la forma en que es empleada por el autor de *Europa y España* ha contribuido extraordinariamente a forjar una imagen de España falsa y alejada del contexto político en que por naturaleza y proximidad geográfica le corresponde.

Alcalá Galiano se sumergió en el debate con sus *Breves reflexiones sobre la índole de la crisis por que están pasando los gobiernos y los pueblos de Europa*. Se trata de un conciso ensayo que apareció en el mismo 1848 (aunque conoció una segunda edición mejicana en 1849) dedicado a Donoso Cortés, con quien Galiano seguía manteniendo unas buenas relaciones sostenidas por la admiración mutua y el interés por los avatares europeos. Fue bastante alabado en su momento por *El Heraldo* (28-VIII-1848), pues el estudio buscaba analizar, dentro del redil moderado, las consecuencias que para España podía tener el acontecimiento europeo. Galiano, desde su perspectiva sociológica, trató de describir la situación por la que pasaba Francia en el momento de los hechos revolucionarios, comparando su evolución política, llena de inestabilidades con la de otros países europeos. La atención a los datos, a lo concreto, y la extracción de consecuencias para fundar los pilares de la nueva forma de organizar la política son los elementos que configuran el entramado de su reflexión. De esta manera, Alcalá pone el dedo en la llaga de las grandes cuestiones del momento. Careciendo de la pomposidad de la prosa de Donoso Cortés, pero con más capacidad para el análisis político detenido, alejado de idealismos vacuos y a la vez teniendo siempre presentes cuáles eran sus intenciones al escribir, apuntó varias de las líneas clave de los acontecimientos sucedidos en Francia. Por un lado, destacó la crisis en que estaba entrando el sistema de gobierno fundado en la monarquía constitucional por la fragilidad de la alianza entre aristocracia y clase media, los dos pedestales que habrían de sustentar la sociedad, lo que en definitiva suponía la inestabilidad de las denominadas "saludables

---

<sup>77</sup> *Europa y España*, Madrid 1848, p. 38.



doctrinas", que eran, a saber, "que la religión, la propiedad y la familia sean los elementos sociales de que haya de componerse el poder político"<sup>78</sup>. Pero lejos de recomendar la búsqueda de otra forma de gobierno, Galiano defendía a ultranza la mesocracia y parlamentarismo en su versión moderada, que intentaba definir del siguiente modo: "Por gobierno monárquico-constitucional se da aquí a entender uno que, bien estribe en la clase alta, bien en la media, bien, si posible fuese, en la muchedumbre, deje al trono y a quien le ocupa, un grado considerable de poder y decoro; a la potestad gubernativa la fuerza bastante para ser obedecida y aun respetada; a las leyes en todo su efecto y vigor; a la clase que prepondere, en el uso de su influencia legal; y a los ciudadanos o súbditos, en el goce de los derechos que les corresponden, pero sin poder bastante para abusar de ellos o para excederse al usarlos. En una palabra, y sin pretender que al modelo figurado en la fantasía correspondiese cabalmente la realidad, por gobierno constitucional y monárquico entendemos lo que ha sido por largos años, y aun sigue siendo, el de Inglaterra, y lo que era últimamente el de Francia, con especialidad dos o tres años antes de su acabamiento"<sup>79</sup>. En su intento de exponer las causas de esa precaria alianza de clases, Alcalá Galiano no puede omitir la importancia del factor social, pero a su comprensión del mismo se le escapa la modernidad con que las demandas sociales se han planteado en Francia, de modo que su explicación permanece totalmente limitada a los fenómenos políticos. Para Galiano, el pueblo sigue siendo una masa informe con comportamientos más propios de épocas pasadas que de otra cosa, un conglomerado incapaz de crear una conciencia política propia, y por consiguiente, su levantamiento se ha visto impulsado por demagogos y aprovechados. Pese a no ser capaz de apreciar el potencial político de los grupos obreros, hace Alcalá una observación muy interesante acerca de la fractura que ya había quedado definitivamente establecida entre la clase media y los proletarios de toda índole: la revolución en 1830 había prometido derechos a los más desfavorecidos, pero éstos bien pronto se dieron cuenta de hasta qué punto esos derechos eran papel mojado en una sociedad en la que nada tenían que ganar: "Así, los intereses llamados socialistas están ahora enlazados con los políticos y la plebe sabe que con tener derechos no tiene ni lo bastante ni lo debido sino un grado de buen pasar logrado a costa de los antes dueños de la riqueza"<sup>80</sup>. La "muchedumbre" o la "plebe", según la

---

<sup>78</sup> ALCALÁ GALIANO, *Breves reflexiones sobre la índole de la crisis por que están pasando los pueblos y gobiernos de Europa*, p. 123.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 32.

denomina en otras ocasiones, es ya un elemento hostil, manipulado por las nuevas ideas, que ha creído disponer de personalidad propia, pero que en el fondo sigue siendo sólo una masa informe de individuos desconocedores de sus intereses, que son los de la clase media. Son estos intereses los que Galiano trata de defender, pero ya no desde la perspectiva de quien está alejado del poder, sino como si disfrutara de la misma poltrona del gobierno. Ahora más que nunca, Alcalá Galiano es un conservador: “no en la destrucción de la sociedad antigua, sino en su conservación y mejoramiento consiste el bien común”. La labor de los gobiernos establecidos se convierte así en una obligación para mantener el orden, para alejar el “peligro de los gobiernos despóticos, tanto el de la nobleza como el de la muchedumbre”. Ahí se encuentra su argumento para apoyar las medidas autoritarias del gobierno de Narváez, en la aplicación a España de las doctrinas previamente elaboradas. Coincide aquí con destacados miembros del partido moderado como Donoso que veían en la reinstalación del principio de autoridad una de las claves de la edificación social (la otra era la regeneración moral-religiosa). Por consiguiente, Galiano se pronunció a favor de las medidas autoritarias, según la opción planteada por el marqués de Valdegamas entre la dictadura del sable o la del puñal. Dictadura como única forma de detener el despotismo de las muchedumbres. El mismo argumento defendido por Donoso en su célebre discurso del Congreso: “Así, señores, la cuestión, como he dicho antes, no está entre la libertad y la dictadura; si estuviera entre la libertad y la dictadura, yo votaría por la libertad, como todos los que nos sentamos aquí. Pero la cuestión es ésta, y concluyo: se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno; puestos en este caso, yo escojo la dictadura del Gobierno, como menos pesada y menos afrentosa”<sup>81</sup>.

Se encuadra la interpretación de Galiano en el esquema general planteado por los moderados autoritarios, que se apoya sobre dos argumentos básicos: la defensa de la monarquía constitucional y el antiespañolismo de los opositores a las medidas de fuerza, acusaciones a la oposición en función de dos intereses: ignorancia de los asuntos de estado, en el mejor de los casos; defensa de oscuros intereses, en la versión negativa. “El gobierno no conoce más punto de discusión política que el parlamento, ni más forma de gobierno para España que la monarquía constitucional, que es la que todos hemos jurado...” o “Los partidos sólo ven intereses de bandería” son los argumentos que componen el discurso oficial a este respecto.

---

<sup>81</sup> Diario de Sesiones del Congreso, 4-I-1849, legislatura de 1848-1849, vol. 1, pp. 166-172. También puede encontrarse en las *Obras Completas* de Donoso Cortés publicadas en la B.A.C., vol. 2, pp. 305-323.

De nuevo vuelve a aparecer la identificación de las posiciones contrarias a la propia con manifestaciones de antiespañolismo, en una tradición que ya no abandonará a la política española y que será la seña de identidad más clara de los gobiernos autoritarios. Las consecuencias de esta actitud unificadora van a ser funestas para la configuración de una idea de España que pueda integrar a las distintas familias políticas. Antes sólo apuntado levemente, comienza a desarrollarse en estos años de la moderación (1844-1854) un proceso que hará incompatible la convivencia en paz. La potenciación de una imagen conservadora de España, identificada con una determinada forma de ejercer el poder confluye con el surgimiento de opciones al margen del sistema, opciones que se han visto excluidas de él; todo esto sucede en momentos en que para nuestro país habían comenzado las crisis de identidad en el terreno internacional y en unos años en que se gestan los embriones del nacionalismo periférico. De todo este conjunto de situaciones destaca, especialmente en el año de 1848, la escasa perspicacia de los moderados más conservadores a la hora de tratar las cuestiones sociales. En España el asunto no tuvo la profundidad que en Francia, desde luego, pero la intuición no le fallaba a Narváez cuando le espetaba a su dócil mayoría parlamentaria que "...esas ideas que apenas se anuncian como posibles empiezan a transtornar los cimientos de las sociedades y de los gobiernos..."<sup>82</sup>. En tal línea se encontraba Alcalá Galiano. Sin embargo, los conservadores no pasaron de esa constatación, no obtuvieron conclusiones, no modificaron sus estrategias; instalados cómodamente en el poder que les daban la fuerza y el dinero, no fueron capaces de darse cuenta de que bajo sus pies, el suelo empezaba a moverse.

No todos los moderados padecieron esa miopía política. Para Donoso los problemas sociales son una razón más que considerable para hacer una reflexión profunda acerca del liberalismo y de la crisis moral que atravesaba su época. Dedicó a ello varias intervenciones en el Congreso y sobre todo su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, publicado simultáneamente en París y Madrid en 1851. Pero sus soluciones estaban muy lejos de aportar alternativas

---

<sup>82</sup> Diario de Sesiones del Congreso, legislatura de 1848-49, vol. 1, p. 188, 5-enero-1849. En relación al problema social y los planteamientos acerca de la igualdad, puede leerse el artículo de C. LÓPEZ ALONSO: "La pobreza en el pensamiento político en España, primera mitad del siglo XIX", en *Historia social*, nº 13, (1992), pp. 139-156. Acerca de la división social y la demanda de fortalecer las clases medias: M. PÉREZ LEDESMA, "Ricos y pobres: pueblo y oligarquía, explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español", en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 10, (1991), pp. 59-88. Y, por último, sobre el mantenimiento de las pautas sostenidas por los moderados: J. ANTON MELLON, "Ordenamiento jurídico y cuestión social. Catolicismo político y fundamentalismo capitalista del liberalismo español en la segunda mitad del siglo XIX", en R. BERBALLI y E. MARI (coord.), *Historia ideológica del control social*, Barcelona 1989.

viales: "Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una y nada más; eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen provocar una reacción saludable, religiosa"<sup>83</sup>. En línea similar y para un importante grupo de integristas católicos, el estado de deterioro social era la prueba más fehaciente de la degeneración a que había conducido el industrialismo, no cabía pues más solución que el retorno a la sociedad tradicional en la que primaban los valores de la caridad cristiana. Otros planteamientos ofrecieron un grupo de moderados entre los que destacan Balmes, Pastor Díaz y en especial, Andrés Borrego. Los análisis del sacerdote de Vich quedaron en un simple esbozo pues la muerte, que le atrapó el 9 de junio de 1848, interrumpió su intención de escribir acerca de los que él consideraba como los dos grandes fenómenos que se han manifestado con la revolución de 1848: la forma republicana de gobierno y el cambio de relaciones entre el trabajo y el capital. Sus ideas apelan también, en última instancia, al mantenimiento del orden, pues la intención de Balmes es defender la propiedad privada y su libre desenvolvimiento<sup>84</sup>. Aun así, no dejaba de mostrar reticencias hacia ese progreso industrial ("ese nuevo feudalismo") que tantas desigualdades estaba creando, y señalaba no sólo el estado de miseria moral en que podrían caer los trabajadores, sino la situación explosiva en la que en breve se encontraría la sociedad si tales desigualdades no se veían paliadas por alguna forma de beneficencia o cooperación con los asalariados y sus familias<sup>85</sup>.

"La actitud tomada por el gobierno ha colocado a todo el partido moderado en una situación, no de resistencia a la revolución y a la anarquía, sino de resistencia a los progresos de la libertad". Con estas agudas palabras Andrés Borrego exponía de forma concisa una apreciación muy exacta. La posición del partido moderado no estaba siendo la más hábil en lo que respecta a la elaboración de una política con vistas al futuro. En su escrito *De la situación y de los intereses de España en el momento reformador de Europa* Borrego enfocó el análisis de los hechos desde un punto de partida similar al de Alcalá Galiano: se propuso examinar detenidamente las

<sup>83</sup> Diario de Sesiones del Congreso, legislatura de 1849, vol. 1, pp. 166-172, 4-enero-1849. Este texto es un fragmento del famoso "Discurso sobre la dictadura", aparece publicado en la *Obras completas* de DONOSO CORTÉS, vol. II, pp. 305-323.

<sup>84</sup> J. BALMES, "República francesa", en *Obras completas*, vol. VII (*Escritos políticos*), p. 1051.

<sup>85</sup> Pese a contener elementos innovadores, la posición de Balmes carecía de los elementos modernizadores que se observan en Andrés Borrego. Esta diferencia es palpable no tanto en su concepción de la propiedad como en la percepción que tiene de los grupos sociales menos favorecidos (C. LÓPEZ ALONSO, "El pensamiento conservador español en el siglo XIX: de Cádiz a la Restauración", en F. VALLESPÍN (ed.) *Historia de la teoría política*, vol. nº 5, p. 298).

causas por las cuales el gobierno francés había fracasado en sus intenciones de asentar la monarquía de Luis Felipe de Orleans. El desprestigio de las instituciones, unido al progresivo desligamiento entre los intereses del Rey y de la nación, han contribuido de forma eficazmente presta a “desacreditar el gobierno de la clase media”. Pero no se trataba de un problema político únicamente. Los acontecimientos de París, la entrada en la Asamblea Nacional (que tanto espantara a muchos contemporáneos), el desorden generalizado, no fueron más que manifestaciones de la absoluta falta de anclaje en la sociedad francesa de unos principios realmente liberales. El liberalismo tradicional, doctrinario, no disponía de mecanismos para su propia modernización, y sus apelaciones a la clase media no habían sido a los ojos de la mayor parte de la población más que una llamada al lucro individual, a la corrupción disfrazada de ideales de libertad económica: “La república existe en Francia no porque lo desee la mayoría de la nación, sino porque la dinastía y las instituciones en que ésta se apoyaba estaban tan desacreditadas, que no se encontró en ellas fuerza moral suficiente para imponer a la turba exasperada que penetró en el recinto de la Cámara de los diputados y con su sola presencia anuló la influencia de aquel cuerpo...”<sup>86</sup>. Caos político, desorientación moral, agitación social. Tales fueron los tres elementos sobre los que habría de reflexionar el liberalismo francés, al que los republicanos denominaban “viejo y estéril liberalismo”<sup>87</sup>; afortunadamente para ellos y con vistas a su renovación, los liberales franceses contaban entre sus filas con Alexis de Tocqueville quien, por otra parte, no siempre fue escuchado atentamente. Tampoco las reflexiones de Andrés Borrego fueron muy tenidas en cuenta, pese a lo cual él no cejó en el empeño de aprovechar su estudio de los sucesos franceses para poner en guardia al gobierno moderado español, incidiendo en las faltas cometidas por los moderados en lo que a la legitimidad de su disfrute del gobierno se refiere: “El establecimiento político de 1845 y la revisión de la constitución en la manera y en la época en que se hizo constituyeron, pues, una falta grave, falta contra el mismo congreso, que fue instrumento para consagrar la misma reforma”. Desde su modo de ver las cosas, Borrego no concebía otra manera de enfrentarse a los hechos que la libertad, “...conceder todo aquello que está dentro de las condiciones de la monarquía constitucional...”, se trataba de reforzar los pilares del propio sistema representativo atrayéndose a sus simpatizantes, concediendo aperturas donde el lógico desenvolvimiento de la sociedad lo exigiera, proteger las

<sup>86</sup> A. BORREGO, *El 48. Autocrítica del liberalismo (De la situación y de los intereses de España en el momento reformador de Europa. 1848)*, Madrid 1970, p. 90.

<sup>87</sup> A. JARDIN, *Historia del liberalismo político. De la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*, p. 389.

garantías de dicho sistema representativo, pero nunca reduciendo el círculo de los implicados en la defensa del orden social establecido. Asunto de primordial interés en el razonamiento del periodista malagueño era la consideración del carácter popular de la revolución en Francia, como ya se ha dicho anteriormente. Aunque no dejaba de señalar que el desarrollo de los movimientos obreros en España era muy limitado, su preocupación por ellos, que no se presentaba por primera vez, se acrecentó en estos años. Si bien este asunto no constituye el centro de su reflexión, en el texto que publicó con ocasión de la revolución de 1848 su apreciación sobre el pueblo como grupo con potencial actuación política es claramente distinta de la que sostienen otros moderados. Mientras que para Alcalá Galiano y Donoso ese pueblo francés es sólo "muchedumbre" inconsciente, ignorante, manipulada, masa informe de hombres y mujeres que desconocen sus intereses, y a los que la miseria material arrastra indefectiblemente a la miseria moral, para Borrego y otros, entre los que cabría encontrar a Pastor Díaz, el pueblo, aunque por supuesto no es concebido como un grupo social con capacidad para la acción política, es contemplado desde una perspectiva que les une con el cristianismo social francés, lo que les obligaba a apreciarlo como un colectivo con una entidad moral concreta (nunca en la línea difusa de Donoso). Es decir, se trata, para estos autores, de señalar los males éticos que el capitalismo estaba produciendo otorgándole a la propiedad una dimensión social: "Para el hombre de la civilización y del progreso, la cuestión de crear riquezas y de comunicarlas con los hombres, la cuestión de capital y de trabajo, y de propiedad y de comercio, no es una cuestión de interés ni de cálculo, es una cuestión de obligación y de moralidad"<sup>88</sup>. En Francia y otros países católicos, la revolución de 1848 había impulsado el desarrollo de movimientos de "democracia cristiana", "catolicismo social" y "socialismo cristiano" que buscaban complementar y desarrollar las ideas de Montalembert (corresponsal de Donoso), la Sociedad de San Francisco Javier (afín al conservador Parti de l'Ordre), la Sociedad de San Vicente Paúl (promovida por Ozanam y sus católicos liberales) o las predicaciones del obispo Ketteler quien, desde la catedral de Mainz enunció las líneas de acción que han sido consideradas el "esquema preliminar de todo el cuerpo de doctrina del movimiento

---

<sup>88</sup> N. Pastor DÍAZ, *Los problemas del socialismo. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el curso de 1848 a 1849*, Obras, vol. IV, Madrid 1867, p. 416. Sobre el pensamiento social de Pastor Díaz, pueden consultarse los siguientes artículos: R. CANOSA, "Pastor Díaz y sus conferencias en el Ateneo de Madrid sobre el socialismo", en *Arbor*, 1949, nº 41, pp. 175-182; S. GALINDO HERRERO, "Donoso Cortés y su paralelo con Balmes y Pastor Díaz", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 69 (1953), pp. 111-139; L. LEGAZ LACAMBRA: "El socialismo visto por Nicomedes Pastor Díaz", en C. VIÑAS (ed.), *Estudios de historia social de España*, III (1955), pp. 124-164; J. MIÑAMBRES: "Nicomedes Pastor Díaz en la crisis de 1848: una clave del pensamiento social de Antonio Cánovas del Castillo", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 82, nº 3, (1985), pp. 413-470.

social católico". Sus tesis incidían en la responsabilidad de los propietarios al reducir el trabajo a mera mercancía. Desde una perspectiva católica, el trabajo era algo sagrado y cada hombre, un hijo de Dios, por lo que le escandalizaba la falta de consideración con que eran tratados los obreros y la degradación a la que éstos se dejaban arrastrar; sin embargo, y dada la inevitabilidad del proceso industrial, el obispo Ketteler se decidió a buscar soluciones factibles dentro de la realidad económica existente<sup>89</sup>. En el caso de España, esa postura católica desde la que observar el problema (postura que denominaríamos realista, en contraste con la ultracatólica que propugnaba el retorno al pasado) arraigó en los autores ya mencionados (sobre todo en Balmes y Borrego); pero asimismo, no podemos dejar de mencionar que el mismo espíritu cristiano de igualdad y dignidad humanas impregnó la conciencia rebelde de los primeros demócratas españoles. Recordando la revolución, Castelar escribía unas palabras que podrían resonar casi sin discordancias en los oídos de Andrés Borrego: "La revolución de 1848, aquel hermoso canto de libertad, que había despertado a tantos pueblos dormidos, que había sonreído a tantas almas apagadas, resonó en mi corazón de niño con tan deleitosísima armonía, que inclinado por educación y por sentimiento a ideas religiosas, sin haber conocido otro mundo que el horizonte, que envolvía el delicioso valle donde corrió mi niñez, me apasioné de la Democracia, creyendo siempre ver en ella la realización del Evangelio"<sup>90</sup>. En el seno de ciertos conservadores y los progresistas, se planteó el problema de la beneficencia, ejercida de forma paternalista por el estado. Y ahí estriba la diferencia en que, desde ese mismo espíritu cristiano, se contemplaba la cuestión. Para los nacientes demócratas, la atención por parte del estado a los pobres es cuestión de justicia; para los conservadores se trata tan sólo de caridad<sup>91</sup>. Sin embargo, desde la perspectiva

<sup>89</sup> H.P. FOGARTY, *Historia e ideología de la democracia cristiana*, Madrid 1964pp. 280-282. Uno de los colectivos en los que el obispo de Mainz fijó sus ojos fue el de los cooperativistas británicos. El desarrollo de estas ideas en Francia puede seguirse en J.B. DUROSELLE *Les débuts du catholicisme social en France (1822-1870)*, París 1951. En España el movimiento no tuvo gran éxito: la Iglesia, sabedora de que dado el aún escaso desarrollo del obrerismo en nuestro país, no contaba con oponentes de consideración, seguía controlando las conciencias de los oprimidos e ignorando sus condiciones de vida (salvo honrosas excepciones). Sobre la penetración del liberalismo cristiano en España en esta época, podemos consultar los trabajos contenidos en el volumen VV.AA., *Liberalisme chrétien et Catholicisme libéral en Espagne, France et Italie dans la première moitié du XIX<sup>e</sup> siècle*, Aix en Provence 1989, y el repaso general de M. REVUELTA GONZÁLEZ en su contribución en *La época del romanticismo (1808-1874). Orígenes. Religión. Filosofía. Ciencia*, vol. XXXV, tomo 1º de *Historia de España* (sobre todo el apartado 3º del capítulo V: "Las primeras actitudes religiosas ante la cuestión social"). Ambos estudios nos demuestran una vez más la absoluta influencia de las tendencias francesas a este respecto.

<sup>90</sup> E. CASTELAR, prefacio a la obra de Fernando Garrido *La República democrática, federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos dedicados a las clases productoras*, Madrid 1856, (2ª edición), p. IV. El mismo sentido humanitarista impregnaba las palabras de gran parte de los escritores reformistas de la época: el ya mencionado Edgard Quinet, Pierre Leroux, Béranger, e incluso el mismo Michelet. Para calibrar el alcance de esta corriente de pensamiento resultan sumamente interesantes los capítulos que a ellos se dedican en el libro de P. BÉNICHOU *El tiempo de los profetas*, México 1984, y la obra de Roger PICARD *El romanticismo social*, México 1987.

<sup>91</sup> C. LÓPEZ ALONSO, "La pobreza...", p. 156. Aunque no es objeto de nuestro estudio, resulta muy interesante el papel que se atribuía a la Iglesia en esta dispensa de caridades. C. López Alonso afirma con acierto que el asunto dividió a los

moderada-autoritaria, la masa se asemeja a lo que era el pueblo en el antiguo régimen: un conglomerado amorfo sin más guía que su instinto. A esto se unen los nuevos comportamientos que el capitalismo estaba generando, que descargaba las conciencias de los nunca muy dolientes especuladores. Su capacidad para distraer la mirada resulta, aún hoy, sorprendente. El anónimo redactor de *Europa y España*, regodeándose en la autosatisfacción y demostrando una total falta de crítica, escribía: "En España no hay pobres: hay desvalidos. En España, la acumulación de capitales, sin haber llegado al desarrollo colosal que ha tomado en Inglaterra, posee bastante vigor y elasticidad para influir de un modo favorable en el proceso de trabajo"; "La industrial fabril no progresa, es cierto: pero esto no es un síntoma de decadencia a los ojos de un economista despreocupado, porque, en primer lugar, su atraso actual nos evita el doloroso espectáculo que ofrecen los distritos manufactureros de Inglaterra, Bélgica y Francia"<sup>92</sup>. Sin embargo, y por más que los oídos moderados quisieran volverse sordos, ya nadie podía dejar de escuchar el "son ronco de la revolución", del que hablaba Víctor Hugo.

### **Embajador en Portugal.**

Tras los momentos brillantes vividos, le llegó a Narváez la caída. La posición de los hombres de estado españoles en el siglo XIX, nunca muy sólida, pendía de demasiados y muy frágiles hilos, tanto era así que tras el prolongado (para lo habitual) periodo de tres años, el gobierno del Espadón de Loja dio su último suspiro. Sin lugar a dudas, la presión de la camarilla jugó en ello un cierto papel, pero no menos que otros asuntos como el aumento del gasto público. Fue precisamente ésta la razón que movió a dimitir a Bravo Murillo, ministro de Hacienda. El golpe de gracia se lo dio a Narváez su amigo Donoso Cortés quien, en la discusión sobre los presupuestos del estado (30-XII-1850), denunció la intolerable corrupción administrativa a la que se había llegado. La defensa que del general hiciera Martínez de la Rosa desde la misma tribuna no detuvo a Narváez en su decisión de presentar la dimisión a Isabel II. La Reina se resistió, al parecer, a prescindir del gran pilar del régimen, lo que prueba, una vez más, la endebles del sistema político español; aun así, y dada la determinación de Narváez, se vio en la necesidad de buscar un

---

conservadores, pues al fin y al cabo, el ejercicio de la beneficencia otorgaba un cierto poder a quien lo poseía sobre unos grupos sociales potencialmente manipulables. Obviamente, el estado liberal, deseoso de controlar los ámbitos de la sociedad, estaba dispuesto a arrebatarlo a la Iglesia, y ésta, sabedora de que ahí estribaba su fuerza, no iba a aceptar fácilmente tal despojo.

<sup>92</sup> *Europa y España*, pp. 32 y 33.



candidato a jefe de gobierno. Tras la renuncia de Pedro José Pidal, la elección recayó en Juan Bravo Murillo, escrupuloso abogado a la vez que autoritario sin concesiones. Su presencia en el gobierno vino a poner de manifiesto la triste realidad del recurso al autoritarismo como forma de mantenerse en el poder. Su gobierno, formado por administrativistas “sumamente respetables, católicos a marchamartillo”<sup>93</sup>, tenía como programa sanear y reformar la administración del país, consolidar la deuda y mejorar las relaciones con la Iglesia (con la firma del Concordato). Pese a las buenas realizaciones en materia económica, el gobierno no hizo más que agravar la descomposición del régimen moderado y a la larga, provocar la caída del propio ejecutivo (XII-1852). Alcalá Galiano, muy afín ideológicamente al sector que apoyaba al gobierno, sería la persona elegida para la representación diplomática española en uno de los países que más importancia tenían en nuestras relaciones exteriores: Portugal. Allí, Galiano se reencontraría con su sobrino Juan Valera quien, también diplomático, había sido destinado a Lisboa poco tiempo antes.

Varios meses llevaba en Lisboa Juan Valera cuando tuvo noticias del cambio de embajador. Escribió a su padre el 24 de marzo de 1851 manifestándole su impaciencia: “Espero ansioso la venida de Galiano, con quien entiendo que me voy a llevar muy bien”. Y es que don Juan se aburría profundamente en la capital del Tajo, pese a que sus relaciones con los literatos portugueses no podían ser mejores, así como con el resto de la sociedad portuguesa, incluso llegó a tener la oportunidad de casarse con una rica heredera. Las actividades de Valera en Lisboa, dejando aparte sus tareas en la embajada, se habían visto casi totalmente vinculadas a la difusión de un ideal iberista que él consideraba más fuertemente arraigado en los portugueses que en los españoles, aunque con las pertinentes salvedades: “Esta gente daría cualquier cosa por ser españoles con tal que la Corte estuviese en Lisboa y que no se dijese que los habíamos conquistado”<sup>94</sup>. Dicha tendencia, que alcanzaría gran auge con posterioridad en el pensamiento federal, tuvo también entre otros sectores políticos un éxito considerable, pues traía a la mente la vieja reivindicación de la unidad peninsular. Valera, muy implicado en el asunto, lograría atraer a Galiano a él,

---

<sup>93</sup> A. OPISSO, *Semblanzas políticas del siglo XIX*, Barcelona 1908, p. 145. Popularmente, el gobierno fue conocido por el remoque de “honrado Concejo de la Mesta”.

<sup>94</sup> Carta de Valera a Estébanez Calderón, Lisboa, 7 de febrero de 1851, en C. SÁENZ DE TEJADA, *Juan Valera. Serafín Estébanez Calderón (1850-1858). Crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde*, Madrid 1971 p.115.

aunque el comportamiento de éste al respecto estaba más que coartado por los intereses de estado<sup>95</sup>.

El 25 de febrero de 1851 la Reina nombraba a Alcalá Galiano ministro plenipotenciario en Lisboa. Un mes después tomaba posesión del cargo y presentaba sus cartas credenciales ante la reina María de la Gloria<sup>96</sup>. La embajada de Portugal era especialmente delicada para la corona española; el parentesco entre las familias reales, por un lado, y las relaciones políticas, no siempre fluidas, contribuían a hacer del puesto de embajador en Lisboa un destino con alto grado de responsabilidad. La elección recayó en Alcalá por deseo de la reina Isabel, quien sabía que podía tener en nuestro protagonista a un devoto servidor de sus asuntos, así como un brillante representante diplomático, capaz de hacer de la legación española un foco de atracción y un punto de referencia en la corte portuguesa. El cambio de situación que para la suerte de Alcalá trajo consigo el nombramiento supuso el inicio de tres años muy placenteros en su vida, pues ver de pronto reconocida su labor y a la vez retornar a su primera vocación, la de diplomático, llevaron a Valera a escribir que su tío “está hecho un peralvillo y casi rejuvenecido”. De este modo, un eslabón más se añadía a la poco rectilínea trayectoria que tradicionalmente han seguido las relaciones entre las dos monarquías.

Independientemente de la mencionada similitud de situaciones políticas, las relaciones entre España y Portugal se habían movido en terrenos pantanosos. Oscilando entre la simpatía y el recelo, ambos países se veían condicionados no sólo por las cuestiones interiores, sino también por las influencias inglesa y francesa en su toma de decisiones. La inestabilidad diplomática, manifestada ya en el Trienio y continuada después se puso a prueba con la recelosa actitud de España respecto al movimiento de la Regeneração que se había iniciado en 1852. Previamente, se había intentado un acercamiento con las dos embajadas de José Guilherme de Lima en Madrid en los años 1830-1837 y 1845. El 26 de junio de 1845 se firmó un protocolo para regular el tránsito en la frontera. Años antes, los objetivos de las negociaciones

---

<sup>95</sup> La pasión de Valera por el iberismo vino de la mano de Estébanez Calderón (M. AZAÑA, *Ensayos sobre Valera*, Madrid 1971, p. 28). En cuanto a la relación entre Juan Valera y nuestro protagonista, hay que señalar que su parentesco era de segundo grado. Dolores Alcalá Galiano y Pareja, marquesa de la Paniega (madre de Valera), era prima hermana de Antonio Alcalá Galiano; también lo era el padre de Valera, el marino José Valera, que estuvo implicado con Galiano en los preparativos previos al pronunciamiento de Riego.

<sup>96</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), Personal español P2 n° 00034, expediente de don Antonio Alcalá Galiano. Copia del discurso que en francés pronunció Alcalá Galiano ante la reina María de la Gloria en el Archivo Histórico-Diplomático (Instituto Diplomático, Ministerio dos Assuntos Estrangeiros, Lisboa), Correspondencia proveniente das representações diplomáticas e consulares dos diferentes países em Portugal: Espanha, caixa 400 (1851).

llevadas a cabo habían sido principalmente comerciales y políticas: liberalizar la navegación del Duero (31-VIII-1835) y dificultar las acciones del infante don Carlos (24-IX-1835). Después, el 22 de junio de 1850 se intentó un nuevo acercamiento con la firma de un tratado que facilitase la correspondencia postal entre los dos países, y se iniciaron las negociaciones para la construcción de algunas obras de ingeniería como el puente sobre el río Caia en la frontera de Elvas. Cuando Alcalá Galiano llegó a Portugal, las relaciones entre los dos países habían comenzado un periodo delicado<sup>97</sup>.

Si bien Juan Valera había logrado interesar a su tío en sus ideas acerca de la unión ibérica, Alcalá, que siempre había sido defensor de la aproximación peninsular, ve vio obligado a moderar sus expresiones, pues las demandas del gobierno seguían otras tendencias. La correspondencia diplomática de la época revela el firme deseo del gobierno español de fomentar las corrientes unionistas, pero sus líneas de actuación no resultaron ser las más adecuadas. España, que poco mandaba ya en el mundo, aprovechaba la menor oportunidad para forzar a su vecino atlántico a vigilar emigrados o incluso a llamarle al orden por haber recibido con grandes honores al revolucionario húngaro Kossuth, quien se había detenido en Lisboa en su camino hacia Gran Bretaña<sup>98</sup>. Galiano fue el encargado de transmitir a Jervis, responsable de asuntos extranjeros, el disgusto del gobierno español por su actitud ante los revolucionarios del 48. Sin embargo, el ministro portugués, muy receloso de las tentaciones de prepotencia de sus vecinos, manifestó al embajador español que la bienvenida a Kossuth no había llegado a las grandes demostraciones que se contaban y que, además, no existía la menor razón para pedir disculpas a nadie porque Portugal no había de tener ningún miramiento ante el gobierno austríaco que estaba protegiendo a don Miguel. Alcalá, que describió con gran detenimiento en sus informes la recepción de que fue objeto Kossuth, obtuvo como conclusión de estas negociaciones que en tal actuación del gobierno portugués se notaba "la conducta vacilante de este ministerio". Semejante talante paternalista demostró el gobierno español en otro asunto de importancia. En un despacho del 2 de marzo de 1853

<sup>97</sup> Acerca de las relaciones entre España y Portugal puede leerse los artículos de A. EIRAS ROEL, "La política hispanoportuguesa en el Trienio Constitucional", en *Hispania*, nº XCI, (1963), pp. 3-56 y "Moderados y cartistas: la Patuleia y la reacción española", en *Revista Portuguesa de História*, tomo XIV, (1970), pp. 189-228; M<sup>a</sup>V. LÓPEZ-CORDÓN *El pensamiento político internacional del federalismo español* y "La política exterior", en *La era isabelina y el Sexenio (1834-1874)*, vol. XXXIV de *Historia de España*; y por último habría que destacar los comentarios de JOVER en *La civilización española del siglo XIX*, Madrid 1992.

<sup>98</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), Correspondencia con la embajada en Lisboa, legajo H-1689, carta fechada el 20 de octubre de 1851.

Galiano anunciaba al gobierno español la emisión de unos bonos en Lisboa para financiar las expediciones revolucionarias de Mazzini y la existencia de un encargado de buscar simpatizantes en España para el éxito de la operación. Una vez más, el gobierno español puso el grito en el cielo y demandó de su embajador más y más tesón en la censura de dichas acciones del gobierno portugués, que si bien no eran instigadas por él, sí sucedían con su consentimiento. Demostrando una patológica obsesión por la persecución de todo liberal que por la Península Ibérica encaminara sus pies, los moderados españoles determinaron en gran manera sus relaciones con Portugal, pretendiendo influir sobre su política interna y externa.

La situación política en Portugal no era, por otra parte, mucho más estable que en España y el desánimo había embargado cualquier ilusión. Desde el golpe de estado de Costa Cabral en 1842, que había dado fin a los intentos de conciliación de la Constitución de 1838, el país había conocido varios años de inestabilidad y descrédito del liberalismo (en cualquiera de sus manifestaciones). Cabral, de origen campesino y populista nato, no había tenido el menor tropiezo en su rápido paso de la izquierda radical a la derecha cartista. El hecho de que en 1842 hiciera derribar el gobierno del que formaba parte, contribuyó enormemente a su propio desprestigio entre los amantes del orden. Por otro lado, su pragmatismo y su política fiscal provocaron el levantamiento masivo de los campesinos del Miño (movimiento conocido por *María da Fonte*). Pese a que la Reina trató de calmar los ánimos destituyéndolo, la protesta se reavivó con la “guerra de la patuleia”. La paz sólo se lograría con la intervención extranjera (inglesa y española) a través del Tratado de Gramido (24 de junio de 1847), que intercambió rendición por amnistía y que arreció el odio portugués hacia España<sup>99</sup>. Pero a estas alturas, la decepción era tal que, como dijera Oliveira Martins, “as nações, como os indivíduos, também podem arrastar-se vegetando sem propriamente viverem”<sup>100</sup>. A los portugueses parecieron quedarles muy claras algunas cosas. Una de ellas era la enorme dificultad que presentaba la convivencia pacífica; otra, la imposibilidad de desprenderse de las

---

<sup>99</sup> J.V. SERRAO, *Historia de Portugal, t. X (1851-1890)*, Lisboa 1989, p. 157. Pacheco le había comunicado a Istúriz (embajador en Londres) la posible toma de postura de acuerdo con Francia para ayudar en la consolidación del trono de María de la Gloria y el restablecimiento del orden. Esta carta ofrece un ejemplo más del condicionamiento que se hallaban sujetas las naciones ibéricas en sus relaciones mutuas (R.A.H., Colección Istúriz-Bauer, tomo 3º, carta fechada en Madrid el 23-IV-1847).

<sup>100</sup> J. OLIVEIRA MARTINS, *Portugal contemporaneo*, Lisboa 1996, vol. II, p. 208. Comentando la personalidad de Costa Cabral, afirmaba el gran historiador portugués que representaba la antipatía personificada, y que su irascible carácter sacaba de quicio a cualquiera. Las concomitancias con Narváez saltan a la vista, como reveló J. PABÓN en su *Narváez* (pp. 254-257). Ambos mantuvieron una amistosa relación epistolar que prueba el grado de entendimiento al que pueden llegar dos caracteres autoritarios.

influencias exteriores. Para 1852, año en que el duque de Saldanha accedió al poder, cualquier proyecto era aceptado. El movimiento, que fue conocido como la "Regeneración", había comenzado a gestarse en la trastienda del poder y se legitimó socialmente por la aclamación popular de Saldanha (sostenido, desde luego, por los regimientos de Oporto). La nueva situación política quedó organizada en torno a dos grandes partidos: el Partido Regenerador y el Partido Histórico, posteriormente llamado Partido Progresista. Sin embargo, el turno de partido, con los consiguientes manipulación y falseamiento electorales, fue objeto de críticas acerbas; Alexandre Herculano, uno de los liberales moderados portugueses más respetados, lo denominó "vil comedia" y demandó un grado mayor de moralidad en la política<sup>101</sup>. Pese a los problemas internos, los distintos gobiernos de Portugal trataron de defenderse a toda costa de las injerencias de las potencias extranjeras y, en particular, de España, pues las intenciones de los gobiernos moderados parecían ser muy claras al respecto. España pretendía ejercer sobre Portugal la influencia que tradicionalmente le había correspondido a Gran Bretaña, influencia que aún permanecería vigente durante muchos años<sup>102</sup>. Galiano pudo observar in situ la llegada de Saldanha al poder y el peligro en que estaba a punto de verse envuelto el país. Comunicó al Marqués de Miraflores, ministro de Estado español, la marginación política de la reina María de la Gloria y la confusión política del país<sup>103</sup>. Fue el temor a que se extendieran los desórdenes una de las razones por las que el gobierno español se decidió a presionar con más fuerza sobre la política portuguesa. Como ya se ha dicho, el gobierno español mantenía muchas reticencias hacia el espíritu que animaba la Regeneração, y la confesión propia de los primeros momentos pareció apoyar sus recelos. Sin embargo, el país se había embarcado en un proceso en el que el talante moral de las reformas que se querían llevar adelante demandaba mucha confianza en el futuro.

Pero no todas las intenciones del gobierno español podían mover a la suspicacia portuguesa, incluso existió una colaboración mutua por la que España informaba de los movimientos de los miguelistas instalados en Galicia, y Portugal ayudaba a luchar contra la piratería que atacaba la flota española en Macao. Ambos

---

<sup>101</sup> Herculano se convirtió hasta su muerte en la conciencia del liberalismo portugués. Con ese título escribió Joaquim V. SERRAO una de sus más conocidas biografías: *Herculano e a consciencia do liberalismo portugues*, Lisboa 1977.

<sup>102</sup> Para un estudio detenido de las relaciones económicas y políticas de Portugal y Gran Bretaña en el siglo XIX puede consultarse el libro de M<sup>a</sup> F. de BONIFÁCIO *Seis estudos sobre o liberalismo portugues*, Lisboa 1996.

<sup>103</sup> *La Nación*, 11-VI-1851.

gobiernos procedieron también en los años de gestión de Alcalá a negociar un tratado de extradición, cuyos detalles quedaron en manos de Martínez de la Rosa, quien estaba en relaciones inmejorables con personajes importantes de la corte lusitana como eran el Duque de Luz y el Vizconde de Almeida Garret. Desde 1823 no había existido entre España y Portugal ningún convenio para el intercambio de convictos, y ciertamente, el celebrado aquel año era el documento más adecuado para resucitar viejos acuerdos. Las negociaciones acerca de la cuestión ferroviaria son otro de los grandes capítulos de las relaciones entre ambos países. La necesidad de estrechar las comunicaciones, aspecto fundamental si se quería integrar la Península en un conglomerado homogéneo, llevó a ambos gabinetes a entablar conversaciones acerca de dicho asunto. Alcalá Galiano estaba especialmente interesado en fomentar la unión ferroviaria de las dos naciones cara a la constitución de una entidad económica única, ya que la política parecía estar bastante lejana<sup>104</sup>. Esta cuestión se había convertido en lugar común de la prensa de los dos países. La correspondencia diplomática revela, por su parte, que el mismo entusiasmo embargaba a ambos gobiernos, aunque no todos se dejaron arrastrar con la misma facilidad. Luis de Noronha, embajador en Madrid en 1852, escribía a Lisboa acerca de los grandiosos planes del ejecutivo español para la construcción de ferrocarriles, y comentaba con ironía que “ningum aqui medianamente informado do estado do thesouro, julga possivel a realizacao de semelhante projecto”<sup>105</sup>. El siguiente embajador portugués, José Ferrer Borges de Castro, transmitió a su gobierno el mensaje que Alcalá, por encargo del conde de San Luis, había comunicado ya anteriormente a la Corte: la prioridad de las comunicaciones con la frontera desde Madrid, líneas que serían clasificadas entre las de primer orden<sup>106</sup>. Luis López Sartorius, conde de San Luis, había llegado al gobierno el 18 de septiembre de 1853. Hombre de orígenes humildes, pero ambicioso, con gran energía, y muy dado a las intrigas ocupó el espacio vacío dejado por Bravo Murillo, espacio que había sido calentado mientras tanto por Federico Roncali y el general Lersundi. Las relaciones de Galiano con Sartorius no fueron precisamente buenas. La reputación del conde de

<sup>104</sup> La preocupación por la flexibilidad de las comunicaciones sería de nuevo tema primordial en la gestión de Alcalá en su estancia en Lisboa, pues junto al ferrocarril, nuestro protagonista se interesó por las propuestas de telégrafo eléctrico que le comunicaron varios ingenieros ingleses (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Despachos secundarios, legajo H-1690, Lisboa, 22-IX-1852). Posteriormente, en 1858, el ministro plenipotenciario de Portugal propuso tender una telegráfica entre España y Portugal por Ayamonte (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Notas verbales, legajo H-1714, Madrid 4-I-1858).

<sup>105</sup> Carta fechada Madrid el 7 de febrero de 1852, Legação de Portugal em Madrid, Archivo Histórico-Diplomático (Instituto Diplomático, Ministerio dos Negocios Estrangeiros, Lisboa), caixa 112.

<sup>106</sup> Carta fechada el 25 de julio de 1853, Legação de Portugal em Madrid, Archivo Histórico-Diplomático (Instituto Diplomático, Ministerio dos Negocios Estrangeiros, Lisboa), caixa 113.

San Luis y su forma de entender la política no encontraban agrado ni acomodo en la mentalidad de Alcalá, quien, tras algunas vacilaciones, se decidió a presentar la dimisión al encargado de los asuntos extranjeros, Calderón de la Barca. Sin embargo, su renuncia no fue aceptada y continuó en su puesto<sup>107</sup>. Al mes siguiente, el 15 de noviembre de 1853, María de la Gloria falleció dejando el trono al regente Fernando, quien lo ocuparía hasta la mayoría de edad del futuro Pedro V (el 18 de septiembre de 1855).

En una carta reservada fechada el 16 de enero de 1854, el embajador de Portugal en Madrid, conde de Azinhaga, hacía a su gobierno una serie de comentarios muy interesantes acerca de la situación política española. Desde el 24 de septiembre de 1853, momento en que se hizo cargo de la legación, el conde había observado con detenimiento la marcha de los proyectos de unión ibérica, que tanto preocupaban en Lisboa. Siguiendo la tradicional relación portuguesa con Gran Bretaña, Azinhaga se reunió con el embajador inglés en Madrid, lord Howden, para indagar las intenciones de su gobierno respecto a este asunto de la unión. Gran Bretaña, muy interesada en continuar la política enunciada ya en su tiempo por Canning de que “*Portugal must always be English*”, garantizó la seguridad de la familia real portuguesa y le comunicó las preguntas de algunos políticos españoles (tanto moderados como progresistas, hartos de la influencia de los favoritos sobre la reina Isabel) acerca de cómo recibiría Inglaterra el hecho de que en España se proclamase rey a Pedro V, dejando como regente de Portugal al infante don Luis<sup>108</sup>.

La preocupación del gobierno por mejorar su imagen en Portugal le llevó a indicar al embajador Alcalá la necesidad de financiación y difusión de un periódico que ofreciese una impresión favorable de España y sus gobernantes. Nuestro protagonista realizó un informe de la prensa existente en Lisboa para subvencionar un diario nacional, según prefería el gabinete de Madrid, pero los resultados de la investigación de Alcalá al respecto no le llevaron a muchas alegrías precisamente, pues según escribió a Madrid, los periodistas portugueses eran “una pandilla de poco

---

<sup>107</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, Personal español P2 nº 00034, 10-X-1853.

<sup>108</sup> Carta fechada el 16 de enero de 1854, Legação de Portugal em Madrid, Archivo Histórico-Diplomático (Instituto Diplomático, Ministerio dos Negocios Estrangeiros, Lisboa), caixa 113. En lo que respecta a los políticos que hicieron dichas revelaciones, no hay más información acerca de quiénes pudieran ser, aunque tras los hechos posteriores, fácil es descubrir a los implicados. Por otra parte, la idea de la unión dinástica no quedó del todo olvidada, pues en los años sesenta, en pleno desprestigio de Isabel II y muerto Pedro V, los progresistas se plantearon seriamente recurrir a la persona de Luis I, ya coronado rey de Portugal, como cabeza visible de dicha unión (M<sup>a</sup> V. LÓPEZ-CORDÓN, *El pensamiento político internacional del federalismo español*, p. 183).

valer" y sus diarios no tenían la suficiente divulgación como para servir a los intereses del gobierno español. Aprovechando la oportunidad que se le presentaba, Valera pretendió ofrecer su proyecto de elaborar un periódico que había llamado *Revista Ibérica*, y que contaba con la participación de ilustres escritores españoles y portugueses. Los primeros planes se vieron demorados en los años 1851 y 1852 por las reticencias que el gobierno del duque de Saldanha tenía hacia todo el ideal fusionista. Cuando Valera se marchó de Portugal con otro destino, el proyecto quedó en manos de Latino Coelho, y poco a poco fue languideciendo. Sin embargo, tanto Valera como Latino Coelho habían logrado la colaboración de muchos escritores de ambos países (Garrett, Cánovas y Estébanez Calderón, entre otros)<sup>109</sup>. Pese a que la revista no llegó a ver la luz según los planes de Valera, el interés que despertó puso de manifiesto la existencia de un sentimiento común de unidad entre la intelectualidad de los dos países. Esto, que bien poco podía servir a las intenciones del gobierno español, había sembrado la semilla de un movimiento que bien podría ser llamado unionismo cultural y que alcanzaría, un par de años después, un hito con la publicación de la *Revista Peninsular*, por iniciativa esencialmente portuguesa.

El espíritu que inspiró la *Revista Peninsular* fue el mismo que animó los demás movimientos nacionalistas de la época. Los dos volúmenes que la componen están llenos de artículos que indagan acerca de la historia, la economía y la cultura de ambos países buscando los puntos de contacto y las raíces que llevarían a un mejor entendimiento. Sin plantearse, en principio, grandes objetivos, la revista proponía en su prospecto un mejor conocimiento literario mutuo como base de futuros acercamientos: "As duas nações da Península nasceram para a mesma cultura. E têm a sua, sem inveja a ninguém. Basta só que Portugal queira ser Portugal, e a Hispanhia se conserve Hispanhia, pero que o commercio litterario dos dois paizes naturalmente se ligue, se estreite, e reciprocamente se desenvolva. Todas as affinidades tendem espontaneamente a aproximarse. Os povos peninsulares tem a sua indole propria. Hao de entenderse logo que renovem o trato esquecido"<sup>110</sup>. El conocimiento recíproco se extendía también al estudio de las grandes figuras del liberalismo de ambos países, pues al fin y al cabo, se trataba de un proyecto de evidente raíz liberal. Así, abundaron los artículos acerca de Mouzinho da Silveira, el

---

<sup>109</sup> La correspondencia entre Juan Valera y Latino Coelho sobre la *Revista Ibérica* y sobre literatura en general fue en gran parte reproducida por Georges BOISVERT en "Lettres inédites de Juan Valera à Latino Coelho", en *Bulletin des Études Portugaises*, t. XXVIII-XXIX, (1967-68), pp. 213-286.

<sup>110</sup> *Revista Peninsular*, vol. 1, 1855, p. 5.



recientemente fallecido Almeida Garrett, el duque de Palmella, Alexandre Herculano, Alvaro Flórez Estrada o Martínez de la Rosa. Particular interés tuvieron dos artículos publicados en el segundo volumen que mostraban la perspectiva nacionalista de la que se habló antes. Salvador Constanzo escribió acerca de los "Intereses de varias naciones de Europa que tienen un mismo origen, y su particular tendencia a reunirse en grandes masas", y se lanzó sin dudarle a la reclamación del derecho a seguir una senda común que hasta el momento se había visto obstaculizada por las grandes potencias. La perspectiva portuguesa, más cauta, se manifestó en el artículo de Domingos de Angulo y Gutiérrez titulado "Política de Hispanhia y Portugal", en el que se insiste en la persistente idea del liberalismo portugués de que el atraso peninsular es percibido como decadencia, por lo que todos los proyectos liberales tienen siempre un talante regenerador, particularmente en lo económico<sup>111</sup>. La visión portuguesa se plantea más en los términos de comunidad y colaboración que en los de identidad nacional, y en función de esos principios se entiende el proceso renovador que puede nacer de dicha entente: "Tudo faz creer que a península iberica se robustece, se regenera, se levanta do abatimento, e corre alegre pelo caminho da prosperidade"<sup>112</sup>. Alcalá Galiano escribió para la *Revista Peninsular* un artículo sobre Moratín pues, aunque cuando salió publicado ya no ocupaba el puesto de embajador, su vinculación a la política activa le impidió manifestarse de forma abierta<sup>113</sup>. Su posición con respecto a Portugal era totalmente pragmática, y contemplaba el fomento de las relaciones de ambos países como un elemento fundamental para el desarrollo económico, así como un pilar de la independencia con respecto a las grandes potencias. Años después, en una crítica al gobierno de la Unión Liberal, que podría ser extendida a todos los demás gobiernos, Alcalá se mostraba indignado de la incapacidad de España para comprender el papel primordial que las relaciones con

<sup>111</sup> J.V. SERRAO, "Democracia versus liberalismo", en V. NETO (coord.), *A Revolução Francesa e a Península Iberica*, Revista da Historia das Ideias, Coimbra 1988, nº 10, volumen 1, p. 4. La importancia del elemento iberista en los proyectos de los liberales de uno y otro país, sobre todo a la hora de explicarse su propia cuestión nacional, ha sido puesto de manifiesto por José M<sup>a</sup> JOVER en *La civilización española a mediados del siglo XIX*, pp. 177-185.

<sup>112</sup> D. ANGULO Y GUTIÉRREZ, "Política de Hispanhia y Portugal", en *Revista peninsular*, vol. 2, 1856, pp. 398-401; el artículo de Salvador CONSTANZO, "Intereses de varias naciones de Europa que tienen un mismo origen, y su particular tendencia a reunirse en grandes masas", en mismo volumen, pp. 358-362. El desarrollo del ideal iberista desde la perspectiva liberal moderada fue bastante limitado, salvo en el terreno de la cultura. Las transformaciones económicas y sociales estaban llevando al movimiento por senderos muy distintos al del nacionalismo clásico. Una de las primeras manifestaciones de esta corriente, que desembocó en el federalismo, fue la revista *A Península* (Oporto 1852-1853) en la que las reivindicaciones sociales se unían a las unionistas. Sobre este proceso tienen interés las obras ya antiguas de V. de SÁ *A crise do liberalismo e as primeiras manifestações das ideias socialistas em Portugal (1820-1852)*, Lisboa 1974 y *Perspectivas do século XIX*, Oporto 1976; la de M<sup>a</sup> V. LÓPEZ CORDÓN, *El pensamiento político internacional de federalismo español (1868-1874)*, Barcelona 1975. Más recientes y tratando el asunto desde una perspectiva general, están los escritos de J.A. ROCAMORA: "Un nacionalismo fracasado: el iberismo", en *Espacio. Tiempo y Forma*, Serie V, U.N.E.D., (1989), pp. 29-56, y *El nacionalismo ibérico*, Valladolid 1997.

<sup>113</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Juicio crítico acerca del célebre poeta cómico don Leandro Fernández de Moratín", en *Revista Peninsular*, vol. 1, 1855, pp. 529-542.

Portugal debían tener en la política exterior nacional. Estas palabras, pronunciadas en el Senado, resumen sus ideas al respecto: “Señores, la cuestión de la alianza con Portugal es inmensa, se puede decir que es vital para España. Por ser Portugal nuestro enemigo, llegaron hasta Madrid los ingleses y los holandeses, cuando se disputaban la corona Felipe V y Carlos de Austria, y si no hubiera sido por la célebre batalla de Almansa, aunque ya había sido evacuada Madrid ¡ay del cetro de los Borbones!. Por estar Portugal separado de nosotros en el año 1801, tuvimos un ejército francés dentro de España, y si entonces no produjo consecuencias graves, porque aún no estaba del todo consolidado el poder de Napoleón, llegó el año de 1807, y con el pretexto de que no había una verdadera política consular, sino una política enemiga entre las dos naciones y casi de hostilidad, fue invadida España por un ejército francés, con la disculpa de dar paso a ese mismo ejército para que ocupase Portugal. Vea pues el Senado lo importante que es tener a Portugal por nuestro amigo, y la necesidad de que el gobierno tenga presente constantemente la vista en aquel punto de la península, no para realizar proyectos de unión ibérica, que pueden venir con el tiempo, que son frutos que pueden madurar con las estaciones sucesivas; pero que necesitan muchos veranos y muchos calores para llegar a ese estado de madurez; pero frutos que, lejos de lograrse que maduren, se echan a perder, se pudren, y tenemos por método imprudente traerlos a la sazón antes de tiempo oportuno”<sup>114</sup>.

La llegada de Espartero al poder de la mano de la sublevación del general O'Donnell en julio de 1854 provocó, como era de esperar, dado el aborrecimiento que por él sentía, la inmediata dimisión de Alcalá Galiano del puesto de embajador. La carta enviada desde Sintra el 5 de agosto fue prontamente contestada por el gobierno, el cual le relevó de su cargo situando al frente de la legación de Lisboa primero a Ríos Rosas y después a Patricio de la Escosura<sup>115</sup>. Mientras estos hechos se sucedían, la reina madre María Cristina, bajo el nombre de condesa de Iramendi, huía a toda la velocidad que era posible en la época, de las iras populares y se dirigía a Lisboa, a refugiarse en la casa de uno de sus más fieles servidores: don Antonio Alcalá Galiano<sup>116</sup>. Pese a estos últimos avatares políticos, la estancia de Galiano en

<sup>114</sup> Diario de Sesiones, Senado, legislatura de 1861-1862, 2-XII-1861, p. 182.

<sup>115</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), Correspondencia con la embajada en Lisboa, legajo H 1690, carta fechada en Sintra el 5 de agosto de 1854; Personal español P2 nº 00034, R.D. fechado en Madrid el 8 de agosto de 1854 por el que el ministro de Estado, Joaquín Francisco Pacheco, releva de su cargo a don Antonio Alcalá Galiano (certificación del oficial Archivero del Ministerio de Estado).

<sup>116</sup> A. ALCALÁ GALIANO, hijo, en sus comentarios a las *Memorias* de su padre, vol. 2, p. 532.

Lisboa fue muy grata llegó incluso a recibir la Gran Cruz de la Orden de Cristo. Con su cultura y cosmopolitismo supo hacer de la embajada española un punto luminoso en la corte portuguesa; el mismo Juan Valera se lo había comunicado a su amigo Estébanez Calderón diciendo que "En esta tierra privan mucho todos los individuos de la Legación de España. Galiano y Manuela su consorte son aquí muy queridos; la viuda Malvina es el objeto idolatrado y celebrado de los folletinistas; Sandoval, el Secretario, paisano de Vd., anda hecho un don Juan Tenorio..."<sup>117</sup>.

En España, lejos de preocuparse por estas galanterías, los ciudadanos estaban a la espera de que los acontecimientos que se habían desarrollado durante el verano, se asentasen definitivamente. Desde los primeros levantamientos, promovidos al parecer por el propio partido moderado para derribar el corrupto gobierno de Luis Sartorius, se esperaba la reacción de Espartero, el cual, se decía, era el único capaz de sublevar al pueblo y al resto del ejército<sup>118</sup>. Moderados, progresistas, demócratas, jornaleros despedidos de las obras del Canal de Isabel II en Madrid..., todos tenían razones para estar descontentos de una Reina en cuya defensa se habían perdido tantas vidas. El manifiesto leído el 7 de julio (Manifiesto de Manzanares), inspirado por el ala puritana del partido del gobierno, expresó los deseos generales de regeneración moral que anhelaban los españoles. Las barricadas en las calles de varias ciudades convencieron al conde de San Luis de lo inevitable de su dimisión. En Madrid, la entrada de Espartero puso el punto final a la representación.

\*\*\*\*\*

El periodo que acabamos de finalizar trajo consigo la construcción del estado liberal español. Las tendencias que antes habían ido tan sólo apuntándose, ya se han asentado, y lo han hecho de una forma peculiar en la que las viejas y las nuevas estructuras se han unido mediante un proceso de simbiosis que ha sido descrito

---

<sup>117</sup> Carta de Juan Valera a Estébanez Calderón fechada en Lisboa el 10 de noviembre de 1853, en C. SAÉNZ DE TEJADA, op. cit., p. 247. La viuda Malvina a la que hace referencia Valera fue la hijastra de Alcalá, conocida belleza de aquellos tiempos. Según algunos rumores de la época, Manuela Miranda, siendo una jovencita, fue seducida por Fernando VII, de quien, al parecer, sería hija Malvina. La protección que a doña Manuela dispensó, compadecida, María Cristina creó entre ambas una profunda amistad que se reforzó cuando ésta necesitó de la ayuda de su amiga para mantener el secreto de sus amores con Fernando Muñoz (recogió esta información F. XIMENEZ DE SANDOVAL en *Antonio Alcalá Galiano (el hombre que no llegó)*, p. 353). Años después, doña Manuela se casó con el entonces viudo Alcalá Galiano. La amistad entre las dos mujeres, junto al sostenimiento económico que la regente prestó a nuestro protagonista en su penoso segundo exilio, son las razones fundamentales que explican la fidelidad constante de Galiano a María Cristina.

<sup>118</sup> J. NOMBELA, *Impresiones y recuerdos*, p. 248.

detalladamente por D. Ringrose en su libro *España 1700-1900. El mito del fracaso*. Dicho proceso tiene su característica más destacada en el hecho de que la sociedad española combinó un estado centralizado con el control local de la mayoría de los asuntos que atañían a las oligarquías provinciales<sup>119</sup>. Eso no evitó que en las ciudades la nobleza lograra modificarla y en cierto modo reforzara su posición gracias a las ventajas proporcionadas, en lo que a la propiedad se refiere, por los canales por el liberalismo, a la vez que los nuevos grupos enriquecidos se aproximaban a sus pautas de comportamiento<sup>120</sup>. Así, hemos visto a Alcalá Galiano defender la Constitución de 1845 y con ella la legislación municipal moderada y un modelo aristocrático de senado. Estos expedientes, que suponían un retroceso desde la perspectiva del liberalismo, eran, sin embargo, los únicos que podían cuadrar en una sociedad como la española que no era una sociedad de burgueses, sino de oligarcas cuya principal riqueza estaba en el campo. De esta manera, y dadas las nuevas formas de legitimidad que imponía el estado liberal, se hacía necesario hacer de la propiedad algo sagrado. En este sentido, la defensa que hizo el liberalismo conservador español de la propiedad no es "liberal", sino que se utilizaron argumentos tradicionales. La defensa de la propiedad entre los liberales clásicos parte de los textos de Locke en los que la propiedad es el principal derecho del hombre en tanto que es producto suyo, es manifestación de su trabajo<sup>121</sup>. Los conservadores españoles, por su parte, no defienden la propiedad en un sentido productivo, no pretenden sacar de ella el máximo rendimiento económico, sino el mayor rendimiento social: se convierte para ellos no en una manifestación del trabajo (pues la máxima aspiración era el rentismo), sino en una manifestación externa del estatus social, de su poder. De ahí que todas las riquezas que se obtengan en esta década moderada se inviertan en tierra. Comprobamos de nuevo cómo pervivieron en España comportamientos de tipo tradicional, que además resultaron tener una virtual aplicación en la política moderna: Alcalá Galiano nos dirá sólo unos años después que "veo que todos quieren la democracia, y sin embargo todos ostentan títulos, quieren cruces, y jamás se han visto más escudos de armas"<sup>122</sup>. La propiedad de

---

<sup>119</sup> D. RINGROSE, *España. 1700-1900. El mito del fracaso*, p. 419. A esta circunstancia fue unida un proceso de regionalización económica creciente.

<sup>120</sup> A. BAHAMONDE, "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)", en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, vol. 1, p. 375.

<sup>121</sup> "De todo lo cual resulta evidente que aunque las cosas de la naturaleza son dadas en común, el hombre, al ser dueño de sí mismo y propietario de su persona y de las acciones y trabajos de ésta, tiene de sí mismo el gran fundamento de la propiedad. Y todo aquello que vino a constituir la parte mayor de lo que él empleó para procurarse apoyo o comodidad cuando los inventos y las artes mejoraron las cualidades de la vida, fue completamente suyo y no perteneció comunitariamente a los demás" (J. LOCKE, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Madrid 1995, p. 70).

<sup>122</sup> Diario de sesiones, Senado, legislatura de 1857, 18-VI-1857, p. 324.

tierras, además de otorgar prestigio, otorgaba poder. Las oligarquías locales se unieron al partido moderado porque vieron que su forma de organizar el estado liberal era totalmente compatible con las formas tradicionales de control regional (como ya vimos en el episodio de la sublevación de Montes de Oca en Bilbao). Sus proyectos municipales centralizadores y verticales permitían la adaptación porque esas elites locales habían sabido diversificar sus tareas políticas y eran capaces de participar en los procesos de cooptación de las elites políticas y burocráticas, en las que integraban a sus candidatos<sup>123</sup>. Se creó así una tupida red de intereses que iban de arriba a abajo y viceversa y que contribuyó a integrar, al menos por el momento, al reciente estado español. En este conglomerado de oligarquías locales y tradicionales hay que incluir, sin duda, a la vieja nobleza, que conoció en esta época un gran desarrollo económico, facilitado en parte por sus enlaces matrimoniales con los burgueses<sup>124</sup>.

En su defensa de la legislación moderada, Galiano creyó ver la defensa del orden social, por cuanto percibía en estos oligarcas locales (muchos de los cuales vivían en la ciudad) a los verdaderos interesados en el sostenimiento del régimen, en la única base social posible del mismo. Al fin y al cabo no había otra. Pero esto, en última instancia, era una traición a los principios del liberalismo, pues lo que se revelaba era la pervivencia de fórmulas del pasado, y no una modernización. No se creó una sociedad liberal, sino la adaptación de una sociedad tradicional disfrazada de liberalismo, que utilizó sus resortes en lo que le sirvieron (en cuestiones políticas) y los despreció en lo que tenían de peligroso para ella (los canales de participación a otras opciones). Es más que probable que Alcalá fuera consciente de lo que sucedía, pero la certeza de que la sociedad española era la que era, y sus propias prevenciones hacia el desorden, le hicieron cerrar los ojos ante el falseamiento. El profundo escepticismo que le dominaba, el miedo y la debilidad de carácter siempre coartaron las alas del pensamiento de nuestro protagonista.

---

<sup>123</sup> Los procesos de cooptación de las clases dirigentes han sido descritos en el libro de Ringrose ya citado y en su trabajo "Economía, oligarquía y cambio social en España", en D. RINGROSE, *Imperio y Península. Ensayos sobre la historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, Madrid 1987. Básicamente, se caracterizaron estos procesos por el clientelismo y el patronazgo. Ya en la descripción que de los moderados hizo Tuñón de Lara iba incluida esta característica: los moderados como un grupo mixto surgido de las clases tradicionalmente dominantes y las clases medias que se ponen a su servicio (M. TUÑÓN DE LARA, "¿Qué fue la década moderada?, 1844-1854", en *Estudios sobre el siglo XIX*, Madrid 1972, p. 55).

<sup>124</sup> Fueron estos emparentamientos uno de los crisoles de la mentalidad tradicional y la moderna (A. BAHAMONDE y J.A. MARTÍNEZ, *Historia de España. Siglo XIX*, p. 174).

## 7. El fin de una época agotada, (1854-1865).

La fatalidad parecía haberse empeñado en que nuestro ya viejo protagonista no pudiese disfrutar de los honores que acompañan a una posición privilegiada como la de embajador y que tanto entusiasman a los hombres, que les hacen sentirse importantes y respetados. Pero esa especie de irónico destino que le impidió durante toda su vida saborear las mieles de la consideración social, y cuyo último sarcasmo fue la propia muerte (siendo ministro, precisamente) no soltaba su presa, y mientras otros se pavoneaban con orgullo, Alcalá Galiano, muy a su pesar y por aquello de los principios, retornó a España, abandonando la tranquilidad de su estancia lisboeta. Se iba a topar de nuevo con los enconamientos políticos, las revanchas, la furia de unos y otros y su propio enfado, pero en esta ocasión su puesto no sería el de defensor del gobierno, que tan mal sentaba a su espíritu crítico e mordaz, sino en la oposición. Pese a todo se mantuvo en un cierto aislamiento, colaborando en *El Sur*, según su hijo Antonio, aunque sin firmar ningún artículo. *El Sur*, periódico moderado dirigido por Tomás Rodríguez Rubí, canalizaba sus censuras al gobierno acusándole de demagogia e irreflexión. Desde esta tribuna tuvo Galiano la oportunidad de vituperar a su odiado Espartero, por quien sentía el más profundo desprecio y de quien, años atrás, había dejado escrito en la *Historia de España* que sus dos mejores prendas eran “su gigante ambición y su corto y nada ilustrado entendimiento”. Sin embargo, la posición de Alcalá no dejaría de ser contradictoria en estos años del Bienio Progresista, pues si bien rechazaba de plano las demagogias en las que, según él, habían acampado hacía decenas de años los amigos del progreso, no podía dejar de reconocer que su política económica, orientada al impulso de los principios de la filosofía liberal, cuadraba a la perfección con lo que él había venido defendiendo desde la prensa, y en lo que insistiría en las conferencias de la Bolsa en 1859.

En este amplio periodo de 1854 a 1865 la actividad pública de Alcalá Galiano se ralentiza. La edad y las distintas condiciones políticas del país le condujeron al terreno de la reflexión, y así le veremos dedicado a interesarse por cuestiones antes tan sólo apuntadas: la defensa del libre comercio o la preocupación por la historia. Si bien nunca va a abandonar la palestra pública, su atención por la política se centrará ahora en la teoría (en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas). Serán muchos los artículos publicados por Alcalá en estos años, textos llenos de interés pues suponen la sedimentación de sus ideas en los muchos ámbitos a los que aplicó

su inteligencia. Pero no serán menos las conferencias dictadas en escenarios de esa España que iba a pasar con rapidez de la moderación al progreso y de ahí a la república: el Ateneo, la Bolsa, las Academias... El lapso de tiempo que ahora se va a analizar constituyó, en definitiva, el punto de llegada de nuestro protagonista, pero también el de una España agotada: la de moderados y progresistas, carentes ya de proyectos renovadores.

### **Crisis de ideas en los proyectos liberales.**

En cierto modo, podría decirse que el Bienio tenía mucho de continuidad con la época que le precedió, al igual que en él residía la etapa que vendría después. La reorientación de la economía con vistas al desarrollo y la integración del mercado nacional era algo que preocupaba a moderados y progresistas, por lo que el espíritu de las reformas coincidía en ambas tendencias políticas. No se iban a producir tantas semejanzas en el ámbito de lo estrictamente político, como probaron los programas presentados a las elecciones de octubre de 1854. Sin embargo, las teorías de los dos partidos ya se iban gastando y poco podían ofrecer a un país en el que el empeoramiento de la situación social hacía abrir las orejas a mensajes renovadores. Los demócratas supieron tocar la tecla adecuada y en sus manos quedó gestionar el ansia de verdadera transformación social. La Constitución de 1856, proyecto progresista, reunía los ingredientes de la de 1837 con algunas limitaciones a la Corona y ampliación de derechos, pero si el texto del 37 no llegó a la adolescencia, el de 1856 sufrió del grave delito de infanticidio. Sus principios habían quedado abortados por el nuevo mito: el de la unión de los liberales.

Un real decreto fechado el 2 de septiembre de 1856 echaba el cerrojo al Bienio por el mecanismo de la clausura de las Cortes. Dando fin a un periodo de inestabilidades, de temores, y de medidas económicas aperturistas que habían asustado a más de uno (ciertas liberalizaciones), y habían arruinado a otros tantos (la desamortización de propios y comunes), se tenía la impresión de que el orden estaba próximo, es decir, se intuía que Narváez regresaba al poder<sup>1</sup>. Pero aún hubo un

---

<sup>1</sup> Durante el Bienio, se facilitó la entrada de capital extranjero y de tecnología y material igualmente foráneos. Asimismo, se liberalizaron las tasas de interés. Todo ello tenía como objetivo impulsar el desarrollo industrial y en particular la construcción de ferrocarriles. Una de las controversias más importantes de la época quedó planteada con la ley general de desamortización de 1 de mayo de 1855. Sus consecuencias económicas y sociales fueron terribles para los campesinos, los cuales, por falta de dinero, no pudieron comprar terrenos, pero es que además perdieron el antiguo recurso de los propios y comunes. Se acentuó, de esta manera, la formación de latifundios; los municipios, privados de los ingresos que estos bienes producían, se vieron forzados a incrementar la presión fiscal; por último, las pequeñas explotaciones quedaron arruinadas ante la competencia de las grandes.

paréntesis protagonizado por el mismo gobierno O'Donnell que por decreto del 15 de septiembre restablecía la Constitución de 1845, ampliando sus concesiones por un acta adicional. Siendo consciente de que el país no podía permanecer en un vacío legal indeterminado, el Duque de Tetuán decidió la restauración de la constitución moderada hasta que se convocasen nuevas Cortes, pero con alguna condescendencia hacia el presente en lo que se refería a la limitación del ejecutivo y al reforzamiento del legislativo. Sin embargo, cualquier alegría se desvaneció al instante, pues la sombra del general Narváez ya se dejaba ver por Palacio. El acta, que duró un mes, fue la segunda en esfumarse. O'Donnell la había precedido: el 12 de octubre de 1856 su lugar era ocupado por el hombre de orden por antonomasia. Las tareas de Narváez en el gobierno tuvieron por primer objeto, según venía siendo costumbre en España, una vuelta atrás con respecto a lo hecho en los dos años anteriores, pero tan destacable como esto, fueron dos pretensiones que suponían un retroceso del régimen hacia los sedimentos más primarios de la interpretación conservadora. Por un lado, se quiso promulgar una ley que acabase con la autonomía del Congreso y del Senado en su capacidad de otorgarse sus propios reglamentos. Por otro lado, se aspiraba a hacer del Senado una institución aún más enraizada en los sectores tradicionales de la sociedad, haciendo posible que una parte importante de la senaduría fuese hereditaria, y que se establecieran de nuevo las vinculaciones<sup>2</sup>. En estas maniobras desempeñó un importante papel Galiano, pues desde la tribuna del Senado se dedicó con bastante arrebató a defender las aspiraciones de Narváez, en particular en lo que concernía a la nueva configuración de la Cámara Alta. Él, que se preciaba de radical liberal en economía, se presentó en el Senado abogando por la vinculación con una intención política muy clara. Afirmando que no existía, desde su punto de vista, la menor equivalencia entre la libertad económica y la búsqueda de elementos estables que anudasen la relación entre el estado mismo y la sociedad, apostaba por la instalación de estos en España al modo como estaba constituida la Cámara de los Lores en Inglaterra. Allí se había logrado hacer compatible la tradición con la libertad "porque hay un sistema social con jerarquías, porque la riqueza, el poder, la autoridad, están allí en una perfecta

---

<sup>2</sup> En julio de 1857, el ministerio Narváez propuso una reforma de la Constitución que buscaba, sobre todo, reorganizar el Senado, en la línea del proyecto de Bravo Murillo (1852). El objetivo era configurar un Senado con tres tipos de miembros: los senadores hereditarios, los natos y los de nombramiento real. Los primeros iban a ser los grandes de España con una renta de 200.000 reales en bienes inmuebles, de ahí la necesidad de garantizar su estabilidad económica por medio de las vinculaciones. Sobre estos intentos de hacer más conservador el régimen, y las consecuencias que ello trajo consigo, aportan interesantes reflexiones los siguientes artículos de I. MARCUELLO: "Las Cortes y los factores de crisis política de la monarquía constitucional de Isabel II (1845-1868)", en *Anuario de Historia del Derecho Español* (1988), pp. 81-172 y "Sistema constitucional, práctica parlamentaria y alternativas conservadoras en el liberalismo isabelino", en *Hispania*, LIII/1, nº 183 (1993), pp. 237-276.



igualdad". Obviamente, propugnaba la vinculación de la propiedad sólo en quienes heredaren la senaduría. Detrás de esta contradictoria postura hay una tentativa por constituir en la sociedad española un conglomerado de intereses lo suficientemente sólido como para que no fuera arrastrado con los vaivenes políticos que hacían temblar al país. Comentaba Alcalá que ese núcleo habría de incluir a la aristocracia de la sangre, a la del dinero y a la del talento, "la que por voto general debe ser preferida" (y a la que creía pertenecer él). La primera, la tradicional, representa el pasado; la segunda, el presente; la tercera, anuncia el futuro, lo contiene. Estos tres elementos aseguraban que hubiera siempre en la sociedad una garantía de permanencia, un aval de continuidad, una vacuna contra la revolución. El Senado iba a ser su reducto particular, y en él debían recalar por los procedimientos que la ley hubiera dictaminado para cada una de las aristocracias. Por eso, no podía exigirse a la nobleza una renta mínima como se demanda a los ricos, pues frecuentemente sus escudos nobiliarios no brillaban tanto por el oro como por la antigüedad, de ahí que fuera necesario que dispusieran de unas propiedades asociadas a la alcurnia que ayudasen a consolidar su reputación en la sociedad y que estas propiedades no pudieran ser enajenadas por temporales necesidades económicas. Apoyaba Alcalá la presencia de la aristocracia en el gobierno político de los pueblos con la certeza de que, al lado del vendaval democrático, soplaba en la sociedad un céfiro aristocratizante, que convertía en dignos ciudadanos a quienes creían merecer una respetabilidad social (no necesariamente moral, desde luego): "...veo que todos quieren la democracia, y sin embargo todos ostentan títulos, todos quieren cruces, y jamás se han visto más escudos de armas; en mi niñez no era costumbre grabarlos en las tarjetas de visita, y ahora apenas hay quien no los tiene"<sup>3</sup>. Estas ideas han hecho que algunos autores, especialmente Díez del Corral, hablen del pensamiento de Alcalá Galiano como de "liberalismo aristocrático", y si bien no se limitan a ese aspecto sus doctrinas, encierra en ese aristocratismo la esencia de su interpretación conservadora de la sociedad.

Pese al empeño puesto por los moderados, la cuestión de las vinculaciones quedó en nada, pero sirvió a Alcalá para plantearse el valor o, desde su perspectiva, el peligro, del movimiento democrático que por aquel entonces estaba ya mostrando su fuerza en nuestro país. Esa perentoria exigencia de estabilidad de la que hablábamos antes, puso de manifiesto la existencia de una incompreensión respecto

---

<sup>3</sup> Diario de Sesiones, Senado, legislatura de 1857, 18-VI-1857, p. 324.

de los nuevos fenómenos sociales que se estaban produciendo en Europa, fenómenos derivados del propio comportamiento económico de quienes se asustaban ante la contingencia de que esas masas indeterminadas, miradas con recelo, demoliesen toda una construcción política fundada para servir de soporte sólo a los ciudadanos ligados a ella. Desarraigo e ignorancia de las “turbas” son las claves que justificaban, para los conservadores, la exclusión política de esa parte de la sociedad, pero que no les garantizaban la seguridad necesaria. En España los hechos se sucedieron con más parsimonia que en los países industrializados de Europa, desde luego, pero eso no evitó que los conflictos estallasen, y para colmo, de forma brutal. Muchos intelectuales y algunos empresarios europeos avisaron de la descomposición social que se estaba originando. Y no sólo por parte de la izquierda se auguraron tales vaticinios. El mismo Carlyle fue emisario del deterioro moral y social en que la Gran Bretaña de su tiempo se estaba sumiendo. Sin embargo, los conservadores españoles más vinculados a Narváez fueron incapaces de ver lo que tenían delante, o si lo vieron, no se dieron cuenta de su calibre. Alcalá Galiano, tan abierto de mente en otras ocasiones, fue incapaz de atisbar la trascendencia de unos cambios sociales que estaban demandando seguir una vereda más aperturista, pues muy pronto esas turbas se convertirían en protagonistas políticos. Su reacción, como la de otros tantos moderados, fue atrincherarse en su cobijo y atizar con la fusta represiva (“reforzar el principio de autoridad reforzando el principio aristocrático”), pronosticando terroríficos males para un futuro sin orden: “... en vano se lisonjean de que la democracia pare; seguirá, y ésta es una predicción que me atrevo a hacer, hasta el comunismo y de aquí saldrá el socialismo, que es una cosa muy distinta, porque el socialismo es un conato de organización social, y el comunismo no lo es”<sup>4</sup>.

### **Reconocimientos de la Corona y sociedad cortesana. El capital simbólico.**

Alcalá Galiano había logrado una posición si no preeminente, sí al menos lo bastante digna como para considerarse un ilustre miembro de los cuerpos gobernantes. Y es justamente a la Reina a quien debía estos reconocimientos, pues Isabel II, que si otras cosas no hizo mejor, al menos supo ser agradecida a quienes (y aquí habrían de ser incluidos también Istúriz y el Duque de Rivas) habían apostado toda su carrera política en la defensa de la monarquía legítima. Fue por la Reina por quien Alcalá llegó a ser consejero real en 1857, y también fue ella la que le propuso

---

<sup>4</sup> Ibidem, p. 323.

para un gobierno de notables que se intentó organizar tras la caída de Narváez y que no llegó a constituirse<sup>5</sup>. A su servicio estuvo nuestro hombre ejerciendo de nuevo su profesión de diplomático en Turín (de mayo a julio de 1858) y en Lisboa (de septiembre de 1858 a junio de 1859)<sup>6</sup>. La brevedad de estas estancias en el extranjero confirma la idea (que no permite asegurar la documentación, pues sólo queda la notificación de una entrevista solicitada a Cavour) de que Alcalá realizó gestiones muy concretas y determinadas para la Reina, lo que corrobora la impresión de su mutua confianza. Es también ésta la época en que nuestro protagonista anudó más sólidos lazos con la alta sociedad cortesana. Brillaba Alcalá en las tertulias como deslucía en el ruedo político, y al decir de las crónicas, se codeaba con los nobles más encumbrados de las genealogías hispánicas. Dada su nunca interrumpida amistad con el Duque de Rivas, Alcalá siguió acudiendo a las tertulias que en el palacio de éste se celebraban en la calle que lleva ahora su nombre, esquina de la de Concepción Jerónima. El palacio del Duque, famoso por su patio andaluz y su colección de cuadros de Goya, Pantoja y Jordán, congregaba a liberales y políticos del tiempo, constituyéndose en un centro de referencia de aquel Madrid decimonónico<sup>7</sup>. Por otra parte, estrechó relaciones con la rama nobiliaria de su propia familia, los Casa Valencia, y en particular con su sobrino Emilio Alcalá Galiano, muy vinculado a los representantes diplomáticos en la capital, y siendo él mismo de la carrera<sup>8</sup>. Las casas del Marqués de Molins en las calles del Olmo y del Prado fueron otros espacios en los que se movió la ya decrepita figura de Alcalá Galiano. Allí se daban cita los literatos más famosos de la época, y a diferencia del salón del Conde de Cheste (al que también acudía Galiano, y donde se hablaba sobre todo de política), al Marqués le gustaban las lecturas públicas de los dramas que escribían

<sup>5</sup> A. ALCALÁ GALIANO, hijo, en notas a las *Memorias*, Madrid 1886, vol. 2, p. 532 y en *Diario de sesiones del Senado*, legislatura de 1858, 6-II-1858, p. 85.

<sup>6</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Personal español, expediente de don Antonio Alcalá Galiano, P2 nº 00034. La mano de la Reina favoreció el traslado a Lisboa del hijo de Alcalá, también llamado Antonio, quien se encontraba en Londres como agregado de la Legación de España (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Correspondencia con la embajada de Lisboa, Legajo H 1691).

<sup>7</sup> A. VELASCO ZAZO, *Salones madrileños del siglo XIX*, Madrid 1947, pp. 72-73; B. PÉREZ GALDÓS, *O'Donnell*, p. 55: "...en la casa del Duque de Rivas, a donde concurría con preferencia por gusto de la distinción, buen tono y amenidad que allí reinaban. Eran las salas del duque terreno en que lo mejorcito de las letras y la flor y nata de la aristocracia se juntaban, sin que ninguna de las dos majestades se sintiera humillada ante la otra. Arte y nobleza hacían allí mejores migas que en ninguna parte, bajo los auspicios del que era grande de la poesía y grande de España, dos grandezas que no suelen andar en un solo cuerpo. La noche de referencia, Guillermo Aransís encontró a Martínez de la Rosa charlando con Romea, y a Escosura con Nocedal, el agua y el fuego. Aquél era, sin duda, el reino de la transacción y de la tolerancia (...) Molins, Bretón de los Herreros, Alcalá Galiano y Federico Madrazo, llevaban la representación de las letras y de la pintura..."

<sup>8</sup> E. ALCALÁ GALIANO, Conde de Casa Valencia, *En Inglaterra, Portugal y España de 1856 a 1860*, Madrid 1906, p. 212. Emilio Alcalá Galiano era nieto de aquel Vicente Alcalá Galiano en cuya casa vivió Alcalá en el Madrid de su juventud, e hijo de Juan Alcalá Galiano y Bermúdez, primo carnal de nuestro protagonista (gran favorecedor de su otro pariente el escritor Juan Valera). El título nobiliario lo heredó Emilio de su madre María Teresa Valencia y Junco, Condesa de Casa Valencia. Emilio Alcalá Galiano se relacionó desde la infancia con la más alta nobleza madrileña, como revelan sus *Recuerdos de la juventud. De 1831 a 1854*, Madrid 1901.

sus amigos. Fue en su casa donde el sábado 6 de junio de 1862, se pudo asistir a la representación de la tragedia *La muerte del César*, de Ventura de la Vega, en la que tomaron parte, entre otros, Juan Pezuela (Cheste), Vega Armijo, Molins y nuestro protagonista<sup>9</sup>. Precisamente a la casa del Marqués de Molins concurrió nuestro Galiano para celebrar la Nochebuena de 1857, al igual que había hecho años anteriores. Pero en esta ocasión, la Marquesa, movida por esa anestesia de las conciencias que se llama caridad, decidió que sus ilustradas amistades compusieran un periódico humorístico, el cual se vendería por las calles y cuyo producto iría a parar a los pobres. Así nació *El Belén*, que llevaba por subtítulo el filantrópico nombre de "Dulce periódico, moral, civilizador, divino y humanitario, de placer y aflicción". Esta era la forma en que los moderados entendían los problemas sociales<sup>10</sup>. La entrada de Alcalá en casa del Marqués es descrita por el Duque de Rivas de la siguiente manera: "Don Antonio Galiano/ con cara de quinta angustia/ y turulato y tozudo,/ ahora llega a la tertulia./ A los amos de la casa/ delante tiene y los busca/ tropieza con una silla/ algún velador trabuca./ Se acerca a la chimenea/ y se le quema la punta/ del pañuelo...". Desde luego, no tenía nuestro hombre lo que se llama un "ojo de lince". Su colaboración para *El Belén* fue un poema satírico llamado "El turrón". En aquella época, quien disfrutaba de un turrón bien podía considerarse un afortunado, al turrón aspiraban todos, pues vacunaba contra la pobreza: "Pero hay un nuevo turrón/ Aunque lo es sólo por mote/ De postdática invención,/ Que hoy es el más crudo azote/ De nuestra infeliz nación,/ Y encierra tanta malicia/ Que las entrañas nos vicia/ Pues a pillarle estimula/ No la pobre humilde gula,/ mas la ambición o codicia./ Con prodigioso despacho/ Se vende en los ministerios,/ Y a él se arrojan sin empacho/ Los que se llaman hombres serios/ Y el más imberbe muchacho./ Aquí entran las dudas mías:/ ¿Cuál turrón es el mejor:/ El de las confiterías/ Y el de la Plaza Mayor,/ O el de las secretarías?". Al margen de estas distracciones, que unían a moderados y progresistas, las cuestiones políticas seguían su curso, y nuevos experimentos se tramaban entre los bastidores de las casas elegantes<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> E. ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos políticos, históricos de España y del extranjero y algunos personales desde enero de 1862 a 31 de enero de 1869*, Madrid 1906, p. 79. Con Ventura de la Vega mantuvo Alcalá una estrecha amistad fundada en la pasión por la literatura (Carta del Duque de Rivas a Ventura de la Vega, fechada en París el 17 de noviembre de 1857, en P. LOZANO GUIRAO, *El archivo epistolar de don Ventura de la Vega*, Madrid 1958, p. 26).

<sup>10</sup> Los resultados de reuniones anteriores se había publicado en el título de *La Cuatro Navidades*. Los manuscritos, composiciones no incluidas en el texto final y los papeles relativos a la organización de *El Belén* se pueden encontrar en la R.A.E., Ms. 343; a decir de HARTZENBUSCH, conoció una segunda edición en México (*Apuntes...*, p. 178).

<sup>11</sup> La descripción de los círculos sociales en los que se movía Alcalá Galiano se corresponde con el esquema trazado por Francisco VILLACORTA en su colaboración para la *Historia de España* de Menéndez Pidal: "La vida social y sus espacios" (en *Los fundamentos de la España liberal (1833-1900)*, tomo XXXIII de *Historia de España*, pp. 661-725). Como vemos, el

## La crítica a la Unión Liberal.

La Unión Liberal, sin ser una agrupación de claro signo aperturista, buscó caminos nuevos a la situación política nacional, embarrancada entre los restos del naufragio doctrinario y los vendavales progresistas vacíos de teorías innovadoras. Su impacto en las filas de los partidos tradicionales fue importante, pues provocó una recomposición de los mismos, les obligó a ajustar sus posiciones. Sin embargo, el objetivo de la Unión Liberal era el sincretismo, conseguir un aglutinado de individuos lo suficientemente comprometidos como para gobernar el país desde planteamientos, si no totalmente novedosos, sí al menos lo bastante substanciosos como para abonar el estéril campo de las esperanzas nacionales. Su instrumento fue el pragmatismo, que se aplicó de forma especial al fomento del "bien general del país", o sea, el desarrollo económico. La Unión Liberal tuvo origen en el Centro Parlamentario formado en marzo de 1856 con las presencias de Alonso Martínez, Cortina, Serrano, Prim, Luzuriaga, Ríos Rosas, Ros de Olano, entre otros. En el Congreso empezó a funcionar como centro unionista con 81 diputados dirigidos por Luzuriaga y Laserna. Posteriormente, el grupo político se aglutinaría alrededor de las figuras de O'Donnell, Ríos Rosas y Posada Herrera, reuniendo al ala puritana del moderantismo (Cánovas, Pastor Díaz) y a los progresistas más conservadores (Prim, Marqués de Santa Cruz). Tal heterogeneidad no dejaría de provocar corrientes internas, lo que llevó a Alcalá a caracterizarlos con ironía desde el Senado como "la familia feliz". Sin embargo, y mal que les pesó a los moderados, el gobierno O'Donnell consiguió mantenerse a flote con sorprendente constancia de 1859 a 1863. Ideológicamente, la Unión Liberal se movía en una cierta ambigüedad que sus dirigentes denominaban eclecticismo y que consistió en vagas ideas alrededor de una serie de aspectos principales: la reforma como estrategia de transformación social, el "fomento de los intereses materiales", la defensa de la libertad de expresión y de la descentralización administrativa y la continuidad de la desamortización<sup>12</sup>. Después de tres frustrados gobiernos

---

sello aristocrático preside este tipo de reuniones: son los nobles los que articulan la sociabilidad prestando sus casas para las tertulias y ejerciendo el mecenazgo sobre los artistas noveles, o no tan noveles, pero necesitados de amparo económico y social. De la misma forma, son ellos, los titulados, los que ejercen de padrinos para los pretendientes a hacer un lucido papel en la política, y no sólo por sus influencias, sino también porque en sus casas pueden ponerles en comunicación con políticos consagrados o con empresarios deseosos de jugar una baza política viendo defendidos sus intereses. La persistencia de estos esquemas tradicionales, que hemos venido comprobando a lo largo de este trabajo, se combinó con las formas novedosas en política y, sobre todo, en economía, produciendo una simbiosis muy útil para quienes se sirvieron de ella. Esta peculiar mezcla de elementos fue el resultado de los intentos de adaptación de aquel idealista (casi legendario) liberalismo doceañista.

<sup>12</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, "La Unión Liberal", en *La era isabelina y el Sexenio democrático (1835-1874)*, volumen XXXIV de *Historia de España*, pp. 473-478 y C. ROGEL y C. VATTIER (dirs.) *Manuel Alonso Martínez. Vida y obra*, Madrid 1991, pp. 144-149.

moderados (el presidido por Narváez, y los de Armero e Istúriz), O'Donnell accedió al poder el 30 de junio de 1858 con su aureola de prestigio, convenciendo a todo el mundo de ser quien mejor encarnaba el ideal unionista-fusionista<sup>13</sup>.

Alcalá había renunciado a su cargo de consejero real tratando de cortar cualquier amarra con la política gubernamental<sup>14</sup>, y poco a poco se fue reincorporando al Senado con la clara intención de hacer oposición al ministerio de la Unión Liberal, a lo que se dedicó con entusiasmo. Las principales críticas vertidas al gobierno de O'Donnell siguieron la senda de las relaciones internacionales, por supuesto sin olvidar otras cuestiones como el excesivo aumento del gasto público o la carencia de nuevas ideas de los políticos de la Unión. La política exterior llevaba a cabo por los unionistas tuvo como objetivo prestigiar a España en el ámbito internacional, cuya imagen, tan deteriorada por la inestabilidad y las pérdidas coloniales, había quedado más que maltrecha. La guerra de África, en particular, atrajo la atención de la población y permitió soslayar otros problemas; como se ha dicho, dio lugar a la mayor exaltación de la retórica patriótica desde 1814. Además, "con la guerra de 1859-1860, el nacionalismo se convirtió en respetable para la derecha católica; el patriotismo recibió las bendiciones y la adhesión del clero y de las elites absolutistas que hasta el momento se habían conformado con legitimarse por la ortodoxia católica y la legitimidad dinástica"<sup>15</sup>. En última instancia, lo que se pretendía era situar al país en el contexto exterior, abandonando el relativo aislamiento en que se había vivido hasta el momento. Los tiros de Galiano tocaron todos los objetivos (Santo Domingo, Conchinchina, etc.) pero se centraron con especial interés en la guerra de África "empresa mal meditada y sin objeto alguno". La carencia del menor beneficio para España con esta guerra era para Galiano la principal causa de sus recriminaciones al gobierno, incluso con respecto a la cuestión del prestigio exponía sus reticencias: "Resultó gran gloria para nuestro ejército, porque si bien el enemigo era débil, si bien las batallas no pudieron ser tan reñidas como cuando se sustentan con enemigos que tiene mejores armas, acreditó en ellas el soldado español tanto como su valor, otra cualidad que le distingue, superior a todas, la cualidad del

---

<sup>13</sup> C. SECO SERRANO, *Militarismo y civilismo en la historia de España*, Madrid 1984, p. 111.

<sup>14</sup> Carta de renuncia fechada en Madrid el 24 de agosto de 1859 (A.G.A, Ministerio de Hacienda, Expediente personal de clases pasivas, legajo 17.800/70).

<sup>15</sup> J. ALVAREZ JUNCO, "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras", en R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA, (eds.) en *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid 1997, p. 48.

sufrimiento”<sup>16</sup>. Sin embargo, estas críticas no le impidieron participar del patriotismo nacional, y con sus amigos de la tertulia del Marqués de Molins, ayudó a confeccionar el *Romancero de la Guerra de África*, cuya versión manuscrita iba a ser presentada a la reina Isabel y a su marido<sup>17</sup>. La propuesta de Galiano era el abandono de las veleidades expansionistas, concentrando todas las energías en el fomento de las relaciones con los vecinos más próximos, como Portugal: “la cuestión de alianza con Portugal es inmensa, se puede decir que es vital para España”. No se está planteando la famosa unión ibérica, “que son frutos que pueden madurar con las estaciones sucesivas”, sino una relación más estrecha con un país con el que nos unen lazos económicos e incluso políticos, con el que, dada la proximidad geográfica, España debe cooperar y nunca enfrentarse, pues la contienda con Portugal ha significado, históricamente, la facilidad de las potencias enemigas para entrar en nuestro territorio<sup>18</sup>. Los contemporáneos quisieron ver en la guerra marroquí un intento de O'Donnell para desviar a la opinión de los problemas del gobierno. Así lo manifestaron Angel Fernández de los Ríos, Juan Valera o Ildefonso Bermejo. Sin embargo, para otros (Castelar entre ellos) no toda la opinión pública estaba dispuesta a secundar los planes bélicos, por lo que la guerra en sí misma podía generar nuevas dificultades a un gobierno ya bastante acosado. En cualquier caso, lo que resulta indudable, es que para España la guerra permitía salvar un poco el honor, distraer los ojos de la corrupción y sacar brillos al prestigio del ejército<sup>19</sup>.

Pese a haberse convertido en uno de los gobiernos más duraderos del siglo, también le llegó el fin a la Unión Liberal. O'Donnell dimitió el 27 de febrero de 1863 y se abrió a partir de ese momento un periodo de inestabilidades que en el fondo no venían más que anunciar la agonía de un sistema político que se hundía sin remisión. Los intentos autoritarios por mantener la nave a flote fueron vanos y reflejaron la inviabilidad de las soluciones tradicionales. Galiano apoyó, desde luego, a éstos primeros gobiernos moderados formados tras la caída de O'Donnell increpando a los progresistas por su táctica de retraimiento en las elecciones de 1863, actitud ésta que

---

<sup>16</sup> Diario de sesiones, Senado, legislatura de 1861-1862, 2-XII-1861, p. 178.

<sup>17</sup> R.A.E., Ms. 287. Colección: *Romancero de la Guerra de África* (abril de 1860). La composición de Alcalá Galiano, que se encuentra en las páginas 83-88, trató la parte titulada “Pasa Echagüe el Estrecho el día de la Reina. Ocupa el serrallo y se fortifica. Las Cabilas caen sobre él en inmenso número y aislado por el temporal no puede ser socorrido por el grueso del ejército que se impacienta en la orilla opuesta. Rechaza a las cabilas y es herido”.

<sup>18</sup> Diario de sesiones, Senado, legislatura de 1861-1862, 2-XII-1861, p. 182.

<sup>19</sup> N. DURÁN DE LA RÚA, *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1854-1868*, p. 232-241.

desde la perspectiva moderada estaba colocando a los progresistas fuera del régimen, aliados con los demócratas y republicanos<sup>20</sup>. Los progresistas, marginados por la Reina, creían, ante la incertidumbre política, que ellos, al estar en el centro, a igual distancia de los moderados que de los demócratas (tal vez más cerca de los primeros), podían llegar a ser los amos de la situación. Su táctica de mantenerse al margen tenía ahí una explicación, aunque por otra parte, y según las críticas de Galiano, de esta forma ponían en entredicho el propio sistema político y lo debilitaban (si es que podía flojear aún más tan famélico soporte). Sin embargo, lo más interesante de esta etapa en la que Alcalá se ha apuntado políticamente al carro de los más conservadores son, sin lugar a dudas, sus conferencias sobre libre comercio y sus escritos sobre distintos temas tanto políticos, como históricos o literarios. Alcalá preparó una serie de charlas en el Ateneo sobre Gran Bretaña y su sistema político, lecciones que no se llegaron a publicar en forma de libro, pero que aparecieron en la revista *La América* en la primavera de 1862<sup>21</sup>. Las colaboraciones de Alcalá con *La América* fueron muy frecuentes: junto a estas conferencias del Ateneo, escribió para sus lectores muchos artículos sobre diversos temas: la actualidad, el comentario de libros, la novela como género literario... Resulta un tanto curiosa la vinculación de este conservador Galiano con una revista cuyo director era conocido por su progresismo avanzado. Eduardo Asquerino había fundado *La América* el 8 de marzo de 1857 y permaneció en ella hasta que, tras la revolución de 1868, fue nombrado embajador primero en Bruselas y después en Viena. Durante este periodo, Víctor Balaguer y su hermano Eusebio quedaron encargados de la dirección. En diciembre de 1874 *La América. Crónica hispanoamericana* exhaló su último suspiro, ayudada por el levantamiento del general Martínez Campos. En las conferencias anteriormente citadas, Alcalá Galiano pasaba repaso al surgimiento de las distintas instituciones de gobierno de aquel país, examinaba su composición y funcionamiento, y señalaba las diferencias con respecto a los países continentales. Las conferencias tuvieron una simple expresión descriptiva, por lo que no hay que buscar en ellas ninguna lección

---

<sup>20</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De la conducta actual y declaraciones del partido progresista", en *La Concordia*, 15-XI-1863, pp. 437-440.

<sup>21</sup> Alcalá continuó vinculado de forma permanente al Ateneo, y no sólo dando las conferencias citadas o participando en los debates librecambistas (que veremos posteriormente), sino como mero visitante y usuario de su biblioteca, convertido en una especie de punto de referencia para la nueva generación de políticos y periodistas. En *Prim* (pp. 77-78), Galdós nos pinta un retrato de su figura en estos años: "Los que recordaban a Martínez de la Rosa leyendo *Le Journal des Débats*, veían casi a diario, en los días de esta historia, a don Antonio Alcalá Galiano, recreándose con las donosas caricaturas del *Punch* y explicando el texto de ellas, poco inteligible para los que no habían hablado el inglés en la propia Inglaterra. El bien señor, ya viejo, de cara fosca y larga, enfundado en luengo gabán gris, entraba paso a paso y se situaba en la mesa de las revistas: hojeaba algunas, picando aquí y allí, buscando las mejores golosinas en la bandeja de los conocimientos novísimos. El ruedo de admiradores, que junto a él en ocasiones se formaba, oía su palabra bronca, que aun en lo familiar tiraba siempre a lo oratorio, engalanada con las formas gramaticales más perfectas. En la ironía sazónada no hubo maestro que le igualase, y a veces su intención dejaba tamañitos los toros de Miura".



de cara a la política española, salvo el detenimiento con que estudia los límites al ejecutivo y las relaciones de éste con las Cámaras, así como observaciones interesantes acerca del diferente calibre de la sociedad inglesa, en relación al carácter de la prensa y su significado no estrictamente político<sup>22</sup>.

### **En la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.**

Por otra parte, y continuando con las actividades intelectuales de nuestro protagonista en estos años, no pueden olvidarse sus intervenciones en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. La Academia había sido creada en septiembre de 1857 según lo establecido en el artículo 170 de la Ley de Instrucción Pública del mismo año y sus estatutos aprobados por real decreto de 29 de mayo de 1859. A propuesta del gobierno, y sólo en el momento de su fundación, la Reina nombró a la mitad de sus miembros, es decir, a dieciocho: Pedro José Pidal, Lorenzo Arrazola, Manuel Seijas Lozano, Cándido Nocedal, Pedro Gómez de la Serna, Antonio Benavides, Manuel García Barzanallana, Rodríguez Vaamonde, Santiago de Tejada, Fernando Calderón Collantes, Antón de Luzuriaga, Juan de Cueto y Herrera, Antonio Ríos Rosas, Joaquín Francisco Pacheco, Juan Bravo Murillo, Manuel García Gallardo, Cirilo de Alameda (arzobispo de Toledo) y Manuel Cortina. Estos académicos, reunidos los días 26 y 29 de noviembre de 1859, eligieron al resto de miembros: Alcalá Galiano, Francisco de Cárdenas y Espejo, Claudio Moyano, Francisco Martínez de la Rosa, Mariano Roca de Togores (Marqués de Molins), Antonio Cavanilles, Manuel Colmeiro, Nicomedes Pastor Díaz, Pedro Sabau y Larroya, Alejandro Oliván, José Posada Herrera, Eugenio Moreno López, Salustiano Olózaga, Alejandro Mon, Francisco Alvarez, Modesto Lafuente, Luis González Bravo y Lorenzo Figuerola<sup>23</sup>. Como se puede observar, los nombres de los académicos remiten a un grupo político de signo conservador o progresista templado, pues el objetivo era hacer de la institución un espacio de reflexión política patrocinado por el estado para el análisis de la realidad social, y en particular de los "peligrosas" transformaciones que en ella se estaban produciendo, como así lo señaló el ministro

---

<sup>22</sup> *La América*, 8-IV-1862 ("Noticias sobre el mecanismo de la máquina gubernativa de la Gran Bretaña"); 12-IV-1862 ("De los periódicos ingleses"); 24-IV-1862 ("De las leyes y métodos electorales en Inglaterra"); 8-V-1862 ("De las leyes reglamentarias del Parlamento británico, y particularmente de las de la Cámara Baja o de los Comunes"); 8-VI-1862 ("De la oratoria parlamentaria de la Gran Bretaña"). Se conservan aún originales de algunos de estos artículos en B.N., Sala Cervantes, Ms. n.º 18637/43, 18637/44 y 18637/47.

<sup>23</sup> *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid 1861, tomo I. La presidencia le correspondió a Pedro José Pidal, ya entonces Marqués de Pidal, pero no pudo desempeñar la dura tarea de organizar la Academia por problemas de salud (a partir de 1859 Pidal empezó a dar síntomas de parálisis progresiva: S. del Campo y J. Velarde, "Real Academia de Ciencias Morales y Políticas", en *Las Reales Academias del Instituto de España* Madrid 1992, p. 315).

de Fomento (José de Bustos y Castillo, marqués de Corvera), así como legitimar el sistema político creado desde la perspectiva conservadora. Muchos de los temas de debate suscitados se iban a centrar, de hecho, en los problemas sociales generados por el desarrollo del capitalismo<sup>24</sup>. Alcalá Galiano, como ya se ha dicho, formó parte de la segunda hornada de académicos: elegido en la sesión del 26 de noviembre de 1859, le fue adjudicada la medalla número once<sup>25</sup>. Acudió con gran frecuencia a las sesiones, en parte por su condición de jubilado, y en parte por el interés que para él ofrecían las tareas que le había encomendado la institución. Consistían esas labores en el examen y comentario de los artículos que sobre materia constitucional aparecieran en las más prestigiosas revistas europeas, así como la redacción de informes sobre diversas cuestiones como “De los principios tradicional y racional y de sus respectivas ventajas y desventajas” o “Del estado de la opinión en Inglaterra en cuestiones religiosas y políticas”<sup>26</sup>. Por los préstamos de revistas anotados por el bibliotecario de la Academia, sabemos que Galiano se encargó de las siguientes revistas: *Revue des Deux Mondes*, *Edinburgh Review*, *Quarterley Review* y *Westminster Review*, y que en función de artículos aparecidos en ellas, preparó estos comentarios: “Del gobierno representativo” (1861), “De la diversa índole del principio de libertad y del espíritu de revolución” (1862), “Del constitucionalismo austriaco” (1863). La misma fuente nos informa que Alcalá se encontraba preparando un estudio sobre la vida y obra de Edmund Burke, para lo cual utilizó las *Burke's Works* que todavía hoy se encuentran en la magnífica biblioteca de la Academia. Los apuntes de Galiano, que quedaron en manos de su familia, se han perdido a la par que tantos otros papeles del siglo XIX, devastados por los violentos acontecimientos de nuestra historia reciente. Resulta muy significativo, sin embargo, el hecho de que el anciano Alcalá retornara a Burke tras una trayectoria intelectual que recorrió paisajes volterianos, benthamitas y hasta se internó (eso sí, siempre temerosamente) por sendas revolucionarias. Al margen de esto, y aparte de las tareas de reflexión

<sup>24</sup> J. ANTÓN MELLÓN ha analizado estas cuestiones en su tesis doctoral titulada *Las ideas sociales en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1857-1902). Catolicismo político y fundamentalismo capitalista del liberalismo español en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona 1988. Su trabajo “La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1857-1902). Elites políticas y control ideológico” en P. CARASA (editor), *Elites. Prosopografía contemporánea*, pp. 173-183) (de más fácil acceso) nos ofrece la interesante información de que de las 107 personalidades que ocuparon puestos en la institución de 1857 a 1902, 66 de ellos (más de la mitad) fueron ministros. El punto de vista, escasamente crítico, con el que se analizaron los problemas sociales tienen ahí una explicación.

<sup>25</sup> Expediente personal de don Antonio Alcalá Galiano, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. A su muerte, la medalla número once pasó al Marqués de Vega Armijo.

<sup>26</sup> “Del estado de la opinión en Inglaterra...” fue publicado en las *Memorias de la Academia*, Madrid 1867, tomo II, pp. 125-133. “De los principios tradicional y racional...” apareció como *Discurso acerca de los principios tradicional y racional y de sus respectivas ventajas y desventajas, leído el 12 de enero de 1862*, en *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Resumen de sus actas y discursos leídos en la Junta Pública General celebrada en 12 de enero de 1862 para la distribución de premios y memoria de la fundación del cuerpo* (Madrid 1862).

que daban sentido a la Academia, brillaba sobre cualquier otro asunto la cuestión de los aranceles. El tema estrella de la época, el librecambio, no dejó de tener su espacio en la reflexión de nuestro protagonista pues aunque, como se verá, sus ideas al respecto ya habían sido expuestas con anterioridad, es ahora, y en los escenarios proporcionados por el Ateneo, la Academia y la Bolsa, cuando alcanzarán un eco más amplio<sup>27</sup>.

### La defensa del librecambio.

La polémica surgida en torno al asunto del librecambio y sus consecuencias para el desarrollo o agostamiento de la naciente industria española llenó de diatribas la prensa de los años cincuenta y sesenta. De pronto, las cuestiones económicas constituían el centro de todas las discusiones; súbitamente, en España parecían hacerse presentes Adam Smith y Bastiat, Ricardo y Say. Los defensores de la doctrina contraria, el proteccionismo, no salían de su asombro al ver cómo la coyuntura internacional, incluso la climatológica, parecían apoyar las posiciones de los supuestos aniquiladores de la manufactura hispánica. Sin embargo, no era éste un debate nuevo en nuestros lares. Si bien alcanzaron un impulso considerable en estos años, las controversias podrían fijar su inicio hacia 1835<sup>28</sup>. La década de los treinta había traído consigo un importante avance en el terreno de la legislación aperturista: el Código de Comercio de 1829, el ocaso de los gremios (R.D. del 20-I-1834), los decretos liberalizadores derivados de la instrucción del Ministerio de la Gobernación a los subdelegados de Fomento, la liberación del comercio de granos y semillas (R.D. del 29-I-1834), etc. Por otra parte, el forzado exilio de tantos intelectuales españoles en aquella Inglaterra plagada de disputas al respecto no condujo más que a reforzar las ya favorables ideas sobre la libertad de comercio de pensadores como Flórez Estrada, quien publicó en Londres su *Curso de Economía*

---

<sup>27</sup> Los datos aportados se pueden encontrar en el expediente personal de Alcalá Galiano en la Academia. No todos los comentarios sobre artículos de prensa fueron publicados; los aquí mencionados aparecen en el tomo 1º de las *Memorias de la Academia* con los siguientes títulos: "Del gobierno representativo. Dictamen de don Antonio Alcalá Galiano sobre un artículo publicado bajo este epígrafe en la *Revue des Deux Mondes* de 1º de noviembre de 1861, por Mr. Dupont White a propósito de un libro de Mr. Stuart Mill sobre el mismo asunto (leído en la sesión ordinaria de la Academia de 10 de diciembre de 1861)", pp. 531-538; "De la diversa índole del principio de libertad y del espíritu de revolución. Dictamen de don Antonio Alcalá Galiano a propósito de un artículo de Mr. Milsand sobre el mismo asunto publicado en la *Revue des Deux Mondes* el 15 de abril de 1862 (leído en la sesión de la Academia de 20 de mayo de 1862)", pp. 393-404; "Del constitucionalismo austríaco. Dictamen de don Antonio Alcalá Galiano a propósito de un artículo publicado con este título en *The Westminster Review and Foreign Quarterly Review* en 1 de abril de 1863, leído en sesión de la Academia de 14 de abril de 1863", pp. 579-584.

<sup>28</sup> P. SCHWARTZ, "De la libertad de comercio, por José Joaquín de Mora. Una defensa del libre-cambio a mediados del siglo XIX", en *Anales de Economía*, nº 5-8, (I-XII-1970), p. 199.

*Política* (1828), o de José Joaquín de Mora, el cual dio a la luz, también en la capital británica, su *Catecismo de economía política* (1825). Con todos estos instrumentos se pudo crear un clima propicio al librecomercio, una disposición natural a identificar libertad de comercio con libertad política. El proceso de desarme arancelario comenzado por el gobierno de Russell en 1842 y asentado definitivamente por la derogación de la ley de granos llevada adelante por Peel cuatro años después, ofreció el precedente internacional que los librecomerciantes españoles necesitaban para mostrar, como en una pantalla, las ventajas económicas que para un país traía consigo el abandono de las trabas aduaneras. Pero no sólo las realizaciones prácticas, sino también los métodos de lucha serían copiados por los entusiastas peninsulares. La estrategia de agitación de la "Liga contra las leyes de granos" y los debates de ideas de la escuela de Manchester fueron el espejo en el que se mirarían, ya en los cincuenta y sesenta, los "meetings" (según fueron llamados en ese momento) celebrados en muchas ciudades de nuestro país. Joaquín María Sanromá recordaría años después la gran trascendencia que tales reuniones habían tenido para la discusión sensata de los problemas en una nación, como era España, tan acostumbrada hasta aquel momento a las grandes catilinarias llenas de oratoria, pero vacías de contenido<sup>29</sup>.

Doctrinalmente, no hay que sorprenderse si no se encuentran muchas sutilezas intelectuales en el librecomercio español. Los argumentos fueron pocos y constantes. En la misma línea, pero en sentido contrario, que los defendidos por los partidarios del proteccionismo. Sin embargo, es posible observar en los liberales un intento de demostrar, mediante los datos, las ventajas de sus propuestas, una continuada búsqueda por dar con la clave definitiva que aplastara, cual implacable mazazo, las, según ellos, retrógradas e interesadas explicaciones de sus opositores. El carácter combativo de sus escritos es otro de los rasgos que merecen destacarse. La polémica mantenida sobre todo a través de la prensa, se estableció con frecuencia en función de cartas de contestación a otras cartas o a artículos aparecidos en los periódicos de la tendencia contraria. Esta actitud, que dio una sin igual vivacidad a la lucha, no fue acompañada de una reflexión más serena. Incluso las obras que se plantearon con una intención más pausada y especulativa carecieron de la profundidad de argumentos necesaria como para que estos no se agotasen en el proceso de degradación que trajo consigo su propaganda. Manuel

---

<sup>29</sup> J.M.<sup>a</sup> SANROMÁ, *Mis memorias*, Madrid 1877, tomo 2, p. 342.

María Gutiérrez, por el lado proteccionista, y el ya citado Mora por el librecambista, constituyen dos ejemplos paradigmáticos al respecto. Gutiérrez había evolucionado desde un librecambismo incipiente a defender en 1835 manifiestas teorías proteccionistas. En 1834, año de la publicación de su libro *Comercio libre o funesta teoría de la libertad económica absoluta*, afirmaba que: "La libertad es la enemiga natural de la prosperidad pública. Cuando no tiene freno, llama a las manufacturas extrañas, inundan los mercados, y traen consigo el desaliento y el abandono de nuestro trabajo".<sup>30</sup> Sus ideas, que tendían a identificar de forma simplificadora el librecambismo con la invasión de productos extranjeros (el mismo título de su principal obra no deja lugar a dudas), no podían contribuir desde luego a dar poderosos argumentos que oponer al contrario. Tampoco hilaba muy fino José Joaquín de Mora. La influencia de los pensadores británicos en sus obras es fundamental, en especial John McCulloch, James Mill y Jeremy Bentham y determina grandemente sus conclusiones, pero pese a todo, su libro *De la libertad de comercio* adolece de bases firmes, de soportes teóricos en aspectos principales, como son los costes comparados, o carece de propuestas concretas para el desarrollo industrial español<sup>31</sup>. Sin embargo, con un entusiasmo pasmoso, que padecieron todos los librecambistas nacionales, Mora se lanzó de lleno a la defensa de sus ideas, viendo en ellas la panacea global para todos los males de España.

Al lado de las reflexiones más o menos profundas de unos y otros, precedieron a los grandes esfuerzos por crear fuertes sociedades para la reforma de las aduanas, interesantes conatos de asociación, como fue la Sociedad Mercantil Matritense, que se convirtió en un auténtico grupo de presión para impedir el avance de los deseos de proteccionismo de los industriales catalanes<sup>32</sup>. Estos habían creado la Comisión de Fábricas para defender sus intereses, y el éxito les había llegado con el arancel de 1841. Sin embargo, los comerciantes madrileños (propietarios de pequeños negocios en su mayoría) aprovecharon la polémica surgida entre Manuel M<sup>a</sup> Gutiérrez y el *Eco del Comercio* para imitar a los catalanes y formar sus propios

---

<sup>30</sup> M. M<sup>a</sup> GUTIÉRREZ, *Comercio libre o funesta teoría de la libertad económica absoluta*, p. 74. Sobre Gutiérrez, M. GRICE-HUTCHINSON, "Las vicisitudes de un economista: Manuel María Gutiérrez", en *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*, Madrid 1995, pp. 153-180 y R. VELASCO PÉREZ, *Pensamiento económico en Andalucía (1800-1850). Economía política, librecambismo y proteccionismo*, Málaga 1990.

<sup>31</sup> P. SCHWARTZ, op. cit., p. 213.

<sup>32</sup> Sobre la Sociedad Mercantil Matritense, A. BAHAMONDE y J. TORO, "Los orígenes de la sociedad mercantil matritense: estudio de un grupo de presión librecambista (1842-1846)", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XII, (1976), pp. 239-253. De los mismos autores, *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid 1978, p. 72.

grupos de presión. La primera acción se dirigió hacia la prensa, creando la influyente *Guía del Comercio* en 1841, lo que demuestra la importancia del canal periodístico en una sociedad lanzada de lleno a la arena de la controversia. La *Guía* mantuvo fuertes enfrentamientos con *El Español Independiente*, que representaba a los productores catalanes. Tras una serie de reuniones previas, la Sociedad quedó constituida en junio de 1844 y desde su mismo inicio se lanzó de lleno a tratar de obtener del gobierno medidas que favoreciesen a los comerciantes no incluidos en los decretos anteriores, logrando bastante resonancia en los foros políticos, lo que además contribuyó a que germinasen sociedades del mismo tipo en otras ciudades de España. Tan grande fue la cosecha, que incluso se hizo necesario organizarlas en torno a una Confederación Mercantil Española, cuyo funcionamiento dio comienzo en 1846, que aglutinaba a la burguesía mercantil y financiera y que puede ser considerada el precedente más inmediato de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas.

La prórroga del arancel de 1841 había supuesto una victoria para los proteccionistas, pero el éxito iba a ser sólo temporal, pues progresivamente las teorías del librecomercio ganaban más y más adeptos. La visita de Cobden a España en 1846 les dio un respaldo inesperado y significó un aval de primera magnitud que los librecambistas aprovecharon al instante para mostrar que la corriente de los tiempos llevaba ineludiblemente a la libertad de comercio<sup>33</sup>. Las posiciones de unos y otros estaban cada vez más claramente delimitadas, tal había sido el impacto de la polémica que cualquier hombre público se veía obligado a tomar partido por uno u otro bando. Aunque en principio eran los progresistas los más afines a la libertad de comercio, hubo moderados que defendieron sus doctrinas desde esta perspectiva. Entre estos moderados hay que incluir a nuestro viejo conocido Antonio Alcalá Galiano.

En 1848 la *Revista Universal de la Administración* publicó un artículo titulado "De algunas especies sin razón unidas como argumentos al tratar cuestiones de economía política". Su autor era Alcalá Galiano. La *Revista* había ya trabajado, y lo

---

<sup>33</sup> Sobre la visita de Cobden a nuestro país, S. ALMENAR y R. VELASCO, "Una etapa de la consolidación del librecomercio en España: el viaje de Richard Cobden por Andalucía (1846)", en *Andalucía en el pensamiento económico*, Madrid 1987, pp. 105-118; E. LLUCH, "La 'gira triunfal' de Cobden por Espanya (1846)" en *Recerques*, nº 21 (Homenatge a P. Vilar), vol. II, 1988, pp. 71-90. Los mismos proteccionistas se hicieron eco de la importancia de tal viaje: "...si bien entre nosotros han ganado algunos prosélitos por efecto de la venida, de las predicaciones y de los manejos interesados del último misionero Cobden..." (E. SAYRÓ, *Examen de las teorías del librecomercio y de los resultados del sistema protector, traducido del francés con algunas notas relativas a España*, Madrid 1847, p. 5).

continuaría haciendo, sobre las cuestiones del arancel, la intervención del gobierno en la industria y otros asuntos del mismo calibre. Ilustres firmas contribuyeron desde sus páginas a consolidar una trayectoria en defensa del libre comercio: Manuel Colmeiro, Tomás García Luna, José de la Revilla... Galiano, uno de los más destacados colaboradores, que se confesaría años después más liberal en economía que en política<sup>34</sup>, se lanzó al combate con una resistente armadura forjada por la incesante lectura de los más clásicos autores ingleses en materia de economía política. Su formación, pero también su vida en Inglaterra, le sirvieron una vez más para exponer desde las páginas de la *Revista Universal de la Administración* el profundo conocimiento que poseía del debate surgido en aquel país con motivo de las famosas leyes de granos, y las decisiones tomadas por los gobiernos británicos al respecto. Su artículo carece de detenidos análisis de concretos aspectos económicos y se decanta más por el tratamiento de las repercusiones políticas y sociales de los argumentos utilizados por unos y otros. Como siempre en sus textos, Alcalá se para a considerar la evolución histórica de los países y la influencia de las políticas gubernamentales en la vida de los ciudadanos con el objeto de calibrar su estado actual. En el terreno que nos ocupa, su intención es mostrar la imposibilidad de que un país viva de forma autárquica, la ineluctable necesidad de las relaciones comerciales entre las naciones, por lo que plantearse si unas salen ganando a otras en dichas transacciones es una vía sin salida. Los sistemas proteccionistas han existido siempre, afirma Galiano, y no han garantizado el desarrollo de la industria nacional de forma satisfactoria. A modo de ejemplo, presenta la situación en Inglaterra y sus polémicas en torno a la ley de granos.

Especial interés muestra Alcalá en uno de los argumentos favoritos de los proteccionistas: el nacionalismo. Todos los defensores del libre comercio en España se vieron obligados a aclarar sus posiciones con respecto a esta cuestión, pues tocar la fibra sensible en defensas vanas de la nación, según era costumbre en España, podía derrumbar todas las buenas intenciones. La lucha por desmitificar ese gran argumento de los proteccionistas unió a sus contrarios. Aclarar que la defensa de la industria nacional era, en ese momento, la defensa de los intereses de unos cuantos empresarios, se constituyó en motor impulsor de la estrategia librecambista. Desde luego, este tipo de temas son siempre muy sensibles a la opinión pública, y más en un país acostumbrado a estar a la defensiva, por lo que se hizo necesario depurar al

---

<sup>34</sup> *El Economista*, vol. 2, nº 7, 5-IV-1857, pp. 116-122.

máximo y poner de manifiesto que los proteccionistas hacían peligrar los beneficios para todos los españoles en aras de su limitada visión de la actividad económica. En esta línea se movieron las argumentaciones de Alcalá: "El interés público es el punto donde ha de estar puesta la mira al recomendar o dictar las providencias que han de hacer el trato entre las naciones más o menos libres, y el interés público viene a ser un compuesto de los varios de los particulares, mezclándolos, confundiéndolos, y haciendo de todos ellos con mutuos sacrificios y compensaciones un ordenado conjunto"<sup>35</sup>. A diferencia de otros librecambistas, Alcalá no puso en primer lugar el interés de los consumidores (como hacía, por ejemplo, Colmeiro), sino que señalaba que los consumidores formaban parte de ese conjunto nacional, y que era tarea del gobierno ver por encima de todos ellos, de consumidores, de productores, de importadores: "Pero el gobierno, o los hombres desinteresados, aquel obrando y esotros predicando con la voz o con la pluma, deben tener presente el uno y el otro interés y sin afearle ni concederle demasiado, tomarle en cuenta con otros varios patentes"<sup>36</sup>. Ciertamente, decir semejante cosa en un país en el que la política se parecía más a un intercambio de recompensas por los servicios prestados en el camino de acceso al poder que al ejercicio de la voluntad colectiva era, en el mejor de los casos, una ingenuidad.

En el artículo, Alcalá no se olvidó de disparar su correspondiente lanzada a los industriales catalanes por el camino de atacar al principal defensor de sus intereses: el ya conocido Manuel M<sup>a</sup> Gutiérrez, "puesto a pago de varios fabricantes de Cataluña". Su forma de presentar las cosas fue, desde luego, bastante tendenciosa, pues para aquella época (1848) Gutiérrez ya había abandonado sus primeras ideas librecambistas, pero tal y como Galiano escribió el texto, daba la impresión de que había mudado de principios movido por los dineros que se le ofrecían desde el Principado. Gutiérrez, terriblemente ofendido, se lanzó a responder a nuestro hombre desde el *Semanario de la Industria* en una serie de veinte cartas que después aparecieron publicadas en forma de folleto junto al artículo de Galiano<sup>37</sup>. Disfrazadas de cortesía infinita, el economista andaluz utilizó sus palabras para acusar

---

<sup>35</sup> *Revista Universal de la Administración*, 1848, p. 65.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>37</sup> M. M<sup>a</sup> GUTIÉRREZ, *Contestación a un artículo sobre libertad de comercio del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano inserto en la Revista Universal de la Administración*, Madrid 1848. *Semanario de la Industria*, n<sup>o</sup> 104 (pp. 837-8), n<sup>o</sup> 105 (843-4), n<sup>o</sup> 106 (pp. 850-1), n<sup>o</sup> 107 (pp. 862-3), n<sup>o</sup> 108 (pp. 868-9), n<sup>o</sup> 109 (pp. 875-6), n<sup>o</sup> 110 (pp. 885-6), n<sup>o</sup> 111 (893-4), n<sup>o</sup> 112 (pp. 901-2), n<sup>o</sup> 113 (pp. 909-910), n<sup>o</sup> 114 (pp. 916-8), n<sup>o</sup> 116 (pp. 933-4), n<sup>o</sup> 117 (pp. 942-3), n<sup>o</sup> 118 (pp. 949-950), n<sup>o</sup> 119 (pp. 958-9), n<sup>o</sup> 120 (965-6), n<sup>o</sup> 121 (pp. 981-2), n<sup>o</sup> 122 (pp. 988-9), n<sup>o</sup> 124 (pp. 1005-6), n<sup>o</sup> 125 (pp. 1012-3), n<sup>o</sup> 126 (pp. 1021-2, Apéndice de contestación de Alcalá Galiano y observaciones sobre sus palabras).



personalmente a su corresponsal de apostasía política, viniendo a decir que Alcalá no era quién para arrojar censuras sobre nadie por abjurar de opiniones anteriores. En lo que respecta a la financiación, Gutiérrez no veía ningún mal en que a uno se le pague por defender aquello en lo que cree, lo que, desde luego, no es un criterio desacertado sino una ventaja añadida. Sin embargo, las opiniones vertidas en estas cartas se basan en gran medida en su anterior libro *Comercio libre o funesta teoría de la libertad económica absoluta*, lo que contribuía a desmerecerlas en gran medida ya que tal obra está plagada de afirmaciones casi diríamos anacrónicas para un país que intentaba subirse al tren del capitalismo por entonces triunfante en Europa. Sirvan como ejemplo estos detalles: “La libertad reduce el precio de los géneros. Induce al consumo. Introduce la sensualidad y el lujo. Corrompe las profesiones. Aleja de la industria las manos honradas, envileciéndolas”; “La libertad es un incentivo para consumir efectos extranjeros y tal vez más de los que se consumiría sin ella; y véase aquí una nación sin industria, donde se introduciría, con la ociosidad, un lujo extravagante y ruinoso”<sup>38</sup>. El arsenal crítico de las cartas se expulsa también contra los demás librecambistas, a los que Gutiérrez vitupera por “copiar” las doctrinas de los ingleses sin ser capaces de ver lo que hay detrás de ellas y por su insistencia en llamar la atención sobre un supuesto monopolio de la industria textil catalana, industria que vendría a ser, desde su perspectiva, la manifestación de cómo podrá agostarse en su crecimiento una floreciente manufactura nacional si se abrieran las puertas a los productos extranjeros: “No, no hay que vencer tantas aprensiones, ni dispar tantos terrores, como se supone de defender el interés catalán, que no encubre un monopolio sempiterno. Cataluña no tiene, ni tampoco los tiene la Francia todos los elementos que la Inglaterra para la fabricación de sus algodones: difícil será poder competir con ella, no porque sea imposible, sino porque han llegado sus fabricantes a tal altura que no sería prudente aspirar a abastecer como ellos abastecen todos los mercados de la tierra”<sup>39</sup>. Marcará aquí Gutiérrez una vía para los proteccionistas menos radicales: la reivindicación de una apertura controlada, o limitada, según los casos, en función del estado del desarrollo industrial de España en cada momento y en relación a la situación internacional.

Galiano, gran amigo de este tipo de controversias, y fastidiado por las recriminaciones de Gutiérrez, le respondió con varias cartas publicadas en la *Revista*

---

<sup>38</sup> M. M<sup>a</sup> GUTIÉRREZ, *Comercio libre...*, pp. 63 y 72.

<sup>39</sup> M. M<sup>a</sup> GUTIÉRREZ, *Contestación...*, p. 75; *Semanario de la Industria* n<sup>o</sup> 116, carta n<sup>o</sup> 12, 20-V-1848, pp. 933-4.

*Universal de la Administración*<sup>40</sup>. En ellas, y de nuevo subrepticamente, insinuaba que Gutiérrez pretendía disimular una inquina personal bajo el artificio de una disputa ideológica, lo cual en cierto modo era verdad, pues Gutiérrez había trabajado en 1838 en un periódico dirigido por Mariano Carnerero (cuyo título era *El Amigo del Pueblo*) que no se anduvo con remilgos a la hora de calificar de traición a la libertad la evolución ideológica de Alcalá Galiano en aquella época. Por otra parte, insistía nuestro protagonista en que era inútil plantearse la bondad o maldad de algo que, como el cada vez mayor frecuente intercambio comercial, se iba imponiendo con el avanzar de los tiempos. El librecurso, decía Alcalá, era inherente a las formas que había adoptado la economía moderna. La competencia, afirmaba convencido, se había constituido en el único apremio posible para la mejora de la producción; defendiendo una especie de selección natural en el mundo manufacturero, escribía: "Pero con todo, la prohibición tiene para mí el inconveniente de quitar el estímulo a la industria que nace del deseo de competir con los productos extranjeros y excederlos, y el de alimentar la esperanza de una duración no conveniente y posible"<sup>41</sup>. Lo demás, señalaba, sólo podía traer consigo el fabuloso incremento del contrabando, que ya era de por sí bastante frecuente en España. Desde la perspectiva de Alcalá, resultaba especialmente escandalosa la simplicidad con la que se conducían algunos defensores del proteccionismo, lo que, si por un lado (el de la teoría) favorecía a los librecambistas, por otro coadyuvaba extraordinariamente a la inserción en la opinión pública de falaces argumentos: "Las dos ideas de que España era capaz de tragarse al mundo todo, esto es, de producir cuanto se puede imaginar, y sorberse la riqueza del mundo entero, salvo saber qué haría con ella cuando no tuviese a qué trocarla, y la de que Smith murió siendo empleado de aduanas como en refutación a sus doctrinas favorables a la libertad de comercio, salieron ambas no de un hombre corto de luces ni escaso en instrucción, sino en persona muy entendida y docta como es el Sr. diputado D. Claudio Moyano..."<sup>42</sup>. En efecto, la ironía que supuso la postrera ocupación de quien fuera el máximo adalid de la libertad económica fue dardo lanzado con sorna por los proteccionistas no una, sino decenas de veces. En honor a Gutiérrez hay que decir que él fue uno de los pocos que no cayeron en la nadería de infundir un orgullo patriotero entre sus cofrades proteccionistas a la hora de defender sus posiciones ideológicas. Estando así las cosas, la campaña seguía progresando y

---

<sup>40</sup> *Revista Universal de la Administración*, tomo 1, p. 200; pp. 203-6; pp. 281-292; tomo 2, pp. 161-173.

<sup>41</sup> *Ibidem*, tomo 1, p. 289.

<sup>42</sup> *Ibidem*, tomo 1, p. 169.

los librecambistas obtuvieron un primer éxito: la reforma arancelaria de 1849, que sin ser un acto revolucionario, supuso un primer paso<sup>43</sup>.

Dos acontecimientos vinieron a coronar la implacable marcha de las doctrinas del librecombio en nuestro país (lo que resulta sorprendente teniendo en cuenta que jamás llegarían a vencer la capacidad de influencia de los grupos de productores). Por un lado, la importante crisis de subsistencias de 1857; por otro, el congreso de economistas de Bruselas y sus repercusiones para España. Se ha dicho que la crisis de 1857 fue el detonante que permitió la franca expresión de las ideas librecambistas con el beneplácito del gobierno<sup>44</sup>. Es esto más que probable, sobre todo si tenemos en cuenta el cambio de posición del ministerio ante los disturbios provocados por la carencia de trigo. El diputado por Barcelona Laureano Figuerola había pedido a las Cortes la reducción del tope de precio por debajo del cual no se podían importar cereales establecido por la ley de granos de 1834. En un principio, su propuesta fue rechazada por demasiado liberal, pero el 11 de julio de 1857 hubo de darse marcha atrás ante la evolución peligrosa que podrían seguir los desórdenes públicos<sup>45</sup>. Esta victoria moral animó a los contrarios al proteccionismo, quienes ya se encontraban en arduas gestiones para anudar lazos con las organizaciones extranjeras afines ideológicamente. La oportunidad se había presentado en el Congreso de Economistas celebrado en Bruselas en el año de 1856. Anteriormente, en 1847, y también en la capital de Bélgica, había tenido lugar un primer Congreso de Economistas, cuyo objeto fue el debate doctrinal en torno a los argumentos de la economía política, según era llamado en la época el conjunto de razones en que se fundaba el primer capitalismo. El segundo Congreso pretendía centrarse en el terreno de lo práctico, y lo más práctico en materia económica y en aquellos años era el desarme arancelario, que ocupaba por igual a todas las naciones de Europa. Los miembros de la comisión organizadora enviaron una invitación al gobierno español

---

<sup>43</sup> Una polémica similar habían sostenido Laureano Figuerola y Joan Illas i Vidal, autor de la *Memoria sobre los perjuicios que ocasionaría en la España, así en la agricultura como en la industria y el comercio, la adopción del sistema del librecombio*. Figuerola había ido evolucionando poco a poco en sus posiciones, y puede decirse que en su *Estadística de Barcelona* (1849) quedaron ya perfiladas sus ideas al respecto al señalar el peligro del proteccionismo para la adquisición de la maquinaria industrial básica. Sobre esta polémica, y en general sobre los planteamientos mantenidos desde el lado proteccionista, se cuenta con los siguientes trabajos: A. COSTAS, "El viraje del pensamiento político-económico español a mediados del siglo XIX: la 'conversión' de Laureano Figuerola y la formulación del librecambismo industrialista", en *Moneda y Crédito*, (XII-1983), pp. 47-70; M. IZARD, *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Barcelona 1979; M. SOLÀ, *L'Institut Industrial de Catalunya i l'associacionisme industrial des de 1820 a 1854*, Barcelona 1997.

<sup>44</sup> N. DURÁN DE LA RÚA, op. cit., p. 194.

<sup>45</sup> N. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, "La crisis de subsistencias de 1857", en *España hace un siglo: una economía dual*, Madrid 1988, pp. 92-3.

para que nombrase delegados que asistieran a las reuniones<sup>46</sup>. Los representantes fueron Laureano Figuerola, Manuel Colmeiro y Gabriel Rodríguez, por parte del gobierno; Quijano, Guerrero y Echegaray, residentes en Francia los dos primeros, acudieron por propia voluntad, pero participarían posteriormente de forma activa en las labores de divulgación de las conclusiones extraídas en la reunión. La intervención de Figuerola, que se produjo el 22 de septiembre, manifestó ya el claro deseo de España de integrarse en las corrientes de discusión que se estaban produciendo, y siguiendo el ejemplo de lo sucedido en otros países como la misma Bélgica o Francia, prometió hacer todo lo posible para agilizar en España la formación de agrupaciones que instigasen campañas de propaganda tan considerables como la encabezada años atrás por Cobden y sus seguidores en Inglaterra.

“Tenemos entendido que se va a crear una sociedad de economía política a semejanza de la que existe en París. Su único objeto será reunir todos los meses en un sencillito banquete a los hombres dedicados por afición o profesión al estudio de esta ciencia, para discutir de sobremesa sin pretensión alguna sobre las cuestiones económicas que se crean de mayor interés”<sup>47</sup>. Con este párrafo, la prensa ponía en conocimiento de los interesados que había dado comienzo la campaña anunciada por Figuerola. A partir de 1857, la flamante Sociedad de Economía Política practicaría el ritual ejercicio de reunirse una vez al mes en diferentes fondas de Madrid a discutir los temas que *El Economista* iba puntualmente comunicando. Entre ellos desatacaron: los caracteres de la economía política, la intervención del estado en las distintas industrias, las dificultades para mecanizar la agricultura nacional, el papel de las exposiciones universales para el impulso de la fabricación, etc. Sin embargo, el tema que atraía todas las atenciones cual polo magnético no podía ser otro que las aduanas: su fisonomía, su relación con la carestía y los problemas de abastecimiento, las ventajas de su modificación, los intereses creados en torno a su mantenimiento... Al lado de estas materias, los redactores del periódico que sirvió de eco a la Sociedad, el mencionado *Economista*, no dejaban de consignar en cada número el nombre de los nuevos miembros que se adherían a la agrupación, señalando su marcado talante liberal y progresista, pues la mayor parte de ellos pertenecían a este partido, aunque tanto la Sociedad como la posterior Asociación para la Reforma de

---

<sup>46</sup> *El Economista*, tomo 1, nº 15, 5-IX-1856.

<sup>47</sup> *El Economista*, tomo 1, nº 21, 5-XII-1856, p. 363.

los Aranceles de Aduanas, se cuidaron mucho de vincularse a ningún partido político para no dejarse arrastrar por coyunturales situaciones políticas<sup>48</sup>. Formaron en las filas de la Sociedad de Economía Política, Figuerola, Colmeiro y Montesino (presidentes de la misma), Félix Bona, Andrés Borrego, Angel Dacarrete, Echegaray, Campoamor, Sagasta, Olózaga, etc. En la primera reunión, que tuvo lugar el 2 de enero de 1857, manifestó la Sociedad el deseo de ponerse en contacto con sus hermanas de Francia y Bélgica, e incluso se adoptaron los estatutos de la sociedad de París. Los discursos inaugurales se remitieron a los inevitables Smith, Bastiat, Cobden y Say. Los primeros temas de reflexión giraron en torno al siguiente asunto: "Examen del desarrollo de los estudios económicos en España". Alcalá Galiano ingresó en Sociedad el 4 de abril de ese año<sup>49</sup> y aunque no acudió a todas las reuniones, sus intervenciones fueron muy aplaudidas por los concurrentes, tanto por el nivel de sus conocimientos como por tratarse de un ilustre prohombre del moderantismo, lo que eliminaba a ojos de muchos, las posibles reticencias que pudieran suscitarse alrededor de la Sociedad. Otro de los moderados que formó parte de las huestes librecambistas fue Luis María Pastor, ministro de Hacienda en 1853, y organizador de la Comisión Especial de Aranceles y Valoraciones<sup>50</sup>.

Las discusiones de la Sociedad, si bien en su mayoría versaban sobre programas económicos, se preocuparon también por la educación, pues como dijera Colmeiro, señalando la relación de ambas materias "Para tratar de la cuestión en el orden económico, debemos partir del principio de que el talento es un capital. Así lo han reconocido escritores de gran fama y nosotros debemos seguir esa doctrina"<sup>51</sup>. Siguiendo esta pauta, los miembros componentes de la Sociedad iniciaron sus reuniones buscando dar un contenido didáctico a sus debates. En el terreno que nos ocupa, la Sociedad se mantuvo especialmente interesada en estudiar los mecanismos para favorecer el desarrollo de la agricultura y la industria nacionales. Una de las sesiones más aplaudidas fue la dedicada al fomento de la competencia por medio de las exposiciones de los adelantos nacionales, a las que se opusieron tanto Figuerola como Alcalá Galiano arguyendo que sólo servían para "lisonjear la vanidad nacional", y no contribuían, al contrario que las internacionales, a impulsar la

---

<sup>48</sup> J. SANROMÁ, op. cit., vol. 2, p. 338.

<sup>49</sup> *El Economista*, tomo 2, nº 7, 5-IV-1857.

<sup>50</sup> Sobre Pastor puede leerse el artículo de J.L. GARCÍA RUIZ, "Luis María Pastor: un economista en la España de Isabel II", en *Revista de Historia Económica*, año XIV, nº 1, (inv. 1996), pp. 205-227.

<sup>51</sup> *Sociedad de Economía Política. Discusión sobre la enseñanza obligatoria*, p. 88.

conurrencia, a difundir nuevas ideas y a desarrollar el trabajo patrio<sup>52</sup>. Con motivo de la prevista exposición agrícola de aquel año, se reanudó la polémica alrededor de las cuestiones relacionadas con la intervención del estado en la producción, quedando manifiesto el deseo de los opinantes de que los gobiernos no favorecieran únicamente a los industriales que pudieran presionar sobre las autoridades, creando situaciones de marginación en la producción manufacturera<sup>53</sup>.

Pero el gran tema que centraba todas las atenciones era, desde luego, la cuestión arancelaria. Los debates en torno al carácter de los derechos de aduanas habían sido la piedra de toque del todo el movimiento librecambista, y la Sociedad de Economía Política se iba a encargar a partir de este momento de llevar el timón de una nave que marchaba viento en popa por el tempestuoso mar de intereses que embrollaban la política española. Su acertada tarea de aclarar los conceptos y de ponerlos en la palestra pública, con continuas tertulias a las que eran invitados políticos y pensadores, fue el punto de partida definitivo del movimiento librecambista en España. En estos primeros años, no se encontrarían profundas disquisiciones económicas, ni agudas observaciones para el desarrollo nacional (esta misión correspondería a su sucesora, la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas) pero marcó un hito en la manera en que en nuestro país se discutían los asuntos de interés nacional. Cara a disolver posibles confusiones y con una aspiración claramente pedagógica, se señalaba que “Las aduanas pueden tener dos objetos que son completamente distintos: uno es proporcionar recursos al Tesoro para satisfacer las necesidades públicas, y otro es proteger las industrias del país preservándolas de la competencia que a sus productos pudieran hacer los extranjeros. En el primer caso la Aduana es un instrumento fiscal, en el segundo un instrumento protector”<sup>54</sup>. Desde este punto de partida, la argumentación librecambista venía a ser uniforme: se insistía en el perjuicio que la protección provocaba en el consumidor, en la manipulación que los proteccionistas hacían de las teorías del libre comercio, y sobre todo en la necesidad de constituirse como importante grupo de presión para frenar la influencia de los productores beneficiados por los elevados aranceles. La visión, bastante exagerada desde luego, de Joaquín Sanromá acerca de la capacidad de mediatización de esos sectores nos acerca mucho a la percepción

---

<sup>52</sup> *El Economista*, tomo 2, nº 7, 5-IV-1857, pp. 116-122.

<sup>53</sup> *El Economista*, tomo 2, nº 9, 5-V-1857, pp. 154-7; *La tribuna de los economistas*, vol. 2, pp. 34 y ss.

<sup>54</sup> *El Economista*, tomo 1, nº 2, p. 21.

que en la época se tenía de ellos y a la pasión con que se vivían las cuestiones del librecurso: “Unos cuantos fabricantes catalanes y otros tantos ferreteros vizcaínos tenían metido al país en un puño. Con ellos hacían coro los territorios castellanos desde la época del ministerio Burgos, y aun de mucho antes, sujetándonos a los precios de hambre, con su especie de escala móvil”<sup>55</sup>.

### En la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas.

La Sociedad de Economía Política organizó en 1859 una serie de conferencias en la Bolsa de Madrid con el objeto de preparar la fundación de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Estas reuniones, o “meetings”, como los llamó la prensa de la época, lograron aglutinar en el edificio más emblemático del capitalismo triunfante, a todos los que, opuestos a las consignas estrechas de la protección, identificaban liberalismo económico a liberalismo político. Y en ellos comenzó a destacar una nueva generación de políticos que se incorporaría de un salto a la plataforma de la oratoria pública de la mano de la ciencia económica<sup>56</sup>. *El Economista* y *La tribuna de los economistas* habían venido anunciando el hecho, y remarcando especialmente que se trataba de seguir una corriente ya iniciada en otros países europeos, corriente que buscaba tejer una tupida red de contactos comerciales entre naciones desarrolladas. Pese al ingenuo entusiasmo de los redactores, resulta encomiable esa batalla por hacer que nuestro país se pudiese incorporar a las líneas de opinión que circulaban por la Europa de los años cincuenta y sesenta. No hay que olvidar que internacionalmente, el movimiento librecursoista cada vez adquiría más fuerza, y que el último empuje lo había recibido con el inicio de la apertura comercial de Francia. Durante todo este tiempo se intentó crear dentro de nuestras fronteras un clima de opinión favorable al comercio y a los beneficios que aportaba al desarrollo nacional. Desde la *Crónica de ambos mundos*, Joaquín Sanromá analizaba “Los principios económicos en la política internacional” a la vez que Juan Bautista Cantero explicaba las ventajas del comercio y limpiaba de toda mancha a esta actividad tan poco lucida en España<sup>57</sup>; desde el Ateneo de

<sup>55</sup> J. SANROMÁ, op. cit., vol. 2, p. 333. Algunos autores han calificado la actitud de los librecursoistas como prepotente y despectiva, y han criticado su escasa y simple visión de los problemas económicos de España (*La era isabelina y el Sexenio democrático (1834-1868)*, volumen XXXIV, de *Historia de España*, pp. 945-6 e I.C.E. *Revista de Información Comercial Española*, nº 322, Madrid junio 1960).

<sup>56</sup> N. RIVAS, *Políticos, gobernantes y otras figuras españolas. Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*, Madrid 1933, p. 223.

<sup>57</sup> *Crónica de Ambos Mundos*, vol. 1, pp. 26-29; vol. 2, pp. 392-395.

Madrid, Figuerola disertaba acerca de la economía política; y desde algunas cátedras de la Universidad Central y del Instituto de Comercio la divulgación se hacía institucionalmente pedagógica. Los primeros intentos datan de 1847 por Juan Eloy de Bona y Joaquín Sainz de Mediondo, aunque ya había circulado algunas ideas al respecto tras la publicación en 1842 de *Asociación de Aduanas Alemanas*, de Sanz del Río (sin embargo, hay que tener en cuenta que en España se hizo una interpretación un tanto equivocada de la unión aduanera alemana, considerando un precoz ejemplo de librecambio lo que en realidad era una armonización arancelaria<sup>58</sup>).

Alcalá Galiano participó fervorosamente en los mítines de la Bolsa, hablando allí “con tanto arranque y con tan arraigada convicción como podía hacerlo el más entusiasta de los muchachos”<sup>59</sup>. Galiano, que tras sus últimas misiones diplomáticas había reanudado antiguos contactos con los librecambistas, acudió al templo de la diosa especulación movido por su inveterada afición a los misterios de la dialéctica para encontrarse de nuevo en su salsa vital. El 25 de abril de 1859 estuvo presente en el solemne acto de creación de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, y fue elegido vicepresidente (en calidad de egregio miembro de la Sociedad de Economía Política) junto a Juan Manuel Collado (senador y exministro), Gregorio López Mollinedo (comerciante y diputado) y Cipriano Segundo Montesinos (diputado, antiguo director de Obras Públicas e individuo de la Real Academia de Ciencias). Luis María Pastor fue designado como presidente, y este hecho marcó un talante en la Asociación que, continuando la línea de la Sociedad de Economía Política, buscó la confluencia de tendencias políticas, aunque el número de progresistas fuera mayor. En una sociedad como aquélla que buscaba lo mejor de cada bando, en ansiosa persecución del eclecticismo, no podía esperarse menos. El resto de los socios, casi todos preclaros personajes del momento, ocupaban los demás cargos de la Asociación: Manuel Colmeiro, Laureano Figuerola, Antonio M<sup>a</sup> Segovia, Cánovas, Andrés Borrego, Emilio Castelar, Sagasta, Gabriel Rodríguez, Joaquín Sanromá, José Echegaray, etc. Las bases de la Asociación establecían muy claramente sus principales objetivos:

“2º. La Asociación tiene por objeto defender y generalizar el conocimiento de la conveniencia de reformar el actual sistema de aduanas, disminuyendo

---

<sup>58</sup> Esta interpretación permanecerá vigente: el mismo Joaquín Sanromá, en su intervención en el acto de establecimiento de la Asociación insistirá en la misma idea (*Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas. Noticia de su origen y planteamiento, acta de la sesión inaugural y juicio formado por la prensa*, p. 20).

<sup>59</sup> J. SANROMÁ, op. cit., vol. 2, p. 337; N. RIVAS, *Anecdótico histórico*, p. 126.



sucesivamente los derechos de importación y exportación, y suprimiendo las prohibiciones, hasta transformar los aranceles establecidos hoy en tarifas puramente fiscales.

3º. La Asociación empleará para la realización de su objeto, todos los medios autorizados por las leyes del país, reuniendo los datos y noticias que puedan conducir a la mayor ilustración de las cuestiones aduaneras, y examinando y discutiendo todas las reformas de que este sistema sea susceptible en sus bases y sus aplicaciones...<sup>60</sup>.

Precisamente para las tareas de recolección de datos y análisis, en definitiva, para preparar las sesiones, la Asociación contaba con la Junta Directiva, la cual era la encargada de presentar las conclusiones obtenidas de sus estudios en las diversas reuniones. Entre los temas tratados destacaron especialmente todos los asuntos relativos a la necesidad de tener en cuenta el encarecimiento que los aranceles provocaban en las materias primas, tan fundamentales para el desarrollo nacional, así como la comparación de las situaciones existentes en España en relación a otros países europeos. Los recargos sobre la importación de papel o de cereales, la introducción de maquinaria, hierro o carbón, las consecuencias del tratado Cobden-Chevalier, fueron varios de los aspectos tratados en las diferentes congregaciones, las cuales solían tener lugar en la sede de la Bolsa, en el Ateneo, o en los locales del Círculo Mercantil de Madrid<sup>61</sup>. Las discusiones eran, con frecuencia, bastante entusiastas y escasamente incidían en los problemas de España, sin embargo su confianza en la ineludible exigencia de que nuestro país se incorporase a las corrientes comerciales europeas, que se abandonase cualquier veleidad autárquica, les llevaba en más de una ocasión a manifestarse con auténtica euforia en este sentido, olvidando las dificultades que lastraban tal incorporación. Desde la presidencia se invitó muy frecuentemente a acudir a las conferencias a destacados componentes del sector proteccionista, aunque estas visitas no se prodigaron demasiado<sup>62</sup>.

---

<sup>60</sup> *Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas. Noticia de su origen y planteamiento, acta de la sesión inaugural y juicio formado por la prensa*, pp. 5-6.

<sup>61</sup> *Ibidem*, sesión pública del 5 de junio de 1859.

<sup>62</sup> Provocaron, sin embargo, una gran reacción entre los sectores proteccionistas catalanes. De entre los muchos opositores, destacó Juan GÜELL Y FERRER quien mantuvo con Pastor una prolongada discusión cuyo resultado fueron las siguientes publicaciones del proteccionista catalán: *Refutación de los discursos pronunciados por Excmo. Sr. D. Luis María Pastor y otros oradores en varias sesiones de la Asociación para la Reforma de Aranceles*, Barcelona 1861, *Causas económico-administrativas de los males actuales de España distintas de las que expone el Círculo de la Unión Mercantil y justificación de la balanza de comercio*, Barcelona 1866, *Polémica sobre cuestiones económicas entre D. Luis María Pastor y D. Juan Güell y Ferrer, publicadas por el último*, Barcelona 1869.

La participación de Alcalá Galiano en las charlas de la Asociación fue habitual; en ellas gozaba de la misma veneración que su saber recibía en las tertulias del Ateneo, manifestando similar apasionamiento que en sus tiempos jóvenes: "...yo, que sin embargo de mi vejez conservo todavía el entusiasmo, guardo el entusiasmo para estas cuestiones, porque veo que en ellas está la verdad, está el bien general, y tengo firme fe en el progreso en este punto, y camino tan unido con los que de son mi opinión en economía política, en materias de libertad de comercio, ¡sí, señores, soy en esto un radical!"<sup>63</sup>. Su calidad de senador le permitió actuar de vehículo de la Asociación para indagar las intenciones del gobierno con respecto a las posibles reformas arancelarias. La Asociación por si misma lograría ser escuchada en 1862 en el Congreso, con motivo de las proposiciones para acabar con el monopolio de los derechos del papel de imprimir, presentándose como una firme defensora de los intereses de los consumidores<sup>64</sup>. Aun así, y desde el Senado, Galiano presentó las ventajas que acompañarían a una reforma profunda del sistema arancelario español, destacando de entre ellas la rapidez de los intercambios comerciales, y por derivación, el fomento del desarrollo económico<sup>65</sup>. Desde una perspectiva más serena, Alcalá y sus amigos librecambistas plantearon el asunto de las aduanas francas y su aplicación a España en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas<sup>66</sup>. Allí brilló con especial luz Manuel Colmeiro quien, con su erudición sobre la historia económica de España, sentó las bases de la opinión que afirmaba que "...se encariñó España más de lo justo con el sistema prohibitivo, a causa de la engañosa riqueza que de las Indias venía a estos reinos en las flotas y galeones cargados de oro y plata". Colmeiro había publicado ya años atrás (1847) en la *Revista Económica de Madrid* un artículo titulado "Del sistema comercial de España con respecto a la isla de Cuba". Aquellas páginas apuntaban ya su preferencia por el fin del proteccionismo y por la división internacional del trabajo, preferencia que para la década de los sesenta ya se había convertido en una convicción que el catedrático gallego sostenía sobre los sólidos pilares de su saber, de forma tal que podía

<sup>63</sup> *El Economista*, tomo 1, sesión pública del 6 de noviembre de 1859, p. 9.

<sup>64</sup> *Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas. Actas de las sesiones públicas celebradas desde diciembre de 1862 hasta mayo de 1864*, sesión del 26 de diciembre de 1862.

<sup>65</sup> *Diario de sesiones del Senado*, legislatura de 1860-1861, 6-II-1861, p. 785.

<sup>66</sup> "De la conveniencia o inconveniencia de la libertad de comercio atendidas las actuales condiciones de España", extracto de las discusiones que sobre esta materia tuvieron lugar en varias sesiones de la Academia en el curso 1859-1860, en *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid 1884, tomo V, pp. 63-89. En las conferencias, y frente a los librecambistas, defendió el proteccionismo Rodríguez Vaamonde, y se mostró con prevención Claudio Moyano.

apabullar a cualquier contrincante que se le enfrentase en el terreno empírico<sup>67</sup>. Sin embargo, se echó en falta su presencia en las *Conferencias librecambistas* patrocinadas por la Asociación para la Reforma de los Aranceles en el Ateneo de Madrid.

Buscando un marco más cercano a la reflexión que la Bolsa o las fondas donde se reunía la Sociedad de Economía Política, e intentando con ello dar más respetabilidad a la en ocasiones jaranera y demasiado entusiasta Asociación, Luis María Pastor decidió que ésta se hiciera dueña por unas tardes de los salones ateneístas para exponer las doctrinas librecambistas de forma sistemática. Las Conferencias librecambistas del Ateneo se celebraron en el curso 1862-1863, y se dispusieron a modo de lecciones en las que se analizaba el impacto de la limitación y posterior supresión de los aranceles. La primera lección correspondió a Alcalá Galiano, que se había convertido en el decano del grupo, y llevó el título de “Consideraciones generales sobre la libertad de comercio y necesidad de su planteamiento en España”. En ella defendió la especialización de cada país en la producción de las materias más favorables a sus condiciones físicas e incidió en la agresión que proteccionismo ejercía sobre los consumidores. Le siguieron varias reflexiones de un joven Canalejas y unos animados Echegaray, Gabriel Rodríguez o Benigno Carballo Wangüement acerca de los principios filosóficos y políticos de tan terrena materia. Más interés tienen las conferencias que siguieron a éstas y que se centraron en cuestiones comerciales. Félix de Bona expuso que “El sistema perjudica a la industria que trata de proteger”, y para ello trató de analizar la complejidad de la economía moderna y la dificultad de que el Estado pueda controlarla totalmente. Moret habló de los “Prejuicios que causa el proteccionismo a las clases obreras”; Luis María Pastor llevó a cabo un “Examen de la protección bajo el punto de vista fiscal”; Laureano Figuerola disertó sobre “La cuestión de los cereales”; Joaquín María Sanromá analizó “Las crisis industriales”. Hubo hasta quien, en un anhelo kantiano, confió en “La libertad de comercio en sus relaciones con la paz universal”<sup>68</sup>. La idea

<sup>67</sup> Colmeiro es una figura de sumo interés que trató con la misma pasión la historia, la economía y el derecho administrativo. De sus múltiples obras destacan: *Tratado elemental de economía política ecléctica* (1845, 2 vols.), *Principios de economía política* (1859), *Tratado de derecho administrativo* (1860), *Biblioteca de los economistas españoles* (1861), *Historia de la economía política española* (1863, 2 vols.), etc. Sobre él se han llevado a cabo estudios que analizan las distintas facetas de su labor intelectual: *Estudios en honor de Colmeiro*, Universidad de Santiago 1951; X. RODRÍGUEZ-ARANA MUÑOZ: *Manuel Colmeiro: un ilustre administrativista galego*, Santiago 1994; J.J. FERNÁNDEZ CAÍNZOS: *Manuel Colmeiro, economista e facendista*, Santiago 1995; C. LEMA AÑÓN, *Aproximación ó pensamento xurídico-político de Manuel Colmeiro (1818-1894)*, Santiago 1996.

<sup>68</sup> Dicha conferencia se debió a Santiago Diego Madrazo. Otros oradores estudiaron el monopolio en la industria papelera, el desarrollo de la minería, el derecho diferencial de bandera, etc. Todas ellas están en *Conferencias librecambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo Científico y Literario de Madrid por varios individuos de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de la Academia en el curso 1862-1863*, Madrid 1863.

que planeaba en la cabeza de Pastor era la de traer a la realidad visible las teorías, de ahí que incidiera en que sus acólitos analizaran cuestiones concretas de la economía. Pastor estaba convencido de que el proteccionismo iba a anclar a España en el pasado y el subdesarrollo: "En todos los aranceles del mundo lo que constituye el pan de la industria moderna, el hierro, el carbón y el algodón, o están exentos de derechos o cargados con cuotas insignificantes. En España el hierro, el carbón y el algodón están gravados con enormes derechos. La primera materia para las industrias que nacen del ejercicio de la inteligencia, el papel, a consecuencia del enorme gravamen que sobre él pesa, escasea en España de una manera extraordinaria"<sup>69</sup>.

Con motivo de los propósitos del gobierno de llevar adelante la anunciada reforma, al parecer bastante limitada, la Asociación publicó en 1863 y a modo de crítica unas *Observaciones sobre el proyecto de reforma arancelaria presentado a las Cortes en 5 de enero, dirigidas al público por la Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas*. Luis Pastor, el presidente, ponía voz a la censura de un proyecto en el que "se ve la mano vacilante del ministro". La acusación a las presiones que los proteccionistas, según se decía, estaban llevando a cabo sobre el gobierno, ponía de manifiesto la gran decepción de los librecambistas, quienes, desde el éxito de sus campañas en el Ateneo en 1862 y 1863 y la rebaja de derechos de 1862, se las prometían muy felices<sup>70</sup>. Sin embargo, ya habían sembrado su semilla, y en concurso público de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema "Ventajas o inconvenientes de una liga aduanera peninsular y su influencia en la agricultura, industria y comercio de España", premiaron a José García Barzanallana, quien llegaría a desempeñar importantes cargos políticos en la Restauración (ministro de Hacienda con Cánovas, director general de Tabacalera y del Banco de España, etc.). El trabajo llevaba el título de *Liga aduanera ibérica*, y su tesis principal era la siguiente: "Por lo tanto, el establecimiento de la liga ibérica de aduanas sería un paso adelantado, y hasta la base y el medio más influyente para la fusión política, el día en que, desechados errores y preocupaciones infundadas, se constituyese la península en una sola nación, conforme la naturaleza lo ha querido. Así se contribuiría también a realizar la división de Europa en pocas, pero fuertes y

---

<sup>69</sup> Luis María Pastor: "Examen de la protección bajo el punto de vista fiscal", en op. cit., p. 182. La frecuente falta de abastecimiento debida al monopolio de la industria papelera había llegado a provocar situaciones vergonzantes como la imposibilidad de imprimir las sesiones de los cuerpos legislativos.

<sup>70</sup> VV.AA., "El arancel en nuestra historia económica", en *Información Comercial Española*, (junio de 1960), p. 21.

bien equilibradas nacionalidades, igualmente poderosas y respetables; una de las cuales la formaría la raza latino-ibérica”<sup>71</sup>. Las tareas de los librecambistas continuarían en la misma línea, y aunque Alcalá Galiano no llegó a ver los mejores tiempos del arancel Figuerola (destacado miembro del grupo librecambista), la Asociación no cesó en su empeño.

Galiano, como ya se dijo, dedicó en estos años mucho tiempo a la reflexión intelectual, recogiendo los frutos maduros de su pensamiento, modelos de profundidad para la España de la época. Si el librecambio fue uno de los focos sobre los que proyectó su análisis, el otro es el estudio de la historia y de las conclusiones que, cara a la política, pueden derivarse de ella.

#### **Alcalá Galiano como historiador. Académico de la Historia.**

El ingreso de Antonio Alcalá Galiano en la Real Academia de la Historia puso la guinda institucional a una vida llena de interés por el acontecer humano, por el estudio de la expansión en el tiempo de los afanes de los individuos. Fue propuesto por los académicos Quadrado Delgado, Fort y Vicente de la Fuente (17-III-1863) para ocupar el sillón que el fallecimiento del conde de Canga Argüelles había dejado deshabitado. El 24 de abril resultó definitivamente elegido, celebrándose la toma de posesión el 26 de diciembre del año de 1864. Se dio la circunstancia de que al ser Alcalá ministro de Fomento en aquella época, y por tanto jefe de las Academias, tuvo que presidir la primera parte de la sesión, para después traspasar el puesto al director de la R.A.H., don Antonio Benavides, mientras que él pronunciaba su discurso de ingreso sobre las antiguas Cortes Españolas<sup>72</sup>.

---

<sup>71</sup> J. GARCÍA BARZANALLANA, *Liga aduanera ibérica. Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso público de 1861*, Madrid 1862, p. 162. Barzanallana había recibido anteriores premios de la Academia. Su padre, Juan García Barzanallana, gran defensor del librecambio, había publicado en 1816 un folleto que tuvo cierta repercusión: *Arancel de derechos que pagan los géneros extranjeros*. Independientemente del valor de *Liga aduanera ibérica*, y haciendo honor a la verdad, hay que decir que al concurso de la Academia sólo se presentaron dos obras: la perdedora y la de García Barzanallana (*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Reseña histórica (1858-1868)*, Madrid 1868, p. 143 y P. GÓMEZ DE LA SERNA, *Resumen de las actas de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas leído por... académico de número y secretario*, en *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Resumen de sus actas y discursos leídos en la Junta general celebrada en 12 de enero de 1862 para la distribución de premios y en memoria de la fundación del cuerpo*, Madrid 1862).

<sup>72</sup> R.A.H., Expediente de don Antonio Alcalá Galiano y Fernández de Villavicencio, y *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. don Antonio Alcalá Galiano el 26 de diciembre de 1864*, Madrid, Academia de la Historia (Imprenta de José Rodríguez). Puede leerse también el artículo de D. de la VÁLGOMA, “Alcalá Galiano y el Duque de Rivas en la Real Academia de la Historia”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CLVII, cuaderno II, 1965, pp. 197-212. Como se verá después, Alcalá Galiano fue nombrado ministro de Fomento en el gobierno navaista de 1864, tarea ésta que sería su más dramática y última actividad política.

Sin ser un historiador vinculado a ninguna institución, salvo en esta última etapa de su vida, y sin tener el menor afán de convertirse en un científico de la historia al uso, que en aquel entonces comenzaba a implantarse también en nuestro país, Alcalá manifestó desde los primeros momentos de su vida un creciente interés por los hechos del pasado nacional y extranjero (en particular inglés y francés). Escribió artículos, tradujo libros y se dedicó a la crítica de obras históricas de gran prestigio en su momento como la del Conde de Toreno y la de Thiers. Si por algo ha sido célebre, es por sus textos autobiográficos, especialmente sus *Memorias* y *Recuerdos de un anciano*, pero también por otros documentos menores como los *Apuntes para la biografía del excelentísimo señor don Antonio Alcalá Galiano*, *Apuntes para servir a la historia del origen y alzamiento del ejército destinado a Ultramar en 1 de enero de 1820*, o las *Canciones patrióticas desde 1808 a 1814, y desde 1820 a 1823*. La vinculación entre las *Memorias* y los *Recuerdos* es muy estrecha, ambos relatan épocas similares, pero sin embargo los segundos resultan ser más bellos estilísticamente, pues fueron revisados por el autor antes de su muerte para la publicación como artículos breves en la revista *La América*<sup>73</sup>. Años después, Antonio Alcalá Galiano, hijo, recopilaría todos aquellos recuerdos en forma de libro y los daría a la imprenta. Las *Memorias*, más farragosas y detallistas, fueron el grueso y la base de lo escrito por nuestro autor para configurar el fundamento de su legado autobiográfico a la posteridad. Su repentina muerte impidió una revisión final que corrigiera errores y apreciaciones. Sin embargo, y dado el interés que podían ofrecer a un público, el de la Restauración monárquica, cada vez más intrigado por los primeros años del siglo, el hijo de Alcalá logró la ayuda de su primo el Conde de Casa Valencia, Emilio Alcalá Galiano, para dar a la luz las *Memorias* en 1886, las cuales ya eran conocidas en pequeños retazos por haber sido divulgadas en el periódico *El Día*. Datan las *Memorias* de 1847-1849, y su propósito era explicar los acontecimientos de la vida del autor desde su nacimiento hasta el final del Trienio Liberal en 1823. Del mismo periodo se ocupan los *Recuerdos*, aunque estos incluyen dos capítulos dedicados a la emigración sumamente evocadores de lo que ha sido en España la tragedia del disidente político<sup>74</sup>.

---

<sup>73</sup> Para obtener más datos sobre las fechas concretas de publicación de dichos artículos, ver el apéndice nº 5 de este trabajo.

<sup>74</sup> Los *Recuerdos* datan de 1862. Alcalá Galiano se vio movido a redactarlos a raíz de la publicación en el diario *Las Novedades* (11-VII-1862) de las sesiones de las Cortes de Sevilla de 1823 en las que se pedía la destitución temporal de Fernando VII. Galiano, protagonista de los sucesos, decidió explicar a sus contemporáneos su actuación y la situación política de la España del primer tercio del siglo.

Pese al encanto de ambas obras, no hay que acercarse a ellas buscando el estudio histórico, pues la pretensión del autor al escribirlas no era tal. Galiano quería justificar por medio de sus escritos autobiográficos una trayectoria política que había evolucionado desde un liberalismo de salón, aparentemente radical, hasta un conservadurismo moderado. En los años en que Alcalá escribió las *Memorias* se estaba produciendo en su vida intelectual un proceso de asentamiento de las ideas políticas elaboradas en la emigración y teorizadas en el Ateneo, por lo que todas las páginas escritas tienen como objetivo presentarle como un hombre razonable frente a la imagen de incoherencia que proyectaba al exterior. La misma actitud cabe encontrar en tantos otros periodistas y hombres políticos del XIX, los cuales, metidos a historiadores, se acercan al pasado reciente con una intención muy distinta de la que mantenían los antiguos cronistas, y desde una perspectiva conscientemente parcial para realizar lo que se ha llamado una historia pragmática<sup>75</sup>. Por otro lado, esa propia justificación de la acción personal es la mejor prueba del espíritu de una centuria que nació con la reivindicación del individuo y su especificidad, característica ésta de las más loables que haya podido aportar el siglo XIX. Alcalá no se resigna a que la imagen que de él quede sea unilateral y trata de definirse frente al exterior, de presentarse a sí mismo ante una posteridad desconocida: "Voy a referir los sucesos de mi vida, con los cuales están eslabonados muchos de los más importantes de mi patria. Razón ésta última que me disculpará en alguna manera de la nota de presuntuoso que justamente se me podría poner por el hecho de ocupar la atención pública en negocios de mi pobre persona, pues con la grandeza de un objeto quedará compensada la pequeñez suma del otro, con él tan audazmente apareado. Bien que tampoco se debe extrañar que algo diga de mí propio, cuanto tanto, y no en mi honra, han dicho y dicen varios escritores; pareciendo muy justo que, si bien de chica estatura moral o intelectual, pero levantado sobre un pedestal enorme, habiéndome dado a conocer en grado superior al de mis merecimientos, quiera manifestarme tal cual soy, o cual me creo yo mismo, y no según me pinta la malquerencia de mis contrarios o la equivocación de otros a quienes éstos alucinan. Razón hay para que defienda un hombre a quien agravian, para que se sincere un sujeto al cual hacen cargos completamente injustos muchos, abultados otros, y unos pocos si justos, de los que admiten disculpa"<sup>76</sup>.

<sup>75</sup> F. LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona 1985, p. 171. Ese sentido instrumental de la historia ya había empezado a apuntarse con las transformaciones sociales del siglo anterior (J.A. MARAVALL, "Mentalidad burguesa e idea de historia en el pensamiento español", en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, p. 117).

<sup>76</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*, en *Obras...*, vol. 1, p. 255.

Desde sus escritos autobiográficos Alcalá Galiano no trataba de explicar su evolución personal en un sentido íntimo, según una concepción personal de la reivindicación romántica del individuo, sino vincularse a lo público, hacerse partícipe de lo colectivo desde la propia individualidad, aportar lo particular a un proyecto común que, en el caso de España, era la implantación de un sistema de gobierno liberal, en un sentido amplio. De este modo, Galiano tiene como objetivo presentar sus vivencias personales, sus apreciaciones de los hechos desde el punto de vista de quien ha participado de lleno en ellos, y así, Julián Marías le calificó con todo acierto como "... el historiador desde dentro, el primer hombre que en España hizo historia política general partiendo de sus propias acciones y pasiones"<sup>77</sup>. Desde luego, la preocupación por la imparcialidad, tan frecuente entre los historiadores decimonónicos, también está presente en Alcalá, pero en él no es asunto primordial: "Que la historia debe ser imparcial, nadie lo niega. Que lo sea historia alguna es muy difícil, porque la imparcialidad es ajena o poco menos, de la condición humana, y para ser cabal y perfectamente imparcial sería forzoso no amar ni aborrecer, y mirar con rostro igualmente sereno, y sangre igualmente templada y regular en la circulación, al amigo y al contrario, al pariente y al extraño, al compatriota y al extranjero, a nuestra religión y patria, y a nacionales y religiones no sólo diferentes de las nuestras sino a veces hasta enemigas. Lograda tal imparcialidad, se habría perdido para conseguirla todo afecto noble y todo pensamiento levantado"<sup>78</sup>.

Las traducciones constituyeron otro capítulo importante en el acercamiento a la historia por parte de Alcalá. Muy conocida en su tiempo era la obra de Samuel Astley Dunham *History of Spain and Portugal*, de manera que se hizo necesaria traducirla al español, tarea de la que se encargó nuestro autor. La obra apareció en 1846 con el título de *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina doña Isabel II*<sup>79</sup>. Constaba de siete volúmenes, de los cuales los cinco primeros correspondían a la traducción de la obra inglesa (con añadiduras y comentarios del intérprete español) y los dos últimos procedían de la mano de Alcalá.

---

<sup>77</sup> J. MARIAS, *Meditaciones sobre la sociedad española*, p. 102.

<sup>78</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De la historia y del modo de escribirla", en *La América*, vol. VI, 24-VII-1862, p. 9.

<sup>79</sup> *Revista de Europa*, 1846, pp. 250-252. El título completo de la obra era *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham, por D. Antonio Alcalá Galiano, con una reseña de los historiadores de más nota, por Don Juan Donoso Cortés y discurso sobre la historia de nuestra nación, por D. Francisco Martínez de la Rosa*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1846.



Sin embargo, los argumentos de ambos, el autor y el traductor, están tan entrelazados, que con frecuencia no es posible distinguir dónde termina la labor de uno y empieza la del otro. Esto es particularmente notable a partir de los capítulos dedicados a la España de los Austrias, momento éste que Alcalá no deja escapar para infiltrar sus comentarios acerca de la que constituía su gran preocupación en aquellos años: el proceso de formación del estado español. Aunque sobre esto se tratará con más detenimiento posteriormente, puede señalarse ahora que para Alcalá tal proceso es, sobre todo, un producto de la modernidad, pues, y por supuesto teniendo en cuenta las tradiciones, la edad media presentada como ejemplo de libertades, no es más que un mito elaborado por los autores posteriores, entre los que él coloca, en lugar destacado, a Martínez Marina. Las críticas a Dunham se centran especialmente en la censura que el inglés hace de la obra del padre Mariana, cuya *Historia de España* fue, hasta la publicación de la de Modesto Lafuente en 1850, punto de referencia básico para todo aquél que se sintiera intrigado por las gestas nacionales<sup>80</sup>. Galiano, manifestando una aguda capacidad para contextualizar las cosas, señalaba que había que tener en cuenta las circunstancias en que se escribió la obra del padre Mariana, quien si bien pecaba de un limitado sentido crítico, en parte por la censura y en parte por las carencias de la ciencia histórica de los siglos XVI y XVII, había representado en su momento un considerable hito en relación a otros contemporáneos en lo que se refiere a estilo y composición<sup>81</sup>.

La *Histoire du Consulat et de l'Empire* de Thiers fue la segunda traducción<sup>82</sup>, y en el análisis de la obra puso Galiano gran interés por cuanto consideraba que Thiers había manipulado los hechos, especialmente en relación a España. Sus críticas al historiador francés aparecieron en la prensa a medida que los numerosos volúmenes se iban publicando. Aunque su versión no pasó del tomo noveno, las *Historias*, sobre todo *Histoire de la Révolution Française*, de Thiers tuvieron otros traductores (Pedro de Madrazo, Antonio Ferrer del Río...), por lo que el acceso a sus comentarios fue relativamente fácil. Alcalá Galiano tenía una idea premeditada acerca de la labor del traductor. Desde su punto de vista, éste no cumplía su misión trasladando únicamente las palabras de un idioma a otro, sino que estaba obligado a aclarar conceptos o a desmentir falsas afirmaciones, pues si bien se podía suponer la

---

<sup>80</sup> P. CIRUJANO y otros, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid 1985, p. 82.

<sup>81</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España...*, vol. I, p. 137.

<sup>82</sup> *El Laberinto*, vol. 2, 1845, p. 208. Apareció con el título de "*Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón*, por Mr. Thiers, traducida, corregida y aumentada por don Antonio Alcalá Galiano".

competencia del autor de la obra, no debían dejarse de lado los posibles errores de apreciación propios de quien no conoce la realidad más que desde su perspectiva. Entendía Alcalá la tarea del traductor, pues, como una labor participativa y sobre todo crítica<sup>83</sup>. Este es el principal sentido que tenían sus ataques a Thiers, a quien acusaba de haber consultado muy pocos autores extranjeros a la hora de elaborar su *Historia*, lo que había dado como resultado una obra tremendamente parcial e incluso inverosímil por patriotería: "Así es que, aquí, donde quiera que habla de una función de guerra o una refriega, siempre mueren menos franceses que enemigos, siempre llevan éstos lo mejor en todo encuentro, sin que pueda adivinarse cómo al cabo vienen a perder la batalla"<sup>84</sup>. La parcialidad, inevitable en la mayoría de las ocasiones, había caído en la exageración en el caso de Thiers, quien, habiéndose presentado como un defensor de la libertad, había ido transformándose a lo largo de su obra en un defensor del Emperador, abrumado y maravillado por la gloria que éste aportó a la historia de Francia.

Las críticas forman el tercer gran bloque de las contribuciones de Alcalá Galiano al mundo de la historiografía. Junto a las ya citadas a la obra de Thiers, escribió nuestro protagonista numerosos comentarios a libros aparecidos en su momento o en los años inmediatamente anteriores entre las que destacan las publicadas en relación a la obra de lord Macaulay y la historia británica y en particular la que escribió para glosar la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* del conde de Toreno<sup>85</sup>. Esta reseña tiene el interés de que nos acerca a lo que después se analizará más detalladamente sobre la concepción de Galiano de la historia y del modo de trabajar con los acontecimientos, testigos del pasado. En sus críticas, mantiene un frío análisis global de la obra desde la perspectiva historiográfica, pero también contempla otros aspectos como son el tratamiento del lenguaje, las formas de expresión (la preocupación de Alcalá por la pureza del

---

<sup>83</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Sobre la Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón, por Mr. Thiers", en *Crónica de ambos mundos*, tomo 1, 1860, p. 71.

<sup>84</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "De los tres últimos tomos de la Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón, por Mr. Thiers", en *La América*, vol. VI, 12-XII-1862, p. 6.

<sup>85</sup> El primer tomo de la obra del Conde de Toreno apareció en Madrid en 1835. Las reseñas de Alcalá se publicaron en la *Revista Española* 13 y 14 de julio de 1835, y en la *Revista de Madrid*, 1844, tomo III, actualmente pueden encontrarse en las *Obras escogidas*, vol. 2, pp. 446-457. Galiano se lamentaría en la necrológica del Conde por el escaso interés que los contemporáneos había prestado a esta obra en *El Heraldo*, 6-X-1843. La crítica a la obra de Macaulay apareció con el título de "Del célebre escritor inglés Lord Macaulay y de su *Historia de Inglaterra*", en la *Crónica de Ambos Mundos*, vol. 1, 1860, pp. 215-218.

castellano roza a veces la obsesión<sup>86</sup>), la vinculación del autor con el tema tratado (con vistas a determinar su grado de parcialidad) y sobre todo, la comparación del estudio citado con los demás existentes acerca de la misma cuestión, demostrando poseer un conocimiento bastante exhaustivo de la producción historiográfica en lo que se refiere a hechos relativamente cercanos en el tiempo (en particular, la Revolución Francesa y el Imperio, y la guerra de España contra los franceses a principios de siglo). Las reseñas de Galiano buscan sobre todo la reflexión acerca de los hechos narrados, reflexión nacida de la comprensión conjunta de los fenómenos, y ahí estriba la principal censura que hace a la *Historia* del Conde de Toreno: "Desearíamos que hubiese dicho algo el historiador respecto al estado político, intelectual y moral de España en los días en que su narración comienza". Teniendo en cuenta que el ensayista fue activo personaje en el teatro de los acontecimientos, tal petición no resulta descabellada, plantea Alcalá, siendo conocedor del temor de Toreno de resultar excesivamente parcial. En este sentido, hay que destacar que resulta bastante singular la ecuanimidad con que ambos, autor y crítico, contemplaron los hechos, ecuanimidad que, por cierto, huyó de la pluma del antiguo orador de la Fontana al recordar con entusiasmo los lejanos tiempos del Trienio en su comentario de otra publicación contemporánea, el *Viaje a Cádiz en 1823 por un miliciano nacional de Madrid*<sup>87</sup>. La valoración general del libro del Conde de Toreno es positiva, teniendo especial peso en la balanza el estilo del autor, pues según la concepción que tiene Alcalá de la obra histórica, ésta debe saber unir la profundidad a la amenidad en un combinado cuya receta se encuentra en este párrafo que augura posteriores comentarios al respecto: "Por cierto, en el método que ha adoptado y sigue el señor Conde de Toreno, descuella sobre manera, siendo en la narración animado; en las reflexiones unas veces maduro, y otras sutil, y siempre ingenioso; en la averiguación de los hechos, diligente; en las relaciones, exacto; en los juicios, bastante imparcial; en la pintura de los caracteres, diestrisimo y juntamente fiel retratista, compitiendo lo brioso del pincel con lo semejante de las copias o los originales trasladados; en el estilo, elocuentemente nervioso; y hasta en las arideces

---

<sup>86</sup> A este respecto y tras la publicación de "De algunas locuciones viciosas hoy en uso" (*Revista de Europa* 1846, pp. 257-281), Alcalá había sido llamado por Alejandro Oliván a moderar su intransigencia en dos artículos aparecidos en la *Revista de España, de Indias y del Extranjero*: "De algunas locuciones viciosas. Contestación al Sr. Alcalá Galiano" (1846, tomo 7, pp. 163-177) y "De algunas locuciones viciosas. Conclusión" (tomo 7, pp. 248-278).

<sup>87</sup> A. S. FERNÁNDEZ, *Viaje a Cádiz en 1823, por un miliciano nacional de Madrid*, Madrid 1835, A. Alcalá Galiano, *Obras...*, vol. 2, pp. 457-459 (reseña publicada inicialmente en la *Revista Española*, 5-VIII-1835). Aun en la emoción del recuerdo, Alcalá no se olvidaba de lanzar sus dardos: "Quien desee empaparse en memorias tiernas y respetables, compre el *Viaje a Cádiz en 1823*. No aprenderá mucho; leerá un itinerario o poco más; pero sentirá no poco y serán buenas las sensaciones".

y menudencias de ciertas noticias de varios y continuos (pero poco grandes combates), casi en todas las ocasiones, entretenido”<sup>88</sup>.

### **El método en la historia: “Son las buenas historias obras de arte...”.**

Con esta frase Alcalá pretendía aproximarse a una concepción de la obra histórica conjuntamente, es decir, que abarcase las distintas manifestaciones de la actuación humana en sentido temporal. La historia como compendio de realizaciones humanas: hechos políticos y batallas, pero también literatura y arte, filosofía y estética, unidas en el devenir del tiempo; una idea de la historia como civilización, en el sentido que le había dado Capmany años antes. Por supuesto, no hay que buscar en Galiano un análisis de las transformaciones económicas de la sociedad en el sentido en que actualmente entendemos el estudio histórico, aunque sí entran en su esquema los profundos movimientos sociales que se estaba produciendo en su época, pues su historia, mejor dicho, su concepción de ella, camina con interés creciente hacia la investigación del hombre, tanto en su acción colectiva como en sus manifestaciones individuales. Alcalá considera que analiza la historia cuando escribe de literatura o de política, pues su manera de acercarse a estas cuestiones sigue siempre un trayecto retrospectivo, buscando los orígenes de conceptos, de situaciones, de ideas, para enlazar pasado y presente, en una noción continuada, sin rupturas de la producción ideológica del individuo. Particularmente notable e ilustrativo resulta, en esta especie de genealogía de los conceptos que lleva a cabo nuestro autor, el análisis de lo político, centro principal de sus preocupaciones. La combinación de elementos de la historia, la lingüística, la sociología y la literatura a la hora de establecer los orígenes y las diversas aplicaciones de términos como “liberal” y “liberalismo” o “revolución”, que veremos en su momento, ofrecen frutos muy interesantes en el terreno del análisis social. De este modo, Galiano no desprecia ningún instrumento que le pueda servir para captar el carácter de un momento histórico, incluso demanda valorizar el testimonio de los mitos como representaciones ideológicas de los puntos de referencia de cada sociedad, en una suerte de historia de las mentalidades: “Pero, si los mitos merecen ser desechados en la historia de los sucesos y en el juicio de los caracteres de personas famosas, son acreedores, por otra parte, a ser atendidos y respetados en la historia de las ideas. Al tratar de las pasadas edades, no basta saber lo que en ellas se hacía, es forzoso conocer lo que

---

<sup>88</sup> A. ALCALÁ GALIANO, “Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, por el conde de Toreno”, en *Obras...*, vol. 2, p. 453.

en ellas se pensaba. Personajes hay de pura invención, de los cuales nadie pretende que sean otra cosa, y cuyo influjo en los pensamientos y afectos de sus contemporáneos y sucesores no es inferior al que han tenido y aun tienen personas que verdaderamente han existido”<sup>89</sup>. Pero la captación global no se queda en la pluralidad temática, sino que ha de abarcar también la variedad interpretativa. En esa línea se dispararon sus críticas a la *Historia* de Thiers, y en esa línea se decanta su propia actividad como investigador cuando se propone el acercamiento a algún tema histórico, en una búsqueda infatigable de la veracidad (que no de la imparcialidad, pues “Que un historiador contemporáneo sea enteramente imparcial es cosa imposible”).

El gran interés que Alcalá Galiano muestra por el método para escribir la historia se deriva por un lado, desde luego, de su preocupación científica, pero, por otra parte también hay un elemento, casi diríamos que fundamental, y es el valor de la historia para el hombre contemporáneo. Sin quitar mérito al estudio de épocas remotas en el tiempo, Galiano prefiere la investigación en la historia más reciente, a la que llama contemporánea, un estudio del que se puedan sacar consecuencias para la vida de los hombres que son directos herederos de ese pasado cercano. Se trata, en definitiva, de comprender la propia época mediante el análisis de la que le dio origen, de buscar las causas de los actuales problemas en su génesis. La idea que tiene Alcalá de la historia se asemeja mucho en este aspecto a la de Hume en el sentido de considerar a la historia como un arma de enseñanza moral por el estudio de las acciones de los hombres, un arma mucho más eficaz, por basarse en hechos reales, que la que pueda ofrecer cualquier filosofía abstracta o cualquier compendio de ética redentora. Tal forma de entender el saber histórico se fue acrecentando en él con el paso de los años, a medida que fue comprobando cómo suelen tener más trascendencia las acciones humanas concretas que los grandes programas de transformación moral o social. El diplomático Augusto Conte recordaba en sus memorias unas palabras de Galiano a este respecto que aclaran cuáles debían ser las intenciones de todo aquel que se acerque a la morada de Clío: “Las generalizaciones de la filosofía histórica, solía decirnos a mi y a mis compañeros de estudio, son sin duda, buenas para explicar los sucesos pasados; pero no para adivinar los futuros, y pueden infundir desconfianza en la virtud de la voluntad de los hombres. Para neutralizar, pues, los malos efectos de esas generalizaciones, les

---

<sup>89</sup> A. ALCALÁ GALIANO, “De los mythos”, en *La América*, vol. VI, 24-VI-1862, p. 8.

aconsejo a ustedes que se dediquen mucho al estudio de la historia misma. En la historia verán ustedes lo que valen los caracteres y cómo se sobreponen a todas las circunstancias y a todas las evoluciones más terribles”<sup>90</sup>.

Hablando del método en la historia, Alcalá recordaba frecuentemente la sentencia de Quintiliano “Scribitur ad narrandum, non ad probandum” que Barante colocó al inicio de su *Historia de los duques de Borgoña de la Casa de Valois: 1364-1843*, y que constituyó el lema de su quehacer historiográfico: la historia ha de ser narración de los hechos, simple recuento de acontecimientos y nunca una reflexión sobre ellos. Galiano, que si algo, buscaba en la historia era precisamente la reflexión, analizó la trascendencia de seguir un método u otro, limitarse a narrar o buscar la explicación de los hechos y su trascendencia. Repasando la evolución de la historiografía a lo largo del tiempo, Alcalá se planteaba las limitaciones de sus intereses, pues ocupándose tan sólo de “eminentes capitanes o repúblicas”, la historia perdía la amplitud de su valer al quedar cercenada su aplicación a las grandes batallas o hechos políticos; echaba en falta nuestro autor en la literatura histórica antigua y medieval “lo que llamamos hoy filosofía de la historia”. Dejando aparte a Vico (a quien pone como ejemplo de gran autor poco atendido por la pesadez de su estilo<sup>91</sup>) no es hasta el siglo XVIII cuando la historiografía se desarrolla sobre otras bases. Si bien se sitúa en Francia el lugar donde tiene un auge más considerable la historia veteada de reflexión, nuestro protagonista se decanta sin dudarlo por los historiadores ingleses Robertson, Gibbon y Hume (sobre todo por los dos últimos), ya que éstos unen con singular acierto la erudición (especialmente notable en el caso de Gibbon), el análisis y la claridad de juicio. Junto a ellos, mantenía Alcalá admiración por otros historiadores británicos, en especial por los llamados “philosophic historians” (Ferguson y Tytler), los cuales, desde una perspectiva totalmente alejada de la francesa sobre la presunción de la perfectibilidad continuada del hombre, que en Gran Bretaña se encarnó en Hartley y en Godwin, buscaban el origen de la sociedad y sus instituciones y comprendían la acción de los individuos en persecución de sus propios fines e intereses (lo que llamaron

---

<sup>90</sup> A. CONTE, *Recuerdos de un diplomático*, vol. 1, p. 107.

<sup>91</sup> “...Vico, cuya *Scienza nuova* es hoy tenida en no corto precio; obra de la cual lo poco agradable del estilo atajó el camino a la fama hasta entonces entre sus propios paisanos”, A. ALCALÁ GALIANO, “De la historia y del modo de escribirla”, en *La América*, vol. VI, 24-VII-1862, p. 8.

"heterogeneity of ends"<sup>92</sup>). Es, sin embargo, en el siglo XIX cuando se produce la gran transformación metodológica en el terreno de la historiografía. El desarrollo del sentido crítico representará esa gran baza que los historiadores románticos pueden oponer a sus colegas del pasado<sup>93</sup>; a partir del siglo XIX Alcalá pone de manifiesto que "toda historia debe ser filosófica y política" para que tenga algún valor y alguna repercusión en su tiempo. Los hombres buscan en ella una guía, una herramienta de trabajo en un siglo eminentemente científico. La historia abandonará ahora el campo de las artes para insertarse de lleno en el de las ciencias de la sociedad. El énfasis en la importancia del sentido crítico implicaba una diferente concepción del trabajo del historiador: ya no era un narrador, ya no podía aceptar la historia "ad narrandum", sino que el historiador estaba obligado a escribir "ad probandum". "Los buenos autores que hoy viven y en época poco lejana han vivido, y los críticos que con agudeza y tino han juzgado sus obras, se distinguen de las generaciones anteriores en cuanto tratan de hermanar con las consideraciones filosóficas a que comenzó a entregarse el siglo XVIII, la erudición y la diligencia que llevan a averiguar prolijamente la verdad de los hechos, buscándola en testimonios contemporáneos o poco menos, juntando estos y cotejándolos unos con otros, y no sólo haciendo contar la verdad de cada cual, o la autenticidad de los documentos que los confirman, sino buscando la interpretación que puede dárseles con arreglo a los tiempos, usos y costumbres y hábitos de pensamiento y sentir de las personas de esta o esa otra época; por donde viene a realizarse el consorcio del criterio filosófico y la fidelidad escrupulosa"<sup>94</sup>. Con estas palabras Alcalá Galiano exponía sus experiencias con respecto al quehacer histórico, reflexionando sobre el valor de una tarea compleja y con una importante proyección en la sociedad, al menos en el siglo anterior. En otro lugar, afirmaba que lo que distinguía los historiadores de su tiempo era precisamente

<sup>92</sup> A.D. CULLER, *The Victorian mirror of history*, Londres 1985, p. 22. La lección décimotercera de su *Historia de la literatura* está dedicada precisamente a los historiadores británicos. Pese a la admiración que les profesa, Galiano no puede evitar disentir de Hume y Gibbon en la pintura que éstos hacen de la degeneración del Imperio Romano con la llegada del cristianismo. Desde su perspectiva conservadora y católica, Alcalá encuentra en el principio cristiano la semilla de la cultura europea que ha germinado en una revalorizada Edad Media. Lejos de ser una época oscurantista y pobre, la Edad Media representa el punto germinal de los principios de la modernidad. Sobre la historiografía británica contemporánea puede leerse H. BUTTERFIELD, *The Whig interpretation of history*, Londres, 1931 y H.W. BURROW, *A liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge 1981.

<sup>93</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura...*, p. 466. En este sentido, Alcalá admiraba especialmente las obras del historiador de la literatura François Villemain, a quien confesó seguir en las clases que sobre la misma materia dictó en el Ateneo.

<sup>94</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Antigua Constitución política de Castilla", *Discurso de ingreso en la R.A.H.* (26-XII-1864), p. 4. "...se ha hecho indispensable consultar a la par las narraciones de los autores, o testigos de los hechos, los documentos de cada época, y, con los áridos y a veces poco sinceros documentos de oficio, otros donde los hombres se descubren y, o se retratan a sí mismo, o pintan a los que tienen delante; correspondencias, memorias escritas cuando existen; en suma, todo cuanto puede traer edades pasadas a la vista del presente. Agrégase a esto la interpretación hecha de los actos y dichos humanos con arreglo a lo que se pensaba y sentía en la época cuyas cosas se cuentan, en vez fundar el juicio conforme a ideas, doctrinas y acciones de épocas posteriores, y sobre todo, de la en que el historiador vive y ha formado su criterio del presente", "De la historia y del modo de escribirla", en *La América*, vol. VI, 24-VII-1862, p. 9.

ese afán de buscar noticias fidedignas y de ellas extraer conclusiones válidas para esa época, sin grandes pretensiones moralizantes, sin querer abarcar una comprensión total de la naturaleza humana, pues cada historiador escribe para su tiempo, para sus contemporáneos, desde una similar perspectiva y buscando unas enseñanzas aplicables a los problemas existentes en ese momento. El convencimiento del valor de hacer historia, del importante significado de reflexionar sobre el pasado desde el presente y en función del futuro, refleja un nuevo talante en el espíritu de unos hombres que se sabían protagonistas en esa tarea de reconstrucción que ellos pretendían científica. Uno de los más brillantes historiadores franceses, François Guizot, ponía en palabras ese talante: "Nous sommes appelés à considérer, à faire marcher ensemble la science et la réalité, la théorie et la pratique, le droit et le fait. Jusqu'à notre temps, ces deux puissances ont vécu séparés; le monde a été acoutumé à voir la science et la pratique suivre des routes diverses, sans se connaître, sans se rencontrer du moins"<sup>95</sup>. En efecto, esa anhelada confluencia entre realidad y ciencia había comenzado a producirse en el terreno de la historiografía decimonónica, primero de la mano de la escuela histórica alemana y ayudada después por la llamada escuela francesa. A ellas se unieron las diversas tradiciones nacionales para crear una disciplina de carácter acumulativo y crítico y con una clara función social. El papel del liberalismo clásico en esta tarea es, no hay ni que decirlo, fundamental: el valor social del conocimiento histórico alcanzó en tal ambiente intelectual un prestigio máximo y contribuyó a analizar, comprender y en última instancia legitimar las prácticas políticas de la representación limitada, la soberanía compartida y el gobierno mixto<sup>96</sup>.

La contemporaneidad de la reflexión del historiador queda plenamente probada, afirma Alcalá, con uno de los caracteres fundamentales de la historiografía decimonónica: la inclusión de un nuevo protagonista del devenir histórico, el pueblo. "Lo que sí debe diferenciar a los historiadores de nuestros días de los de tiempos antiguos es que deben atender, como muchos de ellos atienden, a las cosas de los pueblos, tanto cuanto a las proezas de los guerreros y a los actos y conducta de los políticos; a las particularidades de la vida y de la sociedad, igualmente que a los actos de los gobiernos; al estado de las letras, de las artes, aun de las de inferior

---

<sup>95</sup> F. GUIZOT, *Cours d'histoire moderne. Histoire générale de la civilisation en Europe*, 4ª lección, 9-V-1828, p. 3.

<sup>96</sup> G. PASAMAR ALZURIA, "La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX", en *Historia Contemporánea (U.P.V.)*, nº 11, (1994), p. 186.



clase, y a los usos y hábitos de la sociedad alta, media y baja, no menos que a los grandes acontecimientos, que tienen un influjo, si más visible, acaso no superior en la suerte de los estados”<sup>97</sup>. De nuevo vuelve a hacer hincapié en la comprensión global del estudio de la sociedad y de sus manifestaciones a la que ya hicimos referencia, y dentro de la cual sitúa como precedentes a Voltaire (a quien, por otra parte, no aprecia demasiado como historiador) y a lord Macaulay, el gran cantor de las glorias liberales e industriales de Inglaterra y portavoz de la interpretación whig de la historia. Lo más destacable de su análisis es justamente esa incidencia en el papel del pueblo como necesario protagonista histórico, en especial de la época contemporánea, pueblo manifestado en clases medias y altas, burguesas en definitiva, ejes cardinales de las historias del XIX, pero también en clases bajas, actrices principales de los grandes movimientos sociales del siglo. Si los grandes han dejado de ser el único centro de atención y nuevos personajes aparecen en el drama, también entre el público se han producido variaciones y esos nuevos lectores de la historia quieren verse retratados en el gran cuadro. Fue sobre todo a partir de la revolución de 1848 cuando se desarrolló con más fuerza ese afán por precisar el lugar en la historia de los desconocidos habitantes de ciudades y pueblos que habían sorprendido a todos los importantes por su presencia activa en la política<sup>98</sup>. Será ésta una historia hecha de impresiones, una acumulación de los afanes de muchos, que si de cerca no permite tener conciencia clara de la realidad, de lejos, con la ayuda del historiador, ofrece una más nítida contemplación que cualquier relato basado en la vida de algún ilustre personaje.

Precisamente por el interés en lo colectivo nace en Alcalá una auténtica obsesión por el individuo y su papel en la historia. Aunque empapado de resabios estamentales, es un hombre de su tiempo, y sus ambiciones aristocráticas se trasladan de los linajes familiares (de los que por supuesto carece) a las glorias propias. La figura romántica del hombre como moderno Prometeo está siempre presente en los escritores del XIX, el individuo como creador de su propio destino, lo que si por un lado es una apelación a la singularidad, también es un medio por el que las clases medias (trasuntos sociales idealizados del héroe) justifican con autosatisfacción, muy burguesa, su ascenso imparable. En el caso de Galiano, no se trata tanto de adular a las clases medias, como a si mismo. Si en casi todos sus

---

<sup>97</sup> A. ALCALÁ GALIANO, “De la historia...”, p. 9.

<sup>98</sup> G. P. GOOCH, *Historia e historiadores del siglo XIX*, México 1942, p. 570.

escritos hay un algo de repercusión de sus obsesiones psicológicas en lo que respecta a encontrar un papel en el mundo por el propio valer, en el caso de los textos en los que hace referencia a distintos personajes de la historia, esta característica aparece aún de forma más notable. Con una especial agudeza para la caracterización espiritual y moral, las obras de Alcalá llamaron la atención de sus contemporáneos precisamente por esa capacidad. Cuando apareció la *Historia de España* en 1846, el crítico Luis Page señalaba que la obra “versa especialmente sobre delineaciones de caracteres de los hombres que han figurado por distintos conceptos, mereciendo un nombre más o menos esclarecido”<sup>99</sup>. El interés por el individuo y su capacidad para enfrentarse al destino fue el centro del mensaje ya mencionado que Conte recogía para sus memorias. De ahí que Alcalá mantuviese tan cerrada oposición a Thiers y a su compatriota Mignet, historiadores de la llamada escuela fatalista, tan admirada por Martínez de la Rosa<sup>100</sup>. En un artículo que escribió en 1838 analizando la figura de Robespierre se puede observar esto con más claridad que en ningún otro de sus escritos. La agudeza con que penetra en la personalidad del gran jacobino y la capacidad de ver más allá de lo que la imagen exterior ha proyectado de él, son realmente sorprendentes y reflejan un especial talento para estudiar a los hombres. Alababa Galiano en Robespierre la habilidad para hacerse un lugar en la palestra de las cabezas revolucionarias: “...pues si Robespierre no era un talento portentoso, fue hombre que se ganó por sus fuerzas propias al alto puesto en que llegó a colocarse, y no se ganan sin un mérito sobresaliente puestos semejantes disputados por rivales numerosos, y de ellos muchos insignes en ingenio, ciencia y osadía”<sup>101</sup>. La admiración hacia la valía personal no impedía a Galiano censurar las aficiones sanguinarias del Incorruptible, encontrando en su tipo de personalidad grandes peligros, pues “por tener semejanza con la virtud es más funesta a la sociedad”. Sin embargo, su brillante capacidad para evaluar a los hombres se dejaba ofuscar en ocasiones, tal fue el caso en el juicio que emitió de Napoleón al escribir sobre la *Historia* de Thiers. Napoleón, “el hombre más grande desde César”, como le llamaba Stendhal, no representaba para Alcalá más

<sup>99</sup> *Revista de Europa*, 1846, p. 251.

<sup>100</sup> Más que fatalistas, según eran llamados en el XIX, habría que denominarlos deterministas (G. LEFEBVRE, *El nacimiento de la historiografía moderna*, p. 173). Sobre los historiadores franceses de este periodo, J. WALCH, *Les maîtres de l'histoire, 1815-1850: Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, E. Quinet*, Ginebra 1986.

<sup>101</sup> A. ALCALÁ GALIANO, “Maximiliano Robespierre”, en *Revista de Madrid*, 1838, tomo 1, p. 230. Este interés psicológico por el individuo y sus capacidades formó parte del “estudio filosófico de las humanidades” que demandaba Alberto Lista a sus alumnos y que tenía por objeto desarrollar tanto el sentido crítico como el autoconocimiento. Sobre esta cuestión puede leerse el breve pero interesante libro de M. GARRIDO PALAZÓN *La filosofía de las Bellas Letras y la historia literaria en España (1777-1844)*, Almería 1992.

que un ambicioso, con talento, pero sin escrúpulos. Obviamente, la intervención del Emperador en los sucesos de España impedía a Galiano verlo desde otra perspectiva que no fuera la del recelo, pese a que él fue el primero en sufrir las consecuencias del reintegro del inepto Fernando VII al trono. Resulta curioso contemplar cómo los pensadores del siglo XIX no franceses se resisten a la hora de evaluar positivamente la figura del gran Napoleón. Tratando de sustraerse a la fascinación del personaje, intentan rebelarse a duras penas, y no pueden evitar, como le sucedió a Carlyle en su última conferencia sobre el héroe moderno, hablar de él llamándole “nuestro último grande hombre”. También escribió Alcalá varios retazos biográficos de ilustres españoles como Jovellanos o Argüelles, en los que predomina el mismo interés indagatorio acerca de sus tareas en el mundo y de la peculiaridad personal de cada uno, sin embargo, la finura psicológica con la que nuestro autor estudió a Robespierre llega posiblemente más lejos que el análisis de coetáneos, ámbito éste en el que le hubiera resultado más difícil por pura y simple proximidad vital.

#### **La revolución: “...la época más importante de la historia del mundo”.**

Pocos hechos históricos atrajeron tanto la atención de Alcalá Galiano como la Revolución Francesa. Por sí misma, y por las consecuencias que tuvo para España, la gran revolución constituyó para nuestro autor un tema recurrente en sus estudios. Profundo conocedor de las publicaciones surgidas al socaire de tal interés, el fenómeno se convirtió para él en objeto de reflexión abstracta, en una suerte de análisis acerca del significado de los cambios violentos en el devenir de los pueblos. El impacto de la Revolución fue brutal en su momento e incluso más tarde, pues como dijera Lamartine, nunca tantos y tan trágicos acontecimientos se sucedieron agrupados en tan corto espacio de tiempo. España, probablemente por desgracia, se vio arrasada por una invasión exterior y cerró sus puertas a cualquier aire francés, por muy oxigenante que éste pareciese, por lo que la conmoción de las antiguas estructuras sociales y políticas duró todo un siglo en lugar de haberse trastocado en breves años, evitando no pocas muertes y guerras.

La debilidad y el temor que mostró Alcalá al observar la revolución de 1848 no le impidió hacer interesantes observaciones sobre el carácter de los hechos revolucionarios. Si bien sus miedos conservadores lo empujaban al orden, en una concepción de la historia como desarrollo fluido de los acontecimientos, en un progresivo proceso de ajuste en la sociedad entre lo antiguo y lo nuevo, no podía

dejar de contemplar las transformaciones bruscas como necesarios resortes para acompasar los movimientos de las dos grandes fuerzas creadoras de la historia: el gobierno y la sociedad. La atención a las manifestaciones de la opinión pública, a la evolución de los tiempos y una clara conciencia de las líneas de actuación por parte del poder (en lo que se refiere a la defensa de determinados intereses, siempre vinculados a lo que llama la sociedad, que en realidad es una concreta clase social), constituyen los medios por los cuales pueden evitar los estallidos violentos. Por exceso o por defecto en la acción del poder, las revoluciones conducen, al menos en sus primeros momentos, al despotismo: "Dos clases de gobiernos absolutos amenazan a Europa; el uno llamándose monárquico o de orden, el otro llevando diferentes nombres, de los cuales el que le compete donde quiera es el de revolucionario"<sup>102</sup>.

Sin embargo, cuando el ajuste no se ha producido, la irrupción de las nuevas fuerzas se produce inevitablemente y da pie a un proceso difícilmente calificable, en el que nada hay definido, en el que distintos caminos se ofrecen, y en el que la violencia asusta por ser el único arma eficaz para hacerse con el poder. La sociedad deslavazada, desintegrada en sus distintos componentes, va a la deriva durante un periodo de caos, justamente la época más peligrosa pues ninguna apelación a la sensatez tiene lugar: lo existente ha perdido su legitimidad y lo nuevo aún está naciendo<sup>103</sup>. Así, afirma Alcalá, entró Francia en un tiempo de barbarie, en el que "los franceses sólo atendían a la causa pública y en su delirio sólo obraban de un modo violento y feroz". Pese a todo, y precisamente por la natural tendencia del ser humano a vivir con cierta seguridad, se despertó en el común del pueblo una oleada de cordura que demandaba el final del desastre, que buscaba una salida del oscuro túnel de la irracionalidad ("Pero en medio de todo esto, el entendimiento humano no había caído en un letargo precursor de la muerte..."). La catarsis llevada a cabo por la Revolución es valorada por Alcalá positivamente: "Pero, señores, por lo que sirvió esta época terrible a la suerte intelectual de los hombres, siéndoles a la larga provechosa, fue por las saludables reflexiones y reacciones de que fue madre", pues la limpieza del aire enrarecido por la corrupción y la cerrazón borbónicas dio paso a

---

<sup>102</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Breves reflexiones sobre la índole de la crisis por que están pasando los gobiernos y pueblos de Europa*, p. 62.

<sup>103</sup> "Un hombre, que en medio de la inquietud y agitación crece en fuerzas, granjeándose el favor público, acaba por sobreponerse a los bandos entre sí contendientes, y usa del poder inmenso que lo revuelto de los tiempos le ha dado para poner las cosas en paz, sosiego y orden, gobernando ya con severidad, ya con misericordia, pero siempre con dureza, aplaudido al fin de la gente pacífica y acomodada porque les asegura vivir en tranquilidad...", A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 334.

un nuevo tiempo: "Nació una mudanza en los pensamientos; volverse los ánimos a las fuentes de lo grande y de lo bello, esto es, a los principios morales y religiosos"<sup>104</sup>. Resulta interesante observar cómo Galiano hace hincapié en la existencia de un inmanente "espíritu de resistencia a la tiranía dominante" en la sociedad, que es justamente el elemento que conduce a la revolución cuando sus demandas de transformación no son atendidas, y que frena ésta cuando el instinto de supervivencia lo exige. Este "espíritu de resistencia" es, por un lado cordura y por otro puro y espontáneo humanitarismo ("la no menos generosa compasión nacida a la vista de muchas y grandes desgracias y ruinas, así públicas como privadas"). Recoge aquí Alcalá esa tradición de la historiografía inglesa de considerar que al margen de racionales proyectos de transformación, existe en la sociedad una sabiduría innata acerca de sus necesidades, lo que Hume denominaba el instinto de transformación de los procesos histórico-sociales<sup>105</sup>. Esas necesidades se colman con unas relaciones fluidas entre gobierno y sociedad, los cuales establecen comunicación de forma continuada mediante los puentes tendidos por el pensamiento constitucional contemporáneo, por lo que, según la apreciación de Alcalá, se había logrado alcanzar en su época el método más conveniente para la evolución paulatina y sin violencias de las sociedades. Sin embargo, y al contrario que Burke, no mantiene nuestro autor ninguna actitud reverencial hacia el estado, pues admite la justicia de las revoluciones: "Justas llamo a las que provocadas por un acto de injusticia cuya reparación por otras vías que las de la violencia es imposible, no diré obren quebrantando las leyes, pero éstas, quebrantadas habían sido ya..."<sup>106</sup>. Afirmaciones como ésta le mantienen alejado de las concepciones globalizantes del pensador inglés quien consideraba, casi diríamos que preludiando a Hegel, que cada generación era "un eslabón de la gran cadena del orden eterno". Más próximo a lo terrestre, las ideas de Alcalá con respecto al origen de las revoluciones beben directamente de Benjamin Constant. Para comprobarlo, observemos la similitud de planteamientos en este párrafo escrito por Constant en 1797 con las palabras que Galiano pronunció desde el Ateneo y repitió en multitud de artículos: "Para que las instituciones de un pueblos sean estables, deben estar al nivel de sus ideas, entonces no podrá haber jamás revoluciones propiamente dichas, y aunque haya

<sup>104</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, pp. 419-420.

<sup>105</sup> F. MEINECKE, *El historicismo y su génesis*, Madrid 1983, p. 234. Achacaba Alcalá Galiano a las abstracciones de Rousseau el predominio, en las primeras etapas de la Revolución francesa, de las grandes teorías. De Rousseau afirmaba que "no concebía el gobierno popular sino como absoluto o poco menos" (*De la diversa índole del principio de libertad y del espíritu de revolución*, en *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo 1, p. 399).

<sup>106</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones...*, p. 329.

algunos choques y trastornos individuales, algunas mudanzas o partidos, mientras las instituciones permanecen en aquel nivel, ellas subsisten. Pero cuando se destruye la armonía entre unos y otros, las revoluciones son inevitables; éstas concurren a restablecer aquélla; y aunque no es tal el objeto de los revolucionarios, sí lo es, empero, el de las revoluciones”<sup>107</sup>. Nuestro autor traslada al ámbito sociológico lo que para Constant es ideológico, pero el fondo de la argumentación es el mismo.

Al igual que Tocqueville, quien, hablando del 48 decía que la Revolución Francesa vuelve a empezar porque siempre es la misma, Alcalá Galiano estaba convencido de que se había entrado en un proceso imparable; la revolución, con sus ventajas e inconvenientes había roto los tradicionales diques de la legitimidad del poder y se reproduciría siempre que emergiera una fuerza social fuera lo bastante potente como para lograr arrastrar a los gobiernos. Los hechos de 1848 fueron, desde su perspectiva, un reverdecer de las ideas de 1789, un resurgimiento que ignoraba el estado de cosas que había proseguido a las grandes violencias, y cuya asamblea “representa, por decirlo del modo más favorable, el movimiento filosófico-científico-literario-político de la ilustración francesa en la parte especulativa. Es pues, su esencia, y son sus trabajos un volver al estado antiguo o revolucionario de una representación nacional divorciada de los intereses sociales”<sup>108</sup>. Si este renacimiento de la ideología radical constituía, según su parecer, un falseamiento de la moderna composición de la sociedad, el mayor peligro que encerraba no era tanto su capacidad de influencia como los métodos de los que se servía para irrumpir en escena. La inestabilidad se había arraigado en las sociedades contemporáneas, y había que asimilar la circunstancia de que la violencia constituiría un elemento de la política, un participante perenne e inquietante con el que había que contar y del que había que cuidarse. De aquí sus continuas apelaciones a la vigilancia de los gobiernos en pro del mantenimiento del orden. Así, el análisis de las grandes transformaciones de la reciente historia europea permitían sacar una conclusión: “El siglo XVIII destruyó mucho, fundó poco aunque algo, varió casi todo. Al XIX está reservado el carácter de reedificador y de clasificador de las mudanzas hechas en el antecedente”<sup>109</sup>. El hombre del siglo XIX había de acostumbrarse a vivir en medio del

---

<sup>107</sup> B. CONSTANT, *Tratado de las reacciones políticas en Curso de política constitucional*, vol. 2, p. 279. De este modo, para Constant, las revoluciones no son ni positivas ni negativas, sólo nacen de la fuerza de las cosas. Esta explicación sería retomada después por Tocqueville en *El Antiguo Régimen y la Revolución* (M<sup>a</sup>L. SÁNCHEZ-MEJÍA, *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, p. 93).

<sup>108</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Breves reflexiones...*, p. 91.

<sup>109</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura...*, p. 467.

terremoto, inmerso en una oleada de cambios que no parecían tener fin, pero de los que asomaban nuevas tendencias a la vez que otras, las tradiciones, se derrumbaban. Aquella frase, tan conocida, de Marx es la mejor síntesis de la conmoción que sentían los habitantes de la vieja Europa: "todo lo sólido se desvanece en el aire".

La insurrección de 1808 en España no podía dejar de ser contemplada con atención para quien, interesado en los fenómenos revolucionarios, buscaba una explicación a los eventos que sacudían a Europa. A menudo se preguntaba Alcalá si era posible aplicar el término revolución, en el sentido moderno que le había dado la Francesa, a lo sucedido en España, pues si bien revoluciones había habido muchas a lo largo de la historia, la de Francia significó tal conmoción, tal ruptura con un estado de cosas avalado por los siglos, tal choque brutal con la mentalidad tradicional y religiosa, que llevó a nuestro Galiano a hablar de ella como "la época más importante de la historia del mundo". Buscando en los anales del tiempo, creyó encontrar el precedente más inmediato en la Gloriosa, sin embargo, la naturaleza esencialmente institucional de ésta, limitaba su alcance: "La revolución de Inglaterra, mediado el siglo XVII, no produjo el menor efecto en el modo de pensar tocante a principios políticos en otras naciones que la inglesa"<sup>110</sup>. De este modo, Alcalá, partiendo de su definición genérica de la palabra ("En ella trato con el nombre de revoluciones a mudanzas en la forma o el espíritu del gobierno de los estados, llevadas a efecto con violencia y resistidas por una parcialidad más o menos numerosa") creyó necesario resaltar el hecho de que la gran revolución contiene a las demás en el terreno de las ideas y de los hechos: "...ya que desde que ella empezó hasta ahora, se ha tenido a menos aplicar el gran nombre de revolución a alteraciones y conmociones de inferior cuantía en que no caían derribados trono ni altares, ni rodaban por los cadalsos cabezas de reyes y príncipes, ni desaparecían clases enteras como aristas barridas por un huracán, ni mudaba rápida y violentamente de dueños la tierra, ni se sucedían con el ímpetu y frecuencia con que se empujan unas a otras las olas del mar, los hombres a los hombres y los partidos a los partidos; ni quedaba el cuerpo de un estado como molido y reducido a polvo, para que amasado después por mano fuerte y asimismo diestra, recibiese nuevo ser y forma"<sup>111</sup>. Los acontecimientos de España, por tanto, no van a tener el carácter demoledor de los descritos anteriormente, desde

---

<sup>110</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Orígenes del liberalismo español", en *Obras...*, vol. 2, p. 441.

<sup>111</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 328; "Índole de la revolución de España en 1808", en *Revista de Madrid*, 1839, tomo III, p. 184 (también en *Obras...*, vol. 2, pp. 307-325).

luego, pero eso no significa que tengan que ser minusvalorados. De hecho, y desde la perspectiva de Alcalá, la clave del siglo XIX español hay que buscarla justamente en aquellos años en los que se mezclan el fanatismo religioso, la ineptitud de la monarquía y los afanes redentores de los liberales, todo ello confluirá en generar unos comportamientos intolerantes y exclusivistas que analizaría en su escrito "De nuestras costumbres políticas", publicado en la *Revista de Madrid* (1844, tomo III).

Bajo la capa de una guerra contra el francés, se ocultaban dos formas de entender España: la tradicional y la moderna, la amante del despotismo y la apasionada de la libertad. Dos proyectos inconciliables, contrapuestos. Desde el inicio del reinado de los Borbones en nuestro país, las ideas de la Ilustración francesa habían comenzado a penetrar por los surcos de nuestros mejores campos intelectuales, ávidos de doctrinas nuevas y reformadoras. El afrancesamiento de nuestra cultura y de nuestra vida política no concernía sólo al apellido de la nueva dinastía, sino que también habían quedado bien arraigadas esas ideas que circulaban por Francia y que ponían en cuestión todo lo establecido, si bien con menos peligro. Efectivamente, si en Francia cada vez más personas ponían en tela de juicio la institución monárquica, en España ésta se desautorizaba por si misma "presentándose con harto menos decoro que solía a los ojos de la muchedumbre". Así, se afianzó con solidez una corriente de opinión que demandaba un nuevo talante en el gobierno. Pero tanto los renovadores como los ultramontanos, al decir de Galiano, buscaban un culpable (dos, para ser exactos: M<sup>a</sup> Luisa y Godoy) y un mito, dándose la malhadada circunstancia de que para representar ese papel sólo había un candidato: el mil veces funesto Fernando VII. La invasión francesa lanzó un manto de disimulo sobre estas diferencias, y las apelaciones a la guerra ocultaron, sólo temporalmente, la verdadera revolución que se cocía por debajo: "Y en medio de tanta confusión no había discordia ni por asomo, porque sonaba un grito repetido o acogido universalmente con gozo, y el grito era algo largo para un 'viva', pero largo se le hizo o de intento o por mero instinto, porque diciendo más de una cosa comprendía más de una opinión y deseo. Aludimos a la bien conocida frase de 'Viva el Rey Fernando, la Patria y religión'"<sup>112</sup>. Por consiguiente, Alcalá nos va a ofrecer una interpretación de los hechos en la que priman los factores políticos, y en la que se hace especial incidencia en la falta de referencias de los grupos liberales con respecto al que sería futuro rey, los cuales, creyendo ya imposible una vuelta

---

<sup>112</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Índole...", p. 202.



atrás, y sobre todo en atención a la participación de los españoles en la defensa de la institución, consideraban lógica la instalación de un gobierno constitucional. Sin embargo, Fernando VII, consciente de la fuerza social de la que disponía, no se veía obligado a ceder en este terreno: "Así que su situación y a la par su carácter, no permitían al Rey venido como en demanda de su perdida corona, ni aceptar la Constitución de 1812, ni otra alguna presentada como precio de lo que él no podía comprar creyéndolo suyo". Por ello, los hechos acaecidos en España demuestran que nos encontrábamos ante un inicial proceso revolucionario, con una fuerza "...si no tanta como hubo en Francia, la suficiente para empezar una serie de mudanzas y contiendas que por largos años nos habría de estar causando crueles padecimientos, dilacerándonos para renovarnos: pues no sin agudo e intenso dolor se toca para curarlas y componerlas a las entrañas de las sociedades"<sup>113</sup>. Como consecuencia de todo esto, con la revolución taponada por una guerra y el lento fluir de los acontecimientos obstaculizado por un infame monarca, la España del XIX se enfangó en atroces guerras civiles: "Y como suele suceder hubo rebeliones, porque hubo tiranía; y vinieron crueldades sobre crueldades, siendo las segundas y sucesivas venganzas, y por eso más naturales aunque no más justas; y cada acto de retribución provocó y aun justificó otro contrario, y así nos vemos en el momento presente, exacerbados los odios, y sin divisarse fin a sus efectos sanguinarios y dañinos, hasta que consiga la postración nacida del cansancio lo que no alcanzan a lograr los consejos de la razón ni los preceptos de la justicia"<sup>114</sup>. Sin embargo, y por la "force des choses" de la que tanto hablaba Constant, no podía impedirse lo que ya estaba en funcionamiento, un proceso que arrastraba en toda Europa los vestigios de un pasado ya enfermo, casi moribundo, un proceso en el que España, pese su tendencia al retraimiento, había entrado de lleno sin probabilidad de vuelta atrás. Galiano, tan atento siempre a las corrientes que barrían Europa, lo vio desde el primer momento: "La revolución española de 1820 a 23 no fue más que una de las *faces o periodos de la gran revolución europea que empezó a ser aplicada a España* en el movimiento de 1808, aunque cabalmente emprendido para conservar a la par con la independencia de la antigua monarquía. El reinado de Fernando VII desde 1814 hasta 1820 había querido ser empresa imposible. De diverso modo se emprendió a fines de 1823 la misma obra y no con mejor suceso, siendo como se

---

<sup>113</sup> Ibidem, p. 185.

<sup>114</sup> Ibidem, pp. 212-213.

verá, la segunda restauración en gran parte continuar la revolución vencida, así en lo que de ella copiaba, como en lo que iba preparando para lo venidero”<sup>115</sup>.

### **La síntesis de los tiempos: “La España moderna... ha sucedido a la antigua”.**

Los dos últimos volúmenes de la traducción de la obra de Dunham fueron escritos por el propio Alcalá Galiano y en ellos se puede apreciar de nuevo su interés por la historia contemporánea de España. De aquí, y de los artículos que analizando la misma época publicó en diversas revistas, surge su propia concepción de la historia de nuestro país, que si por un lado se encuentra muy cercana a la de otros moderados, no deja por ello de presentar ciertos matices que la hacen interesante para nosotros. El punto central de su pensamiento es el siguiente: “Las formas de gobierno, calificadas de representativo como por antonomasia, introducidas en España en dos épocas anteriores, en esta tercera se han arraigado harto más que en las antiguas”<sup>116</sup>. De este modo, todo su trabajo se proyecta sobre los tiempos en que vivió como plasmación de un prolongado proceso de maduración de determinadas condiciones políticas, un proceso que ha de ser valorado en su justa medida, resaltando la gran importancia que para España ha tenido la definitiva implantación del gobierno representativo y las enormes luchas que esa batalla ha traído consigo. Por consiguiente, en el momento actual (época isabelina), España se encuentra encauzada en un camino de libertades y cualquier ataque a ese conjunto de instituciones y formas políticas supone una agresión a la esencia misma del gobierno representativo y a la monarquía; de ahí su machaconería en insistir una y otra vez en la necesidad perentoria de no permitir ningún tipo de amenaza, ni por el lado tradicionalista, ni por el radical, a lo ya conseguido. Él, como protagonista de los hechos, trata de ofrecer el panorama en que se desarrollaron éstos como un duro campo de batalla en el que se fueron definiendo las posiciones políticas hasta el asentamiento mayoritario de las ideas inherentes al gobierno constitucional. En ese sentido, Alcalá es, una vez más, un conservador. Temeroso del retorno de las oscuras edades del despotismo, del exilio, de las persecuciones y guerras civiles, parece negarse, en otras ocasiones, a aceptar el avance de los tiempos hacia formas más aperturistas de representación política, a darse cuenta de la aparición de nuevos intereses sociales. A modo de enseñanza para las nuevas generaciones, enfoca sus

---

<sup>115</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España...*, vol. 7, p. 263.

<sup>116</sup> *Ibidem*, p. 584.

escritos históricos en una línea ejemplificadora, mostrando los peligros tanto de la demagogia como del ultramontanismo, y considera que la etapa central del siglo es el punto de partida para la instalación definitiva en España de unas costumbres políticas que transformen de manera efectiva no sólo las formas de ejercer el poder, sino la misma convivencia civil. Su interpretación se encuadra dentro de lo que Cánovas Sánchez comentó acerca de la consideración moderada de la época isabelina como síntesis de los tiempos, punto de desembarco tras la penosísima travesía del liberalismo español<sup>117</sup>. Como muy acertadamente se ha señalado, no se busca en estas primeras publicaciones de la época moderada ninguna exaltación nacionalista, sino que la preocupación primordial es la defensa de la monarquía constitucional y la organización de un estado administrativamente unitario<sup>118</sup>. El gran logro de su generación, desde la perspectiva de Alcalá, está precisamente ahí.

La unidad de España, por tanto, se da por sentada. Producto de una historia común, entrelazada de luchas y pactos, los reinos de la Península son para Alcalá elementos de un conjunto unitario, pero elementos que mantienen su diversidad, aunque sea necesario armonizar mediante unas leyes comunes (y centralizadoras) las relaciones de los ciudadanos. Así, trata de tender puentes entre la tradición y los requisitos uniformizadores, en lo que a derechos y deberes se refiere, del régimen constitucional. Si bien sus ideas intransigentes con respecto a los fueros vascos se moderaron un poco en el periodo de su exilio en la época de Espartero, para Alcalá el mantenimiento de estos residuos medievales es totalmente incompatible con el estado liberal. Sin embargo no hay que olvidar, para que pueda apreciarse la ambigüedad en la que se movían unos y otros, que el discurso foral mantuvo una dualidad de posiciones plenamente consciente, al menos hasta la muerte de Fernando VII. Tras 1834, y pese a su aparente oposición con el régimen liberal, el foralismo trató de mantenerse en la escena política, pues al fin y al cabo, los moderados se dieron cuenta de que aceptando en lo posible (constitucionalmente hablando) el régimen foral, lograrían el apoyo parlamentario de las autoridades locales vascas para gobernar. Constituye ésta una prueba más de la dificultad de consolidar en España un modelo de estado centralizado<sup>119</sup>. Pero después de estos

---

<sup>117</sup> F. CÁNOVAS SÁNCHEZ, *El partido moderado*, pp. 303-308.

<sup>118</sup> J.Mª JOVER, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, p. 144.

<sup>119</sup> C. Rubio Pobes, "El País Vasco y la implantación del estado liberal: centralización y unidad constitucional", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 95, (I-III-1997), p. 235. De la misma autora, *Revolución y tradición. El País Vasco ante la Revolución liberal y la construcción del estado español (1808-1868)*. Sobre esta cuestión, J.Mª ORTIZ DE ORRUÑO, "Las limitaciones de la revolución burguesa en España: el estado liberal y los fueros vascos", en *Trinero*, 13, (mayo de 1989), pp. 183-200.

primeros tiempos, los conservadores como Pastor Díaz o Cánovas, no tuvieron la menor duda de que la igualdad civil y política implicaba la unidad legislativa en todo el estado. En cualquier caso, los hombres de la generación de nuestro protagonista (e incluso los de la anterior, los que hicieron la Constitución de Cádiz), no tienen la menor duda de que España es un estado constituido por varios reinos, al modo de la antigua monarquía de la casa de Austria, diversos, pero formando un mismo país, concepto éste de país o nación plenamente decimonónico, al que obligan los requerimientos del liberalismo unificador, hijo de la Ilustración. De hecho, señala Alcalá, la permanencia de este tipo de peculiaridades, que alcanza al mismo carácter de la monarquía en España (hasta la guerra de 1808) pervivió con los Borbones y es prueba evidente de la escasa penetración del poder central en el entramado de la sociedad española en su conjunto. Por consiguiente y aunque la historia de Alcalá Galiano es una "historia de España", no se puede hablar ni en su caso ni en el de otros contemporáneos, de una historia nacionalista en el sentido en que tal concepto tendría durante los años cincuenta en las llamadas "historias generales"<sup>120</sup>. La *Historia* de Alcalá tiene más similitudes con los intentos de Guizot de rastrear los orígenes del gobierno representativo que con el objetivo de hacer una apología de las gestas de los bravos hispánicos de tiempos pasados. De este modo, su análisis busca siempre la pista que le lleve a la génesis y desarrollo de las ideas, las instituciones y los movimientos sociales, según veremos a continuación.

La concluyente mutación de España se produjo, por tanto, hacia finales del siglo XVIII, en ese proceso de revolución abortada del que hablábamos anteriormente. Presenta Alcalá la situación de nuestro país tras la guerra contra los franceses como algo nuevo, como algo diferente a todo lo anterior, aunque producto de ello. Así, no admite de ninguna manera las demandas de representación como una corriente tradicional en la historia de la Península. La búsqueda de referentes a la supuesta persistencia de una costumbre histórica de representación política le parece una quimera, "un tejido de sueños", como calificó la tarea de Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*. Sin embargo, no es ésta la interpretación dominante, puesto que, y por poner un ejemplo, algunos años después Angel Fernández de los

---

<sup>120</sup> J.Mª JOVER, *La civilización...*, pp. 140-191 y "Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874", en *Zona Abierta*, 31, (IV-VI-1984), pp. 1-22.; M. MORENO ALONSO, *Historiografía romántica española*, Sevilla 1979, pp. 313-318. Este hecho es buena prueba de que el nacionalismo español no interesó a los conservadores hasta la guerra de África, y en cualquier caso, nunca fue un ingrediente políticamente sólido (J. ALVAREZ JUNCO "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras", en R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA (eds.) *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid 1997, p. 47; y B. de RIQUER, "La débil nacionalización española en el siglo XIX", en *Historia Social*, nº 20, (1994), pp. 97-114.

Ríos, en su biografía de Olózaga, afirmaba entusiasmado que lo realmente antiguo y nacional en España era el sistema representativo, y que el absolutismo había llegado con las dinastías importadas que habían gobernando el país. Galiano mira al presente, y observa que la ordenación del régimen constitucional es plenamente contemporánea, hija de la herencia ilustrada y no de un pasado remoto, idealizado, probablemente más cercano al despotismo que a otra cosa, como comenta al hablar de los reinos hispánicos de la edad media, e incluso llega a poner como ejemplo de intolerancia y exclusivismo religioso la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos. El cambio había comenzado a producirse en España con la penetración de ideas nuevas ya en el siglo XVIII, siglo en cuyo final nuestro país conoció una dura tensión entre la existencia de lo antiguo y la imparable llegada de lo moderno. De esta tensión comenzará a germinar la revolución, la cual se manifestó de muy diversas maneras, siendo una de ellas la lucha entre los constitucionales de Cádiz y la labor de zapa de la Iglesia y otra, el arraigo del tradicional apego del pueblo al rey, lo que reforzaba tremendamente su posición, enfrentado a las limitaciones a su poder que imponía la nueva Constitución. Esta contienda de ideas y tradiciones, inmersa en un marco de guerra contra las tropas extranjeras, repercutió de forma ostensible en el carácter de la autoridad del gobierno, en la misma esencia de la legitimidad del poder. La monarquía, ya desautorizada antes, perdió el prestigio de siglos en pocos años con la ayuda del execrable Fernando VII, y los constitucionales aún no habían logrado hacer creer su importante papel a un país profundamente arraigado en estructuras tradicionales (como, según analiza Alcalá, puede verse por los conflictos de poder entre la Junta Central y las demás corporaciones). En este párrafo nos describe de forma clara las consecuencias de todo ello: “La insurrección de los españoles en su principio y fines justa, y hasta acertada, tuvo desde luego inconvenientes graves, y los preparó iguales o mayores para lo sucesivo. Con haberse creado gobiernos independientes en varias provincias, se aflojó de nuevo el *nunca bien apretado lazo que unía entre sí a las varias partes componentes de la monarquía española*. Con un acto grande de desobediencia se convirtió ésta en costumbre, cosa más perjudicial en un país donde el gobierno, aun siendo despótico, solía ser imperfectamente obedecido. Con tener gobiernos nacidos de súbito cuyo origen era patente, y cuya vida venía por lo común a ser breve, siendo compuestos además de hombres conocidos poco antes como meros particulares, menguó y casi acabó la reverencia al ente moral llamado gobierno con perjuicio del bien público y de los mismos gobernados. La profusión con que las juntas repartían grados y honores, llegando algunas, y con especialidad la de Asturias, a nombrar generales hasta de la

clase de capitanes, excitó muchas ambiciones, dejando para lo venidero ejemplos fatales por desgracia frecuentemente imitados. De haberse roto en pedazos el Estado, recibió su gobernación tal daño y desconcierto, que en muchos años no pudo recobrarse"<sup>121</sup>. Vacíos de poder y ocasiones para los aventureros, he ahí la clave que explicará la difícil implantación en España del régimen liberal. La oportunidad que la guerra dio a elementos ajenos al poder político legítimo como los guerrilleros (por la debilidad de aquél, claro está) introdujo el factor insurreccional en la política española, personificado una vez en la milicia y otras en los militares profesionales. Esta insinuación parecía ser bastante común entre los observadores de los hechos; como ejemplo pongamos a Quintana, quien en su décima carta a Lord Holland (12-IV-1824), argumentó en esa misma línea y señaló la trascendencia que la forma en que se hizo la guerra, llamada de independencia, tuvo para el ejército, alimentando sus veleidades políticas y su indisciplina. El mismo fenómeno se dio, desde la perspectiva de Alcalá, en el ámbito de lo civil, pues los deseos de protagonismo individual unidos al tradicional particularismo de los españoles contribuyeron a deteriorar, aún más si tal cosa era posible, el muy endeble sustento del poder legítimo<sup>122</sup>. Junto a esto, y probablemente siendo su causa remota, se situaba una profunda crisis moral en España, provocada por la rápida muerte de la legitimidad tradicional, acelerada por Fernando VII y sus inconsecuencias, y por la carencia de otro sistema de valores lo suficientemente sólido como para sustituirla. Alcalá afirmaba que, por un lado, la transformación en el mundo de las ideas hizo disminuir "...la superstición, y al separarse de ella, la religión perdió no poco", y por otro, los hábitos contraídos en la guerra y la época que la siguió habían menoscabado "...el respeto a las clases superiores, a lo cual el rey mismo había contribuido en los seis años que reinó con poder absoluto". Por tanto, la clave del fracaso de la revolución española hay que buscarla en esa imperfecta transmutación de valores: "El estado nuevo de la sociedad española, todavía no bien constituido, y cuyo origen viene de una mudanza, violenta en gran parte, pero no completa como la que disolvió a Francia casi en

---

<sup>121</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Historia de España...*, vol. 6, p. 176. Sobre la complejidad de interpretaciones que ofrece a la guerra a los ojos de cualquier interesado en el asunto, conviene la lectura del artículo de J. ALVAREZ JUNCO, "La invención de la Guerra de la Independencia", en *Claves de Razón Práctica*, nº 67, (nov. 1996) pp. 10-19, que reproduce uno anterior publicado en *Studia Historica*, vol. 12, (1994), pp. 75-99.

<sup>122</sup> Alcalá Galiano insistió en repetidas ocasiones en las dificultades que el particularismo creaba a la hora de integrar el estado liberal alrededor de las instituciones que le son propias. Especial interés tienen estas palabras escritas con motivo de los proyectos moderados de administración local: "La idea de crear cuerpos que, con el nombre de Diputaciones Provinciales, sean a las provincias a modo de lo que son a las ciudades, villas y aldeas los ayuntamientos, ha venido a España, como la mayor parte de las leyes políticas que hoy la rigen, de tierra extranjera, si bien con el espíritu de federalismo dominante en esta nuestra nación siempre mal unida, y desde la guerra de la independencia hasta ahora mucho más descuartada que antes, aquí ha prendido, echando raíces un tanto hondas y recias, y dando frutos, si en algún caso buenos, fatales en casi todas las ocasiones. Esto no obstante, la idea no es mala en sí, y llevada a efecto por términos diferentes de los que se han usado, puede formar un eslabón de la cadena administrativa...", "De la institución, organización y atribuciones de la cadena administrativa", en *Revista de Madrid*, 1844, tomo II, p. 3.

nuestro días, da muestras de las circunstancias pasadas en la situación presente, no sin que choquen las contradicciones entre las leyes, usos y costumbres, y aun entre pensamientos y afectos”<sup>123</sup>. Así, los incidentes aparecen como una catarsis retardada por el rey, de hecho la caracterización de Fernando VII como símbolo de la podredumbre de toda una época es común a todos los historiadores medianamente liberales, por muy monárquicos y conservadores que sean. El mismo Modesto Lafuente, hacedor de la más clásica historia patria, calificó su gobierno como “un reinado odioso hasta la repugnancia”.

Los principios morales y políticos del liberalismo español que sustentaron los pilares ideológicos del Trienio, basados en esquemas racionalistas, y por tanto ahistóricos, no habían sido lo suficientemente poderosos (precisamente por su carácter abstracto) como para servir de bagaje moral alternativo a una sociedad española deseosa de cambios. Así nació un generalizado sentimiento de decepción en el seno de los políticos y pensadores menos cercanos al progresismo, sentimiento que a la altura de 1844 (cuando Alcalá escribía su *Historia*) se encuentra plenamente asentado y que cooperó en gran medida a aquilatar esa imagen que los moderados quieren dar de la era isabelina “síntesis de los tiempos”. De ahí que Jover haya caracterizado esta etapa y las intenciones de sus dirigentes como la potenciación de una imagen nacionalista de carácter retrospectivo, es decir, “aplicado a las necesidades y a la realidad política del presente”<sup>124</sup>. Era un modo de legitimar lo existente, pues “al perderse la tradición, se abría el sentido de lo histórico”, como dijera Díez del Corral. Y en ese círculo se halla inmerso el pensamiento de Alcalá Galiano, a quien la historia se aparece como un fruto de su análisis empírico del mundo, examen en el que se contiene pasado y futuro, dentro de una corriente intelectual en la que hay que incluir tanto a Burke como Jovellanos, por poner un ejemplo español.

### Último paso por la política: el Ministerio de Fomento. Las contradicciones entre pensamiento y práctica política.

---

<sup>123</sup> Ibidem, vol. 7, p. 599; en la misma línea, “De nuestras costumbres políticas”, *Obras...*, vol. 2, p. 463. Los problemas derivados de la coexistencia de lo antiguo y lo moderno pueden verse muy claramente en el terreno de la terminología política de la época de la guerra, como han estudiado M<sup>a</sup> CRUZ SEOANE en *El primer lenguaje constitucional español* y P. VILAR, en “Patria y nación en el vocabulario de la Guerra de la Independencia española”, en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona 1982, pp. 211-252.

<sup>124</sup> J.M<sup>a</sup> JOVER, *La civilización española...*, p. 172.

Sin saber que había dado comienzo el proceso de su propia destrucción, Alcalá aceptó el cargo de ministro que Narváez le ofrecía. Él, que siempre se preciaba de escuchar las demandas que aflúan de la sociedad, en esta ocasión, por una sordera tal vez debida a la edad o más probablemente a la ambición insatisfecha, se mantuvo al lado de aquéllos que todavía creían que la desintegración del régimen político era cuestión de ampliar la dosis de autoritarismo. El gobierno que Narváez había formado el 16 de septiembre de 1864 sustituyendo a Mon, saturado de reaccionarios, no podía ser de ningún modo lo que necesitaba un país ya harto de los emplastos moderados. Se veían detrás del ejecutivo la fusta del general y el bastón de los retrógrados, sin faltar el báculo de la Iglesia. El partido moderado se encontraba en plena disolución, pues incapaz ya de recuperar a los elementos perdidos con la formación de la Unión Liberal, sus ideas, casi inexistentes, no podían atraer a nadie que de verdad estuviera interesado en hacer carrera política. El partido moderado comenzaba a ser pasado. Que nuestro viejo conocido no representaba nada en aquella farsa, no hay ni que decirlo: las cartas de Juan Valera a su familia y amigos dan cuenta detallada del hecho de que Alcalá no era tenido en consideración para ninguna tarea de interés: "Mis peleas con don Antonio Alcalá Galiano han cesado, pero este señor no sirve para nada, ni para defender su propio Ministerio. Hoy le han quitado la cría caballar que pertenecía a esta Dirección llevándosela a Guerra. Te digo esto para que veas lo poco o nada que don Antonio puede valernos, aunque quiera..."<sup>125</sup>. Tampoco alcanzaron más independencia otros miembros del gabinete, lo que demuestra que todos estaban a plena disposición de Narváez: "González Bravo, como dice en son de burla mi tío Dn. Antonio, hará lo que mande Dn. Ramón. Figúrese Vd. cómo andará por el lodo la reputación de González Bravo, y cómo, si me quedo, andará la mía, que paso por el más liberal..."<sup>126</sup>. Efectivamente, Juan Valera, que había logrado al fin un empleo público como director general de Agricultura (por mediación de Galiano), se hallaba en una situación muy comprometida. Sus deseos de disfrutar de un lugar en la política española, al menos en el futuro, le hicieron comprender la necesidad de desvincularse de un gobierno al que no se sentía unido, pero del que había logrado un puesto y la candidatura por Priego para las siguientes elecciones. Por su parte, Galiano, que nunca había tenido dotes para el mando y menos aún para la gestión de las cosas públicas, trató de

---

<sup>125</sup> Carta de Juan Valera a su hermano, Madrid 8-XI-1864, en J. VALERA, *Una anatomía electoral: correspondencia familiar (1855-1864) de Juan Valera*, Barcelona 1992, p. 269.

<sup>126</sup> Carta de Valera a Moreno fechada en Madrid, 11-XI-1864, en "Epistolario inédito de Juan Valera a Francisco Moreno", en M. VALERA SÁNCHEZ, *Juan Valera, político*, p. 550.



encontrar, también él, su espacio político, y ese espacio estaba precisamente entre las herramientas de las que Narváez se servía para gobernar. Galiano, como González Bravo, fue un instrumento de Narváez: puso en marcha sus deseos de echar siete llaves a la sociedad pensante española por medio de la famosa Real Orden de Instrucción Pública. El 27 de octubre de 1864 se dio a conocer la pretensión del gobierno prohibiendo que los catedráticos expresasen ideas contrarias al Concordato o a la Monarquía, en la cátedra o fuera de ella. Defendió Alcalá la Real Orden en el Senado haciendo hincapié en que el gran desconcierto que reinaba en la sociedad española, la cual había manifestado su deseo de frenar semejantes ataques al orden moral: "Se recibían quejas (fundadas o no, la Real Orden lo dijo) de que en las cátedras se estaban propalando máximas subversivas: los padres acudían azorados diciendo que con ellas se envenenaba a sus hijos; y nótese que algunas de esas quejas procedían de individuos del partido progresista..."<sup>127</sup>. Estas declaraciones no nos extrañan en quien ya nos había demostrado su actitud temerosa ante los nuevos rumbos que tomaba la sociedad contemporánea, pero no dejan de chocar un tanto si nos acercamos a los textos que por la misma época estaba publicando en la prensa y a las charlas que daba en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Mostrando una total contradicción entre su pensamiento y su actividad, en los años que van de 1861 hasta 1864, Alcalá dio a la luz pública una serie de ideas acerca de la libertad y sus manifestaciones en la sociedad que no tienen nada que ver con las del gobierno al que estaba sirviendo<sup>128</sup>. Defendía por escrito que "El miembro de este ilustre cuerpo a que cabe la honra de dar el presente informe difiere en general en opiniones al Sr. Dupont White favorable a las doctrinas que robustecen el poder del estado a costa de los individuos particulares...". Abogaba Alcalá por una idea de libertad individual ("siendo la verdadera libertad la que comienza por el

<sup>127</sup> Diario de Sesiones, Senado, legislatura de 1864-65, 27 de enero de 1865, p. 265. La Real Orden apareció publicada en la *Gaceta de Madrid* el 28 de octubre de 1864. Según Fernando Fernández de Córdoba (que formó parte del gobierno) el objeto de Alcalá Galiano era poner "a cubierto a la familia real de las predicaciones de don Emilio Castelar, joven y elocuentísimo profesor de la universidad de Madrid, que dirigía desde su cátedra rudos ataques a la monarquía" (*Mis memorias íntimas*, vol. II, p. 321). Salvo esta Real Orden, pocas cosas tuvo tiempo para hacer Galiano en el Ministerio. Tal vez una de las más destacadas fuera la concesión de una beca de 10.000 reales anuales para viajar por España a Valeriano Domínguez Bécquer, hermano del poeta Gustavo Adolfo. Su labor se centraría en pintar y dibujar escenas de género, con la obligación de entregar dos cuadros al año al Museo de Arte Moderno de Madrid. Al parecer, la pensión no era ninguna bicoca, pues si consideramos que el viaje en posta a Sevilla costaba 3.000 reales, poco trayecto podría recorrer el pobre Valeriano con sus 10.000 (G. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*, Madrid 1988, vol. 1, p. 20).

<sup>128</sup> En las conclusiones de este trabajo haremos un análisis más detenido de ellas, pues en última instancia, las contradicciones en las que cae Galiano son las mismas en las que divagó el pensamiento liberal clásico e individualista cuando hubo de enfrentarse a las demandas políticas de los grupos sociales menos favorecidos. Fue la democracia la que puso en un brete la lógica liberal. Los textos a los que aquí se hace referencia son: "De la diversa índole del principio de libertad y del espíritu de revolución", "Del gobierno representativo" y "Del constitucionalismo austriaco" (todos ellos en el tomo 1 de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*), y "Dos palabras sobre la libertad", en *La América*, 27-IV-1864, pp. 6-8 (este artículo ha sido reproducido en los apéndices).

individuo, y no la otorgada”) que puede ser encuadrada plenamente en el seno del pensamiento conservador no autoritario. Este párrafo resume bien su esquema: “Pero la libertad civil, la seguridad completa de personas y haciendas, y lo que es sobre todo, el goce y el uso en los individuos, exige alguna limitación a fin de que no sea lo provechoso a unos dañoso a otros, no dependen ciertamente de que sea el gobierno supremo ejercido por uno o por muchos, durante la vida de quien gobierna o por limitado plazo, por juro de heredad o por elección de mayor o menor número de los miembros que componen el cuerpo del Estado. Monarquía hereditaria o electiva, aristocracia, democracia, son palabras que designan formas de gobierno, pero no otra cosa de importancia superior, que es la calidad de las relaciones existentes entre la persona o el cuerpo gobernante y el pueblo gobernado...”<sup>129</sup>. Las palabras reseñadas remiten a Burke más que a ningún otro pensador (y en ningún momento a los neocatólicos). La incompatibilidad de lo aquí sostenido con el asunto que nos ocupa es prueba del tan mencionado temor de Galiano a los posibles tumultos y de su incapacidad para traspasar el umbral que separa al pensador del hombre de gobierno. Todo el vigor que encerraba el cerebro de Alcalá se esfumaba al contacto con la realidad.

El episodio de la Real Orden fue contemplado por los contemporáneos como un triunfo de los neocatólicos, quienes venían presionando a los diversos gobiernos para modificar las leyes educativas pues, según ellos, la Ley de Instrucción Pública de 1857 vulneraba el Concordato establecido con la Iglesia en 1851 (que garantizaba a ésta su intervención directa en la enseñanza). Más que un partido político, los neocatólicos habían llegado a ser un potente grupo de presión constituido en la última década del reinado de Isabel II que ya en la Restauración se combinaría con el integrismo<sup>130</sup>. Como tal grupo comenzó a organizarse en el Parlamento del Bienio alrededor de la figura de Cándido Nocedal y de una actividad periodística en constante desarrollo. Con el nombramiento de Nocedal como ministro de Gobernación en el ejecutivo de Narváez, sus correligionarios se vieron promocionados en la administración, desempeñando importantes cargos y ocupando escaños en el Congreso. La presencia de Gabino Tejada, Francisco Navarro Villoslada, Manuel Tamayo, José Selgas o Eduardo González Pedrosa se hizo común

---

<sup>129</sup> “Dos palabras sobre la libertad”, en *La América*, 27-IV-1864, p. 7.

<sup>130</sup> B. URIGÜEN, *Origen y evolución de la derecha española: el neo-catolicismo*, Madrid 1986, p. 127. Para estudiar con más detalle las consecuencias derivadas de la promulgación de la Real Orden, puede leerse el libro de P. RUPÉREZ *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*, Madrid 1975.

en la vida pública española; sus periódicos, *La Regeneración* y *El Pensamiento Español*, sobre todo, comenzaron a hacerse eco acerca de sus ideas sobre al religión, el orden y el trono. Al neocatolicismo se acercaron muchos moderados desafectos al proyectos de la Unión Liberal y próximos a las líneas elaboradas por Bravo Murillo en su proyecto de reforma constitucional de 1852, lo que, según se apreciaba en la época, era el límite del sistema liberal<sup>131</sup>. Contaron con la ventaja de que la Reina se aproximó a sus doctrinas cuando al morir el cardenal Bonel y Orbe (febrero de 1857) pasó a ser su confesor Antonio María Claret, el arzobispo de Cuba. Claret logró lo que nadie hasta el momento había conseguido: Isabel II cesó sus relaciones con Puig Moltó y dio un vuelco a su comportamiento moral y religioso. Desde la entrada de Claret en Palacio (junio de 1857), su influencia en la alta sociedad no hizo sino aumentar<sup>132</sup>. La transformación de Isabel II impidió que muchos neocatólicos se pasaran al carlismo, o al menos lo retrasó, y además les dio la suficiente confianza como para quererse diferenciar de los moderados. Ahí se encuadró precisamente su campaña contra los catedráticos disidentes, los llamados "textos vivos", los intelectuales progresistas. Ortí y Lara fue el primero en lanzarse al ataque de Sanz del Río, titular de la cátedra de historia de la filosofía en la Universidad Central de Madrid, desde la que difundió las ideas de Krause<sup>133</sup>. Sin embargo, era Castelar la principal bestia negra de los tradicionalistas, dado su carácter combativo. Por su parte, Alcalá Galiano no mantenía malas relaciones con los neocatólicos y de hecho, si formaba parte del gobierno de Narváez era porque no resultaba enteramente hostil a los sectores clericales palaciegos. Sin embargo, su actitud en el episodio de la destitución de Castelar puede ser contemplada desde una doble perspectiva: la del defensor del papel de la Iglesia en la enseñanza y la del

<sup>131</sup> Ibidem, p. 132. Acerca de Bravo Murillo pueden leerse estas dos publicaciones, ambas bastante parciales al personaje: A. BULLÓN DE MENDOZA: *Bravo Murillo y su significación en la política española*, Madrid 1950 y J.L. COMELLAS en su *Teoría del régimen liberal español*, Madrid 1962. Nocedal iba más allá en su intransigencia, lo que por supuesto le alejaba de cualquier planteamiento liberal. Su actividad política mostró bien a las claras su pensamiento: fue el promotor de la restrictiva Ley de Imprenta de 1857 y planteó multitud de censuras a la Ley de Instrucción Pública de Claudio Moyano.

<sup>132</sup> La influencia de Claret sobre la Reina fue muy importante, pese a la imagen que pretende dar en sus escritos de persona asqueada de los afanes de la Corte (p. 363). Él mismo se contradice cuando, tras relatar su hastío del gran mundo, nos cuenta complacido cómo desde que llegó a La Habana predicó y oyó en confesión "a las personas más principales de aquella ciudad" (p. 355). Por otra parte, introdujo la beatería entre las camaristas, azafatas, infantas y la misma Isabel II (p. 362). Se lamentó, igualmente, de no haber podido determinar con más energía la conducta de la Reina: "...si bien es verdad que S.M. me aprecia y hace mucho caso de mis consejos, pero atendida su posición, a veces no se atreve a hacer todo lo que conoce que es lo mejor, mayormente en cosas exteriores y públicas, pues en las interiores y en las que puede hacer por sí misma siempre se halla dispuesta en hacerlas" (p. 401). Todas las citas apuntadas remiten a San Antonio María CLARET, *Escritos autobiográficos y espirituales* (Madrid 1959). De este modo, el ascendiente que habían venido ejerciendo sor Patrocinio y el padre Fulgencio (confesor del Rey) se vio reforzado, distrayendo a la Reina de sus labores de Estado, y conduciéndola a su propio exilio, como se vería años después.

<sup>133</sup> Juan Manuel Ortí y Lara escribió muchos artículos y algunos folletos y libros entre los que destacan: *El racionalismo y la humildad* (1862), *Krause y sus discípulos convictos de pantelismo* (1864), *Impugnación de un discurso inaugural del Sr. Sanz del Río* (1857), *La sofistería democrática o examen de las lecciones de don Emilio Castelar, acerca de la civilización en los cinco primeros siglos de la Iglesia* (1861). En 1865 los neocatólicos lograron que *El ideal de la humanidad* de Krause, con introducción y notas de Sanz del Río fuera incluido en el índice de libros prohibidos.

adalid a ultranza de la Reina (como consecuencia de la publicación de "El rasgo" en *La Democracia*).

Emilio Castelar disfrutaba, por tanto, del honor de ser el centro de todas iras neocatólicas de España, lo cual nos da una idea del importante papel que estaban jugando sus palabras en la sociedad española, pues los reaccionarios atacaban con más saña en relación directamente proporcional a la preparación intelectual del contrincante. Castelar conocía a Alcalá Galiano como visitante frecuente del Ateneo y miembro de la Asociación para Reforma de los Aranceles (pese a sus discrepancias<sup>134</sup>), aunque no es muy probable que su relación llegase a ser estrecha: los años y la política les separaban enormemente. De Alcalá dijo Castelar: "Yo había oído a los más ilustres oradores; sabía ya lo que era la oratoria moderna, conocía sus artificios y de todo aquello me sentía yo mismo capaz; pero al oír a Alcalá Galiano, al sentir aquella elocuencia subyugadora, al contemplar aquella obra admirable en que nadie podría darse cuenta de los andamios que a su construcción sirvieran al admirar aquella ardiente inspiración, verdaderamente me sentí deslumbrado, y me sentí temblar como tiembla el hombre de vocación cuando se encuentra frente a frente con el maestro"<sup>135</sup>. En esta época, Galiano representaba para el futuro presidente de la República un miembro más del podrido gobierno narvaísta, uno de los "obstáculos tradicionales", según la afortunada expresión de Olózaga. Castelar había lanzado desde la cátedra y desde la prensa todo tipo de dicterios contra la situación política estancada en la que se encontraba el país, por lo que era uno de los destinatarios de la circular del ministerio de Fomento. Mientras tanto, los neocatólicos acusaban al gobierno de debilidad por no haberse atrevido aún a aplicar la famosa circular. Don Emilio, con gran valentía, publicó una declaración en la que se oponía a aceptar semejantes limitaciones a la libertad de expresión y de cátedra, y forzó a la opinión pública a tomar partido. A partir de ese momento, las cartas quedaron echadas, y la más negra premonición avisaba a los moderados del funesto destino que les esperaba. El famoso artículo "El rasgo", publicado en *La Democracia*, inició el desenlace de todo el enfrentamiento contra el gobierno, pues atacaba a la institución

---

<sup>134</sup> Castelar discutía con los miembros de la Asociación porque para él era primordial la libertad política como preludio de la libertad económica, y no al revés, como pretendían los librecambistas más acérrimos (prólogo de Luis María Pastor a las *Conferencias librecambistas*).

<sup>135</sup> L. Alas, "Alcalá Galiano. El periodo constitucional de 1820 a 1823", en *La España del siglo XIX*, vol. II, p. 477. Plantear la acción de Galiano al dictar la Real Orden como una venganza personal sobre Castelar por perder los laureles de la oratoria nacional en manos de un joven, para colmo demócrata, tal y como hace C. Llorca, resulta bastante inverosímil (C. LLORCA, *Emilio Castelar. Precursor de la democracia cristiana*, Madrid 1966, p. 80).

básica del Estado: la monarquía, al comentar con sorna la cesión por parte de la Reina de 90 millones de su patrimonio en favor del tesoro nacional. Bastante más de lo que podía soportar el infortunado ministro de Fomento. Se pidió la expulsión de Castelar de su cátedra, lo que a ojos vista era un escándalo. Dado que el rector, Juan Manuel Montalbán, se negó a llevar a cabo semejante atropello, se le destituyó también a él, nombrando al Marqués de Zafra en su lugar. Los estudiantes, animados por el camino que llevaban las cosas, se citaron la noche de San Daniel para dar su homenaje a Montalbán. González Bravo permitió la concentración en un principio, pero por un último cambio de planes, la denegó. A pesar de ello, los alumnos acudieron a la casa del ex-rector, pero el ministro de Gobernación, temiendo que aquello se convirtiera en una aclamación contra el gobierno, lanzó las fuerzas de orden público a los muchachos. Uno de los estudiantes resultó muerto en la refriega. El hijo de Alcalá, Antonio, relató la penosa travesía de nuestro protagonista desde su casa al ministerio de Gobernación en aquellas tristes horas: "Bien esta aquí decir que aquel fin repentino, traído sin duda por excesos de trabajo y movilidad superiores a las fuerzas de un anciano de setenta y cinco años, que nunca había sido robusto, no fue, como la infame malicia de algunos ha supuesto, efecto de su pusilanimidad, pues yo, que en la víspera del día en que falleció, o la noche de San Daniel, le acompañé en un coche de alquiler desde la calle de Isabel la Católica, donde vivíamos, hasta el ministerio de la Gobernación, donde entramos por la puerta de la casa de Correos, recorriendo antes un trayecto tan rodeado que hasta fuimos, según su deseo, a pasar por la calle de Santa Clara, adonde los estudiantes habían ido a dar serenata al rector Montalbán, destituido por mi padre, no podía contenerle cuando al hacer observaciones sobre el aspecto que presentaban los grupos, acompañaba sus palabras con ademanes en que no sólo sacaba el brazo por la ventanilla, sino que más de una vez y a pesar de mis súplicas, asomó igualmente la cabeza. Y nunca podré olvidar que mientras él contemplaba el tumulto, dominando en su ánimo la curiosidad más que otro afecto yo, con el espíritu atribulado y oprimiendo convulso el revólver que llevaba en el bolsillo, me figuraba en cada momento que iba a ser reconocido por los grupos que, sobre todo al acercarme a Gobernación por la calle Mayor, apenas nos dejaban pasar, y temía que fuese objeto su envarada persona, si no de atropello material, que aún eso era posible, por lo menos de graves insultos. Además, aunque esto no lo presencié yo, en la mañana misma de su muerte, y una o dos horas antes de ser atacado por la apoplejía, estuvo despachando en el ministerio varios asuntos oficiales y particulares, y hasta alternó con estos quehaceres algunas de las jovialidades propias de su carácter, como me han asegurado los propios que

con él estuvieron”<sup>136</sup>. Asustado por el alcance de la represión, que por primera vez le hacía a él responsable directo de una muerte, Alcalá Galiano se desplomó en plena reunión del Consejo de Ministros la mañana del 11 de abril de 1865. Murió a los pocos minutos. Su entierro, adornado con todas las pompas propias de un miembro del gobierno, se celebró el sábado 15 y congregó a las fuerzas institucionales principales, en particular las educativas, de las que había sido autoridad máxima<sup>137</sup>. Sin embargo, el intento por hacer del sepelio una manifestación de fuerza del gobierno motivó una protesta del Conde de Casa Valencia, Emilio Alcalá Galiano, pues se había excluido a la familia en el cortejo. De hecho, fue él, en su calidad de personaje público, el único allegado que estuvo presente, y al que se le entregaron las llaves del féretro<sup>138</sup>.

La situación política, lejos de arreglarse, empeoraba por días. La oposición se había decantado ya frente al gobierno; no había transigencia posible: los catedráticos, con su decisión, habían comenzado a derribar el de por sí inestable régimen moderado. Castelar fue suspendido el 16 de abril; cuatro días después, los catedráticos de la Universidad de Madrid dimitieron para no verse obligados a sustituirle. El gobierno Narváez se derrumbaba incapaz de creer tal desafío y la Reina decidió apelar de nuevo O'Donnell. Sin embargo, el estado del país no podía admitir ya más parches: la profunda crisis económica y hacendística, la alternativa democrática y el desprecio de los progresistas a las propuestas de O'Donnell demandaban un giro total. Las sublevaciones de Prim (3 de enero de 1866) y de los sargentos del cuartel de San Gil (12 de junio de 1866) fueron avisos que la Reina no quiso escuchar, agarrada como estaba a los faldones neocatólicos y moderados. Salmerón, Sanz del Río y Fernando de Castro serían también separados de sus cátedras, pero eso sería una nimiedad al lado de la ausencia definitiva de Isabel II de su puesto sólo dos años después.

---

<sup>136</sup> A. ALCALÁ GALIANO (hijo) comentarios a las *Memorias*, vol. 2, p. 533-534. Más que su propio hijo, fue Galdós el que acertó con la razón de las prevenciones de Alcalá: “A la misma hora pasaba en su coche por la Puerta del Sol el ministro de Fomento, don Antonio Alcalá Galiano, y fue tal su emoción al oír los silbidos y ver el tumultuoso y amenazador oleaje de la plebe iracunda, que ya no volvió su ánimo a la tranquilidad” (*Prim*, p. 90). El visceral miedo al desorden, al posible motín, a la revuelta, fue la causa que aceleró la muerte del anciano Alcalá.

<sup>137</sup> R.A.H., Colección Castellanos de Losada, cartas entre el Marqués de Zafra y Castellanos de Losada sobre la organización de cortejo funerario (abril de 1865); Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: Expediente personal de don Antonio Alcalá Galiano: Relación de las tareas de organización de la comitiva (Eugenio de Ochoa fue el encargado por el Consejo de Ministros para estas funciones de coordinación de las tres Academias); más detalles en *El Contemporáneo* 14-IV-1865.

<sup>138</sup> Emilio ALCALÁ GALIANO, Conde de Casa Valencia, *Recuerdos políticos de España y del extranjero...*: “Visito a Ochoa y le digo que muy raro es que mañana en el entierro de mi tío Antonio Alcalá Galiano, se excluya a los parientes. Contesta que así lo han dispuesto Narváez y sus ministros...”, p. 167.

\*\*\*\*\*

Pese a los esfuerzos que realizó toda su vida para explicar su evolución política, Alcalá Galiano ha quedado para la posteridad como el gran renegado del liberalismo, quien traicionó unos principios en aras de no se sabe muy bien qué, pues nuestro protagonista no obtuvo nada a cambio. En efecto, entre los papeles de Isabel II que se encuentran la Real Academia de la Historia, permanece aún una carta que Galiano dirigió a la que fuera su gran benefactora; la carta, que debió ser entregada a la Soberana tras el fallecimiento, explica, con el efectismo propio del siglo, la precaria situación económica de la familia Alcalá Galiano, y solicita su ayuda para la viuda e hijos: "Exposición a S.M. desde más allá del sepulcro exponiendo que por los méritos de su difunto padre muerto en la batalla de Trafalgar, y por los suyos propios en su larga carrera cree tener derecho a implorar la piedad de S.M. y de su patria en favor de su desvalida familia, y suplica a Su Majestad se sirva recomendar en las Cortes la suerte de su viuda, y de sus hijos y nietos"<sup>139</sup>. Hasta ahí llegaron los beneficios que nuestro hombre alcanzó por haberse convertido en el gran defensor de la monarquía isabelina. Sin embargo, su imagen sigue siendo la que quedó entre sus contemporáneos (algunos de ellos no menos apóstatas, y sin ningún tipo de remordimiento): "No conviene turbar el reposo de los que se fueron. Aun la apostasía es respetable en la tumba"<sup>140</sup>. Como si hubieran manifestado el expreso deseo de desaparecer de un mundo en el que ya nada entendían, en el que ya nada podían hacer, huir de una España que ya no era la suya, el mismo año murió Angel Saavedra; poco antes lo habían hecho Mendizábal (1853) y Martínez de la Rosa (1862). Tras la revolución de 1868 fallecerían Javier Istúriz y Eugenio Aviraneta (1871 y 1872, respectivamente) quienes, por cierto, pasarían los últimos años en estrecha amistad recordando sus atribuladas vidas<sup>141</sup>. Toda una generación se despedía para siempre de los afanes de la política. Con la muerte de Alcalá Galiano, desaparecía

---

<sup>139</sup> R.A.H., Archivo particular de Isabel II, legajo XIV, correspondencia de Isabel II. El documento no tiene fecha, pero según las referencias que ofrece, fue escrita tras su estancia en Lisboa (1854) y antes de su acceso al ministerio de Fomento (1864).

<sup>140</sup> B. PÉREZ GALDÓS, *Recuerdos y memorias*, Madrid 1975, p. 35. Antes de su muerte, el 6 de enero de 1865, había aparecido con el sobrenombre de "El Apóstata" en "La venida de los Reyes. Sainete ministerial" en *La Democracia*. El mismo periódico comentaba una semana después (15 de enero de 1865) el triste papel que el anciano Alcalá estaba teniendo: "Cuántas veces se levanta un senador en la Alta Cámara, es para reprender acremente al señor don Antonio Alcalá Galiano. Nada hay tan respetable como la vejez, nada tan sagrado. Pero, ¡ay, cuán triste es la ancianidad de los apóstatas, al llegar a la vejez, a la hora que debía ser la víspera de su inmortalidad. Grandes lección y tremenda enseñanza".

<sup>141</sup> P. ORTIZ ARMENGOL, *Aviraneta o la intriga*, pp. 508-509.

también una época en la historia de España, una época que conoció el difícil proceso de adaptación de nuestro país a los reclamos derivados del estado liberal, una época trágica y atrayente como ninguna otra en la que el liberalismo se hizo más complejo y se ramificó en su intento de aclimatarse a las demandas de la nueva sociedad. Galiano, trasunto de la evolución del liberalismo español, se nos aparece en ese contexto como una figura igualmente interesante y paradójica.



## CONCLUSIONES.

A la altura de 1865 poco quedaba ya de aquel liberalismo mítico que había justificado acciones heroicas en los treinta primeros años del siglo. Otras tres décadas más habían sido necesarias para que se ajustaran el ideal y la realidad, y este proceso no resultó precisamente tranquilo. Como se ha podido ver a lo largo de las páginas anteriores, las demandas para la implantación del liberalismo en España habían afectado a las estructuras sociales, pero en igual o mayor medida a las estructuras mentales. El liberalismo, como forma política de gobierno y como mentalidad socioeconómica, exigía el desarrollo de unas pautas individualistas de comportamiento inherentes al proceso de secularización que conoció la sociedad europea en los siglos XVII y XVIII, pautas que, en última instancia, estaban directamente conectadas con la defensa de los derechos fundamentales<sup>1</sup>. Sin embargo, nuestro país no había podido incorporarse a esa corriente de los tiempos, inmerso como estaba en defender su identidad como bloque exclusivamente católico. De este modo, España llegó a la época de la Revolución Francesa sin haber sufrido los inconvenientes derivados de la multiplicidad religiosa, pero también sin haber desarrollado unos hábitos de forzada convivencia entre distintas opciones vitales. Trasladadas estas carencias al terreno político, y cuando llegó el momento de coexistir y comprender al contrario (como exige un sistema representativo), las élites españolas mostraron su incapacidad para entender la política de otra forma que no fuera la exclusión del oponente (exilios, cesantías, persecuciones), viviéndola con auténtico fanatismo religioso.

En su *Historia del liberalismo europeo* señalaba Guido de Ruggiero que existe un núcleo subjetivo de la libertad, una conciencia de sentirse libre a la que va aparejada el libre examen que "...significa libre interpretación de las Sagradas Escrituras, pero significa a la vez libre interpretación de las propias facultades y aptitudes. Con una y otro, los reformados se disponían a forjarse un mundo espiritual completamente propio, después de haber destruido el que habían recibido de los antepasados"<sup>2</sup>. En España no se produjo esa ruptura radical en ningún grupo social deseoso de cambio, por lo que fue muy difícil generar una conciencia de

---

<sup>1</sup> G. PECES-BARBA, *Tránsito a la modernidad y derechos fundamentales*, Madrid 1982, pp. 133-137.

<sup>2</sup> G. de RUGGIERO, *Historia del liberalismo europeo*, Madrid 1944, pp. XVII-XVIII.

individualidad, de autoafirmación frente a otros, y por tanto de responsabilidad ante la trascendencia de las propias acciones y palabras. No hubo un auténtico individualismo, sino el mero personalismo que ya describiera Caro Baroja: "Esta manera peculiar se caracteriza por que, de una parte, se habla de una ley como de algo general, total, sin limitaciones, y por otra se aplica con arreglo a una casuística llena de personalismos. Porque los españoles no son individualistas, sino personalistas, cosa muy distinta. En efecto, el individualista piensa que la Humanidad o la sociedad está constituida por individuos que, poco más o menos, tienen o deben tener unos derechos y unos deberes parecidos; pide que le respeten a él y él se presta a respetar a los demás. El personalista ve a cada persona aislada (empezando por sí mismo) con una serie de rasgos distintos y que unos le son simpáticos y atractivos y otros no. El personalista parte de su yo desbordado, instintivo y caprichoso para juzgar al prójimo y determinar lo que merece y lo que no merece"<sup>3</sup>. La falta de iniciativa individual en el terreno económico contribuyó en gran medida a entorpecer el desarrollo de nuevas formas de hacer en economía, impidiendo la transformación de las estructuras productivas, y por tanto cerrando aún más el círculo. En función de estos criterios, ha sido intención de este trabajo señalar que, dadas las estructuras sociales y mentales de nuestro país, no resulta del todo productivo buscar paralelismos con otras naciones pues no existen modelos. Cada país ha conocido diferentes desarrollos en el proceso de asentamiento del estado liberal: Francia ha contado con revoluciones que marcaron las pautas europeas, pero a la vez combinó las mentalidades tradicional y moderna; Italia, caso parecido al nuestro, padeció los lastres de sus estructuras sociales y productivas, además de sufrir las consecuencias de su fragmentación territorial; Alemania pasó del llamado liberalismo burocrático a la determinación de la política por unos pocos industriales<sup>4</sup>. En última instancia, las ideologías políticas, y en nuestro caso el liberalismo, son algo más que las ideas de reforma de una serie de teóricos, también responden a más solicitudes que las demandas de cambios en la legislación económica o en la

---

<sup>3</sup> J. CARO BAROJA, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid 1986, vol. III, p. 281.

<sup>4</sup> Aunque éste no es lugar para detenerse en las comparaciones mencionadas, es inevitable señalar que en última instancia, no puede hablarse de un modelo (que siempre resulta ser el inglés). Para profundizar más acerca de estas cuestiones tan interesantes, pueden consultarse los siguientes libros: R. BELLAMY, *Liberalism and modern society. An historical argument*, Oxford 1992, que lleva a cabo un estudio comparativo; L. GIRARD, *Les libéraux français. 1814-1875*, Paris 1985; D. LANGEWIESCHE, *Liberalismus in Deutschland*, Frankfurt/Main 1988, que ofrece una visión general sobre el liberalismo germano; H.A. WINKLER, *Liberalismus und Antiliberalismus. Studien zu politischen Sozialgeschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Göttingen 1979, que hace hincapié la mediatización del nacionalismo en el desarrollo del liberalismo alemán. Es muy abundante la bibliografía acerca del liberalismo británico; en lo que respecta a nuestros intereses, destacaremos los siguientes libros: M. FREEDEN, *The new liberalism*, Oxford 1986; M. BENTLEY, *The climax of liberal politics: British liberalism in theory and practice, 1868-1918*, Londres 1987; R. BELLAMY (ed.) *Victorian Liberalism. A nineteenth-century thought and practice*, Londres 1990.

representación política. Una ideología es producto de una realidad existente, de su transformación, de percepciones, de concepciones sobre el mundo, de creencias, de un lenguaje propio<sup>5</sup>. Por lo tanto, resulta simplificador analizar el fenómeno desde una perspectiva única, como pudiera ser la comparación con un supuesto modelo.

El caso español se diseña, entonces, como un conjunto con sus rasgos comunes y sus rasgos peculiares respecto a otras situaciones. Para empezar, la vigencia de comportamientos tradicionales fue un elemento definitivo a la hora de la configuración del estado liberal. Se combinarán en España las nuevas y diversificadas funciones que reclama el estado moderno con las formas de cooptación tradicionales, a las que se unirán otras nuevas, como el periodismo y la literatura<sup>6</sup>. Esta serie de rasgos que caracterizaron la administración española del siglo XIX ya fueron estudiados por D. Ringrose, siendo su conclusión que el estado liberal español supo amalgamar nuevas necesidades con viejas realidades, modernizando éstas últimas y deformando las primeras. Así se logró mantener el sistema oligárquico tradicional, con su fundamento último en el pacto entre las fuerzas tradicionales y los elementos innovadores que no eran visceralmente subversivos. El mismo fenómeno se produjo en el ámbito nacional en las zonas que pudieron resultar hostiles a la centralización liberal: las negociaciones con los fueristas vascos en los años cuarenta, y posteriormente, las concesiones proteccionistas a productores catalanes, vascos, castellanos, etc., tuvieron como efecto aplacar los posibles problemas que éstos pudieran plantear. Por otra parte, tampoco hay que considerar estos hechos como un conjunto de prestaciones forzadas, pues en última instancia, eran privilegios otorgados a aquéllos mismos que habían favorecido el ascenso social de los políticos y gestores isabelinos, o en algunos casos, representantes de estos grupos oligárquicos. Por supuesto, no hay que leer únicamente la legislación acerca de la administración local o de las leyes electorales en función de estos parámetros, pues detrás de ella se encuentran serios intentos por modificar las estructuras organizativas del país, pero resulta innegable que los distintos proyectos respondían a diferentes formas de entender la política.

Desde estas circunstancias, el desenvolvimiento del estado liberal en nuestro país padeció unos problemas que dificultaron enormemente su propio asentamiento.

---

<sup>5</sup> M. FREEDEN, *Ideologies and Political Theory: a Conceptual Approach*, Oxford 1991, p. 551.

<sup>6</sup> D. RINGROSE, *Imperio y Península. Ensayos sobre historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, p. 162.

En particular, el sistema isabelino demostró una anómala incapacidad para la integración de las opciones políticas más representativas. Producto de esa vivencia religiosa de lo político, por un lado, e ignorancia de los mecanismos de negociación, por otro, el sistema isabelino se caracterizó por su vinculación estrecha al partido moderado, lo que a la larga le trajo como consecuencia su propia destrucción. Particularmente directa fue la dependencia de las tendencias autoritarias del partido en los momentos potencialmente revolucionarios, pues al carecer de canales de expresión y manifestación política, no había más recurso para mantener el orden que recurrir a la represión y a la violencia institucionalizadas. Obviamente, esto trajo consigo una continuada desvirtuación de un sistema político que pretendía llamarse representativo, socavando las bases de su nunca muy sólida legitimidad<sup>7</sup>. Un exclusivismo tan descarado en el diseño del estado liberal (identificado al autoritarismo y al catolicismo) impidió que en España cuajara una auténtica tradición liberal. Pero tuvo además otras consecuencias igualmente importantes. Desde el punto de vista de la integración nacional, ésta sólo se logró entre las élites favorecidas por el sistema y hasta lo que éste pudo dar de sí en favor de ellas. La despreocupación por este asunto (provocada por la ineficacia administrativa, la carencia de una articulación económica y social y la falta de interés en la unificación cultural) fue otro de los móviles que condujo a hermanar el estado liberal con una determinada opción política, para colmo exclusivista e intolerante<sup>8</sup>.

Puede decirse, en definitiva, que el liberalismo en España, como tal sistema político, respondió a las expectativas de quienes estaban involucrados en él. Fue el resultado del pacto entre aquéllos que lo habían fabricado (los políticos liberales), y aquéllos con los que había que contar para que pudiera sostenerse (las élites que dominaban la política local). Sin embargo, aunque en el terreno institucional su

---

<sup>7</sup> J.I. MARCUELLO ha analizado las consecuencias políticas de la opción autoritaria de gobierno en "Las Cortes y los factores de crisis política de la monarquía constitucional de Isabel II (1845-68)", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo 58, 1988, pp. 81-172 y en su colaboración a I. BURDIEL (ed.) *La política en el reinado de Isabel II*, Madrid 1998. Pese a su fragilidad, señala Marcuello con perspicacia, si el sistema político moderado fue capaz de subsistir desde 1845 hasta 1868, y habiendo presenciado en su desarrollo el fracaso de opciones más liberales (el bienio progresista), se debió a la carencia de otras propuestas constitucionales lo bastante consistentes como para disputarle la primacía. De ahí que se prolongara en el tiempo hasta la restauración canovista, que con la Constitución de 1876 puso en marcha otro modelo doctrinario con las obvias modificaciones. Es posible también analizar el camino hacia las opciones autoritarias en G. ROJAS SANCHEZ, *Los derechos políticos de asociación y de reunión en la España contemporánea (1811-1936)*, Pamplona 1981, libro en que se estudian los continuados obstáculos de los gobiernos moderados al desarrollo de los citados derechos y en J.M. ROMERO MORENO, *Proceso y derechos fundamentales en la España del siglo XIX*, Madrid 1983.

<sup>8</sup> Para profundizar más acerca de las consecuencias de la falta de atención a las cuestiones de unificación nacional en un sentido liberal, pueden consultarse los trabajos de B. de RIQUER I PERMANYER: "Nacionalidades y regiones. Problemas y líneas de investigación en torno a la débil nacionalización española del siglo XIX", en A. MORALES MOYA y M. ESTEBAN DE VEGA (eds.) *La Historia Contemporánea en España*, Salamanca 1992, pp. 73-89 y "La débil nacionalización española en el siglo XIX", en *Historia Social*, n.º 20 (1994), pp. 97-114.

funcionamiento se adaptó a las necesidades de sus creadores, no fue lo suficientemente flexible para encajar las demandas de una sociedad en continuo cambio.

Al margen de las dificultades para la implantación del estado liberal, hemos visto en las páginas precedentes el desarrollo paralelo de lo que se denominó en su momento el espíritu o el talante liberal. Vimos nacer éste de un afán reformista e ilustrado, pero en un ambiente opresivo para la libertad de pensamiento que cohibió su operatividad, convirtiéndolo en un anhelo timorato y, tras la Revolución Francesa, francamente asustadizo. Evidentemente, hay honrosas excepciones que tal vez por su radicalismo (el abate Marchena) o por su lucidez (José María Blanco) merecen un lugar aparte. Con esto no quedan desmerecidas figuras como Jovellanos, simplemente se trata de poner de manifiesto que tal vez hubiera sido necesario un impulso más decididamente rompedor ante unos gobernantes escasamente dispuestos a las cesiones. El pánico provocado por la Revolución Francesa, no ya entre los bastidores del poder, sino entre los ilustrados más progresistas fue un lastre de primera magnitud para que el liberalismo español naciera con auténtico vigor. Recordemos, a este respecto, el giro a la derecha de los tíos de Alcalá Galiano tras los sucesos de 1808, en los que creyeron ver una nueva revolución. La primera generación auténticamente liberal, la de 1812, se vio coartada nuevamente por las circunstancias políticas del país. En relación a estos condicionantes se ha escrito que "En virtud de la particular situación histórica en que se hallaban, necesitaban defender unas premisas doctrinales foráneas, en su mayor parte francesas, presentándolas como premisas enraizadas en la tradición nacional española. El iusnaturalismo racionalista y el pensamiento constitucional a él vinculado sirvió en Cádiz, como en otras latitudes, de eficaz ariete contra el caduco orden de cosas, con el Antiguo Régimen. El historicismo nacionalista se utilizaba, en cambio, como una especie de silenciador o sordina en esta obra de derribo"<sup>9</sup>. Aquí inició el liberalismo español una pauta de comportamiento basada en la matización de un posible extremismo para facilitar la aceptación de las clases gobernantes tradicionales. El primer fiasco con respecto a ellas se produjo con la reacción absolutista de 1814. Por otra parte, vista la respuesta popular en estos años, los liberales se dieron cuenta de la urgente necesidad de difundir un respeto a los principios liberales mediante lo que hemos llamado la socialización del liberalismo, tarea que centró los esfuerzos en el

---

<sup>9</sup> J. VARELA SUANZES-CARPEGNA, "Constitución y liberalismo español del siglo XIX", en *Revista de las Cortes Generales*, nº 10, (1987), p. 39.

Trienio Liberal. La trayectoria de Alcalá Galiano en estos tres años es buen exponente de tal intento: la prensa, el Congreso y la tribuna de las sociedades patrióticas constituyeron los foros principales. La precipitación y la irresponsabilidad de algunos radicales, unidas a las siniestras intenciones de Fernando VII, dieron al traste con el experimento. Las estructuras mentales, obviamente, no podían transformarse en tan poco tiempo, y los españoles mostraron hasta qué punto persistían en ellos los modelos cognitivos tradicionales con la ya mencionada vivencia religiosa de lo político. Sin embargo, el primer intento socializante del liberalismo no cayó en saco roto y dejó semillas que, aunque algo escuálidas, habían florecido por un tiempo en hábitos de discusión pública de los asuntos. La generación de políticos a la que perteneció Galiano presenció estos hechos no sin preocupación ante el radicalismo imparable que parecía orientar el rumbo de las circunstancias políticas, sin ningún elemento sólido (salvo la figura del Rey, que para colmo era el menos constitucional de los españoles) para detenerlo. La reacción del pueblo tras la derrota, el desengaño sufrido y la contemplación de la normalidad política en los países de exilio (sobre todo en Gran Bretaña) condujeron a nuestros Martínez de la Rosa, Mendizábal, Angel Saavedra, Alcalá Galiano, Andrés Borrego, etc., a replantearse la estrategia a seguir. El movimiento liberal, fraccionado ya en el Trienio, se dividió nuevamente en los años treinta, pero ya presagiando tendencias que en un futuro muy próximo podrían ser consideradas como partidos políticos. En medio de ese proceso de redefinición que el liberalismo está conociendo en esos años, Galiano, modelado tanto por las circunstancias políticas como por las personales, va adquiriendo poco a poco rasgos más elitistas. El resultado de la experiencia del Trienio y su maduración en Inglaterra, le habían convertido en un convencido de la evolución paulatina de las sociedades, de la adquisición y asimilación progresivas de las libertades. Su espíritu ya estaba preparado para ello desde la juventud, como pudimos ver en los capítulos iniciales, pero lo que comenzó siendo una tendencia acabó convirtiéndose en una certeza. Los liberales que se reencontraron en 1834 ya se habían desembarazado de gran parte de su bagaje revolucionario. El periodo que comenzó justamente en ese año de 1834 y desembocó en la Constitución de 1837 fue uno de los más importantes de la historia española en el siglo XIX: empezaban a arraigar los hábitos de participación, los partidos moderado y progresista se estaban organizando, la Constitución de 1837 era un punto de encuentro... Sin embargo, varias circunstancias acabaron con tales esperanzas: la guerra civil y el exclusivismo político (que denotaba una cierta falta de confianza en el sistema representativo que

---

se pretendía crear) fueron los principales. Actuaciones dudosas como el hundimiento del gobierno Istúriz en 1836, la imposición de la Constitución de 1812 a María Cristina, o la llegada de Espartero al poder, contribuyeron a desprestigiar el renacido régimen parlamentario y a socavar la legitimidad del liberalismo, en el que el común de los españoles no veía más que la excusa buscada por advenedizos para hacerse con el poder.

Tras la Regencia de Espartero, el movimiento liberal español había quedado ya tocado sin remedio por el enfrentamiento entre unos y otros. La decidida voluntad de acaparar el gobierno para implantar los proyectos propios y aplastar al contrario había ocupado el lugar del deseado turno pacífico de partidos. Ideológicamente, ambos partidos habían diseñado ya sus programas políticos. El moderado resultó ser más sólido por cuanto había abandonado toda concesión a la famosa herencia mítica de Cádiz y se había lanzado al pragmatismo. En la década de los cuarenta, el partido moderado tenía ideas y proyectos coherentes de gobierno. Eso sí, había hipotecado gran parte de sus referentes liberales, pues prefirió la ya mencionada adaptación liberal de las formas tradicionales de ejercicio del poder a un conservadurismo capaz de convivir con el contrario político. Las lecciones de derecho político del Ateneo de Madrid dieron el barniz teórico a la opción tomada. Para Alcalá Galiano, como ya estudiamos, los cambios habrían de ser graduales, y en cualquier caso, poco se podía esperar de nuestro país. A Pacheco le interesaban sobre todo los resultados prácticos. Por último, conocidas son las prevenciones de Donoso hacia el régimen parlamentario. Analizando la teoría política moderada se tiene la sensación de que si bien algunos de sus fautores eran unos auténticos convencidos de la bondad del parlamentarismo como forma de gobierno, la realidad española (en la que incluían a sus propios compañeros de partido) les descorazonaba de tal modo que prefirieron dejarse llevar por el desencanto y pervertir la esencia de sus creencias liberales en aras del mantenimiento de una precaria estabilidad. Por su parte, los progresistas acabaron encerrados en la trampa del aislamiento. Apartados injustamente del poder (salvo en breves periodos) no pudieron pulir una teoría política demasiado vaga como para resultar aplicable. Con frecuencia se vieron arrastrados por las circunstancias y por personajes como Espartero que, a pesar de su tirón popular, poco bien podían hacer al partido. En ocasiones, las situaciones políticas les obligaron a ir más allá de donde hubieran deseado. Otras veces, y con razón, su resentimiento hacia los prepotentes moderados, les condujo a mantener posturas radicales. En cualquier caso, el partido progresista estaba condenado a sufrir una gran crisis cuando,

incapaz de atender las demandas de sectores sociales situados a la izquierda, vio nacer de sus bases al partido demócrata. Esto sucedió a mediados de siglo, cuando tuvo lugar uno de los fenómenos que más impacto causó en el mundo liberal europeo. Si, por un lado, el partido progresista se rompió, el partido moderado creyó encontrar razones para profundizar en su estrategia autoritaria.

Como se ha podido observar en el trabajo, la revolución de 1848 fracturó completamente el liberalismo clásico, pues le obligó a tomar postura ante las reclamaciones políticas de las clases sociales hasta ese momento subordinadas. A partir de 1848 el liberalismo, en tanto que movimiento intelectual, dejará de ser confusamente homogéneo y se convertirá en algo absolutamente heterogéneo. La esencia de su crisis fue descrita por Alexis de Tocqueville: "Yo tengo una inclinación racional por las instituciones democráticas, una inclinación intelectual, pero soy aristócrata por instinto, es decir, que menosprecio y temo a la muchedumbre. Quiero con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Este es el fondo del alma. Odio la demagogia, la acción desordenada de las masas, su intervención violenta y poco ilustrada en los asuntos, las pasiones envidiosas de las clases bajas, las tendencias irreligiosas. Este es el fondo del alma. No soy ni del partido revolucionario ni del partido conservador. Pero sin embargo, y con todo estoy más vinculado al segundo que al primero. Porque difiero del segundo más bien por los medios que por el fin, mientras que difiero del primero a la vez por los medios y por el fin. La libertad es la primera de mis pasiones. He ahí lo cierto"<sup>10</sup>. Por su parte, Alcalá Galiano no fue capaz de incorporar a su pensamiento los nuevos fenómenos sociales y optó por la vía del elitismo. En esa encrucijada no fue el único que tomó la misma dirección, incluso podríamos decir que raro fue el liberal nacido antes de 1850 que no se decantó por un cierto aristocratismo intelectual. Hasta el mismo John Stuart Mill, defensor de las causas más progresistas, tuvo sus prevenciones ante el igualitarismo de las masas<sup>11</sup>. Nuestro protagonista, por su procedencia social y su

---

<sup>10</sup> Este texto de Tocqueville fue encontrado entre los papeles de su archivo por Antoine Redier (*Comme disait M. de Tocqueville*, París 1925). Lo reprodujo J.P. Mayer en *Alexis de Tocqueville*, Madrid 1965, p. 36.

<sup>11</sup> Afirmaba que "En una democracia, el recurso natural de todo este tipo de personas consistirá en favorecer la inclinación hacia la sustitución de la representación por la delegación (...) Todos los individuos y todas las clases que tengan como meta algo que no se les permitiría tener en un gobierno en el que la ascendencia corresponda a los más instruidos se esforzarán, por supuesto, igual que hacen en la aristocracia inglesa, en llevar el descrédito a la institución superior; y en persuadir a la mayoría de que su propio sentido común es más que suficiente, y de que los que presumen de una sabiduría superior son soñadores o charlatanes" ("Sobre *La democracia en América*. Recensión del vol. 1º de *La democracia en América* de A. de Tocqueville", en J.S. Mill *Sobre la libertad y comentarios a Tocqueville*, Madrid 1997, pp. 293-294). En cualquier caso, como Mill señalaba con acierto, la tan temida mediocridad intelectual procedería de la manifestación contemporánea de la democracia: "En consecuencia, todos los efectos intelectuales que atribuye el señor de Tocqueville a la democracia están teniendo lugar bajo la democracia de la clase media" (*Ibidem*, p. 374).



formación intelectual, difícilmente podía aceptar el acceso de los más desfavorecidos a los beneficios políticos del sistema representativo. Eso no fue óbice para que comprendiera que la lógica del liberalismo llevaba ineludiblemente a la extensión de los derechos de participación política. Así se pronunció en sus *Breves reflexiones sobre la crisis por que están pasando los gobiernos y pueblos de Europa*, publicadas justamente en 1848. Sin embargo, se observa un cambio en su evolución con respecto a este asunto tras la revolución del 48. Con anterioridad a ella, se había mostrado reticente con respecto a los sistemas políticos democráticos, como el de los Estados Unidos, donde si bien los derechos políticos estaban plenamente garantizados, no sucedía lo mismo con los civiles, que se deterioraban con "el crecimiento del espíritu democrático"<sup>12</sup>. Años después, tras la revolución de 1854 en España y los acontecimientos que la siguieron, Alcalá Galiano volvió a reflexionar sobre las cuestiones relativas a la extensión de las libertades y sus consecuencias cara a la formación de lo que en la época se denominaban gobiernos democráticos. El principal temor seguía viniendo de la mano de una idea abstracta de la libertad que los conservadores asociaban a la revolución. Había quedado fuertemente grabada en sus mentes la imagen catastrofista de la revolución francesa. Otro conservador, el Duque de Rivas, antiguo exiliado romántico, recogía ese temor en un poema escrito en fecha anterior a 1848: "Libertad sacrosanta; ¡ay!, en tu nombre/ la horrenda tiranía/ de la canalla impía/ triunfa de la tranquilidad/ Y sin respeto alguno que la asombre,/ mata, roba, arruina/ incendia y extermina/ y grita, furibunda: '¡Libertad!'"<sup>13</sup>. Provoca, por tanto, la libertad abstracta un temor profundo, que queda conjurado por la transformación de la abstracción en sus plurales: las libertades concretas. Según esto, el liberalismo de la época puede ser calificado como una especie de conservadurismo, pues en última instancia, de lo que trataba era de conservar la libertad en alguna de sus formas<sup>14</sup>. De este modo, el sistema político nacido del pacto, encontraba de pronto un insalvable escollo: las nuevas fuerzas sociales que entraban en acción, que lo podían poner en peligro. A estos elementos novedosos nada tenía que ofrecerles el sistema liberal, por lo que la opción autoritaria vendría explicada por el intento de mantener a flote algo que, en un momento o en otro, las

<sup>12</sup> A. ALCALÁ GALIANO, *Lecciones de derecho político*, p. 324. Por derechos políticos entendía Galiano los principios abstractos de la libertad, y por derechos civiles la seguridad personal (la existencia, por tanto, de garantías penales y procesales), la seguridad de la propiedad y la libertad de conciencia. Las libertades de imprenta y de reunión eran, desde su punto de vista, derechos mixtos.

<sup>13</sup> A. SAAVEDRA, *Obras*, vol. 1º, p. 521. Este fragmento pertenece al famoso poema "La Asonada", escrito en Sevilla en 1840.

<sup>14</sup> R. KIRK, *The conservative mind. From Burke to Eliot*, Washington 1987, p. 186.

cambiantes circunstancias obligarían si no a transformarse, sí a adaptarse<sup>15</sup>. Las prevenciones ante la extensión de los derechos quedan ratificadas por cuanto tal extensión conduciría a la igualdad. Sobre este punto mantuvo Galiano las mismas posiciones ya desde las *Lecciones de derecho político*: "La doctrina de la igualdad original, adoptada, sobre ser errónea o inexacta, lleva al hombre a rebelarse contra las distinciones en mayor o menor número en que por fuerza una sociedad ha de estar descansando. ¿Qué será pues cuando se afirme que no solamente nacen los hombres iguales, sino que siguen siéndolo?. (...) Afirman muchos que la idea de igualdad es como natural en los hombres, y yo responderé que si es así, por un lado, en cierto modo, también al lado opuesto hay otras ideas en que la desigualdad está reconocida y confesada. Las desigualdades físicas, intelectuales y morales de que somos testigos nos inducen a considerar la desigualdad en si como inherente a nuestra naturaleza"<sup>16</sup>. Como en los demás liberales elitistas, es, por tanto, el miedo a la nivelación social lo que se esconde detrás de los recelos a la implantación del sufragio universal. Comentando las críticas que se le habían hecho desde Francia a John Stuart Mill en este mismo sentido, Alcalá se pronunciaba inequívocamente en favor de las limitaciones: "Parece pues que al voto universal queda concedido en adelante en el pueblo francés el decidir la suerte del Estado. Pero los enormes peligros y daños que trae consigo tal sistema, la superioridad que da a la ignorancia y a las malas pasiones por ella movida sobre el conocimiento de lo justo provechoso, en suma, la casi seguridad de que a la larga, predominando la ciega muchedumbre habrá de haber movimientos o actos legales para disolver la sociedad actual, variando las condiciones de la propiedad, como es fuerza que quieran hacer e intenten hombres cuyas necesidades son un hecho y cuyos deseos de mejorar de suerte son naturales, no pueden ocultarse ni a la sagacidad del Sr. Dupont White ni a otras muy inferiores"<sup>17</sup>. Este Galiano temeroso de las muchedumbres traslada al estado sus suspicacias, por cuanto éste podría convertirse en el instrumento de las masas.

---

<sup>15</sup> Por consiguiente, la reacción a la revolución de 1868 respondería a la toma de conciencia por parte de las élites políticas de la necesidad de reformar el sistema liberal para poder seguir beneficiándose de él. La Restauración será, por tanto, el producto político de la mencionada adaptación.

<sup>16</sup> A. ALCALA GALIANO, *Lecciones...*, p. 65.

<sup>17</sup> A. ALCALA GALIANO, "Del gobierno representativo". Dictamen de ... sobre un artículo publicado bajo este epígrafe en la *Revue des Deux Mondes* de 1º de noviembre de 1861 por Mr. Dupont White a propósito de un libro de Mr. Stuart Mill sobre el mismo asunto (leído en la sesión ordinaria de la Academia de 10 de diciembre de 1861), *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo 1, pp. 531-538.

En repetidas ocasiones manifestó su temor al incremento de los poderes del estado, considerándolo una lacra para el mantenimiento de las libertades. Como tantos otros conservadores, Alcalá tenía una concepción orgánica de la sociedad y no podía imaginar que un instrumento artificial como el estado se pusiera por encima de las relaciones naturales establecidas por los hombres. Su desconfianza hacia el estado protector de la libertad viene precisamente de ahí: todo reforzamiento de su poder se hace "a costa del de los individuos particulares". Las reformas necesarias, por tanto, sólo vendrán de la propia sociedad, será ella la que genere la solución a sus problemas: "...la mejora de lo existente vale más que la destrucción de todo lo pasado para sustituirle por una novedad rica sólo en esperanzas, y esto por una razón principal entre todas, y es que las mejoras progresivas por lo común van de abajo a arriba, siendo la verdadera libertad la que comienza por el individuo, y no la otorgada; la cual siéndolo por la representación de la soberanía nacional, al cabo, aunque con disimulo, o deja de ser concedida, y de caer como un beneficio sobre los gobernados"<sup>18</sup>.

Estas palabras nos traen a la memoria las acciones del Galiano ministro, o del Galiano autoritario. Poco tienen que ver unas con otras. Siendo por talante y convicción un conservador prudente, y confiando como confiaba en las garantías del sistema representativo, ¿qué sentido tienen, entonces, sus adhesiones al pragmatismo político de Narváez o de González Bravo?. He ahí su gran contradicción. También hay que buscar en esa incoherencia la razón de que su pensamiento, por lo demás, profundo y muy agudo, no haya sido suficiente estímulo para que autores posteriores continuaren lo que podría haber sido una auténtica tradición liberal española. La frustración, el escepticismo y las dificultades de su vida política habían hecho un daño muy hondo en la mentalidad de aquel joven ambicioso que fue nuestro Alcalá, que acabó optando por el pragmatismo y olvidando que, después de todo el liberalismo, para serlo, ha de garantizar ante todo la libertad. De las contradicciones entre sus ideas y sus prácticas es buena metáfora su propia muerte. Si hubo mucho de simbólico en la vida de Alcalá Galiano, no iba a suceder lo contrario en su partida de este mundo. En los últimos instantes de vida que le restaron, él mismo se dio cuenta de a qué clase de despotismo había llegado el supuesto liberalismo moderado identificando la represión contra los estudiantes con

---

<sup>18</sup> A. ALCALÁ GALIANO, "Del constitucionalismo austriaco", *Dictamen de don... sobre un artículo publicado con este título en The Westminster and Foreign Quarterly Review* en 1º de abril de 1863 (leído en la sesión de la Academia de 14 de abril de 1863), *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo 1, pp. 579-584.

aquella otra que presencié en su juventud contra el pueblo indefenso: "Ya ha caído la losa del sepulcro sobre el cadáver de don Antonio Alcalá Galiano. Por razones que todos comprenderán ni hemos hablado del último trance de este repúblico, cuya muerte ha tenido un aspecto tan trágico por el momento en que sucedió, por las circunstancias que la rodearon. Pero hoy debe comenzar, hoy comienza el juicio de la posteridad. Seremos imparciales, hablaremos como si nunca nos hubiera herido, recordando sólo que sus inconsecuencias y sus debilidades son la causa del silencio que rodea un féretro, del cual se exhala el recuerdo de la palabra más prodigiosa que ningún hombre haya poseído en el presente siglo. Mientras hablamos con detenimiento, notaremos la última palabra que pronunció: 'diez de marzo'. Esta palabra revelaba el pensamiento que venía a perturbar su mente. El diez de marzo en que el pueblo de Cádiz fue acuchillado por las tropas realistas, había sido mil veces execrado por su elocuencia. Su conciencia le debía decir que sus temerarias circulares, sus intentos de procesos imposibles, sus ataques a la independencia del profesorado, habían de traer en Madrid, un diez de abril más terrible que el diez de marzo de Cádiz. ¡Oh Providencia!"<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> *La Democracia*, nº 388, domingo 16 de abril de 1865. En líneas inferiores, *La Democracia*, al describir el entierro, se hace eco del gran fracaso del liberalismo español: su falta del menor arraigo social: "Ayer fue conducido al sepulcro el Sr. Antonio Alcalá Galiano. Se le habían concedido honores de capitán general, es decir, los honores supremos de este país. Se había dado allí cita, como diría *La Época*, cuanto de noble e ilustre encierra Madrid. Sólo un personaje faltaba, personaje nobilísimo que abandona al poderoso y sigue con amor al caído; personaje singular que no ha querido ver pasar a Galiano, que vio con frialdad ver morir a Martínez de la Rosa, que sólo lloró sobre la tumba de Argüelles... EL PUEBLO".

## FUENTES

### 1) Fuentes archivísticas (impresas y manuscritas).

#### - Archives Nationales de France (A.N.F.):

- Section moderne: F7 11993 (expediente de Angel Saavedra), F7 12085 ("Liste des principaux réfugiés Espagnols qu'il faudrait distinguer de la classe générale pour leur donner des secours"), F7 12087 (expediente de Antonio Alcalá Galiano).

#### - Archivo del Congreso:

- Serie: Credenciales y Actas electorales: legajo 10 nº 10 (Cádiz 1834); legajo 12 nº 10 (Cádiz 1836); legajo 14 nº 28 (Cádiz 1837); legajo 16 nº 1 (Cádiz 1839); legajo 19 nº 25 (Pontevedra 1840); legajo 21 nº 25 (Barcelona 1843, 1ª elección, 27 de febrero); legajo 23 nº 23 (Barcelona 1843, 2ª elección, 15 de septiembre); legajo 24 nº 49 (Madrid 1844).

- Impresos: Intendencia de Córdoba (proceso), legajo 10 nº 126 y nº 201.

- Índice general de expedientes:

Expediente sobre la censura mandada formar de R.D. a dicho señor (D. Antonio Alcalá Galiano), 1822, legajo 68, nº 16.

*Nombramiento de Alcalá Galiano como Ministro de Marina (1836), legajo 87, nº 110.*

Expediente sobre el caso de reelección de dicho Sr. (1844-1845), legajo 69, nº 68.

R.D. nombrando senador a Dn. A. Alcalá Galiano (1845), legajo 108, nº 68.

- Publicaciones oficiales de las Cortes Generales: Diario de Sesiones de las Cortes:

Legislatura de 1820 (Madrid 1871).

Legislatura de 1821 (Madrid 1871).

Legislatura de 1822-1823 (Madrid 1870).

Legislatura de 1823. Cortes de Sevilla y Cádiz (Madrid 1858).

Legislatura de 1834-1835, Estamento de Procuradores (Madrid 1867), 2 vols.

Legislatura de 1836, Estamento de Procuradores, (Madrid 1869).

Legislatura de 1837-1838, Congreso (Madrid 1874).

Legislatura de 1838, Congreso (Madrid 1874).

Legislatura de 1840, Congreso (Madrid 1840).

Legislatura de 1844 a 1845, Congreso (Madrid 1876).

Legislatura de 1845 a 1846, Congreso (Madrid 1876).

Legislatura de 1848 a 1849, Congreso (Madrid 1877).

#### - Archivo del Senado:

- Expediente personal del senador vitalicio don Antonio Alcalá Galiano (HIS-0013-03).

- Diario de Sesiones del Senado:

Legislatura de 1845 a 1846, Senado (Madrid 1886).

Legislatura de 1846 a 1847, Senado (Madrid 1886).

Legislatura de 1847 a 1848, Senado (Madrid 1887).

Legislatura de 1848, Senado (Madrid 1895).

Legislatura de 1849 a 1850, Senado (Madrid 1895).

Legislatura de 1850 a 1851, Senado (Madrid 1895).

Legislatura de 1857, Senado (Madrid 1896).

Legislatura de 1858, Senado (Madrid 1896).

Legislatura de 1860 a 1861, Senado (Madrid 1861).

Legislatura de 1861 a 1862, Senado (Madrid 1862).

Legislatura de 1862, Senado (Madrid 1863).

Legislatura de 1863 a 1864, Senado (Madrid 1864).

Legislatura de 1865 a 1865, Senado (Madrid 1865).

#### - Archivo Histórico Nacional (A.H.N.) (Madrid):

- Estado, legajos 895, 915, 3.075, 3.076, 3.549, 5.471, 5.472, 5.473, 5.518, 5.624, 5.625, 6.062, 6.283, 6.290, 6.379, 6.400, 6.401, 6.404, 7.375, 7.418, 7.626, 8.190, 8.302, 8.304.

- Consejos: libro nº 1.447 (Junta de Purificaciones); legajos: 12.202, 49.621, 49.622, 52.356.

- Carlos III: legajos: 303, 7.375, 7.418.
- Fondos Contemporáneos, Ministerio de Hacienda, legajos 2806/897 y 5160/1.
- **Archivo Histórico Nacional (Salamanca):**
  - B. Político-Social, Madrid: Carpeta 82, legajo 1.045: "1843-1852, correspondencia particular cruzada entre Antonio de los Ríos Rosas, Juan Donoso Cortés y otras autoridades políticas".
- **Archivo Histórico-Diplomático, Instituto diplomático, Ministerio dos Negocios Estrangeiros, (Lisboa).**
  - Correspondencia proveniente das representações diplomáticas e consulares dos diferentes países em Portugal: Espanha caixas 400 (1850-1852) y 401 (1853-1855).
  - Legação de Portugal em Madrid: caixas 112 (1852) y 113 (1853-1854).
- **Archivo General de la Administración (A.G.A.) (Alcalá de Henares):**
  - Expediente administrativo de Antonio Alcalá Galiano, Clases pasivas H-17800/70..
  - Biografías. Medios de Comunicación Social, sobres con fotografías e ilustraciones, fichero 1, cajón 3, pasillo 73.
  - Presidencia del Gobierno:
    - Asuntos generales: cajas nº 57, 58, 62, 65, 67, 68, 70, 72, 73.
    - Cuerpos colegisladores: caja nº 3.340.
- **Archivo General de Palacio (A.G.P.) (Madrid).**
  - Papeles Reservados de Fernando VII (P.R.), tomos nº 19, 67.
  - Reinado de Fernando VII (R.Fdo. VII): cajas 29, 30 y 31.
- **Archivo General de Simancas (A.G.S.):**
  - Secretaría de Estado: Correspondencia con la legación española en Inglaterra, 1824-1830, legajos: 8.185, 8.187, 8.188, 8.189, 8.190, 8.191, 8.192, 8.193, 8.195, 8.196, 8.197, 8.198, 8.199, 8.200, 8.201, 8.203, 8.204, 8.205, 8.208, 8.212, 8.229, 8.230, 8.231, 8.234, 8.237, 8.268, 8.324.
- **Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid):**
  - Expediente personal de Antonio Alcalá Galiano (P-2, nº 00034).
  - Correspondencia con la embajada española en Lisboa años 1851-1854 y 1858 (legajos H-1689, H-1690, H-1691, H-1714).
- **Archivo del Ministerio de Justicia (Madrid):**
  - Legajo nº 56: "Causa de los diputados a Cortes, secuestro de sus bienes y antecedentes relativos a la amnistía de 1834".
  - Legajo nº 63: "Causa contra Torrijos y otros (1831)".
  - Legajo nº 74: "Causa contra Angel Saavedra y otros".
  - Legajo nº 78: "Causa de varios diputados que en la sesión del 11 de junio de 1823 votaron la destitución del Rey y el nombramiento de la pretendida regencia".
- **Archivo Militar de Segovia:**
  - Sección histórica, expediente matrimonial de Dionisio Alcalá Galiano y Alcalá Galiano.
- **Archivo de la Presidencia del Gobierno (Madrid):**
  - *Actas del Consejo de Ministros. Isabel II (1833-1839)*, tomo IX, Ministerio de la Presidencia, Madrid 1995.
- **Ateneo de Madrid:**
  - Biblioteca y manuscritos: Ms. nº 7 (8-I-1847), Ms. nº 8 (13-X-1848), y Ms. nº 11 (sin fecha).
- **Biblioteca Nacional (B.N.M.) (Madrid):**
  - Sala General, Sala Cervantes, Sala Goya, Hemeroteca. Manuscritos: Ms. nº 18637/43 (borrador de un artículo aparecido en *La América* el 8-V-1862); Ms. nº 18637/44 (borrador de

un artículo aparecido en *La América* el 24-IV-1862); Ms nº 18637/47 (borrador de un artículo aparecido en *La América* el 8-IV-1862).

**- British Library (B.L.) (Londres):**

Sala General, North Library, British Library at Colindale (Newspapers).

**-- Public Record Office (P.R.O.) (Londres, Kew):**

- Foreign Office 72 (P.R.O., F.O.) (España),
- Treasury Papers (P.R.O., T.P.) 50,
- Consular Office 91 (P.R.O., C.O.) (Gibraltar).
- Home Office 32 (Correspondencia F.O. y H.O., 1830).

**- Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (Madrid):**

- Expediente personal de Don Antonio Alcalá Galiano.
- Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, volúmenes II y V.
- Discursos de recepción y de contestación leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas al dar posesión de sus plazas los individuos de la misma, 1860-1875.

**- Real Academia de la Historia (R.A.H.) (Madrid):**

- Archivo Istúriz-Bauer: tomos 1, 2, 3, 4 (9/6279-6982).
- Archivo particular de Isabel II, legajo 1 (9/6939), pliegos 1, 2, 4; legajo VIII (9/6947), pliego 1 (cartas del Marqués de Miraflores a la Reina Gobernadora); legajo XII (9/6951): minutas, borradores y cartas cruzadas entre Isabel II y M<sup>a</sup> Cristina; legajo XIV (9/6953), pliego 1 (carta de Alcalá Galiano a la Reina Isabel); legajo XX (9/6959), pliego 1 (cartas de Istúriz a la Reina Isabel).
- Archivo de Narváez: cajas 7 y 61 (carta de Isabel Fernández de las Peñas a Narváez); Archivo Fernández Larrain, volumen 29, pieza 76 (carta de recomendación para A. Alcalá Galiano Miranda).
- Expediente personal de Alcalá Galiano como académico.
- Colección Fermín Caballero, volumen VI: correspondencia con diversos personajes de su tiempo (9/4692).
- Colección Castellanos de Losada: correspondencia 9/7926 (cartas del año 1865).
- Cartas de Malaspina, donadas por el Excmo. Sr. Conde de Greppi, 9/7165 nº 7.
- Archivo de Natalio Rivas Santiago: legajo 11/8930.

**- Real Academia de la Lengua Española: Archivo y Biblioteca (R.A.E.) (Madrid):**

- Archivo, legajo 19, nº 6: Expediente personal de don Antonio Alcalá Galiano.
- Biblioteca: manuscritos números 287, 343 y 379.

## 2) Fuentes hemerográficas.

*La Abeja*, Madrid 1835-1836.

*La América. Crónica hispano-americana*. Madrid, 1857-1865, 9 vols., B.N.M. Hemeroteca Z/5644.

*The Athenaeum*. Londres, 1834, B.L.: P.P.5639.

*El Castellano. Periódico de política, economía y comercio*, Madrid 1837-1846, 11 vols., B.P.R. XIII-L-25-35.

*El Censor*. Madrid, 1820-1822, 16 vols., B.N. Cervantes R/16959-75.

*El Contemporáneo*, Madrid 1865, B.N. Hemeroteca, microfilm nº 289.

*La Concordia*. Madrid, 1863, B.N. 1/3326.

*Correo General de Madrid. El Constitucional*. Madrid, 1820-1821, 2 vols., B.N. Cervantes R/21866-7.

*El Correo Nacional*, Madrid 1838-1840, 5 vols., B.P.R. XIII-K-53-57.

*Crónica de Ambos Mundos*. Madrid, 1860, 3 vols., B.N. Hemeroteca Z/6194.

*Crónica Científica y literaria. El Constitucional*. Madrid, 1817-1820, 5 vols., B.N. Cervantes R/21662-6.

*La Democracia*, Madrid 1865, B.N. Hemeroteca, microfilm nº 642.

*El Eco del Comercio*, Madrid, 1835-1836, H.M.M.: F3 7.8 (80-93).

*El Eco de Padilla*. Madrid, 1821, 2 vols., B.N. Cervantes R/21623-4.

*El Economista*. Madrid 1857, 2 vols., B.N. 1/45403-4.

*El Emigrado Observador*. Londres, 1828-29, B.N. Cervantes R/21565.

*La España*, Madrid, 1837-1839, B.N. Hemeroteca Microfilm nº 344 (1 y 2).

*El Español*. Londres, 1810-1814, 8 vols., B.N. Cervantes U/9378-85.

*El Español*, Madrid 1838, B.N. Hemeroteca, microfilm nº 329.

*El Español Constitucional*. Londres, 1818-20; 1824-1825, 5 vols., B.P.R. XIII-K-199-204.

*El Espectador*. Madrid, 1821-23, B.N. Hemeroteca Z/5701.

*Foreign Quarterly Review*. Londres, 1829-1830, B.L.: P.P.5987.n.

*Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*. San Fernando, 1820, B.N. Cervantes R/17319.

*El Heraldo*. Madrid 1843-1848, B.N. Hemeroteca, microfilm nº 170.

*El Imparcial*, Cádiz octubre de 1812, B.P.R. III/6594.

*El Independiente*. Madrid, 1821-1822, B.N. 1/19436.

*El Indicador*. Madrid. 1822, B.N. Goya T-i 52.

*El Iris*. Madrid, 1841, 2 vols., H.M.M.: A.H. 15/3

*El Laberinto*. Madrid, 1843-1845, 2 vols., B.N. Cervantes R/21389-90.

*El Mensajero de las Cortes*. Madrid 1834-35, 2 vols., B.P.R. XIII-L-50-51.

*Miscelánea de Comercio, Artes (Política) y Literatura*. Madrid, 1820, 4 vols., B.N. Cervantes R/21383-6.

*El Mundo Pintoresco*. Madrid, 1858-1860, 3 vols., B.P.R.XIII-K-11-12.



*No me olvides. Periódico de literatura y bellas letras*, Madrid 1837-1838, B.N. Hemeroteca D/6038.

*El Observador*, Madrid, 1834-1835, B.P.R. IV/458-59.

*Ocios de Españoles Emigrados*. Londres, 1824-1827, 7 vols., B.L. PP.4075.

*El Piloto*. Madrid 1839-1840, 2 vols., B.P.R. XIII-K-42-43; H.M.M. F.2 5(58).

*El Publicista Observador*, Madrid 1820, B.L. Newspapers Library (Colindale) F. misc. 46.

*Quarterly Review*, Londres, 1823 B.L. PP.5989.a.b.

*Redactor General de Cádiz*. Cádiz, 1811-1814, H.M.M.: F.42/16 (182-184).

*Redactor de la Sociedad Patriótica de la Isla de León*, , 1820, H.M.M., Rollo 18 (revistas varias).

*Revista Andaluza*. Sevilla, 4 vols., H.M.M.: A.H. 9/3.

*Revista Científica y Literaria*. Madrid, 1848, 2 vols., B.N. Hemeroteca D/5102.

*Revista de España, de Indias y del Extranjero*. Madrid, 1843-1848, 13 vols. B.N. Hemeroteca D/9785 (hasta 1844 el nombre era *Revista de España y del Extranjero*).

*Revista Española (Revista-Mensajero)*, Madrid, 1835-1836 B.N. Cervantes R/35098; B.P.R. (1833-35) XIII-L-36-43, 8 vols y (1836) C 501/7.

*Revista de Europa*. Madrid. 1846, 2 vols., B.N. Hemeroteca D/474.

*Revista de Madrid*. Madrid, 1838-1843, B.N.M. Hemeroteca D/5124; H.M.M. F.5/16 (181-186).

*Revista Peninsular*, Lisboa 1855-1856, B.N.L. J.2226.

*Revista Universal de la Administración*. Madrid, 1848-49, B.N. Hemeroteca D/5190.

*Semanario de la industria y revista de intereses materiales*. Madrid, 1846-1848, B.N. Hemeroteca Z/7645.

*Times*, Londres 1824-1826, B.L.: Microfilm nº 419.

*La Tribuna de los Economistas*. Madrid, 1857, B.N. Hemeroteca: D/5361.

*El Tribuno del Pueblo Español*. Cádiz 1812-1814, 5 vols., B.P.R. XIII-K-194-198.

*Variedades o Mensajero de Londres*. Periódico trimestral, publ. por Ackerman, Londres, 1824-1829, B.N. Cervantes U/9499-9500.

*El Vascongado*. Bilbao, 1840-1841, H.M.M.: A/50.

*Westminster Review*. Londres, 1824, B.L. North Library 250.i.17-25.

*El Zurriago*. Madrid, 1821-1823, 8 vols., B.N. Cervantes R/16753-8.

## BIBLIOGRAFIA.

### 1) Obras de Antonio M<sup>a</sup> Alcalá Galiano.

\_\_\_\_ *Los mismos contra los propios o respuestas al Pasatiempo Crítico*, Barcelona 1818, reproducido por G. Carnero en "Une contribution à l'histoire des idées esthétiques dans l'Espagne du debut du XIXème siècle: un texte inconnu d'Antonio Alcalá Galiano", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo XVI (1980), París, pp. 291-308.

\_\_\_\_ *Respuesta al escrito inserto en el Universal de 29 de septiembre*, Madrid 1820.

\_\_\_\_ *Apuntes para la historia del origen y alzamiento del ejército destinado a Ultramar en 1º de enero de 1820*, Aguado, Madrid 1821.

\_\_\_\_ "Prólogo", a *El Moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo XI*, de Angel Saavedra, duque de Rivas, Librería Hispanoamericana, París 1834.

\_\_\_\_ *Petición para que se arreglen las relaciones mercantiles con América interim se decide la cuestión política*, Imprenta del Eco del Comercio, Madrid 1835.

\_\_\_\_ *Discursos pronunciados por los Sres. Galiano, Martínez de la Rosa y Valentín Olano, diputados de la mayoría del Congreso de 1840 en la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona*, Imprenta de la Compañía Tipográfica, Madrid 1840.

\_\_\_\_ *Lecciones de derecho político*, Madrid 1843 (Centro de Estudios Constitucionales, Colección Clásicos del Constitucionalismo Español, Madrid 1984).

\_\_\_\_ "Prólogo" a *Romancero castellano o colección de antiguos romances de los españoles*, de G. B. Depping, Brockhaus, Leipzig 1844, tomo 1.

\_\_\_\_ *Discurso pronunciado después de la distribución de premios en los exámenes públicos y generales de los alumnos del Colegio de San Felipe Neri, celebrados al fin del curso de 1843*, Oficina de la Viuda e Hijo de Bosch, Cádiz 1844.

\_\_\_\_ *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid por don Antonio Alcalá Galiano, redactadas taquigráficamente por N. Fernández Cuesta y corregidas por el autor, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid 1845<sup>1</sup>.

\_\_\_\_ *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham. Con una reseña de los historiadores de más nota*, por D. Juan Donoso Cortés y un discurso sobre la historia de nuestra nación, por D. Francisco Martínez de la Rosa, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 7 vols., Madrid 1844-1846<sup>2</sup>.

\_\_\_\_ *Breves reflexiones sobre la índole de la crisis por que están pasando los gobiernos y pueblos de Europa*, Establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera, Madrid 1848 (2ª edición: México 1849, Tipografía de R. Rafael).

\_\_\_\_ "Prólogo" a *Poesías* de Juan Valera, Imprenta de Rivadeneyra, Madrid 1858.

<sup>1</sup> Fragmentos de esta obra (relativos a los poetas Ignacio de Luzán, Eugenio Gerardo Lobo, Alfonso Verdugo y Castilla y Félix Samaniego) fueron reproducidos por Leopoldo Augusto de Cueto en el volumen número 61 de la Biblioteca de Autores Españoles (*Poetas Ilíacos del siglo XVIII*, tomo 1), pp. 21-22, 108-110, 124-125 y 355.

<sup>2</sup> Un fragmento relativo a Calderón de la Barca (del volumen 5) ha sido reproducido en el volumen número 7 de la Biblioteca de Autores Españoles (tomo 1): *Obras de Calderón de la Barca*.

\_\_\_\_ *Biografía del astrónomo español don José Joaquín Ferrer y Cafranga, natural de Pasajes en Guipúzcoa*, Imprenta de J. Martín Alegría, Madrid 1858.

\_\_\_\_ "De la conveniencia o inconveniencia de la libertad de comercio atendidas las actuales condiciones de España. Resumen de una discusión sobre este tema que tuvo lugar en varias sesiones de la Academia en el año de 1859 a 1860", en *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo V, Tipografía Gutenberg, Madrid 1884, pp. 63-89.

\_\_\_\_ *Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras lejos de contribuir al deterioro de la propia sirve para conocerla y manejarla con más acierto*. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. don Antonio Alcalá Galiano, individuo de número de la Real Academia Española y leído en la junta pública celebrada por dicha corporación el día 29 de septiembre de 1861. Imprenta Nacional, Madrid 1861.

\_\_\_\_ *Discurso acerca de los principios tradicional y racional y de sus respectivas ventajas y desventajas, leído el 12 de enero de 1862*, en *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Resumen de sus actas y discursos leídos en la Junta Pública General celebrada en 12 de enero de 1862 para la distribución de premios y memoria de la fundación del cuerpo*. Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos, Madrid 1862.

\_\_\_\_ "Contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano", en *Discursos leído en la Real Academia Española en la recepción pública del señor don Juan Valera el día 16 de marzo de 1862*, Imprenta de Manuel Galiano, Madrid 1862, pp. 41-58.

\_\_\_\_ *De la diversa índole del principio de libertad y del principio de revolución*. Dictamen del Sr. D. Antonio Alcalá Galiano a propósito de un artículo de Mr. Milsand sobre el mismo asunto, publicado en la "Revue des Deux Mondes" de 15 de abril de 1862 y leído en la sesión de la Academia de 20 de mayo de 1862, en *Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Imprenta Nacional, Madrid, 1861-1863, tomo 1, pp. 393-404.

\_\_\_\_ *Del gobierno representativo*. Dictamen del Sr. D. Antonio Alcalá Galiano sobre un artículo publicado con este epígrafe en la "Revue des Deux Mondes" de 1º de noviembre de 1861 por Mr. Dupont White, a propósito de un libro de Mr. Stuart Mill, leído en sesión ordinaria de la Academia el 10 de diciembre de 1861, en *Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Imprenta Nacional, Madrid, 1861-1863, tomo 1, pp. 531-538.

\_\_\_\_ *Del constitucionalismo austríaco*. Dictamen del Sr. D. Antonio Alcalá Galiano sobre un artículo publicado con este título en "The Westminster and Foreign Quarterley Review" en 1º de abril de 1863, leído en la sesión de la Academia de 14 de abril de 1863, en *Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Imprenta Nacional, Madrid, 1861-1863, tomo 1, pp. 579-584.

\_\_\_\_ "Consideraciones generales sobre la libertad de comercio y la necesidad de su planteamiento en España", en *Conferencias librecambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid por varios individuos de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas en el año 1862-3*, Imprenta de Manuel Galiano, Madrid 1863.

\_\_\_\_ *Del estado de la opinión en Inglaterra en cuestiones religiosas y políticas, apuntes leído en la sesión de 8 de marzo de 1864*, en *Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo II, Imprenta de Carlos Bailly-Baillière, Madrid 1867, pp. 125-133.

\_\_\_\_ *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. don Antonio Alcalá Galiano el 26 de diciembre de 1864. Contestación del Excmo. Sr. don Antonio Benavides (Antigua constitución política de Castilla, sus Cortes, sus hermandades, etc.)*. Academia de la Historia, Imprenta de José Rodríguez, Madrid 1864.

\_\_\_\_ *Filosofía de la historia*, Discurso, Real Academia de la Historia, Madrid 1865.

\_\_\_\_ *Apuntes para la biografía escritos por él mismo*, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, Madrid 1865.

\_\_\_\_ y A. SAAVEDRA, "Casos de conciencia. Diálogos entre el Duque de Rivas y don Antonio Alcalá Galiano", en H.W. SPIRITUAL (editor), *Cancionero de obras alegres*, Londres 1875.

\_\_\_\_ *Recuerdos de un anciano*, Imprenta Central a cargo de V. Sáiz, Madrid 1878.

\_\_\_\_ *Memorias*, publicadas por su hijo, 2 vols., Imprenta de Enrique Rubiños, Madrid 1886.

\_\_\_\_ *Obras de Alcalá Galiano*, Biblioteca de Autores Españoles, vols. 83 y 84, Ediciones Atlas, Madrid 1955.

\_\_\_\_ *Literatura española del siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid 1969 (traducción e introducción de V. Llorens de los artículos publicados en 1834 en *The Athenaeum*).

## 2) Obras impresas contemporáneas.

AGUIRRE, Manuel María de, *Cartas y Discursos del Militar Ingeniero al Correo de los Ciegos de Madrid (precedido de Sistema de Sociedades Patrióticas y Seminarios o Casas de Educación)*, edición y estudio de A. Elorza, Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, San Sebastián, 1773.

ALCALA GALIANO, Antonio (tío de Antonio Alcalá Galiano), *Máximas y principios de legislación universal*, Imprenta de Vega y Cía, Madrid 1813.

ALCALA GALIANO, Antonio (hijo de Antonio Alcalá Galiano), *Juicio crítico de Miguel de Cervantes Saavedra*, discurso, Tipografía a cargo de Eduardo Viota, Madrid 1880.

\_\_\_\_ *Portugal, su pasado y su presente*, Imprenta de Teodoro Luenix, Madrid 1873.

\_\_\_\_ y D.F. Truyol, *Rudimentos de práctica consular para uso de los agentes consulares honorarios de España en el extranjero*, Madrid 1889.

ALCALA GALIANO, Dionisio, *Memoria sobre el cálculo de la latitud del lugar por dos alturas de sol*, Imprenta de Joaquín Ibarra, Madrid 1795.

\_\_\_\_ *Memoria sobre las observaciones de latitud y longitud en el mar*, Imprenta de la Viuda de Joaquín Ibarra, Madrid 1796.

\_\_\_\_ *Relación del viaje hecho por las goletas "Sutil" y "Mejicana" en el año de 1792 para reconocer el estrecho de Fuca con una introducción en que se da noticia de las expediciones executadas anteriormente por los españoles en busca del paso del N.E. de la América* Madrid 1802

ALCALA GALIANO, Dionisio, *Breve defensa del ministerio de 15 de mayo de 1836*, Imprenta de la Compañía Topográfica, Madrid 1836.

\_\_\_\_ *Cuba en 1858*, Imprenta de Beltrán y Viñas, Madrid 1858.

ALCALA GALIANO, Emilio (Conde de Casa Valencia), *Recuerdos de la juventud de 1831 a 1854*, Fortanet, Madrid 1901.

\_\_\_\_ *En Inglaterra, Portugal y España de 1856 a 1860*, Fortanet, Madrid 1905.

\_\_\_\_ *Necrología del Excmo. Señor D. Juan Valera*, Fortanet, Madrid 1905.

\_\_\_\_ *Recuerdos políticos, históricos de España y del extranjero y algunos personales desde enero de 1862 a 31 de enero de 1869*, Madrid 1906.

ALCALA GALIANO, Vicente, *Informe del tesorero general en ejercicio don Vicente Alcalá Galiano sobre la representación que la Junta Superior de Valencia hizo el 11 de septiembre de este año a la Suprema Gubernativa del Reino, reclamando la Real orden de 20 de agosto anterior, en que se reencargaba el cumplimiento de las Reales instrucciones de los caudales del Erario*, Imprenta Real, Sevilla 1809.

\_\_\_\_ *Sobre la economía política y los impuestos*, edición y estudio preliminar de José Manuel Vallés Garrido, Academia de Artillería de Segovia, Segovia 1992.

ALCALÁ GALIANO FERNANDEZ DE LAS PEÑAS, José, "La lágrima (traducción de un poema de Lord Byron)", en *El Iris*, nº 11, 11-VII-1858.

ALLAUX, G., "L'Espagne, depuis la Révolution de Février", en *Revue des deux Mondes*, tomo 2º, 1849. PAGINAS.

ALLEN, J., *Suggestions on the Cortes*, Londres 1809.

ARGÜELLES, A. de, *Apéndice a la sentencia pronunciada en 11 de mayo de 1825 por la Audiencia de Sevilla contra sesenta y tres diputados de las Cortes de 1822 y 1823*, Londres 1834 (publicado de nuevo en 1864 con el título *De 1820 a 1824. Reseña histórica*, con prólogo de A. Fernández de los Ríos e introducción biográfica de José de Olózaga, Imprenta de A. de San Martín, Madrid).

\_\_\_\_\_. *Discursos*, Junta General del Principado de Asturias, Oviedo 1995 (estudio preliminar de F. Tomás y Valiente).

ARROYAL, León del, *Cartas político económicas al conde de Lerena*, estudio preliminar de A. Elorza, Ed. Ciencia Nueva, Madrid 1968.

*Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Noticia de su origen y planteamiento, acta de la sesión inaugural y juicio formado por la prensa*, Publicado por la Asociación en la imprenta de la España Mercantil, a cargo de J. Moreno, Madrid 1859.

*Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Noticia de su origen y planteamiento, acta de las sesiones públicas celebradas desde su instalación hasta el primero de junio de 1860*. Publicado por la Asociación en la imprenta de los Sres. Arcas y Montoya, Madrid 1860.

*Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Observaciones sobre el proyecto de reforma arancelaria presentado a las Cortes el 5 de enero dirigidas al público por la Asociación*, Imprenta de M. Galiano, Madrid 1863.

*Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Actas de las sesiones públicas celebradas desde diciembre de 1862 hasta mayo de 1864*. Publicado por la Asociación en la imprenta de la viuda de José C. de la Peña, Madrid 1864.

*Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Segundo meeting libre-cambista sobre las importaciones de cereales*, Imprenta de Enrique de la Riva, Madrid 1879.

AUSTIN, John, *Sobre la utilidad del estudio de la jurisprudencia*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1981.

*Aviso a los incautos sobre los ridículos y vanos proyectos del llamado Centro Universal de Actividad Patriótica establecido en Londres*, sff.

BAGEHOT, W., *The English Constitution*, Oxford University Press, Londres 1949.

BALMES, J., *República francesa. Obras Completas*, vol. VII: Escritos políticos, Biblioteca de Autores Católicos, Editorial Católica, Madrid 1950.

\_\_\_\_\_. *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, Doncel, Madrid 1975.

BENTHAM, J., *Three tracts relative to Spanish and Portuguese affairs; with a continual eye to English ones*, Londres, 1821. Traducciones españolas: *Consejos que dirige a las Cortes y al pueblo español Jeremías Bentham, traducidos del inglés por José Joaquín de Mora*, Repullés, Madrid 1820; *Carta que el célebre jurisconsulto y hábil publicista Jeremías Bentham dirigió a los españoles en el año de 1822 sobre la reforma proyectada en nuestra constitución para establecer una cámara alta*, Cádiz 1837.

\_\_\_\_\_. *Falacias políticas*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1990.

BERMEJO, I.A., *La estafeta de Palacio*, 3 vols., Imprenta de R. Labajos, Madrid 1871.

BLANCO WHITE, J.M<sup>a</sup>, "Spain", *The Quaterley Review*, t. XIX, IV-1823.

\_\_\_\_\_. *The life of the Rev. Joseph Blanco White written by himself with portions of his correspondence*, ed. John Hamilton Thom, Londres 1844, 3 vols.

\_\_\_\_\_. *Obra inglesa de José María Blanco White*, Seix Barral, Barcelona 1974 (edición preparada por Juan Goytisolo).

\_\_\_\_\_. *España*, Alfaro Universitaria, Madrid 1982 (edición de M<sup>a</sup> T. de Ory).

\_\_\_\_\_. *Autobiografía*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1984 (edición y notas de Antonio Garnica).

\_\_\_\_\_. *Cartas de España*, Alianza Editorial, Madrid 1986.

\_\_\_\_\_. *Cartas de Inglaterra*, Alianza Editorial, Madrid 1989.

BLAQUIÈRE, E., *An historical review of the Spanish Revolution including some account of religion, manners and literature in Spain*, Londres 1822.

BORREGO, A., *Manual electoral para el uso de los electores de la opinión monárquico-constitucional*, Imprenta de la Compañía, 2ª edición, Madrid 1837.

\_\_\_\_\_, *De la organización de los partidos en España considerada como medio de adelantar la educación constitucional de la nación y de realizar las condiciones del gobierno representativo*, Anselmo Santa Coloma Editor, Madrid 1855.

\_\_\_\_\_, *Lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser el partido conservador*, Imprenta de M. Rivadeneyra, Madrid 1857.

\_\_\_\_\_, *El libro de las elecciones. Reseña histórica de las verificadas durante los tres periodos del régimen constitucional (1810 a 1814; 1820 a 1823; 1834 a 1873). Seguida de la Exposición de los procedimientos conducentes a dar por resultado que las venideras elecciones puedan ser sinceras y conformes a las aspiraciones de la opinión nacional*, Imprenta Española, Madrid 1874.

\_\_\_\_\_, *Antecedentes históricos y vicisitudes por que han pasado las doctrinas del partido conservador. Estudio político*, Establecimiento tipográfico de El Correo, Madrid 1884.

\_\_\_\_\_, *El 48. Autocrítica del liberalismo español (De la situación y de los intereses de España en el momento reformador de Europa, 1848)*, Iter ediciones, Madrid 1970.

BORROW, G., *La Biblia en España*, Alianza Editorial, Madrid 1993.

BOWRING, L. B., *Autobiographical recollections of sir John Bowring with a brief memoir*, H.S. King and Co., Londres 1877.

BROTONS, F., *Rafael del Riego o la España libre*, Imprenta de la Sincera Unión del ciudadano J.G. de la Maza, Cádiz 1822.

BURGOS, J. de, *Anales del reinado de doña Isabel II*, 6 vols., Imprenta Mellado, Madrid 1850.

BURKE, E., *Works*, 9 vols., Bohn edition, Londres 1854-1857.

BUSTAMANTE Y GUERRA, J., *Relación de las navegaciones que ejecutó separadamente la corbeta de S.M. "Atrevida" en el viaje verificado unida a la "Descubierta" en los años 1789-1794*, Madrid 1868.

CABALLERO, F., *Fisonomía natural y política de los procuradores en las Cortes de 1834, 1835 y 1836 por un asistente diario a la tribuna*, Ignacio Boix, Madrid 1836.

\_\_\_\_\_, *El Gobierno y las Cortes del Estatuto. Materiales para su historia*, Imprenta de Yenes, Madrid 1837.

CAMBIASO Y VERDES, N.Mª, *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, Caja de Ahorros de Cádiz, Cádiz 1986.

CANGA ARGÜELLES, J., *Observaciones sobre la historia de la Guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier*, 5 vols., Imprenta de don Miguel de Burgos, Madrid 1833.

CARTWRIGHT, Major John, *Life and Correspondence, edited by his niece Frances D. Cartwright*, Henry Colburn, 2 vols., Londres 1826.

CASTRO Y SERRANO, J. de, *Cuadros contemporáneos*, Imprenta de T. Fortanet, Madrid 1871.

CHAULIÉ, D., *Cosas de Madrid*, Imprenta de La Correspondencia de España, Madrid 1886.

CLARET, San Antonio María, *Escritos autobiográficos y espirituales*, B.A.C., Madrid 1959.

COLMEIRO, M., *Historia de la economía política española*, 2 vols., Fundación Banco Exterior, Madrid 1988.

*Conferencias librecambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo Científico y Literario de Madrid por varios individuos de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de aduanas en el curso de 1862-1863*, Imprenta de M. Galiano, Madrid 1863.

CONTE, A., *Recuerdos de un diplomático*, 3 vols., Imprenta de J. Góngora y Alvarez, Madrid 1901.

*Condiciones y semblanzas de los Sres. diputados a Cortes para los años de 1822 y 1823*, Imprenta de El Zurriago, Madrid 1822.

CONSTANT, B., *Cours de politique constitutionnelle. Esquisse de Constitution*, en *Collection complète des ouvrages*, Imprimerie de Fain, Paris 1818, tomo 1.

\_\_\_\_ *Curso de política constitucional*, Imprenta de la Compañía, 2 vols., Madrid 1820.

\_\_\_\_ *Escritos políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1989.

*Las Cortes en Sevilla en 1823*, Parlamento de Andalucía, Sevilla 1986.

DEGOLLADE, R., y PONS, C., *El pacificador de España. Don Baldomero Espartero, Duque de la Victoria, un rey para los españoles*, Barcelona 1869.

DEMBOWSKI, Ch., *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile (1838-1840)*, Train et Aunnot, Londres 1841.

DIAZ, Nicomedes Pastor, *Galería de españoles célebres contemporáneos*, Madrid 1842, t. 3, pp. 3-46.

\_\_\_\_ *Los problemas del socialismo. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el curso de 1848 a 1849*, en *Obras*, tomo IV, Imprenta de Manuel Tello, Madrid 1867.

\_\_\_\_ *Diez años de controversia parlamentaria*, en *Obras*, tomo VI, Madrid 1868.

\_\_\_\_ *Obras políticas*, ed. de J.L. Prieto Benavent, Fundación Caja de Madrid y Edit. Anthropos, Madrid 1996.

DONOSO CORTES, J., *La ley electoral considerada en su base con el espíritu de nuestras instituciones*, Imprenta de T. Jordán, Madrid 1835.

\_\_\_\_ *Principios constitucionales aplicados al proyecto de ley fundamental presentado a las Cortes por la comisión nombrada al efecto*, Compañía Tipográfica, Madrid 1837.

\_\_\_\_ *Obras completas*, vol. VII, Editorial Católica, Madrid 1970.

\_\_\_\_ *Lecciones de derecho político*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1984.

\_\_\_\_ *Artículos políticos en "El Piloto" (1839-1840)*, EUNSA, Pamplona 1992.

DUFOUR, G. (ed.) *Sermones revolucionarios del Trienio Liberal (1820-1823)*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante 1991.

DUNHAM, Samuel A., *History of Spain and Portugal*, Harper and Brothers, Nueva York 1844, 5 vols.

*España y el Vizconde Palmerston o sea la defensa de la dignidad nacional en la cuestión de los pasaportes a sir Henry Lytton Bulwer*, Madrid 1848.

ESPOZ Y MINA, General, *Memorias del general don Francisco Espoz y Mina*, Editorial Atlas (B.A.E., tomos 146-147), Madrid 1962.

ESPOZ Y MINA, Condesa de, *Memorias*, Editorial Tebas, Madrid 1977.

ESPRONCEDA, José de, *El ministerio Mendizábal*, Imprenta de Repullés, Madrid 1836.

*Europa y España*, Imprenta de J. Marquesi, Madrid 1848.

FERNANDEZ DE CORDOBA, F., *Mis memorias íntimas*, Editorial Atlas (B.A.E., tomos 192-193), Madrid 1966.



FERNANDEZ DE LOS RIOS, A., *Album biográfico. Museo universal de retratos y noticias de las celebridades actuales de todos los países, en la ciencia, la política, las letras, las artes, la industria, las armas etc.*, Imprenta del Semanario Pintoresco Español, Madrid 1848.

\_\_\_\_ *Estudio histórico de las luchas políticas de la España del siglo XIX*, English y Gras Editores, Madrid 1879, 2 vols.

FERRER DE COUTO, José, *Historia del combate naval de Trafalgar, precedida de la del renacimiento de la Marina española durante el siglo XVIII*, Imprenta de D. W. Aiguals de Izco, Madrid 1854.

FISCHER, C.A., *Reise von Amsterdam über Madrid und Cadiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798*, J.F. Unger, Berlin 1799.

FLOREZ, J.S., *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Imprenta de Ayguals de Izco, Madrid 1844-5.

FLOREZ ESTRADA, A., *Introducción para la historia de la revolución de España*, imprenta de R. Juigné, Londres 1810.

\_\_\_\_ *Representación hecha a S.M.C. el señor don Fernando VII en defensa de las Cortes por don Alvaro Flórez Estrada*, Impreso por E. Justins, Londres 1819, 6ª ed.

\_\_\_\_ *Reflexiones acerca del mal extraordinario que en el día aflige a la Inglaterra y que más o menos incomoda ya a las naciones más industriosas de la Europa*, Imprenta española de M. Calero, Londres 1828, 3ª ed. corregida.

\_\_\_\_ *Curso de economía política*, Ed. Atlas (B.A.E., tomos 112 y 113), Madrid 1958.

FORD, R., *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes, su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura, los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia*, Turner, Madrid 1982.

FRANCIS, J. C. (comp.), *John Francis, publisher of the Athenaeum: a literary chronicle of half a century*, 2 vols., Bentley and son, Londres 1888.

*La Franc-masonería en cueros vivos y los masones en faldones, o sean Reflexiones sobre las Reflexiones que ha publicado don Antonio Alcalá Galiano con relación al Zurriago nº 79 y 80, por dos españoles puros y netos*, Gibraltar 1823.

GARCÍA BARZANALLANA, J., *Liga aduanera ibérica: memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso público de 1861*, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, Madrid 1862.

\_\_\_\_ *La admisión de cereales extranjeros*, artículos publicados en *El Tiempo*, Imprenta de Berenguillo, Madrid 1870.

GARCÍA HERNANDEZ, A., *España y el Vizconde Palmerston o sea la defensa de la dignidad nacional en la cuestión de los pasaportes a sir Henry Lytton Bulwer*, Imprenta de D.G. Royo y Compañía, Madrid 1848.

GARCÍA DE LEON Y PIZARRO, José, *Memorias*, 2 vols., edición, prólogo, apéndice y notas de A. Alonso Castillo, Revista de Occidente, Madrid 1953.

GARCIA TEJERO, A., *Historia político administrativa de Mendizábal, dedicada al pueblo liberal español*, Establecimiento Tipográfico de J.A. Ortigosa, Madrid 1858.

GARRIDO, F., *Espartero y la revolución*, Imprenta de T. Núñez Amor, Madrid 1854.

\_\_\_\_ *La República democrática, federal universal. Nociones elementales de los principios democráticos dedicadas a las clases productoras*, Imprenta y estereotipia de la Asociación, Madrid 1856 (2ª edición).

\_\_\_\_ *Historia del reinado del último Borbón en España*, Salvador Manero editor, Barcelona 1868.

GAUTIER, T., *Un viaje por España*, Taifa, Barcelona 1985.

GERONIMO DE LA CONCEPCION, Fray, *Emporio del Orbe. Cádiz ilustrado, investigación de sus antiguas grandezas, discurrida en el concurso del general Imperio de España*

GIL NOVALES, A. (ed.), *Textos exaltados del Trienio Liberal*, Júcar, Madrid 1979.

GOMEZ DE LA SERNA, P., *Resumen de la actas de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas leído por..., académico de número y secretario, en Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Resumen de sus actas y discurso leídos en la Junta General celebrada en 12 de enero de 1862 para la distribución de premios y en memoria de la fundación del cuerpo*, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y de Ciegos, Madrid 1862.

GÜELL Y FERRER, J., *Refutación de los discursos pronunciados por el Excmo. Sr. D. Luis María Pastor y otros oradores en varias sesiones de la Asociación para la Reforma de los Aranceles*, Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez, Barcelona 1861.

\_\_\_\_\_, *Causas económico-administrativas de los males actuales de España distintas de las que expone el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid y justificación de la balanza de comercio*, Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez y Cía., Barcelona 1866.

\_\_\_\_\_, *Polémica sobre cuestiones económicas entre D. Luis María Pastor y D. Juan Güell y Ferrer, publicadas por el último*, Barcelona 1869.

GUIZOT, F., *Cours d'histoire moderne*, Pichon et Didier, París 1929 (la edición española utilizada es *Historia de la civilización en Europa (desde la caída del Imperio Romano hasta la Revolución Francesa)*, prologada por Ortega y Gasset y publicada en Alianza Editorial, Madrid 1972, 3ª edición).

\_\_\_\_\_, *Histoire des origins du gouvernement représentatif en Europe*, Societé Typographique Belge, Bruselas 1851.

GUTIERREZ, M.Mª, *Comercio libre o funesta teoría de la libertad económica absoluta*, Imprenta de don Marcelino Calero y Portocarrero, Madrid 1834.

\_\_\_\_\_, *Contestación a un artículo sobre la libertad de comercio del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano inserto en la Revista Universal de la Administración*, Establecimiento tipográfico-literario de D. Nicolás de Castro Palomino y Compañía, Madrid 1848.

HARTZENBUSH, E., *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Rivadeneyra, Madrid, 1894.

HOLLAND (Lord), H. R., *Foreign reminiscences*, Editado por su hijo Henry Edward lord Holland, Londres 1850.

IBAÑEZ DE LA RENTERÍA, J.A., *Discursos que don ... presentó a la Sociedad Bascongada de Amigos del País en sus juntas generales de los años de 1780. 81 y 83*, Madrid 1790.

JOVELLANOS, G., *Cartas de Jovellanos y lord Vassal Holland sobre la guerra de la independencia (1808-1811)*, Madrid 1911.

LAFUENTE, M., *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, por don Modesto Lafuente continuada desde dicha época hasta nuestros días por D. Juan Valera, con la colaboración de don Andrés Borrego y don Antonio Pirala*, Montaner y Simón Editores, Barcelona 1887-1890, varios volúmenes.

LARRA, M.J., *Artículos*, Planeta, Barcelona, 1990.

LE BRUN, C., *Retratos políticos de la revolución de España, o de los principales personajes que han jugado en ella, muchos de los cuales están sacados de caricaturas por el ridículo que ellos mismos se habían puesto cuando el retratista les iba sacando; con unas observaciones públicas al fin sobre la misma, y la resolución de la cuestión de por qué se malogró ésta y no la de los EE.UU.*, Filadelfia 1826.

LOLME, J.L. de, *La Constitución de Inglaterra*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1992.

LOPEZ, J. M<sup>a</sup>, *Curso político-constitucional*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1987, (estudio preliminar de A. Elorza).

MARTÍ, Fco. de P., *El hipócrita pancista o los acontecimientos de Madrid en los días 7 y 8 de marzo del año de 1820. Comedia en tres actos en prosa*, Madrid 1821.

\_\_\_\_ *El triunfo de la Constitución en el día 7 de julio de 1822 en Madrid. Comedia en tres actos*. Madrid 1822.

MARTINEZ MARINA, F., *Discurso sobre las sociedades patrióticas*, Imprenta de la Compañía, Madrid 1820.

\_\_\_\_ *Principios de la moral, de la política y de la legislación*, 2 vols. (estudio introductorio de J. Valera- Suanzes), Junta General del Principado de Asturias, Oviedo 1993.

MARTINEZ DE LA ROSA, F., *El espíritu del siglo*, 10 vols., Imprenta de Tomás Jordán, Madrid 1835-1851.

MARTINEZ VILLERGAS, J., *Los políticos en camisa. Historia de muchas historias*, Imprenta del Siglo, Madrid 1845, vol. 1.

\_\_\_\_ *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, Imprenta de J.A. Ortigosa, Madrid 1851.

MAURICE, F. (ed.), *The life of Frederick Denison Maurice chiefly told on his own letters*, 2 vols., Macmillan and Co., Londres 1884.

MAZADE, Ch., "Hommes d'état et hommes de guerre dans la révolution européenne. I. Le Général Narváez", en *Revue des deux Mondes*, tomo 9<sup>o</sup>, 1851, pp. 462-496.

\_\_\_\_ *L'Espagne moderne*, Michel Lévy Frères, París 1855.

*Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Imprenta Nacional, Madrid 1861.

MENDEZ DE VIGO, P., *Las horcas caudinas o la vuelta a España de los patriotas emigrados*, Imprenta de Boudon, París 1834.

MERIMÉE, P., *Correspondence générale*, tomo 1 (1822-1835), Le Divan, París 1941.

\_\_\_\_, *Viajes a España*, Aguilar, Madrid 1988.

MESONERO ROMANOS, R., *Memorias de un setentón*, Comunidad Autónoma de Madrid, Madrid 1994.

MIRAFLORES, Marqués de (Manuel Pando Fernández de Pinedo), *Reseña histórico-crítica de la participación de los partidos en los sucesos políticos de España en el siglo XIX*, Imprenta a cargo de D.A. Espinosa, Madrid 1863.

\_\_\_\_ *Biografía del Sr. D. Francisco Javier de Istúriz y Montero*, Imprenta de la Viuda de Calero, Madrid 1871.

\_\_\_\_ *Memorias del reinado de Isabel II*, Editorial Atlas (B.A.E., tomos 172-174), Madrid 1964.

MIRANDA, F., *Memoria sobre el levantamiento y operaciones de la primera división del Ejército Nacional al mando del comandante general don Rafael del Riego, desde el 1 hasta el 26 de enero de 1820*, Sevilla 1820.

MORAYTA, Miguel, *Historia política y parlamentaria de España*, Madrid 1861.

\_\_\_\_ *Masonería española. Páginas de su historia*, Establecimiento Tipográfico calle del Comercio, Madrid 1915.

NIEVA, J.M<sup>a</sup>, *Decretos de la Reina Nuestra Señora doña Señora Isabel II, dados en su Real Nombre por su augusta Madre, la Reina Gobernadora*, t. XIX, Imprenta Real, Madrid 1835.

NOMBELA, J., *Impresiones y recuerdos*, Tebas, Madrid 1976.

*O Constitución o muerte. Comedia patriótica en un acto*. Madrid 1821.

OCHOA, E., *Apuntes para una biblioteca de escritores contemporáneos en prosa y verso*, Garnier, París 1840.

\_\_\_\_\_, *París, Londres, Madrid*, Garnier, París 1848.

OLIVAN, A., "De algunas locuciones viciosas. Contestación al Sr. Alcalá Galiano", en *Revista de España, de Indias y del Extranjero*, tomo 7, 1846, pp. 163-177.

\_\_\_\_\_, "De algunas locuciones viciosas. Conclusión", en *Revista de España, de Indias y del Extranjero*, tomo 7, 1846, pp. 248-278.

PACHECO, J.F., *Lecciones de derecho político*, C.E.C., Madrid 1984.

*Páginas contemporáneas*, Madrid 1846.

PARDO DE FIGUEROA, M., *Primera ración de artículos del doctor Thebussem*, Librería de Fernando Fe, Madrid 1892.

*Personajes célebres del siglo XIX por uno que no lo es*, t. VI, Imprenta de D.F. Suárez, Madrid 1843.

PIRALA, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, 3 vols., Felipe González Rojas, Madrid 1889.

PRINCIPE, M. A., *Tirios y troyanos. Historia tragicomicopolítica de la España del siglo XIX. con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros animales públicos*, 2 vols, Imprenta de Pedro Mora y Soler, Madrid 1845.

QUIN, M.J., *A visit to Spain detailing the transactions which occurred during a residence in that country in the latter part of 1822 and on the first four months of 1823*, Londres 1823.

QUINET, E., *Mis vacaciones en España*, Espasa Calpe, Madrid 1931.

QUINTANA, M.J., *Cartas a lord Holland*, Imprenta de Rivadeneyra, Madrid 1853.

*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Galería de sus presidentes (1857-1952)*, C. Bermejo, Madrid 1958.

*Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Reseña histórica (1858-1968)*, H.E. Catalá, Madrid 1968.

REDDING, C., *Literary reminiscences and memoirs of Thomas Campbel*, 2 vols., Londres 1860.

REDE, L.T., *Memoir of the right honourable George Canning late premier of England*, Londres 1827.

RIVAS, Duque de, (Angel Saavedra), *Obras completas del duque de Rivas*, Editorial Atlas (B.A.E., tomos 100-102), Madrid 1957.

ROCAFUERTE, V. *Rocafuerte y el periodismo en Inglaterra*, Colección Rocafuerte, vol.12, Quito 1947.

- ROMERO ALPUENTE, J., *Observaciones sobre la probable disolución del Estado, o lo que es lo mismo, la continuación del actual ministerio hasta después del viaje compuesto de los señores San Miguel, Gasco, Vadillo, Navarro, Egea, López Baños, Capaz*, Madrid, 1823, 12 pp.
- \_\_\_\_\_, *Los tres días grandes de Francia y los medios de llegar a ver otros iguales en la infeliz España*, Londres, septiembre de 1830, 27 pp.
- \_\_\_\_\_, *Historia de la revolución española y otros escritos*, 2 vols., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1989.
- ROTALDE, S., *Escollos en el océano político donde naufragan los tribunos*, Imprenta del Censor, por León Amarita, Madrid 1821.
- \_\_\_\_\_, *La revolución o hechos sin máscaras sobre el origen de las turbulencias y discordia de los españoles, estado de la nación, abusos del poder y medios de salvar la patria y el honor*, Imprenta de León Amarita, Madrid 1823.
- \_\_\_\_\_, *La España vindicada o baraja de fulleros en la época de la revolución española*, Impreso por J. Brettell, Londres 1825.
- ROUSSEAU, J.J., *Las Confesiones*, Alianza Editorial, Madrid 1997.
- SAENZ DE VINIEGRA, M<sup>al</sup>., *Vida del general D. José María de Torrijos y Uriarte, escrita y publicada por su viuda doña...*, Imprenta de Manuel Minuesa, 2 vols., Madrid 1860.
- SALAS, R. de, *Lecciones de derecho político constitucional*, (estudio preliminar de J.L. Bermejo Cabrero), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1982.
- SAN MIGUEL, E., *Memoria sucinta de lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del comandante general de la primera división don Rafael del Riego, desde su salida de la ciudad de San Fernando el 27 de enero de 1820, hasta su total disolución en bienvenida el 11 de marzo del mismo año*, Sevilla 1820.
- \_\_\_\_\_, *Vida de D. Agustín de Argüelles*, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos, 2 vols., Madrid 1851-1852.
- SANROMÁ, J., *Mis memorias*, Tipografía de M. G. Hernández, Madrid 1877, 2 vols.
- SANTILLAN, R. de, *Memoria histórica sobre los Bancos Nacional de San Carlos, Español de San Fernando, Isabel II, Nuevo de San Fernando y de España*, Fortanet, Madrid 1865.
- \_\_\_\_\_, *Memorias (1815-1856)*, 2 vols., Editorial Gómez, Pamplona 1960 (introducción de F. Suárez).
- SAYRÓ, E., *Examen de las teorías del librecambio y de los resultados del sistema protector, traducido del francés con algunas notas relativas a España*, Imprenta de S.M., Madrid 1847.
- Sociedad de Economía Política. Discusión sobre la enseñanza obligatoria*, Imprenta de Matute y Compagni, Madrid 1858.
- SOLSONA, C., *Notas humorísticas*, Luis Navarro, Madrid 1882.
- SOUTHEY, R., *Life of Nelson*, John Murray ed., Londres 1840.
- SPIRITUAL, H.W. (editor), *Cancionero moderno de obras alegres*, Londres 1875.
- SWINBURNE, H., *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*, P. Elmsly, Londres 1779.
- TOCQUEVILLE, A., *El antiguo régimen y la revolución*, Alianza Editorial, Madrid 1982, 2 vols.
- \_\_\_\_\_, *Recuerdos de la revolución de 1848*, Edit. Trotta, Madrid 1994.
- \_\_\_\_\_, *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid 1995, 2 vols.
- TOWNSEND, J., *A journey through Spain in the years 1786 and 1787, with particular attention to the agriculture, manufactures, commerce, population, taxes and revenue of that country*, 3 vols., C. Dilly, Londres 1791.

VALERA, J., *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX. (Con introducción y notas biográficas y críticas)*, tomo 1, Librería de Fernando Fe, Madrid 1902.

\_\_\_\_\_, *Correspondencia (1847-1857)*, Imprenta Alemana, Madrid 1913.

\_\_\_\_\_, *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid 1930.

\_\_\_\_\_, *Obras completas*, tomo III: "Correspondencia. Historia y política. Discursos académicos. Miscelánea", Aguilar, Madrid 1958.

\_\_\_\_\_, *Una anatomía electoral. Correspondencia familiar (1855-1864)*, Sirmio, Barcelona 1992.

VILLANUEVA, J.L., *Vida literaria de Joaquín Lorenzo Villanueva o Memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo*, 2 vols., Imprenta de A. Mackintosh, Londres 1825.

VILLAUURUTIA, Marqués de (W. Ramírez de Villaurrutia), *La Reina Gobernadora*, Tipografía Artística, Madrid 1925.

*La Voix de la Nature*, ediciones de 1807, 1809 (Londres) y 1820 (París).

VV.AA. *Sermones revolucionarios del Trienio liberal (1820-1823)*, (ed. G. Dufour), Instituto Juan Gil-Albert, Alicante 1991.

VV.AA., *Textos exaltados del Trienio liberal* (ed. Gil Novales), Júcar, Madrid 1978.

### 3) Bibliografía actual.

ABELLAN, J.L., *Historia crítica del pensamiento español*, tomos 3 y 4, Espasa Calpe, Madrid 1984.

ADAME DE HEU, W., *Sobre los orígenes del liberalismo histórico consolidado en España (1835-1840)*, Universidad de Sevilla, Servicio de Publicaciones, Sevilla 1997.

ALAS, Leopoldo, "Alcalá Galiano. El periodo constitucional de 1820 a 1823. Causas de la caída del sistema constitucional. La emigración española hasta 1833", *La España del siglo XIX*, Madrid, 1886, vol. II, pp. 471-520.

ALBEROLA, G., *Don Rafael del Riego, 1820-1823, centenario glorioso* (Alicante 1900, *La ejecución de Riego*, Imprenta de El Tiempo, Madrid 1928.

ALBERTI, J., *Martínez Marina. Derecho y política*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo 1980.

ALMENAR, S. y VELASCO, R., "Una etapa de la consolidación del librecambio en España: el viaje de Richard Cobden por Andalucía (1846)", en G. Ruiz (coord.) *Andalucía en el pensamiento económico*, Arguval, Málaga 1987, pp. 105-118.

ALVAREZ JUNCO, J., (comp.) de *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, C.I.S.-Siglo XXI, Madrid 1987.

\_\_\_\_\_, "A vueltas con la revolución burguesa", en *Zona Abierta*, nº 36/37 (1987), pp. 81-106.

\_\_\_\_\_, "La invención de la Guerra de la Independencia", en *Claves de Razón Práctica*, nº 67, (nov. de 1996), pp. 10-19 (publicado anteriormente en *Studia Historica*, vol. 12, 1994, pp. 75-99).

\_\_\_\_\_, "El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras", en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.) en *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid 1997, pp. 35-67.

AMUNATEGUI REYES, M.L., *José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*, Imprenta Nacional, Santiago de Chile, 1888.

ANTON MELLON, J., *Las ideas sociales en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1857-1902). Catolicismo político y fundamento capitalista del liberalismo español en la segunda mitad del siglo XIX*, Publicaciones de la Universitat Autònoma de Barcelona, microformas, Barcelona 1989.

\_\_\_\_\_, "Ordenamiento jurídico burgués y cuestión social (catolicismo político y fundamentalismo capitalista del liberalismo español en la segunda mitad del siglo XIX)", en R. Bergalli y E. Marí (coord.), *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*, P.P.U., Barcelona 1989, pp. 1-30.

ANTON MELLON, J. y CAMINAL, M., (coords.), *Pensamiento político en la España contemporánea (1800-1950)*, Teide, Barcelona 1992.

AREILZA, J.M<sup>a</sup>, *Historia de una conspiración romántica*, S. Aguirre Impresor, Madrid 1950.

ARANGUREN, J.L., *Moral y sociedad. La moral social en la España del siglo XIX*, Edicusa, Madrid 1967.

ARTOLA, M., *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Aguilar, Madrid 1974, 2 vols.

ARX, J.P. von, *Preventive progress: a study of the relationship of religion, politics and the historiography of progress in the work of some nineteenth century British historians*, Yale University, U.M.I., Ann Arbor 1981.

ASTUR, E., (Enriqueta García-Rayón Infanzón), *Riego (Estudio histórico-político de la Revolución del año veinte)*, Escuela Tipográfica de la Residencia Provincial de Niños, Oviedo 1933.

*El Ateneo a través de la historia de España*, Ateneo de Madrid, Madrid 1982.

AZAÑA, M., *Tres generaciones del Ateneo*. Imprenta Saez Hnos., Madrid 1930.

\_\_\_\_\_, *Ensayos sobre Valera*, Alianza Editorial, Madrid 1971.

AZCONA, J.M<sup>a</sup>, *Clara-Rosa, masón y vizcaíno*, Espasa Calpe, Madrid 1935.

AZORIN, *Rivas y Larra*, Espasa Calpe, Madrid 1973.

BAHAMONDE, A., "Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)", en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid 1986, Alfoz, volumen 1, pp. 325-375.

BAHAMONDE, A. y MARTINEZ, J.A., *Historia de España. Siglo XIX*, Cátedra, Madrid 1994.

BAHAMONDE, A. y TORO, J., "Los orígenes de la sociedad mercantil matritense: estudio de un grupo de presión librecambista (1842-1846)", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XII, (Madrid 1976), pp. 239-253.

\_\_\_\_\_, *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid 1978.

BALLBÉ, M., *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza Editorial, Madrid 1985.

BARÓ PAZOS, J., "Hacia la consolidación del régimen parlamentario en España: el Congreso de los Diputados en la Constitución de 1837", *Revista de Estudios Políticos*, nº 57, (Madrid 1987), pp. 57-106.

BAROJA, P., *Aviraneta o la vida de un conspirador*, Espasa Calpe, Madrid 1978.

BEERMAN, E., *El diario del proceso y encarcelamiento de Alejandro Malaspina (1794-1803)*, Editorial Naval, Madrid 1992.

BELLAMY, R., *Liberalism and modern society. An historical argument*, Polity Press, Oxford-Cambridge 1992.

BELLAMY, R. (ed.) *Victorian Liberalism: a nineteenth-century political thought and practice*, Routledge, Londres 1990.

BENEYTO, J.M<sup>a</sup>, *Apocalipsis de la modernidad. El decisionismo político de Donoso Cortés*, Gedisa, Barcelona 1993.

BÉNICHOU, P., *La coronación del escritor. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, F.C.E., México 1981.

\_\_\_\_\_, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, F.C.E., México 1984.

BENITO RUANO, E., "De la emigración política en el siglo XIX: un informe confidencial de 1826", *Hispania*, nº105, (Madrid 1967) pp.161-183.

BERLIN, I., *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid 1996.

BERMEJO, J.L., "Diálogos sobre los principios de las leyes de Ramón de Salas", en *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, nº 62 (Madrid 1981), pp. 191-204.

BERTELSEN REPETTO, R., *El senado en España*, Instituto de Estudios Administrativos, Madrid 1974.



BERTINI, G.B., "La poética de Gustavo Adolfo Bécquer y de Antonio Alcalá Galiano", en *Studia hispanica in honorem Rafael Lapesa*, III, 1975, pp. 73-89.

BLANCO VALDÉS, R., "Rey, Cortes y fuerza armada en el Trienio liberal: hacia la progresiva parlamentarización de la monarquía constitucional", en *Materiales para el estudio de la Constitución de 1812*, Tecnos-Parlamento de Andalucía, Madrid 1989, pp. 75-118.

\_\_\_\_\_, *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1820-1823*, Siglo XXI, Madrid 1988.

BLAS GUERRERO, A. de, *Sobre el nacionalismo español*, Centro de Estudios Constitucionales, Cuadernos de debate nº 15, Madrid 1989.

BLASCO OLAETXEA, C., *Los liberales fueristas guipuzcoanos (1833-1876)*, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián 1982.

BLUMENBERG, H., *Die Legitimität der Neuzeit*, Suhrkamp, Frankfurt/Main 1966.

BOISVERT, G., "Lettres inédites de Juan Valera à Latino Coelho", en *Bulletin des Études Portugaises*, t. XXVIII-XXIX (1967-68), pp. 213-286.

BONIFACIO, M<sup>a</sup> F.de, *Seis estudos sobre o liberalismo portugues*, Estampa, Lisboa 1996.

BONO, G., *La Constitution britannique devat l'opinion française de Montesquieu à Bonaparte*, Paris 1931.

BOUSSAGOL, G., *Angel de Saavedra, duc de Rivas*, Edouard Privat, Toulouse, 1926.

BRAMSTEAD, E.K., y MELHUSH, K.J., *El liberalismo en Occidente*, Unión Editorial, Madrid 1982, 5 vols.

BRAVO-VILLASANTE, C., *Biografía de Juan Valera*, Editorial Aedos, Barcelona 1959.

BULDAIN JACA, B., *Las elecciones de 1820. La época y su publicística*, Secretaría General Técnica del Ministerio del Interior, Madrid 1993.

BULLON DE MENDOZA, A., *Bravo Murillo y su significación en la política española*, Gráficas Valera, Madrid 1950.

BULLON DE MENDOZA, A., *La primera guerra carlista*, Actas, Madrid 1992.

BURDEAU, F., y MORABITO, M., "Les expériences étrangères et la première Constitution française", *Pouvoirs*, nº 50, (1989), pp. 97-112.

BURDEAU, G. y otros, *Diversité du libéralisme politique en Europe au XIXème siècle*, Maison des sciences de l'homme d'Aquitaine, Maison des sciences de l'homme d'Aquitaine, Talence 1984.

BURDIEL, I., *La política de los notables (1834-1836): moderados y avanzados durante el régimen del Estatuto Real (1834-1836)*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia 1987.

BURDIEL, I., (ed.), *La política en el reinado de Isabel II*, Ayer, Marcial Pons, Madrid 1998.

BURGOS, C. de, *Fígaro*, Imprenta de "Alrededor del Mundo", Madrid 1919.

\_\_\_\_\_, *Gloriosa y desdichada muerte de don Rafael del Riego: un crimen de los Borbones*, Biblioteca Nueva, Madrid 1931.

BURROW, H.W., *A Liberal Descent. Victorian Historians and the English Past*, Cambridge University Press, Cambridge 1981.

BUTTERFIELD, H., *The Whig interpretation of history*, G. Bell and Sons, Londres 1931.

CABEZA SANCHEZ-ALBORNOZ, S., *Los sucesos de 1848 en España*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1981.

CABRERA, M<sup>a</sup> I., "Algunas consideraciones en torno al Consejo de Estado en la Constitución de 1812", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VI-IX-1996), pp. 233-242.

CAMBRONERO, L., *Torrijos, opúsculo biográfico*, (Málaga 1931), Arguval Málaga 1992.

CANOSA, R., "Pastor Díaz y sus conferencias en el Ateneo de Madrid sobre el socialismo", en *Arbor*, nº 41, (Madrid 1949) pp. 175-182.

CANOVAS DEL CASTILLO, A., *Discurso leído el 31 de enero de 1884, por... Presidente del Ateneo*, en *Discursos leídos en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo de la apertura del curso de 1884*, Imprenta Central, Madrid 1884.

CANOVAS SANCHEZ, F., "Los generales y el partido moderado (1843-1854). Contribución al estudio de un problema básico de la época isabelina", en *Revista de la Universidad Complutense*, nº 28, (1979), pp. 105-122.

\_\_\_\_\_, *El partido moderado*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1982.

\_\_\_\_\_, "Los partidos políticos", en *La España isabelina y el sexenio democrático (1835-1874)*, tomo XXXIV de la *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1981, pp. 371-499.

CARASA, P. (editor), *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid 1994.

CARNERO, G., *Los orígenes del romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia, Valencia 1978.

\_\_\_\_\_, "Une contribution inédite à l'histoire des idées esthétiques dans l'Espagne du debut du XIXème siècle: un texte inconnu d'Antonio Alcalá Galiano", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo XVI (1980), pp. 291-308.

CARO BAROJA, J., *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Istmo, Madrid 1986, vol. III.

CASES MENDEZ, J.I., "La práctica electoral en la época del Estatuto Real" en *Revista de Derecho Político*, U.N.E.D., nº 20 (1983), pp. 68-93.

CASTELLS, I., *La utopía insurreccional del liberalismo español. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Crítica, Barcelona 1989.

\_\_\_\_\_, y L. ROURA (editores), *Revolución y democracia. El jacobinismo europeo*, Ediciones del Orto, Madrid 1995.

CASTRO, C. de, *Romanticismo, periodismo y política: Andrés Borrego*, Tecnos, Madrid 1975.

\_\_\_\_\_, *La Revolución Liberal y los municipios españoles*, Alianza Editorial, Madrid 1979.

CHADWICK, O., *The secularization of the European mind in nineteenth century*, Cambridge University Press, Cambridge 1975.

CHRISTIANSEN, E., *Los orígenes del poder militar en España, 1808-1845*, Aguilar, Madrid 1974.

CIRUJANO, P., y otros, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, C.S.I.C., Madrid 1985.

CLAVERO, B., "Origen constitucional de la codificación civil en España (entre Francia y Norteamérica)", en C. Petit (coord.), *Derecho privado y revolución burguesa. II seminario de historia del derecho privado*, Marcial Pons, Ediciones Jurídicas, Madrid 1990, pp. 53-85.

\_\_\_\_\_, *Razón de estado, razón de individuo, razón de historia*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1991.

COLOMER VIADEL, A., *Los liberales y el origen de la monarquía parlamentaria*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid 1988.

\_\_\_\_\_, *El sistema político de la Constitución española de 1837*, Congreso de los Diputados, Madrid 1989.

COMELLAS, J.L., *Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823)*, Estudio General de Navarra, Pamplona 1958.

\_\_\_\_\_, *La teoría del régimen liberal español*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1962.

\_\_\_\_\_, *El trienio liberal*, Rialp, Madrid 1963.

\_\_\_\_\_, *Los moderados en el poder, 1844-1854*, C.S.I.C., Madrid 1970.

\_\_\_\_\_, "Dinámica y mentalidad en la burguesía gaditana en el siglo XVIII", en *La burguesía mercantil gaditana (1650-1868)*, Instituto de Estudios Gaditanos-Excmo. Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz 1976, pp. 13-40.

\_\_\_\_\_, "La construcción del partido moderado", en *Aportes*, nº 26, año IX (diciembre 1994), pp. 5-21.

*Constituciones españolas*, Congreso de los Diputados, Gabinete de Publicaciones, Madrid 1986.

CORONAS GONZÁLEZ, J.R., *El diputado Agustín de Argüelles. Vida parlamentaria*, Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, Ribadesella 1994.

COSORES, N., "¿Por qué no hubo jacobinos en el Trienio?", en *Ejército, Pueblo y constitución. Siglos XIX y XX. Homenaje al general R. del Riego. Trienio, Ilustración y Liberalismo*, (Madrid 1988), pp. 243-271.

CROCE, B., *Historia del siglo XIX*, Ariel, Madrid 1996.

CROSSMAN, R.H.S., "El pensamiento político inglés en la tradición europea", en MAYER, J.P. (ed.), *Trayectoria del pensamiento político*, Fondo de Cultura Económica, México 1961, pp. 120-143.

CRUZ, J., "Lealtad y meritocracia: ambivalencias entre discurso público y práctica privada de las élites ilustradas y liberales españolas", en *Historia social*, nº 23, (1995) pp. 101-120.

\_\_\_\_\_, *Gentlemen, bourgeois and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Spanish dominant groups, 1750-1850*, Cambridge University Press, Cambridge 1996.

CULLER, A.D., *The Victorian mirror of history*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1985.

CUTTER, D.C., *Malaspina and Galiano: Spanish voyages to the northwest coast, 1791-1792*, University of Washington Press, Seattle 1991.

DELGADO IDARRETA, J.M., "Francisco Javier de Istúriz y Montero: un gaditano del siglo XIX", en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía contemporánea (siglos XIX-XX)*, tomo 1, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba 1979, pp. 49-56.

DEMERSON, G., *Juan Meléndez Valdés y su tiempo, 1754-1817*, Taurus, 2 vols., Madrid 1971.

DEROZIER, A., *Les discussions sur la loi électorale espagnole en 1835 et en 1836: le gouvernement en échec*, Extrait des cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, 1965.

\_\_\_\_\_, *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Turner, Madrid 1978.

DIAZ, E. y MORODO, R., "Tendencias y grupos políticos en las Cortes de Cádiz y en las de 1820", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 201, (Madrid, 1966) pp. 637-675.

DIEZ DEL CORRAL, L., "Individuo y sociedad en el liberalismo europeo", en *Revista de Estudios Políticos*, suplemento de política social, 1945, nº 3, pp. 7-31.

\_\_\_\_ "El pensamiento político de Joaquín Francisco Pacheco", en *De historia y política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1956, pp. 277-302.

\_\_\_\_ *El liberalismo doctrinario*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1984.

\_\_\_\_ *El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico*, Alianza Editorial, Madrid 1989.

DOMERGUE, L., *Le livre en Espagne au temps de la Révolution française*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon 1984.

\_\_\_\_ *Tres calas en la censura dieciochesca: Cadalso, Rousseau, prensa periódica*, Universidad de Toulouse, Institut d'Études Hispaniques et hispano-américaines, Toulouse 1981.

\_\_\_\_ *La censure des livres en Espagne à la fin de l'ancien régime*, Casa de Velázquez, Madrid 1996.

\_\_\_\_ "Notes sur la première édition en langue espagnole de *Contract Social*, 1799", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, III, pp. 375-416.

DROZ, J. (ed.), *Le Romantisme politique en Allemagne*, A. Colin, París 1963.

\_\_\_\_ *Historia de las doctrinas políticas en Alemania*, Aguilar, Madrid 1971.

DURAN DE LA RUA, N., *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1854-1868*, Akal, Madrid 1979.

DUROSELLE, J.B., *Les débuts du catholicisme social en France (1822-1870)*, Presses Universitaires de France, París 1951.

EIRAS ROEL, A., *El Partido Demócrata español (1849-1868)*, Universidad de Navarra, Madrid 1961.

\_\_\_\_ "Sociedades secretas en el reinado de Isabel II", en *Hispania*, nº LXXXVI, (1962), pp. 3-62.

\_\_\_\_ "La política hispano-portuguesa del Trienio Liberal", en *Hispania*, t. XXIII, nº XCI (1963), pp. 401-454.

\_\_\_\_ "Moderados y cartistas: la Patuleia y la reacción española", en *Revista Portuguesa de Historia*, tomo XIV (1970), pp. 189-228.

ELIAS, N., *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México 1987.

ELORZA, A., *La ideología liberal en la Ilustración española*, Tecnos Madrid 1970.

\_\_\_\_ "La ideología moderada en el Trienio liberal", *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 288, (1974) pp. 584-650.

\_\_\_\_ *La modernización de España*, Endymion, Madrid 1990.

\_\_\_\_ "La formación del liberalismo en España", F. Vallespín (ed.) *Historia de la teoría política*, vol.3, Alianza editorial, Madrid 1995, pp. 397-447.

ENRILE ALEIX, J.A., *El Senado en la década moderada (1845-1854)*, U.C.M., Madrid 1980.

ESCUADERO, J.A., "Estudio introductorio" a Martínez Marina, *Teoría de las Cortes*, Junta General del Principado de Asturias, Oviedo 1996.

ESPINA, A., *Espartero o ¡Cúmplase la voluntad nacional!*, Espasa Calpe, Madrid 1945.

ESTRADA SÁNCHEZ, M., "El enfrentamiento entre doceañistas y moderados por la cuestión electoral (1834-1836)", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 100 (IV-VI-1998), pp. 241-272.

FARTOS MARTINEZ, M., "La Ilustración francesa y su difusión en España. (El caso concreto del *Système* del Barón d'Holbach)", en *Investigaciones históricas*, nº 13, (1993) pp. 155-171.

FEITO RODRIGUEZ, H., *Evaristo San Miguel. La moderación de un exaltado*, Fundación Alvargonzález, Gijón 1995.

FERNANDEZ CAINZOS, J.J., *Manuel Colmeiro, economista e facendista*, E.G.A.P., Santiago 1995.

FERNANDEZ CARVAJAL, R., "Historia literaria", en *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. IV, parte 2ª, Ed. Barcelona, Barcelona 1958, pp. 341-366.

\_\_\_\_\_, "Corrientes sensualistas: los grupos sevillano y salmantino y el reformismo pedagógico", en *Historia general de las literaturas hispánicas*, vol. V, Ed. Barcelona, Barcelona 1958., pp. 187-212.

FERNANDEZ MONTESINOS, J., *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Castalia, Madrid 1980.

FERRER BENIMELI, J.A., *Bibliografía de la masonería*, F.U.E., Madrid 1978, 2ª edición.

\_\_\_\_\_, *La Masonería española en el siglo XVIII*, Siglo XXI, Madrid 1986.

\_\_\_\_\_, *Masonería española contemporánea*, vol. 1: 1800-1868, Siglo XXI, Madrid 1987.

FLAQUER MONTEQUI, R., "El ejecutivo en la revolución liberal", *Ayer*, nº 1, (1991) pp. 37-66.

\_\_\_\_\_, "La petición de derechos de 1834", *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VII-IX 1996), pp. 243-255.

FOGARTY, M.P., *Historia e ideología de la democracia cristiana, 1820-1953*, Tecnos, Madrid 1964.

FONTANA, J., *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Ariel, Barcelona 1983.

FREEDEN, M., *The New Liberalism. An Ideology of Social Reform*, Clarendon Press, Oxford 1986.

FUSI, J.P., "Centralismo y localismo: la formación del estado español", en G. Gortázar (editor), *Nación y estado en la España liberal*, Fundación Ortega y Gasset-Editorial Nóesis, Madrid 1994, pp. 77-90.

FYVIE, J. (ed.), *Noble dames and notable men of the Georgian Era*, Constable and Co., vol. 1, Londres 1910.

GALINDO HERRERO, S., "Donoso Cortés y su paralelo con Balmes y Pastor Díaz", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 69 (Madrid 1953), pp. 111-139.

GARCIA BARRON, C., "Don Antonio Alcalá Galiano y la Fontana de Oro", en *Hispania*, XLVII (1964), pp. 91-94.

\_\_\_\_\_, "Antonio Alcalá Galiano, diplomático decimonónico", *Arbor*, LXVII, VII-VIII-1967, pp. 5-31.

\_\_\_\_\_, "La Gaceta Patriótica del Ejército Nacional", en *Revista de Occidente* nº 97, IV-1971.

\_\_\_\_\_, "Alcalá Galiano y el Príncipe de la Paz", *La Torre*, (San Juan de Puerto Rico), XVI, 1968, nº 60, pp. 241-248.

\_\_\_\_\_, *La obra crítica y literaria de don Antonio Alcalá Galiano*, Gredos, Madrid 1970.

GARCÍA DE ENTERRIA, E., "Prefectos y gobernadores civiles. El problema de la administración periférica en España", en *La administración local. Estudios de ciencia de la administración*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1961, pp. 83-118.

GARCIA FERNANDEZ, J., *El origen del municipio constitucional: autonomía y centralización en Francia y en España*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid 1983.

GARCIA LEÓN, J.Mª, *La Milicia Nacional en Cádiz durante el Trienio Liberal (1820-1823)*, Caja de Ahorros de Cádiz, Cádiz 1983.

GARCIA MARTI, V., *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Dossat, Madrid 1948.

GARCÍA RONDA, A., *La transformación de la foralidad guipuzcoana (1837-1844)*, Guipuzkoa Donostia Kutxa, San Sebastián 1991.

GARCÍA RUIZ, J.L., "Luis María Pastor: un economista en la España de Isabel II", en *Revista de Historia Económica*, nº 1, año XIV, (Madrid inv. 1996), pp. 205-227.

GARCIA VAQUERO, A., *Comercio colonial y guerras revolucionarias. La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla 1972.

GARRIDO PALAZON, M., *La filosofía de las Bellas Letras y la historia literaria en España (1777-1844)*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería 1992.

GARRORENA, A., "La sociedad como base de la autoridad en la ideología del moderantismo español", en *Anales de la Universidad de Murcia. Derecho*, nº 14-, curso 1970-1.

\_\_\_\_\_, *El Ateneo de Madrid y la teoría de la monarquía liberal, 1836-1847*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1974.

\_\_\_\_\_, "Estudio introductorio" *Lecciones de derecho político*, de Alcalá Galiano. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1984.

GIL CREMADES, J.J., y otros (coords.), *La configuración jurídico-política del estado liberal en España. Actas del congreso en conmemoración del segundo centenario del nacimiento de D. Alejandro Oliván (1796-1996)*, Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de Huesca, Universidad de Zaragoza, Huesca 1997.

GIL NOVALES, A., *Las Sociedades Patrióticas (1820-1823)*, 2 vols., Tecnos, Madrid 1975.

\_\_\_\_\_, *Rafael del Riego. La revolución de 1820, día a día. Cartas, escritos y discursos*, Tecnos, Madrid 1976.

\_\_\_\_\_, "El problema de la revolución en el liberalismo español (1808-1868)", en *Estudios de historia social*, nº 22/23 (1982), pp. 7-22.

\_\_\_\_\_, (ed.), *La prensa en la revolución liberal. España, Portugal y América Latina*, U.C.M. Madrid 1983.

\_\_\_\_\_, "El movimiento juntero de 1835 en Andalucía", en *Cuadernos de Filología. Literatura: análisis III* (Universidad de Valencia), 3, 1983, pp. 85-118.

\_\_\_\_\_, *El primer Ateneo (1820-1823)*, Ateneo de Madrid, Madrid 1986.

\_\_\_\_\_, *El Trienio Liberal, Siglo XXI*, Madrid 1989.

GIRARD, L., *Les libéraux français, 1814-1875*, Aubier, París 1985.

GOMEZ APARICIO, P., *Historia del periodismo español. Desde la Gaceta de Madrid (1661) hasta el derrocamiento de Isabel II*, Editora Nacional, Madrid 1967.

GOMEZ IMAZ, M., *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid 1910.

GONZALEZ ALONSO, B., "Las raíces ilustradas del ideario administrativo del moderantismo español", en VV. AA. *De la Ilustración al liberalismo. Symposium en honor al profesor Paolo Grossi*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1995, pp. 157-196.

GONZALEZ-CUEVAS, P., *Perfil ideológico de la derecha española (teología política y orden social en la España contemporánea)*, U.C.M., Madrid 1992.

GONZALEZ PALENCIA, A., "Para la historia de la Fontana de Oro", *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, III (1926), pp. 110-113.

GOOCH, G.P., *Historia e historiadores del siglo XIX*, F.C.E., México 1942.

GRASES, P., "La trascendencia de la actividad de los escritores españoles e hispanoamericanos en Londres", *Boletín del Instituto cultural Venezolano Británico*, (Caracas), II, 1943, nº 18, pp. 101-175.

GRAY, J., *Liberalismo*, Alianza Editorial, Madrid 1994.

GRICE-HUTCHINSON, M., *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*, Alianza Editorial, Madrid 1995.

GUARDIA, C. de la , "La Revolución Americana y el primer parlamentarismo español", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, IX-1996, pp. 205-218.

GUERRERO, A.C., "La política británica hacia España en el Trienio Constitucional", en *Espacio. Tiempo. Forma*, (U.N.E.D.), Serie V, Historia Contemporánea, 1991, nº 4, pp. 215-239.

GUNNELL, D., *Sutton Sharpe et ses amies français*, Bibliothèque de la Revue de littérature comparée, tomo 26, París 1925.

GUTIERREZ NOGALES, M., *Rafael del Riego: datos biográficos, romancero y documentos*, Gómez Caro, Sevilla 1988.

HALEVY, E., *La formation du radicalisme philosophique. III. Le radicalisme philosophique*, Félix Alcan Editeur, París 1904.

\_\_\_\_\_, *History of the English People in the Nineteenth Century*, Londres 1924.

\_\_\_\_\_, *England in 1815*, Nueva York, 1949..

HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Alianza Editorial, Madrid 1991.

HEMMINGS, F.W.J., *Culture and Society in France, 1789-1848*, University of Leicester Press, Leicester 1987.

HERR, R., *España y la revolución del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid 1964.

\_\_\_\_\_, "Spain", en SPRING, D. (editor), *European landed elites in the nineteenth century*, John Hopkins University Press, Baltimore 1977.

HERRERO, J., *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Alianza Editorial, Madrid 1988.

HIJANO, M<sup>a</sup> A., "Alcaldes constitucionales y jefes políticos: bases del régimen local en la primera época del constitucionalismo", *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VII-IX-1996), pp. 259-271.

HOHENDAHL, P.U., *Literarische Kultur im Zeitalter des Liberalismus, 1830-1870*, Beck, Munich 1985.

HONDERICH, T., *El conservadurismo. Un análisis de la tradición anglosajona*, Península, Barcelona 1993.

IGLESIAS, M<sup>a</sup>C., *El pensamiento de Montesquieu. Política y ciencia natural*, Alianza Universidad, Madrid 1984.

\_\_\_\_\_, *Los cuerpos intermedios y la libertad en la sociedad civil*, I.N.A.P., Madrid 1986.

\_\_\_\_\_, "Los hombres detrás de las ideas", en *Historia y pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*, EUDEMA, Madrid 1987, volumen II, pp. 83-107.

\_\_\_\_\_, *Individualismo noble. Individualismo burgués. Libertad y participación política en el liberalismo francés del siglo XVIII*, discurso leído el día 4 de noviembre de 1991 en la recepción pública de la Excm. Sra. Doña M<sup>a</sup> del Carmen Iglesias Cano y contestación por el Excmo. Sr. Don Luis Díez del Corral y Pedruzo, R.A.H., Madrid 1991.

IRIBARREN, J.M<sup>a</sup>, *Espoz y Mina, el liberal*, Aguilar, Madrid 1967.

IZARD, M., *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Crítica, Barcelona 1979.

JANKE, P., *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1853)*, Siglo XXI, Madrid 1974.

JARAUSCH, K.H. y JONES, L.E. (ed.), *In search of a liberal Germany studies in the history of German liberalism from 1789 to the present*, St. Martin's Press, Nueva York 1990.

JARDIN, A., *Alexis de Tocqueville, 1805-1859*, Fondo de Cultura Económica, México 1988.  
\_\_\_\_\_, *Historia del liberalismo político. De la crisis del absolutismo a la Constitución de 1875*, Fondo de Cultura Económica, México 1989.

JOVER, J.M<sup>a</sup>, "Sociedad y estado en tiempos del Estatuto Real", en *Revista Internacional de Sociología*, nº 107-108, (Madrid 1969), pp.3-29.

\_\_\_\_\_, *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Turner, Madrid 1976.

\_\_\_\_\_, "Caracteres del nacionalismo español", en *Zona Abierta*, IV-VI-1984, pp. 1-22.

\_\_\_\_\_, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Espasa Calpe, Madrid 1992.

JURETSCHKE, H., *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, C.S.I.C., Madrid 1951.

JUTGLAR, A., *Ideologías y clases en la España contemporánea. I. 1808-1874*, Cuadernos para el Diálogo, Edicusa, Madrid 1968.

KIRK, R., *The conservative mind. From Burke to Eliot*, Gateway Editions, Washington 1987 (7ª edición).

KIRKPATRICK, S., *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Gredos, Madrid 1977.

KOSELLECK, R., *Crítica y crisis del mundo burgués*, Rialp, Madrid 1965.

LABRA, R.M<sup>a</sup>, *El Ateneo, 1835-1905. Notas históricas*, Tipografía de Alfredo Alonso, Madrid 1906.

LAFARGA, F., *Voltaire en España*, Editions de la Universitat de Barcelona, Barcelona 1982.

LAFUENTE, A. y SELLES, M., *El Observatorio de Cádiz, 1753-1831*, Ministerio de Defensa, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid 1988.

LANGEWIESCHE, D., *Liberalismus in Deutschland*, Suhrkamp. Frankfurt Main 1988.

LASARTE, J., "Adam Smith ante la Inquisición y la Academia de la Historia", en *Hacienda Pública Española*, nº 33, 1975, pp. 201-242.

LASKI, H.J., *El liberalismo europeo*, Fondo de Cultura Económica, México 1977 (5ª reimpr.).

LEFEBVRE, G., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Ed. Martínez Roca, Barcelona 1985.

LEGAZ LACAMBRA, L., "El socialismo visto por Nicomedes Pastor Díaz", en C. Viñas (editor) *Estudios de historia social de España*, III (1955), pp. 124-164.

LEMA AÑÓN, C., *Aproximación ó pensamento xurídico-político de Manuel Colmeiro (181-1894)*, E.G.A.P., Santiago 1996.

LEON Y DOMINGUEZ, J.M<sup>a</sup>, *Recuerdos gaditanos*, Tipografía de Cabello y Lozón, Cádiz 1897.

LOPEZ, L., "León del Arroyal auteur des *Cartas político-económicas al Conde de Lerena*", en *Bulletin hispanique*, LXIX, 1-2 (janvier-juin de 1967), pp. 26-55.

LOPEZ ALONSO, C., "La pobreza en el pensamiento político. España, primera mitad del siglo XIX", en *Historia Social*, nº 13, (1992), pp. 139-156.



- LOPEZ NUÑEZ, J.L., *Románticos y bohemios*, Editorial Ibero-Americano, Madrid 1929.
- LOPEZ-CORDON, M<sup>a</sup> V., *El pensamiento político-internacional del federalismo español*, Ed. Planeta, Barcelona 1975.
- \_\_\_\_\_, "La política exterior", en *La época isabelina y el sexenio (1834-1874)*, tomo XXXIV de *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1981, pp. 819-899.
- LOPEZ-OCÓN CABRERA, L., *Biografía de "La América": una crónica hispano-americana del liberalismo democrático español (1857-1886)*, C.S.I.C. Madrid 1987.
- LOZANO GUIRAO, P., *El archivo epistolar de don Ventura de la Vega*, Publicaciones de la *Revista de Literatura*, Madrid 1958.
- LLORCA, C., *Emilio Castelar. Precursor de la democracia cristiana*, Biblioteca Nueva, Madrid 1966.
- \_\_\_\_\_, *Isabel II y su tiempo*, Círculo de Lectores, Barcelona 1973.
- LLORENS, V., "Colaboraciones de emigrados españoles en revistas inglesas (1824-1834)", *Hispanic Review*, XIX, 1951, pp. 121-142.
- \_\_\_\_\_, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Castalia, Madrid 1968.
- \_\_\_\_\_, *El romanticismo español. Ideas literarias. Literatura e historia*, Castalia, Madrid 1979.
- \_\_\_\_\_, *Literatura, historia, política*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid 1967.
- LLUCH, E., *El pensamiento económico en Cataluña entre el renacimiento económico y la revolución industrial: la irrupción de la escuela clásica y la respuesta proteccionista*, Tesis doctoral, 3 vols., Universidad de Barcelona, Barcelona 1970.
- \_\_\_\_\_, "La 'gira triunfal' de Cobden por España (1846)", en *Recerques*, (Homenaje a P. Vilar), nº 21, vol. II, 1988, pp. 71-90.
- MANHEINN, K., "El pensamiento conservador", en *Ensayos sobre sociología y psicología social*, F.C.E., México 1963.
- MARAVALL, J.M<sup>a</sup>, "Estudio introductorio" a Martínez Marina, *Discursos sobre el origen de la monarquía y sobre la naturaleza del gobierno*, C.E.C., Madrid 1988.
- \_\_\_\_\_, *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Mondadori, Madrid 1991.
- MARCUELLO BENEDICTO, J.I., *La práctica parlamentaria en el reinado de Isabel II*, Congreso de los Diputados, Madrid 1986.
- \_\_\_\_\_, "La práctica del poder moderador de la Corona en la época de Isabel II", *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, 1987, pp. 197-236.
- \_\_\_\_\_, "Las Cortes y los factores de crisis política de la monarquía constitucional de Isabel II (1845-68)", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, (1988), pp. 81-172.
- \_\_\_\_\_, "Sistema constitucional, práctica parlamentaria y alternativas conservadoras en el liberalismo isabelino", en *Hispania*, LIII/1, nº 183, (1993), pp. 237-276.
- MARCHAND, L. A., *The Athenaeum. A mirror of Victorian culture*, University of North Caroline, Chapel Hill 1941.
- MARIAS, J., "Galiano", en "Homenaje a Alcalá Galiano en el centenario de su muerte", *Boletín de la Real Academia Española*, 1965, tomo 45, cuaderno CLXXVI, pp. 407-421.
- \_\_\_\_\_, *Meditaciones sobre la sociedad española*, Alianza Editorial, Madrid 1968.
- \_\_\_\_\_, *La España posible en tiempos de Carlos III*, Planeta, Madrid 1988.
- MARICHAL, C., *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España, 1834-1844*, Cátedra, Madrid, 1980.
- MARICHAL, J., *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Taurus, Madrid 1995.

MARRAST, R., *José de Espronceda y su tiempo. Literatura, sociedad y política en tiempos del Romanticismo*, Crítica, Barcelona 1989.

MARTINEZ CACHERO, L. A., *Alvaro Flórez Estrada. Su vida, su obra política y sus ideas económicas*, Diputación de Asturias, Oviedo 1961.

MARTINEZ DORADO, G., "La formación del estado y la acción colectiva en España, 1808-1845", en *Historia Social*, nº 15, (inv. 1993), pp. 101-118.

MARTINEZ MARTIN, J.A., "Libros y librerías. El mundo editorial madrileño del siglo XIX", en *Anales del Instituto de Estudios madrileños*, C.S.I.C., Madrid 1990, pp. 145-172.

\_\_\_\_\_, *Lecturas y lectores en el Madrid del siglo XIX*, C.S.I.C., Madrid 1991.

\_\_\_\_\_, *El mundo cultural europeo en las bibliotecas de las élites madrileñas (1830-1870)*, en *Aula de Conferencias: Madrid, capital europea de la cultura*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid 1991, pp. 1-27.

\_\_\_\_\_, *Los espacios culturales del Madrid isabelino*, Instituto de Estudios Madrileños-Ayuntamiento de Madrid, Madrid 1994.

MARTINEZ QUINTEIRO, E., *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz*, Narcea, Madrid 1977.

MARTINEZ OLMEDILLA, A., *Anecdotario del siglo XIX*, Aguilar, Madrid 1957.

MARTINEZ TORRON, D., *Los liberales románticos españoles ante la descolonización americana (1808-1833)*, M.A.P.F.R.E., Madrid 1983.

MASTELLONE, S., *Historia de la democracia en Europa. De Montesquieu a Kelsen*, E.D.E.R.S.A., Madrid 1990.

\_\_\_\_\_, *Pensamiento político europeo (1815-1975)*, E.D.E.R.S.A., Madrid 1991.

MATEO DEL PERAL, D.I., "Andrés Borrego y el problema de las clases medias", en *Revista de Estudios Políticos*, nº126, (XI-XII-1962), pp. 279-319.

MAYER, J.P., *Alexis de Tocqueville*, Tecnos, Madrid 1965.

MEINECKE, F., *El historicismo y su génesis*, F.C.E., Madrid 1983.

MENDEZ GARCIA, Z., *Los siglos de oro de Tuña*, vol. II: *La historia de Riego*, Heredera R.P. del Río, Lurca 1932.

MENENDEZ PIDAL, G., *El siglo XIX visto por sus contemporáneos*, 2 vols., C.E.C., Madrid 1988.

MINA APAT, M<sup>a</sup>C., *Fueros y revolución liberal, crisis del Antiguo Régimen en Navarra (1808-1841)*, Servicio de reprografía de la U.C.M., Madrid 1983 (*Fueros y revolución liberal en Navarra*, Alianza Editorial Madrid 1981).

MIÑAMBRES, J., "Nicomedes Pastor Díaz en la crisis de 1848: una clave del pensamiento social de Antonio Cánovas del Castillo", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 82, nº 3 (1985), pp. 413-470.

MOLINER PRADA, A., *Joaquín María López y el partido progresista, 1834-1843*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante 1988.

MORAL RUIZ, J., *Hacienda y sociedad en el Trienio Constitucional, 1820-1823*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid 1975.

MORALES MOYA, A., "Los conflictos ideológicos en el siglo XVIII español", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 80, 1993, pp. 7-37.

\_\_\_\_ "Biografía y narración en la historiografía actual", *Problemas actuales de la historia*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca 1993.

MORALES MOYA, A. y ESTEBAN DE VEGA, M. (editores), *La historia contemporánea en España. Actas del primer congreso de historia contemporánea de España*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca 1992.

MORANDI, A., "Alcalá Galiano nel romanticismo spagnolo", en *Miscellanea di Studi Ispanici*, Pisa, 1964, pp. 5-37.

MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1979.

\_\_\_\_ *La Revolución Francesa en la historiografía española del siglo XIX*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1979.

\_\_\_\_ "Quince cartas sobre liberalismo histórico español", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 28, 1982, pp. 211-226.

\_\_\_\_ "Lord Holland y los orígenes del liberalismo español", *Revista de Estudios Políticos*, nº 36, XI-XII 1983, pp. 181-217.

\_\_\_\_ "Las ideas políticas de *El Español*", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 39, 1984, pp. 65-106.

\_\_\_\_ "La revolución liberal de 1820 ante la opinión pública española", en *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, 1986, nº 52, pp. 91-110.

\_\_\_\_ "Sugerencias inglesas para unas Cortes españolas", en *Materiales para el estudio de la Constitución de 1812*, Parlamento de Andalucía-Tecnos, Madrid 1989, pp. 499-520.

\_\_\_\_ "Las ideas constitucionales de Blanco White", en *Materiales para el estudio de la Constitución de 1812*, Parlamento de Andalucía-Tecnos, Madrid 1989, pp. 521-543.

\_\_\_\_ *La generación española de 1808*, Alianza Editorial, Madrid 1989.

\_\_\_\_ *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland (1793-1840)*, Congreso de los Diputados, Madrid 1997.

\_\_\_\_ *Blanco-White, la obsesión de España*, Alfar, Sevilla 1998.

MORILLO CRESPO, A., "Presencia de don Antonio Alcalá Galiano en el siglo XIX" en *Cinco gaditanos ante la historia*, Aula Militar de Cultura, Gobierno Militar, Cádiz 1971, pp. 5-25.

MORODO, R., "Reformismo y regeneracionismo en el contexto ideológico y político de la Constitución de Bayona", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 83, 1994, pp. 29-77.

MOSSE, G.L., *La cultura europea del siglo XIX*, Ariel, Barcelona 1997.

NEGRO, D., *El liberalismo en España: una antología*, Unión Editorial, Madrid 1988.

\_\_\_\_ "El pensamiento político", en *La época del romanticismo (1808-1874). Orígenes, religión, filosofía, ciencia*, tomo XXXV, vol. 1º, de la *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1989, pp. 533-655.

NESBITT, G. L., *Benthamite reviewing. The first twelve years of the Westminster Review, 1824-1836*, Columbia University, Columbia 1934.

NETO, V. (Coord.), *A Revolução Francesa e a Península Iberica*, Revista da Historia das Ideias, nº 10, vol. 1, Instituto da História das ideias, Faculdade de Letras, Coimbra 1988.

NIDO Y SEGALERVA, J., *Historia política y parlamentaria de D. Antonio de los Ríos Rosas*, Imprenta de V. Tordesillas, Madrid 1913.

\_\_\_\_ *Historia política y administrativa de S.A.D. Baldomero Espartero*, Imprenta de R. Velasco, Madrid 1916.

NIETO, A., *Los primeros pasos del estado constitucional. Historia administrativa de la regencia de María Cristina de Borbón*, Ariel, Barcelona 1996.

NISBET, R., *Conservadurismo*, Alianza Editorial, Madrid 1995.

NUÑEZ DE ARENAS, M., "El Duque de Rivas, protegido de Merimée", en *Revista de Filología Española*, nº 15, (1928), pp. 388-397.

O'GORMAN, F., *British conservatism. Conservative thought from Burke to Thatcher*, Longman, Nueva York 1986.

OLIET PALA, A., *El conflicto social y la legitimación de la monarquía ante la revolución de 1868*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid 1989.

OLIVA MARRA-LOPEZ, A., *Andrés Borego y la política española del siglo XIX*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1959.

OLIVEIRA MARTINS, J., *Portugal contemporaneo*, Guimaraes Editores, Lisboa 1996.

OPISSO, A., *Semblanzas políticas del siglo XIX*, Barcelona 1908.

ORTE LLEDO, A., "El posicionamiento astronómico en las costas de América en la Expedición Malaspina", en *La Expedición Malaspina (1789-1794). Bicentenario de la salida de Cádiz*, Real Academia Hispanoamericana, Comisión Nacional Quinto Centenario, Cádiz 1994.

ORTEGA Y GASSET, J., *La rebelión de las masas*, Espasa Calpe, Madrid 1993.

ORTIZ ARMENGOL, P., *De cómo llegó a Inglaterra, y a quién, y adónde el primer ejemplar de "Fortunata y Jacinta" enviado por su autor*, Londres 1981.  
\_\_\_\_\_, *Aviraneta o la intriga*, Espasa Calpe, Madrid 1994.

ORTIZ DE ORTUÑO, J.M<sup>a</sup>, "Las limitaciones de la revolución burguesa en España: el estado liberal y los fueros vascos", en *Trienio*, nº 13, (mayo de 1989), pp. 183-200.

PABON, J., *Narváez y su época*, Espasa Calpe, Madrid 1983.

PAEZ RIO, E., *Iconografía hispana*, Imprenta de Hauser y Menet, vol. I, Madrid 1966.

PALACIOS BAÑUELOS, L., *Historia de Córdoba. La etapa contemporánea (1808-1936)*, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba 1990.

PALAU Y DULCET, A., *Manual del librero hispanoamericano*, J.M. Viader Impresor, Barcelona 1948, tomos 1º y 4º.

PALLARES MORENO, J., *León del Arroyal o la aventura intelectual de un ilustrado*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada-Instituto Feijóo de Estudios del siglo XVIII, Granada-Oviedo 1993.

PASAMAR ALZURIA, G., "La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX", en *Historia Contemporánea (U.P.V.)*, nº 11, (1994), pp. 183-213.

PECES-BARBA, G., "Los derechos fundamentales en la cultura jurídica española", en *Anuario de derechos humanos*, U.C.M., Facultad de Derecho, Instituto de Derechos Humanos, Madrid (enero de 1982), pp. 169-253.

\_\_\_\_\_, *Tránsito a la modernidad y derechos fundamentales*, Mezquita, Madrid 1982.

PEERS, E.A., "The first English professor of Spanish: Antonio Alcalá Galiano", en *Estudios Hispánicos en homenaje a H.M. Huntington*, (Wellesley), 1952, pp. 491-497.

\_\_\_\_\_, *Historia del movimiento romántico español*, 2 vols., Gredos, Madrid 1973.

PEGENAUTE, P., *Trayectoria y testimonio de José Manuel del Regato*, EUNSA, Pamplona 1978.

PENDAS, B., *J. Bentham: política y derecho en los orígenes del estado constitucional*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1988.

PEREZ DÍAZ, R.L., "Las elecciones a Cortes en el Trienio Liberal", en *Revista de las Cortes Generales*, nº 38 (1996), pp. 261-286.

PEREZ GALDOS, B., *Episodios nacionales*, Alianza Editorial, Madrid 1976-1980.

\_\_\_\_\_*Recuerdos y memorias*, Tebas, Madrid 1975.

\_\_\_\_\_*La Fontana de Oro*, Alianza Editorial, Madrid 1985

PEREZ GARZON, J.S., "Los acontecimientos del 7 de julio de 1822. Datos para un análisis socio-político", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XI, (1975), pp. 1-15.

\_\_\_\_\_*Milicia nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño*, C.S.I.C., Madrid 1978.

\_\_\_\_\_"La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en M. Tuñón de Lara y otros, *Historiografía española contemporánea*, Siglo XXI, Madrid 1980.

\_\_\_\_\_"El *Eco del Comercio*, portavoz del programa revolucionario de la burguesía española, 1832-1835", en *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*, Madrid 1983, pp. 509-524.

PEREZ DE GUZMAN Y GALLO, J., *El dos de mayo en Madrid*, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid 1908.

PEREZ LEDESMA, M., "Ricos y pobres: pueblo y oligarquía, explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español", en *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 10 (1991), pp. 59-88.

PEREZ LUÑO, A., "Jeremy Bentham and legal education in the University of Salamanca during the Nineteenth Century", en *The Bentham's Newsletter*, nº 5 (1981), pp. 44 y ss.

PEREZ NUÑEZ, J., "Los debates parlamentarios de la ley municipal de 1840", *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, (VII-IX-1996), pp. 273-291.

\_\_\_\_\_*La Diputación foral de Vizcaya. El régimen foral en la construcción del estado liberal (1808-1868)*, C.E.C.-U.A.M., Madrid 1996.

PI Y SUNYER, C., *Patriotas americanos en Londres*, Monte Avila Editores, Caracas 1978.

PICARD, R., *El romanticismo social*, F.C.E., México 1987 (2ª edición).

PIQUERAS ARENAS, J.A., "La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía", en *Historia Social*, nº 24, (1996), pp. 95-134.

PITOLLET, C., "Une poésie inconnue d'Antonio María Alcalá Galiano sur la mort de la reine Isabelle de Bragance", en *Hispania* (Institut d'Études Hispaniques de l'Université de Paris, I-III-1919), pp. 307-314.

PUYOL, J., *La conspiración de Espoz y Mina (1824-1830)*, Separata del Boletín de la Real Academia de la historia, tomo C, Madrid 1932.

RAMOS ARGÜELLES, A., *Agustín Argüelles (1776-1844). Padre del constitucionalismo español*, 2 vols., Ed. Atlas, Madrid 1990.

RAMOS SANTANA, A., *La burguesía gaditana en la época isabelina*, Cátedra Adolfo de Castro, Fundación Municipal de Cultura, Cádiz 1987.

RAWNSLEY, W., *The life, diaries and correspondence of lady Franklin, 1792-1875*, Erskine Macdonald, Londres 1923.

*Las Reales Academias del Instituto de España*, Alianza Editorial, Madrid 1992.

REES, M.A., "Un refugiado agresivo: Nicolás Santiago Rotalde y el gobierno francés de los años 1830", en *Hispania*, nº 150, (1982), pp. 207-219.

REIG SALVÁ, C., *Vicente Salvá. Un valenciano de prestigio internacional*, Institución Alfonso el Magnánimo-C.S.I.C., Valencia 1972.

REVESZ, A., *Un dictador liberal: Narváez*, Aguilar, Madrid 1953.

REVUELTA GONZALEZ, M., "Religión y formas de religiosidad", en *La época del romanticismo (1808-1834). Orígenes. Religión. Filosofía. Ciencia*, tomo XXXV, vol. 1º de la *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1989, pp. 215-327.

RINGROSE, D.R., *Imperio y Península. Ensayos sobre historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, Siglo XXI, Madrid 1987.

\_\_\_\_\_, *España, 1700-1900. El mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid 1996.

RIOS SAINZ, J. del, "El dandy ante la epopeya", en *El Español*, nº 27, 1-V-1943.

RIQUER, B. DE, "La débil nacionalización española en el siglo XIX", en *Historia Social*, nº 20, (1994), pp. 97-114.

RIVAS SANTIAGO, N., *Políticos, gobernantes y otras figuras españolas*, Tipografía Artística, Madrid 1933.

\_\_\_\_\_, *Curiosidades históricas contemporáneas. Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*, Editorial Juventud, Barcelona 1942.

\_\_\_\_\_, *Anecdotario histórico*, Aguilar, Madrid, 1946.

\_\_\_\_\_, *Miscelánea de episodios históricos. Páginas de mi archivo y apuntes para mis "Memorias"*. (Quinta parte del Anecdotario Histórico Contemporáneo), Editora Nacional, Madrid 1950.

\_\_\_\_\_, *Narraciones contemporáneas. Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias* (Séptima parte del Anecdotario Histórico Contemporáneo), Editora Nacional, Madrid 1953.

ROCAMORA, J.A., "Un nacionalismo fracasado: el iberismo", en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V: Historia Contemporánea*, nº 2, (U.N.E.D. 1989) pp. 29-56.

\_\_\_\_\_, *El nacionalismo ibérico, 1792-1936*, Universidad de Valladolid, Valladolid 1994.

RODRIGUEZ, S., *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII: ideología liberal de don Ramón de Salas y Cortés*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca 1979.

RODRIGUEZ ALONSO, M., "La intervención británica en España durante el gobierno progresista de Mendizábal", en *Hispania*, 1975, nº 130, pp. 343-390.

\_\_\_\_\_, "Tratado de comercio hispano-británico firmado por Mendizábal y Villiers en 1835", en *Hispania*, nº 143, (1979), pp. 689-698.

\_\_\_\_\_, "Espartero y las relaciones comerciales hispano-británicas (1840-1843)", en *Hispania*, nº 160, (1983) pp. 323-361.

\_\_\_\_\_, "El Estatuto Real de 1834. El embajador británico en la preparación y redacción definitiva del texto", *Revista de Estudios Políticos*, nº 44, (III-IV 1985), pp. 189-209.

\_\_\_\_\_, "Otra visión de los gobernantes, políticos y militares españoles durante la regencia de M<sup>a</sup> Cristina (1833-39)", *Revista de Estudios Políticos*, nº 65, (VII-IX 1989), pp. 229-263.

RODRIGUEZ-ARANA MUÑOZ, X., *Manuel Colmeiro: un ilustre administrativista galego*, E.G.A.P., Santiago 1994.

RODRIGUEZ ARANDA, L., "La recepción y el influjo de John Locke en España", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 76 (1954), pp. 115-130.

ROGEL, C. y VATTIER, C. (dircts.), *Manuel Alonso Martínez. Vida y obra*, Tecnos-Caja de Ahorros Municipal de Burgos, Madrid 1991.

ROJAS SANCHEZ, G., *Los derechos políticos de asociación y de reunión en la España contemporánea (1811-1936)*, Eunsa, Pamplona 1981.

ROMAN OJEDA, F.D., *Riego, héroe de Las Cabezas*, Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan, Sevilla 1988.

ROMANONES, Conde de, *Espartero, el General del pueblo*, Espasa Calpe, Madrid 1932.

ROMEO MATEO, M<sup>o</sup>C., "Del principio de la legitimidad a la defensa de la libertad de la nación: la revolución de 1820 y las relaciones internacionales", en *Hispania*, nº 168 (1988), pp. 201-226.

\_\_\_\_ "Teoría política y agitación social en los orígenes del liberalismo exaltado: la oposición al gobierno Bardaji-Feliú, 1821-1822", en *El Jacobinismo. Reacció y revolució a Catalunya y a Espanya, 1789-1837*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona 1989, pp. 431-447.

\_\_\_\_ *Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta (1814-1833)*, Instituto de Cultura Juan Gil Albert-Diputación de Alicante, Alicante 1993.

ROMERO MORENO, J.M., *Proceso y derechos fundamentales en la España del siglo XIX*, C.E.C., Madrid 1983.

ROZALEJO, Marqués de, *Cheste o todo un siglo*, Espasa Calpe, Madrid 1935.

RUBIO POBES, C.: *Revolución y tradición. El País Vasco ante la revolución liberal y la construcción del Estado español (1808-1868)*, Siglo XXI, Madrid 1996.

\_\_\_\_ "El País Vasco y la implantación del estado liberal: centralización y unidad constitucional", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 95, (I-III-1997), pp. 219-242.

RUEDA, G., *La desamortización de Mendizábal y Espartero en España*, Cátedra, Madrid 1986.

RUGGIERO, G. de, *Historia del liberalismo europeo*, Editorial Pegaso, Madrid 1944.

RUIZ OTIN, D., *Política y sociedad en el vocabulario de Larra*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983.

RUIZ SALVADOR, A., *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1835-1885)*, Tamesis Books Limited, Londres 1971.

RUPEREZ, P., *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*, Edicusa, Madrid 1975.

SÁ, V. de, *A crise do liberalismo e as primeiras manifestações das ideias socialistas em Portugal (1820-1852)*, Seara Nova, Lisboa 1974.

\_\_\_\_ *Perspectivas do século XIX*, Limiar, Oporto 1976.

SABINE, G., *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1983.

SAENZ DE TEJADA BENVENUTI, C., *Juan Valera. Serafin Estébanez Calderón (1850-1858). Crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde (como coyuntura humana, a través de un diplomático intelectual)*, Moneda y Crédito, Madrid 1971.

SAINZ, M<sup>o</sup>D., "Liberalismo y ejército: la *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 1820", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 38 (III-IV-1984), pp. 127-146.

SAINZ Y RAMIREZ DE SAAVEDRA, J., *El duque de Rivas en la historia y en la política española del siglo XIX*, Discurso pronunciado en la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes con motivo de su recepción como académico de número (20-V-1968), Socios de Rivadeneyra, Madrid 1968.

SAINZ DE VARANDA, R., *Colección de Leyes Fundamentales*, Acribia, Zaragoza 1957.

SALDAÑA, L., "Bentham en España", en *Revista general de legislación y jurisprudencia*, CXXXIX (1921), pp. 390 y ss.

SALOM, J., "La relación hispano-portuguesa al término de la época iberista", en *Hispania*, (1965), pp. 219-259.

SANCHEZ AGESTA, L., *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1979.

\_\_\_\_\_*Historia del constitucionalismo español*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1984.

\_\_\_\_\_"Poder ejecutivo y división de poderes", en *Revista Española de Derecho Constitucional*, nº 3, (1981), pp. 9-42.

SANCHEZ ALBORNOZ, N., *España hace un siglo: una economía dual*, Alianza Editorial, Madrid 1988.

SANCHEZ BLANCO, F., "La filosofía sensista y el sueño de la razón romántica", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 381 (1982), pp. 509-521.

\_\_\_\_\_"La concepción del yo en las autobiografías españolas del siglo XIX. De las *Vidas* a las *Memorias* y *Recuerdos*", Separata del boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español, año XV, nº 29, 1983, pp. 39-46.

\_\_\_\_\_"La 'Revolución Española' y el liberalismo alemán del siglo XIX: Hermann Baumgarten y la historia de España", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 58, (X-XII-1987), pp. 267-280.

\_\_\_\_\_*Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Alianza Editorial Madrid 1991.

SÁNCHEZ GARCÍA, R., "El partido moderado frente a la revolución de 1848", en *Memorana*, nº 2, I-VI de 1998, pp. 24-28.

\_\_\_\_\_"El primer exilio de Antonio Alcalá Galiano (1824-1834)", en *Investigaciones históricas*, [en prensa].

SANCHEZ MANTERO, R., *Liberales en el exilio (la emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen)*, Rialp, Madrid 1975.

\_\_\_\_\_*Estudios sobre Gibraltar. Política, diplomacia y contrabando en el siglo XIX*, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz 1989.

SANCHEZ MEJIA, M<sup>a</sup>L., *Benjamín Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, Alianza Editorial, Madrid 1992.

\_\_\_\_\_"Tradición histórica e innovación política en el primer liberalismo español", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 97, (VII-IX de 1997), pp. 277-289.

SÁNCHEZ PARDO, S., *La revolución de 1848 en España*, 2 vols., tesis doctoral, U.C.M., Madrid 1985.

SANCHEZ RIVERA DE LA LASTRA, J., "El utilitarismo. Estudio de las doctrinas de Jeremías Bentham. Su expositor en España", en *Revista general de legislación y jurisprudencia* t. 138-139 PROBABLE 1921.

SANDERS, LI., *The Holland House Circle*, Methuen and Co., Londres 1908.

SANTANA MOLINA, M., *La Diputación Provincial en la España decimonónica*, Instituto Nacional de Administración Pública, Madrid 1989.

SARRAILH, J., *Un homme d'état espagnol: Martínez de la Rosa (1787-1862)*, París 1930.

\_\_\_\_\_*La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1979.

SCHMITT, C., *Interpretación europea de Donoso Cortés*, Madrid 1952.

SCHRAMM, E., *Donoso Cortés. Su vida y su pensamiento*, Madrid 1936.

SCHWARTZ, P., "De la libertad de comercio por José Joaquín de Mora. Una defensa del libre-cambio a mediados del siglo XIX", en *Anales de Economía*, nº 5-8 (I-XII-1970).



SCHRAMM, E., *Donoso Cortés. Su vida y su pensamiento*, Madrid 1936.

SCHWARTZ, P., "De la libertad de comercio por José Joaquín de Mora. Una defensa del libre-cambio a mediados del siglo XIX", en *Anales de Economía*, nº 5-8 (I-XII-1970).

\_\_\_\_\_, "La influencia de Jeremías Bentham en España", en *Información comercial española*, (IX-1976), pp. 37-57.

\_\_\_\_\_, "Bentham's influence in Spain, Portugal and Latin America", en *The Bentham's Newsletter*, nº 1 (1978), pp. 34 y ss.

SEBOLD, R.P., "Enlightenment philosophy and the emergence of Spanish romanticism", en A.O. Aldbridge *The Ibero-American Enlightenment*, Urbana, Illinois 1971, pp. 111-140.

\_\_\_\_\_, "Alcalá Galiano y la literatura dieciochesca: paradoja histórica y 'visión filosófica' (Artículo-reseña a los 135 años)", en J. Amor y A. Kossof, *Homenaje a Juan López Morillas*, Castalia, Madrid 1982, pp. 383-404.

SECO SERRANO, C., *Militarismo y civilismo en la historia de España*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid 1984.

SEIDMAN, S., *Liberalism and the origins of European social theory*, University of California Press, Berkeley, 1983.

SEOANE, M<sup>a</sup>C., *El primer lenguaje constitucional español (las Cortes de Cádiz)*, Moneda y Crédito, Madrid 1967.

\_\_\_\_\_, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Castalia, Valencia 1977.

\_\_\_\_\_, y M<sup>a</sup>D. SAINZ, *Historia del periodismo en España. El siglo XIX*, vol. 2, Alianza Universidad, Madrid 1987.

SERRAO, J.V., *Herculano e a consciencia do liberalismo português*, Bertrand, Lisboa 1977.

\_\_\_\_\_, *História de Portugal*, vols. VIII (1832-1851) y IX (1851-1890), Verbo, Lisboa 1989.

SILVELA Y DE VILLEUZE, L., *Bentham: sus asuntos sobre temas españoles, el expositor de sus sistema en España*, discurso pronunciado con motivo de la recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 8-IV-1894.

SIMON DIAZ, J., *Liceo Artístico y Literario (Madrid 1838)*, Instituto "Nicolás Antonio", C.S.I.C., Madrid 1947.

\_\_\_\_\_, *Manual de bibliografía de la literatura española*, Gredos, Madrid 1980.

SKINNER, Q., "La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas", en R. Rorty, J.B. SCHNEEWIND y Q. SKINNER (comp.), *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Paidós, Barcelona 1990.

SMITH, R.S., "English economic thought in Spain, 1776-1848", en *The South Atlantic Review*, vol. LXVII, nº 2, pp. 306-337.

\_\_\_\_\_, "La riqueza de las naciones en España y en Hispanoamérica, 1780-1830", en *Hacienda Pública Española*, 1973, nº 23, pp. 240-256.

SOLÀ Y MONTSERRAT, R., *L'Institut Industrial de Catalunya y l'associacionisme industrial des de 1820 a 1854*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1997.

SOLER PASCUAL, E., "Ocios de Españoles Emigrados: una revista del exilio londinense", en A. Mestre Sánchez y E. Giménez López (eds.) *Disidencias y exilios en la España moderna. Actas de la IV reunión de la Asociación Española de Historia Moderna*, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante 1997, pp. 833-848.

SOLIS, R., "Las sociedades secretas y las Cortes de Cádiz. Necesidad de una revisión del problema", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 93, 1957, pp. 111-120.

\_\_\_\_\_, *Historia del periodismo gaditano (18001-1850)*, Instituto de Estudios Gaditanos, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz 1971.

\_\_\_\_\_, *El Cádiz de las Cortes*, Editorial Sílex, Madrid 1987.

SORIA ORTEGA, A., "Notas sobre Hugo Blair y la retórica española del siglo XIX", en *Homenaje a Emilio Orozco*, Granada 1979, vol. III, pp. 363-388.

SOSA, L. de, *Martínez de la Rosa*, Espasa Calpe, Madrid 1930.

SPELL, J.R., *Rousseau in the Spanish world before 1833*, The University of Texas Press, Austin 1938.

SUAREZ, F., *Donoso Cortés y la fundación de 'El Heraldo' y 'El Sol'*, EUNSA y Editora Regional de Extremadura, Pamplona 1986.

\_\_\_\_\_, "Los comienzos parlamentarios de Donoso Cortés", *Revista de Estudios Políticos*, nº 65, VII-IX 1989, pp. 7-34.

\_\_\_\_\_, *Vida y obra de Juan Donoso Cortés*, Eunate, Pamplona 1997.

TARR, F.C., "Reconstruction of a decisive period in Larra's life (may-november, 1836)", en *Hispanic Review*, vol. V, nº 1 (enero 1937), pp. 1-24.

TAXONERA, L., *Un político español del siglo XIX. González Bravo y su tiempo (1811-1871)*, Editorial Juventud, Barcelona 1941.

TEDDE, P., "Del Banco de San Carlos al Banco de España (1782-1856)", en C. Marichal y P. Tedde, (coords.), *La formación de los bancos centrales en España y América Latina (Siglos XIX y XX)*, Madrid 1994, vol. 1, pp. 19-47.

\_\_\_\_\_, "La banca", en *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, tomo XXXIII de la *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1997, pp. 353-390.

TIETZ, M. (editor), *La secularización de la cultura española en el Siglo de las Luces. Actas del congreso de Wolfenbüttel*, O. Harrassowitz, Wiesbaden 1992.

TODD, C., "A provisional bibliography of published Spanish translations of Voltaire", en *Studies in Voltaire and the eighteenth century*, t. CLXI, Oxford 1976, pp. 43-136.

TOMAS Y VALIENTE, F., *Martínez Marina, historiador del derecho*, R.A.H., Madrid 1991.

\_\_\_\_\_, "El Consejo de Estado en la Constitución de 1812", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, (V-VIII 1995), pp. 9-22.

\_\_\_\_\_, "Estudio introductorio", a los *Discursos* de A. Argüelles, Junta General del Principado de Asturias, Oviedo 1995, pp. IX-LXXIX.

\_\_\_\_\_, "Génesis de la Constitución de 1812. I. De muchas leyes fundamentales a una sola constitución", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo LXV, (1995), pp. 3-126.

TOMAS VILLARROYA, J., "La Constitución de Cádiz en la época del Estatuto", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 126, (1962) pp. 251-277.

\_\_\_\_\_, "Los orígenes del control parlamentario en España", *Revista de Estudios Políticos*, nº 132, 1963, pp. 103-143.

\_\_\_\_\_, "Las primeras elecciones directas en España", separata de *Anales de la Universidad de Valencia*, vol. XXXVIII, cuaderno II 1964-65, pp. 7-56.

\_\_\_\_\_, "Alcalá Galiano entre dos destierros", en *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, 1966, nº 66, pp. 153-200.

\_\_\_\_\_, *El sistema político del Estatuto Real (1834-1836)*, I.E.P., Madrid 1968.

\_\_\_\_\_, *Breve historia del constitucionalismo español*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1994.

TORRE, J., *Archivo General de Central de Alcalá de Henares. Reseña histórica y clasificación de sus fondos*, Alcalá de Henares, s.f.

TORRES, F., "Alcalá Galiano, conservador", en *Razón española*, nº 84, (julio de 1997), pp. 37-50.

TORRES RUIZ, J.R., "Martínez Marina y la Declaración de Derechos de 1789: un modelo de recepción reformista del espíritu liberal francés", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 67, 1990, pp. 189-211.

TORTELLA, G., "El Banco de España entre 1829 y 1929. La formación de un banco central", en *El Banco de España. Una historia económica*, Banco de España, Madrid 1970.

\_\_\_\_\_, *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Tecnos, Madrid 1982 (2ª edición).

TREVELYAN, G.M., *History of England*, Longmans, Green and Co., Londres 1945.

TRIAS VEJARANO, J.: "Los diferentes modelos de Estado-nación en el ciclo revolucionario español del siglo XIX", en A. Gil Novales (ed.), *La revolución burguesa en España*, U.C.M., Madrid 1985, pp. 151-177.

TUERO BERTRAND, F., *Riego, proceso a un liberal*, Nobel, Oviedo 1995.

TUÑÓN DE LARA, M., *Estudios sobre el siglo XIX español*, Siglo XXI, Madrid 1978.

ULLMAN, P.L., *Mariano José de Larra and Spanish political rhetoric*, University of Wisconsin Press, Milwaukee 1971.

UMBRAL, F., *Larra. Anatomía de un dandy*, Alfaguara, Madrid 1965.

UNAMUNO, M. de, *Tres conferencias sobre liberalismo español*, Claudio García editor, Montevideo 1924.

URIGÜEN GONZALEZ, M<sup>a</sup>B., *Origen y desarrollo de la derecha española en el siglo XIX*, Editorial de la U.C.M., 2 vols., Madrid 1981. Parte de este libro fue publicado con el título *Origen y evolución de la derecha española: los neocatólicos*, C.E.H., C.S.I.C., Madrid 1986.

URQUIJO GOITIA, J.R., "Las contradicciones políticas del bienio progresista", en *Hispania*, I-IV de 1997, vol. LVII/1, pp. 267-302.

VALERA SÁNCHEZ, M., *Juan Valera, político*, Diputación Provincial, Córdoba 1983.

VALGOMA, D. de la, "Alcalá Galiano y el Duque de Rivas, en la Real Academia de la Historia", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1965, tomo CLVII, cuaderno II, pp. 197-212.

VALLESPIN, F., "Contrato social y orden burgués", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 38, II-1984, pp. 147-176.

\_\_\_\_\_, (editor), *Historia de la teoría política*, vol. 5, Alianza Editorial, Madrid 1993.

VALLS, J.F., *Prensa y burguesía en el siglo XIX español*, Anthropos, Barcelona 1988.

VARELA, J., *Jovellanos*, Alianza Editorial, Madrid 1989.

VARELA, J.L., "Larra, diputado por Avila", en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Universidad de Granada, Granada 1979, tomo III, pp. 515-545.

VARELA SUANZES, J., *La teoría del estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (las Cortes de Cádiz)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1983.

\_\_\_\_\_, "La Constitución española de 1837: una constitución transaccional", en *Revista de Derecho Político* (U.N.E.D.), nº 20, (1983), pp. 95-106.

\_\_\_\_\_, "Tres cursos de Derecho Político en la primera mitad del siglo XIX: las lecciones de Donoso Cortés, Alcalá Galiano y Pacheco", en *Revista de las Cortes Generales*, nº 8 (1986, ° 2), pp. 95-131.

\_\_\_\_\_, "Rey, Corona y Monarquía en los orígenes del constitucionalismo español: 1808-1814", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 55, (I-III-1987), pp. 123-195.

\_\_\_\_ "La monarquía en el pensamiento de Benjamin Constant (Inglaterra como modelo)", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº 10, (Madrid 1991), pp. 121-138.

\_\_\_\_ "El liberalismo francés después de Napoleón (de la anglofobia a la anglofilia)", en *Revista de Estudios Políticos*, nº 76, (IV-VI-1992), pp. 29-43.

\_\_\_\_ "La monarquía en la historia constitucional española", *Revista de las Cortes Generales*, nº 30, (Madrid 1993), pp. 101-118.

\_\_\_\_ "Estudio introductorio" a Martínez Marina, *Principios naturales de la moral, de la política y de la legislación*, Junta General del Principado de Asturias, Oviedo 1993.

\_\_\_\_ "El pensamiento constitucional español en el exilio: el abandono del modelo doceañista (1823-1833)", en *Revista de Estudios Políticos*, IV-VI-1995, nº 88, pp. 63-90.

\_\_\_\_ "Constitución y liberalismo español del siglo XIX", *Revista de las Cortes Generales*, nº 10, (1987), pp. 28-109.

VELASCO PEREZ, R., *Pensamiento económico en Andalucía (1800-1850). Economía política, libremercado y proteccionismo*, Ed. Agora, Málaga 1990.

VELASCO ZAZO, A., *Salones madrileños del siglo XIX*, Madrid 1947.

VILAR, P., *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Ed. Crítica, Barcelona 1982.

VILLACORTA BAÑOS, F., *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Siglo XXI, Madrid 1980.

\_\_\_\_ "La vida social y sus espacios", en *Historia de España. XXXIII. Los fundamentos de la España liberal (1833-1900)*, tomo XXXIII de la *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid 1997, pp. 661-725.

\_\_\_\_ *Cultura y mentalidades en el siglo XIX*, Síntesis, Madrid 1993.

VILLARES, R. (editor), *Señores y campesinos en la Península Ibérica. Siglos XVIII y XIX*, Crítica, Madrid 1991, volumen 1.

VILLAURRUTIA, Marqués de, *Fernán Núñez, el embajador*, Tipografía Artística, Madrid 1931.

VV.AA., "El arancel en nuestra historia económica", en *Información Comercial Española*, junio de 1960, pp. 14-49.

VV.AA., *Estudios en honor de Colmeiro*, Universidad de Santiago, Santiago 1951.

VV.AA., *Libéralisme chrétien et catholicisme libéral en Espagne, France et Italie dans la première moitié du XIXe siècle: colloque international, 12-13-14 novembre 1987*, Université de Provence, Aix-en-Provence 1989.

VV.AA., *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, Editorial Complutense, Madrid 1990.

WALCH, J., *Les maîtres de l'histoire, 1815-1850: Augustin Thierry, Mignet, Guizot, Thiers, Michelet, E. Quinet*, Slatkine, Ginebra 1986.

WAGNER, H.R., *Exploration in the Strait of Juan de Fuca*, Santa Ana, California 1933.

WILLIAMS, M.A., "Some state documents concerning Alcalá Galiano's exile in France", en *Hispanic Review*, XXIX, IV-1961, nº 2, pp. 110-119.

WINKLER, H.A., *Liberalismus und Antiliberalismus. Studien zu politischen Sozialgeschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Venderhoeck y Ruprecht, Göttingen 1979.

WOODWARD, F. J., *Portrait of Jane. A life of lady Franklin*, Hodder and Stoughton, Londres 1951.

XIMENEZ DE SANDOVAL, F., *Antonio Alcalá Galiano (el hombre que no llegó)*, Espasa Calpe, Madrid 1948.

ZAVALA, I.M., "Las sociedades secretas: prehistoria de los partidos políticos españoles", *Bulletin hispanique*, t. LXXII, I-VI-1970, pp. 113-147.

\_\_\_\_\_, *Masones, comuneros y carbonarios*, Siglo XXI, Madrid 1971.

\_\_\_\_\_, *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*, Madrid, 1972.

ZUMALACARREGUI, L., *El Banco de Isabel II y la crisis de la banca de emisión española de 1847*, Gráficas Reunidas S.A., Madrid 1952.

## **APÉNDICES:**

- Apéndice I: Cronología.
- Apéndice II: Sesión de las Cortes del 11 de junio de 1823.
- Apéndice III: Proyecto constitucional del gobierno Istúriz (1836).
- Apéndice IV: "De la libertad", *La América*, 27-IV-1864.
- Apéndice V: Principales artículos periodísticos de Alcalá Galiano.

## APÉNDICE I: CRONOLOGÍA.

22-VII-1789

Nacimiento de Antonio Alcalá Galiano en Cádiz.

1789

Dionisio Alcalá Galiano comienza su viaje con la expedición Malaspina.

1794

En septiembre regresa Dionisio Alcalá Galiano de su viaje con Malaspina.

1802

Alcalá viaja con su padre a Nápoles para recoger a la prometida de Fernando VII.

1805

Muerte de Dionisio Alcalá Galiano en la batalla de Trafalgar.

1806

Llegada de Antonio Alcalá Galiano a Madrid. Asistencia a la tertulia de Quintana.

1807

Ingresa en la Real Maestranza de Sevilla. Premiado por la Academia de Buenas Letras de Cádiz.

1808

El 8 de noviembre se casa en secreto, poco antes de que Napoleón ocupe Madrid. Regresa a Cádiz.

1809

Amistad con León y Pizarro, lecturas políticas y literarias.

1810

Redacta un escrito refutando el folleto del doctor Allen sobre las Cortes españolas.

1811

Nace su hijo Dionisio. Reanuda su amistad con Martínez de la Rosa. Colabora en el *Redactor General de Cádiz*.

1812

Entra en la carrera diplomática. Publica un artículo en el *Tribuno del Pueblo Español* contra los poderes otorgados a Wellington por la Regencia. Redacta con Santiago Jonama *El Imparcial*.

1813

El 30 de agosto es nombrado secretario de la legación española en Suecia. Se inicia en la masonería. Sale de Cádiz a mediados de octubre y desembarca en Inglaterra a primeros de diciembre.

1814

Entrevista con Madame de Stäel. Llega enfermo a Estocolmo a fines de mayo. Regresa a Cádiz en septiembre.

1816

"Epitalamio", contra Fernando VII con motivo de su matrimonio con M<sup>a</sup> Isabel de Portugal. Conecta con las logias madrileñas.

1818

Toma parte en la polémica calderoniana al lado de José Joaquín de Mora. En noviembre es nombrado secretario de la legación española en Brasil.

1819

Viaja a Cádiz para marchar a Río de Janeiro, pero en el último momento renuncia a su puesto en Brasil y decide participar en los preparativos revolucionarios.

1820

Pronunciamiento de Riego. Redacción de la *Gaceta Patriótica*. 10-III-1820: matanza en Cádiz cuando acuden a negociar Arco Agüero, López Baños y Alcalá Galiano. Fernando VII jura la Constitución. De abril a mayo de 1820 Galiano habla ante el Café del Correo de Cádiz sobre la independencia de América. Regreso de Alcalá Galiano a Madrid como oficial de la Secretaría de Estado. Verano de 1820: intervenciones en la Fontana de Oro.

1821

El 1 de marzo da comienzo la segunda legislatura. Alcalá es nombrado intendente de Córdoba. Agosto de 1821: gobierno de Evaristo San Miguel. Anulación de las elecciones de Lucena (ocupando el cargo de jefe político interino). Participación en el motín de Cádiz (otoño de 1821). A finales de 1821, retorna a Madrid.

1822

Participaciones en la Sociedad Landaburiana. Enfrentamientos entre masones y comuneros. En su defensa, publica *Reflexiones de Antonio Alcalá Galiano sobre El Zurriago nº 79 y 80*. Sucesos de julio de 1822.

1823

Elegido diputado por Cádiz en la segunda legislatura. Resoluciones del Congreso de Verona respecto a España. Abril: Alcalá va a Sevilla con las Cortes. 11-VI-1823: discurso de Galiano pidiendo la declaración de incapacidad de Fernando VII. Octubre: huida de España. Comienzo del exilio. 28-XII-1823: llegada a Londres.

1824-1827

Abril de 1824: publica en la *Westminster Review*. Desde inicios de 1825: vive con Istúriz por falta de recursos económicos. Agosto de 1825: llegada de su hijo Dionisio y su tía a Inglaterra. 26-XII-1826: publica en el *Times* cartas recriminando la pasividad del gobierno inglés con respecto a España.

1828-1830

1828: profesor de la Universidad de Londres. Acude a las clases de John Austin. Trato con Jane Griffin. Publica en la *Revue Trimestrielle* y en la *Foreign Quarterly Review*. 11-VIII-1830: llegada a Francia.

1831-1834

Contactos con los españoles exiliados en Francia. 1832: marcha a Tours con su familia y la de Angel Saavedra. 15-X-1832: Primera amnistía (queda excluido). 23-X-1833: Segunda amnistía (queda excluido). 1834: publica en *The Athenaeum*. Redacta el prólogo a *El moro expósito*, de Angel Saavedra.

1834

7-II-1834: tercera amnistía, en la que está incluido su nombre. 14-VI-1834: entrada por La Junquera. Días en Barcelona y Valencia. 18-VII-1834: llegada a Madrid. 24-VII-1834: apertura de las Cortes. Otoño 1834: incorporación al Estamento de Procuradores. 3-XI-1834: redacta el voto de censura para derribar al gobierno de Martínez de la Rosa (junto a Caballero, Conde de las Navas, Trueba y Joaquín M<sup>a</sup> López).

1835

1-III-1835: Unión de *La Revista Española* y el *Mensajero de las Cortes*. Mayo 1835: unos alborotadores atacan a Martínez de la Rosa; el hijo de Alcalá Galiano es acusado de participar en la agresión. 29-V-1835: cierre de las Cortes. Martínez de la Rosa abandona la presidencia del Consejo. Ministerio del Conde de Toreno. 13-VIII-1835: Movimientos en Madrid. 18-19-20-VIII-1835: Alcalá es detenido y pasa 36 horas incomunicado y 8 días en prisión junto a Miguel Chacón y Durán. Exposición de protesta en el Estamento de Procuradores. IX-1835: Llegada de Mendizábal al poder. 23-IX-1835: la Junta de Cádiz publica un manifiesto declarando nulo



el Estatuto y revocando los poderes de los procuradores de la provincia. 4-X-1835: contestación de Alcalá en carta en la *Revista Española*. Noviembre de 1835: Mendizábal nombra a Alcalá miembro del Consejo Real de España e Indias (sección de Marina) y a su hijo Dionisio para servir como oficial de la secretaría de Hacienda. Apertura de las Cortes. Organización del Ateneo de Madrid. Comienza la ruptura con Mendizábal.

#### 1836

31-III-1836: Alcalá y su hijo Dionisio dejan la *Revista Española* (como consecuencia de la ruptura con Mendizábal). 15-V-1836: Alcalá entra en el gobierno de Istúriz como ministro. Trabaja en un proyecto de reforma de las leyes políticas. 21-V-1836: presentación de un voto de censura contra el gobierno de Istúriz. 23-V-1836: disolución de las Cortes. 25-VII-1836: comienzan los movimientos contra el ministerio en Málaga. Pronunciamiento de La Granja. 6-IX-1836: Alcalá sale de España. 10-IX-1836: llegada a Francia. Primeros meses en París, resto del año en Pau.

#### 1837

Noviembre de 1837: regresa a España, tras 14 meses de exilio. Jura la Constitución de 1837 en Pau. Elegido diputado por Cádiz. 7-XII-1837: llegada a Madrid. Artículos en *El Correo Nacional* (hasta octubre de 1838) y en *La España* (hasta febrero de 1839).

#### 1837-38:

Participaciones en las Cortes. Imparte su primer curso de derecho político en el Ateneo de Madrid.

#### 1839

Marzo de 1839: funda *El Piloto* con Donoso Cortés. Abril de 1839: disolución de las Cortes. Convocadas otras para las que no fue elegido. 13-VII-1839: carta a *El Piloto* en la que se defiende de las acusaciones de apostasía política. 4-VIII-1839: elecciones en la que vencen los progresistas. Alcalá, Istúriz y Martínez de la Rosa son derrotados. Noviembre de 1839: disolución de las Cortes una vez celebrado el Convenio de Vergara.

#### 1840

Febrero de 1840: Alcalá es elegido diputado por Pontevedra. En las Cortes junto a Martínez, frente a Calatrava, Olózaga y Argüelles. Cesa *El Piloto*. Fue muy atacado por González Bravo desde *El Guirigay*. Julio de 1840: suspensión de las sesiones de las Cortes. Movimientos en Barcelona. Alcalá en El Escorial. Acusado de pertenecer a la sociedad de los jovellanistas, lo niega. 1-IX-1840: pronunciamiento de Espartero. 3-IX-1840: huida con el marqués de Cubas. Los descubren en Villacastín. 27-IX-1840: vuelve al Escorial. 30-IX-1840: entra en Madrid, sólo sale de noche. Renuncia de la Reina Madre, Espartero en el poder. Alcalá se retira a las Vascongadas. Le deniegan el pasaporte para Bilbao, se lo dan para Santander, donde pasa mes y medio, posteriormente logra el permiso para ir a Bilbao. Colaboraciones con *El vascongado* y *El vizcaíno originario*.

#### 1841

1-X-1841: sublevación contra Espartero, posible participación de Alcalá según el *Suplemento al Vascongado* (5-X-1841). Fusilamientos de Diego de León, Montes de Oca, Quiroga, etc. Movimientos en el País Vasco proclamando la regencia de la Reina Madre y la implantación de los fueros (lo aplaude, pero no participa; en ello está implicado su primo Manuel Montes de Oca). 20-X-1841: sale de Bilbao, se detiene en Durango tras avatares varios. 11-XII-1841: pasa a Durango y el día siguiente a Deusto. Se embarca para Francia. 31-XII-1841: llegada a Francia.

#### 1842

Exilio en Francia, seis meses y medio en París y el resto en Saint Germain. Fines de 1842, va a Londres con una misión para el partido moderado, donde publica la *Apelación*. Peticiones de traslado a Londres y Bayona.

#### 1843

Junio de 1843: vuelve a París, luego va a Biarritz. Julio de 1843: sucesos en España. Septiembre de 1843: llegada a España. Diputado por Barcelona (Cádiz no le elige), pero se

suspenden las sesiones de las Cortes. Le ofrecen dirigir el colegio de San Felipe Neri en Cádiz.

1844

Elegido diputado por Madrid y comisario regio del Banco de San Fernando. Conferencias en el Ateneo. Senado: defiende su existencia con los elementos conservadores. Recibe su primera condecoración oficial: la Gran Cruz de Carlos III.

1845

La Reina le nombra senador vitalicio. Jura la Constitución de 1845. Se publican su *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*.

1846

Publica la *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de edad de Isabel II*.

1847

Comienza la redacción de las *Memorias*.

1848

Publica sus *Breves reflexiones por la situación que están pasando los pueblos de Europa*. Alcalá Galiano comienza su polémica con Manuel María Gutiérrez al publicar un artículo defendiendo el libre comercio en la *Revista Universal de la Administración*. Es respondido desde el *Semanario de la Industria*.

1851

Nombrado ministro plenipotenciario en Lisboa. Del 27-III-1851 al 12-IX-1854 en Lisboa. Le conceden la Gran Cruz de la Orden de Cristo al marcharse. Estrecha allí su amistad con su sobrino Juan Valera, que era agregado de la embajada.

1854

Regresa a España cuando cae el gobierno. Espartero en el poder. Galiano se mantiene al margen de los acontecimientos.

1856

Subida al poder de Narváez. Alcalá es designado Consejero Real y reelegido senador del Reino.

1857

Intervenciones en el Senado sobre la reforma del mismo. Acude a las reuniones de la Sociedad de Economía Política.

1858

Destinado en Turín como embajador (mayo-julio). Embajador en Lisboa (de septiembre de 1858 a junio de 1859).

1859

O'Donnell en el gobierno apoyado por la Unión Liberal. Alcalá renuncia a su cargo de consejero real y se incorpora al Senado para hacer oposición. 26-XI-1859: nombrado miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Participa en las conferencias que la Sociedad de Economía Política organizó en la Bolsa de Madrid. 25-IV-1859: es nombrado vicepresidente de la recién fundada Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas.

1860

Colaboración de Alcalá Galiano con el *Romancero de la Guerra de África*. 29-VI-1860: muere Dionisio Alcalá Galiano y Aguilar, hijo de nuestro protagonista.

1862-1863

1862: escribe sus *Recuerdos de un anciano*. Aportaciones periodísticas a *La América* y a *La Concordia*. 27-II-1863: fin del gobierno de la Unión Liberal. Participa en las "Conferencias librecambistas" del Ateneo de Madrid.

1864

24-IV-1864: elegido miembro de la Real Academia de la Historia (toma posesión el 26-XII-1864). 16-IX-1864: Narváez le nombra ministro de Fomento. 27-X-1864: publicación de la circular que prohibía la expresión de ideas contrarias al Concordato o la Monarquía.

1865

7-IV-1865: Decreto relevando de su puesto al rector de la Universidad Central (Juan Manuel Montalbán que se había negado a cesar a Castelar. Reacción estudiantil. Tumultos de 8, 9 y 10 de abril. Muere un estudiante.

11-IV-1865

Reunión del Consejo de Ministros presidido por Narváez, se desploma Alcalá por una apoplejía y muere.

## **APÉNDICE II:**

Sesión de las Cortes del 11 de junio de 1823: inhabilitación de Fernando VII.

# CORTES.

## PRESIDENCIA DEL SEÑOR GENER.

### SESION DEL DIA 11.

Se leyó y quedó aprobada el acta de la anterior.

Quedaron publicados como leyes los decretos siguientes, sancionados por S. M. por tener el carácter de tales:

Primero. Sobre los bienes vinculados fecha 22 de Mayo.

Segundo. Sobre el modo de verificar los recursos de segunda suplicacion con la de 24 del mismo.

Tercero. Sobre la sucesion en los bienes dejados a manos muertas.

Cuarto. Sobre el ejercicio de la abogacia de los clérigos en causas civiles y criminales.

Y quinto. Sobre el modo de proceder los tribunales en los asuntos promovidos por los Ayuntamientos, todos con igual fecha.

Se leyó por primera vez, y se mandó imprimir, un proyecto sobre administracion de los bienes pertenecientes a las capellanías de sangre, presentado por la comision de Legislacion.

Se leyeron y hallaron conformes con lo aprobado varias minutas de decretos revisadas por la comision de Correccion de Estilo.

La comision de Agricultura presentó reformado el artículo 3.º del proyecto de decreto sobre positos, el cual quedó aprobado en los términos siguientes: «Se autoriza á los Ayuntamientos para que inviertan el importe de la liquidacion prescrita en el artículo anterior en los suministros de las tropas constitucionales, y en los pedidos que se les hagan para formar almacenes y provisiones de plazas, ó mantener los ejércitos. Se formará la oficina correspondiente, dándose certificaciones á los pueblos, á favor de los fondos de positos, las cuales se presentarán despues á las Cortes para servir de datos en la formacion de los montes pios de labradores».

La comision de Guerra, en vista de la duda ocurrida en la Diputacion provincial de Sevilla sobre si el decreto de 30 de Abril último relativo á los desertores de la Milicia Nacional activa, comprendía á los que lo eran antes de su fecha, opinaba que dicho decreto no debe tener efecto retroactivo, y por lo mismo solo comprende á los desertores desde 30 de Abril último.

Quedó aprobado.

Se declaró haber lugar á votar en la totalidad sobre el proyecto presentado por la comision de Guerra acerca de las proposiciones del Sr. Moure, relativas á la organizacion de los batallones de Milicia Nacional activa.

Quedaron aprobados todos los artículos.

La comision de Diputaciones provinciales opinaba que debía devolverse al Gobierno la exposicion hecha por la Diputacion provincial de Pamplona sobre el repartimiento de cierta cantidad por gastos de la Sociedad Económica y otros establecimientos.

Aprobado.

La misma comision proponia que se devolviese al Gobierno para su informe la exposicion hecha por el Ayuntamiento constitucional de Santa Maria de Caldas, para que se adoptasen ciertos arbitrios destinados á la reparacion del muelle y otras obras de publica utilidad.

Aprobado.

Se mandó quedar sobre la mesa el dictamen de la comision de Casos de responsabilidad, acerca de la queja dada por varios vecinos de Parada contra su alcalde constitucional D. Antonio Lopez Rodriguez.

La misma comision opinaba que se devolviese al Gobierno el expediente relativo á la queja dada por José Sampedro contra ciertos individuos de la Audiencia de Valencia.

Se leyó y halló conforme con lo aprobado la minuta de decreto sobre desestanco del tabaco, que presentaba, revisada la comision de Correccion de Estilo.

Se leyó la siguiente proposicion del Sr. Galiano:

«Pido á las Cortes que en atencion á la situacion de la patria se sirvan llamar al Gobierno para inquirir de él cuál sea nuestra situacion, y cuáles las providencias tomadas para poner en seguridad á la persona de S. M. y á las Cortes, y en vista de lo que contesten, acuerden las Cortes las providencias oportunas.»

Tomó despues la palabra el Sr. Galiano como autor de ella y dijo: Mas es tiempo de obrar que de hablar; mas sin embargo, no dejare de exponer en breves razones los fundamentos en que se apoya mi proposicion. Ya es tiempo de correr el velo que oculta nuestra situacion: la patria se ve en un inminente peligro; pero así como la representacion nacional en otra época, y reducida á un estrecho recinto,

supo salvarse y constituirse; ahora podrá conservarse el Gobierno constitucional, y sostener á la nacion en la gloriosa lucha á que ha sido provocada por otra vecina; pero para esto no se puede dejar de conocer que es necesaria la pronta seguridad de la persona de S. M. y la de las Cortes.

Esto es salvar la patria; pues aunque la Monarquía nunca muere..... *(aplausos repetidos en las galerías)*. Repitió continuó el orador, que aunque la Monarquía nunca muere, porque está consignada en la ley fundamental, faltado esta base, acaba. Se trata, pues, de conservarla. Se trata de impedir que la persona de S. M. caiga en poder de los enemigos, y se trata, en fin, de la salvacion de la patria. No quiero mas sino que las Cortes recuerden lo que sucedió en Nápoles, y lo que recientemente acaba de suceder en Portugal. Llamemos, pues, al Gobierno: sepamos cuál es la situacion de la patria, y decidámonos: arranquemos á S. M. del precipicio en que consejeros pérfidos le están sumiendo.

Yo rogaria al mismo tiempo, no á las Cortes sino á mis conciudadanos, que se revistiesen en la actualidad de la calma necesaria en estos momentos: la calma y union á la representacion nacional nunca es mas necesaria que en crisis como esta, y nunca se ha presentado momento mas digno que este en que los españoles van á oír la voz de sus representantes, convencidos como deben estarlo, de que nadie les excede en el deseo del bien de su patria, que estrechados en cualquier parte, siempre sabrian todavia salvar la ley fundamental; y si ellos cayesen al peso de las desgracias, caerian, pero dejarian con gloria á su patria. *(Repetidos aplausos.)*

Se declaró comprendida esta proposicion en el art. 400 del Reglamento, y admitida á discusion dijo el Sr. Argüelles: Yo desearia que el Sr. Galiano admitiese una adición á la proposicion que acaba de hacer, á saber: que las Cortes permanezcan en sesion permanente hasta que hayan conseguido el objeto que se proponen.

El Sr. GALIANO: Mi intencion ha sido que permaneciesen las Cortes en sesion permanente; y así no tengo dificultad alguna en admitir la adición de mi digno compañero el Sr. Argüelles.

Quedó aprobada la proposicion con la adición propuesta por el Sr. Argüelles; pero habiendo pedido varios señores Diputados que se expresase haber sido aprobada por unanimidad, dijo el Sr. Vargas que él no la aprobaba.

El Sr. Salvato dijo: Pido se exprese en el acta que solo un Sr. Diputado no ha aprobado esta proposicion.

El Sr. ALBEAR: Yo he aprobado la proposicion; pero si se ha de expresar que lo ha sido por unanimidad, no la aprobaré.

Interin se presentaba el Gobierno á dar cuenta á las Cortes de la situacion de la patria, se dió cuenta de varios expedientes particulares y se leyeron las siguientes minutas de decretos que presentaba revisadas la comision de Correccion de estilo, las cuales se hallaron conformes con lo aprobado, á saber: sobre el establecimiento de escuelas náuticas; sobre los derechos que han de pagar los que sean agraciados con algunas distinciones y empleos; sobre la enmienda acordada á un decreto circularo ultimamente por el Gobierno sobre el establecimiento de una subdireccion para las universidades en la Habana, y sobre la supresion de los positos de granos.

Se aprobó una proposicion del Sr. Seoane para que no se procediese á la discusion del repartimiento de las contribuciones, sin haber oído al Secretario del Despacho de Hacienda.

Habiendo entrado en el salon los Sres. Secretarios del Despacho, el Sr. Presidente dijo: Estando presentes los señores Secretarios del Despacho se procede á la lectura de la proposicion del Sr. Galiano.

El Sr. ALBA: Yo desearia que en atencion á que la sesion de hoy es de las mas importantes que puede haber en un Cuerpo legislativo, se siguiesen exactamente todas las disposiciones del Reglamento, no permitiendo en su consecuencia la menor señal de aprobacion ó desaprobacion.

El Sr. PRESIDENTE: Los espectadores estarán instruidos de que les está prohibido tomar parte en las resoluciones del Congreso. El cumplimiento de este artículo del Reglamento es del cargo del Presidente, que le desempeñará con la firmeza que corresponde.

Se leyó la proposicion.

El Sr. GALIANO: He manifestado anteriormente, aunque no á presencia de los Sres. Secretarios del Despacho, los fundamentos en que apoyaba mi proposicion, fundamentos de que las Cortes y el Gobierno se hallarán bien penetrados. Conozco cuál sea la situacion de los Sres. Secretarios del Despacho, y así solo pediré tengan la bondad de manifestar lo que corresponde para la oportuna resolucion de las Cortes. Estas me permitirán les haga algunas preguntas concernientes al asunto. En primer lugar desearia manifestase el Gobierno si tiene conocimiento de la posicion que ocupan los enemigos.

El Sr. Secretario interino del DESPACHO DE LA GUERRA: Ya las Cortes tienen conocimiento de las dificultades con que los comandantes militares adquieren las noticias para conocer los movimientos de los enemigos. Los franceses se han aprovechado de los facciosos para rodearse á dos ó tres leguas, con el objeto de impedir se sepan sus movimientos.

Los facciosos tratan al ciudadano donde quiera que se hallan con el último rigor; y de aquí dimana, según el brigadier Plasencia ha hecho presente al Gobierno, con motivo de haberle este pedido explicaciones á causa de que no daba detalles circunstanciados de la fuerza con que han invadido á Madrid, la imposibilidad, como he dicho, de conocer los movimientos de los enemigos. Sin embargo, el Gobierno ha llegado á obtener noticia de la fuerza poco mas ó menos que ha invadido nuestro territorio.

Para posesionarse los franceses de la capital, se dividieron en tres cuerpos: el uno por Valladolid, el otro por el centro, que se componia de la Guardia Real, compuesta de 6,000 hombres y unos 3,000 caballos. Este cuerpo estaba sostenido por una division de 4,000 hombres por la parte de Tudela. Esta division se dividió en dos mitades, habiendo tomado la una el camino de Tudela, Soria &c., hasta que se reunió con las dos columnas. El Gobierno, por los datos que ha podido adquirir, calcula que ha entrado en la capital una fuerza de 30,000 y mas hombres, entre ellos unos 7,000 caballos.

En cuanto al centro, no sabe que haya mas fuerza que la division del cuerpo de Molitor. Esta tiene por objeto cubrir el pais de Aragon hasta Lérida.

Las tropas que han entrado en Cataluña al mando del mariscal Moncey ascienden de 45 á 50,000 hombres. También se han dividido en tres puntos, concentrándose todas hacia Manresa. El general Mina, á la cabeza de las valientes tropas de su mando, ha podido ir sosteniéndose en posiciones ventajosas, pero en sus últimos partes manifiesta la necesidad de que se le faciliten recursos, pues tiene que cubrir las importantes plazas de Figueras, Barcelona, Tarragona y otras, en las cuales tiene empleada una gran portion de tropas; de manera que solo le ha quedado un cuerpo de 5,000 hombres, dividido en diferentes columnas.

La fuerza total que cree el Gobierno, en vista de todo esto, que ha entrado en España, es de ochenta y tantos mil hombres, y entre ellos un cuerpo de 10,000 caballos.

El cuerpo de la capital se ha hecho tres divisiones: la primera que rompió se dirigió sobre Talavera á muy poco

salíó otro cuerpo hácia Aranjuez para tomar la línea del Tajo: después que se situaron sobre el puente de Talavera, principió á hacer tentativas contra nuestras tropas que ocupaban el Puente del Arzobispo. El general Castellsdosrius, y posteriormente el general Lopez Baños, procuraron saber la fuerza de estas tropas, y segun sus partes ascenderia á 5,000 hombres. Por partes posteriores del general Lopez Baños, y en especialidad por el de fecha del 4, dice tiene noticias confidenciales de que los enemigos que habian ido hácia Talavera habian recibido un refuerzo de otros 5,000 hombres; pero que sin embargo sostendría su posicion.

Los del ejército del centro fueron avanzando por la Mancha. El Gobierno tuvo gran dificultad para saber cuánto progresaban; sin embargo, con fecha del 4 supo que habia llegado á Madridejos una vanguardia, y posteriormente se supo que esta pertenecía á la Guardia Real.

La tercera columna que forma la izquierda ha ido á aproximarse á la Serranía de Cuenca para alejar las tropas del general Ballesteros, y se ignoran los progresos de esta columna.

La columna de la derecha principió á tomar posiciones hácia el Puente del Arzobispo. El general Lopez Baños, después de haber defendido las posiciones por dos horas, se vió en la necesidad de replegarse; en consecuencia, anuncia con fecha del 7 que se iba replegando sobre el Guadiana con mucho órden.

En su consecuencia, las tropas que iban sobre la Mancha han continuado á Manzanares y Valdepeñas: ignoramos si estas fuerzas han flanqueado la cortadura de Despeñaperros. Solo se sabe la noticia del Visillo, que fué una desgracia ocasionada sin duda porque las tropas que allí habia eran reclutas; pero este acontecimiento no debe ser de grande influencia, puesto que no era mas que una parte de la columna del brigadier Plasencia. Este parece, segun los partes dados, que se hallaba en persecución del Locho, que ocasionaba mil vejámenes á los pueblos; y el Gobierno cree que estará en la Mancha con 700 hombres de ambas armas.

El Gobierno ha recibido parte del teniente coronel mayor del regimiento caballería de Santiago, fecha en Bailén á 9 de Junio, en el que manifiesta el acacimiento del Visillo, y dice que se dirigia á la Carolina, habiendo dejado en Santa Elena unos 500 caballos franceses, y que en Andújar esperaba órdenes del general en jefe. *(Leyó este parte.)*

Por este parte se vé que el Gobierno, no teniendo absolutamente batallones á su disposición que estuviesen bien aguerridos, se vió en la precision de mandar al segundo batallon de América únicamente para que apareciese que habia tropas en Despeñaperros. El brigadier Plasencia, conociendo que era precisa su presencia en Almagro para contener un poco los movimientos del enemigo, hizo bajar al Visillo los batallones, los que, como he dicho, eran casi compuestos de quintos. Conociendo el Gobierno que era necesario ir formando un segundo escalon en la ciudad de Córdoba, pudo conseguir, después de mil dificultades por falta de recursos, el enviar un batallon; porque es necesario que el Congreso sepa que el ejército de reserva, cuyo pié era de once batallones de infantería de línea, estaban reducidos á cuadro, y que así permanecieron hasta que llegaron los reclutas que fué bastante tarde.

El Gobierno, vista la falta de recursos, acudió á las Cortes, las cuales le autorizaron con bastante plenitud para sacarlos; pero á pesar de los esfuerzos de las Diputaciones provinciales en proporcionárselos, no han podido hacer todo lo que deseaban. Por otro lado, la necesidad de conservar la plaza de Ceuta obligó al Gobierno á enviar tropas veteranas. Todo esto ha ocasionado que el Gobierno no haya podido llevar á efecto algunas disposiciones que tenia ideadas.

El Sr. Galiano preguntó al Sr. Secretario de la Guerra el dia en que recibió el parte de la entrada de los franceses en la Carolina.

El Sr. Secretario del Despacho contestó que ayer mañana entre nueve y diez.

El Sr. Galiano preguntó qué providencias se habian tomado para poner á la persona de S. M. y á la Representacion nacional á cubierto de toda tentativa.

El Sr. Secretario de GRACIA Y JUSTICIA: Hace ya diez ó mas dias que el Gobierno, previendo por las noticias que tenia que los franceses mas tarde ó mas temprano podian, aunque contra todas las reglas militares, tratar de invadir la Andalucía, reunió una junta de generales y otras personas militares de las de mas confianza, y á fin de explorar su dictámen le propuso dos cuestiones. Primera: si en todo el mes de Junio intentan los franceses invadir la Andalucía por cualquiera punto, atendiendo el número y posicion de nuestra fuerza, ¿habrá probabilidad de impedir la invasion? Segundo: si no hubiera esta probabilidad, ¿á qué punto deberán trasladarse el Gobierno y las Cortes? Estas dos cuestiones se discutieron en junta presidida por el mismo Ministerio, y todos los votos convinieron en la negativa de la primera, esto es, en que no habia probabilidad de poder resistir la invasion; y en cuanto á la segunda cuestion todos convinieron en que no habia otro punto que la isla gaditana.

Repitieronse los avisos, unos confidenciales, otros vagos, de los movimientos de los franceses; y deseando el Gobierno proceder en este asunto con la seguridad que corresponde, creyó que no estaba bastante á cubierto de los ataques de los enemigos. Hizo por escrito las mismas preguntas á la referida junta; y contestó de la misma manera: recibió las noticias de ayer, y el Gobierno dió cuenta de todo á S. M. El Rey, conformándose con el dictámen del Ministerio, y arreglándose á lo prevenido en la Constitución, mandó que se consultara al Consejo de Estado con toda la urgencia que reclamaban las circunstancias: el Consejo se reunió inmediatamente; estuvieron en él los Secretarios del Despacho hasta las once de la noche; y creyendo el Consejo que era imposible dar en el acto su parecer, lo suspendió hasta el dia siguiente, ofreciendo que se declararia en sesion permanente hasta evacuar la consulta.

Anoche entre ocho y nueve se recibió en efecto la consulta, en la cual convenia el Consejo con el dictámen de la junta de generales, apoyando la absoluta necesidad de trasladarse las Cortes y el Gobierno, y variando solamente en cuanto al punto de la traslacion, que creia debia ser el de Algeciras. Inmediatamente, siguiendo el Ministerio su marcha franca, informó á S. M. del resultado. No puedo en este momento decir otra cosa sino que S. M. hasta el instante de nuestra salida no ha llegado á resolver definitivamente. Puedo asegurar á las Cortes que el Ministerio, en cuanto cabe en su posibilidad, ha hecho y hará todo lo que debe hacer.

El Sr. Galiano hizo varias preguntas á los Sres. Secretarios del Despacho, concluyendo con esta: si creian que podrian ser Ministros sosteniendo la Constitucion sin verificarse la traslacion.

El Sr. Secretario de Gracia y Justicia contestó que no estaba prevenido para responder á las preguntas que acababan de hacersele, ni podia haberse puesto de acuerdo con sus compañeros, tanto mas, que dos no estaban en el salon; y que podia asegurar á las Cortes que el Ministerio estaba firmemente persuadido de que la salud de la patria se interesaba en que el Gobierno y las Cortes se trasladasen á otro punto mas seguro.

El Sr. Galiano suplicó á los Sres. Secretarios del Despacho que no tomasen parte alguna en la discusion, porque

iba á tomar un giro diverso. Tenemos que seguir un giro (continuó el orador), que si bien puede decirse constitucional, es en cierto modo violento; sin embargo, en unas circunstancias como las actuales, yo no dudo que las Cortes españolas deben dar un ejemplo de su firmeza. Invito, pues, á las Cortes á que dirijan su voz á S. M., sin reconocer ningún intermedio entre la Representación nacional y su Real persona, pues es de sospechar que los Ministros no tienen la confianza necesaria de S. M. para llevar á cabo la medida importante de la traslación.

Si no estuvieran tan recientes las últimas ocurrencias de varias naciones; si por desgracia aquella palabra de los Reyes, que algún tiempo era tenida por sagrada, no fuese una cosa la mas vana; si nouviésemos el ejemplo de los Reyes de Nápoles y del Piamonte; si el de Portugal, que pasaba por el primer ciudadano de aquella Monarquía, en tres dias no hubiese firmado tres proclamas absolutamente de sentido diverso; si el conocimiento de las arterias, de la intriga y de la seducción no precediesen al peligro en que se encuentra la patria, yo sofocaria mis deseos, pero no es tiempo de contemplaciones. Es menester que las Cortes se dirijan á S. M., y de una vez le digan: «Señor, no hay medio: si V. M. se ha de salvar; si ha de salvar V. M. el Trono constitucional, porque no tiene otro; si V. M. desea salvar á la nación de una borrasca, es llegado el momento de hacer un gran sacrificio: V. M. tiene que seguir á la Representación nacional; pero si es tal la fatalidad de las circunstancias que V. M. desoyese la voz de unos Consejeros constitucionales, de sus amigos los patriotas, los que jamás han faltado en lo mas mínimo al respeto que merece V. M., y desatendiendo todas estas consideraciones, oyendo consejos secretos, persiste en su permanencia en Sevilla, que no puede menos de entregarnos á nuestros enemigos; las Cortes no pueden permitirlo; y valiéndose de las fórmulas constitucionales creen que V. M. se halla en un estado que no le permite elegir lo mejor: las Cortes pondrán á V. M. en el camino real.»

Se extendió la proposición del Sr. Galiano y quedó aprobada sin discusión. El Sr. Argüelles hizo una adición para que se entendiese la proposición con respecto á la familia Real, se señalase el punto de la Isla gaditana y el tiempo de la salida hasta mañana al mediodía. Después de una discusión entre varios Sres. Diputados, quedó aprobada.

Se recibió el oficio de que S. M. habia señalado la hora de las cinco para recibir la Diputación, y salió esta, compuesta de los Sres. Valdés (D. Cayetano), Becerra, Calderon, Abreu, Benito, Moure, Prat, Surra, Ayllon, Tomas, Trugillo, Montesinos, Suarez, Lorente y dos Secretarios.

Se aprobó la siguiente proposición del Sr. Zulueta: «Pido que se autorice al Gobierno para que pueda reunir y otorgar iguales auxilios que á los beneméritos milicianos de Madrid á los de esta ciudad y demás pueblos que quieran seguir al Gobierno, formando cuerpos con la denominación de su mismo pueblo ó provincia.»

El Sr. Presidente anunció que siendo la hora señalada por S. M. para recibir á la Diputación, podia esta salir á cumplir con su encargo. Salió en efecto dicha Diputación.

Habiendo vuelto esta de Palacio, el Sr. Valdés (D. Cayetano); como presidente de ella, dijo: Señor, la Diputación de las Cortes se ha presentado á S. M.; le ha hecho presente que las Cortes quedaban en sesión permanente, y habian determinado su traslación de hoy á mañana segun las noticias que habia, y segun el estado en que estaban las cosas; pues si los enemigos hacian algunas marchas forzadas, no darian lugar á la traslación, y que por lo tanto convenia la salida de su persona y de las Cortes á la Isla gaditana. Hizo presente igualmente á S. M. que, por la misma bondad

que tuvo en Madrid para determinar venirse á esta ciudad, pues que Sevilla no era un punto de seguridad, y que aun que las Cortes habian decidido venir á Sevilla, habia sido porque no debia ser lo mismo para el enemigo internarse 80 leguas que 180; pero que habiendo entrado los enemigos en la capital, y acercándose ya tambien á esta ciudad, convenia se trasladase S. M. á un punto de seguridad como el que presentan los fuertes muros de Cádiz.

S. M. contestó que su conciencia y el interés de sus súbditos no le permitian salir de aquí y que como individuo particular no tendria inconveniente en trasladarse; pero que como Rey no se lo permitia su conciencia.

Le hice presente á S. M., que su conciencia estaba salva, pues aunque como hombre podia errar, como monarca constitucional no tenia responsabilidad ninguna: que oyese á sus Consejeros y á los representantes de la nación, sobre quienes pesaba la salvación de la patria.

S. M. contestó que habia dicho.

La Diputación, pues, ha cumplido con su encargo, y hace presente á las Cortes, que S. M. no tiene por conveniente la traslación.

Tomó despues la palabra el Sr. Galiano, y dijo: Llegó ya la crisis que debia estar prevista hace mucho tiempo. La monarquía constitucional de España se ve en una situación tan nueva como jamás se ha visto ninguna otra. Conservar pues ilesa la Constitución, y salvar la patria por los medios ordinarios que aquella prescribe es ya imposible; pero no lo es conservar la Constitución por los medios extraordinarios que ella misma indica. Yo suplico encarecidamente á todos los Sres. Diputados y á todos los españoles que están presentes en esta discusión, conserven la calma que es tan necesaria en una crisis como la actual.

He dicho que las circunstancias y nuestra situación son enteramente nuevas, y no hay en ella un remedio ordinario para este mal; efectivamente, no es posible suponer el caso de un Rey que consienta quedarse en un punto para ser presa de los enemigos, y mayormente cuando estos enemigos traen la intención de poner el yugo mas afrentoso á esta nación heroica.

No queriendo pues S. M. ponerse á salvo y pareciendo mas bien á primera vista que S. M. quiere ser presa de los enemigos de la patria, S. M. no puede estar en el pleno uso de su razón: está en un estado de delirio, porque ¿cómo de otra manera suponer que quiere prestarse á caer en manos de los enemigos? Yo creo pues que ha llegado el caso que señala la Constitución, y en el cual á S. M. se le considera imposibilitado; pero para dar un testimonio al mundo entero de nuestra rectitud, es preciso considerar á S. M. en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero, pues no puede inferirse otra cosa de la respuesta que acaban de oír las Cortes. Por tanto, yo me atreveré á proponer á estas que considerando lo nuevo y extraordinario de las circunstancias de S. M. por su respuesta, que indica su indiferencia de caer en manos de los enemigos, se suponga por ahora á S. M., y por un momento, en el estado de imposibilidad moral, y mientras que se nombre una regencia que reasuma las facultades del poder ejecutivo, solo para el objeto de llevar á efecto la traslación de la persona de S. M., de su Real familia y de las Cortes.

El orador pasó á formalizar su proposición, la cual se leyó, y es como sigue:

Pido á las Cortes que en vista de la negativa de S. M. á ponerse á salvo en su Real persona y familia de la invasión enemiga, se declare que es llegado el caso provisional de considerarse á S. M. en el del impedimento moral señalado en el art. 187 de la Constitución; y que se nombre una Regencia provisional que para solo el caso de la traslación reasuma las facultades del poder ejecutivo.



Se declaró comprendida esta proposición en el art. 100 del Reglamento, y hablaron en contra de ella los Sres. Vega, Infanzon y Romero, y la apoyaron los Sres. Argüelles y Oliver. Se declaró el punto suficientemente discutido; hubo lugar á votar sobre la proposición, y quedó aprobada.

Igualmente se aprobó la siguiente proposición del mismo Sr. Galiano:

«Pido á las Cortes que interin se nombre la Regencia acordada, se mande venir á la barra al Comandante general, Intendente y Gobernador de la plaza.»

También se aprobó la siguiente del Sr. Infante:

«Pido á las Cortes que se nombre una comisión que proponga á las mismas el número de individuos que hayan de componer la Regencia.»

Se nombró para formar la comisión que había de proponer los individuos que han de componer la Regencia, á los Sres. Argüelles, Gomez Becerra, Cuadra, Alava, Escovedo, Infante, Isturiz, Salvato y Florez Calderon.

La comisión se retiró para cumplir su encargo.

Habiendo vuelto al salon se leyó su dictámen, reducido á que la Regencia fuese compuesta de tres individuos, debiendo en su concepto nombrarse á los Sres. D. Cayetano Valdés, Diputado á Cortes, Presidente; D. Gabriel de Ciscar, Consejero de Estado, y D. Gaspar Vigodet, también Consejero de Estado.

Quedó aprobado este dictámen.

El Sr. Riego pidió que inmediatamente prestasen el juramento prevenido en la Constitución los Regentes que se habían nombrado.

El Sr. Galiano observó que los Sres. Valdés y Ciscar podrían prestarle inmediatamente, y luego podría prestarle el Sr. Vigodet, pues en la actualidad se hallaba ocupado en asuntos de la mayor importancia.

Se leyeron los artículos de la Constitución que tratan del modo como debe prestarse el juramento por los individuos de la Regencia.

Se dió cuenta de un oficio del Sr. Secretario interino del Despacho de la Gobernación de la Península, fecha de hoy á las siete de la tarde, en que manifestaba que había tomado y continuaba tomando todas las providencias necesarias para la conservación del orden y seguridad pública. Las Cortes quedaron enteradas.

Se mandaron agregar al acta los votos particulares siguientes:

El de los Sres. Quiñones y Romero, contrario á no haberse acordado hallarse la nación en el caso del art. 187 de la Constitución.

El de los Sres. Lamas, Alcántara, Eulate, Díez y Ruiz del Río, contrario á la aprobación de la proposición del señor Galiano para que se nombre una Regencia provisional.

El de los Sres. Vega, Infanzon, Alcalde, Alcántara, Lamas, Vargas, Prado, Ferrer (D. Antonio) y Ruiz del Río, por no haberse admitido la propuesta de que se enviase un nuevo mensaje á S. M.

Se leyó y halló conforme con lo aprobado la minuta de decreto sobre el nombramiento de la Regencia, que presentaba ya revisada la comisión de Corrección de estilo.

Hallándose presentes los dos Sres. Regentes D. Cayetano Valdés y D. Gabriel de Ciscar para prestar el juramento, se leyeron los artículos de la Constitución que tratan de este acto, y se nombró para acompañar á Palacio á la Regencia á los Sres. Riego, Llorente, Florez Calderon y Ayllon.

Prestaron el juramento en seguida los dos Sres. Regentes, y el Sr. Presidente de las Cortes pronunció un discurso manifestando la necesidad en que se había puesto á la Representación nacional de tomar una medida de esta naturaleza.

El Sr. Presidente de la Regencia contestó en un breve

discurso, manifestando cuán sensible le era la situación en que pérfidos consejeros habían puesto á S. M. al que deseaba ver en la plenitud de sus derechos; pero que sobre todo, aunque no estaba hecho á vencer, había conservado siempre su honor, y sabría morir en esta ocasión con gloria por salvar á la patria.

Salíó la Regencia para Palacio acompañada de la Diputación de las Cortes entre los infinitos vivas y aplausos de los Sres. Diputados y espectadores.

Se mandó insertar en el acta el voto del Sr. Sanchez contrario al nombramiento de la Regencia provisional.

Entró á jurar el Sr. Vigodet, nombrado individuo de la Regencia.

Se aprobó una proposición del Sr. Canga para que se nombrase una comisión Especial que se entienda con el Gobierno en los medios de traslación.

Fueron nombrados para componerla los Sres. Ferrer (don Joaquín), Canga, Infante, Escovedo y Sanchez.

Entró la comisión que acompañó á la Regencia, y su Presidente, el Sr. Riego, dijo que la Regencia quedaba instalada, y que los aplausos y demostraciones de alegría con que había sido acompañada manifestaban que el pueblo español quiere que se adopten medidas enérgicas en las circunstancias actuales.

Se leyó un oficio del Excmo. Sr. D. Cayetano Valdés, Presidente de la Regencia provisional del Reino, en que participaba á las Cortes haberse instalado aquella á las once de esta noche en el Palacio arzobispal de esta ciudad. Las Cortes quedaron enteradas.

A las tres de la mañana anunció el Sr. Presidente, que habiendo mandado persona de toda confianza que investigase confidencialmente si la Regencia nombrada había experimentado alguna oposicion por las autoridades; tenía la satisfacción de saber y anunciar á las Cortes que no había encontrado ningun obstáculo en el ejercicio de sus funciones. Que también había deseado saber si la Regencia encontraba algun inconveniente en que las Cortes suspendiesen por pocas horas su sesion, y que debía también anunciar haber indicado la Regencia que no había motivos para que las Cortes no pudiesen suspender momentáneamente la sesion; y así que estas resolviesen si se suspenderia para continuarla á las ocho de la mañana.

El Sr. Galiano manifestó que además del efecto moral que debería producir esta sesion, aun no se habían cumplido los objetos para que se había declarado permanente: y que en caso de necesitarse la reunion de los Diputados seria por un acontecimiento repentino, que no lo esperaba; pero que podría traer muchos inconvenientes el que cada Sr. Diputado estuviese en su casa.

Los Sres. Saavedra y Soria reprodujeron y apoyaron las razones expuestas por el Sr. Galiano.

Habiéndose preguntado si se suspenderia la sesion para continuarla á las ocho de la mañana, se decidió por unanimidad que no se suspendiese.

Las Cortes continuaron reunidas hasta las siete de la tarde del día 12, en que los Sres. Secretarios recibieron un oficio del Ministro interino del Despacho de la Gobernación de la Península, el cual participaba que á las seis y media de aquella misma tarde habían salido SS. MM. y AA. para la ciudad de Cádiz, sin que hubiese habido alteracion alguna en la tranquilidad pública; añadiendo que la Regencia provisional del reino se disponia á salir inmediatamente.

Entonces tomó la palabra el Sr. Grases, y suponiendo que se quisiese hacer un convenio con los franceses, igual al que hizo en Madrid el general Zayas para conservar el orden, manifestó la necesidad de que la artillería de á pié de aquel departamento no fuese del número de las tropas

que habian de ser relevadas por los franceses, pues era indispensable que se trasladasen inmediatamente á la Isla gaditana; por cuya razon extendió la proposicion siguiente, que despues de una breve discusion fué aprobada en la «Teniendo entendido que la tropa de artillería de á pié de este departamento no ha recibido orden ni está comprendida en ninguna de las secciones de la que debe salir para la Isla gaditana; y siendo de suma importancia la conservacion de dicha tropa, pido á las Cortes que se autorice al Sr. Presidente para que indague del jefe militar, en defecto de la Regencia ó de alguno de los secretarios del Despacho, el destino futuro que podrá dársele».

Aprobóse en seguida otra proposicion del Sr. Ferrer (D. Joaquin), reducida á que las Cortes suspendiesen sus sesiones en Sevilla para continuarlas en la Isla gaditana el 18 del actual, ó antes si fuese posible, y que para su convocacion quedasen autorizados los Sres. Presidente y Se-

cretarios del Despacho para que acordasen lo que les pareciese oportuno.

Adicion á la sesion ordinaria de 9 del corriente.

Dictámen de la comision de Visita del Crédito público, que se aprobó en la misma sesion.

Artículo 4.º «Se declaran corrientes para los efectos que señala el decreto de 29 de Junio de 1822 (tomo IX, fol. 646) las certificaciones de liquidaciones de suministros, libradas por los contadores de ejército, siempre que no hubiere sospechas sobre la legitimidad de la firma; número del documento y cantidad en él señalada; y sujeto á cuyo favor se hubiere expedido.

Art. 2.º «Todas las liquidaciones pendientes y las certificaciones de liquidaciones expedidas por los contadores de ejército, que no estén libradas por los contadores de ejército, quedarán sujetas á las reglas que proponen el contador general y el Consejo de Estado.

Art. 3.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 4.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 5.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 6.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 7.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 8.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 9.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 10.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 11.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 12.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 13.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

crearios, como para proveer á todo cuanto ocurriese de urgente durante el viaje que iban á emprender.

Se leyeron los siguientes votos particulares de los señores Sangenis, Cuevas, Lasala, Saravia y Jaime, contrario á la aprobacion de la proposicion del Sr. Galiano sobre el nombramiento de la Regencia, el mensaje verbal enviado á S. M. y todo lo demás que tenia relacion con estos asuntos: de los Sres. Taboada, Martí, Ron, Gonzalez (D. Casildo), Prado, Canto y Rey, contrario á la aprobacion de la misma proposicion del Sr. Galiano y de la relativa al expresado mensaje; y el de los Sres. Eulate y Quiñones, contrario á la aprobacion de esta misma proposicion.

Siendo ya las ocho de la noche del dia 12 levantó el Sr. Presidente la sesion, comenzada á la hora de las once del dia anterior, anunciando, conforme á la proposicion aprobada del Sr. Ferrer (D. Joaquin), que las Cortes suspendian sus sesiones en Sevilla para continuarlas en la Isla gaditana;

que para su convocacion quedasen autorizados los Sres. Presidente y Secretarios del Despacho para que acordasen lo que les pareciese oportuno.

Adicion á la sesion ordinaria de 9 del corriente.

Dictámen de la comision de Visita del Crédito público, que se aprobó en la misma sesion.

Artículo 4.º «Se declaran corrientes para los efectos que señala el decreto de 29 de Junio de 1822 (tomo IX, fol. 646) las certificaciones de liquidaciones de suministros, libradas por los contadores de ejército, siempre que no hubiere sospechas sobre la legitimidad de la firma; número del documento y cantidad en él señalada; y sujeto á cuyo favor se hubiere expedido.

Art. 2.º «Todas las liquidaciones pendientes y las certificaciones de liquidaciones expedidas por los contadores de ejército, que no estén libradas por los contadores de ejército, quedarán sujetas á las reglas que proponen el contador general y el Consejo de Estado.

Art. 3.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 4.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 5.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 6.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 7.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 8.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 9.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 10.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 11.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 12.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 13.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 14.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 15.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 16.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 17.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 18.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 19.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 20.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 21.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

Art. 22.º «El Gobierno formará las instrucciones correspondientes al cumplimiento de lo prevenido en los artículos anteriores, y evitar los fraudes á que pudiera dar lugar la habilitacion comprendida en el art. 1.º por las causas en él expresadas; y procurará averiguar los abusos cometidos en las liquidaciones, á fin de exigir la responsabilidad á los que resultaren culpables.

## APÉNDICE III:

### PROYECTO DE CONSTITUCION DE LA MONARQUIA ESPAÑOLA.

(Ministerio presidido por Javier Istúriz, 20 de Julio de 1836).

**Capítulo primero:** *De los españoles y de los derechos que les confiere y obligaciones que les impone la ley.*

**Artículo 1º:** Son españoles:

1º Todos los hombres nacidos en las provincias que forman la Monarquía española.

2º Los hijos de padre y madre españoles nacidos en tierras extranjeras.

3º Los extranjeros que hubiesen obtenido carta de naturaleza, la cual sólo podrá obtenerse por concesión del Rey y las Cortes.

**Artículo 2º:** Los españoles todos sin distinción de nacimiento son admisibles a los destinos y empleos eclesiásticos, civiles y militares, y están igualmente obligados a contribuir a las cargas del Estado con sus haberes o con sus personas según las leyes determinasen.

**Artículo 3º:** Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna exterior, bajo las restricciones y responsabilidad que establezcan las leyes.

**Artículo 4º:** Todos los españoles tienen asimismo libertad de hacer y dirigir peticiones al Rey y a las Cortes sobre negocios privados o públicos, pero no formando cuerpo colectivo ni en nombre y representación de otra persona que la firmante.

**Artículo 5º:** Ningún español puede ser arrestado ni preso sino con arreglo a las fórmulas que prevengan las leyes, ni condenado a pena alguna sino por sentencia legal dada por autoridad judicial competente.

**Artículo 6º:** No podrán los españoles ser privados de su propiedad sino por causa de interés público y con la debida indemnización previamente determinada.

**Artículo 7º:** Si la tranquilidad del Estado exigiere la suspensión temporal de las leyes protectoras de la seguridad personal, sólo podrá decretarse y llevarse a efecto la suspensión por un plazo determinado, previamente señalado y resuelto por los dos Estamentos de las Cortes y el Rey; pero nunca podrá extenderse la suspensión a más que a dispensar a la autoridad de las fórmulas necesarias para mandar prender y tener preso a uno o más individuos. No podrá imponerse pena alguna ni por la potestad gubernativa ni por Tribunales extraordinarios, salvo en el caso de estado de sitio.

**Capítulo segundo:** *De la división de los poderes del Estado.*

**Artículo 8º:** La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey.

**Artículo 9º:** La potestad ejecutiva reside exclusivamente en el Rey.

**Artículo 10º:** La potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales reside en los Tribunales y Juzgados establecidos por las mismas leyes.

**Capítulo tercer:** *De las Cortes y de la potestad legislativa.*

**Artículo 11º:** Las Cortes se componen del Estamento de Próceres y del Estamento de Diputados del Reino.

**Artículo 12º:** La iniciativa de las leyes corresponde a uno y otro Estamento y al Rey con arreglo a las fórmulas imprescindibles que dictaren los reglamentos de las Cortes. Las leyes sobre contribuciones habrán de tener su origen y serán discutidas y votadas en el Estamento de Diputados antes que en el de Próceres.

**Artículo 13º:** Las leyes se hacen colectivamente por los dos Estamentos y el Rey.

**Artículo 14º:** Las sesiones de ambos Estamentos serán públicas, pero podrán ser secretas cuando lo determine el Gobierno o a petición del número de próceres o diputados que señalaren los reglamentos.

**Artículo 15º:** Así los próceres como los diputados del Reino no podrán ser juzgados, ni acusados, ni molestados por autoridad alguna por causa de las opiniones que emitieren o votos que dieren en su respectivo Estamento. Esta inviolabilidad no impide el uso de la censura manifestada por los particulares en escritos o impresos bajo la responsabilidad que señalaren las leyes.

**Artículo 16º:** Ni los próceres ni los diputados del Reino pueden ser presos sino in fraganti, sin previa autorización de su respectivo Estamento, cuando estuvieren reunidas las Cortes; y la autoridad que los hubiese arrestado o preso está obligada a ponerlos inmediatamente a disposición del Tribunal designado por las leyes para juzgarlos. Cuando no estuvieren reunidas las Cortes, toda autoridad que hubiere arrestado o preso a un prócer o diputado, luego que las cortes se reúnan, le pondrá a disposición del Tribunal competente.

#### **Capítulo cuarto: *Del Estamento de Próceres del Reino.***

**Artículo 17º:** El Estamento de Próceres del Reino constará de los individuos que el Rey nombrare para componerle en lo sucesivo. El Rey podrá nombrar los próceres de por vida o con calidad de hereditarios, pero nunca de los últimos a los que no gozaren doscientos mil reales de renta transmisibles al heredero de su dignidad.

Los próceres que hoy son hereditarios continuarán siéndolo así como sus sucesores, mientras disfrutaren la renta especificada en el presente artículo.

**Artículo 18º:** Los próceres que llegasen a serlo por heredad tomarán asiento y tendrán voz y voto en su Estamento a la edad de veinticinco años cumplidos. Ningún menor podrá ser nombrado prócer. No se admitirá dispensa de ninguna clase en este punto.

**Artículo 19º:** Los próceres que fueren encausados serán juzgados por su Estamento.

**Artículo 20ª:** El Estamento de Próceres ejercerá atribuciones judiciales en los casos siguientes:

1º Cuando juzgue a los secretarios del Despacho en virtud de una acusación entablada por el Estamento de Diputados del Reino, con arreglo a la ley de responsabilidad y según los trámites que ésta señala.

2º Cuando conforme a lo que establezcan las leyes, conozca de delitos graves contra la inviolabilidad del Trono o la seguridad del Estado.

3º Cuando ejerza el derecho privativo de juzgar a sus propios individuos, ya sea por delitos comunes, ya por abusos o faltas en que puedan incurrir en calidad de próceres.

**Artículo 21º:** El Estamento de Próceres no puede reunirse ni deliberar como tal, cuando no estuviere reunido el de Diputados, pero podrá continuar sus procedimientos como Tribunal en todo caso.

#### **Capítulo quinto: *Del Estamento de Diputados.***

**Artículo 22º:** El Estamento de Diputados se compondrá de los que fueren elegidos para formarle por el voto popular, según las formas y bajo las condiciones que dictare y exigiere la ley electoral.

**Artículo 23º:** Los diputados que fueron encausados serán juzgados por el tribunal que designare una ley especial.

**Artículo 24º:** El cargo de los diputados les está conferido por tres años y no más, y cesa siempre que el Rey disuelva las Cortes.

**Artículo 25º:** El cargo de Diputado a Cortes es gratuito, enteramente voluntario y podrá renunciarse aún después de empezado a ejercer.

**Artículo 26º:** Los diputados a Cortes podrán ser reelegidos en cualesquiera elecciones sucesivas mientras tuvieren las cualidad necesarias para serlo con arreglo a la ley electoral.

**Artículo 27º:** El Diputado que admita pensión del Gobierno, o empleo, o comisión de nombramiento y sueldo del mismo, no siendo ascenso de rigurosa escala en su respectiva carrera, hace en el hecho su dimisión del cargo de Diputado, pero podrá ser reelegido por la misma provincia o por otra cualquiera.

#### **Capítulo sexto: *Del Rey y sus prerrogativas.***

**Artículo 28º:** La persona del Rey es sagrada e inviolable y no está sujeta a responsabilidad. La potestad ejecutiva le compete exclusivamente, sus ministros son responsables.

**Artículo 29º:** El Rey es autoridad suprema del Estado, y como tal manda las fuerzas de mar y tierra, nombra y separa libremente a sus ministros, confiere todos los empleos y destinos civiles y militares, presenta a los eclesiásticos, declarar la guerra y hace tratados de paz, alianza y comercio y expide los decretos, reglamentos e instrucciones que cree convenientes para la ejecución de las leyes, pero sin poder alterar en lo más mínimo ni suspender éstas, ni dispensar de su cumplimiento.

**Artículo 30º:** El Rey tiene asimismo la facultad de convocar las Cortes y de suspender sus sesiones, y la de disolver el Estamento de Diputados; pero en este último caso, llama a nueva elección en el término de seis meses, contados desde el día en que la disolución tuvo efecto.

**Artículo 31º:** Al Rey toca sancionar y promulgar las leyes. ningún proyecto de ley tiene carácter de ley hasta recibir la sanción real. El veto del Rey es absoluto y se expresará en la forma que determinaren los reglamentos. El Rey dará o negará la sanción a los proyectos de ley en el curso de la legislatura en que hubieren sido presentados o antes de abrirse la inmediata.

**Artículo 32º:** El Rey tiene la facultad de perdonar o moderar las penas impuestas a los delincuentes por sentencia de los Tribunales.

**Artículo 33º:** El Rey o Reina reinante es mayor de edad a los veinte años cumplidos, y sólo por causas graves a juicio de las Cortes podrá habilitarse a los dieciocho años.

**Artículo 34º:** El Rey o Reina a su advenimiento al Trono, si heredase la Corona siendo mayor de edad, o al entrar en la mayor edad si hubiese empezado a reinar siendo menor, prestará el juramento de observar la Ley Constitucional y demás que de ella emanen. La fórmula del juramento será la que sigue: "Juro guardar y hacer guardar las leyes constitucionales y demás de la Monarquía y mirar por el bien de mis súbditos y la independencia, prosperidad y gloria del Estado. Si así lo hiciere, Dios sea en mi ayuda y defensa, y si no me lo demande".

#### **Capítulo séptimo: *De la Regencia.***

**Artículo 35º:** Durante la menor edad del Rey o Reina reinante, o en caso de que el monarca se hallase imposibilitado de ejercer su autoridad por cualquiera causa física o moral, ejercerá la autoridad real una Regencia, con todas las facultades y prerrogativas que compete a la Corona.

**Artículo 36º:** La Reina madre, cuando la hubiere, será Regente gobernadora de derecho.

**Artículo 37º:** A falta de Reina será Regente el pariente más próximo del Rey hasta el cuarto grado civil mayor de edad; pero en este caso la guarda y tutoría de la persona del Rey o Reina menor estará a cargo de otro u otros individuos que serán nombrados por las Cortes.

**Artículo 38º:** No habiendo en el Reino pariente varón del Rey o Reina menor dentro del cuarto grado civil, serán regentes provisionales al fallecimiento del Rey, el Consejo de Ministros, con tanto número menos uno de individuos del Consejo de Estado o Supremo, o de los Tribunales Supremos; y luego las Cortes, si están reunidas, o si no lo están, reuniéndose inmediatamente, procederán sin pérdida de tiempo a nombrar una regencia de tres personas.

#### **Capítulo octavo: *De los Ministros.***

**Artículo 39º:** Todas las órdenes y providencias emanadas del Trono han de ser refrendadas por uno o más de los ministros.

**Artículo 40º:** Los ministros son responsables cada uno de por sí de todos los actos que hicieren contrarios a las leyes, sin que les sirva de excusa haber procedido por orden del Rey. Lo son igualmente de mancomún e *in solidum* de los actos graves y de política general resueltos en Consejos de Ministros, como no hayan salvado su voto, y de las faltas de omisión o comisión si les fuesen probadas ante el Estamento de Próceres, por acusación del de Diputados.

**Artículo 41º:** Los ministros podrán ser individuos de uno u otro Estamento; pero si siendo diputados aceptasen el ministerio, dejan vacante su puesto, y quedarán hábiles para la reelección, como los demás empleados, pudiendo como ellos ser reelegidos.

**Artículo 42º:** Los ministros tendrán entrada y voz en ambos Estamentos, pero no tendrán voto sino como próceres o diputados los que respectivamente tuviesen el uno o el otro carácter.

#### **Capítulo noveno: *De los Tribunales.***

**Artículo 43º:** La administración de justicia se ejercerá a nombre del Rey por jueces nombrados por la Corona.

**Artículo 44º:** Los jueces no podrán ser depuestos de sus destinos sino por causa legalmente privada y a sentencia ni suspendidos sino por acusación legalmente intentada, a no ser en el caso de que ambos Estamentos acuerden, voten, y dirijan una petición al Rey, para que suspenda o deponga a uno o más jueces expresando individualmente sus personas.

**Artículo 45º:** Todo español tiene derecho y acción para acusar a los jueces por los delitos de soborno, cohecho y prevaricación.

**Artículo 46º:** Las leyes determinarán el número y clase de Tribunales que haya de existir y el método de enjuiciar que haya de adoptarse.

**Artículo 47º:** Todo juicio se hará en público, excepto en los casos en que pueda padecer la moral.

**Artículo 48º:** La pena de confiscación de bienes y la de tormento quedan irrevocablemente abolidas.

#### **Capítulo décimo: *De las Diputaciones Provinciales y Ayuntamientos.***

**Artículo 49º:** Las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos serán nombrados por elección popular, según las leyes que se dieren sobre este punto.

#### **Capítulo undécimo: *De la Fuerza Armada.***

**Artículo 50º:** Todos los españoles están obligados a servir a la Patria con las armas según a ello les llamaren las leyes sobre el aumento del ejército.

**Artículo 51º:** Habrá una guardia nacional, cuyo servicio será obligatorio a los españoles que tengan las calidades que para entrar en dicho cuerpo exigieren las leyes.

**Artículo 52º:** Las fuerzas de mar y tierra serán fijadas cada año por voto de las Cortes.

**Capítulo duodécimo:** *De las Contribuciones.*

**Artículo 53º:** Las contribuciones serán votadas anualmente por las Cortes con sanción Real y a propuesta del Gobierno.

**Artículo 54º:** La dotación del Rey o Reina reinante se señalará al principio de cada reinado.

**Artículo 55º:** La dotación de los príncipes herederos y demás miembros de la Real Familia, se votarán igualmente en las Cortes a propuesta del Rey, así como las viudedades de la Reina consorte, y cualesquiera asignaciones que en caso de matrimonios o nacimientos de la misma familia real, conviniese hacer a la real casa.

Palacio, 20 de julio de 1836: Javier de Istúriz, Manuel Barrio Ayuso, Santiago Méndez Vigo, Antonio Alcalá Galiano, Félix d'Ollaberriague y Blanco y el Duque de Rivas.

## APÉNDICE IV:

**Antonio Alcalá Galiano, "Dos palabras sobre la libertad", publicado en *La América*, 27-IV-1864, pp. 6-8.**

"Las ciencias políticas están hoy cultivadas, como antes nunca, lo cual no obstante, es poco lo que del cultivo se saca, no dando el afán esmero, o aun la inteligencia de los cultivadores frutos tales que, en punto a su calidad, apenas dejen lugar a la duda cuando se intenta apreciarlos por sus efectos. Digan cuanto quieran los enamorados de ese u esotro sistema, en el cual encuentran todo linaje de perfecciones, no logran convencer a los de parecer contrario al suyo, cosa no de extrañar por cierto, pero ni aun a personas ansiosas de acertar con los principios verdaderos y saludables donde esté hermanada la felicidad pública con la dominación de la verdad y la justicia. No toca a quien esto advierte dar en el momento presente un fallo sobre materias de las cuales cree que *adhuc sub iudice lis est*, ni respecto a la preferencia que él, si bien con restricciones y explicaciones, da a algunas sobre otras doctrinas, escogería por lugar para declararlo las columnas de este periódico, por razones que es inútil expresar, pues que están al alcance de los lectores más nulos. Pero, sí puede y quiere apuntar algunas ideas, si de unos pocos sabidas, de muchos más completamente ignoradas, y a veces desatendidas por quienes no las ignoran, movidos a desatenderlas por varias razones más o menos reprobables y a veces hasta disculpables.

Mal puede disputarse que hoy cuenta con numerosos parciales y pocos adversarios el ente moral llamado libertad, ente cuya existencia apenas puede negarse, aunque en punto a definirla bien hasta calificar lo que es en una sociedad constituida y regida por leyes, no solo hay diversidad de opiniones, sino con frecuencia confusión y oscuridad al querer cada cual explicar bien y sustentar la definición que prefiere. Pero raros son, en las varias acepciones de la palabra rareza, los que de un modo u otro no consideren la libertad un bien altísimo y no le tributen alabanzas, variando sólo, aunque la variación los ponga entre sí a distancias enormes, en lo que entienden por libertad, y en cuanto a la dosis de verdadera libertad que el estado social consiente, para no caer en la confusión del desorden que al cabo viene a ser un conjunto de tiranías. Aquí verdaderamente está el gran toque de la dificultad para los legisladores, considerando como tales, no sólo a quienes lo son de oficio, sino a los numerosísimos escritores dedicados a tratar materias tan graves, y cuya influencia en la opinión, ya mayor, ya menor, viene, ahora en breve, ahora a la larga, a darles poder poco inferior al de que gozan quienes tienen voz y voto en los cuerpos encargados de hacer leyes o quienes hacen las veces de tales cuerpos en los pueblos donde éstos no existen y donde la autoridad suprema ejerce la potestad legislativa.

Sabido es que es diferente lo llamado libertad política de lo conocido con el nombre de libertad civil y, con todo, siendo tan sabido, es frecuentísimo confundir la una con la otra. La primera confiere poder ya a pocos, ya a muchos, ya a lo dicho con impropiedad todos, porque no hay donde se confiera sin hacer del total de los individuos de toda edad, sexo y condición que componen un pueblo considerables excepciones. La segunda debe amparar, si no falta a su propósito y se hace indigna de su nombre a todos cuantos miembros forman el cuerpo de un estado.



Que la libertad política es conveniente, y aun casi necesaria al afianzamiento de la libertad civil, cierto es, pero no siempre sucede que donde existe la primera exista igualmente en toda su perfección o plenitud la segunda. En todo caso la mayor utilidad de aquélla es servir a ésta última de fianza abonada o seguridad, punto muy a menudo olvidado en la práctica y alguna vez desatendido en la teórica pura. El *Contrato social* de Rousseau, por algún tiempo libro doctrinal de quienes se llamaban y aun se creían, amantes ardorosos de la libertad, da a la civil escasísima importancia y hasta puede afirmarse que en ella apenas hace alto. De esta escuela fueron muchos de los más extremados revolucionarios franceses y aun de ella puede asegurarse que fue la revolución toda, tomada en globo, pues si la Asamblea constituyente no poco dijo y bastante hizo en elogio y pro de la verdadera libertad, ya por las circunstancias en que hubo de verse, ya por su deseo de conciliar lo inconciliable, contradiciendo a menudo con las lecciones dadas por sus actos, las intenciones expresadas en sus doctrinas, algunas bien que pocas tuvo de tirana, y dejó el funesto legado de ejercer la tiranía a los gobiernos sus sucesores.

Amantes de la libertad no han faltado en Francia ni en otros pueblos, y hoy donde quiera los hay muy fervorosos y sinceros, pero casi todos conocen mal a su ídolo, de lo cual resulta que, cometiendo equivocaciones, tributan cultos a un objeto que no es de ella, aun cuando tome su nombre y pueda blasonar de asemejársele en algo.

Republicanos y demócratas hay, (y no sin razón uso de los dos nombres como de propios de opiniones un tanto desconformes, pues de ellos muchos así lo confiesan) que creen que con no obedecer un pueblo a un rey ya merece ser calificado de libre. Y no van enteramente errados, porque usan de la voz libertad en la acepción que le daban los antiguos, y aun no pocos pueblos de la edad media, particularmente en Italia, y quizá alguno entre los modernos; y así pensaba Rousseau, y así o poco menos Mably olvidado hoy, pero al fin del siglo último estimado en mucho; y esto repetían desde 1792 hasta 1799 los republicanos franceses y los de otras naciones sus admiradores, ansiosos de imitarlos. Porque si bien de libertad política puede haber mucho, aun siendo la cabeza del Estado una persona cuya dignidad no sólo es en él perpetua mientras vive, sino también transmisible por herencia, cierto es que donde sólo el pueblo impera hay más libertad política en la apariencia, aunque en la realidad no hay más, y tal vez pueda haber menos. Pero la libertad civil, la seguridad completa de personas y haciendas, y lo que es sobre todo, el goce y uso en los individuos de obrar por sí, según les dicta su libre albedrío, salvo en los pocos puntos en que el interés de la sociedad, uno mismo con el de los individuos, exige alguna limitación a fin de que no sea lo provechoso a unos dañoso a otros, no dependen ciertamente de que sea el gobierno supremo ejercido por uno o por muchos, durante la vida de quien gobierna, o por limitado plazo, por juro de heredad o por elección de mayor o menor número de los miembros que componen el cuerpo de Estado. Monarquía hereditaria o electiva, aristocracia, democracia, son palabras que designan formas de gobierno, pero no otra cosa de importancia superior, que es la calidad de las relaciones existentes entre la persona o el cuerpo gobernante y el pueblo gobernado; no los derechos que éste último conserva o debe conservar sin enajenarlos o traspasarlos a autoridad alguna, siquiera sea la procedente del voto universal, sólo distinguida con un título modesto, y cuya existencia esté ceñida a limitado plazo. En una palabra, hay gobiernos absolutos o poco menos, aunque sean en su origen y en su forma populares y los hay que ejercen un poder como de tutores honrados y benévolos e ilustrados directores de los individuos particulares que bajo ellos viven, casos en

los cuales la libertad de los individuos, aun cuando en el nombre, ya aun en varios puntos hasta en la realidad exista, es por cierto y en no corto grado imperfecta.

Trivialidades son éstas, puede decirse, al leer lo que antecede, y además trivialidades muy sabidas, siendo por lo mismo el repetirlas trabajo ocioso e impertinente. Que son trivialidades no pretende negarlo quien lo presente escribe: en cuanto a ser de algunos o de muchos sabidas no dice lo contrario, pero que de no pocos son ignoradas lo afirma y sustenta, y no faltan maestros y sobran discípulos por los cuales, quizá de puro sabidas, están olvidadas. Por esta razón no sólo deja de ser inútil sino que hasta es conveniente repetirlas para traerlas a la memoria o al conocimiento de quienes en sus raciocinios y predicaciones aparecen como si las ignorasen. Porque, sin censurar o designar persona alguna, abundan en la vecina Francia, de donde es común a los pueblos del continente tomar lecciones y ejemplo, y abundan asimismo en otros pueblos, en el nuestro no faltan quienes, al tratar de materias de gobierno o política doctrinal, dejan confusas cuestiones tales, hablando de la libertad ciegamente, y rara vez yendo a buscarla en la del individuo con relación al gobierno, no para ejercer el poder, sino para defender y sustentar y usar su propio derecho; descuido en unos y treta en otros dogmatizadores, siendo la intención de estos últimos allegar parciales y secuaces en número crecido cuando si se explicasen bien, clara y terminantemente, acaso tendrían menos que como a oráculos los respetasen.

No faltan, con todo, ni han faltado en días poco lejanos del presente, pero no tan cercanos que de él no los separe más de la mitad de un siglo autores cuyos esfuerzos hayan ido encaminados a hacer de la libertad algo más que una voz vaga, aunque respetable y de no corto valor en los efectos que en su misma vaguedad produce: a distinguir la política de la civil; a calificar la primera de poder o participación en el poder, dejando a la segunda el carácter de ser amparo de los derechos individuales. A algunos de los que han hecho esfuerzos tan loables, no estará de más llamar la atención, haciéndolo como expositor y no como elogiador, aunque de lo último podría tener bastante, pero no todo el escritor de estos renglones, cuya intención aquí y ahora no es abogar por una doctrina, sino dar a entender o recordar que hay varias doctrinas entre las dignas del nombre de liberales. Con lo cual queda condenada la pretensión de quienes lo pretenden todo, hasta el punto de suponer que no hay quien se lo dispute, para sus propios principios.

Grande fama alcanzó Bentham en los principios del siglo en que vivimos. Su expositor el ginebrino Esteban Dumont, primero en divulgar las doctrinas del hasta entonces callado maestro, combatió varias de las máximas el primer catecismo de la fe de la revolución en Francia; catecismo seguido por los revolucionarios de otras naciones. Andando el tiempo y particularmente hacia 1824, y en los años inmediatamente posteriores, cobraron extraordinaria fuerza en Inglaterra los Benthamistas, dándose a conocer con el dictado de utilitarios, porque de la utilidad bien entendida, o digamos de la utilidad común, y no de la de cada cual, hacía el origen y norte de la política constitucional y aun de todo ramo de legislación. Cundió poco esta escuela fuera de Inglaterra y aun entre el pueblo inglés tuvo fuertes enemigos. Porque el fundamento de la escuela era tomar por norma la utilidad deduciendo de ella la moral y todo derecho, o quizá desconociendo el derecho, en lo cual había no poco erróneo y bastante, aun cuando no errado peligroso, por ser de suyo tan propenso a una mala interpretación que a ella estaba como convidando; razón ésta última de las principales que podían alegarse contra tal doctrina. Era, con todo, los utilitarios, pues con esta denominación se los conocía, una fracción del

partido radical, y la parte de él más respetable y respetada, como compuesta de hombres de superior entendimiento y vasta ciencia. Aplicada a la política su doctrina, venía a estar resumida en considerar el gobierno como un medio encaminado a un fin, siendo este procurar al pueblo la mayor suma de felicidad posible. A lo que otros llamaban derechos calificaban los utilitarios de seguridades o fianza para tener buen gobierno. De ello se deducía ser el objeto de su deseo que estuviese un pueblo bien gobernado, por lo cual no había de entenderse que fuese dirigido como hijo menor por su padre, o pupilo por su tutor, sino que estuviesen amparados los particulares contra toda demasía. El modo de conseguir tan importante objeto venía, pues, a ser el paradero en que los utilitarios ponían la mira y a dónde dirigían a quienes de ellos tomaban lecciones.

No faltaban en Francia hombres que aspirasen a dar libertad a los individuos bajo diversas formas de gobierno, si bien en todo caso con una en que se dejase sentir el influjo de los gobernados sobre los gobernantes, única fianza abonada de que éstos no abusen de la autoridad que para común provecho es indispensable poner en sus manos.

De esta clase de escritores o publicistas es Benjamin Constant, no obstante notarse en él por efecto de sus pasiones o interés, pues a aquéllas y éste solía atender más de lo debido que una u otra vez se aparta un tanto de la senda que lleva a tan buen fin, yéndose por aquéllas de los revolucionarios que van a parar a otro diferente.

Bien veía dónde está el principio de libertad en punto a dejarla a los individuos para muchos actos importantísimos de la vida, sin ir empujados o llevados por la mano por el gobierno, siquiera sea por uno que blasona de ser, y en algo sea así como popular en su origen y forma liberal en sus doctrinas e intenciones, el famoso republicano Armando Carrel, cuya fama e influencia llegaron a ser tan considerables en su patria. Pero Carrel fue mal entendido por muchos que le admiraban y seguían como a uno de sus caudillos, los cuales de cierto se habrían separado de él en la hora de que hubiesen llegado a comprenderle. En Carrel perjudicaba el hombre al dogmatizador, pues no obstante tener prendas altas y nada comunes, tenía juntamente defectos graves que las compensaban, siendo violento de condición hasta rayar en pendenciero, aristocrático en sus modos, dominante y arrebatado, agregándose a lo cual su ambición, a veces, pero no siempre, vituperable, hubo de prestarse con ser tan entendido escritor y hombre tan pundonoroso a apadrinar principios e intereses muy desviados de los suyos.

En tanto, y sobre todo después de la revolución de Julio de 1830, la escuela favorable al despotismo o semidespotismo ejercido por gobiernos populares, a nombre del pueblo, y creados por el pueblo, iba teniendo secuaces que ganaban prosélitos numerosos. Los glorificadores de Robespierre y Saint-Just al defender la memoria de estos sus apóstoles y mártires glorificaban asimismo las doctrinas por ellos reducidas a práctica, ciertamente no con tolerancia o misericordia. Aparecieron casi al mismo tiempo, o, diciéndolo con propiedad, aparecieron desembozadas y poderosas, sectas que contaban largos años de vida, pero que habían vivido hasta entonces en oscuridad y flaqueza. Las varias escuelas socialistas, y la comunista entre ellas incluida, contaron numerosos prosélitos, a tal punto que bien puede afirmarse que de los demócratas franceses la parte crecida, o digamos las turbas o los soldados, con algunos capitanes socialistas son y no otra cosa. Y aun de los demócratas no socialistas muchos hay que deseen lo llamado un gobierno fuerte que asegure el imperio de la igualdad su ídolo, y que en

cuanto a libertad dé poca o mucha, pero como otorgada, aunque suele ser recibida, y más para el uso del poder que para el pleno goce de derechos individuales.

Sin embargo, va asomando, y aun se ve ya clara y erguida en Francia otra escuela, de la cual no puede vaticinarse si crecerá hasta cobrar pujanza y ejercer poder, pues si lo en parte sano de sus doctrinas, siendo conocidas, parece que debía asegurarle próspera fortuna, tiene contra sí la índole del pueblo francés, y preocupaciones que dominan en la Francia moderna.

A tal escuela pertenecen en grado mayor o menor personas de muy diferentes opiniones en punto a cuál es la mejor forma de gobierno, si el monárquico templado, si el que tiene alguna mezcla de aristocracia, o si la democracia. Periódicos (no de los diarios, sino de los que con más extensión y en más grave tono tratan cuestiones políticas) tan opuestos como son entre sí los semi-mensuales franceses titulados el *Corresponsal* y la *Revista nacional y extranjera* está en lo tocante a la libertad que debe darse al individuo en un estado bien regido, si no acordes, poco distantes. Tratándose de formas de gobierno, o aun del modo de constituir o distribuir el poder político, ciertamente, hombres como por ejemplo el príncipe Alberto de Broglie o Mr. Laboulaye, se diferencian mucho en opiniones: trátase de determinar bajo cualquiera de las formas conocidas qué debe ser la autoridad, y cuáles respecto a ella los derechos de los individuos y se verá que los aquí ahora recién nombrados y varias personas que ya con los unos ya con los otros están acordes, discrepan menos entre sí que no pocos republicanos demócratas de las ideas más extremadas.

De esta hueste, si nombre tal merece, reducida en número, pero fuerte por el valor de quienes la componen, hay una parte que se cuenta entre los más acérrimos liberales, algunos de los cuales son hasta demócratas, hasta republicanos; bien que es propio de todos ellos dar más importancia que a la forma del gobierno supremo de un Estado a la parte de su legislación política que da ensanche y proporciona libre juego a la acción de los particulares. Distinguese entre ellos el aquí poco antes nombrado Laboulaye<sup>1</sup>, que ha rehabilitado la memoria de Benjamin Constant como publicista y que está dando lecciones sobre la constitución de los Estados Unidos anglo-americanos. Distinguese Lamfrey, que acaba de dar a luz con el título de *Retratos y estudios políticos* varios trabajos antiguos suyos publicados en revistas con algún otro nuevo escritor cuyos juicios sobre personas y obras pasadas encierran con una crítica severa, doctrinas importantes para lo presente y futuro, como cuando nota en la celebrada *Historia del Imperio y del Consulado* por Thiers, no sólo máximas y juicios sino el espíritu de la obra toda, o cuando en Napoleón reprueba el generalmente aplaudido despotismo de Bonaparte, *primer cónsul, donde ve como en brote la flor que dio por fruto el imperio con las pretensiones del soberano de renovar a Carlo Magno*, o cuando en la época feroz de 92 a 95 y aun en los días a este periodo inmediatamente anteriores y posteriores se muestra duro en reprobar la tiranía sin atender a los efectos, que para salvar la causa de la revolución produjo, según sienten u opinan sus defensores<sup>2</sup>. De

---

<sup>1</sup> El Sr. Laboulaye es académico correspondiente de nuestra nueva real Academia de ciencias morales y políticas.

<sup>2</sup> Véase lo que hablando de los escritos de Lamfrey dice Mr. Carlos de Mazade, escritor y crítico estimable: "Fuerza es entenderse en punto a la palabra libertad, que hoy se hace gala de invocar y que cada cual poner por divisa en su bandera, porque es claro que todo el mundo no ama ni desea otra cosa que la libertad, contando los que la tendrían eternamente con andadores, con la idea previsor de libertarla de tropezones y caídas. Debe llamarse amor formal y bien meditado de la libertad sólo el de quien conoce y siente qué condiciones son las necesarias son las cuales no es la vida real y verdaderamente libre. No está por cierto la libertad allí donde, con corto discurso, está muy limitado el poder, sino en todo cuanto ensancha la esfera de la acción independiente del hombre, en todo cuanto da fuerza a su iniciativa y a las

la misma escuela debe ser considerado Milsand<sup>3</sup> que en pocas páginas de un breve artículo inserto en la *Revista de Ambos Mundos* al juzgar una parte de la *Historia de la revolución*, por Luis Blanc, sienta y sustenta opiniones que siendo muy liberales están en contradicción manifiesta con las que por tales corren entre los franceses, y entre los pueblos del continente sus imitadores.

Leoncio de Lavergne, escritor a quien no se puede negar la calificación de liberal sin faltar a la justicia, pero en política general no demócrata ni republicano, pues sigue adicto a la monarquía de la casa de Orleans, difiriendo notabilísimamente de los antes aquí recién citados, en gravísimas cuestiones relativas a la forma de gobierno, en cuanto a lo concerniente a la libertad del hombre si no coincide con ellos completamente, se les acerca no poco.

La descentralización administrativa es uno de los puntos en que los amantes de la libertad individual hoy conviene deseando vería establecida. Ni este deseo es nuevo en hombres de opiniones monárquicas. Por ello clamaban los ultrarealistas en Francia, a donde en 1816 a 1822, quizá con poca sinceridad algunos, sin duda muchos por odio a la revolución de la cual suponían ser hija la centralización tan poderosa en su patria.

Tal vez este recuerdo infunda desconfianza en algunos amantes de la libertad a quienes parezca que no puede convenir a su causa un sistema celebrado y apetecido por sus adversarios. Error grave dimanado de juzgar uno mismo el interés de la libertad con el de un poder sobrado fuerte, al cual la revolución, si no dio origen, dio notable aumento de fuerza.

Pero la descentralización<sup>4</sup> no es todavía lo suficiente para dar a los actos de los individuos toda la libertad y con ella todo el vigor, y de resultas todo el acierto y a la par con esto toda la responsabilidad, que deben tener los miembros de un Estado verdaderamente libre. Puede la autoridad, repartida hasta estar quebrada en menudas piezas, ser todavía tiránica, o si no tanto, entrometida y enojosa y por todas estas razones, funesta. La tiranía, y aun la opresión más leve inmediata es mucho más molesta que la que viene de lejos. Mil causas, todas ellas de gran valor, contribuyen a que el poder excesivo de un magistrado o cuerpo municipal sea más insufrible que la autoridad superior distante, y quizá más cuando son los constituidos en ciertos cargos llevados a desempeñarlos por la elección, de donde nacen afectos de amor y odio, resentimiento y agradecimiento, en suma, fuertes motivos para que usen los que mandan de parcialidad acompañada de violencia.

Por esto, la descentralización, para ser provechosa, no ha de consistir en dividir el poder hasta desparramarle, sino en disponer las cosas de modo que la autoridad pública, ya sea la del gobierno central o supremo, ya la de sus inferiores o últimos delegados, y así la emanada del voto popular, aun

---

seguridades de su persona y en todo cuanto quita fuerza a la tutela recelosa del Estado, que todo lo absorbe, y para acabar, hasta con los gobiernos".

<sup>3</sup> Sobre este breve pero excelente trabajo de Mr. Milsand, el escritor del artículo que va arriba ha extendido un breve informe para la real Academia de ciencias morales y políticas que, no obstante su cortísimo valor, va a ser publicado en las memorias del cuerpo de que él es miembro. Esto lo advierte aquí para no incurrir en la culpa de publicar algunas razones dos veces, sin dar de ello aviso.

<sup>4</sup> Aunque parezca poco necesario, no está, con todo, demás advertir que la descentralización política es un mal gravísimo, y que al hablar de descentralización, ninguna persona de buen juicio la desea sino para lo gubernativo hoy llamado administrativo. Ni es menos oportuno observar que la latitud que debe darse a los individuos no es para cosas que influyan en la gobernación del Estado, pues para eso tienen los derechos políticos que sólo deben ejercer por las vías legales.

siendo universal, como la que tiene su origen en la potestad del trono o de otra magistratura suprema no dirija ni aun coarte notablemente los actos de los particulares. Innumerables son los del hombre en los cuales no ha menester ser dirigido por orden, ni de un rey, o de un presidente de república, o de un ministro, o de un gobernador de provincia, ni siquiera de un alcalde o de un cuerpo municipal, sino que, al revés, debe desentenderse de toda dirección, salvo la de su propia conciencia, calcular la naturaleza y probables consecuencias de sus acciones, y cargar con la responsabilidad de ellas. Y no se crea anárquica tal doctrina. La fuerza pública de toda especie existe para proteger la paz contra toda tentativa de turbarla, ya sea en perjuicio de la procomún, ya en el de los particulares, en suma para ejercer el verdadero oficio del gobierno y en el cual consiste su esencia que es (pidiendo perdón por la osadía de citarse a sí propio un autor humilde) el que el escritor de estos renglones ha dicho en otra obra suya el de reprimir amparando, y amparar reprimiendo.

Sin duda, la aplicación completa o inmediata de tales doctrinas a un pueblo viejo encierra peligros. Y no es menos grave mal que, al intentar aplicarlas, no siendo la aplicación completa, ni hecha con tino, la que es parcial suele traer consigo perjuicios graves. La descentralización como poco antes aquí va dicho puede producir y aun en cierto modo produce de necesidad aumento de tiranía. Porque en las máximas de gobierno debe atenderse a dos cosas, a lo que en sí es cierto y bueno, y a lo que requieren y a veces dictan las circunstancias. No de otra manera que en el cuerpo humano es nocivo y hasta mortal para ciertas constituciones lo que para otras es provechoso y a veces necesario, al aplicar al cuerpo político un remedio o darle un alimento, es debido, y hasta forzoso consultar cuál es su temperamento, cuáles son sus fuerzas. Aquél y aun éstas varían según es el estado de instrucción de los pueblos, tomando por instrucción no sólo la nacida de los libros sino la adquirida por la práctica, y según fueron, han sido, y son los sucesos de su historia remota y moderna, y los que constituyen su situación presente. Pero siempre conviene, siempre se debe tener a la vista una tónica general y enterarse bien del paradero a que la sociedad y con ella la legislación debe encaminarse y luego entrar a discutir los medios y modos que han de usarse en la jornada.

Al tratar de estas condiciones y situaciones de los pueblos para recibir estas u esotras leyes, no es posible desatender una opinión que hoy corre con algún valimiento y es que ciertas razas requieren una forma de gobierno y legislación, y otras una muy diferente. Muy común es hoy suponer a la raza anglo-sajona dotada de cierta calidad como natural para gobernarse a sí propia, mientras carecen de ella y han menester ser dirigidas por la autoridad las razas de origen latino. Hay quien considere esta cuestión como puramente etnográfica: hay quien con más fundamento juzgue la disposición de las razas mismas tales cuales hoy existen, no sólo como obra de la naturaleza, sino como una consecuencia de su vida política y social la cual tanto ha influido en ellas que alterarlas en su índole o es empresa imposible o es una que pide largo tiempo para ser llevada a feliz remate. No osa el escritor de este artículo aventurar su parecer en tal punto con seguridad de acierto siquiera mediano, pero se atreve a decir que no está plenamente justificado por la historia el hecho que da a unos pueblos la libertad y a otros se la niega. Ya en los días de Montesquieu, autor digno de la mayor consideración, pero cuyos errores no son pocos ni leves, concedió el escritor del *Espíritu de las leyes* a los habitantes de las montañas un derecho preferente a ser libres, de que no creía podían disfrutar los de las llanuras, y de esto es refutación incontestable la libre república extendida por los llanos de la América septentrional, y la gran libertad de que, aun bajo reyes, y con aristocracia, gozan los hijos de la algo quebrada, pero no

montuosa tierra de la parte meridional de la Gran Bretaña. De todos modos, aun concediendo algo a la calidad intrínseca, ya natural, ya adquirida de pueblos de diferente procedencia, bien puede afirmarse que la medicina e higiene políticas alcanzan, sino a variar enteramente las constituciones, a modificarlas en grado considerable<sup>5</sup>.

No crean los lectores que al explicar así ciertos sistemas ni aun al dejar ver que algunos de ellos miran con parcialidad favorable pretende quien esto escribe traerlos a su patria y acomodarlos a ella en la hora presente. Ni crean tampoco, y por el lado opuesto, que aconseja lo contrario. Menos debe suponerse que al abogar por menor intervención del gobierno que la ordinaria en los actos privados y por libertad superior a la que hoy existe para los de los individuos renuncia a la bandera política, bajo la cual milita desde largo tiempo a esta parte. Yerre o no, estima muy compatibles con aun autoridad poderosa en lo político, aunque no sin límites, el ensanche en el uso de los derechos individuales. Pero guía en este instante su mente y su pluma el deseo de ser expositor más que juez o consejero. Ni son ignorantes ni desaplicados hoy los jóvenes en nuestra España, y cuando yerran, suelen hacerlo porque saben mal, y no por falta absoluta de saber, pero circunscriben dentro de poco espacio su esfera, sus estudios, dedicándose ya a estudiar y seguir de los franceses a los doctores y apóstoles de la escuela revolucionaria, y entre éstos a aquéllos cuyo estilo se distingue por lo pomposo o por lo sobradamente lozano, o por lo conceptuoso, ya a admirar y remedar no bien por la dificultad que hay en hacerlo, las singularidades de las escuelas alemanas. Bueno es que de Inglaterra y de Francia misma vayan a examinar lo que hoy ignoran o desprecian. No es tampoco la intención del presente artículo disuadir a los parciales de esta u otra forma de gobierno de la opinión favorable con que cada cual mira al que ha escogido, pues ni alcanzan a tanto flaquísimas fuerzas, ni suelen alcanzar otras en extremo superiores. Pero, al escribir lo que antecede, va puesta la mira a que demócratas o progresistas que los son por rutina, no dejen de atender a lo que de sí pide la libertad al aplicarla en su pormenor a los pueblos a fin de que nadie aplauda métodos de gobierno cuyo dictado es el de libres, cuando los súbditos como tales distan infinito de tener libertad verdadera.

Y no deslumbre a los parciales de una autoridad que vigila en el bien común, y la cual para lograr su intento llena de celo, dirige al general provecho todas las fuerzas individuales, aun cuando blasone de que siendo popular en su origen la presión que ejerce sobre los particulares es la del pueblo mismo, que mal pueda ser empleada en su daño la consideración del poder y lustre de algún Estado donde la máquina gubernativa jugando, sin tropiezos, porque la igualdad no consiente ponerle estorbos de algún valor, da de sí triunfos militares, y en lo interior orden aparente. A veces el trabajo de las máquinas da productos superiores al de los brazos mal o bien dirigidos por la cabeza, pero aun no sucede así en todos los casos posibles. Esto aparte, los hombres no son máquinas, ni partes de una máquina, ni debe aspirarse a que lo sean. Deben los miembros de un cuerpos social ser hombres, ser ciudadanos, y deben procurar hacer que lo que sean los legisladores o los dogmatizadores, y para ello deben tirar a darles libertad, siquiera el ser libres los sujete alguna vez a caídas, porque el hombre en lo moral como en lo físico, si vive libre de peligros cuando obra y camina guiado por la experiencia y

---

<sup>5</sup> Entiéndase que al exponer las doctrinas que van expresadas en el texto de este artículo no intenta el que escribe abonarlas a punto de hacerlas completamente suyas y sustentarias en toda su amplitud. Pero las indica juzgándolas, cuando menos, bien encaminadas. Al seguir una buena senda, puede el caminante traspasar el término en que debería hacer alto, y puede también quedarse corto. Pero hay diferencia entre él y otro que ha tomando mal camino por donde es imposible que llegue a buen paradero. Esto último sucede, en sentir del autor de este breve escrito, a los de la escuela revolucionaria que buscan la libertad en la omnipotencia o prepotencia del ente abstracto conocido con el nombre de Estado, ya sean socialistas

ciencia de un superior, logra sólo una existencia endeble, y al revés, obrando por sí, y pasando por los inconvenientes que esto lleva consigo, sale mejor librado de los trabajos y peligros de la vida".

---

declarados, ya semisocialistas los cuales abundan entre los parciales del gobierno popular, y no faltan entre los de otras opiniones.



## APÉNDICE V:

### PRINCIPALES ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS DE ALCALÁ GALIANO:

- "Libertad de imprenta", en *El Imparcial*, 1-X-1812, pp. 1-3<sup>6</sup>.
- "Espíritu público", en *El Imparcial*, 2-X-1812, pp. 5-8.
- "Constitución política", en *El Imparcial*, 3-X-1812, pp. 9-11.
- "Continuación del discurso de ayer" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 4-X-1812, pp. 13-15 y pp. 15-16.
- "Continuación del discurso de ayer", en *El Imparcial*, 5-X-1812, pp. 17-20.
- "Constitución militar", en *El Imparcial*, 6-X-1812, pp. 21-22.
- "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 7-X-1812, pp. 27-28.
- "División de poderes" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 8-X-1812, pp. 29-30 y pp. 31-32.
- "Provincialismo" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 9-X-1812, pp. 33-35 y pp. 35-36.
- "Sigue el discurso de ayer" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 10-X-1812, pp. 37-39 y pp. 39-40.
- "Sigue el discurso de ayer" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 11-X-1812, pp. 41-43 y pp. 43-44.
- "Concluye el discurso de ayer", en *El Imparcial*, 12-X-1812, pp. 45-48.
- "Sesiones secretas", y "Continuación del diálogo de antes de ayer", en *El Imparcial*, 13-X-1812, pp. 49-51 y pp. 51-52.
- "Corrillos de la calle Ancha" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 14-X-1812, pp. 53-56 y pp. 56-60.
- "Justicia" y "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 15-X-1812, pp. 61-62 y pp. 63-68.
- "Continuación del diálogo de ayer", en *El Imparcial*, 16-X-1812, pp. 71-72.
- "Derecho de representación", en *El Imparcial*, 17-X-1812, pp. 73-76.
- "¿Conviene que las Cortes y el gobierno se trasladen inmediatamente a Madrid?", en *El Imparcial*, 18-X-1812, pp. 77-80.
- "Continuación del discurso de ayer" y "Continuación del diálogo del nº 16", en *El Imparcial*, 19-X-1812, pp. 81-84 y p. 84.
- "Conclusión del discurso de ayer" y "Clubes", en *El Imparcial*, 20-X-1812, pp. 85-86 y pp. 86-88.
- "Opinión pública de Madrid", en *El Imparcial*, 21-X-1812, pp. 89-92.
- "Continuación del discurso de ayer", en *El Imparcial*, 22-X-1812, pp. 93-96.
- "Cortes", en *El Imparcial*, 23-X-1812, pp. 97-100.
- "Barandilla de las Cortes", en *El Imparcial*, 24-X-1812, pp. 101-103.
- "Examen de la tragedia *La viuda de Padilla*", en *El Imparcial*, 25-X-1812, pp. 105-107.
- "Libertad de imprenta", en *El Imparcial*, 26-X-1812, pp. 108-110.
- "Ferias y mercados", en *El Imparcial*, 27-X-1812, pp. 113-116.

---

<sup>6</sup> El periódico *El Imparcial* fue redactado íntegramente por Antonio Alcalá Galiano y su entonces amigo íntimo Santiago Jonama. Pese a que los artículos no van firmados, dado su interés se reseñan en este apéndice. El estilo y las ideas de ambos autores se entremezclan continuamente, por lo que resulta casi imposible discernir el redactor de cada uno de los sueltos. Parece muy probable que los artículos fueran escritos conjuntamente.

- "Continuación del discurso de ayer", en *El Imparcial*, 28-X-1812, pp. 117-120.
- "Continuación del discurso de ayer" y "Jueces de primera instancia", en *El Imparcial*, 29-X-1812, pp. 121-123 y pp. 123-124.
- "Concluye el discurso de ayer", en *El Imparcial*, 30-X-1812, p. 125.
- "Ballesteros" y "Despedida", en *El Imparcial*, 31-X-1812, pp. 129-131 y pp. 131-132.
- "Wellington", en *El Tribuno del Pueblo Español*, 1-I-1813.
- *El Redactor General*<sup>7</sup>.
- "Artículo remitido por Antonio Alcalá Galiano", en *Crónica científica y literaria*, vol. 2, nº 137, 21-VII-1818.
- "Artículo remitido al editor (Reflexiones sobre el gusto clásico)", en *Crónica científica y literaria*, vol. 2, 4-VIII-1818.
- "Variedades", en *Crónica científica y literaria*, vol. 2, nº 165, 27-X-1818.
- "Poesía en la muerte de la Señora Doña María Isabel de Braganza, Reina católica de España", en *Crónica científica y literaria*, vol. 2, nº 185, 5-I-1819.
- "Consideraciones sobre la legitimidad de nuestra insurrección" y "Relación de lo ocurrido en la gloriosa insurrección del Ejército nacional contra la tiranía" en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 25-I-1820, pp. 3-4 y 5-8<sup>8</sup>.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, San Fernando 28-I-1820, pp. 9-11.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 1-II-1820, pp. 17-21.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", "Consideraciones sobre la conducta observada por el Ejército nacional después de su glorioso pronunciamiento" y "Reflexiones políticas", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 2-II-1820, pp. 25-31.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", "Reflexiones sobre la conducta de las tropas del despotismo comparada con la de los soldados de la nación" en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 8-II-1820, pp. 33-37.
- "Sin título" (sucesos políticos y militares) y "Reflexiones sobre la conducta que observa la nación a vista del alzamiento del Ejército Nacional", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 15-II-1820, pp. 49-54.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 18-II-1820, p. 57-58.
- "Continúa la relación de lo acaecido desde el día primero de enero en nuestra gloriosa empresa", "Carta escrita por Don Juan Despierta, a su amigo Don Luis Duerme sobre las ocurrencias del día", y "Respuesta de Don Luis Duerme a su amigo Don Juan Despierta", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 22-II-1820, p. 65-72.

<sup>7</sup> Alcalá trabajó en esta publicación entre 1811 y 1813, aunque no es posible determinar con exactitud cuáles fueron sus colaboraciones, puesto que no iban firmadas (Alcalá Galiano, *Apuntes para la biografía...*, en *Obras...*, vol. 2, p. 286).

<sup>8</sup> La *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional* comenzó teniendo dos redactores, Alcalá Galiano y Evaristo San Miguel. Debido a la incorporación del segundo a la división volante del ejército de Riego, muy pronto la tarea quedó en manos de nuestro protagonista. San Miguel sólo llegó a escribir en el primer número un artículo (A. Alcalá Galiano, *Memorias*, en *Obras*, B.A.E., tomo 84, p. 44 y *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 26-V-1820, p. 187). De esta selección de artículos, se han excluido aquellos que se centran exclusivamente en la crónica de los hechos del momento y que carecen de interés para estudiar el pensamiento de Alcalá Galiano.

- "Uno de los redactores de la *Gaceta* al general Freyre", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 25-II-1820, pp. 73-78.
- "Reflexiones sobre la situación actual de España", "Qué debería hacer un gobierno que ahora se estableciese en España", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 29-II-1820, pp. 81-85.
- "(Sin título)" (noticias sobre la división volante de Riego), en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 5-III-1820, sin paginar.
- "Reflexiones sobre la conducta observada por el Ejército Nacional con los llamados Realistas", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 10-III-1820, pp. 105-107.
- "Progresos de la causa nacional", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 14-III-1820, pp. 113-117.
- "Parte dado por los tres parlamentarios enviados a Cádiz el 10 del corriente al General en jefe de este Ejército nacional, sobre las ocurrencias sobrevenidas en su comisión" y "Españoles", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 21-III-1821, pp. 129-134.
- "¿Qué hace el Ejército Nacional de San Fernando?" y "¿Qué era la España poco ha?", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 28-III-1820, pp. 145-148.
- "(Sin título)" (la libertad de imprenta), en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 11-IV-1820, pp. 179-181.
- "(Sin título)" (el general Freyre) y "(Sin título)" (entrada de Riego y Quiroga en Cádiz), en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 14-IV-1820, pp. 186-190.
- "Continúa la relación de la entrada en Cádiz de las tropas nacional y de sus jefes", en *Gaceta patriótica del Ejército Nacional*, 18-IV-1820, pp. 193-198.
- "El editor" en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 9-V-1820, pp. 246-248.
- "Reflexiones sobre la actual situación de España" y "(Sin título)" (donativos al ejército), en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 12-V-1820, pp. 249-252 y 254-256.
- "Observaciones sobre la situación actual de España", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 19-V-1820, pp. 265-272.
- "Reflexiones sobre la necesidad de remover de sus empleos a las personas desafectas al nuevo sistema" y "Primera respuesta del editor de esta Gaceta al preguntón que le escribió la carta inserta en el número antecedente", en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 23-V-1820, pp. 273-276 y pp. 279-280.
- "El editor de esta Gaceta sobre un artículo inserto en el Diario de Cádiz, de D. Diego Butrón" y "(Sin título)" (despedida), en *Gaceta Patriótica del Ejército Nacional*, 26-V-1820, pp. 286-288.
- "Carta del ciudadano Antonio Alcalá Galiano al director de la sociedad patriótica instalada en Cádiz en el café de la Constitución", en *El Constitucional. Crónica científica y literaria*, vol. 4, nº 367, 10-V-1820.
- "Representación que ha dirigido al Rey don Antonio Alcalá Galiano", en *El Constitucional. Crónica científica y literaria*, vol. 5, nº 491, 11-IX-1820.
- "Spain", en *Westminster Review*, vol. 1, nº 2, abril de 1824, pp. 289-336.
- "Spanish novels" (Reseña de *Don Esteban*, de Valentín Llanos), en *Westminster Review*, junio de 1826, pp. 278-303.
- "Letter", en *Times*, 26-XII-1826.
- "Spanish novels" (Reseña de Gómez Arias y *The Castilian* de T. de Trueba), en *Westminster Review*, t. X, 1828-1829, pp. 149-169.

- "Life of Jovellanos", en *Foreign Quarterly Review*, vol. 5, XI-1830, nº 10, pp. 547-568.
- "Literature of the Nineteenth Century. Spain", en *The Athenaeum*, nº 338, 19-IV-1834, pp. 290-295.
- "Literature of the Nineteenth Century. Spain", en *The Athenaeum*, nº 340, 3-V-1834, pp. 329-333.
- "Literature of the Nineteenth Century. Spain", en *The Athenaeum*, nº 342, 17-V-1834, pp. 370-374.
- "Literature of the Nineteenth Century. Spain", en *The Athenaeum*, nº 344, 31-V-1834, pp. 411-414.
- "Literature of the Nineteenth Century. Spain", en *The Athenaeum*, nº 346, 14-VI-1834, pp. 450-454.
- *Mensajero de las Cortes y El Observador*<sup>9</sup>.
- "De la situación actual", en *Revista Española*, nº 1, 1-III-1835.
- "Utilidad de las explicaciones parlamentarias", en *Revista Española*, nº 5, 5-III-1835, p. 17.
- "¿Conviene diferir hasta febrero próximo las sesiones de los estamentos?", en *Revista Española*, nº 8, 8-III-1835, p. 29.
- "Derecho que tienen los estamentos para suplicar que se dé la sanción real", en *Revista Española*, nº 12, 12-III-1835, p. 45.
- "Contestación a *La Abeja* del día", en *Revista Española*, nº 14, 14-III-1835, p. 53.
- "Nueva contestación a *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 21, 21-III-1835, pp. 81-82.
- "Informe de la comisión central", en *Revista Española*, nº 27, 27-III-1835, p. 113.
- "A *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 31, 31-III-1835, pp. 129-130.
- "¿Adónde nos conduce el actual gobierno?. ¿Adónde nos llevaría el partido exaltado si entrase en el ministerio?", en *Revista Española*, nº 33, 2-IV-1835, pp. 137-138.
- "Respuesta a *La Abeja* de ayer", en *Revista Española*, nº 35, 4-IV-1835, p. 145.
- "*La Abeja* y los tratamientos", "Sobre la aprobación del artículo 25 del dictamen de la comisión central", en *Revista Española*, nº 38, 7-IV-1835, p. 157.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 39, 8-IV-1835, p. 161 (polémica con *La Abeja* sobre los sucesos de Málaga).
- "Sobre el principio de reforma aplicado a la cuestión de la deuda interior", en *Revista Española*, nº 41, 10-IV-1835, p. 165.
- "Cuatro palabras más a *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 42, 11-IV-1835, p. 173.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 46, 15-IV-1835, p. 189 (polémicas periodísticas con *La Abeja*).
- "¿Por qué no queremos hablar de ciertas cuestiones?", en *Revista Española*, nº 47, 16-IV-1835, p. 193.
- "Sobre la historia de la revolución pasada", en *Revista Española*, nº 49, 18-IV-1835, p. 201.
- "Intervención extranjera", en *Revista Española*, nº 50, 19-IV-1835, p. 205.
- "Sobre las constituciones", en *Revista Española*, nº 51, 20-IV-1835, p. 209.
- "Constitución de 1812, Constitución francesa de 1791 y Estatuto Real", en *Revista Española*, nº 54, 23-IV-1835, p. 221.
- "Misión de Lord Elliot", en *Revista Española*, nº 55, 24-IV-1835, p. 225.

<sup>9</sup> Alcalá Galiano escribió en ambos periódicos, aunque no puede asegurarse cuáles son sus artículos porque no están firmados. Su participación en el *Mensajero de las Cortes* podría datarse a partir del 23 de julio de 1834, fecha en la que el diario se hizo eco de la llegada de nuestro protagonista a Madrid. El *Mensajero* se fusionó con la *Revista Española* en febrero de 1835, y el primer número conjunto apareció el 1 de marzo de 1835 con el nombre de *Revista Española-Mensajero de las Cortes* (que aquí, para simplificar, he transcrito como *Revista Española*). Situación similar se produce con otros periódicos en los que colaboró Galiano: *La España*, donde escribió desde su llegada del exilio a finales de 1837 hasta febrero de 1838, *El Correo Nacional*, hasta octubre de 1838 (A. Alcalá Galiano, *Apuntes para la biografía...*, en *Obras*, B.A.E., tomo 84, p. 298), y *El Sur*, durante el Bienio Progresista (A. Alcalá Galiano, hijo, anotaciones a las *Memorias* de su padre, en las páginas finales del vol. 2).

- "Sobre la proposición del Gobierno acerca del arreglo de Ayuntamientos", en *Revista Española*, nº 57, 26-IV-1835, p. 233.
- "Sobre constituciones en general", en *Revista Española*, nº 58, 27-IV-1835, p. 237.
- "Fusión, escorias y otras cosas", en *Revista Española*, nº 61, 30-IV-1835, pp. 249-250.
- "Sobre una ocurrencia de Cádiz", en *Revista Española*, nº 63, 2-V-1835, p. 257.
- "Dos palabras sobre el derecho de petición y los bienes nacionales", en *Revista Española*, nº 64, 3-V-1835, pp. 261-262.
- "De un plan de Gobierno completo y oportuno", en *Revista Española*, nº 65, 4-V-1835, p. 265.
- "Del proyecto de ley sobre la deuda interior", en *Revista Española*, nº 66, 5-V-1835, p. 269.
- "Del rumbo que va tomando la opinión", en *Revista Española*, nº 69, 8-V-1835, p. 281.
- "De la votación última del estamento de procuradores", en *Revista Española*, nº 70, 9-V-1835, p. 285.
- "Del comercio entre un titulado general de un poder ilegítimo, con un general dependiente del gobierno legítimo, y bajo la mediación de un agente no reconocido", en *Revista Española*, nº 73, 12-V-1835, p. 307.
- "De las ocurrencias de estos días", en *Revista Española*, nº 75, 14-V-1835, p. 315.
- "Sobre los sucesos del día 11 dentro y fuera del estamento", en *Revista Española*, nº 78, 17-V-1835, p. 317.
- "Confusión de cosas y cómo debe remediarse separándolas", en *Revista Española*, nº 80, 19-V-1835, p. 325.
- "De la unión", en *Revista Española*, nº 81, 20-V-1835, p. 329.
- "Modo de seguir las discusiones en los cuerpos deliberantes", en *Revista Española*, nº 83, 22-V-1835, p. 337.
- "De un incidente muy ridículo ocurrido al discutir si es conveniente o posible la unión", en *Revista Española*, nº 84, 23-V-1835, pp. 341-342.
- "Sobre la manía de querer dividir lo que es indivisible", en *Revista Española*, nº 88, 27-V-1835, p. 357.
- "Sobre el desaliento que reina" y "Sobre lo mismo", en *Revista Española*, nº 89, 28-V-1835, p. 361.
- "Sobre los últimos actos de los estamentos", en *Revista Española*, nº 90, 29-V-1835, p. 365.
- "Tono de los abogados del Ministerio", en *Revista Española*, nº 92, 31-V-1835, p. 369.
- "De las últimas discusiones de la opinión del periódico ministerial", en *Revista Española*, nº 96, 4-VI-1835, p. 377.
- "Los Ayuntamientos y *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 100, 8-VI-1835, pp. 505-506.
- "Sobre la intención del Ministerio Tory al mediar en el convenio celebrado en Navarra", en *Revista Española*, nº 101, 9-VI-1835, pp. 509-510.
- "Del nuevo Ministerio", en *Revista Española*, nº 102, 10-VI-1835, p. 513.
- "De la situación", en *Revista Española*, nº 103, 11-VI-1835, p. 517.
- "Argumentos de nuestros contrarios a respuestas acomodadas a las circunstancias actuales", en *Revista Española*, nº 104, 12-VI-1835, p. 321.
- "Errores del Ministerio y confirmación de nuestras doctrinas en respuesta a *La Abeja*" y "Modo de hacer lo que puede hacerse", en *Revista Española*, nº 105, 13-VI-1835, p. 325.
- "Carta de Antonio Alcalá Galiano a los editores de *La Abeja* sobre el proceso de Dionisio Alcalá Galiano", en *Revista Española*, nº 106, 14-VI-1835, pp. 331-332.
- "Sobre los no bien conocidos méritos y servicios de un patriota español", en *Revista Española*, nº 107, 15-VI-1835, p. 333.

- "De la opinión en este momento y por lo tocante al Ministerio recién nombrado", en *Revista Española*, nº 109, 17-VI-1835, p. 341.
- "Modo de hacer lo que puede hacerse", en *Revista Española*, nº 111, 19-IV-1835, p. 350.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 112, 20-VI-1835, p. 353 (respuesta a *La Abeja* sobre la libertad de imprenta).
- "Ansiedad: recursos", en *Revista Española*, nº 114, 22-VI-1835, p. 361.
- "De la unión", en *Revista Española*, nº 115, 23-VI-1835, p. 365.
- "Sobre la censura", en *Revista Española*, nº 117, 25-VI-1835, p. 373.
- "Nuestra situación y la del Gobierno" y "Exposición del Ministro de lo Interior a su Majestad sobre nombrar una comisión para dar una ley sobre imprenta", en *Revista Española*, nº 120, 28-VI-1835, pp. 385-386.
- "Sobre las leyes penales para los delitos de la imprenta", en *Revista Española*, nº 122, 30-VI-1835, p. 393.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 123, 1-VII-1835, p. 400 (réplica al *Eco del Comercio*).
- "Qué es ser ministro responsable", en *Revista Española*, nº 124, 3-VII-1835, pp. 405-406.
- "Junta para preparar la ley sobre imprenta", en *Revista Española*, nº 126, 4-VII-1835, p. 409.
- "1833-1835" y "Milicia nacional de Madrid", en *Revista Española*, nº 129, 7-VII-1835, p. 421-422.
- "Noche del 5 de julio", en *Revista Española*, nº 130, 8-VII-1835, p. 427.
- "Sobre una carta que nos han dirigido de la Capitanía General de Madrid", en *Revista Española*, nº 132, 10-VII-1835, p. 526.
- "*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* por el Conde Toreno. Tomo primero. Madrid 1835", en *Revista Española*, nº 135, 13-VII-1835, pp. 537-539.
- "Lenguaje de *La Abeja*" y "Reseña de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Artículo segundo", en *Revista Española*, nº 136, 14-VII-1835, pp. 541-542.
- "Decreto del 30 de diciembre y modo de observarle", en *Revista Española*, nº 138, 16-VII-1835, pp. 549.
- "De una sentencia del historiador francés M. Thiers", en *Revista Española*, nº 140, 18-VII-1835, p. 557.
- "Renuncia del dictado de liberal por un escritor, y pretensión nuestra de conservarle", en *Revista Española*, nº 141, 19-VII-1835, pp. 561-562.
- "Sobre un incidente de que han hablado *La Abeja* y *El Eco*", en *Revista Española*, nº 142, 20-VII-1835, pp. 565-566.
- "De nuestra situación", en *Revista Española*, nº 144, 22-VII-1835, p. 573.
- "A *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 145, 23-VII-1835, p. 577.
- "Revolución", en *Revista Española*, nº 147, 25-VII-1835, p. 585.
- "Corresponsales extranjeros", en *Revista Española*, nº 149, 27-VII-1835, p. 594.
- "Diario de los debates", en *Revista Española*, nº 150, 28-VII-1835, p. 597.
- "¿Quién quiere la legalidad?" y "Más sobre el mismo asunto", en *Revista Española*, nº 151, 29-VII-1835, p. 601.
- "¿Vamos adelante?", en *Revista Española*, nº 152, 30-VII-1835, p. 605.
- "Libertad de imprenta. Conventos y desórdenes", en *Revista Española*, nº 156, 3-VIII-1835, p. 621.
- "Reseña de *Viaje a Cádiz en 1823 por un miliciano nacional de Madrid* de A.S. Fernández", en *Revista Española*, nº 158, 5-VIII-1835, pp. 629-630 (también en *Obras*, t. II, pp. 457-459).
- "Reunión de los estamentos", en *Revista Española*, nº 159, 6-VIII-1835, p. 633.

- "De un artículo de la *Gaceta*" y (Sin título) (polémicas con el *Eco del Comercio*), en *Revista Española*, nº 160, 7-VIII-1835, p. 637 y p. 639.
- "Delitos políticos y delitos comunes" y "Esclavitud", en *Revista Española*, nº 162, 9-VIII-1835, p. 645-646.
- "Industria nacional-máquinas", en *Revista Española*, nº 163, 10-VIII-1835, p. 649.
- "Sucesos de estos días", en *Revista Española*, nº 165, 12-VIII-1835, p. 657.
- "De nuestra situación particular", en *Revista Española*, nº 169, 16-VIII-1835, pp. 673-674.
- "Al remedio", en Suplemento a la *Revista Española*, nº 169, 16-VIII-1835, p. 677.
- "De la reunión de las Cortes", en *Revista Española*, nº 170, 17-VIII-1835, p. 679.
- "De la victoria en los disturbios civiles", en *Revista Española*, nº 180, 27-VIII-1835, p. 715.
- "Del derecho de petición", en *Revista Española*, nº 181, 28-VIII-1835, p. 719.
- "De nuestra situación", en *Revista Española*, nº 183, 30-VIII-1835, p. 727.
- "De los periódicos en España", en *Revista Española*, nº 184, 31-VIII-1835, p. 731-732.
- "Libertad de imprenta", en *Revista Española*, nº 186, 2-IX-1835, p. 739.
- "Miscelánea" y "Orden. Abeja del 4 del corriente", en *Revista Española* nº 189, 5-IX-1835, p. 751.
- "¿A quién se ha puesto en prisión sin motivo?", en *Revista Española*, nº 190, 6-IX-1835, p. 751.
- "Sucesos de la Historia Moderna", en *Revista Española*, nº 192, 8-IX-1835, p. 763.
- "De las leyes contra la imprenta en Francia" y "De los hechos y del modo de hacer que no sean", en *Revista Española*, nº 195, 11-IX-1835, p. 775.
- "Periódicos", en *Revista Española*, nº 197, 13-IX-1835, p. 783.
- "Opinión pública en España", en *Revista Española*, nº 198, 14-IX-1835, p. 787.
- "A un periódico de provincia", en *Revista Española*, nº 200, 16-IX-1835, p. 795.
- "¿Qué hay que hacer?. ¿Qué hay que esperar?", en *Revista Española*, nº 201, 17-IX-1835, p. 799.
- "Sobre el Ministerio y su homogeneidad", en *Revista Española*, nº 203, 19-IX-1835, p. 807.
- "Circular del Ministerio del Interior y situación presente", en *Revista española*, nº 205, 21-IX-1835, p. 815.
- "De nuestra situación y de la oportunidad", en *Revista Española*, nº 206, 22-IX-1835, p. 819.
- "De las revoluciones", en *Revista Española*, nº 207, 23-IX-1835, p. 823.
- "De los periódicos" y (Sin título) (sobre una pensión concedida a la viuda de Torrijos), en *Revista Española*, nº 208, 24-IX-1835, p. 823.
- "Del espíritu público hoy día", en *Revista Española*, nº 209, 25-IX-1835, p. 831.
- "Causas de nuestros deseos", en *Revista Española*, nº 210, 26-IX-1835, p. 835.
- "De las constituciones", en *Revista Española*, nº 212, 28-IX-1835, p. 841.
- "Respuesta a un comunicado de *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 213, 29-IX-1835, p. 845.
- "Adónde vamos", en *Revista Española*, nº 214, 30-IX-1835, p. 849.
- "De los dos reales decretos recién publicados", en *Revista Española*, nº 215, 1-X-1835, p. 853.
- "De la nueva época" y "Hombres, cosas y contradicciones", en *Revista Española*, nº 217, 3-X-1835, p. 861.
- "Carta de Alcalá Galiano a la Junta de Cádiz", en *Revista Española*, nº 218, 4-X-1835.
- "Al *Eco del Comercio*", en *Revista Española*, nº 219, 5-X-1835, p. 269.
- "Máximas generales y aplicaciones", en *Revista Española*, nº 220, 6-X-1835, p. 273.
- "Al *Eco*", en *Revista Española*, nº 222, 8-X-1835, p. 281.
- "Lo que aún no se ha logrado", en *Revista Española*, nº 223, 9-X-1835, p. 285.

- "Qué consecuencias debe tener el restablecimiento del orden" y "Al Eco", en *Revista Española*, nº 224, 10-X-1835, p. 289.
- "De la *Gaceta de Madrid* de 10 del corriente", en *Revista Española*, nº 225, 11-X-1835, p. 293.
- "De la ley electoral", en *Revista Española*, nº 226, 12-X-1835, pp. 297-298.
- "Ley de elecciones", en *Revista Española*, nº 227, 13-X-1835, p. 301.
- "Justo medio de la *Revista Mensajero*", en *Revista Española*, nº 228, 14-X-1835, p. 305.
- "De la ley electoral", en *Revista Española*, nº 230, 16-X-1835, p. 313.
- "Males y bienes", en *Revista Española*, nº 231, 17-X-1835, p. 317.
- "Apostasías políticas", en *Revista Española*, nº 232, 18-X-1835, p. 321.
- "Nuevas razones para apoyar al Ministerio", en *Revista Española*, nº 234, 20-X-1835, p. 329.
- "Ley electoral", en *Revista Española*, nº 235, 21-X-1835, p. 333.
- "De las juntas", en *Revista Española*, nº 238, 24-X-1835, p. 345.
- "De los hombres en estos últimos sucesos", en *Revista Española*, nº 242, 28-X-1835, p. 360.
- "Modo de aprovechar la situación presente", en *Revista Española*, nº 243, 29-X-1835, p. 365.
- "Presidencia de las Cortes", en *Revista Española*, nº 245, 31-X-1835, p. 373.
- "Del estado de Europa y de su relación con el de España", en *Revista Española*, nº 246, 1-XI-1835, p. 377.
- "De España respecto a Europa", en *Revista Española*, nº 248, 3-XI-1835, p. 385.
- "Olvido-Intolerancia", en *Revista Española*, nº 250, 5-XI-1835, p. 393.
- "Guerra y reformas", en *Revista Española*, nº 251, 6-XI-1835, p. 397-398.
- "De la próxima legislatura" y "Contestación al Sr. Alvarez Guerra", en *Revista Española*, nº 252, 7-XI-1835, pp. 401 y 405.
- "Puntos constitucionales", en *Revista Española*, nº 253, 8-XI-1835, p. 406.
- "De la ley electoral" y "De un artículo del *Monitor del Comercio* publicado en la *Revista Mensajero* del 7 del corriente", en *Revista Española*, nº 254, 9-XI-1835, pp. 409-410.
- "De un artículo del *Monitor de París*", en *Revista Española*, nº 255, 10-XI-1835, p. 413.
- "Del *Eco* y la ley electoral", en *Revista Española*, nº 256, 11-XI-1835, p. 417.
- "La ley electoral y *Eco*" y "Cuestión de América", en *Revista Española*, nº 257, 12-XI-1835, p. 421.
- "Estamento de procuradores. Qué aparece y qué pronostica", en *Revista Española*, nº 260, 15-XI-1835, p. 433.
- "Unión parlamentaria", en *Revista Española*, nº 261, 16-XI-1835, p. 437.
- "Del discurso de apertura", en *Revista Española*, nº 262, 17-XI-1835, p. 441.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 264, 19-XI-1835, p. 449 (defensa del Duque de Rivas como secretario del Estamento de Procuradores).
- "Supuestos intentos y verdadera situación del Estamento de Próceres", en *Revista Española*, nº 265, 20-XI-1835, pp. 453-454.
- "Sobre los proyectos de ley que han de discutir las presentes Cortes" y "Viajes de su Majestad a Madrid", en *Revista Española*, nº 266, 21-XI-1835, p. 457.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 267, 22-XI-1835, p. 461 (sobre la exclusión del Duque de Rivas como secretario del Estamento de Procuradores).
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 268, 23-XI-1835, p. 465 (polémicas periodísticas con *La Abeja* sobre la ley electoral).
- "De la ley de elecciones", en *Revista Española*, nº 269, 24-XI-1835, p. 469.



- "Respuestas al discurso del trono", en *Revista Española*, 270, 25-XI-1835, p. 483.
- "Del reconocimiento de la independencia de América", en *Revista Española*, nº 271, 27-XI-1835, p. 491.
- (Sin título), en *Revista Española*, nº 273, 28-XI-1835, p. 495 (la ley electoral).
- "Ley de elecciones", en *Revista Española*, nº 274, 29-XI-1835, p. 499.
- "Continuación sobre la ley de elecciones", en *Revista Española*, nº 275, 30-XI-1835, p. 503.
- "De la discusión última en los procuradores", en *Revista Española*, nº 277, 2-XII-1835, p. 509.
- "Guerra parlamentaria. Aspecto que tiene. Plan para seguirla", en *Revista Española*, nº 279, 4-XII-1835, p. 517.
- "Juicios errados de los extranjeros y modo de rectificarlos", en *Revista Española*, nº 280, 5-XII-1835, p. 521.
- "De una carta inserta en *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 281, 6-XII-1835, p. 526.
- "Ley electoral", en *Revista Española*, nº 283, 8-XII-1835, p. 533.
- "Continuación sobre la ley electoral", en *Revista Española*, nº 285, 10-XII-1835, p. 541.
- "Disputas sobre la ley electoral", en *Revista Española*, nº 288, 13-XII-1835, p. 553.
- "Folletín. *De la ciencia social según los principios de Bentham* por el Dr. Toribio Núñez, bibliotecario de la universidad de Salamanca y Diputado a Cortes en las de 1822", en *Revista Española*, nº 289, 14-XII-1835, pp. 557-558.
- "Paz o guerra", en *Revista Española*, nº 290, 15-XII-1835, p. 561.
- "Guardia nacional en el momento presente", en *Revista Española*, nº 292, 17-XII-1835, p. 569.
- "A *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 293, 18-XII-1835, p. 573.
- "Otra vez a *La Abeja*", en *Revista Española*, nº 294, 19-XII-1835, p. 577.
- "Libertad de imprenta", en *Revista Española*, nº 295, 20-XII-1835, p. 597.
- "Libertad de imprenta", en *Revista Española*, nº 299, 24-XII-1835, p. 599.
- "Gratitud nacional", en *Revista Española*, nº 300, 25-XII-1835, p. 601.
- "Folletín. Publicación nueva. *La ley electoral considerada en su base y en su relación con el espíritu de nuestras instituciones*. Por D. Juan Donoso Cortés", en *Revista Española*, nº 301, 26-XII-1835, pp. 605-606.
- "Candidaturas", en *Revista Española*, nº 302, 27-XII-1835, p. 609.
- "Vindicación", en *Revista Española*, nº 306, 31-XII-1835, p. 625.
- "De la oposición", en *Revista Española*, nº 308, 2-I-1836, pp. 333-334.
- "De nuestra creencia y conducta al Ministerio actual", en *Revista Española*, nº 310, 4-I-1836, p. 341.
- "El cuerpo electoral", en *Revista Española*, nº 311, 5-I-1836, p. 346.
- "Discusiones del día", en *Revista Española*, nº 312, 6-I-1836, p. 349.
- "Ley electoral", en *Revista Española*, nº 316, 10-I-1836, p. 365.
- "Sobre un incidente ocurrido en las discusión actual", en *Revista Española*, nº 317, 11-I-1836, p. 371.
- "De los proyectos de ley electoral", en *Revista Española*, nº 319, 13-I-1836, p. 379.
- "Sucesos de Barcelona", en *Revista Española*, nº 320, 14-I-1836, p. 383.
- "Ley electoral", en *Revista Española*, nº 322, 16-I-1836, p. 391.
- "De la anarquía", en *Revista Española*, nº 323, 17-I-1836, p. 395.
- "De la situación parlamentaria", en *Revista Española*, nº 324, 18-I-1836, p. 399.
- "De casos recientes y del provenir", en *Revista Española*, nº 325, 19-I-1836, p. 403.
- "Guerra de opiniones", en *Revista Española*, nº 326, 20-I-1836, p. 410.

- "De los partidos", en *Revista Española*, nº 327, 21-I-1836, p. 411.
- "Cuestiones del día", en *Revista Española*, nº 328, 22-I-1836, p. 414.
- "Incidentes de la discusión actual en el estamento de procuradores", en *Revista Española*, nº 329, 23-I-1836, p. 421.
- Sin título, en *Revista Española*, nº 330, 24-I-1836, p. 425.
- "Ojeada sobre la cuestión de España fuera de ella", en *Revista Española*, nº 331, 25-I-1836, p. 429.
- "¿Quién tiene la culpa?", en *Revista Española*, nº 333, 27-I-1836, p. 437.
- "De las elecciones", en *Revista Española*, nº 336, 30-I-1836, p. 443.
- "Disolución-elecciones", en *Revista Española*, nº 338, 1-II-1836, p. 455.
- "De los partidos", en *Revista Española*, nº 340, 3-II-1836, p. 463.
- "Cuestiones del día", en *Revista Española*, nº 341, 4-II-1836, p. 467.
- "Modo de considerar a los exprocuradores", en *Revista Española*, nº 343, 6-II-1836, p. 475.
- "Hombres y cosas", en *Revista Española*, nº 345, 8-II-1836, p. 483.
- "Del estamento pasado y las elecciones", en *Revista Española*, nº 347, 10-II-1836, p. 491.
- "De la ocurrencia del día", en *Revista Española*, nº 350, 13-II-1836, p. 503.
- "A La Abeja", en *Revista Española*, nº 351, 14-II-1836, p. 507.
- "De la exaltación y la moderación", en *Revista Española*, nº 353, 16-II-1836, p. 515.
- "Juicios de los extranjeros sobre cosas de España", en *Revista Española*, nº 355, 18-II-1836, p. 523.
- "A La Abeja y su partido", en *Revista Española*, nº 358, 21-II-1836, p. 539.
- "A nuestros adversarios", en *Revista Española*, nº 359, 22-II-1836, p. 539.
- "Acumulación de elecciones", en *Revista Española*, nº 362, 25-II-1836, p. 551.
- "Algo más sobre los cuatro ministerios", en *Revista Española*, nº 363, 26-II-1836, pp. 555-556.
- "Lo que somos", en *Revista Española*, nº 364, 27-II-1836, p. 559.
- "Disolución y elección", en *Revista Española*, nº 365, 28-II-1836, p. 563.
- "Suposiciones desmentidas", en *Revista Española*, nº 368, 2-III-1836, p. 573.
- "Teorías y situación presente", en *Revista Española*, nº 370, 4-III-1836, p. 578.
- "Acciones horribles y sus causas", en *Revista Española*, nº 371, 5-III-1836, pp. 583-584.
- "Continuación de un artículo anterior", en *Revista Española*, nº 373, 7-III-1836, p. 591.
- "Sobre la voz libertad", en *Revista Española*, nº 375, 9-III-1836, p. 599.
- "Legalidad constitucional", en *Revista Española*, nº 377, 11-III-1836, p. 601.
- "El lenguaje metafórico", en *Revista Española*, nº 379, 13-III-1836, p. 615.
- "De la primera legislatura" y "Programa", en *Revista Española*, nº 381, 15-III-1836, p. 623.
- "Defensa", en *Revista Española*, nº 382, 16-III-1836, p. 627.
- "De la elección en el estamento de procuradores", en *Revista Española*, nº 384, 18-III-1836, p. 636.
- "Doctrinas erróneas", en *Revista Española*, nº 386, 20-III-1836, p. 643.
- "Constitución de 1812", en *Revista Española*, nº 387, 21-III-1836, p. 647.
- "De la Gaceta de Madrid", en *Revista Española*, nº 389, 21-III-1836, p. 655.
- "De la última representación de S.M.", en *Revista Española*, nº 390, 24-III-1836, p. 659.
- "De la elección a la presidencia del estamento de procuradores", en *Revista Española*, nº 384, 18-III-1836, p. 636.
- "Objetos propios de nuestra ocupación", en *Revista Española*, nº 392, 26-III-1836, p. 667.
- "Rumor pasado de mudanza ministerial", en *Revista Española*, nº 393, 27-III-1836, p. 673.

- "Modas extranjeras, y explicaciones parlamentarias", en *Revista Española*, nº 397, 31-III-1836, p. 689.
- *La España y El Correo Nacional*<sup>10</sup>.
- "Literatura", en *Revista de Madrid*, 1838, tomo 1, pp. 41-55.
- "Maximiliano Robespierre", en *Revista de Madrid*, 1838, tomo 1, pp. 228-250.
- "Jovellanos", en *Revista de Madrid*, 1838, tomo 2, pp. 301-324.
- "Del derecho de intervención", en *Revista de Madrid*, 1839, tomo 1, pp. 115-146.
- "De unos opúsculos escritos en inglés por D. Pascual de Gayangos sobre la literatura de los árabes y moriscos", en *Revista de Madrid*, 1839, tomo 2, pp. 525-530.
- "Índole de la revolución de España en 1808", en *Revista de Madrid*, 1839, tomo 3, pp. 183-213.
- (Sin título), en *El Piloto*, 1-III-1839, p. 2 (el partido carlista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-III-1839, p. 2 (la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-III-1839, pp. 1-2 (la situación de don Carlos).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-III-1839, pp. 1-2 (los libelistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-III-1839, pp. 1-2 (la ley de imprenta y los libelistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-III-1839, p. 2 (situación del partido carlista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-III-1839, pp. 1-2 (situación política de España).
- (Sin título), en *El Piloto*, 14-III-1839, pp. 1-2 (comentario de la carta del diputado de Pedro Egaña).
- (Sin título), en *El Piloto*, 15-III-1839, p. 2 (Europa y don Carlos).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-III-1839, pp. 1-2 (situación política en Francia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-III-1839, p. 2 (el gobierno y la sociedad).
- (Sin título), en *El Piloto*, 20-III-1839, p. 1 (desagrado por la conducta del ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-III-1839, p. 2 (desórdenes políticos en Francia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 22-III-1839, pp. 1-2 (el gobierno representativo en España).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-III-1839, p. 2 (los libelistas y la opinión pública).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-III-1839, p. 2 (carácter del nuevo ministerio francés / el barón de Meer).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-III-1839, p. 2 y pp. 2-3 (rumores de suspensión de las Cortes / situación precaria del gobierno / sucesos en Extremadura / negocios del gobierno con casas algodoneras inglesas / los ministros).
- (Sin título), en *El Piloto*, 31-III-1839, p. 2 (la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 1-IV-1839, p. 2 (incapacidad del ministerio actual).
- (Sin título), en *El Piloto*, 2-IV-1839, p. 2 (situación política en Francia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-IV-1839, p. 3 (polémicas periodísticas con el *Eco del Aragón*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-IV-1839, p. 2 (debilidad del ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-IV-1839, p. 2 (polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-IV-1839, p. 2 (comentario de un artículo del *Journal des Débats*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-IV-1839, p. 2 (críticas al gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-IV-1839, p. 2 (sucesos violentos en Valencia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-IV-1839, p. 3 (polémicas periodísticas sobre la conveniencia de la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-IV-1839, pp. 2-3 (sobre lo mismo).

---

<sup>10</sup> Vid. nota 4.

- (Sin título), en *El Piloto*, 11-IV-1839, pp. 3 (la conciliación de los partidos).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-IV-1839, pp. 2-3 (cierre de las sesiones de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 13-IV-1839, p. 2 (situación política en Francia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 14-IV-1839, p.2 (críticas al gobierno existente).
- (Sin título), en *El Piloto*, 15-IV-1839, p.3 (desunión del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 16-IV-1839, p.3 (ley sobre bienes nacionales, defensa de la propiedad).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-IV-1839, p. 2 (la guerra y la incapacidad del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 18-IV-1839, p. 2 (el general Van Halen).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-IV-1839, p. 2 (incapacidad del gobierno para resolver la guerra).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-IV-1839, p. 2 (el desgobierno existente).
- (Sin título), en *El Piloto*, 22-IV-1839, p. 2 (situación política de España).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-IV-1839, p. 2 (des crédito del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 24-IV-1839, p. 2 (desánimo de la sociedad española).
- (Sin título), en *El Piloto*, 25-IV-1839, p. 3 (polémicas periodísticas sobre la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 26-IV-1839, p. 2 (la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-IV-1839, pp. 2-3 (polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 28-IV-1839, p. 2 (numerosas peticiones para la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 29-IV-1839, p. 3 (la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 30-IV-1839, pp. 2-3 (el prestigio del Trono y la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-V-1839, p. 2 (críticas a los progresistas por su falta de respeto a la Constitución).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-V-1839, p. 1 (contra las rebeliones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-V-1839, pp. 2-3 (cambios en el ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-V-1839, p. 2 (debilidad del ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 13-V-1839, p. 2 (defensa contra las acusaciones del *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 14-V-1839, pp. 1-2 (la reorganización del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 16-V-1839, p. 2 (la reorganización del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-V-1839, p. 3 (contra los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 18-V-1839, pp. 1-2 (rumores sobre la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-V-1839, pp. 2-3 (defensa frente a las acusaciones del *Correo Nacional*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 20-V-1839, pp. 2 y 3 (contra el *Eco del Comercio* / el periódico *La España Marítima*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-V-1839, p. 2 (las revueltas de París).
- (Sin título), en *El Piloto*, 22-V-1839, p. 2 (la política británica).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-V-1839, p. 2 (levantamientos en Valencia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 24-V-1839, pp. 2-3 (el nuevo ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 26-V-1839, p. 2 (levantamientos en Valencia y asesinato del general Méndez Vigo).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-V-1839, pp. 2-3 (la opinión del *Eco del Comercio* sobre los sucesos de Valencia).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-V-1839, pp. 1-2 y 2 (la facultad de disolver las Cortes por el monarca / contra los libelistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 29-V-1839, p. 2 (las peticiones como instrumento parlamentario).

- (Sin título), en *El Piloto*, 30-V-1839, p. 2 (Viaje de la Reina Gobernadora a Almería).
- (Sin título), en *El Piloto*, 1-VI-1839, p. 1 (anuncio de la disolución de las Cortes).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-VI-1839, p. 2 (contestación a las críticas del *Mensajero del Pueblo*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-VI-1839, pp. 2-3 (lamenta la disolución de las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-VI-1839, p. 2 (disolución de las Cortes y convocatoria de nuevas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-VI-1839, p. 2 (defensa de los partidos políticos).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 7-VI-1839, pp. 2-3 y 3 (las próximas elecciones / acciones del gobierno contra los excesos periodísticos).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-VI-1839, pp. 2-3 (las Cortes recién disueltas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-VI-1839, p. 3 (argumentos contra las críticas del *Correo Nacional*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-VI-1839, pp. 2-3 (el carácter de las Cortes recién disueltas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-VI-1839, p. 2 (la posible ayuda de Francia en la guerra carlista).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 12-VI-1839, pp. 1-2 y 2 (últimas Cortes / los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 14-VI-1839, pp. 1-2 (carácter de las Cortes disueltas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-VI-1839, p. 2 (última reunión de los progresistas / comentario al manifiesto lanzado por la mayoría progresista de las anteriores Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 16-VI-1839, p. 2 (comentario sobre la vida política de la última legislatura).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-VI-1839, pp. 1-2 (el manifiesto publicado por los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 18-VI-1839, pp. 1-2 (comentario sobre la vida política de la última legislatura).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-VI-1839, p. 2 (las Cortes).
- (Sin título), en *El Piloto*, 20-VI-1839, pp. 1-2 (las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-VI-1839, pp. 2-3 (las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 24-VI-1839, pp. 2-3 (características de los diputados y senadores).
- (Sin título), en *El Piloto*, 25-VI-1839, pp. 1-2 (la milicia nacional).
- (Sin título), en *El Piloto*, 26-VI-1839, pp. 1-2 (las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-VI-1839, pp. 2-3 (contra el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 28-VI-1839, p. 2 (el manifiesto del partido progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 29-VI-1839, pp. 2-3 (las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 30-VI-1839, p. 2 (la sociedad española y las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 1-VII-1839, p. 2 (la necesidad de orden).
- (Sin título), en *El Piloto*, 2-VII-1839, pp. 1-2 (la candidatura progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-VII-1839, pp. 1-2 (defensa de la Reina Gobernadora).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 4-VII-1839, pp. 2-3 y (orden público / situación en política en Francia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-VII-1839, pp. 1-2 (situación política en Francia).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 6-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (ideas moderadas sobre diversos asuntos / la Reina y su papel político).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-VII-1839, pp. 1-2 (los progresistas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 8-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (defensa de las acusaciones de despotismo).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 9-VII-1839, pp. 2-3 y 3 (situación internacional / la milicia nacional de Madrid).

- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 10-VII-1839, pp. 1-2 (próximas elecciones / defensa contra las acusaciones del *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-VII-1839, p.2 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-VII-1839, pp. 1-2 (la soberanía nacional).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-VII-1839, p. 1 (candidaturas progresistas en Madrid/ campaña electoral / el barón de Meer).
- "Carta del señor D. Antonio Alcalá Galiano a los electores de la provincia de Cádiz", en *El Piloto*, 13-VII-1839, pp. 3-4.
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-VII-1839, pp. 1-2 (situación internacional / el *Mensajero del Pueblo* / candidaturas progresistas de Cáceres).
- (Sin título), en *El Piloto*, 15-VII-1839, pp. 2-3 (candidaturas monárquico-constitucionales de Madrid).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 16-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (campaña electoral / manifiesto progresista).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 17-VII-1839, p. 2 (campaña electoral / candidatura progresista en Valencia / desórdenes públicos).
- (Sin título), y (Sin título), en *El Piloto*, 20-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (críticas al *Eco del Comercio* / campaña electoral).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 21-VII-1839, pp. 2 y 2-3 (polémicas periodísticas / candidatura progresista por Barcelona).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-VII-1839, p. 2 (polémicas periodísticas / próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-VII-1839, p. 2 (Francia, comentario a la sentencia de Barbés).
- (Sin título), en *El Piloto*, 24-VII-1839, pp. 1-2 (la Reina Gobernadora).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (elecciones / el general O'Donnell).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (elecciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (defensa de la moderación / Conde de Adanero).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-VII-1839, pp. 2 y 2-3 (elecciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-VII-1839, pp. 1-2 y 2 (situación presente de España / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 30-VII-1839, pp. 1 y 1-2 (elecciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-VIII-1839, p. 2 (derrotas moderadas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 3-VIII-1839, pp. 1 y 1-2 (rumores de fraude electoral / críticas a los moderados en *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 4-VIII-1839, pp. 1, 1-2 y 2 (victoria progresista / situación política en Inglaterra / el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-VIII-1839, p. 1 (los carlistas: delincuentes políticos).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 6-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (la guerra y el Duque de la Victoria / el diputado francés Odilon Barrot).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 7-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (balance moderado de las elecciones / contra el *Eco del Comercio* / necesidad de paz).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 8-VIII-1839, p. 2 (segundas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-VIII-1839, pp. 1-2 (polémicas periodísticas).

- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 10-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (fraudes electorales / nuevos periódicos).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 11-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (contra los progresistas / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 12-VIII-1839, p. 2 (el nuevo periódico *La Legalidad*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-VIII-1839, pp. 1-2 (victoria progresista / fraudes electorales / rumores sobre negociaciones con los carlistas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-VIII-1839, p. 2 (Constitución de 1837 / las cortes pasadas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (polémicas periodísticas con el *Correo Nacional* y el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 16-VIII-1839, pp. 1-2 (las pasadas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-VIII-1839, p. 2 (los moderados).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-VIII-1839, pp. 3 y 4 (ante el nuevo ministerio que se constituya / orden público).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-VIII-1839, p. 2 (el carácter retrógrado de los progresistas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 20-VIII-1839, pp. 2-3 (guerra carlista / necesidad de un gobierno fuerte).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 21-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (el nuevo ministerio / polémicas periodísticas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-VIII-1839, p. 2 (polémicas con *Eco del Comercio* / levantamientos contra Maroto).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-VIII-1839, p. 2 (milicia nacional y orden público).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 24-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (conversaciones con los carlistas / polémicas periodísticas / Inglaterra).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-VIII-1839, p. 2 (conversaciones con los carlistas / rumores sobre la formación de una sociedad progresista en la calle del Viento).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (polémicas con el *Eco del Comercio* / Moscoso, presidente del Senado).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-VIII-1839, p. 2 (actitud ante el nuevo gobierno / Ramón Ceruti, jefe político de Huelva / censuras al *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 28-VIII-1839, p. 2 (conversaciones con los carlistas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (fueros vascos / polémicas periodísticas / relación gobierno-cortes)..
- (Sin título), en *El Piloto*, 30-VIII-1839, p. 2 (polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 31-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (contra los progresistas / ante la formación de las siguientes Cortes).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 1-IX-1839, pp. 2 (guerra carlista / situación en Francia/ incidentes en Cádiz y actitud de los progresistas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-IX-1839, p. 2 (reunión de las Cortes / discurso de la Reina en la apertura de las Cortes).
- (Sin título), (Sin título), y (Sin título), en *El Piloto*, 3-VIII-1839, pp. 1-2 y 2 (discurso de la Reina / comentario de la carta del general Córdoba / la mayoría del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-IX-1839, p. 2 (polémicas periodísticas).

- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 5-IX-1839, pp. 1 y 1-2 (evolución de la guerra carlista / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 6-IX-1839, p. 2 (fueros / sesiones preparatorias de las Cortes).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 7-IX-1839, pp. 1, 1-2 y 2 (los fueros / los progresistas y la guerra carlista / elecciones en Sevilla).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 9-IX-1839, pp. 1 y 1-2 (polémica con el *Eco del Comercio* / elecciones en Sevilla).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 10-IX-1839, pp. 1-2 y 2 (polémicas periodísticas / la paz en el norte).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-IX-1839, pp. 1-2 (defensa contra las acusaciones de otros periódicos).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título) en *El Piloto*, 13-IX-1839, pp. 1-2 y 2 (Don Carlos y Francia / Manifiesto publicado en Almería).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-IX-1839, pp. 1 y 2 (el nuevo congreso).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-IX-1839, pp. 2-3 y 3 (proyecto de la respuesta al discurso de la Corona / polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 16-IX-1839, p. 1 (apertura de las Cortes / polémicas periodísticas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 17-IX-1839, p. 2 (anulación de las elecciones en Pontevedra / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-IX-1839, p. 2 (polémicas con el *Eco del Comercio* / discursos en el Senado para la respuesta a la Corona).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-IX-1839, p. 2 (sesiones del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 20-IX-1839, pp. 1-2 (salida de España de don Carlos).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-IX-1839, p. 2 (consecuencias del pacto de Vergara para la situación política de España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-IX-1839, pp. 1 y 2 (actitudes intolerantes de la mayoría del Congreso / Carta de Calderón Collantes en el *Correo Nacional*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-IX-1839, pp. 2-3 (resultado de las elecciones en Santander).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 24-IX-1839, pp. 1-2 y 2 (polémicas con el *Eco del comercio*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-IX-1839, p. 2 (conducta del nuevo Congreso / los periodistas republicanos franceses y don Carlos).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-IX-1839, pp. 1 y 3 (situación de España / mensaje de la Reina al Congreso / polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-IX-1839, p. 2 (comisión acerca del proyecto de ley sobre los fueros).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-IX-1839, p. 1 (discusión parlamentaria sobre los fueros / polémicas con *La Legalidad* / críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 29-IX-1839, p. 3 (rumores de revueltas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 30-IX-1839, pp. 1-2 y 2 (las elecciones pasadas / polémica con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 1-X-1839, p. 2 (rumores de disolución de las Cortes / polémicas periodísticas / los fueros).
- (Sin título), en *El Piloto*, 2-X-1839, p. 1 (polémicas periodísticas).



- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 3-X-1839, p. 2 (los progresistas y la cuestión de los fueros).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 4-X-1839, p. 1 (características del nuevo Congreso / polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-X-1839, pp. 1-2 (anulación de las elecciones en Pontevedra).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-X-1839, p. 1 (los fueros y la paz).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-X-1839, p. 1 (división de la opinión pública sobre los fueros).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-X-1839, pp. 1-2 (los periódicos extranjeros y España).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-X-1839, pp. 1-2 (los fueros).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-X-1839, pp. 1-2 (polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 11-X-1839, pp. 1 y 2 (la guerra en Cataluña / situación de España tras la guerra).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-X-1839, pp. 1-2 (evolución ideológica en Europa).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-X-1839, p. 1 (reconocimiento en Europa de la reina Isabel / polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 14-X-1839, p. 1 (la situación política de España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-X-1839, p. 2 (la política en Francia / polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-X-1839, pp. 1-2 (situación de España y Europa).
- (Sin título), en *El Piloto*, 18-X-1839, pp. 1-2 (sesiones del Congreso).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 19-X-1839, p. 1 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 20-X-1839, p. 1 (sesiones del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-X-1839, pp. 1-2 (enfrentamientos entre el Congreso y el Senado).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-X-1839, p. 1 (rumores de cambio ministerial / periódicos franceses sobre España).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 23-X-1839, pp. 1-2 y 2 (discurso de contestación a la Corona / rumores sobre cambios ministeriales).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 24-X-1839, p. 1 (situación política de España / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-X-1839, p. 1 (críticas a los progresistas / el orden público y el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-X-1839, p. 1 (necesidad de impedir el triunfo de doctrinas revolucionarias / sesiones del Congreso / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-X-1839, pp. 1-2 y 2 (falta de una política exterior no basada en un patriotismo estéril / caída del ministerio).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-X-1839, pp. 1 y 1-2 (sesiones del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 29-X-1839, pp. 1-2 (enfrentamientos entre el gobierno y el Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 30-X-1839, pp. 1-2 (sesiones del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 31-X-1839, p. 1 (defensa de las doctrinas moderadas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 1-XI-1839, pp. 1-2 y 2 (suspensión de las sesiones de las Cortes / el orden y el gobierno).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-XI-1839, pp. 2, 2-3 y 3 (los generales Valdés y Seoane / llegada a España del Conde de Toreno / contra los progresistas / ataques del *Eco del Comercio* a la Reina Gobernadora).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-XI-1839, pp. 1-2 (acusaciones a los progresistas).

- (Sin título), en *El Piloto*, 4-XI-1839, p. 2 (expectativas sobre el nuevo gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-XI-1839, pp. 1-2 (visiones extranjeras de la situación española).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 6-XI-1839, pp. 1-2 y 2 (el pago de las contribuciones / correspondencia con los lectores).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 7-XI-1839, pp. 1-2 y 2 (pago de las contribuciones / críticas progresistas a la Reina Gobernadora).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 8-XI-1839, pp. 2-3 y 3 (las opiniones moderadas / polémicas periodísticas con *El Castellano*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 9-XI-1839, p. 2 (la independencia de los cuerpos municipales / críticas a los progresistas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 10-XI-1839, pp. 2-3 y 3 (la resistencia progresista al pago de las contribuciones / polémicas con el *Correo Nacional*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-XI-1839, pp. 2-3 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-XI-1839, p. 2 (necesidad de reorganización del ministerio).
- (Sin título), en *El Piloto*, 13-XI-1839, pp. 1-2 (necesidad de un gobierno fuerte).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-XI-1839, pp. 2-3 y 3 (inestabilidad política de España / noticias de la *Gaceta de Francia* sobre España).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-XI-1839, p. 2 (noticias de varios diarios franceses sobre España / polémica con el *Eco del Comercio* / críticas al *Correo Nacional*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 16-XI-1839, pp. 1-2 y 2 (enfrentamientos políticos / rumores sobre mudanzas en el gobierno):
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-XI-1839, p. 2 (el futuro político y la actitud del gobierno).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-XI-1839, pp. 1-2 y 2 (fin de la crisis ministerial / polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 19-XI-1839, p. 2 (polémica con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 20-XI-1839, pp. 2-3 y 3 (disolución de las Cortes / calumnias francesas sobre España).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 21-XI-1839, p. 3 (real decreto sobre fueros / calumnias francesas sobre España / críticas a los progresistas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-XI-1839, pp. 2 y 3 (próximas elecciones / opiniones extranjeras sobre España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 23-XI-1839, pp. 2-3 (desórdenes públicos en Albacete / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 24-XI-1839, p. 2 (próximas elecciones / opiniones extranjeras sobre España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-XI-1839, pp. 2 y 2-3 (críticas a los progresistas):
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-XI-1839, pp. 2-3 y 3 (rumores sobre el manifiesto de algunos exdiputados / calumnias progresistas)
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-XI-1839, p. 2 (contra los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 28-XI-1839, pp. 1-2 (situación de los sacerdotes en España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-XI-1839, p. 2 (manifiesto de los diputados progresistas de las anteriores Cortes / impago de las contribuciones en Córdoba).
- (Sin título), en *El Piloto*, 30-XI-1839, pp. 1-2 (las próximas elecciones).

- (Sin título), en *El Piloto*, 1-XII-1839, p. 2 (defensa de la acusación del *Eco del Comercio* de que *El Piloto* se financia con ayuda de la regente M<sup>a</sup> Cristina).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-XII-1839, p. 2 (celebración de una reunión electoral progresista / críticas a Calatrava).
- (Sin título) en *El Piloto*, 3-XII-1839, p. 2 (críticas a los progresistas sobre sus intentos de aislar internacionalmente a España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 4-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (revoluciones y contrarrevoluciones / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 5-XII-1839, p. 2 (intervención de las instituciones provinciales y municipales en los asuntos del gobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-XII-1839, p. 2 (sobre la alocución de la comisión central monárquico-constitucional a los electores).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 7-XII-1839, p. 2 (visión exterior sobre España / polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-XII-1839, p. 2 (las próximas elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-XII-1839, pp. 1-2 (las críticas del *Eco del Comercio* al Senado).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 10-XII-1839, p. 1 (victorias progresistas en las elecciones de electores en Madrid / sucesos en las elecciones en Valencia).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-XII-1839, p. 2 (críticas a los progresistas y sus ideas políticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 12-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (elecciones municipales / polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-XII-1839, p. 3 (polémicas periodísticas / situación internacional).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-XII-1839, p. 2 (próximas elecciones / publicación de una obra de Joaquín Francisco Pacheco).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-XII-1839, pp. 1-2 (convenio de Vergara / manifiesto progresista).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 16-XII-1839, pp. 2-3 y 3 (críticas al patriotismo progresista / el último número de la *Revista de Madrid*).
- (Sin título), en *El Piloto*, 17-XII-1839, p. 1 (elecciones al Ayuntamiento de Madrid).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 19-XII-1839, p. 2 (comentario de varias publicaciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 20-XII-1839, pp. 2-3 (críticas a los progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 21-XII-1839, p. 3 (incremento de la opinión pública moderada).
- (Sin título), en *El Piloto*, 22-XII-1839, p. 2 (falsos progresistas y verdaderos adelantados).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 25-XII-1839, p. 2 (necesidad de que se cumplan las leyes en España).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-XII-1839, p. 2 (visiones exteriores de España / fraudes progresistas en Madrid).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-XII-1839, p. 2 (próximas elecciones / fraudes electorales).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (comentario de las ideas políticas del partido progresista / la diputación provincial de Madrid).

- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 30-XII-1839, pp. 1-2 y 2 (críticas a los progresistas / denuncia de fraudes electorales).
- (Sin título), en *El Piloto*, 31-XII-1839, p. 2 (explicación de las ideas moderadas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 1-I-1840, p. 1 (polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-I-1840, pp. 1-2 y 2 (el supuesto influjo francés en el gobierno / desórdenes públicos en el gobierno).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 3-I-1840, pp. 1-2 y 2 (próximas elecciones / correspondencia con los lectores).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-I-1840, pp. 1-2 (la participación de los grandes de España en las elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-I-1840, p. 1 (consecuencias de una posible victoria progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-I-1840, p. 3 (aumento de los apoyos a los moderados).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-I-1840, pp. 1-2 (críticas a los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-I-1840, p. 2 (preparación de las elecciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-I-1840, pp. 1-2 (los progresistas y el desorden).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-I-1840, pp. 2-3 (comentario de la opción monárquico-constitucional).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 11-I-1840, pp. 2 y 2-3 (los progresistas y el desorden / honores al embajador Van Ness en Estados Unidos).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 12-I-1840, pp. 1-2 y 2 (defensa de las acusaciones de despotismo / polémica con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título) y (Sin título) en *El Piloto*, 13-I-1840, p. 2 (atribuciones de las juntas de escrutinio / el patriotismo progresista).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-I-1840, pp. 1-2 y 2 (diferencias ideológicas entre moderados y progresistas / los duelos).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-I-1840, pp. 2-3 y 3 (explicación de las ideas moderadas / crítica a los progresistas).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 16-I-1840, pp. 1-2 y 2 (enfrentamiento electoral / el fallecido general Méndez Vigo).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 17-I-1840, pp. 2-3 y 3 (polémicas periodísticas y electorales).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-I-1840, p. 2 (desórdenes públicos y la policía / enfrentamientos electorales y periodísticos).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 19-I-1840, p. 2 (elecciones desórdenes públicos / sociedad secreta La Venganza).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 20-I-1840, pp. 2-3 y 3 (el partido progresista y las relaciones exteriores / victorias progresistas en Madrid).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 21-I-1840, pp. 2-3 y 3 (resultados electorales para los moderados / polémicas con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-I-1840, pp. 1-2 y 2 (sucesos en Sevilla / elecciones).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 23-I-1840, pp. 2 y 3 (desarrollo de las elecciones / polémicas periodísticas / los electores monárquico-constitucionales).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 24-I-1840, p. 1 (sociedad secreta La Venganza para el asesinato de curas / violencia en las elecciones en Málaga).

- (Sin título), en *El Piloto*, 25-I-1840, p. 1 (situación política de España).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-I-1840, pp. 1-2 y 2 (derrotas progresistas en las elecciones / polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 27-I-1840, p. 2 (reacción de los progresistas ante la derrota).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-I-1840, pp. 1-2 y 2 (victoria moderada / nombramiento del general Valdés como jefe del ejército en Cataluña).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-I-1840, pp. 1-2 y 2 (resultado de las elecciones para los moderados / polémicas con *La Legalidad*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 30-I-1840, pp. 1-2 y 2 (defensa de las acusaciones progresistas / muerte de M<sup>a</sup>J. Ramírez de Arellano).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 31-I-1840, p. 2 (críticas a los progresistas / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 1-II-1840, p. 1 (polémicas periodísticas / correspondencia con los lectores).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-II-1840, p. 2 (críticas a los progresistas por su actitud ante la derrota electoral / polémica con *La Legalidad*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 3-II-1840, p. 2 (necesidad de un gobierno asentado en la opinión / fraudes electorales).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-II-1840, p. 2 (desórdenes públicos).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 5-II-1840, pp. 1-2 y 2 (división entre los progresistas / fraudes electorales).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 6-II-1840, p. 2 (los progresistas y la revolución / victoria monárquico-constitucional / comentario de una carta recibida).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-II-1840, p. 2 (conspiraciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 8-II-1840, pp. 1 y 1-2 (acciones de los monárquico-constitucionales tras su victoria / sucesos electorales en Cuenca).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-II-1840, pp. 1-2 (la derrota progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-II-1840, pp. 1-2 (situación política de España).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-II-1840, p. 2 (defensa de las acusaciones de despotismo a los moderados).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 12-II-1840, pp. 1-2 y 2 (desarrollo de las elecciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-II-1840, pp. 1-2 y 2 (comportamiento de los progresistas tras la derrota / comentario de la lista de las elecciones anuladas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 14-II-1840, pp. 1-2 y 2 (actitudes progresistas / comentario sobre Mendizábal en el *Correo Nacional*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 15-II-1840, pp. 1 y 1-2 (revoluciones y violencias / polémica con los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 16-II-1840, pp. 1-2 (carácter revolucionario de muchos sucesos de España).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 17-II-1840, pp. 1 y 2 (críticas a los progresistas / sucesos de España desde 1808 / polémica con *La Legalidad* / las elecciones).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 18-II-1840, p. 2 (tiranía de los progresistas / los progresistas y el pueblo).

- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 19-II-1840, pp. 1-2 y 2 (elogio al discurso de la Corona en la apertura de las Cortes / expectativas antes éstas / polémica con el *Eco del Comercio*).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 20-II-1840, pp. 1-2 y 2 (primera sesión del Congreso / desarrollo de esta sesión / comentario de los elogios del *Eco del Comercio* a la revuelta de La Granja).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 21-II-1840, pp. 2 y 3 (sesión del Congreso / conducta que han de seguir el gobierno y la mayoría / defensa de acusaciones a los emigrados / polémicas periodísticas).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 22-II-1840, pp. 1-2 y 2 (sesión del Congreso / Duque de la Victoria).
- (Sin título), en *El Piloto*, 23-II-1840, pp. 1-2 (los desórdenes públicos y el aplauso progresista).
- (Sin título), en *El Piloto*, 25-II-1840, p. 1 (desorden público).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 26-II-1840, pp. 1 y 1-2 (ataques violentos a la legalidad / desorden público).
- (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 27-II-1840, pp. 1, 1-2 y 2 (los progresistas, instigadores de rebeliones).
- (Sin título), (Sin título), (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 28-II-1840, pp. 1-2 y 2 (necesidad de un gobierno fuerte / polémicas periodísticas / censura de la conducta de la milicia nacional de Madrid / navegación del Duero).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 29-II-1840, pp. 1-2 y 2 (reprobación de los sucesos violentos por algunos progresistas como Olózaga / polémicas periodísticas con *La Legalidad*).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 2-III-1840, p. 2 (discurso en Congreso de J.M<sup>a</sup> López / rectificaciones).
- (Sin título), en *El Piloto*, 3-III-1840, pp. 1-2 (los fueros y los progresistas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 4-III-1840, pp. 1-2 (polémicas periodísticas).
- (Sin título), en *El Piloto*, 5-III-1840, p. 2 (presentación en el Senado del proyecto de respuesta al discurso de la Corona).
- (Sin título), en *El Piloto*, 6-III-1840, p. 2 (detener el desgobierno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 7-III-1840, p. 1 (las críticas progresistas al estado de sitio en Madrid).
- (Sin título), en *El Piloto*, 8-III-1840, pp. 1-2 (sesión del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 9-III-1840, p. 2 (situación política en Álava).
- (Sin título), en *El Piloto*, 10-III-1840, pp. 1-2 (sesión del Congreso: polémica sobre la admisión del conde de Toreno).
- (Sin título), en *El Piloto*, 11-III-1840, pp. 1-2 (la formación del Congreso).
- (Sin título), en *El Piloto*, 12-III-1840, p. 2 (representaciones hechas por municipios y provincias a las Cortes o a la Reina).
- (Sin título) y (Sin título), en *El Piloto*, 13-III-1840, pp. 1-2 y 2 (nombramiento de Leopoldo A. de Cueto como embajador en Holanda / viaje a Bélgica de Ramón Lasagra).
- *El Vascongado y El vizcaíno originario*<sup>11</sup>.
- "Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, por el conde de Toreno", en *Revista de Madrid*, 1840, pp. 135-146.

<sup>11</sup> Alcalá Galiano afirma haber colaborado con estos dos periódicos, aunque sus posibles colaboraciones no aparecen firmadas (*Apuntes para la biografía...*, en *Obras...*, vol. 2, pp. 300-301).

- "Dos visitas al Príncipe de la Paz", en *El Iris*, 1841, vol. I, pp. 332-339.
- "Biografía de D. Agustín de Argüelles (fragmento)", en *Revista Andaluza*, 1841, vol. III, pp. 100-108.
- "De algunas ventajas y desventajas de la situación actual", en *Revista de Madrid*, 1843, pp. 229-243.
- "De la institución, organización y atribuciones de las diputaciones provinciales", en *Revista de Madrid*, 1844, t. II, pp. 3-13.
- "De nuestras costumbres políticas", en *Revista de Madrid*, 1844, pp. 3-14.
- "De nuestro sistema electoral", en *Revista de Madrid*, 1844, t. III, pp. 105-120.
- "De la proyectada variación de algunas de nuestras leyes políticas", en *Revista de Madrid*, 1844, t. IV, pp. 334-346.
- "Juicio crítico de Meléndez Valdés", en *El Laberinto*, 1844, pp. 29-30<sup>12</sup>.
- "Cienfuegos", en *El Laberinto*, 1844, pp. 99-100<sup>13</sup>.
- "Juicio crítico de don Juan Bautista Arriaza", en *El Laberinto*, tomo 1, nº 13, 1844, pp. 169-170<sup>14</sup>.
- "Boceto de la pintura de una sesión de la Cámara de los Comunes de Inglaterra", en *Revista de Europa*, 1846, tomo 1, pp. 14-22.
- "De algunas locuciones viciosas hoy en uso", en *Revista de Europa*, 1846, pp. 257-281.
- "Los esponsales (cuento)", en *Revista Científica y Literaria*, tomo I, 1847, pp. 39-48.
- "Sobre la literatura", en *El Laberinto*, 1847, pp. 249-251.
- "Del estado de las doctrinas críticas en España en lo que a composición poética se refiere", en *Revista científica y literaria*, tomo 1, 1847, pp. 241-255.
- "De algunas especies sin razón unidas como argumentos al tratar cuestiones de economía política", en *Revista Universal de la Administración*, 1848, pp. 51-67.
- "Cartas al director", en *Revista Universal de la Administración*, 1848, pp. 200, 203-6.
- "Contestación al señor don Manuel Gutiérrez", en *Revista Universal de la Administración*, 1848, tomo 1, pp. 281-292.
- "Carta de Alcalá Galiano a Manuel Gutiérrez", en *Revista Universal de la Administración*, 1848, tomo 2, pp. 161-173.
- *El Sur*<sup>15</sup>.
- "Juicio crítico sobre el célebre poeta cómico D. Leandro Fernández de Moratín", en *Revista Peninsular* (Lisboa), vol. I, nº XII, 1855, pp. 529-542.
- Colaboración en las "Navidades" de *El Belén*, 24-25-XII-1857.
- "Boceto de la pintura de una sesión de la Cámara de los Comunes de Inglaterra", en *El mundo pintoresco*, nº 38, 1859, pp. 297-298.
- "Sobre la Historia del consulado y del Imperio de Napoleón, por Mr. Thiers", en *Crónica de ambos mundos*, tomo 1, 1860, pp. 71-73.

---

<sup>12</sup> Este artículo fue reproducido por Leopoldo Augusto de Cueto en el volumen número 63 de la B.A.E., *Poetas Iliricos del siglo XVIII* (tomo 2º), pp. 67-72.

<sup>13</sup> Este artículo fue reproducido por Leopoldo Augusto de Cueto en el volumen número 67 de la B.A.E., *Poetas Iliricos del siglo XVIII* (tomo 3º), pp. 1-7.

<sup>14</sup> Este artículo fue reproducido por Leopoldo Augusto de Cueto en el volumen número 67 de la B.A.E., *Poetas Iliricos del siglo XVIII* (tomo 3º), pp. 41-45.

<sup>15</sup> Vid. nota 4.

- "Sobre la Historia del consulado y del Imperio de Napoleón, por Mr. Thiers", en *Crónica de ambos mundos*, tomo 1, 1860, pp. 90-92.
- "Sobre la Historia del consulado y del Imperio de Napoleón, por Mr. Thiers", en *Crónica de ambos mundos*, tomo 1, 1860, pp. 105-107.
- "Del célebre escritor inglés Lord Macaulay y de su *Historia de Inglaterra*", en *Crónica de ambos mundos*, tomo 1, 1860, pp. 215-218.
- "De la escuela formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado", en *Crónica de ambos mundos*, 1860, tomo 1, pp. 265-268.
- "De la escuela formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado", en *Crónica de ambos mundos*, 1860, tomo 1, pp. 278-283<sup>16</sup>.
- "De la influencia de Lord Byron en la literatura contemporánea", en *La América*, tomo V, nº 23, 8-II-1862, pp. 3-5.
- "Anécdotas sobre las mocedades de Francisco Martínez de la Rosa", en *La América*, tomo V, nº 24, 24-II-1862), pp. 10-12.
- "Noticias sobre el mecanismo de la aristocracia y del gobierno en Inglaterra. I.", en *La América*, vol. VI, nº 2, 22-III-1862, pp. 5-6.
- "Noticias sobre el mecanismo de la aristocracia y del gobierno en Inglaterra. II.", en *La América*, vol. VI, nº 3, 8-IV-1862, pp. 3-4<sup>17</sup>.
- "Sobre las leyes y métodos electorales en Inglaterra", en *La América*, vol. VI, nº 4, 24-IV-1862, pp. 5-6<sup>18</sup>.
- "De las leyes reglamentarias del parlamento británico", en *La América*, vol. VI, nº 5, 8-V-1862, pp. 5-6<sup>19</sup>.
- "De las leyes reglamentarias del parlamento británico, y particularmente de las de la Cámara baja o de los Comunes. II.", en *La América*, vol. VI, nº 6, 24-V-1862, pp. 5-6.
- "De la oratoria parlamentaria de la Gran Bretaña", en *La América*, vol. VI, nº 7, 8-VI-1862, pp. 5-7.
- "De los mythos", en *La América*, vol. VI, nº 8, 24-VI-1862, pp. 6-8.
- "Parte anecdótica del suceso de la deposición del Rey por las Cortes de Sevilla en el 11 de junio de 1823", en *La América*, vol. VI, nº 9, 8-VII-1862, pp. 5-8.
- "De la historia y del modo de escribirla", en *La América*, vol. VI, nº 10, 24-VII-1862, pp. 7-9.
- "Memorias del Rey D. Fernando IV de Castilla, con la crónica de dicho rey, de D. Antonio Benavides", en *La América*, vol. VI, nº 11, 8-VIII-1862, pp. 5-7.
- "De la novela. I.", en *La América*, vol. VI, nº 12, 24-VIII-1862, pp. 6-8.
- "De la novela. II.", en *La América*, vol. VI, nº 13, 8-IX-1862, pp. 7-9.
- "De la novela. III.", en *La América*, vol. VI, nº 14, 24-IX-1862, pp. 7-9.
- "De la novela. IV.", en *La América*, vol. VI, nº 15, 7-X-1862, pp. 6-8.
- "De la novela. V.", en *La América*, vol. VI, nº 16, 27-X-1862, pp. 5-7.
- "De la novela. VI y último.", en *La América*, vol. VI, 12-XI-1862, pp. 12-14.

<sup>16</sup> Fragmentos de estos dos artículos publicados en la *Crónica de ambos mundos* fueron reproducidos por Leopoldo Augusto de Cueto en el volumen número 67 de la B.A.E., *Poetas líricos españoles* (tomo 3º), pp. 652-653 (Cueto seleccionó las partes relativas a José María Blanco).

<sup>17</sup> Hay un borrador de este artículo en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, Ms. nº 18637/47.

<sup>18</sup> Hay un borrador en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sala Cervantes, Ms. nº 18637/44.

<sup>19</sup> Un borrador de este artículo se encuentra en la Biblioteca Nacional, Sala Cervantes, Ms. nº 18637/43.



- "Recuerdos de un anciano. Madrid desde fines de mayo hasta fines de agosto de 1809", en *La América*, vol. VI, nº 18, 27-XI-1862, pp. 7-9.
- "De los tres últimos tomos de la *Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón*, por M. Thiers", en *La América*, vol. VI, nº 19, 12-XII-1862, pp. 5-7.
- "Recuerdos de un anciano: Madrid y alguna provincia a fines de 1808 y en 1809", en *La América*, vol. VI, nº 20, 27-XII-1862, pp. 5-6.
- "Recuerdos de un anciano: Un tumulto en una ciudad de provincia en 1809", en *La América*, vol. VII, nº 1, 12-I-1863, pp. 7-8.
- "Recuerdos de un anciano: Madrid en los días del reinado de Carlos IV", en *La América*, vol. VII, nº 2, 27-I-1863, pp. 5-6.
- "Recuerdos de un anciano: Madrid de 1806 a 1807", en *La América*, vol. VII, nº 3, 12-II-1863, pp. 5-6.
- "Progresos intelectuales y materiales", en *La América*, vol. VII, nº 4, 25-II-1863, pp. 5-6.
- "Recuerdos de un anciano: Cádiz en los días del combate de Trafalgar", en *La América*, vol. VII, nº 5, 12-III-1863, pp. 5-7.
- "Cuestiones importantes que hoy están en tela de juicio en el mundo civilizado", en *La Concordia*, volumen 1, 1863, pp. 213-218 (posteriormente fue publicado de nuevo en *La América*, tomo IX, nº 13, 12-VII-1865, pp. 9-11).
- "De la poesía dramática inglesa", en *La América*, vol. VII, nº 6, 27-III-1863, pp. 5-8.
- "De los periódicos ingleses", en *La América*, vol. VII, nº 7, 12-IV-1863, pp. 5-6.
- "Cómo se pasaba el tiempo en una ciudad sitiada. I.", en *La América*, vol. VII, nº 8, 27-IV-1863, pp. 5-7.
- "Cómo se pasaba el tiempo en una ciudad sitiada. II.", en *La América*, vol. VII, nº 9, 12-V-1863, pp. 5-8.
- "Cómo se pasaba el tiempo en una ciudad sitiada. III.", en *La América*, vol. VII, nº 10, 27-V-1863, pp. 5-7.
- "De varias historias francesas de tiempos pasados", en *La América*, vol. VII, nº 11, 12-VI-1863, pp. 5-6.
- "Recuerdos de un anciano: Cómo cae un mal gobierno. I.", en *La América*, vol. VII, nº 12, 27-VI-1863, pp. 6-8.
- "Recuerdos de un anciano: Cómo cae un mal gobierno. II.", en *La América*, vol. VII, nº 13, 12-VII-1863, pp. 6-8.
- "Recuerdos de un anciano: Cómo cae un mal gobierno. III.", en *La América*, vol. VII, nº 14, 27-VII-1863, pp. 4-7.
- "Recuerdos de un anciano: Cómo cae un mal gobierno. IV.", en *La América*, vol. VII, nº 15, 12-VIII-1863, pp. 5-7.
- "De la conducta actual y declaraciones del partido progresista", en *La Concordia*, volumen 1, 15-XI-1863, pp. 437-440 (posteriormente fue publicado de nuevo en *La América*, tomo IX, nº 16, 27-VIII-1865, pp. 5-6).
- "Recuerdos de una emigración. I.", en *La América*, vol. VII, nº 17, 12-IX-1863, pp. 7-9.
- "Recuerdos de una emigración. II.", en *La América*, vol. VII, nº 18, 27-IX-1863, pp. 7-8.
- "Recuerdos de una emigración. III.", en *La América*, vol. VII, nº 19, 12-X-1863, pp. 6-8.
- "Comunicado al Sr. Dir. de *La América*", en *La América*, vol. VII, nº 23, 12-XII-1863, pp. 3-4.
- "Recuerdos de una emigración. IV.", en *La América*, vol. VII, nº 24, 27-XII-1863, pp. 5-7.

- "La emigración constitucional en la frontera y en campaña", en *La América*, vol. VIII, nº 1, 12-I-1864, pp. 8-10.
- "De las constituciones, de nuestra constitución presente y de cuestiones hoy pendientes sobre esta materia. I.", en *La América*, vol. VIII, nº 2, 27-I-1864, pp. 6-8.
- "De las constituciones, de nuestra constitución presente y de cuestiones hoy pendientes sobre esta materia. II.", en *La América*, vol. VIII, nº 3, 12-II-1864, pp. 13-14.
- "El 10 de marzo en Cádiz. I.", en *La América*, vol. VIII, nº 3, 12-II-1864, pp. 6-7.
- "El 10 de marzo en Cádiz. II.", en *La América*, vol. VIII, nº 4, 25-II-1864, pp. 2-4.
- "Las Sociedades Patrióticas desde 1808 a 1823. I.", en *La América*, vol. VIII, nº 5, 12-III-1864, pp. 5-7.
- "Las Sociedades Patrióticas desde 1808 a 1823. II.", en *La América*, vol. VIII, nº 6, 27-III-1864, pp. 5-6.
- "Canciones patrióticas desde 1808 a 1823", en *La América*, vol. VIII, nº 7, 12-IV-1864, pp. 8-10.
- "Dos palabras sobre la libertad", en *La América*, vol. VIII, nº 8, 27-IV-1864, pp. 6-8.
- "Cádiz en los primeros años del siglo presente", en *La América*, vol. VIII, nº 9, 22-V-1864, pp. 7-10.
- "Sociedades secretas en España desde 1820 a 1823. I.", en *La América*, vol. VIII, nº 10, 27-V-1864, pp. 5-6.
- "Sociedades secretas en España desde 1820 a 1823. II.", en *La América*, vol. VIII, nº 11, 12-VI-1864, pp. 7-8.
- "Orígenes del liberalismo español", en *La América*, vol. VIII, nº 13, 12-VII-1864, pp. 8-9.
- "Dos viajes que no se parecen el uno al otro", en *La América*, vol. VIII, nº 17, 12-IX-1864, pp. 5-7.

